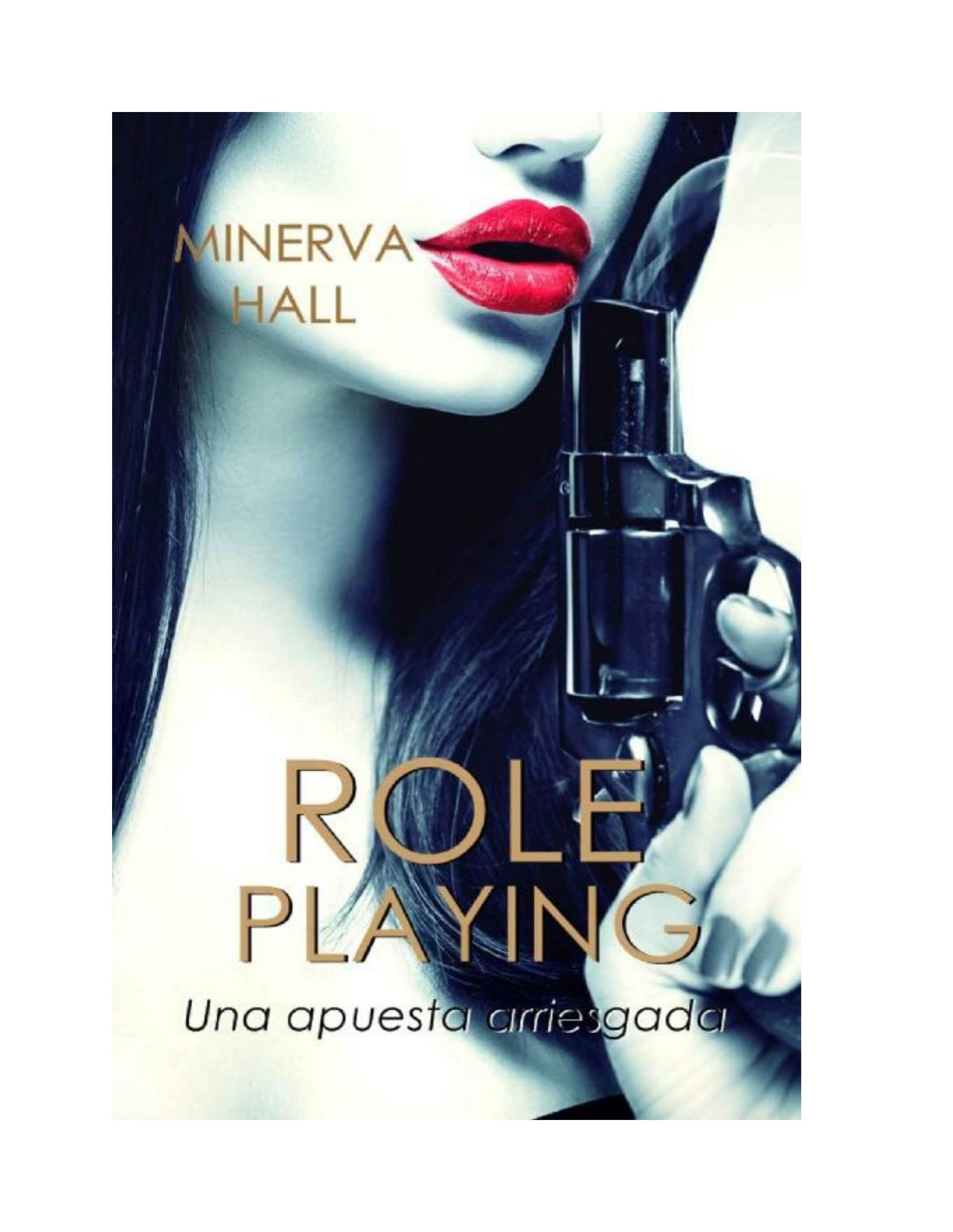
A close-up, high-contrast photograph of a woman's face and hand. She has long, dark hair and is wearing bright red lipstick. Her hand is holding a black handgun, which is pointed towards the right side of the frame. The lighting is dramatic, with strong highlights and deep shadows, creating a moody and intense atmosphere. The background is dark and out of focus.

MINERVA
HALL

ROLE
PLAYING

Una apuesta arriesgada

A close-up, high-contrast photograph of a woman's face and hand. She has long, dark hair and is wearing bright red lipstick. Her hand is holding a black handgun, with her fingers resting on the trigger guard. The lighting is dramatic, with strong highlights and deep shadows, creating a moody and intense atmosphere. The background is a plain, light color.

MINERVA
HALL

ROLE
PLAYING

Una apuesta arriesgada

DEDICATORIA

A todos los que creen en la fuerza del amor.

*Deseo que vuestras vidas estén llenas de buenos momentos, risas, amor
y toneladas de esperanza.*

ROLE PLAYING

Una apuesta arriesgada

SINOPSIS

Tras sobrevivir a una difícil y traumática experiencia, Brenda necesita reencontrarse consigo misma, alcanzar la paz y redescubrir esas emociones que, de pronto, le resultan esquivas. Sabiendo que está vacía por dentro y ansiosa por volver a sentir, se interna en el ambiente de seducción del *Pleasure's Club*, sin esperar que esa decisión la vuelva a poner de lleno en el ojo del huracán.

Gabriel Grier es uno de los Amos del club erótico más exclusivo de la ciudad, o al menos lo era, ahora lleva meses sin disfrutar del sexo. La dominación, tan necesaria para él como respirar, de pronto lo enferma y se descubre incapaz de tener una erección con cualquiera de sus habituales sumisas.

Sin embargo, la noche de los viernes, cuando su nueva bailarina ameniza la velada, su cuerpo responde, su alma la anhela y su corazón sufre porque sabe que nunca podrá tenerla.

Pero cuando ella vuelve a ser objetivo de una mente perversa, sabrá que será capaz de cualquier cosa con tal de mantenerla a salvo.

¿Serán capaces estas dos almas perdidas de abrir el corazón y amar por una vez y para siempre jamás?

«Bienvenidos una noche más al *Pleasure's Club*, donde el amor y la sensualidad florecen, en un ambiente lleno de promesa sexual».

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

Viernes noche, una sala llena de hombres y mujeres dispuestos para el placer, un escenario vacío y el eco de una voz conocida que anunciaba su próximo número. Era su tercera actuación y ya había empezado a arrepentirse de aquella apresurada decisión.

La música de apertura empezó a sonar, le sudaban las manos, tenía el estómago revuelto y su corazón latía tan deprisa que le sorprendía no opacara todo el bullicio del *Pleasure's*, advirtiéndole a todos de la verdad: era una farsante.

Brenda era consciente de que aquel no era su lugar. Comprendía las miradas de sorpresa de Gabriel y su equipo cuando había anunciado lo que quería hacer. Todos sabían que estaba cometiendo un error y a pesar de ello, le habían tendido una mano amiga, ofreciéndole lo que ahora se presentaba ante ella.

La gente, la música, la sala, la ropa que llevaba puesta, incluso esa nueva máscara que había elegido para afrontar su nueva realidad.

Ya no era la mujer arco iris, que fue en otro tiempo, ahora era una tormenta constante llena de oscuridad, de terror, de malas vibraciones. No quedaba ni un solo rayo de luz en su corazón. Tampoco color.

Había perdido su don. Todo su arte sepultado por una enorme roca de insensibilidad. No podía sentir, todas esas viejas conocidas emociones estaban allí, pero no lograba alcanzarlas. Como si se hubieran desvanecido sin más. Sin aviso, sin ningún tipo de advertencia, hasta convertirla en una cáscara vacía, un eco deslucido de quien había sido una vez.

Se había cambiado el eléctrico tono azul de pelo en varias ocasiones. La primera noche había sido rojo pasión, una promesa de que este nuevo camino iba a estar lleno de esperanza, la segunda, había sido un rubio tímido, pero aún

así radiante, pero hoy el intercambio no había resultado excitante, más bien al contrario, era tan horrible como su nueva yo: un insulso y descolorido blanco. Como si fuera un lienzo nuevo, sobre el que imprimir mil nuevas esperanzas, un sueño nuevo.

O quizá con el objetivo de borrar todo lo que le había pasado. Dejar atrás todo ese vacío que tanto la hería.

Ni siquiera se reconocía a sí misma. La emoción de aquella primera noche, que parecía haber sido la promesa de que, con el tiempo, todo volvería a estar bien, había desaparecido. Se había derrumbado.

Lo cierto era que Kat se lo había advertido y también lo hizo la psicóloga a la que visitaba dos veces por semana. Aquello era un proceso y el miedo y el dolor no desaparecerían de la noche a la mañana.

Dio un paso adelante. Si quería que todo aquello saliera bien, tenía que empezar por hacer honor a la oportunidad que le habían brindado, ignorar la angustia y el temor por ser tocada por algo más que miradas distantes y entrar en ese papel de mujer fatal que se había adjudicado en un intento de ser algo más, algo que nunca había sido y que podría ayudarla a reinventarse. Ser algo más que un perrillo apaleado, que había sufrido abusos a manos de unos desalmados.

Cuando su cuerpo empezó a moverse al ritmo de la música, al tiempo que entraba en el escenario, pudo sentirlo todo al mismo tiempo: las luces, la multitud, el deseo que se percibía en el ambiente. Los responsables de sala que velaban por su seguridad. Katharina, Rod y, cómo no, la espina que más profunda estaba clavada en su corazón: Gabriel Grier. Ex-mejor amigo, actual jefe y futuro... ¿qué? Por más atracción que hubiera entre ellos, había un montón de desconfianza entre los dos.

Le había ocultado demasiadas cosas y, quizá, en el fondo de su corazón, lo culpaba por lo que le había pasado.

Su mente le aseguraba que Gabe no era culpable de nada, intelectualmente lo sabía, pero ese sordo dolor que la acompañaba, convirtiéndola en algo que odiaba, se empeñaba en marcarlo como responsable.

Responsable de su dolor por ser tan diferente a ella. Por desear algo que no podría ofrecerle jamás. Por ser dominante, cuando ella necesitaba el control en todos los aspectos de su vida.

Culpable por ser objeto de su deseo. Por querer recuperar no solo la amistad y la confianza, sino la posibilidad latente de que todo se tornara más íntimo y entre los dos surgiera el verdadero amor.

Tan imposible como que llovieran lingotes de oro o que pudiera viajar al pasado para cambiar lo ocurrido.

Le había ocultado una parte esencial de quién era. ¿Acaso no le había confiado cada secreto? Sobre sus amantes, sobre sus sueños. Gabriel lo había sabido todo sobre ella, pero Brenda había estado ciega a su realidad. Durante un tiempo al menos, hasta que descubrió por sus propios medios a qué se dedicaba él.

Entonces había ignorado los destalles escabrosos que ahora conocía y que le hacían odiarlo un poco. Quizá estaba celosa de todas aquellas mujeres que habían obtenido de él, lo que ella jamás tendría.

Había pensado que era especial, diferente, pero solo había sido una amiga más.

Sabía que estaba siendo injusta. Si no hubiera algo más entre ellos, no le habría ofrecido su hogar. Y no le quedaba duda de que el *Pleasure's* era su verdadero refugio, el lugar al que acudía para sentirse libre de mostrar al mundo su verdadero yo.

Uno que no le había permitido conocer.

Desterró esos pensamientos, balanceándose al ritmo de la música que abandonaba el moderno equipo de sonido que Rod había mandado instalar

apenas unos meses atrás, cuando había empezado toda aquella locura. Ahora las diferentes clases de baile que su madre había insistido en que aprendiera mientras vagaban nómadas por el mundo, servirían de algo.

Al menos una veintena de personas observaban minuciosamente cada uno de sus movimientos. La música formaba parte de ella, cada nota era asimilada muy dentro de su ser y convertida en algo diferente, en una sensualidad pura y lejana, oculta en un recóndito lugar, ajeno a su mente, oculto en la profundidad de su alma.

Estaba rota, lo había estado desde aquella horrible noche en que violaron la seguridad de su hogar y le abrieron los ojos a una tenebrosa realidad: no estaba a salvo en ninguna parte.

Ni las cerraduras más sofisticadas lograban dejar fuera el mal, la idea de hogar había quedado fragmentada en un millar de pedazos. Tan solo había que tocar la sinfonía adecuada, para que con su frecuencia, todo lo que había construido se desvaneciera como si nada.

Todo aquello que había creado con tanto esfuerzo, a base de personalidad y esperanza, se había deshecho; sin más consistencia o resistencia que la del último puñado de nieve bajo los incipientes rayos primaverales del sol.

Los ojos, las palabras, los aplausos de su audiencia quemaban su piel, las lágrimas pugnaban por abandonar sus ojos, pero algo oscuro y frío que se había apoderado de ella, impedía que cualquier emoción traspasase esa última barrera que la llevaría al mundo real y lograría aliviar parte de la presión que llevaba a dondequiera que fuera.

Para cuando la canción terminó, un grupo de parejas estaba más concentrado en su propio placer que en mirarla a ella. Era atrezzo y así quería que fuera.

Los besos, las caricias que se prodigaban a su alrededor la enfermaban. Evitaba mirarlos, pero parecían estar por todas partes. El mismo aire se

volvió veneno haciendo que se le atascara en los pulmones y supo que estaba cerca de empezar a hiperventilar, tenía que salir de allí cuanto antes, evitar que sus amigos se dieran cuenta de lo cobarde y débil que era. De hacer un numerito que para nada tenía que ver con su show.

Necesitaba ocultarse en alguna parte y llorar esas lágrimas que se negaban a salir, por más que su alma quisiera derramarlas.

Una mano la asió por el antebrazo y se sintió presionada contra un duro torso. Ni siquiera se fijó en quién era, solo sabía quién no era.

Gritó, como nunca lo había hecho, la oscuridad opacando su visión. No soportaba el contacto con casi nadie, un efecto secundario del tiempo que pasó cautiva.

Se suponía que allí estaba a salvo, segura, ni Miles, el jefe de seguridad, ni Rod o Gabe permitirían que nadie sobrepasara los límites, pero a veces había accidentes.

El aliento del desconocido rozó su piel, elevando aún más la presión en su pecho. Si no conseguía tomar aire como cualquier otra persona, terminaría desmayándose, demostrando no solo a los demás, sino a sí misma, que había fracasado en su propósito de encontrar un nuevo lugar en el mundo.

Tan pronto como el contacto llegó se fue, escuchó jadeos de sorpresa y un puño golpeando contra carne blanda, quizá el crujido de una nariz rompiéndose y una dura advertencia que dejaba claro que ya no sería bienvenido en el club.

No supo cómo, logró mantenerse sobre sus piernas y tentó la suerte oteando a su alrededor, buscando.

Era como si viera la escena por un pequeño agujero en la pared. Gabriel estaba de pie sobre el hombre que la había asaltado, Miles se aproximaba a toda velocidad, dispuesto a hacerse cargo y Rod había posado un pie sobre el pecho del cliente, para evitar que se moviera de su lugar hasta que tuviera

permiso para hacerlo.

Gabe se giró entonces hacia ella y lo vio llegar, le dijo algo pero no logró escucharlo. Dio un paso hacia él, algo extraño en estos días, que necesitaba estar aislada, física y mentalmente.

Volvió a hablar, con más éxito esta vez:

—Bren, ¿estás bien?

No estaba bien, probablemente nunca volvería a estarlo. Aún así hizo un ligero asentimiento, mirándolo, observando sus brazos abiertos. Deseando la ficticia seguridad que le ofrecía.

Se detuvo. No podía depender de esa manera de él.

Por su culpa nunca sería amada y amaría de verdad. Era imposible. Porque él nunca podría convertirse en ese hombre y nadie más podría ocupar ese lugar en su vida.

Negó, dio un paso atrás.

Gabriel no se rindió. Se acercó en dos zancadas y la tomó en brazos.

—Respira, Bren. Nunca dejaré que te hagan daño de nuevo.

Su contacto no dolía, calmaba. Era su medicina y lo sabía. Quizá los dos eran conscientes de ese hecho y de lo mucho que complicaría las cosas.

Necesitaba sanar por sí misma, sin depender de él.

Sabía que haría todo lo que estuviera en su mano para cuidarla, pero ni siquiera Superman podría salvar a Lois Lane todo el tiempo. Algún día llegaría tarde y entonces...

—No... pue... do —respondió entre jadeos.

La sacó de la sala, abandonando la multitud, hasta que estuvieron a solas en el pequeño vestuario, que utilizaban para cambiarse de ropa para los diferentes números.

Se sentó en un cómodo sofá arrastrándola sobre su regazo, hecho que no la incomodó como debió hacer, y pegó su frente a la de ella.

—Mírame, puedes hacerlo. Estás a salvo conmigo, voy a cuidar de ti. Inspira —ordenó, con esa voz de mando que surgía de él de forma natural—, espira. Inspira, espira. Vamos, Bren. Eso es.

Sabía que su mayor deseo era recuperar a su vieja amiga, a la mujer segura de sí misma, que no temía nada ni a nadie, y era consciente de que lo intentaría hasta las últimas consecuencias, sin importar qué tuviera que hacer para lograrlo o a qué tuviera que renunciar.

Algo que ella no podía permitir. No quería que tuviera que vivir a medias, solo por su necesidad de cuidar de ella.

Era un héroe sin capa, pero héroe al fin y al cabo y, si se lo permitía, una mujer muerta en vida sería su perdición. Dedicaría todo lo que era a tratar de recuperar a alguien que había pasado todo tipo de fronteras insalvables.

No había marcha atrás, ni felicidad ni futuro, por más que hubiera tratado de descubrir un camino alternativo.

Había fracasado y, algún día, Gabe descubriría la verdad también.

Algún día... algún día todo cambiaría y tenía la sospecha de que ese terrible momento iba a llegar muy pronto.

CAPÍTULO 1

Varias semanas después

—Jefe, acaban de entregar esto para Brenda —comentó Lou, el portero y guardia de seguridad del *Pleasure's*, dejando un delicado jarrón de cristal adornado con un enorme lazo negro y al menos dos docenas de rosas rojas en su máximo esplendor. Un pequeño sobre blanco destacaba entre los pétalos aterciopelados, llamando su atención como un faro, hecho que le hizo fruncir el ceño.

Desde que había empezado a bailar la noche de los viernes en el club, Brenda había recibido notas y regalos llenos de insinuaciones, unas más afortunadas que otras, lo que lo había llevado a convertirse en algo parecido a un guardián. Gabriel no deseaba ese papel, ya había fallado una vez protegiéndola. Si volviera a suceder, no sería capaz de sobreponerse a su fracaso. Ya tenía suficientes responsabilidades sobre los hombros.

No por primera vez, pensó que debería haberse opuesto desde el principio a esa estúpida idea, pero ¿cómo podía negarle algo, después de todo lo que había sufrido por su culpa? ¿Cómo podía impedirle hacer esa especie de terapia autoimpuesta que, aunque brevemente, parecía otorgarle una pequeña chispa de vida?

No reconocía a la mujer triste y ausente, que apenas levantaba la vista del suelo, incapaz de relacionarse con los demás o pronunciar más de dos palabras seguidas. La chica, porque parecía solo una niña perdida, que daba un salto cada vez que se alzaba la voz o alguien daba un portazo.

Sin hablar del contacto. Si alguien, alguno de sus empleados, la tocaba por accidente, su mirada se oscurecía y regresaba a algún lugar espantoso, probablemente poblado de recuerdos atroces de un tiempo que podía haber

sido evitado.

Si tan solo hubiera pasado de largo el día que se conocieron, si la hubiera dejado a un lado, ignorado como había hecho con el resto de sus vecinos, no habría tenido que soportar aquel infierno.

Era culpable de que la hubieran secuestrado, culpable de que hubiera sido violada, culpable de todas aquellas malditas cosas que le habían hecho.

Y también era un mentiroso y apenas si lograba mirarse al espejo. La había engañado demasiadas veces. La engañó cuando le ocultó el club, cuando omitió el papel que ocupaba en el Pleasure's, cuando evitó hablar de sus tendencias dominantes. El amo de la mazmorra que se ganaba la vida quebrando la voluntad, al menos ficticiamente, de sus sumisos. Hombres y mujeres permitían que él les dijera qué hacer, cómo hacerlo, cuándo hacerlo. Era sexo, con todas sus letras. Lo había disfrutado, lo había necesitado, era su marca de identidad... y se lo había ocultado.

Igual que había pecado al no confesar que había recibido los vídeos de aquella tortura. Pruebas que había eliminado en cuanto la policía las tuvo en su poder. No quería recordar aquellas imágenes, el dolor, la angustia...

Se sirvió un whisky con intención de matar el mal sabor, lo bebió de un trago y observó con desagrado las rosas.

—Tíralas —le dijo a Lou, sin dedicarle una segunda mirada. Le dio la espalda y empezó a colocar los vasos. Apenas faltaban un par de horas para la apertura y todavía le quedaba mucho por hacer. Especialmente, armarse de valor para tratar de llevar a cabo su show; ya era hora. Desde el incidente, llamado así para evitar nombrar y recordar los pormenores de aquel atentado, había abandonado su mazmorra y a su gente, se había convertido en un camarero eunuco que ni siquiera era capaz de mantener una erección.

Había necesitado un tiempo fuera, convertirse en otra persona para tratar de reencontrarse a sí mismo. De la misma manera en que Brenda estaba

tratando de descubrir una nueva identidad.

—Me encargaré de ello —respondió Lou sin rechistar. No era la primera vez y, auguraba, no sería la última.

Roderick apareció entonces, se cruzó con Lou, le lanzó una mirada sorprendida y después se concentró en él.

—¿Quién te quiere tanto como para enviarte rosas?

—Eran para Brenda.

—¿Y qué hace Lou llevándoselas al contenedor? —preguntó tomando asiento al otro lado de la barra.

—Sabes que no quiere saber nada de todo eso.

—Y tú te ocupas de mantenerla aislada del mundo —soltó mirándolo con el ceño fruncido—. Así no la ayudas.

—Solo es un puñetero ramo de rosas, déjame en paz.

—Es mucho más que eso, es un símbolo —adujo Rod, sin perderlo de vista. Odiaba cuando se metía en su cabeza y trataba de psicoanalizarlo. Había sido médico una vez, pero no era especialista en psiquiatría y, aunque puede que necesitara un par de visitas a un loquero, no pensaba permitir que este hombre precisamente se metiera dentro de su cabeza.

—Deja tu psicoanálisis para alguien que lo necesite.

—¿Más que tú?

Quería a Roderick como siempre le habían dicho que los hombres no se querían, pero todo el mundo tenía ciertos límites.

—Suficiente, no estoy de humor.

—Últimamente, nunca lo estás. Gabe, tienes que superar esto —le pidió preocupado—. Lo llevas peor que ella. Va a sobreponerse, no le resultará sencillo, pero lo conseguirá. Es una mujer muy fuerte.

—Lo sé.

—¿Y por qué no sigues su ejemplo? Si no puedes hacerlo solo, pide

ayuda. No eres culpable de lo que sucedió, deja de martirizarte.

—No necesito ayuda y sí, soy culpable. Si no la hubiera conocido, no le habría sucedido nada de esto.

—No lo sabes. No puedes garantizar que su vida habría sido diferente. Puede que sí o puede que hubiera sido peor. No ensucies vuestra amistad, sois tan afortunados de teneros el uno al otro...

Sí, tenía razón. Era consciente de que había sido muy afortunado de tenerla en su vida, había sido su amiga y aunque nunca habían experimentado con los límites de su relación, siempre había colgado entre ellos la posibilidad de ser algo más.

Claro que nunca habría sucedido. Brenda era todo luz y Gabriel era muy consciente de que todo su ser era oscuro, muy oscuro y lejano. Si todo eso no hubiera pasado, habrían sido amigos para siempre, sin dudarlo.

¿Ahora? Ni una cosa ni la otra. Dudaba que pudiera retomar su vieja relación y ahondar como pareja... era impensable.

—Eso es agua pasada. Nos teníamos, ahora...

—Estás ciego, si no ves lo que tienes frente a tus ojos. No solo te necesita, te quiere.

Solo por el hecho de que acudiera a él cuando estaba asustada, no quería decir que hubiera algo diferente, algo profundo. También había visto cómo se apartaba cuando estaban a solas. Cómo lo miraba, tratando de descifrar algún enigma desconocido.

En ocasiones, tenía la sensación de que eran personas ajenas, lejanas, que no solo no tenían nada en común, sino que jamás habían descubierto al otro. No de verdad.

—Le oculté demasiadas cosas. Puede que en una multitud me busque, pero ahí termina el espejismo. No soporta estar conmigo en la misma habitación a solas.

—No es cierto y lo sabes.

El consuelo podía llegar de mil formas diferentes, para él siempre venía en forma de Rod, de una manera o de otra. Incluso aunque no quisiera acostarse con él o deseara pegarle una buena paliza, para que dejara de soltar ese montón de sentencias que deberían hacerle recapacitar sobre su vida.

—Si has terminado, tengo que llenar las cámaras.

—Espera —lo interrumpió agarrándole el brazo con firmeza desde el otro lado de la barra—. Tenemos que hablar.

—¿De qué? —preguntó, quedándose en el sitio. Esperando impaciente, aunque dedicándole toda su atención.

Hacía al menos un par de meses que no usaba ese tono eficiente con él. Ahora venía el tema de los negocios, había dejado de meterse en su vida privada y solo por eso, podría darle las gracias.

«Respirar, por fin. Concentrémonos en otros problemas y dejemos a Brenda un rato», pensó para sí.

—Los beneficios han caído un veinte por ciento desde que dejaste la mazmorra. Nuestra lista de clientes no solo no ha aumentado, sino que se ha visto reducida. Tenemos que hacer un control de daños. Con el problema que se planteó, cuando todo el asunto salió a la luz; los gastos de la ampliación y tu retiro, el club está sufriendo. Si seguimos así, pronto vamos a tener serias pérdidas y con el tiempo habrá que cerrar.

No eran noticias nuevas, sino algo que ya se veía venir. Sabía que había descuidado su trabajo, por eso en sus planes entraba hacer su reaparición esa misma noche, a pesar de que mentalmente estaba muy lejos de estar listo para ello.

—¿Qué propones? —preguntó, sin querer hablar en voz alta sobre esos problemas que estaban impidiendo que cumpliera con su deber. Uno que hasta hacía no demasiado tiempo había disfrutado llevando a cabo. ¿Qué le estaba

pasando? Se trataba de mucho más que del secuestro e ignoraba cuál era la raíz del problema.

—Brenda está teniendo mucho éxito, quizá tendríamos que hablar con ella, ver si se siente con fuerzas de implementar algunos cambios. Creo que podría ser terapéutico para ella y bueno para el club.

La ira inundó su corazón con tanta rapidez que si no hubiera habido distancia entre los dos, le habría roto la cara con un buen puñetazo. Se contentó con romper el vaso que tenía entre las manos y clavarse los cristales en la palma. La sangre roja cayó sobre el mármol oscuro, perdiéndose en él. Roderick ahogó una maldición.

—Joder.

—No, de ninguna manera. Brenda ni siquiera debería bailar.

La fuerte mano de Rod atravesó la distancia entre los dos y atrapó su mano herida. Revisó el daño y lo soltó. Saltó por encima de la barra con más facilidad de la que un hombre de su tamaño debería tener y sacó el botiquín del armario. Empezó a curarle mientras lo miraba con el ceño fruncido.

—No digo que tenga que tener sexo con los clientes, Gabe. No me refiero a eso. Quizá dos noches, un poco de charla dulce, sin tocar.

—No —negó, conteniendo su rabia. No, de ninguna manera. Ni siquiera debería estar en el club. No iba a haber ni más bailes ni charla de ningún tipo. No la quería cerca de los clientes, de ninguno.

—Podría ser un entorno seguro, seleccionar a los más veteranos. Sabes que tenemos una lista muy concreta que no solo podría tener verdadero interés en tener un show más personalizado, sino que la cuidarían y respetarían tanto como cualquiera de nosotros.

—He dicho que no.

—¿Quieres perder el club?

—Si su salvación pasa por poner a Brenda en una situación insostenible,

que así sea. No voy a sacrificarla, ya ha sufrido bastante.

El Pleasure's había sido su sueño, su vida, su refugio. El lugar al que podía ir siempre que se sentía perdido, pero no iba a pisotear a alguien que quería incluso más que a sí mismo, por su club. Por mucho que significara para él, las personas eran más importantes.

—No estás siendo razonable.

—Busca otra solución.

—Regresa a la mazmorra —espetó sin ambages. Lo miraba a los ojos, hablando sin palabras, diciéndole que sabía qué estaba pasando, que conocía sus problemas, y que o le ponía remedio o tendrían que buscar una solución alternativa.

—Esta noche —dijo, aunque tragó saliva sin querer, como si hubiera tratado de pasar un bocado de ostras, con lo mucho que las odiaba, fueran afrodisiacas o no.

—¿Estás seguro?

—Lo estaré.

La mirada analítica de Rod le hizo estirarse en toda su estatura, como si necesitara armarse de valor y mostrar cuán grande era y cuán fuerte, dejar claro que no solo estaba preparado para ello, sino para cualquier otra cosa.

—Si no puedes hacerlo...

—Lo haré.

—Sabes que Kat y yo estamos saliendo adelante con la mazmorra...

—Lo haré —añadió, tratando de implementar seguridad en las dos palabras. Si titubeaba, aunque solo fuera un instante, Roderick lo sabría. Lo conocía demasiado bien.

—Está bien. Veremos si mejora contigo al frente del barco otra vez —se giró para recoger los restos de la improvisada cura y guardar el botiquín en su sitio, momento que Gabe aprovechó para servirse otra copa en un vaso nuevo.

No podía retractarse, tenía que seguir adelante y hacerlo.

Eso era para lo que había nacido, ¿verdad? Lo que lo llenaba de vida. Lo que le hacía sentirse bien consigo mismo y olvidar la muerte de sus padres, la sensación de soledad, la incapacidad para tener una relación normal con una mujer. No solo Brenda tenía sus demonios, él también. Muy diferentes y más antiguos, pero demonios al fin y al cabo.

—¿Ya ha llegado el nuevo camarero? —preguntó tratando de centrarse en la buena marcha de la noche—. Si regreso a la mazmorra, necesitaremos refuerzos.

—Miles va a ocuparse de la barra, tu hermano va a pasarse para controlar la seguridad, Abbie está fuera de la ciudad en algún tipo de congreso y nosotros no podemos permitirnos un camarero nuevo.

Gabe lo miró con el ceño fruncido, no sabía que las cosas estuvieran tan mal.

—¿Estás seguro de que...?

—Lo estoy. Y si no estuvieras en mundo de nadie, tú lo sabrías también.

—Está bien, Miles puede hacerlo.

—Deberías hablar con Daniel, quizá él pueda ayudarte más que yo.

Lo dudaba. Su hermano no comprendía la compulsión que le empujaba a tener sexo indiscriminadamente y dominar la situación. No tenía ni idea de los problemas que había tenido en el pasado. De lo que había sucedido hacía años, cuando había perdido el control y había estado a punto de herir a alguien en su frenesí descontrolado.

—No puede entender... No sabe nada.

—Aquello no fue culpa tuya. No fue culpa de nadie y no podrías haberlo evitado, estaba avocado a suceder desde el principio.

—Podría haber... Si Brenda supiera...—Negó. Si tuviera alguna vez idea de lo cerca que había estado de sobrepasar un límite que ningún hombre ni

mujer debía sobrepasar, no solo no volvería a mirarlo a la cara, sino que huiría del club tan rápido como sus piernas se lo permitieran. No podía permitir que eso sucediera jamás. Allí estaba a salvo, protegida, y allí se quedaría.

—Vuelve a la mazmorra, sácalo de ti, todo esto que te está matando por dentro. Deja que te ayudemos, Gabe. No podemos hacerlo, si no nos permites entrar.

—No lo entenderá, Rod. No lo hará. Si vuelvo, la perderé para siempre. Brenda no es como nosotros.

Si daba aquel paso, si su cuerpo respondía y su mente volvía a estar en el lugar que se suponía debía estar para tomar el control del placer de la mazmorra, tendría que renunciar a algo que ignoraba querer. La posibilidad de tener una oportunidad de una vida normal junto a una mujer normal.

Brenda podría perdonar un pasado, pero ¿compartir al hombre que optaba al puesto de novio y amante con otras personas? No, jamás. Menos ahora, tras lo que había tenido que vivir.

Dar ese paso, suponía perderla para siempre.

Y no sabía si estaba preparado para hacerlo.

CAPÍTULO 2

Katharina entró como un terremoto en su apartamento, era una de las pocas personas a las que permitía vagar por allí, como Pedro por su casa. Llevaba un bonito jarrón con un enorme ramo de rosas.

—Cariño, ¿sabes lo que acabo de ver? Al bruto de Lou tratando de tirar esta maravilla al contenedor de la basura. ¡Y resulta que son para ti! ¿Te lo puedes creer? ¡Tienes un admirador secreto!

—¿Yo? —Brenda se estremeció. ¿Un admirador? No era algo que deseara, desde luego. Apenas si podía tolerar las miradas de un puñado de desconocidos los viernes, como para alentar las atenciones de un tipo que pretendía alguna cosa con ella.

—¿Sabes que el idiota de Gabriel le ha dicho que las tire? Como si fueras a ponerte como loca por esta preciosidad.

Puede que lo hiciera. Últimamente respondía de forma extraña a los más pequeños detalles. No se reconocía en la mujer que le devolvía la mirada desde el espejo. Era una extraña para sí misma.

Una extraña que había cambiado completamente de vida.

Había dejado atrás su trabajo, tomándose una larga excedencia para recuperarse. Si bien su jefe le había pedido que se lo pensara, sabía que había sido capaz de percibir el vacío que ahora habitaba en su interior. No le había puesto trabas, sino que la había animado a encontrar lo que fuera que estuviera buscando, garantizándole que, cuando estuviera preparada, podría recuperar su viejo puesto.

No estaba segura de ser capaz de hacerlo. De volver a ser lo que era, como si nada hubiera pasado. Si bien el club le causaba pavor y, a menudo, se encontraba ocultando el temor, también encontraba algo gratificante en esa oscuridad que la llenaba cuando veía a los hombres devorarla con los ojos.

Se había trasladado a la parte superior del club, aceptando el apartamento como suyo. Su vecino, Roderick, era un hombre atento y afable, que la trataba con infinito respeto. Un amigo en otro tiempo que, poco a poco, se iba convirtiendo en casi un hermano. Por alguna extraña razón y a pesar de que no toleraba el contacto desde hacía tiempo, no le resultaba doloroso tenerlo cerca.

Incluso podría aventurarse a reconocer que había cierto placer en su compañía. Así como en la de Katharina o Duncan, su hijo pequeño, que después del último asalto, compartían la vida con ellos. Gabriel había adquirido un edificio aledaño y tras una bastante rápida obra, había añadido un espacio suficiente como para que tanto él como la mujer y el chiquillo, pudieran tener también un refugio.

Se había sentido nerviosa al principio, sabiendo que estaría tan cerca, pero se recordó que era el viejo amigo, el hombre con el que compartía pizza y risas, al que dibujaba en posturas comprometidas y que siempre sonreía con sus caricaturas.

El hombre que la había acompañado en los peores momentos y con el que había celebrado los mejores de los últimos años.

Su mejor amigo y el único capaz de incendiar diferentes emociones en ella.

Si alguien podía sanar su temor, ese era él, pero no se atrevía a pedirselo. No estaba segura de poder soportar ser sometida y no quería que él tuviera menos de lo que necesitaba para satisfacer su más profunda necesidad.

Así que los dos tenían las manos atadas. Era sencillo: nunca podrían estar juntos.

—Ey, cariño —la voz de Kat la sacó de sus pensamientos, trayéndola de vuelta a la realidad—. ¿Te encuentras bien? Si no las quieres...

La sonrisa titubeó en su rostro y se esforzó por hacer sentir bien a la otra

mujer. Le importaba, se había portado como una hermana con ella, la había cuidado desde el primer momento, a pesar de que ella había pasado por algo similar, o incluso peor; pues había sido golpeada sin miramientos, marcada. Aún así, su fuerza la había hecho levantarse y luchar, en vez de replegarse sobre sí misma. Se había hecho más fuerte de lo que ya era. La admiraba por ello.

—No, no es eso. Son preciosas, pero no creo que deba aceptar nada de ningún admirador secreto. No puede ser nada bueno...

—Por el hecho de que el idiota de Gabriel piense que todo ahí fuera es una amenaza, no puedes pensar que todos a tu alrededor tienen algún motivo siniestro para acercarse a ti, cariño. —Se acercó a ella y la abrazó con cautela, Brenda se lo permitió, a pesar de la tensión. Kat no era una amenaza, era algún tipo de guía espiritual. A pesar de ello, podía sentir muy profundo el rechazo, la necesidad de poner distancia entre las dos, la incomodidad que se instalaba en su ser y la paralizaba, impidiéndole devolver el generoso abrazo —. Disfruta del aroma de las rosas y olvida todo lo demás.

No sabía hacer eso. Disfrutar de la vida e ignorar los problemas. Los llevaba inscritos a fuego en su corazón, en su memoria.

—Gabriel no es un idiota, solo se preocupa por mí.

—Es más que preocupación, si me preguntas. Lo lleva al extremo, está paranoico. Lo que te sucedió fue una tragedia, pero no podemos cambiar el pasado y tampoco dejar de vivir por el hecho de que nos hayan hecho daño una vez. Hay que seguir adelante, tu vida no ha terminado. Eres joven, preciosa y bailas estupendamente. Tienes un futuro brillante frente a ti.

—No estoy tan segura como tú —dijo apartándose. Su voz temblaba del mismo modo que lo hacían sus piernas. Estaba agotada, sus piernas apenas si la sostenían. El día había sido largo, las emociones...

—¿Has hablado ya con Rod? —preguntó Kat.

—¿Sobre qué?

—Sobre el club. Estamos de camino a la bancarrota. Si seguimos así, probablemente tengamos que cerrar.

Se le hizo un nudo en el estómago. Parte de la mala situación era culpa suya, había llegado para ocasionarles más gastos. La reforma de la sala de baile, su traslado al apartamento, la ampliación...

—Puedo prescindir de mi sueldo. Tengo ahorros para sobrevivir durante un tiempo y puedo pagar un alquiler, eso ayudaría a estabilizar las finanzas del club.

—No digas tonterías... Nadie va a aceptar tu dinero.

—Si la situación económica es mala, deberían. Hablaré con Gabe y lo arreglaré.

—Está en la mazmorra esta noche, no creo que quieras ir allí.

En la mazmorra.

El mundo se tambaleó ante sus ojos y algo parecido a la angustia se aposentó en su garganta, quería llorar de impotencia, pero no tenía derecho. No podía exigirle nada, mucho menos que abandonara su vida, por más que deseara hacerlo.

Lo quería de forma exclusiva, no podía compartirlo, de ninguna manera, pero tendría que seguir adelante sin él. Ser capaz de encontrar la manera de rehacer su futuro, un futuro en el que Gabe fuera un amigo más, como siempre pensó que sería.

Ahora lo necesitaba tanto...

—Vamos, cariño. Cambia de cara. No se acaba el mundo por eso. Solo es trabajo, nada más. Este no está involucrado —se dio unos golpecitos sobre el pecho, a la altura del corazón.

—Es más que trabajo —murmuró—. Lo necesita, ¿verdad? Y yo... jamás podré ofrecerle eso.

Si hubiera sido capaz de hacerlo, habría llorado, pero no pudo. Seguía en shock, vacía, no servía para nada.

Kat negó.

—Eso no es verdad. Tú puedes hacer muchas cosas, más de lo que crees. Todos podemos. —Colocó las rosas en el centro de la mesa de comedor—. Así, perfecto.

—Mamá, mamá —Duncan entró como un cohete en la sala y se lanzó a los brazos de Kat, con una sonrisa—, ¿vienes a leerme el cuento?

—¿Ya te has lavado los dientes?

—Y las manos, mira —extendió las palmas aún húmedas para que las inspeccionara.

Brenda casi sonrió. El niño le procuraba gran ternura. El cariño llenaba su corazón, algo extraño, pero era imposible quedarse imperturbable ante el pequeño.

La miró:

—Bren, ¿quieres venir a dormir conmigo? Así ninguno tendremos miedo.

—Esta noche no, campeón —dijo alborotándole el pelo.

Era al único que tocaba por iniciativa propia, el único que no suponía ningún tipo de amenaza para ella.

Y, probablemente, el único que no la juzgaba por sus terribles pesadillas. No la miraba con lástima, era como una igual. Él tenía miedo de los monstruos del armario y bajo la cama, los de ella tenían nombres y apellidos, pero eran igualmente seres repugnantes que le causaban un gran pavor.

Duncan y ella eran almas afines. Se comprendían.

—Vale —aceptó tomando de la mano a su madre y tirando de ella—. Vamos, vamos, mamá.

Kat la miró con diversión mientras se dejaba llevar por el niño, cuando salió, el silencio llenó la sala y la inquietud la recorrió una vez más.

Quería y no quería estar sola.

Se apresuró a cerrar la puerta y sintió cómo cada uno de sus músculos se tensaba de nuevo, en cuanto su mirada cayó sobre las rosas.

Gabe tenía razón, Lou debería haberlas tirado a la basura.

Las tomó, encontró una tarjeta que no se atrevió a leer, y las metió en el cubo con jarrón incluido.

Lo mejor sería hacer como si no las hubiera visto jamás. Ni siquiera pensar en lo que podía suponer que un hombre estuviera interesado en ella.

Su primer impulso fue ir a buscar al que se había convertido en su oasis de paz, pero recordó que esa noche estaba trabajando; cambió de dirección, se metió en la cama y se cubrió la cabeza con la colcha.

Lo mejor sería dormir y dejar descansar su cerebro durante unas horas. No tenía nada mejor que hacer esa noche y el día siguiente, podría empezar a planificar de nuevo.

CAPÍTULO 3

La sensación de mareo persistió. Estaba tenso, le sudaban las palmas de las manos y podía sentir cómo los acelerados latidos de su corazón pugnaban por abandonar su pecho.

La voz de Rod taladró sus oídos, sus puños enguantados se apretaron tratando de evitar golpear algo o a alguien. La mazmorra comenzó a llenarse de clientes ansiosos por disfrutar del viejo show. Gabe era consciente de que él era el centro de interés, todos querían reencontrarse con esa figura segura y dominante, capaz de ofrecerles algo que no podrían encontrar en cualquier otra parte.

En el pasado, el conocimiento había sido inherente a él, algo que simplemente llegaba y su cuerpo, mente y palabras llevaban a cabo, deleitándose en todas y cada una de las sensaciones que incendiaban su propio placer.

Control. Todo estaba vinculado al control. A la necesidad que pulsaba en su alma para hacer que todo lo que quería llegara a buen puerto. A lograr sus objetivos, a regodearse en la satisfacción. El sexo, la sensualidad, la misma autoridad que como amo le era entregada con confianza en cada sesión, había bastado para acallar esos viejos demonios. Una salida a la oscuridad que le había convertido en humano.

Un frenesí de vitalidad y esperanza que hoy solo era un eco lejano, que simplemente se había esfumado como si nada. Ya no era aquel hombre, no podía seguir adelante con esto.

Roderick lo miró y se comunicaron una vez más en silencio.

«No puedo hacerlo», dijo sin palabras.

Y en un mero asentimiento, el otro, el único que le conocía incluso mejor que él mismo, le dio vía libre para huir.

Era un cobarde. Un amo acomplejado. Ni su cuerpo lograba sentir el añejo deseo. Nada.

¿Acaso esa iba a ser su vida a partir de ese momento? ¿Quedar relegado al puesto de eunuco, que enfermaba cada vez que alguien insinuaba sexo?

No, no era completamente cierto. Había una preciosa y frágil excepción: Brenda.

Y estaba jodido, porque ella jamás sería suya.

Caminó con paso decidido hacia la sala, esa noche cerrada, en la que los viernes la mujer que estaba inscrita a fuego en su corazón, se torturaba. Sabía lo difícil que le resultaba todo aquello y aún así, cada semana, daba un paso adelante y forzaba la gran batalla. Les gritaba a sus demonios sin palabras, que no les dejaría vencer esta vez.

Se moría por abrazarla, sentirla tan cerca que fuera incapaz de olvidar la sensación de su piel, su aroma, su sabor. Una ilusión que jamás haría realidad, porque en el fondo y aunque ninguno de los dos lo quisiera admitir, Brenda le tenía miedo.

No al Gabe amigo, pero sí a este hombre que hoy había tratado de resucitar una vez más. Esa parte oscura y complicada que jamás iba a poder extirpar. Esa parte de su identidad, quizá la más importante.

¿Cómo podría recuperarla? Se había roto la confianza y cuando eso sucedía, todo se terminaba.

Menos la amistad, aún eran amigos, aún podía conservarla a su lado. Aunque no como antes.

A menudo la descubría mirándolo con duda, alguna pregunta en su mente que no se atrevía a pronunciar en voz alta. Brenda no era así. Era una superviviente. Había sobrevivido a una infancia difícil. Sin amigos, sin un lugar permanente al que llamar hogar. Con padres que no le prestaban atención. Más preocupados de sus discusiones que de su hija. Y a pesar de

todo, ella no había perdido el color. Su alma estaba llena de luz incluso ahora, que parecía haber perdido la esperanza.

—¿Ya has terminado?

Se giró bruscamente, cuando escuchó su voz. No se había dado cuenta de que estuviera allí, sentada entre las sombras.

—¿No deberías estar descansando?

—No soy una niña, Gabe. Además, no podía dormir y para estar dando vueltas en la cama... —murmuró, su voz apenas un susurro lleno de angustia apenas disimulada—. ¿Ha ido bien tu regreso? Kat dice que tenemos problemas de solvencia.

—Lo arreglaré —aseguró, no quería que se preocupara por nada, iba a encontrar la manera de cuidar de ella.

—¿Con la mazmorra? —insistió con la mirada fija en su pecho desnudo.

—No. Esta noche no, al menos —contuvo un suspiro, debía mostrarse fuerte, protector. No iba a cargarla con sus problemas—. He dejado a Rod a cargo.

—¿Por qué?

—Voy a dejar definitivamente mi papel activo en el club. Me ocuparé de la dirección y el papeleo. Al menos durante un tiempo.

Brenda no se movió de su lugar, pero algo en su postura cambió, relajándose un grado.

—Puedo pagar un alquiler, no necesito caridad. También puedo prescindir de sueldo. Los dos sabemos que lo del baile es una terapia; mi medicina. Debería pagar por estar aquí.

—Una terapia que no está funcionando.

—Todas las drogas tienen efectos secundarios —decretó—. Esto no es diferente.

Gabriel sabía que no era cierto, estaba seguro de que Brenda había

cometido un error. No pertenecía al Pleasure's y quizá él tampoco. Puede que su tiempo allí ya tuviera que terminar.

—Gracias por cuidar de mí —dijo mirándolo a los ojos entonces—. Kat llevó las rosas, las rescató de manos de Lou, pero las he vuelto a tirar a la basura. Solo con verlas...

—Kat no debió interferir, hablaré con ella.

—No, por favor. No lo hagas. —Avanzó hacia él, tan cerca que casi se rozaban—. Tenía buena intención.

Alzó la mano, aún con el guante de cuero en ella, y le apartó un mechón de pelo de los ojos.

—¿Estás segura?

—Claro —cerró los ojos y buscó su contacto en vez de alejarse. De alguna manera su toque la calmaba. No sabía por qué, cuando era el único responsable de lo que había soportado.

—Bren, yo...

—No digas nada —pidió con un tono de súplica en la voz—. Solo déjame sentirte un par de minutos.

No se movió, sabía que ni podía ni debía hacerlo.

—Ojalá pudiera cambiar el pasado.

No era conocido por ser capaz de mantener la boca cerrada. Hecho que rompió el hechizo.

El gesto de la mujer cambió a uno de incomodidad.

—Es la vida pasando. No es culpa tuya, las cosas que tienen que suceder, suceden.

Quería abrazarla, lo necesitaba, incluso más que la próxima bocanada de oxígeno, pero si lo intentaba la tregua se rompería y quizá esta vez la reacción de Brenda no fuera favorable.

—Debería marcharme —dijo entonces, sacando esas tontas ideas de su

mente. Volver a ser lo que eran, a lo de antes, un total imposible.

—Deberías quedarte —se aventuró, tomándola de las manos y acercándola a su pecho con cautela—. Quizá esta noche soy yo quién necesita consuelo.

—No debemos, no puedo ser lo que tú necesitas que sea.

—Puede que lo único que yo necesite seas tú, Bren. Nada más que tú.

—Mírate, no eres un amo porque sí, no es un trabajo, es tu seña de identidad. No quiero que cambies por mí. No es justo para ninguno de los dos. La mujer que te ame debe hacerlo por ti, por ser quién eres, no quién ella quiera o necesite que seas.

Una rabia, no contra Brenda sino contra su propia persona, emergió con fuerza reclamando atención y haciéndole odiarse un poco más.

—¿Y si ese Gabriel que todos creen que existe ya no soy yo?

—¿Crees que la sangre puede dejar de ser roja o que una cebra pueda perder sus rayas?

—Maldita sea, no puedo ser ese hombre. Ya no.

—Kat dice que no debería darle importancia a lo que haces en el club, que solo es un trabajo. Creo que Kat realmente está convencida de ello, pero nosotros sabemos la verdad y Rod también. Es tu forma de vida, tu identidad. No puedes ignorar eso porque serías eternamente infeliz y no quiero eso para ti.

Gabe la miró, evaluó sus palabras. Tenía sentido, pero no quería creerlas. Había estado tan seguro de todo, especialmente de los papeles que cada uno de ellos desempeñaban en esta función. Pero todo había cambiado, él en primer lugar.

—Estaba deseando ser de nuevo esa versión, pero por más que lo intento, no puedo. Esta noche, cuando el número estaba a punto de empezar, supe que no podría seguir adelante, a pesar de lo mucho que lo deseaba. El miedo y el

rechazo se apoderaron de mí; tuve que marcharme, Bren. Quizá yo tampoco pueda volver atrás.

—Solo estás asustado. Créeme, he aprendido mucho sobre el miedo.

No quería indagar en ese tema, al menos, esta noche no.

—¿Qué estabas haciendo, realmente, aquí abajo?

—No lo sé, estaba metiéndome en la cama, cuando sentí que tenía que bajar.

Un ejercicio de valor, Brenda temía aventurarse sola en el club y quizá en cualquier parte fuera de su cama.

De alguna manera, ¿habría sentido lo mucho que le hacía falta precisamente hoy? Si creyera en algún ser supremo, estaría seguro de que así era.

—Me alegro de que estés aquí —susurró atrayéndola a un estrecho abrazo, lanzando todo indicio de prudencia lejos de los dos.

La necesitaba hoy más que nunca.

—Me alegro de estar aquí.

Lo buscó como si se tratara de su refugio, haciéndole sentir mucho mejor que las dos últimas semanas.

—Gracias.

Ella no respondió y él tampoco añadió nada, tan solo se consolaron mutuamente. Unidos en un abrazo tierno y lleno de cariño, de camaradería, una necesidad impresa a la fuerza.

El sonido apagado de unos pasos interrumpió el momento, haciéndole jurar en voz baja. Brenda se tensó, todo su cuerpo parecía de piedra.

—Más vale que tengas algo importante que decir, Lou.

—Hemos tenido una visita inesperada —pronunció con tono de disculpa. Era un hombre de gran tamaño, su mera presencia bastaba para intimidar a un tipo como él, cuanto más a la mujer que estaba ahora a su lado tratando de

hacerse tan pequeña como le fuera humanamente posible.

—¿Una visita? —preguntó manteniendo a Brenda protegida tras él. Sintiendo cómo lo necesitaba incluso más que antes.

—Sí, jefe. Creo que es mejor que lo recibas tú.

Gabe odiaba apartarse de ella justo en ese momento, pero no tenía opción. Cuando el deber llamaba, el placer ocupaba un triste segundo lugar.

—Ve —lo animó la mujer—. De todos modos ya es hora de que me retire, estoy cansada. Y recuerda mi oferta, puedo pagar por estar aquí, Gabe. Que yo no sea el motivo que origine tu ruina.

Observó cada uno de sus pasos, demasiado rápidos y llenos de inseguridad. Su pelo blanco no parecía pertenecerle a ella, de lejos, era otra persona, una fría desconocida que parecía fielmente afiliada al invierno.

O quizá ese lienzo vacío, esperando a que un avezado pintor quisiera esbozar las primeras líneas del boceto de su próxima obra maestra.

No había que ser negativo. Tenía que pensar que el futuro les guardaba algo grande, majestuoso, una felicidad sin precedentes. Quizá él no lo merecía, pero Brenda, sin duda, lo hacía.

—¿Quién es nuestro invitado? —Indagó caminando junto a Lou.

—Será mejor que lo veas con tus propios ojos, jefe. No te va a gustar.

Que el hombre más parco en palabras que conocía enlazara tres frases seguidas, era una mala señal per se. Intentó desterrar un escalofrío. Ese mal presentimiento que le retorció las entrañas.

No necesitó divagar durante mucho más tiempo, porque un viejo enemigo sonreía con suficiencia hacia él.

—Hijo de puta —gritó lanzándose a su yugular. Le dio un puñetazo, que no esquivó, pero le devolvió el siguiente.

—Reconozco que el primero me lo merecía, pero piénsalo bien, porque ya he pagado mi deuda.

—No deberías estar aquí.

Lo odiaba con toda su alma. Habían coincidido en otro club, por placer, y los dos habían tenido un problema bastante serio.

Habían pasado cinco años desde la última vez.

—Le he llamado yo —informó Roderick a su espalda—, necesitamos refuerzos.

—No lo quiero aquí, fin de la discusión. —Se sintió traicionado, no lo había consultado con él, traer aquí a ese sinvergüenza sin pedir opinión, era una auténtica puñalada traperera.

Damien MacPherson no era un hombre confiable, eso había quedado claro, tendía a sobrepasar los límites y dejarse llevar por sus más bajos instintos. No medía sus acciones y no le importaba el resultado de sus malas decisiones.

Era un hombre sin conciencia y, por ese motivo, no lo soportaba.

—El Pleasure's no es de su estilo.

—Vamos, Grier, la gente cambia —espetó el recién llegado.

—Tú no —espetó y miró a Rod entonces. Debía haber salido de la sala antes de tiempo, tenía aspecto de haber sido interrumpido en medio de algo importante—. Lo quiero fuera de aquí y a ti de vuelta en el trabajo.

—Somos socios, Gabe, no soy tu puto empleado. Que te quede claro.

Roderick parecía realmente molesto. Incapaz de contenerse se dirigió hacia él, muy cerca, y masculló entre dientes.

—Cuando todo se vaya a la mierda, tú serás el responsable.

Chocó su hombro contra el fornido torso y se alejó maldiciendo. Con Damien de por medio, todo podía ir de mal en peor, hasta convertirse en catástrofe.

No sería la primera vez.

CAPÍTULO 4

Roderick siguió la estela de Gabriel hasta que desapareció. Podía entender que estuviera enfadado, había vivido de primera mano el desencuentro pasado y estaba de acuerdo en que Damien había llegado demasiado lejos, pero lo cierto era que lo conocía lo suficiente y sabía bastante de su historia como para entender los motivos que lo habían empujado lejos de cualquier límite impuesto.

Sí, era la misma persona, pero la pérdida había marcado profundamente al hombre, por lo que sabía que, hasta cierto punto, podía fiarse de que siguiera la normativa del *Pleasure's*.

—Me la estoy jugando por ti, así que más te vale no decepcionarme. No hay segundas oportunidades esta vez.

—Sabes que no estaba en mi mejor momento, mi vida era puro caos entonces. Estaba...

«Muerto por dentro». No lo dijo, pero se lo había escuchado decir suficientes veces, como para saber cómo se había sentido.

En parte, la idea de hacerlo venir y contratarlo, además de por el futuro del club, había sido por Brenda.

De alguna manera, él podría darle la luz que ella necesitaba. Guiarla desde la oscuridad en la que estaba atrapada, devolverla a la vida. Además, Damien no estaba vinculado al dolor pasado y podía llegar a ser un hombre confiable.

Una vez había sido el tercero en discordia. Si alguien conocía de primera mano el dolor que Gabe y él habían vivido, ese era el hombre que se erigía frente a él. Por eso Gabe lo odiaba, porque había traicionado su confianza, cuando lo habían visto como un hermano y compartido momentos que solo ellos tres conocían.

—Para Gabe va a ser complicado tenerte aquí, especialmente ahora, no hagas las cosas difíciles.

—¿Por esa pollita de la que me hablaste?

—No creo que ese apelativo sea el más adecuado para un entorno como este —ironizó.

El brillo en sus ojos le dijo que se estaba divirtiendo.

—No te preocupes, sé todo lo que hay que saber sobre los traumas. Podía dar un curso monográfico sobre el tema.

—Mantén tus ojos y manos lejos de Brenda y no tendremos que lamentar bajas.

—¿Brenda y Gabriel están juntos?

—Como si lo estuvieran.

El conocimiento destelló en los ojos aguamarina, llenos de comprensión.

—No estoy aquí para joderle la vida, sino para sacaros de un apuro. Recuerda que fuiste tú quién me llamó.

Roderick era consciente de ello, solo esperaba no tener que lamentar aquella impulsiva decisión.

—Confío en ti —Al menos tanto como estaba dispuesto a hacerlo.

—Gracias.

—Volvamos al trabajo. He dejado el control de la mazmorra en las inexpertas manos de Miles y ya estamos teniendo suficientes pérdidas.

Damien sonrió.

—Supongo que estás necesitando un experto.

—Lo que necesito es un milagro.

Pudo ver la manera en que su cuerpo se mecía rítmicamente mientras se cambiaba de ropa.

No era tarde, pero su mujer era diferente, especial, una luz llena de pureza en un antro corrompido por la oscuridad. Sabía que necesitaba su ayuda. En el momento en que consiguiera llegar realmente a ella, le tendería una mano amiga y le ofrecería el futuro de comodidad y respeto que se merecía.

Su dulce flor de invierno solo estaba esperando a ser rescatada por él, su caballero moderno con su ilustre montura, un Ferrari negro, hecho para correr y llevarla al paraíso que nunca deberían haber abandonado.

Cuando lograra sobrepasar esas barreras que la mantenían lejos de él. Sería su salvador.

Ajustó el zoom de la cámara del portátil, que descansaba sobre algún mueble frente a la cama. La calidad no era buena, pero suficiente para intuir la pausa que su cuerpo hacía en silencio, solo para él.

Era tan frágil y tan bella...

Había tenido que ocuparse del malnacido que se había atrevido a ponerle una mano encima, pero ya no volvería a hacerle daño a nadie.

Sonrió recordando los gritos que había dado mientras lo torturaba, música para sus oídos. Había hecho del arte del dolor una pasión, que solo permitía salir por una buena causa.

No era un irresponsable como aquellos que aseguraban proteger a su dulce flor. Nunca se dejaría llevar por esa parte oscura de su alma.

Su dama tendría un lugar puro y reservado en su vida y la oscuridad quedaría relegada a su lucha por la justicia y por terminar con la maldad en un mundo lleno de belleza que necesitaba ser salvada.

CAPÍTULO 5

Odiaba que Roderick tuviera razón, porque sabía que no iba a dejar de recordárselo durante el resto de su vida. Sin importar la tensión que existiera entre Damien y él, su viejo amigo era una buena apuesta si de salvar al Pleasure's se trataba y Gabe era completamente consciente de ello. Conocía el negocio tan bien como ellos, llevaba muchos años trabajando en diversos clubs a los que había aportado muy buena fama. Eso tenía que admitirlo.

Se recostó en la silla giratoria y fijó sus ojos en la pantalla. Damien tenía estilo, poseía ese aire rudo y a la vez dejado que tanto gustaba a las mujeres y no tenía ningún problema en aplicar mano dura, si alguien se desviaba de su órbita. No admitía rebelión de ningún tipo y cualquier acción en contra de sus órdenes, era públicamente castigada. Llevaba los límites del placer mucho más allá de lo que Rod o él hacían. Necesitaba más tensión, una pizca de salvajismo con la que ninguno de los dos se sentía plenamente cómodo.

Pero al fin y al cabo, el mismísimo Strider en persona se había ocupado de su adiestramiento, había sido un Maestro muy exigente y lo había aleccionado bien. Por suerte, Damien poseía una conciencia muy sana, a diferencia del otro hombre, de no ser así Rod nunca lo había implicado en esto.

Observó la dinámica que había implantado en su mazmorra y sintió celos. No por desear ocupar su lugar, sino por la facilidad con la que se había convertido en amo de lo que era suyo, de lo que había invertido tanto tiempo en crear, proteger y dar forma.

No importaba que fuera el mismo lugar, ni que parte de su público fueran sus clientes habituales, no necesitaba estar dentro de la sala, le bastaba con visionarlo a través de la cámara de vigilancia, para darse cuenta de que el clima era radicalmente distinto.

Y la gente lo estaba disfrutando.

Quizá, en el fondo, había deseado que fracasara, sin importar lo que eso supusiera para el club.

—Es bueno, ¿verdad? —inquirió Kat sobresaltándolo.

No la había escuchado entrar, perdido como estaba en sus propios pensamientos.

—No puedo acusarlo de no serlo —respondió sin mirarla.

—¿Qué te pasa con él? Rod no suelta prenda, parece que no lo tragas. Pensaba que habíais sido amigos hace tiempo o algo así.

—Hace mucho tiempo y la amistad se acabó. Ese hombre que ves ahí cortó el último lazo que le unía a nosotros y ahora Rod acude a él para que nos saque las castañas del fuego. Perdóname por estar un poco ofendido porque lo haya hecho a mis espaldas.

Kat jadeó con sorpresa.

—Vaya, sí que estás furioso.

—Mierda —se dio cuenta de que la había tomado con quien menos culpa tenía—. Perdona, Kat. MacPherson tiene la facultad de sacarme de mis casillas, pero no tiene nada que ver contigo.

—Si quieres, puedo odiarle también, solidariamente. Así no te sentirás tan solo.

Lo abrazó y su toque lo reconfortó, al menos durante un instante.

—Me estoy haciendo viejo, Kat. Esto empieza a cansarme.

—¿Mis abrazos? —bromeó haciéndolo reír.

—Nunca me cansaré de estos, son lo mejor del día —aseguró—. Solo hablo de este mundo, del club, del sexo...

—Nadie se hace viejo para el sexo, confía en mí.

—No estoy tan seguro de eso.

No necesitaba decirle lo que le estaba pasando, su incapacidad para

excitarse o cumplir con su papel favorito en el Pleasure's estaba minando su moral. No sabía cómo enfrentarse a este momento de su vida, porque nunca había tenido que luchar consigo mismo para tener algo que debía ser inherente a él.

—Estás pasando por un momento difícil, todos lo hemos hecho. Lo superarás, eres un hombre muy fuerte y tienes a mucha gente que te quiere que va a apoyarte para que lo hagas. Brenda incluida.

—¿Por qué duele tanto querer a alguien, Kat? ¿Por qué tuve que hacerle tanto daño solo por desear un rayo de luz en medio de mi oscuridad? ¿Me merezco acaso esto?

Volvió a mirar la pantalla, la escena sexual estaba en su máximo apogeo y no pudo sentir nada ante la contemplación, tan solo incomodidad y odio contra sí mismo, por lo que debería ser y ya no era.

—Todo el mundo necesita una vía de escape —aseguró su amiga.

—Él no debería estar aquí —espetó señalando a Damien—. Debería ser capaz de hacerme cargo de mi propio trabajo.

Kat intentó decir algo que lo hiciera sentir mejor, pero se levantó y la dejó con la palabra en la boca. Era mejor marcharse y ocuparse por sus propios medios de sus demonios, sin involucrar a nadie.

Sus pasos lo llevaron directo a Brenda, estuvo a punto de llamar a la puerta, pero no lo hizo. Era demasiado tarde, probablemente ya estaría dormida y su humor era tan oscuro que lo único que conseguiría era incomodarlos a ambos. Estaba seguro.

Iba a tener que limpiarse solo toda esta mierda de encima, al menos por esta vez.

Entró como un vendaval en sus dominios, ni siquiera se molestó en cerrar la puerta con pestillo. Nadie se aventuraba nunca en su apartamento, sin ser invitado. Y si Brenda quería entrar, siempre sería bienvenida.

Se dirigió al baño y se quitó la ropa, se daría una ducha y trataría de borrar todo lo que estaba mal en él. No se trataba de que Brenda fuera un peso sobre su espalda, era su propia moral la que le estaba haciendo cuestionarse quién era. Nunca había tenido una crisis de identidad como esta, no desde hacía años.

El agua hervía sobre su piel, se encogió, pero no le importó. Dejó que cayera, que arrastrara todo lo que él no podía desechar mientras se apoyaba con ambas manos y los ojos cerrados en la pared, derrotado.

Podría haber llorado, estaba de ese humor, pero no se permitió hacerlo, porque si ella no podía ¿por qué iba él a tener semejante alivio?

Las imágenes de los videos que había recibido volvieron a su mente, en vivos colores, recordándole cada instante de lo que la única mujer a la que estaba seguro de amar, había tenido que soportar.

Ojalá hubiera sido él quién hubiera pagado aquel coste. Todo había sucedido por su culpa.

Golpeó con fuerza la pared, hiriéndose los nudillos. No le importó. Tan solo quería tener un poco de alivio, necesitaba sentir algo diferente al adormecimiento de su cuerpo que parecía haber quedado en pausa tras el visionado de aquellas imágenes.

Todo lo que había vivido ella, les había pasado factura a los dos. Y estaba loco dejándola bailar y exponerse en ese escenario que había construido especialmente para una bailarina exótica y sensual, que con sus movimientos era capaz de mostrar sentimientos que creía no poder sentir.

Pero estaba equivocada, Brenda no estaba vacía, solo demostraba su dolor de una manera diferente. Su ropa, su aspecto, cada sinuoso giro de sus caderas.

Quiso desterrar la imagen de Brenda junto a aquella barra, cada movimiento y susurro, cada mirada. Siempre lo buscaba a él y le hacía sentir

que estaban los dos solos en aquella habitación. Lo hacía desear atravesar la sala y entonces...

Fue como si estuvieran los dos solos. Todo el mundo a su alrededor se desvaneció, la música quedó en un segundo plano, como un eco lejano y perfecto que enmarcaba lo que tenía que suceder.

No importaba que no fuera el lugar adecuado, tampoco que la mujer que estaba frente a él creyera estar rota por dentro, porque él encontraría cada una de las piezas y la reconstruiría. La amaba, sin importar que nunca lo hubiera hecho antes. Sabía, tan claro como que necesitaba oxígeno para sobrevivir, que no podía continuar sin ella. La necesitaba en su vida, a su lado. Deseaba hacerla sentir todo aquello que le habían robado, el placer, el deseo, la expectativa excitante de que por fin iba a obtener todo lo que merecía, todo lo que le había prometido.

Subió los escalones de la plataforma y se detuvo frente a Brenda, que no detuvo su danza, continuó con sus movimientos medidos, creados para hacerle suspirar de placer. Su cuerpo reaccionó, su polla se irguió preparada para penetrar muy profundo en ella. Le sostuvo la cadera con sus grandes manos, permitiéndole sentir su dura erección. Dejándole saber, sin necesidad de palabras, lo mucho que la ansiaba. Pudo sentir cómo la respiración se atascaba en sus pulmones, un jadeo de placer abandonó sus femeninos labios, mientras se acercaba más a él y de un rápido impulso, lo montaba a horcajadas. La sostuvo sin dificultad en el aire y la miró un instante antes de besarla con todo el deseo que llevaba años guardando bajo una llave perdida, que se había obligado a olvidar en algún lugar recóndito de su memoria.

Su mejor amiga, su luz, la esperanza de ser normal. Todo se desvanecía ahora, entre sus brazos, no quería nada más que poseerla allí mismo, frente a una multitud anónima que ni siquiera importaba.

—Deséame —exigió con tono autoritario. No había opción a réplica. No le permitiría escapar de él.

—Te deseo —jadeó Brenda, no hubo ni una pizca de rechazo en su tono de voz, tan solo rendición.

Todo su ser respondió como solo podía hacer, excitándose aún más. Ansiando estar más cerca de ella, poseerla en cuerpo, mente y alma. Quería marcarla para que todos supieran que le pertenecía.

—Voy a follarte aquí mismo, donde todos puedan ver lo mucho que me deseas, Bren y vas a disfrutarlo. No volverás a pensar en la oscuridad de tus recuerdos, todo será luz entre nosotros. El sexo volverá asociado al placer de este momento, solo permaneceré yo en tu memoria. Te mostraré el verdadero camino de la sensualidad y juntos exploraremos tus verdaderos límites.

—Sí, Gabe. Por favor, sé mi maestro. Muéstrame cómo disfrutar del sexo otra vez. Ayúdame a recuperar el placer.

—Aprendes rápido, ¿verdad?

Lo miró y asintió casi con timidez incendiando, si eso era posible, un grado más su deseo.

—¿Recuerdas quién y qué soy?

Con su silenciosa aseveración le dio la excusa que necesitaba para pronunciar las siguientes palabras.

—Siempre vas a tener elección conmigo —explicó acariciando la curva de su pecho izquierdo, necesitaba dejar muy claros sus términos, siempre lo hacía, pero con ella no quería que hubiera espacio a la confusión—. No voy a forzarte a nada. Voy a enseñarte los caminos de la satisfacción, voy a mostrarte el mundo al que pertenezco y voy a ser quién derrote a las bestias que se agazapan en tu oscuridad, pero si no eres capaz de aceptar alguna de mis instrucciones, solo necesitas decirme que pare y lo haré. No temas decir

no, Bren, esa es tu palabra, ¿entiendes? No y me detendré, sin importar lo excitado que esté o lo lejos que hayamos ido.

A cambio, no pronunció ni una sola palabra, tan solo lo besó y con su beso dejó claro el deseo que sentía por él. Sus manos lo tocaban en cada rincón que alcanzaban, sin pensar o pedir permiso, no había miedo solo curiosidad y necesidad de ver su deseo satisfecho.

Esa voz de exigencia que siempre se alzaba en su interior cuando necesitaba tomar las riendas de una relación reclamó su atención una vez más y la detuvo.

—No eres quién toma las decisiones aquí, Brenda.

Lo miró expectante, dejando por un momento su exploración, concentrando toda su atención en él.

—Yo lo haré por ti.

Bajó con ella en brazos, mientras la multitud se apartaba a su alrededor, dándoles espacio para pasar, y la depositó sobre un cómodo sofá redondo que desocuparon para ellos.

—Que nadie se acerque —ordenó a aquellos que los rodeaban—. Brenda es solo mía.

No era una orden que estuviera acostumbrado a dar, algunas veces había formado parte de una exhibición sexual, pero ese tipo de cosas solía dejárselas a Rod. Sin embargo, aquí, en este momento, ella era exclusivamente suya.

No iba a compartirla, jamás.

Ya era bastante generoso dejándoles mirar.

—¿Te gusta que todos tengan sus ojos puestos en ti? —preguntó bajándole los tirantes del escueto vestido que llevaba y exponiendo sus pechos a la vista—. Te excita que te miren así, completamente expuesta, mientras voy dejando al aire cada pedazo de piel que todos se mueren por

ver, pero que solo yo soy digno de probar.

—Sí, Gabe. Sí.

Normalmente, no permitía que sus amantes pronunciaran su nombre, pero esta situación era diferente, no quería en sus labios ninguna otra palabra, el uso de sus auténticas identidades era en sí mismo erótico y salvajemente sensual.

Lo empujaba tan cerca de su límite, que estaba teniendo verdaderos problemas para contenerse.

Así sabía que ella era consciente del hombre que tenía sus manos sobre su piel, de quién la estaba acompañando en este viaje por el placer.

Descendió su boca y tomó uno de sus pezones entre los labios, primero lamió, después sopló y finalmente se deleitó succionando con frenesí, con la intensidad suficiente para causarle un poco de aparente incomodidad que terminaría tornándose en el más intenso placer.

Una de sus manos, envueltas en el suave cuero, bajó por su cuello y se dio cuenta del inútil estorbo del objeto. Se enredó el tiempo suficiente para despojarse de aquel complemento que le impedía rozar el objeto de su deseo.

Quería contacto completo con ella, necesitaba sentir cada pequeño milímetro de aquella piel perfecta, que no conservaba ni una sola marca de su calvario y que ahora se derretía bajo sus dedos.

—Por favor —suplicó y aunque sabía qué quería, todavía era demasiado pronto para entregárselo.

—Todavía no, puedes esperar más, será mejor —instruyó con eficiencia, pero sus ojos le pedían en silencio que confiara en él.

Brenda le permitió hacer, así que su boca descendió hasta su ombligo y se entretuvo en él. Todavía no la había tocado de verdad, tan solo estaba tanteando su capacidad de aguante, su resistencia, ver hasta dónde podía

empujarla antes de darle lo que deseaba.

Le quitó las bragas con la eficiencia que le daba años de práctica y con una sonrisa de superioridad exigió:

—Abre las piernas, tenemos que dar un show.

La imagen se esfumó tan rápido como había llegado cuando su cuerpo colapsó, allí mismo, en mitad de la ducha, en la más vergonzosa soledad.

—Y yo que pensaba que no podías mantener una erección —dijo esa odiosa voz a su espalda, sacándolo de su estupor y haciendo que se cubriera rápidamente con una toalla.

—¿Qué cojones haces tú en mi cuarto de baño?

—Dejaste la puerta abierta, pensé que se trataba de una invitación —pronunció con ironía mirándolo directamente a los ojos—. No eras tan tímido en los viejos tiempos.

—Lárgate, Damien. No tengo paciencia para ti.

—Parece que tampoco la tienes con esa pared. ¿Acaso pretendías hacer un agujero o tan solo romperte la mano?

Gabe observó sus hinchados nudillos, ni siquiera se había dado cuenta del dolor, estaba demasiado perdido en su cabeza, como para hacer caso a cualquier otra cosa a su alrededor.

No había notado al hombre hasta que había hablado, supuso que se había dado una buena sesión voyerista con él.

—¿Has disfrutado del show? —preguntó con malicia, cerrando el grifo del agua y abandonando la ducha.

—Puedes hacerlo bastante mejor, según recuerdo —contraatacó—. De todos modos, no vine para mirarte mientras te la machacas. Estoy bastante satisfecho en este momento, después de apropiarme de tu mazmorra. Rod no es malo, pero Miles es un desastre. Pensaba que habrías adiestrado mejor a tus hombres. No me extraña que tu club se hunda.

—Si has venido a insultarme o despreciar el *Pleasure's*, haz tus maletas y lárgate. No te necesito ni te quiero aquí.

—Lo de que no me quieres, lo sé, es cierto, pero lo de que no me necesitas... —empezó—. Hay que hacer grandes cambios, empezando por la formación de tus dominantes. ¿Sabes la lástima que dan? En serio.

—Rod no da lástima.

—Nunca lo ha tenido dentro, Gabe. No como nosotros y lo sabes. Quedó más que demostrado en *Prometheus* —le recordó.

—No vuelvas a hablarme de ese lugar.

—Ese lugar te convirtió en lo que eres.

Se equivocaba, *Prometheus* solo lo había sacado del armario a patadas. Le había puesto nombre a sus necesidades, eso era todo, lo había instruido, convirtiéndolo en un experto maestro de ceremonias, pero en ningún caso lo había transformado en nada. No podías cambiar la naturaleza de una persona, solo podías afinarla.

—Ese lugar sacó a la luz mi oscuridad y eso es todo lo que voy a admitir. Rod es mucho mejor que tú y yo juntos.

—En lo suyo, lo es. En la mazmorra, no. Ninguno de los doms con los que me he cruzado en estos años pueden hacernos sombra a ti o a mí. ¿Por qué crees que tu *Pleasure's* ha funcionado tan bien? ¿O por qué crees que mi jefe me pagaba más de lo que cobra un banquero? Esto es algo natural o lo tienes o no lo tienes.

Esas palabras le recordaron a *Strider* y tuvo que contener una náusea. No le apetecía volver a ese lugar y esta noche menos que nunca antes.

—Dime qué quieres y lárgate para que pueda irme a la cama.

—¿Solo?

—¿Acaso quieres acompañarme? —preguntó exasperado.

—¿De ese humor? No, claro que no. Acabaría con un miembro menos y

eso no es algo que nos beneficie a ti o a mí —comentó sin darle importancia. Nunca habían sido amantes, no al uso, aunque habían trabajado juntos en el pasado y tenido contacto sexual.

Aún así, ninguno de los dos sentía simpatía o atracción física explícita por el otro. Nunca la habían sentido y nunca habían tenido un vínculo tan fuerte como el que compartía con Rod.

Además, en contra de lo que Damien pensara, nunca se dejaría llevar por ese lado del juego. Él no intercambiaba papeles, no estaba en su interior el convertirse en algo diferente al que dominaba el intercambio, no era como el hombre que se erigía frente a él que había permitido que otros tomaran de él, en justo intercambio, lo que Gabe exigía sin ofrecer nada más que placer y sometimiento a cambio.

—¿Por qué no me dices por qué has venido y te largas?

—¿Antes de que me des una paliza? Te dije que te devolvería el próximo golpe y lo haré, no te quepa duda —informó.

—Habla o lárgate, no tengo tiempo para tus pamplinas.

—Ni paciencia.

Y no, no la tenía. Si tenía que repetirse una vez más, lo haría con sus puños, sin importar el estado en el que estos estuvieran o cómo acabaran después.

—Quiero el control de la mazmorra sin interferencias.

—No. Ya puedes marcharte —rechazó, indicándole con un gesto la puerta, mientras salía del cuarto de baño y entraba en su habitación. Tiró la toalla mojada y se enfundó unos cómodos y amplios pantalones de deporte, con una camiseta de manga corta blanca para completar su atuendo.

—Siempre consigo el control completo. No puedo sentirme vetado, no saldrá bien.

—Te conozco, Damien. Te conozco incluso mejor que tú mismo y sin

límites, habrá problemas. No quiero errores de ningún tipo en mi club. El Pleasure's es un lugar seguro para todos los que participan en su fantasía y sin reglas y orden no hay seguridad. El caos acaba provocando accidentes, como bien sabes.

—¿Acaso no puedes dejar el control durante el tiempo suficiente como para sacar este antro de la miseria?

Lo empujó con todas sus fuerzas contra la pared, hasta que rebotó en ella.

—Lárgate de mi casa, no vuelvas a cruzarte conmigo o te mataré.

Damien se lanzó contra él con toda su fuerza, hasta que cayeron rodando sobre el suelo, destrozando algunos muebles en el proceso.

—Te dije que te la devolvería.

—Puedes intentar dejarme fuera de combate, aún así la mazmorra seguirá estando sujeta a mis normas. No me importa si te largas —espetó entre puñetazos. Recibía tanto como daba, pero el dolor le ayudaba a enfocarse en sí mismo. No podía permitir que las cosas se escaparan a su control y al de Rod, sobre todo porque no confiaba en Damien. Lo hizo una vez y había salido muy caro.

—¿Por qué no puedes darte cuenta de que me necesitas?

—Nadie es imprescindible —respondió furioso.

—Es por esa tía, ¿verdad? A la que violaron. Crees que eres su puto salvador o algo y te está comiendo el coco y convirtiéndote en un maricón de mierda.

Una furia helada se extendió por todo su ser, tan rápido y tan certera que el siguiente golpe fue directo a su objetivo y lo dejó sin respiración.

—No vuelvas a hablar de Brenda. Mejor no la mires, no te acerques, no le hables, si tocas un solo pelo de su cabeza, te mataré. ¿Me oyes? Y me encargaré de que sufras mientras exhalas tu último aliento.

Pasó de largo y miró a Rod que había presenciado sus últimas palabras.

—Ocúpate de él, ¿quieres? La próxima vez que se meta donde no lo llaman, me ocuparé de que no haya más transgresiones.

—Gabe... —intentó mediar el otro.

—Esta noche, no —advirtió y pasó de largo, dirigiéndose al único lugar del club en el que podría estar a solas y a salvo.

La oscura azotea cuya única llave estaba en su posesión y que le daría la paz que necesitaba.

CAPÍTULO 6

Rod estaba preocupado por Gabri

el, lo había estado durante un tiempo, pero su estado de ánimo parecía empeorar con cada día que pasaba. Sabía que no era fácil afrontar la situación a la que estaban intentando sobrevivir, pero la manera en que se había dejado llevar por la violencia con Damien la noche anterior, todavía le hacía encogerse por dentro.

Cuando le había dicho que lo mataría si se acercaba a Brenda, lo había hecho en serio. No era que le molestara tener que ir a visitarlo a la cárcel, lo que le preocupaba era lo que algo así supondría para todo el mundo allí, ver ese lado salvaje y primitivo de Gabriel no era algo que ayudara a la joven a recomponerse más deprisa.

O darles una oportunidad real de relacionarse como pareja.

No podía dejar de darle vueltas a la cabeza, tratando de encontrar la respuesta a todos esos interrogantes que flotaban frente a sus ojos uno tras otro. Había tanto que tener en cuenta.

Entendía que Damien quisiera libertad absoluta para desenvolver su trabajo, pero también sabía el motivo que había llevado a Gabe a rechazar esa petición. Primero, no lo quería allí, lo había llamado él a sus espaldas y admitía que eso no había estado bien, pero tampoco era que hubiera tenido muchas alternativas. Segundo, en el pasado, Damien había ido demasiado lejos y aunque no podía contarle a Gabriel el motivo por el que había hecho lo que había hecho, ya que había jurado guardar el secreto durante el resto de su vida, era cierto que había propasado cualquier límite aceptable.

También se había redimido cuando colaboró con la policía para acabar con los desalmados que estaban detrás de aquella farsa, pero aún así...

Apocalipsis, de Tierra Santa empezó a sonar alto y claro en la estancia, a

lo que Rod cogió su teléfono y respondió casi de inmediato. Aquel tono de llamada, anunciaba que se trataba de Daniel, el hermano policía de Gabe.

—Dime, ¿ya te has cansado de tu reenganche y me suplicas volver para ocuparte de nuestra seguridad?

—Muy gracioso —acotó con cansancio—. Parece que estuviera ahí, vuelven a sacarme a horas intempestivas de la cama.

—¿Y a qué debo el honor de tu llamada? —si fuera por cortesía, habría llamado a Gabriel, que contactara con él le indicaba que había sucedido algo—. ¿Está todo bien?

—Tengo una muerte violenta entre manos y tu club vuelve a salir conectado a la víctima. Puede que no sea más que una coincidencia o un detalle sin importancia, pero si pudieras mirar tus registros y confirmarme que Ted Oldman ha sido miembro del Pleasure's recientemente, me harías un gran favor.

—Puedo decirte hasta cuándo estuvo aquí, si quieres. Ya sabes que llevamos un registro minucioso con nuestros clientes. Incluso es posible que, si Miles ha sido el tipo que suele ser, haya indicado hasta qué servicios utilizó. Dame solo un par de minutos...

Empezó a teclear, buscando en la base de datos y obtuvo su coincidencia.

—Vaya —masculló para él.

—¿Lo encuentras?

—Afirmativo —respondió Rod, aunque sorprendido por lo que le decía la pantalla—. Es un cliente nuevo, solo ha utilizado su pase dos días, dos viernes y solo para el show de Brenda.

—¿Puedes confirmarme que Ted Oldman tiene cuarenta y tres años, aspecto de vendedor de coches usados e indicios de alopecia?

—Puedo decirte todo eso y, además, que fue expulsado de aquí este viernes. Miles revertió su pase cuando trató de propasarse con nuestra

bailarina estrella.

Los dos se quedaron un instante en silencio. Rod supuso que Daniel estaría anotando toda la información que le había dado y quizá incluso barajando alguna que otra posibilidad.

—¿Dónde estuvo Gabriel esa noche?

—¿No estarás sospechando de tu hermano, verdad? —preguntó ceñudo. Le molestaba la mera posibilidad de que cualquiera pensara en Gabe de esa manera. Puede que estuviera pasando una mala racha, pero nunca cruzaría esa línea, habría podido hacerlo muchas veces y siempre había sido capaz de contener su ira y transformarla en placer.

—Solo quiero asegurarme de que tiene coartada, por si a alguien se le ocurre señalar en vuestra dirección.

—Gracias por preocuparte por mí —ironizó.

—Tú no estás tan implicado con Brenda como él.

Eso era cierto. Gabe sería sospechoso en la investigación, otra vez.

—Es mejor que no hables con él de este asunto, si no es estrictamente necesario. No está pasando un buen momento, ¿sabes?

—¿Por qué crees que te he llamado en lugar de comunicarme con él? Voy a desmontar cualquier suposición que puedan hacer sobre vosotros o el club, antes de que alguien la sugiera. Quiero poder descartarlo como si fuera un absurdo.

—Gracias por eso, hombre. ¿Qué tal está Abbie?

—Fuera de la ciudad por trabajo —le recordó—. Todavía quedan dos semanas para que vuelva. La echo de menos.

—Acabáis de casaros, es normal.

Parecía como si fuera a decir algo más, pero al final hubiera decidido guardarse algo para sí.

—Sí, es normal, supongo. ¿Cómo está Kat?

—Muy bien —informó, no quería hablar sobre la mujer o lo confuso que se sentía al respecto, especialmente desde que Damien había llegado. Habían empezado a coquetear y le molestaba profundamente. Quizá ya era el momento de dar un paso adelante y explicarle cómo se sentía.

Pero no era algo que fuera a compartir con el policía.

—Puede que nos veamos pronto, cuídate y asegúrate de poder garantizar una coartada veinticuatro horas al día. Si alguien está tras el Pleasure's o tras vosotros...

—Advertiré a todos y nos aliaremos para vigilar a Gabe. Esperemos que no necesite enterarse de este nuevo problema. Está lidiando con unos cuantos ahora.

Hablaron durante unos minutos más, conversación trascendental que no iba a ninguna parte y, cuando se despidieron, Roderick se sentía intranquilo. Estaba claro que los problemas nunca llegaban solos.

Salió de la sala y, de nuevo, tuvo que ocuparse de otro desastre. Un inminente enfrentamiento estaba a punto de suceder y mejor hacer de intermediario para evitar que rodaran cabezas y le mancharan el suelo de sangre.

Lo cierto era que no iba mirando el lugar por el que caminaba, porque a esa hora no solía haber nadie allí para interrumpir sus paseos. Salía a tomar el sol, saludaba a Lou que siempre era amablemente silencioso, sin alejarse de la zona vigilada del club, se aseguraba de que su coche no hubiera sufrido algún percance durante la noche y volvía a su apartamento para prepararse su ensalada de rigor y su filete de ternera a la plancha. Todos los sábados seguía la misma rutina, su psicóloga le había explicado que eso podría ayudarla a

superar sus problemas.

Ojalá hubiera tenido razón.

Lo cierto fue que hoy el destino estaba empeñado en ponerse en su contra y cuando llegó el descuidado golpe, no lo vio venir y se quedó completamente paralizada. Observó al desconocido que la miraba con desgana y casi malhumor y se encogió por dentro.

Era un hombre grande, quizá fuera guapo, aunque no se atrevió a valorarlo en ese sentido. No se había afeitado, pero la barba rubia no hacía nada por ocultar las marcas de su rostro. Al parecer, alguien le había golpeado.

Se preguntó si era amigo o empleado y qué hacía exactamente allí. No es que importara, pero nunca había provocado tanto desagrado en alguien. No la conocía y aún así, no parecía caerle muy bien. Buscó a su alrededor un refugio y Rod llegó, como un soporte, casi como si hubiera sentido cuánto lo necesitaba.

—Perdón —se disculpó casi en silencio, tratando de controlar su respiración y los acelerados latidos de su corazón—. No esperaba que estuvieras ahí.

—Deberías prestar más atención —la instruyó cortante, en tono aleccionador—. Así que tú eres Brenda, ¿no?

—¿Nos conocemos? —preguntó aturdida.

—Te conozco de oídas —expresó y después miró a Rod—. Esta es la dulce palomita de Gabe, ¿no?

Rod le dio un ligero apretón en el hombro, insuflándole valor. El toque de este hombre no le resultaba tan doloroso, aún así logró que diera un salto en su lugar.

—No soy...

—No deberías estar aquí. ¿No se supone que duermes toda la mañana? —expresó Rob, dirigiéndose al otro hombre.

—¿En serio crees que voy a quedarme tan tranquilo en esa cama sabiendo que pende una amenaza de muerte sobre mi cabeza?

—Gabe no lo dijo en serio, lo pillaste en un mal momento —trató de suavizar.

—¿Gabe te ha amenazado de muerte? —estaba un poco confusa con todo aquello. ¿Gabe, su Gabe, el siempre risueño y agradable Gabe había amenazado a alguien de muerte? ¡Imposible!

—Sorprendente, ¿verdad? —inquirió con aires de superioridad, apartándose de ellos—. Me largo a dar una vuelta, antes de que recupere mi buen juicio y me vuelva a casa.

Rod lo miró cortante y negó.

—No te vas a marchar sin presentarte como es debido. Sabes lo importante que es para nosotros la buena educación y el respeto a las normas.

El desconocido la miró, caminó en su dirección y se fijó en ella, obligándola a levantar la vista. Intimidándola premeditadamente.

—Soy Damien MacPherson, el nuevo Maestro de la mazmorra. Te dirigirás a mí con el debido respeto.

—Corta el rollo, Damien. Brenda está fuera de tu alcance. —Le recordó Roderick.

Brenda pensó en la pulsera que había dejado en la mesilla, no pensó que fuera necesaria por la mañana, todos la conocían allí.

—Si forma parte del Pleasure's, tendrá que aprender cómo comportarse dentro del club, al menos si esperáis tener éxito y salir del hoyo en el que vosotros solos os habéis metido.

—No volveré a cruzarme en tu camino, no necesito tratarte de ninguna manera —espetó armándose de valor y se dio media vuelta.

Entonces él la tocó, al tiempo que daba una orden que no escuchó, y todo a su alrededor se desmoronó. La oscuridad y dolor, los recuerdos la atraparon

en una espiral de destrucción. Luchó con uñas y dientes en su contra, atacándolo con todo lo que podía, sin mirarlo, el grito que abandonó su garganta fue tan potente que hizo temblar todo a su alrededor, o al menos, esa sensación le produjo. Rod intentó tocarla, pero no logró calmarla, el aire se escapaba de sus pulmones. Si pudiera llorar, sacar todo eso que la hería tan profundamente, si pudiera organizar todo lo malo y desterrarlo.

Lou y Miles corrieron a su lado, pero ninguno de los dos la rozó. Quería a Gabe, lo necesitaba.

—¡Qué diablos...! —estaba diciendo Damien, completamente atónito.

—Mejor que salgas a dar tu paseo antes de que llegue Gabriel, porque no sé qué será más fuerte, si sus ganas de cuidarla o las de matarte por lo que has hecho. Ya hablaremos tú y yo sobre Brenda más tarde.

El desconcertado hombre salió en el instante en que las conocidas manos de Gabe la atraían sobre su pecho. Olía a aire libre y estaba un poco frío, pero resultó calmante.

Era como si estuviera sana y salva, en casa.

Gabe la levantó en brazos y dejó a la multitud atrás, Brenda se apoyó en él, ya no le quedaban más gritos, solo quedaba el dolor.

—Lo siento, Gabe. Me quite la pulsera, no me di cuenta...

—Shh, Brenda. No pasa nada. Yo arreglaré esto, te lo prometo.

Pero no estaba bien, no tenía por qué hacerlo. Iba a tener que sacar fuerza para afrontar por sí misma sus propios miedos y quizá, solo quizá, ya era hora de que empezara a pensar en dar espacio a Gabriel y ocuparse de sus propios asuntos.

CAPÍTULO 7

Gabriel detuvo su coche frente al edificio en el que había conocido a Brenda, el lugar en el que todo había empezado y que había cambiado, definitivamente, la vida de los dos.

Hacía tiempo que sus respectivos apartamentos habían sido ocupados, ya no volverían allí nunca más, igual que aquellos momentos compartidos que ya solo existían en el pasado y que no podrían regresar del lugar en el que estaban guardados a buen recaudo.

Ya no eran aquellas personas, las circunstancias los habían cambiado, definitivamente.

Apagó el motor y se recordó que estaba allí para recoger una última caja que había quedado atrás, después de su mudanza. El portero, un viejo amigo, se la había guardado en su pequeña oficina, y había tenido la paciencia de conservarla durante aquellos meses. Debería sentir vergüenza por haberse desentendido del paquete, pero no podía enfrentar el lugar, recordar cómo había sucedido todo. Se la habían llevado y él no había estado allí para protegerla, para evitarlo.

Sin él, seguiría viviendo en paz. Sana y salva, con su energía positiva brillando e iluminando a todo el mundo con el que se cruzaba.

Debería desterrar esos pensamientos pesimistas, ya iba siendo hora de que se reconciliara con el pasado, porque era algo que no iba a poder cambiar. Ojalá fuera más sencillo.

Bajó del vehículo y se aventuró en el portal, fue bien recibido, como si hubiera estado demasiado tiempo lejos y, al fin, volviera a casa.

—Gabriel, amigo. ¿Cómo estás?

—Me alegro de verte, Jonas —pronunció al tiempo que extendía su mano derecha para estrechar afectuosamente la que el otro le ofrecía—. Ha pasado

un tiempo.

—Demasiado. Es una lástima que te hayas trasladado, esto no es tan divertido desde entonces. ¿Sabes que tu apartamento lo ocupa ahora la señora Betty Gips? Una anciana repipi que ha hecho pintar todo de color rosa palo, la casa huele a magnolias o algún tipo de flor igual de molesta. Sufro una intoxicación cada vez que subo a dejarle el correo.

Se preguntó, una vez más, si Jonas habría subido aquellas fatídicas cartas que había recibido cuando Brenda...

Desechó ese pensamiento, porque no iba a llevarlo a ninguna parte.

—Espero que la señora Betty esté satisfecha con su casa.

La verdad es que, aunque había sido su refugio durante un tiempo, y le traía algunos muy buenos recuerdos, había otros tan oscuros que no echaba de menos vivir allí. Quizá sí la ligereza de su vida de entonces, la falta de preocupaciones, la diversión constante, la satisfacción sexual, la ironía de sus intercambios con su mejor amiga...

—Iba a tirar todo esto y era una lástima, sabía que te gustaría conservarlo.

Colocó la caja sobre el mostrador y la abrió. Dentro había algunos trastos que, en realidad, no habría echado de menos, a excepción de...

Metió la mano sorprendido, ignoraba que hubiera dejado aquella preciada posesión atrás, pero todavía no había terminado de deshacer todas las cajas de la mudanza, por lo que no era extraño que no se hubiera dado cuenta.

—¿Ves? Lo sabía. Recordé el orgullo con el que me enseñaste esa foto, cómo presumiste de haberte llevado a la chica guapa...

No lo escuchaba, tan solo miraba aquella foto enmarcada con nostalgia, recordando el momento en que se había sacado. Brenda había terminado una campaña especialmente compleja y había sido un éxito, él había abierto una nueva zona del club y, aunque no había especificado de qué manera había conseguido promocionar en su profesión, habían coincidido en que había sido

un gran año para los dos.

Habían subido a la azotea a celebrarlo y ella lo había retado a comer ostras, el plato más odiado de la creación. A cambio, él la había obligado a degustar un plato de caracoles, algo que ella no soportaba. Ambos habían coincidido después de una sesión conjunta de arcadas y asco profundo, que había retos que no merecía la pena llevar a cabo, ni siquiera por hacerse el valiente o tratar de deslumbrar a alguien o empezar con buen pie el nuevo año.

Acordaron que no eran superhéroes ni gente que se superara a sí misma, con la comida no, y que podían tratarse como meras personas humanas de bajo nivel que habían tenido un golpe de suerte en el trabajo. Una idea brillante que probablemente no se repetiría, porque no eran perfectos y no tenían intención de serlo.

Terminaron tomando pizza y gastándose bromas, como dos amigos y nada más que amigos, que no asaltarían nunca las barreras filiales de su cariño mutuo.

La había deseado aquella noche, pero había anhelado mucho más compartir la tranquilidad, en compañía de una buena amiga. Una amiga en la que, en realidad, no había confiado del todo.

Alguien que no lo había conocido, no en esencia. No por no intentarlo, él se lo había ocultado premeditadamente.

—Gracias, Jonas. Siento no haber venido antes a recogerlo.

Sacó su cartera para darle una propina, pero el portero se negó a aceptar nada.

—Esto es lo que hacen los amigos. El correo lo he reenviado a tu nueva dirección. Espero que todo vaya bien en tu club...

Una vez que se marchó de allí, se había descubierto quién era. Las noticias habían dado fe de ello, lo habían convertido, en contra de su voluntad en un personaje público y muchos habían intentado beneficiarse de ese hecho.

Consiguiendo pases libres y otras atrocidades que habían llegado a sus oídos, obligándolo a deshacerse de las personas tóxicas que habían procurado llegar a él de esa manera.

Jonas no había sido así.

—¿Te gustaría venir al Pleasure's? —parecía que esa era la intención.

—¿Parezco de ese tipo de hombres sofisticados? Además, mi novia me mataría —dijo con diversión—. No pretendía una invitación gratuita, espero que no haya dado esa impresión.

Parecía disculparse por algo que no era necesariamente malo, querer entrar en un club para el que necesitabas invitación, era algo que gran parte de la población querría, aunque solo fuera por el misterio que rodeaba aquel lugar.

—Podrías venir con tu novia.

Jonas se rio a carcajadas, sorprendiéndolo.

—No parezcas tan ofendido, Gabriel —pidió—. Mi novia va a misa todos los domingos, ¿comprendes? Y me obliga a ir con ella. ¿Qué crees que pensaría si le sugiriera que fuéramos a dar una vuelta al Pleasure's? Especialmente después de que se haya hecho tan conocido por aquel tipo pervertido y loco. Yo sé que no tiene nada que ver contigo, pero ella tiene sus propias ideas.

Ese era el motivo de que hubiera bajado la afluencia de público. Los que querían discreción habían dado un paso atrás y buscado una alternativa, aquellos a los que no le importaba lo que pensara el mundo, habían continuado y otros, que pensaban que aquel lugar era siniestro y que les ofrecería algún tipo de relación vulgar, habían intentado llegar por la vía rápida y no lo habían conseguido.

Había normas que no incumpliría, ni siquiera para salvar su medio de vida. Ya no, había descubierto que no merecía la pena sacrificar su conciencia

o su corazón.

—Quizá una visita, la ayudara a ver que no somos tan malos. No nos han expulsado del infierno o algo parecido —bromeó, aunque la diversión de otro tiempo, no estaba arraigada en él. Solo decía lo que el fantasma de su pasado habría dicho, pero sin la pasión de entonces.

Jonas asintió, agradecido.

—Quizá algún día, cuando se relaje un poco con el tema, pero haré una solicitud oficial y no esperaré tener un beneficio por nuestra amistad —aseguró—. No me gusta aprovecharme de nadie y menos cuando está atravesando un mal momento.

Supuso que sí, que tenía mal aspecto, después de todo.

—Serás bienvenido, Jonas. Cuando te animes a visitarnos, estaré allí para recibirte en persona. Te agradezco que hayas guardado esto por mí, habría lamentado mucho perderlo.

—¿Qué tal está ella? —Ni siquiera pronunció su nombre, pero no necesitaba hacerlo.

—Mejorando poco a poco.

—Al menos esos malnacidos han pagado por lo que hicieron, es todo lo que tengo que decir. Envíale recuerdos de mi parte, espero que consiga ser muy feliz. Nadie puede merecérselo más. Esa pobre chica... —chasqueó la lengua y meneó la cabeza, lamentándose por su suerte.

Gabriel compuso una sonrisa educada, pero no aportó más. Recogió la caja y le hizo un gesto de despedida con la cabeza.

Jonas no tuvo mucho tiempo para más, pues una vecina a la que no conocía, probablemente la señora Betty, estaba ya caminando con energía hacia él, con gesto de superioridad, con toda la intención de regañarlo por algo.

Gabe no esperó a ver qué sucedía. Abandonó el edificio sin dedicarle una

última mirada y metió la caja en el maletero. Después se sentó tras el volante y arrancó, dejando aquel barrio atrás y con él, parte de la culpabilidad.

Había muchos buenos recuerdos entre Brenda y él. Recuerdos más importantes que un solo hecho, no podía permitir que algo tan terrible trastocase toda su vida y los exterminara. Tenían que superarlo los dos y ya era tiempo de empezar a hacerlo.

Y quizá habría que empezar por tener una sincera conversación.

Brenda observó el grupo de niños que se habían quedado ese día al comedor. Normalmente, los lunes había mucha afluencia de público, pero en esta ocasión solo había seis. El hecho de que al día siguiente fuera festivo, ocasionaba que muchas familias hicieran largos viajes vacacionales y se saltaran felizmente sus rutinas.

No había sido idea suya aceptar aquel trabajo, sino de su psicóloga. Samantha opinaba que le vendría bien volver a relacionarse con el mundo, uno que no estuviera constantemente vigilado por sus amigos. Un entorno real. El *Pleasure's* era su fantasía, un lugar idílico en el que se forzaba a hacer algo que no quería, pero que aliviaba parte de su carga. Este comedor de guardería le ofrecía seguridad, pero estaba lleno de imprevistos. Por suerte, no tenía mucho trato con adultos allí; se dedicaba a ocuparse de los niños. Vigilaba que todos tuvieran la comida apropiada, que se sentaran correctamente y que comieran de forma ordenada y vigilada. No era una instructora seria, pero tampoco afectuosa. Mantenía las distancias.

De no ser porque la persona que la había contratado conocía su historia, probablemente habrían escogido a cualquier otra. Percibía una pequeña ayuda económica que, sin que nadie supiera, ella reinvertía en proporcionar materiales al mismo centro, que albergaba a muchos niños en situación

desfavorecida. No había sido algo desinteresado, pretendía sentir satisfacción por esta acción, pero no lo había logrado. Todavía no.

Puede que se debiera a que no necesitaba el dinero y no le suponía un esfuerzo real. Como le había dicho a Gabe, podía pagar un alquiler, había ganado mucho dinero, había invertido una parte y ahora acababa de vender su apartamento, podía vivir más que cómodamente y no obligando a unos amigos a velar por ella.

Necesitaba recuperar las riendas de su vida.

La música que anunciaba que había llegado el momento de reincorporarse a clase, sonó como una liberación. Soltó un suspiro agradecido, mientras veía cómo las educadoras se encargaban cada una de sus niños. Le dirigieron algunas una sonrisa, otras un saludo lejano y lo devolvió con vacía cortesía. Una vez sola en el comedor, apretó los puños a ambos lados, esperando que nadie se hubiera quedado rezagado. Había siempre quince minutos difíciles para ella, tras terminar estas sesiones de trabajo. Habitualmente, la bedel se acercaba para acompañarla, pero hoy estaba de baja. Se había roto una pierna en la última visita a sus nietos, habían ido a esquiar o algo parecido, con lo que estaba sola frente al peligro.

Tocó con las puntas de los dedos su teléfono móvil y batalló consigo misma sobre la necesidad de llamar o no a Gabe o a Kat o a Rod. Cualquiera acudiría en su auxilio, sin pensar demasiado en lo que estaban haciendo, sin embargo no se lo permitió. No podía depender de otras personas, tenía que ser capaz de ocuparse por sí misma de los sinvergüenzas, si es que aparecían en algún momento, como en los viejos tiempos.

Además, se sentía tan avergonzada después de la escenita con el nuevo empleado del club que todavía intentaba ocultarse en el rincón más cercano cada vez que se cruzaba con él.

No habían vuelto a dirigirse la palabra y así era mejor.

«Respira profundo y sé valiente, Brenda. Tú puedes».

Mentía cuando decía que no sentía nada, porque esto que le sucedía era miedo, sabía que lo era, por más que quisiera disfrazarlo de indiferencia. Miedo oscuro y retorcido que la atrapaba en sus sucias garras.

—Hoy no ha venido tu guardaespaldas, ¿eh? —Por un momento se tensó, conocía esa voz y a su poseedor. No era buena idea estar sola con él, sobre todo porque ya había hecho algunos intentos de acercarse a ella. Lo había hablado con Samantha y la psicóloga le había dicho que ningún hombre normal ignoraría un no alto y claro, que por muy desagradable que fuera, no tenía nada que temer. Retrocedería, si ella lo exigía.

Brenda no estaba tan segura en este caso, pero tampoco estaba indefensa. Tenía que recordarse que era una mujer independiente, segura de sí misma y que podía acabar con un contrincante fofo y descuidado como aquel, sin importar la envergadura de su tamaño. Kat la había enseñado a defenderse y, si lo necesitaba, tendría que hacerlo.

—Greta está de baja. Sufrió un accidente esquiando —expuso con voz neutra, apresurándose a recoger su chaqueta y su bolso—. Ya me marchó. He terminado aquí y me vienen a buscar —aseguró, advirtiéndole que no estaba sola, que si se propasaba alguien se ocuparía de él.

Esperaba que no supiera que se trataba de un farol.

Normalmente se quedaba a recoger, pero no pensaba pasar ni un minuto más allí, mientras ese hombre la mirara como si tuviera algún derecho a tener algo de ella.

—Sé qué haces, monada. Sé quién eres, por más aires de grandeza que te des. No eres mejor que nadie, te desnudas para ganarte la vida y yo pago para verlo.

Iba a hablar con Rod sobre eso, una sabandija tan asquerosa no debería tener acceso al Pleasure's. Recordaba haberlo visto en algún momento y haber

pensado en ello, después habían pasado tantas cosas que lo había olvidado. Había dejado pasar la posibilidad de advertirlos sobre el hombre en cuestión, probablemente una de las últimas incorporaciones que habían aceptado a la desesperada en los últimos dos meses. No sabía que la cosa estuviera tan mal, desde luego iba a pagar un alquiler a Gabe y a emplear parte de su capital en ayudarles a reflotar el club.

Era su hogar ahora y no planeaba dejarlos en la estacada. Si había que contratar más personal para asegurarse de que los antecedentes de los clientes eran reales, lo pagaría de su propio bolsillo. No permitiría que Kat tuviera que exponerse a una sabandija tan asquerosa como esta.

Aunque también era cierto que el hecho de que el hombre fuera un asqueroso, no se reflejaría en sus asuntos con la justicia. Estaba segura de eso.

—Lo que yo haga o deje de hacer en mi tiempo libre, no es asunto tuyo — aseguró, pasando de largo. No tenía por qué soportar esto.

La agarró por el brazo y tiró de ella, haciéndole daño. Pretendía dejarle claro que no había terminado de hablar y que, desde luego, no iba a permitirle tener la última palabra.

Brenda entró en pánico, ese roce traía imágenes siniestras a su cabeza, recuerdos que intentaba por todos los medios desbancar. No había querido tomar la medicación que le habían enviado, quería hacerlo por sí misma, pero si seguía así no iba a poder retrasarlo más. No podía quedarse paralizada cuando alguien la tocaba, debería devolverle el descaro con una patada en las pelotas.

—Aquí no tienes un matón pegado a tu culo. He pagado para verte las tetas y voy a hacerlo, aquí nadie puede echarme, estos son mis dominios — exigió tirándola sobre una de las mesas.

El dueño de la guardería, eso era, un ser despreciable que se aprovechaba de la gente y del estado. Aceptando ayudas que no necesitaba, se preguntó si

su mujer sería igual de desagradable o si, como ella, se habría convertido en otra pobre imbécil dominada por las acciones y voluntad de un hombre.

Brenda sintió el duro golpe, su pánico tomando el control sobre ella, pero también una calma mortal, algo que desconocía poseer. Su cuerpo no significaba nada, su mente era quién tenía el poder, podía escapar a ese lugar en el que nada la afectaba.

Ya estaba sucia, ya estaba herida, su piel no valía el sufrimiento que aquello le provocaba. No importaba que aquellas desagradables manos estuvieran esforzándose por llegar a ella. La indiferencia ante el toque, el disgusto...

Lo miró a los ojos, lo miró aterrada y vacía a la vez, como si no fuera más que una máquina.

No tuvo margen de reaccionar, a pesar de que había encontrado el punto en el que sería capaz de hacerlo, pues, de pronto y sin esperarlo, sin haber escuchado a nadie más en la sala, el baboso desapareció de encima de ella. Su peso la abandonó. Escuchó una sola frase que penetró profundo en su piel.

—Siempre tiene un héroe a su espalda, cabrón, y pagarás por tu ofensa con tu vida.

La voz era macabra, tanto que le provocó incluso más que el roce de su atacante, el ataque de recuerdos que llenó su cabeza. El dolor, la crisis de ansiedad que impedía su respiración. Trató de enfocar la vista, desde el rincón bajo la mesa en que se había escudado, pero tan solo vio un rápido movimiento y escuchó el detonante de un disparo.

Un disparo que la heló por dentro, que la llevó más lejos y profundo en la oscuridad que la espiaba y atrapaba en los momentos más inesperados. Cayó rápido en un maremoto de recuerdos: voces, toques, exigencias, advertencias de muerte si no colaboraba, risas...

Su cerebro no podía soportar aquello, se dio cuenta de que seguía siendo

demasiado débil para regresar al mundo real, quizá el único lugar en que estaba a salvo era el club, cuatro paredes de las que jamás debería escapar. Cambiaría de psicóloga, cambiaría de rutinas, volvería a empezar.

Tenía que encontrar otro camino, otra manera de resolver sus conflictos pasados, para poder hacer frente a su futuro. La alternativa era la muerte y no estaba dispuesta a aceptar aquello.

Tenía que intentarlo al menos una vez más.

Cuando los pasos del desconocido se acercaron a ella, cuando se arrodilló y se asomó al lugar en el que estaba, aún humeaba el arma en sus manos. No podía ver su rostro, un pasamontañas lo cubría, tan solo sus ojos azules y algunas hebras de pelo rubio que caían dispersas sobre la pequeña ventana que dejaba al descubierto una minúscula porción de su rostro.

—Ya no está —pronunció con voz ronca, probablemente tratando de disimularla, aunque parecía llena de placer—. Nunca volverá a hacerte daño, no permitiré que nadie te hiera. Eliminaré la amenaza de raíz, mi bella rosa.

Acarició su cabeza, llevaba guantes de cuero, parecidos a los que Gabriel utilizaba, pero su toque aunque suave, era mucho más perturbador.

Esas manos que acababan de asesinar a un hombre.

Se asomó, buscando a su asaltante y, aunque habría deseado llorar ante la escena, no lo hizo, tan solo miró al desconocido y con más calma de la que había sentido en bastante tiempo, preguntó:

—¿Vas a matarme?

—Solo te haré dormir, princesa, por tu propio bien.

No hubo lágrimas ni súplicas de que le permitiera vivir, quizá había llegado el momento y si tenía que mirar cara a cara a la muerte para liberarse al fin, así tendría que ser.

No llegó el dolor, tan solo un pinchazo incómodo y después un sueño artificial que la atrajo a un mundo onírico que repudiaba, pero que en esta

ocasión, no la atrapó en la pesadilla de siempre, sino en un estado intermedio en el que solo había un desconocido que había ensuciado sus manos de sangre para salvarla.

¿Ese sería su nuevo rol en la vida? ¿Ser la inspiración de un asesino?

Probablemente estaría en su cama, en el club, imaginando lo que iba a suceder ese día. Esto no había pasado, no podía suceder, porque no era normal. Y si sucedía, debía estar en el purgatorio, a la espera de que un ser superior llegara a juzgarla por sus muchos pecados.

Sí, tenía que ser eso. La alternativa daba pavor.

Estaba hecho. La había estado siguiendo desde el momento en que abandonó la seguridad del Pleasure's. No sabía cómo sus amigos no se habían percatado del energúmeno para el que trabajaba, pero a él no se le escapaba nada.

Cada viernes, sin perder uno, estaba sentado en su puesto. Primera fila para observarla y observarlos a ellos. Los malnacidos que se atrevían a contemplar su premio.

Brenda le pertenecía, así estaba escrito, y haría lo que fuera para conservarla. No podían comprender la belleza y la bondad desinteresada de sus actos. No era sexual, no buscaba llamar la atención de nadie, sino compartir con ellos algo máspreciado y raro, algo que solo existía en aquel rincón de aquel club que ya debería haber cerrado.

Si no fuera por esta preciosa joya, se habría encargado él mismo de hacerlo, como se estaba encargando de ocuparse de cada uno de los

sinvergüenzas que se atrevían a pensar en ella de manera incorrecta.

»Está muy buena —había soltado en tono maleducado el hombre que acababa de matar—. Qué ganas de follármela.

»No participa en ese tipo de juegos, así que no lo harás. Ni tú ni nadie de esta sala.

»Puedo tenerla, por un precio. Todo el mundo tiene uno —había asegurado—. Además, la conozco. Trabaja para mí dos días por semana, me pone tan cachondo cada vez que la veo, pero siempre está la vieja urraca en medio —una risa maliciosa se dibujó en el rostro de aquel puerco cuando añadió—, pero ya no más. Esa vieja no volverá a entrometerse en mis asuntos. Esta semana esa zorra será mía, te lo garantizo. Y gratis.

La ira había hervido profunda en su interior y le había costado mucho mantener su máscara de indiferencia. Había tomado la copa que había pedido y dado un elegante sorbo. No iba a permitir que su tapadera se viera expuesta a causa de un gusano como aquel. Todo tenía su momento y, cuando este había llegado, se había deleitado en la muerte como lo hacía en la vida. Todo tenía su razón de ser y aunque no había esperado hacerlo delante de Brenda esta vez, supo que lo correcto era explicarle que ahora ya estaba a salvo. No había nada que temer, porque todas las bestias que trataran de aprovecharse de ella iban a morir como los sucios cerdos que eran.

Esta vez no había tenido tiempo de deleitarse en los gritos de la víctima, había sido un único disparo certero el que había terminado con su vida, pero ya se desquitaría más adelante por las prisas, con el siguiente.

Siempre habría uno más. Mientras ella bailara, alguien haría algo indebido, sobre todo ahora que tanta chusma había empezado a acudir a aquel tugurio, que había perdido la elegancia que antes tuvo.

Sobre todo desde que Damien MacPherson formaba parte del

espectáculo. Ese hombre debería haber muerto hacía mucho tiempo y llegaría su hora, como estaba previsto, pero antes tenía un asunto más urgente del que ocuparse.

El Pleasure's tenía algunos ángeles que debían ser salvados, los demonios... los demonios pagarían, como el infierno decía que debían hacer, y él sería la mano justiciera que lo llevara a cabo.

CAPÍTULO 8

Estaba sentado en el capó de su coche, observando el despejado cielo del mediodía, cuando su teléfono sonó con insistencia. No miró el identificador, respondió a la llamada, nunca dejaba pasar una, no desde que Brenda estaba bajo su protección.

—Gabe —respondió, esperando a que su interlocutor se identificara.

—Antes de nada, no te pongas nervioso. Todo está bien —se apresuró a decir su hermano Daniel, desde el otro lado de la línea.

—Tiene que estarlo, ¿no? Es una llamada de cortesía. ¿Tu hora de comer?

Su hermano tardó en responder un poco más de lo esperado, lo que provocó que se inquietara un poco.

—No exactamente —respondió con seriedad—. Mira, Brenda está bien, así que no vayas a montarte en tu coche y conducir como un loco. Rod dice que has salido y no quiero que tengas un accidente de tráfico.

—Frena ahí, ¿Brenda? ¿Qué pasa con Brenda?

—¿Recuerdas qué día es hoy? —inquirió dándole unos segundos para pensar.

—Mierda —exhaló, entrando como un vendaval en el coche y conectando el manos libres, mientras arrancaba y salía despedido a toda prisa—. Es Lunes, hoy es su día en el comedor, ¿verdad?

—Sabes que no necesitas ocuparte de todo, ¿no? Acordamos que ibas a relajarte un poco con este asunto, darle espacio —le recordó.

Y sí, lo hacía, o simulaba que lo hacía. Solía seguirla a una distancia prudencial y esperaba a que saliera de este trabajo improvisado que su psicóloga le había recomendado aceptar en contra de su voluntad, pero esta mañana había estado pensando en otra cosa, desde la llegada de Damien se había comportado como un capullo distraído, le traía malos recuerdos de un

tiempo que ni siquiera quería recordar.

En cuanto a Brenda, no quería ni pensar en que se expusiera sola a un trabajo que él no había seleccionado, su psicóloga lo había decidido y no había pedido opiniones a nadie. Si de él dependiera, no trabajaría porque podía cuidar de ella. No importaba que el club estuviera pasando una racha mala, porque él también tenía ahorros de los que vivir, al menos durante una corta temporada, si era preciso.

Sabía lo que la antigua mujer diría: «que te den, machista de mierda», pero no había nada de machismo en su pensamiento, solo preocupación por ella. No quería que tuviera que vivir con miedo, no era justo para nadie, menos para la mujer que se había convertido en un pilar esencial de su vida.

Diablos, cerraría el club si ella se lo pedía o lo vendería a Rod, lo que fuera.

—No intento ocuparme de todo y le doy espacio —se defendió.

—Por eso la sigues como un perrito faldero a todas partes. Por eso has abandonado tu pasión y te has convertido en un hombre que ya no conozco. Gabe...

—No me digas algo que ya sé, dime por qué me has llamado o te cuelgo. No tengo tiempo para una charla, menos ahora que me has puesto nervioso. Dime hacia dónde tengo que conducir —pidió, intentando contener la ira que amenazaba con emerger y forzarlo a gritarle a su hermano.

—Al hospital del centro. Brenda está allí.

Un sentimiento oscuro se aposentó en su estómago y solo pudo suplicar a algún ser superior que lo viera desde su trono de oro que fuera clemente y no permitiera que hubiera sufrido algún tipo de asalto otra vez.

—¿Ha tenido un accidente con el coche?

—En realidad... —Daniel se estaba haciendo de rogar más que de costumbre.

—¿Qué? ¡Habla de una jodida vez! Me estás matando.

—Ha presenciado un asesinato. O al menos, eso creo. Estaba inconsciente cuando la encontraron, pensamos que había resultado herida, pero está bien. Solo drogada. Se repondrá.

Gabriel no atinó a formar palabra alguna. Eso escapaba a su imaginación, ¿un asesinato? No podía ser. Brenda no podía estar implicada en otro asunto violento, después de lo que había pasado hacía unos meses. Esto la destruiría del todo.

—Dime que estás bromeando. No puede haber visto un asesinato, ¡iba a una guardería, por Dios! No imagino un lugar más seguro que ese.

—Parece un ajuste de cuentas. Ejecutaron al dueño. Probablemente, sorprendieron a Brenda, la drogaron y después se ocuparon del asunto. Nadie más resultó herido, así que...

—¿Crees que es posible que no haya visto nada? ¿Puede que la pillaran desprevenida y no recuerde a un desconocido cargándose a su jefe? —preguntó con incredulidad.

Si había algo que Brenda poseía en cantidades industriales, sin importar lo mucho que hubiera sufrido, era inteligencia. Dudaba mucho que, presenciado o no, pudieran distraerla de la violenta acción en la que, de alguna manera, había estado involucrada.

—Hay algo que no te va a gustar.

—¿Más malas noticias? —No estaba seguro de poder asimilar otra sorpresa.

—El muerto es cliente de tu club. Lo era, hasta que Miles lo echó y vetasteis su entrada.

—Casualidad —se apresuró a decir. No quería que su hermano arrojara más mierda al Pleasure's, que últimamente ya estaba cargado de ella. Se estaba convirtiendo en un peso en su existencia, más que su vía de escape. Su

sueño, lentamente, se transformaba en una cruda pesadilla.

—Es el segundo asesinato que podemos conectar con el Pleasure's. No te lo diría, si no fueras mi hermano y si Brenda no estuviera implicada, pero... ¿puede haber alguien interesado en haceros daño?

—Alguien más, quieres decir, porque últimamente parece que hemos ofendido a medio país solo por el mero hecho de existir.

Odiaba la publicidad que habían recibido, los había convertido en objetivo indeseado de todo tipo de clientela. Incluso el protector de Kat se había largado muy lejos, al ver el revuelo que se había formado a su alrededor. Una vez roto el anonimato, muchos de sus mejores clientes, habían tenido que dar un paso atrás y ocultarse en las sombras.

Lo que les estaba jodiendo, literalmente, y amenazaba con destruir su negocio de forma apresurada.

Pero esto... esto era volver a estar de lleno en el ojo del huracán y estaba tan cansado de justificar sus actos. No era suficiente para nada, para nadie, todos lo señalaban y pensaban que estaba perturbado por desear lo que deseaba.

Ni siquiera él mismo se reconocía, ya no sabía qué quería, se repudiaba. Odiaba lo que era, odiaba permitir que todos tuvieran capacidad de decidir por él, cuando nunca antes lo había permitido.

Un amo eunuco que no podía mantener ni sus propios pantalones.

Qué terrible pérdida, necesitaba a Brenda. Verla, encontrar su paz, a pesar de que le recordara con su mera presencia que él era el culpable de todo su dolor.

—No quiero que hagas ninguna locura. Conduce con cuidado, reúnete con Brenda, voy para allá también. Tengo que interrogarla.

Parecía estar pidiéndole permiso, aunque ambos sabían que haría lo que tuviera que hacer.

—Estaré presente mientras lo haces —advirtió.

—Me parece bien, si lo acepta. Si quiere que salgas, sales y sin discusiones.

Parecía que no lo conocía lo suficiente, respetaba a las mujeres, siempre lo había hecho y siempre lo haría.

—Jamás impondría mi presencia —aseguró, acelerando solo lo justo para poder pasar un semáforo en ámbar. No quería dejarla sola más del tiempo necesario—. ¿Has avisado a Rod?

—Sí, Kat y él van de camino. Al parecer tu nuevo empleado iba a encargarse del local en vuestra ausencia.

Rechinó los dientes, otra vez MacPherson. En otro tiempo había confiado en él, pero ya no. Había demostrado que no era digno de ello, había ido más lejos de lo que jamás debió ir y su conciencia había pagado por semejante acción. No necesitaba que él estuviera en su casa, dirigiendo su negocio de la manera incorrecta. Sobre todo, después de la crisis que había desatado el sábado por la mañana, cuando la había tocado sin permiso. Y eso que se lo había advertido, incluso lo había amenazado, debió darse cuenta que hablar con él o darle algún tipo de instrucciones era como hablar con una pared.

Por un momento, por un pequeño instante, se debatió entre ir con Brenda, la mujer a la que quería y dar media vuelta en dirección al club para darle a Damien la paliza que se merecía. Pegarse hasta que uno de los dos no fuera capaz de levantarse del suelo. Hasta que todo el dolor de entonces se hubiera disipado por completo.

Ganó Brenda.

—Nos vemos en el hospital. Te daré acceso libre a nuestros archivos y grabaciones de seguridad, para que puedas reunir la información que necesites para tu caso.

—No dudaba que lo harías —aseguró Daniel—. Escucha, no importa lo

que pienses ahora, no eres diferente del Grier oscuro y perverso de antes y tampoco eres culpable de lo que haya pasado. Todos hacemos elecciones, Brenda eligió ser tu amiga y compartir parte de su vida contigo, eso la hizo feliz, la sigue haciendo feliz, incluso si ahora no es capaz de verlo. Solo tienes que ser tú mismo y aprender a perdonarte.

—¿Desde cuándo eres tan sabio? —preguntó, aunque con la mente en otra parte.

—Desde que encontré la horma de mi zapato. Confía en mi sabiduría por una vez, Gabe, deja correr el pasado. No puedes cambiarlo y estás consiguiendo que os haga daño a los dos. Si tú lo dejas marchar, con el tiempo Brenda también lo hará.

—Y supongo que tenemos en el presente, suficiente mierda de la que preocuparnos.

Daniel no contestó, pero lo sabía tan bien como él. Las cosas nunca resultaban sencillas, no en su caso. Sus vidas habían sido una constante de pruebas; cuando resolvían una, aparecía otra y así sucesivamente.

—Voy a resolver este caso y a limpiar de una vez por todas, el nombre de tu club.

No creía que eso fuera posible, iban a tener que encontrar una alternativa o cambiar de profesión. Quizá fuera el momento idóneo de replantearse su futuro, tanto en su vida laboral como personal.

Fuera como fuese iba a ser un pensamiento reservado para mañana, porque hoy tenía que llegar al hospital y tratar de hacer un recuento de daños.

Y poner esa sonrisa que ya no sentía. Brenda necesitaba al amigo de antes, no a la copia barata en la que se había convertido.

Y, como siempre, tenía que aceptar que, al final, Rod tenía razón.

Cuando se despertó, se sintió desubicada durante un momento. Estaba en una cama, una aguja pinchada en su brazo y conectada por un tubo a una bolsa de suero fisiológico y una especie de pinza atrapaba su dedo corazón mientras una máquina, cuyo nombre desconocía, emitía un suave pitido agravando el intenso dolor de cabeza que la atravesaba.

—Cierra la persiana, por favor —murmuró a la habitación. Cuando se dio cuenta de lo que había dicho, se incorporó, mareándose de inmediato, pero apresurándose a asegurarse de que el hombre del pasamontañas negro y el traje hecho a medida, no estaba allí con ella.

—Tranquila. —Los dedos de Gabe se entrelazaron con los de ella, haciendo que se estremeciera, pero no de forma negativa, sino con la certeza de que ya estaba a salvo.

No supo qué se adueñó de su cuerpo para hacer lo que hizo, pero su siguiente acción fue la de salir de la cama y enrollar sus brazos alrededor de su cuello, sentándose a horcajadas sobre él y apretándolo con toda su fuerza contra ella.

Y entonces sucedió algo que no había previsto, algo que llevaba deseando hacer durante mucho tiempo y de lo que no había sido capaz: empezó a sollozar.

Primero suavemente y cada vez con más fuerza.

Gabriel no la apresuró, se limitó a estar ahí y posar una suave mano sobre su espalda.

La puerta sonó y algunos pasos le indicaron que no habían estado solos en la habitación, pero ahora ya lo estaban.

No le importaba, si había alguien allí, probablemente eran Rod o Kat y ya la habían visto en su peor versión. En realidad, la opinión que cualquier

persona tuviera sobre ella, carecía de valor, a excepción de la del hombre que estaba ahora a su lado.

—Déjalo salir, Bren. Mejor fuera que dentro —aseguró sin dejar de acariciar su espalda.

La tranquilidad que le aportaba aquel contacto la sorprendió y le recordó que seguía siendo humana. Quizá lo único que necesitaba era dejar que él tuviera esa parte de ella que nunca habían compartido. Puede que estuviera a la altura de sus necesidades, que no le importara ser dominada.

Si lo había superado con sus atacantes, lo haría con él.

Buscó sus ojos, debía estar horrible. Después de llorar y habiéndose despertado en la cama del hospital, no podía ser la fantasía de ningún hombre, pero no pensó, tampoco sintió, anhelaba ir un poco más allá, ver si además del dolor que sentía, que estaba dejando fluir lejos ya del miedo, era capaz de sentir algo más placentero, lleno de esperanza, por pequeña que fuera.

—Ojalá fuera lo que tú deseas, Gabe.

Y lo besó con suavidad en los labios, fue algo simple, sencillo, carente de exigencias. Un mero roce cariñoso y lleno de luz, no había juego pero sí una tentativa de descubrir si la joven que había sido, seguía viva en algún lugar en su interior.

—Ojalá fuera lo que tú necesitas, Bren —respondió él devolviéndole el dulce beso, sin apremiarla a profundizarlo o exigirle nada—, pero ambos sabemos que no lo soy.

Se apartó, aquello fue un mazazo a su orgullo. Había reunido el valor, por fin, de hacer algo como aquello y él la rechazaba. ¡Se atrevía a rechazarla después de todo lo que había hecho por ella!

Se alejó y negó.

—Vete, Gabe. No deberías estar aquí y yo no debería depender tanto de ti.

—No te he rechazado, Bren. Maldita sea, te deseo. ¿No me ves? Estás

aquí, en esa cama de hospital y me vuelves loco. No puedo evitarlo. Soy un enfermo —se quejó mirándola con todas sus emociones reflejadas en la cara. Estaba sufriendo, de verdad lo hacía, y todo por su culpa.

—Te quiero, Gabe. Eres mi mejor amigo, mi único amigo, pero los dos hemos cambiado. No voy a insultar tu inteligencia diciéndote que ya estoy bien, que lo he superado todo, pero ¿sabes? Tuve una revelación mientras ese repugnante tipo trataba de abusar de mí sobre la mesa, lo supe, no puedo vivir así. No puedo torturarme de esta manera. Mi cuerpo no vale nada, superé la violación y el secuestro, he conseguido salir de ese agujero y siempre tendré miedo, pero ser valiente no implica ser temerario, ser valiente es tener miedo y aún así enfrentarte a la vida. No quiero seguir a medias, no puedo y tú tampoco.

—¿Qué pretendes, Bren? ¿Qué quieres decirme?

—Odio que participes en la mazmorra, pero si lo necesitas deberías hacerlo. No dejes de ser quién eres por mi causa, por favor. No podría vivir con esa carga.

Brenda sabía que él estaba esperando pacientemente a que hablara, le estaba dando espacio a pesar de que se moría de ganas por hacerle muchas preguntas, sobre todo lo que había sucedido que la había llevado hasta allí, pero no la estaba apresurando.

—¿Estás segura de que quieres que vuelva ese hombre?

—¿Crees que no podría soportarlo? ¿Por eso me ocultaste quién eras en realidad?

Gabe la miró y negó. Rio, pero sin humor.

—Me avergonzaba ser lo que soy en tu mundo. Eras mi campanilla, mi lado brillante, el Pleasure's es mi oscuridad. No quería empañar nuestra amistad, que me miraras y pensaras en lo que habría estado haciendo la noche anterior. Estar contigo era fácil, solo era un tipo divertido y risueño a tu lado.

Me gustaba la facilidad de nuestra amistad, conoces una parte de mí que no he compartido con nadie más. Y siento, más de lo que te puedas imaginar, no haberte mostrado el cuadro completo.

—No tengo miedo de tu lado oscuro, Gabe —aseguró—. Y tampoco puedo recriminarte por haberte guardado una parte de ti para ti. Lo entiendo, hay cosas que no sabes sobre mí, cosas que me avergüenzan. Eso no me importa —le dijo—. Solo quiero que confíes ahora en mí. Y en ti. No puedes vivir a medias por mi culpa.

—¿No entiendes lo que te he dicho, Bren? Te deseo y no puedo tenerte, no puedo ver el miedo cuando mis manos te acaricien o mi cuerpo te toque. No quiero ver el miedo en tu cara por mi causa, no podría soportarlo.

—¿Quieres que otro haga el trabajo sucio? —inquirió con tono monocorde—. Porque eso no es tan difícil, podría encontrar a cualquier candidato que...

Entonces él se lanzó como un lobo contra ella, atrapándola con el peso de su cuerpo contra la cama, apretándola con la fuerza suficiente, aunque sin hacerle daño.

Brenda esperó a que llegara el asco y el horror, pero no apareció. Al contrario, no supo de dónde surgió, algo se incendió en ella y lo aferró con fuerza, besándolo como si pretendiera devorarlo.

Gabe aferró sus muñecas y se apartó lo justo para mirarla.

—No sabes lo que haces, Bren. No sabes con quién juegas.

Se frotó contra él, no le importaba nada, solo quería sentir. Sentirlo a él.

—Lo tengo muy claro, Gabe. Te quiero a ti.

—No soy suave, no está en mi carácter. No tendrás voz ni voto, yo ordenaré y tú obedecerás. Así funcionaría entre nosotros.

—No me importa.

—Dios, Bren. Detenme, hazlo porque yo no puedo parar.

La besaba, no parecía tan exigente ahora, parecía estar rendido ante ella, a pesar de la presión que ejercía sobre su cuerpo, se sentía bien, protegida, a salvo, podía dejar que él tuviera el control de su placer. Quería hacerlo, lo necesitaba. Con él podía sentirlo todo.

—Gabe...

—¿Qué crees que estás haciendo, Gabriel?

La voz de Daniel se interpuso entre los dos y la hizo quedarse parada, sintió cómo Gabe contenía la respiración, podía sentir que estaba excitado, mucho. Brenda empezó a reírse, no pudo evitarlo, aquello era surrealista, se estaba volviendo loca.

Y pensar que solo había necesitado una droguita para recuperar todo ese eterno abanico de emociones.

—A mí no me parece gracioso —masculló Gabe, apartándose torpemente de ella. La miró, pero no estaba enfadado, había cierto brillo en sus ojos, mientras la observaba fijamente sin comprender del todo lo que le estaba pasando.

—Lo es, te lo aseguro.

Se levantó de la cama como buenamente pudo, pero no se alejó demasiado, Brenda lo tenía al alcance de su mano.

—Parece que te encuentras mejor —comentó Daniel arqueando una ceja en su dirección. Miraba de Gabe a ella y de vuelta a su hermano. Brenda tuvo que contener otra risa—. Y más contenta, desde luego.

—Deben de ser las drogas —dijo riendo, después miró a Gabe y atrapó su mano, dándole un apretón, por iniciativa propia—. Supongo que querrás interrogarme.

—Supones bien —miró a su hermano y después a Brenda—. ¿Te importa que Gabriel esté presente?

Brenda negó.

—Lo que te diga a ti, se lo contaré después.

—¿Qué sucedió exactamente desde que llegaste al trabajo hoy?

—Lo de siempre. Llegué, me preparé, me ocupé de los niños, recogí y entonces llegó mi jefe. No recuerdo literalmente qué dijimos, pero sí que estaba obsesionado conmigo. Me había visto bailar en el club y quería más de lo que había obtenido por su dinero —se encogió de hombros—. Iba a decírselo a Rod, porque lo vi una noche, pero con todo lo que ha estado pasando últimamente por mi cabeza, no me acordé de hacerlo. —Miró a Gabriel—. Ya sabes que algunos tipos creen que pueden... no sé, propasar los límites. Pero vosotros siempre estáis cerca y en la guardería siempre está Greta. No era un peligro inminente.

—¿De qué manera se comportó contigo?

—Violenta —dijo en un tono carente de sentimientos—. Me agarró por el brazo y me arrojó sobre una mesa. Me tocó, no fue nada amable, entonces iba a ocuparme de él yo misma, como Kat me enseñó a hacer, pero no tuve tiempo. Lo arrancaron de encima de mí y después escuché el disparo. Estaba en medio de una crisis de ansiedad, por lo que no puedo describir qué sucedió exactamente mientras tanto, me escondí debajo de la mesa.

—¿Cuándo te drogaron? —inquirió Daniel.

—¿Estás sugiriendo algo? —preguntó Gabriel entrando inmediatamente a defenderla, incluso contra su hermano.

El otro hombre lo miró hastiado, como si estuviera propasándose con su intervención.

—El deseo nubla tu juicio, ¿por qué no me dejas hacer mi trabajo?

—Dijo que era para protegerme, pensé que iba a matarme, pero no lo hizo.

—¿Pensabas que iba a matarte? —las palabras de Gabe sonaron estranguladas.

—Tuve la certeza de que lo haría. Por suerte, me equivoqué.

—¿Puedes decirme algo sobre ese hombre? —preguntó Daniel.

—Más alto que Gabe, con un traje hecho a medida, guantes de cuero y un pasamontañas negro. Tenía ojos claros y pude ver un mechón rubio de su pelo. Me dijo que siempre me protegería, que iba a cortar de raíz cualquier amenaza en mi contra.

Los dos hombres se miraron, aquellas palabras sonaban tan parecidas a las que el mismo Gabriel decía a veces, e incluso Rod o Kat. Como si fuera alguien a quien le importara. Ambos sabían que Gabe no era, pero ¿quién más podría estar tan involucrado con la mujer?

—¿Hay alguien en tu pasado de quien no nos hayas hablado? —preguntó Daniel con suavidad.

—¿Algún ex con complejo de super-sicario? No, la verdad es que no. No he tenido tantos novios y los que ha habido, no han tenido el suficiente peso en mi vida como para sentir algo parecido.

—Que tú creas.

—Pregúntale a Gabe. Él conoce a dos de tres y del tercero... bueno, fue en primaria y en un lugar de cuyo nombre ya no me acuerdo —expresó con tranquilidad. Bostezó—. Estoy muy cansada, la verdad.

—No tengo más preguntas por hoy —aseguró el policía—. Será mejor que descanses, Kat se quedará contigo —le hizo un gesto a su hermano que quedó bastante claro. Probablemente dudara de que pudiera controlarse y volviera a atacarla en su posición vulnerable.

Nadie imaginaba que hubiera sido ella quién hubiera tomado la iniciativa.

—¿Vendrás pronto? —preguntó mirándolo directamente.

—No me iré muy lejos, Bren. No te preocupes. Le diré a Kat y Rod que entren para saludarte y yo mismo pasaré la noche contigo.

—No creo que esa sea una buena idea —trató de intervenir Daniel, pero

Gabriel negó.

—Me quedaré.

—Si a ella le parece bien...

—Sí, así podremos hablar.

Daniel fue a hacerle una caricia reconfortante a Brenda, pero su gesto cambió y evitó el contacto. Le habría gustado ser más valiente, pero todavía no se veía capaz de tocar a nadie.

A nadie salvo a Gabe. ¿Qué tipo de contradicción era esa?

Iba a volverse loca y a trastornarlos a todos de camino.

Sin embargo, Gabriel parecía satisfecho con su reacción. ¡Hombres!

¿Cuánto podían cambiar cinco minutos el rumbo de tu vida? Gabe nunca habría esperado que sucediera lo que acababa de pasar en esa habitación de hospital. Su hermano estaba a su lado, Rod y Kat lo miraban con atención mientras se acercaba a ellos, pero no logró pronunciar ni una palabra.

Rod parecía preocupado.

—¿Estás bien?

Lo miró y asintió, dejando claro con un gesto que hablarían más tarde, mucho más tarde. Había varios temas que tenían que tomar en cuenta, pero todo eso podía esperar. Ahora tenían que concentrarse en Brenda.

—¿Y Brenda?

—Juzga por ti mismo, Rod.

Daniel los observó mientras entraban en la habitación, después se volvió hacia su hermano.

—¿Acaso te has vuelto completamente loco? —parecía agitado, nervioso. Gabriel mantuvo la calma y lo dejó desahogarse—. ¿Te das cuenta de todo lo

que ha soportado esa mujer?

—Lo sé, sé lo que piensas de mí y no puedo defenderme —explicó. La verdad es que estaba bastante aturdido, no sabía qué había pasado ahí dentro. Ignoraba qué se había apoderado de él o de Brenda. No podía comprender cómo se había atrevido a usar parte de su ser con ella y cómo la mujer se había atrevido a aceptarlo como si fuera su igual. No podía ser, no podía aceptarlo y no tenía tiempo de analizarlo aún. Necesitaba tiempo, tiempo y espacio y quizá hablar con la otra parte de aquella situación.

—¿No puedes contener tu necesidad por un rato?

—Llevo meses sin sexo, hermanito, así que no me hables de contención, ¿quieres?

—¿De qué coño estás hablando? —preguntó Daniel. No se había atrevido a hablarle de sus problemas.

—Mira, he sido como un puñetero eunuco desde que atacaron a Brenda. El club se va a la mierda y no consigo mantener una erección, excepto con ella. ¿Por qué? No lo sé, seré un puto sádico o qué se yo. La única realidad es que la deseo solo, en exclusiva, y que ni la mazmorra me tienta. Más bien al contrario, me asquea. No he sido capaz de volver allí ni a ningún otro lugar del club que no sea tras la barra o como guardián de esa mujer que me vuelve loco en todos los sentidos.

—¿Estás enamorado de ella?

—Me gustaría poder decir que no.

—¿Pero?

—Sé que no soy el hombre correcto para Brenda, pero si me quiere, me va a tener. Si es para siempre, lo aceptaré y si es solo hasta que sane todo lo que le hicieron, también me parece bien. Se lo debo y me lo debo a mí mismo.

—Vais a haceros mucho daño, si no tienes cuidado —le advirtió. Gabriel lo sabía, sabía que su mundo no era para ella, sabía que de no sentir nada de

pronto parecía sentirlo todo, seguramente fuera un efecto secundario de lo que le habían suministrado, pero ¿y qué más daba? Si esta noche podía utilizarlo, se convertiría en su juguete sexual, había hecho cosas mucho peores, cosas que tenía en la conciencia, ayudar a su mejor amiga, a la mujer que en contra de su voluntad y su intelecto amaba, no iba a suponerle gran esfuerzo, más bien al contrario, atesoraría cada minuto que pudiera robar a su lado.

—No va a ser sencillo, pero la quiero. Por primera vez, quiero a una mujer para mí solo. De cualquier manera en que pueda tenerla.

—No puedes jugar a ser alguien que no eres. No puedes esperar que ella mantenga ese estado tan artificial todo el tiempo o que no te reproche lo que ahora suceda cuando salga de aquí y se limpie su organismo.

—O puede que digamos todas y cada una de las verdades que han de ser dichas y que mañana sea un día mejor. Que hoy hagamos la elección correcta y podamos estar juntos durante el resto de nuestras vidas. ¿No sería eso algo bueno para todos los implicados? —Quería creer que merecía su final feliz, a pesar de lo que era, a pesar de lo que había vivido o los errores que había cometido.

—Hay un asesino suelto, están tras hombres que han tenido algún contacto con ella. Ya han muerto dos y no quiero que seas el tercero.

—Que estén vinculados con el club, no implica que estén relacionados con Brenda. En serio, Dan, eres un policía con experiencia, no hagas suposiciones de novatos.

—Porque tengo experiencia, te digo que esto me huele mal. Esa chica está en medio de alguna manera, incluso si no sé de qué manera los conecta.

—¿Y qué me sugieres? —preguntó directamente, no creía en andarse por las ramas, no si la vida inocente de personas estaba en juego.

—O desaparecéis del mapa una temporada y explotáis lo que sea que esté surgiendo entre vosotros, o seguís como hasta ahora. Cambia algo y podría

detonar lo que ese loco imagina. Si está relacionado con ella, todos estaréis en peligro.

—No la voy a dejar sola. No puedo hacerlo.

—No sugiero que lo hagas. —Agarró con firmeza su hombro y lo miró a los ojos—. Cuida de tu espalda, lleva un arma contigo si la necesitas para mantenerla a salvo. Haz lo que sea, pero no arriesgues tu pellejo, si te matan no te lo perdonaré.

—Sabes que no me gustan las armas de fuego, soy un tipo pacífico.

—Eres un hombre en el ojo del huracán, vas a meterte en medio del peligro otra vez.

Si su hermano supiera cuántas veces había estado en el centro de un peligro más que evidente. No sería la primera vez que se escapara de milagro a lo que parecería una muerte más que segura. Tenía suerte, así que no iba a preocuparse por eso. Ya habría tiempo de pensar en posibilidades mañana, hoy tenía otro tema más importante al que prestar atención.

—Y te recuerdo que estás en un hospital y puede entrar cualquier enfermera a lo largo de la noche en la habitación.

—Para ser policía, no prestas suficiente atención a los detalles —aseguró—. Hay pestillo y una llave, no seremos descubiertos por sorpresa. Si es que pasa algo, no voy a follármela sin pensar, hermanito. No es mi estilo.

Daniel puso los ojos en blanco.

—Claro que no, porque para ti el sexo es un asunto muy serio, ¿verdad?

—No, tienes razón. El sexo no es serio, pero el sexo con Brenda es algo que va a cambiarme la vida. No es un juego, esto es el principio del resto de mi vida y de la decisión que tome hoy, dependerá el resto de mi existencia.

—¿Tan seguro estás de lo que sientes por ella?

—No estoy seguro de nada, ni siquiera de si viviré lo suficiente como para demostrarle lo mucho que me importa, pero voy a intentarlo segundo a

segundo.

—No está preparada para una declaración —aseguró Daniel—. Está drogada, cuando esto pase...

—Yo tampoco lo estoy. No te preocupes tanto.

—Si el sexo con ella te importa, esperarás. No es ni el momento ni el lugar adecuado.

Gabe estaba de acuerdo, pero no iba a rechazarla. No quería que volviera a cerrarse en sí misma. Haría lo que tuviera que hacer y después trataría de reconciliarse con su propia conciencia.

—Ojalá no te equivoques.

—Ve al club cuando quieras. Si yo no estoy, Rod te enseñará lo que necesites ver.

—Odio ese lugar con toda mi alma.

—¡Si es donde sedujiste a tu mujer! —le recordó.

—Abbie se moriría de vergüenza, si te escuchara hablar así.

—Recuerdo cierta ocasión en la que se mostró muy desinhibida conmigo...

—Juraste que no lo mencionarías.

—No lo haré, delante de ella. Tienes una mina de oro, no lo desaproveches.

—Créeme, no lo hago. —Daniel ya se marchaba, pero pareció titubear un momento, volvió sobre sus pasos y lo miró—. Mira, sé que no es el mejor momento para decir esto, pero llevo un par de semanas pensando en la mejor forma de compartirlo y no se me ocurre otra manera que soltarlo de golpe: voy a ser padre de gemelos o gemelas, todavía no sabemos el sexo.

Gabe se quedó completamente desconcertado.

—¿Gemelos? —inquirió sin apenas voz.

—Sí, así que ya sabes lo que puede pasar si no usas protección —le

recordó señalando con la cabeza la puerta de la habitación.

—Por Dios, estamos en un hospital. No te preocupes por mí, pero gemelos, vaya. Está claro que sabías lo que hacías cuando dejaste embarazada a tu mujer.

—Pues no, la verdad es que no tenía ni puta idea de lo que hacía. No habíamos planeado que sucediera, solo fue un calentón. Nos dejamos llevar y...

—¿Os dejasteis llevar? —Gabe no terminaba de entender qué quería decir su hermano.

—Sí, joder. Es por tu culpa. Voy a ser padre por tu culpa, ¿te enteras? Y estoy furioso contigo.

—¿Por mi culpa? —Acababan de asesinar a un hombre, habían atacado a Brenda, Brenda lo había atacado a él con sus emociones y su sensualidad. Estaba cachondo, no lo podía negar, llevaba tanto tiempo de sequía que no podía coordinar dos pensamientos seguidos y ahora su hermano lo acusaba ¿de qué? ¿De dejar embarazada a su mujer?—. Yo no he tocado a Abbie.

Daniel puso los ojos en blanco.

—Ya lo sé. Si te atrevieras, yo mismo te pegaría un tiro. Fuiste tú con tu... desvergüenza quién la animó a experimentar y no logro resistirme a esa mujer, así que...

—¿Así qué?

—Fuimos a un hotel, teníamos unos días libres y queríamos pasarlos juntos, lejos de todos los problemas, de la comisaría... Y a Abbie se le ocurrió que podríamos experimentar con los límites de nuestra sexualidad.

—No intentarías un intercambio de parejas o un trío, ¿verdad? — realmente estaba sorprendido ante la posibilidad, pero... ¿y si sus sobrinos no eran biológicamente sus sobrinos? ¡Sería por su culpa!

—No seas idiota, no se trata de eso.

Gabriel respiró tranquilo.

—Vale, estaba asustándome en serio.

—Solo fue eso del... —bajó la voz mirando a todas partes—, en el ascensor, ¿sabes?

—¿El ascensor del hotel?

Daniel asintió con gravedad.

—Así es. ¿Acaso sabías que esos ascensores tienen cámaras de seguridad y todo queda grabado?

—¿Quién no lo sabe? —preguntó Gabriel, intentando contener la risa.

—Maldita sea, yo no lo sabía ni Abbie tampoco.

—¿Me estás intentando decir que tienes la prueba audiovisual del momento en que mis sobrinos o sobrinas fueron concebidos? Oh, tío. ¡Eso tengo que verlo!

—Ni de coña.

—Vamos, no puedes decirme algo así y luego no compartirlo. No es de buenos hermanos.

Apenas podía creer que su hermano el tradicional, el que siempre lo criticaba por sus escarceos sexuales, hubiera hecho algo así y que hubiera tenido el buen tino de dejar embarazada a su mujer.

Debería aplaudirlo por haber sido tan valiente.

—No digas tonterías, no sabes la vergüenza que pasamos cuando nos llamaron para echarnos una reprimenda. No nos denunciaron porque ambos trabajamos en la comisaría de policía. ¿Te puedes imaginar cuál habría sido el comentario más jugoso entre nuestros compañeros?

—Es bastante divertido, sí. Podría imaginarlo. —Sonrió tratando de calmarlo, se dio cuenta del ejercicio de valor que estaba haciendo para compartirlo con él, no solían hablar sobre estos temas—. ¿Cómo lo lleva Abbie?

—Está feliz, ¿puedes creerlo? Después de todo lo que vemos a diario en nuestro trabajo... Se ha vuelto completamente loca.

—¿De cuánto tiempo de embarazo estamos hablando? —preguntó, dándose cuenta de que no podía haber sido muy reciente.

—Doce semanas y no quiero ni imaginar cuando sean el doble.

Daniel no parecía muy contento, tan solo resignado y eso le preocupó. Una mujer embarazada necesitaba el apoyo de su pareja, si su hermano no cambiaba de actitud originaría una crisis.

—¿Ya ha vuelto Abbie de esa reunión que tenía?

—No, todavía no. Lo que me pone frenético, quién sabe si estará tomándose todas las vitaminas y comiendo lo que tiene que comer. Se siente bastante mal por las mañanas, tiene náuseas, vomita, ha perdido peso, así que nuestro médico le ha puesto una dieta...

—Por un momento me habías preocupado, hermanito. Parecía que odiaras la idea de tener hijos, cuando ella parece feliz, por lo que me cuentas. ¿Estás bien, verdad?

—Asustado. Estoy asustado y avergonzado, ¿qué voy a decirles a mis hijos cuándo me pregunten en qué momento su madre y yo planeamos tenerlos? ¿Por qué no podríamos haberlos concebido en una cama, como Dios manda?

Gabriel se rio con diversión.

—No creo que les interese ese asunto en concreto, en serio. ¿Alguna vez quisiste que nuestros padres te contaran...? —Sonrió ante el serio Daniel haciendo una pregunta tan comprometedor y negó con la cabeza—. No te preocupes por eso y si tuvieras que confesar, puedes decir la verdad: que el tío Gabe tiene la culpa.

A su hermano no le resultó gracioso.

—Si haces a mi sobrino en un hospital, asegúrate de que no haya grabaciones.

—En los hospitales no hay cámaras de seguridad.

—Las hay en los pasillos, así que vigila lo que haces, Gabriel.

Sonrió, no pudo evitarlo. El día que había empezado tan oscuro que solo había deseado que pasara pronto, se estaba convirtiendo en algo fabuloso, que le estaba aportando más de un momento de buena diversión.

—Enhorabuena por tu próxima paternidad, no te preocupes tanto por nosotros, concéntrate en cuidar de Abbie y disfrutar de esta etapa de vuestras vidas. No volverá y cuando seas viejo te arrepentirás de no haber explotado al máximo este momento, confía en mí.

—Lo dice el hermano pequeño como si hubiera vivido cincuenta años más que yo —espetó sin tacto alguno.

Ambos tenían mucha experiencia en superar momentos difíciles, pero él había visto cosas que, ni su hermano siendo policía, podía llegar a imaginarse.

—Tenemos que concentrarnos en el lado bueno de la vida. Lo malo llega siempre y tarda mucho en abandonarnos.

Daniel lo miró una vez más y negó:

—No sé si eres muy listo o un loco, pero ten cuidado. Y hazme caso, lleva un arma encima, tienes el permiso actualizado y sabes utilizarla.

Sí, él se había encargado de eso. Además, no la utilizaría si no era completamente necesario, aún así, repudiaba las armas de fuego. No eran asunto suyo.

—Está bien, lo haré para que te quedes más tranquilo. Ahora vete a casa y descansa, tienes un arduo trabajo por delante.

—Debí rechazar la oferta cuando me ofrecieron este empleo. Lo dejé sabiendo que era la mejor opción y al final ¿qué? Vuelvo. Tengo que haberme dado un fuerte golpe en la cabeza, no encuentro otra explicación.

Daniel se despidió con un gesto de su mano mientras se alejaba murmurando. Lo cierto era que le había sorprendido que se reenganchara,

había parecido contento trabajando en el club, pero supo casi inmediatamente que se aburriría. Y verlo todos los días, tan parecidos y tan diferentes al mismo tiempo, era un acto de valentía en sí mismo.

Cuando entró en el dormitorio, Rod y Kat ya salían, le indicaron que guardara silencio, porque Brenda se había dormido, así que mientras los dejaban solos, se dio cuenta de que sus eróticos planes iban a tener que esperar.

Y sintió alivio y decepción a partes iguales. Solo esperaba que más pronto que tarde, una vez que su amiga se recuperara, fuera capaz de rescatar parte de esa risa que había visto esa tarde por primera vez en meses. La indiferencia era una máscara cruel para una mujer tan llena de luz y esperanza, no se había dado cuenta de cuánto la echaba de menos hasta ese preciso momento. No era su cuerpo rindiéndose al deseo, ni siquiera la posibilidad de recuperar su sano apetito sexual, era la necesidad de que consiguiera mirarlo como antes, bromear como antes, incluso pegarle como solía hacer cuando algo no estaba a su gusto.

Sí, necesitaba a Brenda, puede que no la vieja versión, sino una nueva y remasterizada, una que fuera capaz de apoyarse en él para reencontrar su auténtico yo.

Y para que ella pudiera confiar en él y abrir su corazón, él iba a tener que esbozar el cuadro completo de lo que era su vida y de cuál era su pasado. Solo una vez que lo conociera lo suficiente, podrían continuar adelante.

CAPÍTULO 9

Ese viernes el número de Brenda fue cancelado, no importaba lo mucho que ella hubiera asegurado que estaba lista para hacerlo, fue Roderick quien tajantemente lo prohibió, sin admitir ningún tipo de discusión. Incluso provocó un enfrentamiento con Gabe, pero no le importó, a veces un hombre tenía que tomar una posición y defenderla hasta el final, sin importar las consecuencias.

Intentó concentrarse una vez más sobre los números que bailaban en la pantalla y terminó arrojando sus gafas, secretas gafas para leer, a un lado y frotándose los ojos con insistencia tratando de olvidar las cifras.

Todavía no estaban en números rojos, pero si la tendencia se mantenía, podía darle al club seis meses más de vida. Después, tendrían que cerrar.

—¿Qué es eso que te tiene tan preocupado, viejo? —Damien estaba justo tras él, apoyado en la puerta de la oficina. Iba medio desnudo, como solía hacer, no tenía pudor alguno. Unos pantalones cortos, que no dejaban mucho a la imaginación, el torso descubierto en el que brillaban alegremente una buena lista de tatuajes, un colgante en forma de triqueta y una pulsera de cuero negro en ambas manos. Su pecho estaba plagado de fino vello rubio y sus musculosos brazos cruzados sobre su pecho de forma casual. Estaba despeinado, como si acabara de salir de la cama.

—¿Te levantas ahora?

La mirada del hombre brilló de regocijo.

—¿Tú qué crees?

Se estiró haciendo gala de su mala educación y se acercó al escritorio para mirar la pantalla, poniéndolo un poquito nervioso. Había pasado tiempo desde que habían sido el trío calavera, pero su presencia le traía recuerdos que pensaba haber dejado atrás, profundamente ocultos, en el pasado.

Damien disfrutaba llevando a todos a su alrededor al límite, se había

pegado mucho a él, por lo que rodando su silla hacia un lado, mantuvo libre su espacio vital.

El otro no pareció notarlo o si lo hizo, no dijo nada al respecto.

—Ahora entiendo por qué me has llamado, Rod.

—No es fácil para Gabe tenerte aquí, los dos lo sabemos. Los recuerdos siguen quemando al rojo vivo en su mente, como si hubiera sucedido ayer.

—Creo que deberíamos llegar a un acuerdo, antes de seguir adelante con esta asociación. Voy a ayudaros, todo el tiempo que me necesitéis, pero lo que sucedió en Prometheus, se queda en Prometheus, como ese cliché de Las Vegas. No quiero estar pidiendo perdón por cada transgresión que he cometido en mi vida, que han sido muchas —le recordó—. En cuanto a esto —añadió señalando la pantalla—. ¿Recuerdas a qué me dedicaba en la prehistoria, verdad?

Roderick asintió, por supuesto que lo recordaba. Todos los detalles sobre el hombre estaban bien grabados en su memoria.

—¿Alguna idea?

—Dos, en realidad —comentó, repasando las columnas de la tabla de Excel que se reflejaba en la pantalla del ordenador—. Deja que me ocupe de la contabilidad y dame el control total de la mazmorra. Conseguirás remontar y salvarás el club.

Rod era consciente de que no podía tomar esas decisiones sin contar con Gabe, así que así se lo hizo saber.

—Gabe y yo somos socios, necesito su visto bueno.

—Te lo dará —aseguró Damien con confianza—. Por mucho que me odie, sabe que seré bueno para el Pleasure's.

—Tiene miedo de que cruces los límites.

—Comete un error en tu vida y te lo recordarán eternamente —se lamentó irguiéndose y avanzando hacia la puerta—. Piénsalo. Estoy dispuesto a salir

adelante con esto, podéis contar conmigo durante un tiempo y, si no os gusta mi manera de hacer las cosas, darme la patada. He cambiado, lo que sucedió con Margaret fue una pena, pero sin importar que hubiera pasado de largo, había terminado igual. Habría sido otro pobre tipo el que estuviera sufriendo por las consecuencias.

—Gabe no lo piensa.

—Me da igual lo que piense ese malnacido —expuso enfadado Damien—. Tampoco es inocente, también se equivocó. Los tres lo hicimos, pero no podemos vivir para siempre culpándonos por algo que ya no tiene remedio.

—Nosotros nos retiramos antes de ir demasiado lejos —le recordó.

La oscuridad atravesó los ojos del hombre, no iba a arrojarla en su contra, era algo que estaba muy dentro de él, algo que, por lo que Rod pudo percibir, seguía atormentándolo.

—Si pudiera cambiar el pasado, lo haría. Lo único que puedo hacer es demostrar que ya no soy el mismo. He madurado, he crecido y ahora hago las cosas de otra manera.

Y seguía disfrutando del sexo, requisito esencial para trabajar en el Pleasure's. Algo que Gabriel no había hecho en mucho tiempo.

—Encárgate de la mazmorra, pero sin saltarte las normas del club o Gabe nos cortará las pelotas a los dos. Nos vendría bien recuperar el show justo esta noche. Sin Brenda, las ganancias caerán, pero después de lo que ha pasado, no me parece bien que actúe.

—Esa chica tiene un imán para los conflictos, ¿no? —inquirió con tono desapasionado.

Se habían conocido, pero Damien no le había dedicado una segunda mirada. Había sido maleducado y agresivo con ella, como si le molestara su presencia. No sabía si era simulado o no, pero no había despertado su interés. Quizá cierta animadversión.

Rod había esperado que se convirtiera en una especie de comodín, en quien poder confiar, pero una vez hecho el reclamo por parte de Gabe, el hombre se había mantenido alejado y no había cruzado otra mirada con la chica.

—Está pasando una mala racha.

—Lo que está afectando muy seriamente a Gabriel, va tras ella como un perrito apaleado. ¿Tanto le cuesta conseguir una amante ocasional en estos días?

—Cállate, no sabes de qué hablas.

Damien se encogió de hombros, como si no le molestaran sus palabras, a pesar de que seguramente le escocían.

Había mucho de él que Gabe desconocía, cosas de las que Rod tenía constancia por pura casualidad.

—Mira, lo siento. No quería decir lo que he dicho —se disculpó Rod—. Estoy al límite con todo esto, odio la burocracia y el papeleo. No suelo ser la parte pensante de este club —añadió haciendo sonar sus puños.

—¿Hablas en serio? Creo recordar que para ser médico hay que tener un buen coco.

—Eso pasó en otra vida.

—A veces, siento lo mismo —aseguró.

Durante algunos minutos permanecieron en silencio, después Kat con su apabullante presencia, acabó con cualquier tipo de incomodidad o seriedad. Era un terremoto que tenía la facultad de sacudir su vida por completo.

Y a diferencia de Brenda, Kat sí había causado una fuerte impresión en Damien, tan fuerte que había sentido la necesidad de golpearlo, pero no lo había hecho, porque, en realidad, ellos no eran nada más que amigos con derecho a compartir orgasmos de vez en cuando.

Conocía la manera de pensar de la mujer y sabía que, por más que él

intentara llegar a algo serio y exclusivo con ella, jamás sucedería. Era un alma libre y así se lo había hecho saber, además Tony nunca permitiría que otro hombre la poseyera en cuerpo y alma.

El mafioso, aunque lejos del club y de la ciudad, volvería a la primera de cambio si escuchaba que su amistad se estaba convirtiendo en algo más serio y sabía cómo acabaría, con un tiro entre ceja y ceja.

No sabía si Kat era consciente de ello y por eso mantenía las distancias o si, de verdad, aceptaba lo que había entre los dos como algo que siempre estaría ahí pero sin dar el último paso.

No habría bodas ni perdices para ellos, eso era una certeza.

—¿Por qué esas caras tan largas? —preguntó sonriente. Pasó un brazo alrededor de la cintura de Damien y se apoyó en él. No tenía límites y él no tenía derecho a estar celoso, aunque lo estuviera.

Kat se acostaba con todos los hombres que quería, cuando le daba la gana, así había sido desde que se conocieron, pero con este hombre y en este lugar, en el que estaban los tres solos... Puede que Gabe tuviera razón, puede que se hubiera precipitado al llamar al tercero en discordia.

—Corazón, si quieres tú y yo nos vamos a animarnos a otro sitio, Roderick está con el síndrome premenstrual hoy.

—¿Estás bien? —La preocupación de Kat era genuina—. ¿Ha pasado algo?

—Estoy bien, son las cuentas, ya sabes. Nada nuevo. Estoy cansado.

—Deberías salir de aquí y airearte —soltó a Damien y lo agarró con firmeza por la mano—. Ven conmigo, vamos a buscar a Duncan al entrenamiento. Todavía quedan unas horas pero podemos dar un paseo por el parque. Seguro que a nuestra nueva estrella no le importa velar por el fuerte durante un rato.

—Pero yo pensaba... —empezó Damien con cierto tono de desilusión.

—¿Qué pensabas? —retó Rod mirándolo directamente.

—Me vas a echar a los leones, ¿eh? Me dejas aquí solo, con Gabriel acechando en cualquier esquina, dispuesto a darme la paliza que lleva deseando darme desde hace cinco años. Pues bien, no te quejes si esta noche tu showman está lleno de cardenales. Mejor dicho, más lleno de cardenales. Todavía llevo las marcas de sus caricias de la otra noche —comentó frotándose descuidadamente la barbilla.

—¿Mi showman? —Rod no pudo menos que reírse, Kat los miró con diversión.

—No sabía que vosotros hubierais estado liados. ¿Por qué te guardas estas historias para ti?

—Nosotros no estuvimos liados —aseguró Rod.

—Bueno... —cortó Damien—, no fuimos una pareja al uso, la verdad es que no.

—¿En serio? ¿Y qué tipo de pareja fuisteis? —preguntó mirando a Rod. Una vez que la curiosidad de Kat despertaba, ya no había forma humana de saciarla.

—Es una historia muy larga y aburrida. Mejor lo dejamos para otro día.

—Tenemos tiempo de sobra para hablar sobre ello.

Rod soltó a Kat y los dejó solos, no quería entrar en ese tema. No quería pensar en nada que tuviera que ver con el club o Damien o incluso con sus viejas tendencias suicidas.

Necesitaba un minuto de paz.

Avanzó a grandes pasos hasta la entrada custodiada por Lou, intercambió miradas con Gabe que estaba tras la barra, ocupándose de prepararlo todo para la hora de apertura y suspiró. Cuanto antes le dijera la decisión que había tomado, antes acabaría con aquel mal rato.

—Gabe...

—¿Pasa algo? —preguntó mientras señalaba a Kat y Damien que iban tras él, en cuanto lo localizaron se dirigieron hacia ellos, Rod solo tenía un par de minutos hasta que los alcanzaran así que fue directo.

—Le he dado tu mazmorra a Damien a modo de prueba. Probablemente sea un error, pero...

—Me parece bien —respondió sorprendiéndolo—. Si yo no puedo hacer mi trabajo, lo justo es que alguien lo haga por mí. Solo me repatea tener que recurrir a ese bastardo —añadió, sin perder de vista a la pareja que se aproximaba a ellos.

—Odio que me dejes con la palabra en la boca —lo regañó Kat—. Vámonos, el aire va a limpiar tus neuronas.

—No estoy tan seguro —masculló entre dientes y después observó a los otros dos hombres, que en un tiempo no muy lejano, habían sido uña y carne. En realidad, eran muy parecidos, tanto que a veces le daba miedo. Esperaba que no se mataran en su ausencia, había tenido mucho cuidado de no dejarlos ni un minuto a solas.

El club no necesitaba otro derramamiento de sangre...

Gabe miró a Damien sin parpadear, dejó lo que estaba haciendo y se resignó a tener la conversación que había estado evitando.

Rod había sido lo suficientemente inteligente como para mantenerlos alejados durante una semana completa, tras el incidente en el que lo había amenazado de muerte, lo que había dado tiempo a que su ira inicial se enfriara.

—No me gusta tenerte aquí —advirtió sin ambages. Lo mejor era ir directo al grano—, pero lo justo es justo. La mazmorra es tuya por tiempo

indefinido, pero con mis normas.

Damien lo miró, aunque se cuidó mucho de dejarle ver sus sentimientos.

—¿Qué te ha pasado?

—La vida, Damien. Solo la vida —aseguró con convicción. Había aceptado que ya no era el hombre despreocupado y eminentemente sexual, había evolucionado, lo que no era necesariamente malo, solo diferente y lo cierto es que, aunque Brenda había sido un factor determinante en la toma de su decisión, era consciente de que habría llegado tarde o temprano.

—Te vas a retirar, ¿verdad? —preguntó pasmado—. ¿Qué ha cambiado? No lo entiendo, no dejas de ser como somos. Desde que naces hasta que mueres tienes una identidad, ¿sabes que esa mosquita muerta no va a poder darte lo que desees?

—Cuidado con lo que dices, ni Brenda ni yo te hemos insultado en ningún momento. ¿Por qué parece como si la odiaras? ¡No la conoces!

—No, es cierto. No conozco a esta, pero he tratado con otras chicas buenas y te garantizo que no están hechas para nosotros. Te aburrirás antes de lo que imaginas y no sabes lo que eso te hará —advirtió con tono admonitorio.

—¿Sentirme culpable? Ya tengo suficiente culpa sobre los hombros —aseguró Gabe.

—¿Por lo que sucedió en Prometheus? No me gusta hablar del tema, pero te garantizo que nada de aquello fue culpa tuya.

Gabe permaneció en silencio, expectante, supuso que si había sacado el tema era porque tenía algo que decir, así que le dio espacio suficiente, dejándole claro que estaba dispuesto a escuchar.

—¿Recuerdas a Margaret, verdad?

¿Cómo olvidarla? Aquella mujer había jugado un papel importante en la vida de los tres amigos y también en la disputa que se originó entre ellos y que se había mantenido latente durante media década.

—¿Qué tiene que ver ella en esta conversación?

—¿Qué tiene que ver cualquier cosa del pasado con lo que somos ahora mismo? Todo y nada —instruyó—. Ponme una cerveza, para ayudar a pasar los amargos recuerdos.

—Si vas a ocuparte de mi mazmorra, no puedes llegar borracho —anunció al tiempo que le servía una sin alcohol.

—Mi mazmorra ahora —levantó el botellín y dio un sorbo—. Sabe a serrín.

Gabe se encogió de hombros. Una de sus reglas incluía no ir bebido a una sesión. El alcohol desinhibía a la gente y estaba muy bien para sus clientes, pero no para el maestro que se ocupaba de llevar a cabo la sesión de la noche. Lo necesitaba atento y muy despierto, para que todo marchara bien.

—Norma de la casa.

—Te dije lo de esas estúpidas normas. Si no eres un poco más flexible, no vamos a llegar a ninguna parte y yo no trabajo así. Necesito libertad completa.

—Para que yo te ofreciera carta blanca en mi mazmorra —y recalcó el determinante posesivo para dejar claro a quién pertenecía—, tendría que confiar en ti, cosa que no hago.

—La confianza hay que ganársela, pero puedo hacerlo, Gabriel. Una vez, no hace tanto tiempo como te gustaría pensar, éramos buenos amigos.

—Fuimos más que amigos, casi como hermanos, pero tú marcaste las distancias, no yo. ¿Y ahora? ¿Vas a terminar de hablar sobre Margaret o tengo que hacer como si no hubieras dicho nada y seguir aquí, al otro lado de la barra, furioso contigo?

—¿Sigues molesto por lo que pasó con Brenda? Deberías haberme advertido sobre su problema con el contacto. No me cae bien, lo admito, creo que no es adecuada para ti, pero no soy cruel por diversión, no pretendía causarle ningún daño.

Parecía realmente arrepentido, más serio y casi preparado para acercarse a ella y presentar sus disculpas. Y no era un hombre dado a admitir que se había equivocado.

—Intentaste tratarla como a una sumisa cualquiera, ese fue tu error. Se nota que no sabes nada sobre ella —casi sonrió, porque en realidad le habría hecho gracia, si su amiga no se encontrara en el duro momento en el que ahora estaba—. Pasó por un infierno y sobrevivió. Tiene todo el derecho a tener una crisis de pánico cuando quiera.

—Leí sobre ello en las noticias, también sobre el Pleasure's. No habéis tenido muy buena prensa últimamente.

—Porque la gente es muy superficial, si se hubieran molestado en investigar un poco sobre nosotros, comprenderían que somos saludables y hacemos un servicio a la comunidad. La novedad pasará pronto y dejarán el tema, entonces nos recuperaremos tanto económica como moralmente —explicó mientras simulaba limpiar la barra—. Creo que estabas hablando de Margaret y chicas buenas, ¿no?

—Eres muy listo cambiando de tema, pero vamos a comprarlo por ahora —aceptó posando el botellín sobre la barra y dándole vueltas entre sus dedos—. Margaret las utilizaba para chantajearme, se convirtieron en una especie de penitencia para mí. Escogía a una y la llevaba al club, a manos de Strider, cuando salían...

—Lo sé —respondió mirándolo con intensidad—. Recuerdo lo que hacía ese hijo de puta con sus supuestas clientas.

Los dos habían estado implicados en eso sin saberlo.

—Fue peor cuando os marchasteis y mucho peor después de que aceptara trabajar para la policía. No sabes hasta dónde tuve que llegar, qué cosas tuve que hacer... —bebió un sorbo rápido—. Necesitaría un whisky para tragar eso.

Gabriel lo miró, no sabía muy bien qué decir. No sabía por qué le contaba eso, pero seguramente, habría algún motivo oculto.

—No mataste a nadie, Damien. Me caigas bien o no, esa es la verdad.

—Pero no confías en mí para dirigir sin tu interferencia la mazmorra y ambos sabemos que tú no vas a volver, no sé si ya lo has aceptado o no, pero es un hecho. Has elegido a una chica buena y no va a pasar por esto, los dos lo sabemos. Ese tipo de novias no funcionan así y menos si están traumatizadas.

Gabriel no respondió, eso era cosa suya y no iba a discutirlo con él.

—La muerte de Margaret fue una auténtica lástima. Siento que te pillara en medio cuando sucedió.

—Él lo hizo. Sé que no hay pruebas, pero lo sé. Las entrañas me lo dicen —Lo miró—. Todo el mundo cree que empecé a trabajar contra ellos cuando Margaret murió, pero no es cierto. Llevaba haciéndolo un tiempo. Iba a abandonar cuando tú lo hiciste, pero me eligieron, por algún motivo me eligieron y no pude echarme atrás.

Eso sí fue un fuerte mazazo para Gabriel. No se lo esperaba.

—Intentas decirme que te he juzgado injustamente todo este tiempo.

Damien se encogió de hombros, como si no tuviera importancia.

—He venido para ayudaros, podría tener libertad absoluta en cualquier otro club y ganar más dinero. Quiero que salgas adelante y Rod también, por los viejos tiempos.

Todavía estaba tratando de procesar lo que el hombre le había dicho.

—Te vi hacer cosas que...

—No soy como tú, Gabe. Soy solo un poco más brutal. ¿Qué importa? ¿Qué tiene de malo? Nunca he herido a nadie intencionadamente, no he hecho nada que no me hayan pedido... salvo en Prometheus. De lo que hice allí no me siento orgulloso, pero si quieres referencias, puedes hablar con algunos miembros de mi cartera de clientes que, por supuesto, vienen conmigo en el

paquete.

—El Pleasure's...

—No tiene que cambiar en absoluto, solo te pido la mazmorra, ese es mi dominio. El resto dirígelo a tu antojo.

Gabriel no sabía qué decir, quizá sentía su orgullo herido porque iba a ocupar el puesto que le pertenecía, quizá por el tiempo que había empleado en preparar el lugar a su gusto, pero también era cierto que tenía un nuevo camino por delante.

—Estarás en período de prueba y tu dominio se acaba una vez que atraveses la puerta del sótano. Brenda no va a dirigirse a ti como nada en absoluto y si por avatares del destino os relacionáis, será como amigos ajenos al club. ¿Entendido?

Ahora sí había conseguido sorprenderlo, podía verlo en su cara de su estupefacción.

—¿Estás de acuerdo en cederme el testigo? ¿Completamente y sin restricciones?

—Espero no arrepentirme de eso. —Sacó un folleto en el que se explicaban algunos requisitos básicos, como el código de colores—. Pero no podrá afectar a nada de lo que aparece aquí. Esto es lo que mi gente conoce y lo tendrás que respetar.

Damien echó un vistazo y asintió, conforme. Gabe supo que se había vuelto completamente loco.

—Me parece bien, es el código de conducta apropiado.

—Te pido un favor personal, Damien —empezó mirándolo a los ojos—. Que no haya derramamiento de sangre, ese tiene que ser el límite.

El otro le devolvió la mirada.

—No he olvidado las cosas importantes, Gabe. Jamás te haría eso.

Se obligó a devolverle un seco asentimiento y se alejó de él. Pronto

tendrían más de una charla y quizá intentaría descubrir algo más sobre lo que había vivido en realidad en Prometheus, pero hasta que ese momento llegara, necesitaba un poco de espacio.

Bajó a la mazmorra, todavía no habían abierto al público y necesitaba verla una última vez, para descubrir si estaba o no preparado para dar el siguiente paso, para cederla y tomar la decisión de seguir adelante con su vida.

No sintió angustia por abandonar aquel pedazo de su pasado, entendió que aquello no era una despedida, tan solo estaba pasando de página, no cambiaba fundamentalmente su esencia, solo tenía que encontrar la manera de redirigir su camino.

Y lo hiciera como lo hiciera, eso iba a ser junto a Brenda.

Era la única certeza con la que podía contar.

Hacía un día primaveral, las familias disfrutaban de la tarde del viernes en el parque. Algunos niños jugaban a la pelota, mientras otros se quejaban tratando de ver las pantallas de sus maquinitas bajo la brillante luz del sol.

Olía a patatas fritas y carne asada, mientras los perros ladraban tratando de hacerse con un pedazo del codiciado botín.

Kat caminaba a su lado, había cogido su mano y enlazado sus dedos con los de él haciéndolo sentir joven, como un adolescente con su primer amor y reconfortado.

—Hace un día precioso —comentó Kat guiñando los ojos mientras miraba el despejado cielo—. Duncan se lo debe estar pasando estupendamente en su entrenamiento, qué lástima que Tony se lo esté perdiendo.

Ante el nombre del mafioso se tensó. Odiaba que hablara con tanta dulzura sobre él. Era un ladrón, estafador y asesino y aún así, lo apreciaba.

Probablemente, algunas veces también le daba miedo, pero eran las menos.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó directamente. No le iba a servir andarse con sutilezas, estaba harto de dilatar el tiempo. Había llegado el momento de decirle lo que sentía y lo que quería de ella. Kat podía aceptarlo o sacarlo de su vida, pero no podía seguir jugando a ese juego.

—Siempre lo he estado, es el amor de mi vida —aseguró con sinceridad—. Nunca te he engañado, Rod.

—Pero yo creía que entre nosotros había algo especial.

—Y lo hay. Te quiero. Eres mi mejor amigo, más que eso, confío en ti y Tony también lo hace.

—Nos acostamos juntos —le recordó—. ¿También lo sabe?

—Por supuesto que lo sabe, no hay secretos entre nosotros. Una relación como la nuestra no funcionaría, si los hubiera.

—¿Pensarías en la posibilidad de romper con él para tener una relación real conmigo?

Kat se detuvo y lo miró fijamente, había confusión y también molestia en su gesto.

—¿De qué estás hablando?

—De una relación al uso. Como hace la gente normal. Sentar cabeza, buscar un piso juntos, con Duncan por supuesto, quizá tener otro bebé...

—¿Acaso te has vuelto loco? —parecía escandalizada ante su propuesta—. Eso nunca va a pasar. Te quiero, eres mi mejor amigo, pero nuestra relación no es ese tipo de relación.

—Lo sé, pero podría serlo.

—No —dijo de forma rotunda y contundente—. No soy de ese tipo de

mujeres, no me comprometo con un solo hombre, jamás.

—Pero dices que Tony y tú...

—Nosotros tenemos una relación abierta, pero comprometerme contigo o tener un hijo... eso no entra en nuestros planes. Lo siento, Rod. No quería hacerte daño.

No, no quería, pero de alguna manera lo había hecho. No era solo Gabe quién estaba viendo cómo toda su vida se derrumbaba.

—Estoy bien. No pasa nada, no puedo decir que no lo esperara —aceptó mirándola con intensidad—. No cambia lo que siento por ti ni la manera en que voy a tratarte a partir de ahora, solo quería saber si teníamos oportunidad de ser algo más.

—Desde hace tiempo sé que algún día aparecerá una chica que realmente te merezca, Rod, y entonces te olvidarás de la desvergonzada Katharina, porque tú, por más sexy y guapo que seas, deseas algo que la gente de mi clase no puede darte. Quieres exclusividad y, en el fondo, Gabriel también. Por eso es ideal para Brenda —añadió—. Al final todo acabará bien y yo conseguiré lo que siempre he deseado: ser la madama del *Pleasure's* —bromeó con falso acento francés.

Roderick sonrió.

—Solo tú podrías pensar en algo así.

—Cambiaré toda la decoración, pondré todo rosa. ¿Puedes imaginarlo?

Rod puso cara de horror, ante lo que Kat rio abiertamente.

—Ojalá pudieras ver tu cara —le dijo entre risas, tirando de él hacia el lago—. Vamos, muévete. Podemos dar un paseo de verdad, sin conversación trascendental ni problemas del club. Déjalo para otro día, solo disfruta del momento.

Y se dio cuenta de que, en el fondo, tenía razón. Lo único que importaba era este momento, compartir juntos las risas, dejarse llevar y simplificar la

vida.

Kat tenía una manera muy especial de ver el mundo y por hoy, aunque fuera solo una vez, quería mirarlo a través de su cristal.

CAPÍTULO 10

Ese viernes no había show.

Cuando la noticia llegó a su bandeja de entrada sintió la furia emerger rauda y profunda en su interior, empezó a golpear la puerta de su dormitorio, hasta que le dejó varios agujeros del tamaño de sus puños, cuando sacó toda la ira que tenía dentro, se dio cuenta de la dulce Brenda no era culpable, de hecho, el único culpable de esta ausencia era él. Seguramente, estaría asustada después del cerdo que le puso las manos encima y que tuvo que morir en su presencia.

No importaba, podía esperar un poco más. La paciencia era una virtud digna de un héroe y eso era él, el único capaz de hacer las cosas mejor para ella. Mantenerla a salvo.

Abrió el programa que había diseñado para espiarla a distancia y se decepcionó al no verla en la habitación, pero sabía que volvería y sola. Nunca había hombres en su cama, era tan pura y tan bella. Una lástima que aquellos que la habían dañado en el pasado ya estuvieran fuera de su alcance, le habría gustado ofrecérselos en una bandeja de plata, como muestra de su amor.

*El gusano del odio se retorció en su estómago una vez más al pensar en todos esos seres que se dejaban llevar por sus más bajos instintos en el *Pleasure's*, un lugar para el pecado más sucio y desgarrador.*

Puede que ella no fuera a iluminar su noche, pero podría encontrar a algún sinvergüenza que necesitara una lección, siempre había candidatos para recibir un poco de su medicina y estaba más que dispuesto a erigirse en héroe auténtico, virtuoso y verdadero.

Podía deleitar a Brenda, salvaguardando la integridad de otra dama.

Sí, eso haría y después le enviaría un mensaje en el que dejara claro

que era su protector y que siempre haría lo que fuera necesario para mantenerla a salvo.

CAPÍTULO 11

Daniel entró en el *Pleasure's* en plena noche, en misión oficial, algo que, definitivamente, odiaba. Su nuevo superior le había sugerido pasarle el caso a un compañero, pero se había negado de forma tajante. No iba a permitir que otro buscara la salida fácil clausurando el medio de vida de su hermano, cuando él podía encontrar un camino diferente.

En cuanto Gabriel lo vio desde el otro lado de la barra supo que algo iba muy mal. Se apresuró a pasarle el testigo a Brenda, que trabajaba eficientemente a su lado y se acercó a él.

—Esa cara dice que tenemos problemas, ¿verdad?

—Hemos encontrado otro cadáver, haz que Brenda venga aquí, vamos a quitarnos los tres del medio. Hay algo que necesito que los dos veáis.

Daniel observó a la pareja interactuar, la mujer cogió la mano que su hermano ofreció y se pegó a él como si fuera un escudo protector. Gabe la miraba como si fuera el tesoro más valioso del mundo. Sabía que todos tenían reticencias cuando se trataba de una relación entre esos dos, pero lo cierto era que si pensaba en ello durante un par de minutos, como si fuera nada más que un observador ocasional, podía asegurar que hacían una bonita y compenetrada pareja.

Había posibilidades allí.

—Vamos a la sala de máquinas—instruyó a los dos, por encima del ruido de la música—. ¿Siempre hay tanto caos aquí?

—Anoche fue la reapertura de la mazmorra, fue un éxito.

Habría jurado que su hermano estaba molesto al respecto, cuando debería estar feliz de haber conseguido recuperar parte de su clientela.

—¿Ya estás curado?—inquirió.

—No soy yo, es Damien quién se ocupa de ello ahora y lo que ves son sus

clientes habituales. Lo han seguido hasta aquí —soltó el aire y negó—. Salgamos de aquí, me pongo enfermo solo de pensarlo.

Brenda lo miró con preocupación y también una nota de culpabilidad.

—Todo esto está pasando por mi causa —murmuró, no había recuperado las emociones del todo, no como antes del ataque pero poco a poco, empezaba a notarse un sutil cambio en ella, sobre todo en lo que se refería a Gabe, había algo más profundo entre ellos. La naturaleza de su relación había cambiado, resultaba más que evidente para cualquiera que posara los ojos en ellos.

—No tienes la culpa, Bren —aseguró él mientras estaban en la sala y retiraba una silla para que se sentara—. Tomo mis propias decisiones. Todos lo hacemos. No es por ti por lo que he dejado la mazmorra, es por mí. —Miró a su hermano y suspiró—. No soporto ni el sonido ni el olor ni el papel que tengo que adoptar allí. He cambiado, yo lo he hecho, soy el único responsable.

—No puedes dejar de ser lo que eres...

—Eso no cambia mi postura dominante en el sexo, Bren. Soy lo que soy, pero no necesito serlo en ese lugar. Al menos, por ahora.

—Esta conversación es muy interesante —los interrumpió Daniel—, pero hay otro tema que debería inquietaros aún más. Un nuevo cadáver y este estaba esperándonos de una forma un tanto peculiar, como una especie de... ofrenda.

—¿Por qué necesita Brenda escuchar esto? —preguntó Gabe con tono agresivo. Estaba claro que no le agradaba que la hubiera incluido en la pequeña reunión, pero tenía un motivo muy bueno para ello.

—Por esto —sacó algunas imágenes de la escena del crimen y las esparció por la mesa entre los tres—. Siento que tengáis que verlo, pero es la mejor forma para que entendáis la seriedad del asunto.

Brenda ahogó un gemido, parecía que después de todo, si se podía conseguir una reacción visceral de ella. Lamentablemente, podía entenderla perfectamente, no era una imagen idílica.

El cadáver estaba amoratado, se habían ensañado con él, pero destacaba por encima de todo el sobre ensangrentado que había sobre el pecho del muerto con el nombre de Brenda.

Daniel sacó una copia de la carta que había fotografiado antes de que se la llevaran al laboratorio.

—Es toda una declaración de intenciones. ¿Quieres leerla?

Brenda negó, abrazándose a sí misma. Gabriel aceptó la hoja y una vez terminó se la devolvió con gesto asqueado.

—¿Alguno de vosotros cree que Brenda puede estar implicada en las muertes de alguna manera? Porque te garantizo que ella no ha contratado a nadie para que haga esto.

—Lo sé, lo sabemos. Es su inspiración, pero lo convierte en alguien muy peligroso. Los criminales de este tipo a menudo se vuelven en contra de aquellos a quienes idealizan —advirtió—. Me gustaría que pensarais en la posibilidad de aceptar protección extra, pero después de ver el tumulto que hay ahí fuera esta noche, sería completamente imposible garantizar vuestra seguridad.

—¿Nuestra? —preguntó Gabe—. No pensarás que tiene algo en mi contra, ¿no?

—Todos los hombres adultos cercanos a ella pueden correr peligro. Todavía no tenemos un patrón de conducta, pero tenemos a los expertos trabajando en ello. Abbie ha vuelto precipitadamente y va a ayudarnos a encontrar una pauta. Es muy buena en ello.

—¿Crees que es una buena idea involucrarla también?

—La mejor idea —aseguró, tendiéndole una pistola que ya había registrado a su nombre y un par de cargadores—. Quiero que la lleves contigo a todas partes, no te la quites ni para mear. ¿Entendido?

—No sé qué quieres que haga con esto. Te dije que no me interesa llevar

armas de fuego.

—Lo harás si no me quieres veinticuatro horas pegado a tu culo, ¿me oyes? —Miró entonces a Brenda—. ¿Has continuado practicando con Kat las lecciones de defensa personal que Miles y yo os dimos?

La joven asintió.

—Sí, aunque no soy especialmente buena en eso. Kat es mucho mejor que yo, intenta ayudar, pero me temo que tengo dos pies izquierdos.

Daniel la miró con el ceño fruncido.

—¿Recuerdas que te he visto bailar?

—Créeme, no es lo mismo —aseguró ella, después observó el arma que le había entregado a Gabe—. Quizá podrías darme una de estas, sería más útil.

El policía se tomó un par de minutos para pensar en la propuesta, podría ser una salida, pero le preocupaba que en su situación emocional actual, pegara un tiro a alguien sin pensar en ello.

No estaba lista psicológicamente para llevar un arma encima, al menos no por ahora.

—Por ahora me conformo con que sigas practicando lo que os enseñé, quizá más adelante, solicite un permiso de armas para ti.

—Podría hacerlo por mi cuenta. Lo sabes, ¿verdad? —dijo ella, un ligero tono retador en su voz, que le advertía que estaba mucho mejor de lo que había estado cuando había dejado su puesto en el Pleasure's, entonces no se atrevía ni a levantar la voz.

Le alegró esa mejora, desearía que todo fuera bien, por la salud mental, física y espiritual de su hermano.

—Lo sé y te ayudaré a hacerlo cuando llegue el momento, pero confía en mí, primero necesitas control sobre tu mente y tu cuerpo. Gabe puede ayudar, ¿alguna vez te ha contado que es cinturón negro? Ha practicado distintas artes marciales desde que era niño.

—Daniel... —advirtió su hermano, después miró a Brenda—. Solo era un pasatiempo de niños. Ya viste esas medallas en mi apartamento.

Brenda lo miró y pareció sonreír, aunque fue un gesto tan rápido que se preguntó si no se lo habría imaginado.

—Las vi en una caja en el fondo de tu armario, durante el zafarrancho de limpieza.

—Me encantó ganarte aquella apuesta —recordó Gabe con nostalgia—. No hagas caso a Daniel, cree que todos tenemos la mente puesta en la ley y la justicia, del mismo modo que él.

—Aún así puedes practicar con ella, ¿te acuerdas de algo de lo que aprendiste, no?

—¿Acaso quieres que te lo demuestre? —preguntó dispuesto a hacerle una demostración.

—No, gracias. ¿Te he dicho que viene Abbie a casa? No necesito estar apaleado cuando vuelva.

—¿Cómo está ella? —inquirió su hermano, con cierta preocupación.

Daniel miró a la chica, ignorando a su hermano, y se explicó:

—Está embarazada y tiene cambios bruscos de humor, pero por lo demás, bien —miró a Gabe—. Y necesita a su marido en plena forma física para satisfacer todas sus necesidades.

Intentó hacerlo sonar casualmente, pero no lo logró. Su hermano lo miró con ojos brillantes, deduciendo parte de su mensaje cifrado y consiguiendo que enrojeciera hasta las raíces del pelo.

¡Era un hombre! Los hombres no se ruborizaban. Pero el pequeño de los Grier tenía una facilidad pasmosa para avergonzar a su hermano mayor.

—No digas ni una palabra —le advirtió y cambió de tema—. En vista de que tu club es un hormiguero y bulle con tanta vida, sería recomendable que hicierais las maletas y pasarais el resto del fin de semana y la próxima

semana, fuera de aquí. Haré las reservas y te las enviaré por correo electrónico.

—No puedo irme —expuso Brenda—. Tengo la reunión mensual con el grupo de mujeres este miércoles. No puedo faltar, me está ayudando mucho y cuentan conmigo.

Observó a su hermano, esperando escuchar que se encargaría del asunto y que tendría que esperar a la siguiente reunión mensual, pero los sorprendió a ambos diciendo:

—Te acompañaré.

—No te ofendas, Gabe, pero no eres una mujer y no se fían de los hombres.

—Eso es sexista, Bren —argumentó—. Además, puedo ganarme a un grupo de mujeres, soy el señor encanto en persona.

—Eres el amo de la mazmorra, lo notarán. Y entonces, me expulsarán de su grupo. Tienes ese aire de... macho alfa —dijo intentando no sonar ofensiva, pero de todos modos Gabe se erizó, como un gato a punto de saltar sobre su presa—. No es malo, pero las asustarás. Son mujeres maltratadas que han sufrido un suplicio a manos de los hombres.

—Les demostraré que no todos los hombres son iguales y, Bren, nunca descubriste que yo era el amo de la mazmorra, como dices, mientras fuimos amigos. Pensabas que era un locuelo joven despreocupado que disfrutaba de cada momento de la vida con risas —parecía un poco dolido por el comentario anterior de la mujer, pero lo desterró con un gesto—. Puede que no sea ya ese hombre tan fácil de tratar, pero sigo siendo sensible y respetuoso con todas las mujeres. Para ser lo que me acusas de ser, es característica indispensable. De forma contraria, nadie confiaría en nosotros para dejarse llevar hasta límites que no traspasarían de otra manera, piensa en ello.

—No te enfades, Gabe. No pretendía insultarte.

—Algún día cuando estés lista, te llevaré a la mazmorra; verás lo que se hace allí y entenderás de lo que hablo.

La joven negó.

—Ya sé lo que se hace allí.

Daniel intervino cortando el debate, no era momento para irse por las ramas.

—Voy a ocuparme de esas reservas, hasta entonces, no la pierdas de vista —instruyó a su hermano y le puso el arma en las manos— y no te alejes de esta. Mejor que no os vean por el club durante un tiempo.

—Estamos a tope, ¿cómo vamos a...?

—Contratación temporal, hermano mío. Te pondré en contacto con un par de chavales de mi confianza. Sirven para poner copas y trabajaran por poco dinero. Además, me deben un favor.

Stephen y Mallory eran como siameses, a pesar de que no los unía lazo de sangre alguno, pero siempre estaban juntos metiéndose en líos de los que se veía obligado a sacarlos. Eran buenos chicos, pero procedían de familias desestructuradas y en muchas ocasiones tenían poco control de la ira y un rechazo más que absoluto a la autoridad y las normas.

Stephen tenía veinte años, había crecido en una banda callejera entre disparos y navajazos y toda su vida había protegido a Mallory. Una chica de solo dieciocho años, pequeña y escurridiza, que se había escapado de un centro de menores más veces de las que podía contar.

Tenía que admitir que él mismo había quebrantado la ley al garantizar que esos dos permanecieran juntos y no dar el chivatazo de dónde se escondían, para que la chica volviera a ser encerrada.

Por suerte, ya era mayor de edad, lo que lo liberaba de esa responsabilidad. Ya no estaba haciendo nada ilegal y le tranquilizaba. Los dos andaban buscando trabajo, intentando salir de la calle. Mallory estaba

embarazada de seis meses y quería establecerse para ofrecerle a su hijo una vida más digna que la que los dos habían tenido, a pesar de que como resultaba evidente, no había sido un embarazo deseado.

Daniel ni siquiera estaba seguro de que Stephen fuera el padre, pero el chaval no había pronunciado ni una sola palabra al respecto. Ni siquiera había dicho que fueran pareja, a pesar de que siempre estuvieran pegados el uno al otro como una lapa, había imaginado un amor fraternal, más que romántico.

Aún así, no era asunto suyo el juzgar la naturaleza de su relación, tan solo el echarles una mano para ofrecerles un poco de estabilidad.

Eran buenos chicos y podrían hacerse un favor mutuo esta vez.

—¿Están limpios? —preguntó Gabe—. ¿Sin antecedentes o adicciones de las que deba tener constancia?

—Son jóvenes y se están esforzando. Van a tener un bebé, pero no van a quejarse, quieren trabajar para establecerse.

—¿Me vas a traer a una embarazada para servir copas en un club sexual? No es muy buena prensa, ¿no te parece?

Daniel lo miró.

—Stephen no vendrá sin Mallory, no le gusta separarse de ella o perderla de vista. Es así desde que tenían ocho y seis años respectivamente. Sin embargo, necesitan un trabajo y tú necesitas mano de obra barata.

Brenda miró directamente a Daniel y asintió:

—Tráelos, yo pagaré sus sueldos y serán buenos sueldos —aseguró.

Gabriel frunció el ceño.

—No harás tal cosa.

—Después de todo lo que habéis hecho por mí, quiero contribuir. He ganado más dinero del que necesito y puedo prescindir de una parte —lo miró—. Déjame hacer esto, al fin y al cabo, ese chiflado está matando gente por mi culpa. Podría hacer algo bueno para compensarlo.

—¡Es un club sexual! Una embarazada tras la barra...

—No se verá su tripa detrás de la barra —dijo Brenda—, además, ¿no te has dado cuenta de que tus clientes ni siquiera se fijan en nosotros? Vienen a otra cosa.

Daniel empezó a comprender lo que Gabriel había visto en ella, aunque también se percató de la complicación que supondría conectar dos caracteres tan fuertes juntos. Por suerte, Gabe era como un camaleón, se adaptaba rápidamente a cualquier situación. Y, por más que fuera una contradicción, el poder que necesitaba mantener con sus muchos amantes, no era algo que exigiera en su día a día. A todo el mundo, que no conociera el Pleasure's o su ambiente y hubiera conocido a su hermano en un día en el campo por ejemplo, le sorprendería mucho asociarlo con la imagen que proyectaba como amo de la mazmorra. Por el contrario, nadie imaginaría que él, que necesitaba un férreo control sobre cada aspecto de su vida, fuera más tradicional en la cama.

Ambos eran una contradicción andante.

—Creo que está todo dicho, entonces. Los llamaré.

Brenda asintió, Gabe masculló:

—No vas a salirte siempre con la tuya, Bren.

—Debes dejar que alguien cuide de ti para variar —dijo con tono admonitorio—. No has hecho otra cosa que ceder por mí, ahora toca que yo haga algo por ti. Y si de paso puedo echar una mano a una pareja que está empezando, mejor para mí y mi conciencia. Bien sabe Dios que necesito una limpieza profunda para poder empezar a sentirme mejor.

—Tú no necesitas...

Daniel no se molestó en despedirse, estaban tan concentrados el uno en el otro que no iban a darse cuenta de su ausencia. No podía decir que no estuviera preocupado. Conocía a su hermano y sabía que sentía algo muy profundo por esa chica, pero también era consciente de las necesidades de

Gabe y dudaba que algún día Brenda estuviera preparada para afrontarlas. Había vivido un infierno y había sobrevivido a él, pero aún podía percibir las sombras que a menudo bailaban en su rostro. Los momentos en los que estaba presente en cuerpo, pero no en alma. El dolor que se reflejaba en su rostro cada vez que alguien, a excepción de unos pocos elegidos, la rozaba aunque fuera por accidente.

Tenían un largo camino por delante, una lucha ardua y cruenta, que podía acabar con un final feliz o con toneladas de frustración para los dos.

Pidió a cualquier ente superior que lo estuviera escuchando, que los cuidara y los guiara por el camino correcto. Merecían una oportunidad, tenían que encontrar esa encrucijada de caminos en la que sus vidas pudieran coexistir, con luces y sombras, con los miedos y penas que ambos arrastraban y con los deseos de un futuro mejor.

Ojalá no hubiera cometido un error enviándolos juntos, a solas, a viajar para huir del peligro, porque podía estar empujándolos a una pesadilla mucho mayor.

«No dejes que cometa un error. Por una vez, que Gabriel encuentre la felicidad que lleva deseando tanto tiempo. Que consiga sentirse pleno al fin, con Pleasure's, sin Pleasure's. Con mazmorra o sin mazmorra, pero sobre todo, que encuentre el camino para llegar a Brenda, porque sin ella... sin ella perderá el rumbo de su vida y no estoy dispuesto a bregar con la alternativa».

Si fracasaba con esta mujer, Gabe se derrumbaría y ya lo había visto hundirse en el fango, sin poder hacer nada para ayudarlo.

Esta vez haría cualquier cosa que estuviera en su mano, para garantizar que estaría sano, feliz y a salvo.

CAPÍTULO 12

Stephen no era un mal chico, aunque su aspecto podía asustar a cualquiera. Medía casi dos metros, muy fornido, sus músculos eran más que evidentes bajo aquella camiseta negra de algodón raída y sus enormes manos estaban llenas de ampollas y cicatrices. Gabe no se molestó en preguntar de dónde venían, supo, sin lugar a dudas, que frente a él tenía a un delincuente juvenil. ¿En qué diablos estaría pensando su hermano?

Su piel no era blanca, pero tampoco negra, era algún tipo de mestizo, aunque ignoraba sus orígenes y no planeaba preguntárselos. No parecía capacitado para contestar ninguna pregunta de la entrevista habitual, así que se había contentado con valorarlo a primera vista y confiar en el criterio de Daniel.

—Mi hermano dice que quieres trabajar para mí —expuso con tono neutral, sin emitir ni un solo juicio de valor.

No hubo respuesta por su parte, sino que la chica que lo acompañaba, Mallory, con una tripa que aunque era más que evidente, no destacaba tanto como se había temido, habló por él.

—Estamos buscando trabajo. No tenemos miedo al esfuerzo, haremos las horas que sean necesarias y todas las noches que nos necesites. Podemos ocuparnos de la barra los dos solos, sabremos hacerlo y no habrá ninguna queja de ningún cliente.

Mallory era pequeña y delicada. Parecía que fuera a llevársela el viento en cualquier momento, pero tenía un arrojo y una energía que resultaban contagiosos. El gesto del gigante se suavizaba cuando la miraba y una de sus manos estaba constantemente posada sobre su tripa, de manera protectora y con un claro aviso de pertenencia a cualquiera que estuviera cerca de ellos.

—El Pleasure's tiene una serie de normas para sus empleados que

tendréis que cumplir. ¿Os ha informado Daniel al respecto?

Mallory asintió vehementemente, Stephen tan solo parpadeó en su dirección. Gabe pensó que podría hacerle la competencia a Lou, quizá pudiera plantearse contratarlo a largo plazo para su equipo de seguridad. Eso, si el club sobrevivía a la próxima semana en manos de dos camareros inexpertos, un amo que tendía a pasarse de la raya y un Rod más ausente que nunca. No sabía qué estaba pasando con su amigo y no había tenido tiempo para sacarlo de allí y preguntarle. Brenda estaba monopolizando toda su atención últimamente.

—Podemos seguir normas.

Gabe lo dudaba, pero no tenía muchas más opciones sobre la mesa.

—El sueldo que os ofrezco no es muy cuantioso, pero podéis quedaros a vivir aquí una temporada, mientras os ocupéis del trabajo. Miles os enseñará el club y dónde podéis dejar vuestras cosas. Es una zona que se abrirá al público en un par de meses —al menos ese era el plazo inicial. Las nuevas habitaciones temáticas iban a ser una buena inversión en un principio, ahora ya no estaba tan seguro—. No os asustéis por el mobiliario, no habéis viajado a otra dimensión.

La habitación que había elegido para la pareja estaba ambientada en Alicia y el país de las maravillas. Había sido idea de Rod, solo él sabía en qué diablos estaría pensando.

—¿De verdad? —La ilusión en el tono de la chica le sorprendió, Gabe creyó ver lágrimas en sus ojos cuando miró a su pareja y tuvo que disimular su incomodidad. No había hecho gran cosa, esa zona del club permanecía cerrada, todavía quedaban detalles por pulir, muchos detalles. Pintura, poner baldosas nuevas, arreglar el cuarto de baño para que pudiera incluirse en la misma temática...

—La habitación es vuestra. Podéis comer en la sala de empleados o salir

fuera del club, como deseéis. Miles se encargará de daros todas las instrucciones.

—Mallory no va a acostarse con ningún tipo —advirtió Stephen entonces, hablando por lo que suponía era la primera vez desde que habían llegado. Lo miraba casi con violencia, pero a Gabe no le imponía ningún miedo. No era más que un adolescente que quería proteger a su chica.

—Nadie va a tocar a Mallory, aunque no te garantizo lo mismo. Las mujeres van a querer tenerte —advirtió. Tenía constancia de ello, Stephen era el tipo de hombre que Strider habría reclutado. Podría hacer mucho dinero en un lugar como aquel. Sabía que cuando Damien lo viera, pensaría exactamente lo mismo que pensaba él y eso iba a ser un auténtico problema.

Stephen se encogió de hombros, como si le diera igual. Mallory solo sonrió con gesto de superioridad, mientras lo miraba, como si ya le hubiera advertido de aquello.

Gabe solo suspiró.

—Mirad, el Pleasure's es un lugar seguro para los dos, siempre y cuando sigáis todas nuestras normas. No tenéis que participar en ninguno de los espectáculos sexuales o zonas temáticas, sois contratados como camareros y como tales, tendréis acceso limitado a la zona blanca del club. Excepto cuando las puertas se cierren y despedamos a los clientes, entonces esta es vuestra casa, al menos por ahora.

Y siempre y cuando se mostraran merecedores del privilegio, pero no lo iba a mencionar. Lou y Miles se encargarían de avisarlo si se propasaban de alguna manera y, si era así, sin importar la opinión de Daniel, los pondría de patitas en la calle.

Lo primero era la seguridad de su gente. Su responsabilidad para con sus clientes también era muy importante para él, no iba a permitir que hubiera problemas. También había hablado con su equipo de seguridad para que

hiciera un barrido sobre la clientela nueva, no podían permitirse acciones violentas vinculadas al lugar otra vez. Al final no solo quebrarían, sino que los meterían en la cárcel por propagar el crimen en la ciudad.

—Tendréis libres los lunes. El club cierra esa noche para poder descansar y reponer existencias.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó la chica, sin hacer ni una sola pregunta.

Gabriel llamó a Miles, que se presentó casi de inmediato y los dejó en sus expertas manos. Había instruido al hombre de lo que iba a pasar esa semana y de lo que esperaba de él.

—Ahora mismo —explicó, mientras se despedía de ellos.

Rod aprovechó ese momento para entrar en su despacho y cerrar la puerta tras él. Esperaba que no trajera malas noticias, porque no estaba seguro de poder lidiar con algo más en este momento.

—Siento no haber consultado contigo lo de estos dos, pero... —empezó a disculparse.

—Daniel habló conmigo y me lo explicó todo. Además, sabes que confío en ti. Lo he hecho siempre. No voy a recriminarte por el hecho de que sigas las órdenes de un agente de policía que, además es tu hermano y que pretende salvar tu pellejo.

—Quizá tú deberías venir con nosotros, si algo te pasara...

Rod sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

—¿Te vas a poner cariñoso conmigo ahora?

—¿Qué te está pasando, Rod? No pareces tú mismo.

—Tener a Damien aquí trae viejos demonios —expresó sin ambages. Siempre habían sido sinceros el uno con el otro. Se conocían muy bien, con lo que no se guardaban secretos.

—Parece que tenerlo aquí ha refrescado nuestros recuerdos sobre

Prometheus, ¿verdad?

—No puedo sacar de mi mente a Angie —confesó con culpabilidad—. Han pasado cinco años y aún así... es como si hubiera sucedido ayer.

—Quizá tú también necesitas alejarte de aquí una temporada, Rod.

—Hablé con Kat sobre la posibilidad de tener algo serio y me mandó a la mierda.

Eso sí sorprendió a Gabe. No sabía que Roderick estuviera enamorado de Kat, no de esa manera. Siempre había habido algo especial entre los dos, habían tenido una relación muy satisfactoria, habían disfrutado del sexo de forma habitual y también de confesiones y buena camaradería, pero la palabra «seriedad y compromiso» no era algo que su mente asociara a cualquiera de los dos.

—¿Estás bien?

—Está enamorada de ese idiota que solo se aprovecha de ella. No va a dejarlo.

—¿Le pediste que rompiera con Tony?

Rod lo miró dolido, sabía que su tono había sido tan incrédulo que podía haber molestado a su mejor amigo, pero los dos sabían, o al menos deberían haber sabido, que Katharina nunca rompería ese lazo. El mafioso era un tipo esquivo, malicioso y capaz de matar de la forma más terrible posible a cualquiera que se metiera en su territorio o tocara algo que era suyo, siempre y cuando no tuviera su beneplácito, pero también era el padre de Duncan y, como bien sabía Gabe, el primer y único amor de Kat.

—Soy un puto iluso, joder, pero me siento solo y quería más. ¿Acaso es un delito querer sentirse especial para alguien?

—Pensaba que eras feliz con el Pleasure's.

—Me gusta follar y lo sabes. Llevamos haciéndolo juntos un tiempo, compartiendo mujeres, mazmorras, escenas varias y es muy placentero. Sigue

siéndolo, no me malinterpretes, no tengo ningún problema con mi papel en el club. Este lugar es mi refugio, pero cuando acaba el día y la fantasía se difumina, la auténtica verdad es que estoy solo. Tú tienes a Brenda —le dijo — y me siento feliz por ti, pero me gustaría poder tener a alguien también. Alguien que me complete cuando el deseo se disipe y solo quede el cansancio de una noche de sexo sin par.

—Hace mucho que no tenemos vacaciones, demasiado tiempo, y Damien ha abierto viejas heridas. No paro de pensar en Prometheus y en todo lo que vivimos allí. Quizá la idea de Daniel de poner distancia con este club sea buena para los dos. ¿Por qué no vas a visitar a Angie? Sería bueno para tu conciencia.

Angie había sido una niña hacía cinco años, más o menos de la edad de Mallory, y había estado tan perdida y tan enfadada con el mundo que se había metido en un ciclo de autodestrucción que por poco había acabado con su vida. No importaba que Rod la hubiera sacado de su miseria, porque el hombre seguía sintiéndose culpable por lo que le había sucedido y, sin importar cuánto tiempo llevara pagando su penitencia, siempre sufriría por el recuerdo.

Damien lo había acusado a menudo en aquella época de ser demasiado blando, de contenerse, de no experimentar lo suficiente, pero Gabe conocía a Rod mucho mejor. Arrastraba más de un conflicto personal, había visto morir a gente en sus manos, sin importar cuánto hubiera luchado para salvar sus vidas. Lo había visto derrotado, llegando a casa tras un día en el quirófano y llorar hasta que no le quedaban más lágrimas por derramar. Había sido su compañero, su amigo, había intentado estar ahí para él, para apoyarlo. Había sido idea de Gabe pisar aquel club y Roderick solo había conseguido añadir más peso a su ya insoportable carga.

—No puedo hacer eso —negó con convicción—. Cometí un error con esa

chica, uno muy grande, no quiero que me vea y lo recuerde.

—¿Cuántas veces te ha pedido que vayas a verla? No seas tonto, te hará bien estar con ella. No te digo que te enamores y la utilices para sustituir a Kat, solo visítala, tomad un café y hablad sobre lo que pasó. No te culpa de aquello, te lo ha dicho montones de veces.

—No paro de darle vueltas a aquella noche. Sabía que algo iba mal y, aún así, no hice nada para detenerlo.

—Confiabas en Strider, todos lo hacíamos.

—Debí confiar más en mi instinto.

—La sacaste de allí antes de llegar demasiado lejos —le recordó. Su tutor de entonces, el que los había instruido en el mundo de la dominación, había elegido a algunas chicas para que pudieran experimentar con ellas durante sus sesiones lectivas. Ni Damien ni él se habían cuestionado la voluntad de las mujeres de estar allí, había parecido más que evidente que así sería, habían visualizado el contrato de aceptación y los términos, algo esencial en intercambios de aquel tipo, lo que no habían notado era que a menudo los participantes no acudían en plena forma. Strider aseguraba que habían tomado una copita de más, para soltarse, pero Roderick percibió que Angie estaba drogada, interrumpió la lección, la sacó de allí y fue expulsado del círculo. Nunca más asistió a otra sesión en Prometheus, Strider le vetó la entrada. Cuando Angie, con ayuda de Rod, envió a la policía, no consiguieron nada más que enfurecer al propietario del club, que los denunció a su vez por difamación y acoso.

Gabriel al principio pensó que Roderick estaba equivocado, que se había tomado de forma personal aquello, porque le recordaba a la mejor amiga de su hermana, que había muerto en el quirófano, haciéndolo sentir terriblemente culpable. Nunca imaginó que el instinto de su amigo estuviera en lo cierto, pero sí que dejó alguna semilla de duda en su mente, porque tan solo dos

sesiones después, él mismo retó a su tutor y a Damien, exigiéndoles terminar con aquella farsa.

Ninguno de los dos estuvo de acuerdo. Entonces, empezó odiar al que había sido su amigo, lo obligaron a observar cómo continuaban adelante, mientras lo mantenían sujeto con cadenas y cuerdas que se le clavaban en la piel. Un grupo de hombres y mujeres se había aprovechado de él, sin importarles que no estuviera dispuesto a aquello.

Y aquella experiencia tan solo había servido para hacerle más exigente como amo y señor, para no permitir ni una posibilidad al error, para evitar cualquier problema de aceptación.

Se aseguraba varias veces durante sus sesiones de que todo participante estaba allí por propia voluntad. Por eso su club era seguro, por eso le había costado ceder el control pleno a Damien, porque en los viejos tiempos, el caos y el dejarse llevar había causado mucho dolor. Damien había tomado parte en su tortura y no parecía haberse arrepentido jamás de ello.

Por eso nunca podría perdonarlo del todo.

—Siento haber traído estos recuerdos a tu mente, Gabe —se disculpó el otro—. Tú no eres culpable de lo que sucedió allí tampoco.

—Hice cosas que siempre estarán en mi memoria. Por eso ver lo que le hicieron a Brenda fue tan duro, porque podría haber sido yo. Puede que haya ahí fuera alguna chica, más de una, sufriendo por algo que yo hice. ¿Entiendes? Ver la destrucción que supuso el acoso y la violación, hace que me mire al espejo y odie lo que veo.

—Por eso no puedes estar en la mazmorra, ¿verdad?

—He convivido con esos recuerdos durante años y pensaba que lo había superado, hasta que se lo hicieron a alguien que me importa.

—No fue tu culpa, como con Angie. No soy culpable.

—Ojalá hubiera sido como tú, Rod. Ojalá me hubiera dado cuenta antes.

¿Sabes qué pasará cuando Brenda sea consciente de todo mi pasado?

—No va a culparte, esa mujer te ama. Incluso si todavía no lo sabe.

Gabriel no estaba tan seguro. Sabía que él la amaba, no necesitaba grandes revelaciones para darse cuenta. Lo llevaba haciendo durante mucho tiempo, quizá desde la primera vez, cuando le entregó aquella hoja con las absurdas normas de convivencia entre vecinos. No importaba en qué momento sucedió, solo que tenía que protegerla. No podía vivir sin ella y aquel hijo de puta que asesinaba motivado por su musa, iba a hacerles la vida un poco más difícil, alejándolos de su entorno. Un entorno en el que la mujer empezaba a sentirse segura.

—Estoy enamorado de ella.

—Dime algo que no sepa.

—¿Crees que soy egoísta? —preguntó con preocupación—. Solo estoy pensando en lo que yo quiero.

—¿La has forzado de alguna manera a aceptarte?

—Sabes que nunca haría eso.

—¿Crees que podrías vivir con ella, en todos los aspectos, a pesar de que no pueda darte lo que necesitas en el sexo?

—No soy tan superficial.

Podía contentarse con algo más ligero, más fácil para los dos. Podía mantener el control con pequeñas cosas, sin necesidad de atarla y exponerla a una audiencia mientras le daba órdenes que ella obedeciera ciegamente.

Podía hacerlo, tener una relación sexual sana con una pareja estable. Nunca había probado, porque no había tenido novia formal jamás, pero siempre había una primera vez y, por norma general, era un tipo bastante decente.

—Creo que deberías intentarlo. Vais a pasar una semana a solas, ¿por qué no intentas descubrir si hay algo real entre vosotros? Más allá de lo que se ha

creado aquí, en este lugar que a menudo se convierte en un mundo alternativo y que puede llegar a confundir los sentimientos de los implicados. —Le recordó Rod. Era consciente de esa posibilidad, pero lo cierto era que la había querido mucho antes de que acabara allí. No tenía duda de sus sentimientos.

—Apostaste por ella cuando la dejaste bailar en tu club.

—Nuestro club —recordó, abandonando sus pensamientos.

—Te arriesgaste a que tuviera un ataque de pánico en medio de una actuación y eso está bien, has demostrado que posees una resistencia férrea, que no vas a alterarte con cualquier cosa, pero todavía no has probado a convivir como personas normales en un lugar normal, con problemas corrientes de personas aburridas.

—¿Crees que la gente normal es aburrida?

Rod se rio.

—¿Acaso piensas que nosotros no somos normales?

—Tus palabras, no las mías. Nunca me he considerado anormal —dijo con el ceño fruncido. Odiaba esa palabra, ¿qué significaba, de todos modos? Cada uno era como era y punto, nadie tenía derecho a juzgar cómo se divertía o aburría el resto del mundo.

Cada uno intentaba ser feliz a su manera.

—Deberías intentar ver si en el mundo de Brenda, normal o anormal, encajas.

—Porque ella sí encaja en el nuestro, ¿verdad? —inquirió Gabe, entendiendo lo que su amigo pretendía decir.

Brenda podía vivir en el Pleasure's. Exudaba sensualidad, que sumada a su distancia la convertía en un ser misterioso y altamente deseado. No tenía duda de que podría encajar plenamente en su mundo, de una manera diferente a él, pero lo haría.

—Puede que sea la hora de que le demuestres que tú también puedes hacer

un esfuerzo por ella.

—¿Crees que podrá aceptar lo que soy? —preguntó, había cierto miedo en la cuestión, porque no sabía cómo sobreviviría si alguna vez lo miraba con miedo o desprecio. Ojalá nunca sucediera.

—Eso solo lo puede decidir Brenda.

Roderick tenía razón. Iba a tener que seguir su consejo, si lo había hecho durante tanto tiempo, ocultándole una parte de quién era, podría hacerlo dejándole ver la imagen completa de su personalidad, historia y carácter.

No iba a ser fácil, porque había cosas que no quería compartir con nadie, pero si pretendía tener una relación sana, estable y duradera, no iba a quedarle más opción que luchar por ella.

—Ve a ver a Angie y reconcílate con lo que pasó. No puedo ser el único que se esfuerce en esto —advirtió.

—Lo haré... algún día, pero por ahora, es más importante que Brenda y tú os cuidéis las espaldas. Me quedaré al frente del club, vigilaré de cerca a Damien y mantendré un ojo en los chavales que ha enviado Daniel. No te preocupes por nada, irá todo sobre ruedas.

—¿Y qué vas a hacer con Kat?

—Lo de siempre, no pienso renunciar a nada —aseguró con convicción—. Lo mejor que puedo hacer es ignorar esa conversación. Los dos preferiríamos que nunca hubiera tenido lugar, de todos modos.

Y Gabe supo que tenía razón, porque en contra de todo pronóstico, Katharina necesitaba la estabilidad que Rod le aportaba y su amigo no podía vivir sin la tendencia al desorden y al riesgo de Kat.

Ojalá hubiera una solución intermedia para ellos, una que les ayudara a encontrar la felicidad.

Pero eso iba a tener que esperar.

Lo primero era atrapar al asesino y poner a Brenda a salvo; después,

mucho después, quizá pudiera ejercer el papel de celestina una última vez...

CAPÍTULO 13

No fueron demasiado lejos, solo a una hora de la ciudad en la que vivían habitualmente. Daniel había alquilado una cabaña cerca de un lago, ni siquiera tenían un contrato, tan solo había pagado al dueño una cantidad desconocida y, a cambio, le había entregado el juego de llaves y las instrucciones exactas para llegar hasta ella.

Ignoraba quién era el propietario o si Gabe estaba al tanto de su identidad, pero no le importaba. No se había dado cuenta de lo que salir del club supondría para ella. Había estado todo el trayecto contando interiormente, tratando de dominar el pánico que le producía abandonar su refugio.

—¿Todo bien, Brenda? —preguntó Gabriel, cuando entraron en la escueta vivienda. No se habían molestado en encender el fuego o ventilar la casa, por lo que a pesar del tiempo primaveral, hacía frío. El olor a humedad la hizo arrugar la nariz y el polvo de la estancia le provocó algunos estornudos.

—Sí, claro.

—No es ningún lujo —masculló en voz baja, pero Brenda lo escuchó.

—No está tan mal —se apresuró a contestar, consiguiendo una mirada incrédula de parte de Gabriel, que casi la obligó a sonreír, casi.

—Es un estercolero —se quejó el hombre.

—No te tenía por un sibarita.

—Perdón por disfrutar de un ambiente sano, limpio, sin polvo u hongos. A saber la cantidad de virus y alergias que vamos a pillar aquí —dejó las maletas en el suelo, casi con resignación y empezó a abrir las ventanas—. Vamos Bren, tenemos que ventilar y encender un fuego, si no queremos morir en este antro de miseria cuando llegue la noche.

Ahora sí tuvo que reírse, no pudo evitarlo.

—No es para tanto.

Él la miró entre incrédulo y satisfecho. Sabía por qué, era raro que sonriera ante cualquier broma que cualquiera hiciera, pero tenía que admitir que a su lado se sentía bien. Muy protegida y segura. No temía que fueran a aparecer un grupo de hombres para violarla, sin importar qué sucediera, sabía que Gabe daría su vida para protegerla.

—Me gusta tu risa.

—No parezcas tan sorprendido —contestó—. Me haces sentir a salvo, así que esto es por tu culpa.

—Me gusta ser el culpable de una buena causa —admitió.

A ella también, Gabe había sido una constante positiva en su vida, solo los últimos acontecimientos, que durante un tiempo la habían empujado a guardarle cierto resentimiento, habían enrarecido un poco su relación.

Eso y lo que este hombre provocaba en ella. En el hospital había estado bajo el efecto de las drogas, la habían dormido y por irónico que resultara, le había servido para despertar.

Se había dado cuenta de que todavía podía sentir deseo y excitación, podía sentir placer, a pesar de que el miedo estaba agazapado en su interior dispuesto a asomar su fea cara en cualquier momento.

Sabía que la primera vez que intentara tener sexo sería un fracaso, porque los recuerdos seguían muy vivos en su memoria, pero estaba convencida de que si eso sucedía con el hombre que la miraba como si fuera algún tipo de joya preciosa y rara, que admiraba y deseaba a partes iguales, encontrarían una solución.

No estaba tan segura, sin embargo, de ser capaz de soportar cualquier tipo de sometimiento, pero no estaba dispuesta tampoco a desechar la posibilidad de tener algo que, en el fondo siempre había deseado, por algo tan nimio como ceder el control.

Nimio pero que iba a suponer un reto de altas proporciones para ella.

—Estás pensando mucho, Bren. Y si me sigues mirando de esa manera, a la mierda el fuego, voy a arrancarte la ropa y a follarte duro contra la chimenea.

Estaba claro que la máscara de Gabe había caído definitivamente. No se contenía con ella, no utilizaba palabras suaves y, en realidad, era muy poco sutil.

—¿Tan necesitado estás? —Lo tentó. No supo de dónde salió esa temeridad, pero lo cierto era que estaba dispuesta a batallar verbalmente con él.

—Cuidado con lo que deseas, Bren, porque puede que lo obtengas.

Sin embargo, le dio la espalda y empezó a reclutar maderos para encender el fuego. Cuando tuvo una buena pila de ellos, se ocupó de encender el fuego. No lo consiguió al primer intento, por lo que maldijo sonoramente, provocando nuevamente su risa.

La miró ceñudo, pero no dijo nada, tan solo hizo un gesto hacia las ventanas. Una orden silenciosa. ¡A ella nadie le ordenaba! Pero lo cierto era que las obligaciones de mantener el lugar en condiciones óptimas para su habitabilidad, tenía que depender de los dos.

Reacia, pero decidida, se ocupó de su parte de la tarea y se autoimpuso la de localizar su cama y arrastrar hasta ella su maleta.

Después de dar una vuelta por toda la construcción y no encontrar más que un dormitorio con una cama grande, regresó junto a Gabe con cierto tono de alarma.

—¡Solo hay una cama! —exhaló, puede que estuviera un poco temblorosa.

Gabriel seguía inclinado sobre la chimenea, soplando con paciencia a ver si la pequeña llama prosperaba, así que no se molestó en contestar. Quizá porque no le daba importancia o quizá porque ni siquiera la había escuchado.

Se acercó a él y le rozó con los dedos el hombro, para que se girara.

—Gabe, ¿me has oído?

La llama creció y él se giró para mirarla. Estaban muy cerca, tan cerca que pudo sentir la calidez de su aliento sobre sus labios. Ojalá la besara, deseaba un beso, sí, como tantas otras veces antes de esta.

Lo había probado solo una vez y ya era una adicta a esta droga.

—Te he oído, Bren —pronunció, pero no hizo ningún movimiento para darle su ansiado beso—. Dormiré en este sofá.

—No puedes, eres más grande que el sofá. No lo permitiré.

Las manos de Gabe se acercaron lentamente hacia su cintura, dándole tiempo para apartarse, pero no lo hizo. Cuando sintió el contacto, ni siquiera se movió, pero su cuerpo sí se estremeció, no de miedo, de placer.

—Entonces tendrás que hacerme un hueco en tu cama. ¿Estás lista para eso, Bren? Porque no soy de los que se quedan con las manos quietas.

La respiración se atascó en sus pulmones y pronto se convirtió en un jadeo. Se inclinó más hacia él, mientras la sutil caricia de sus dedos seguía enviando corrientes de energía por todo su cuerpo. ¿Cuándo iba a besarla?

—¿Vas a besarme o no? —preguntó irritada, estaba jugando con ella, lo sabía, ni siquiera recordaba sobre qué estaban hablando. ¿Qué había dicho él?

Gabe sonrió con satisfacción y se alejó.

—No puedo, Bren, no estás preparada.

—¿Qué? —la indignación de su tono incrementó la sonrisa de su interlocutor, poniéndola de muy mal humor.

—Cuando lo estés, lo sabré. Entonces recibirás mucho más que un beso —aseguró con prepotencia.

—¿Sabes qué? ¡Por mí puedes irte a dormir a la intemperie! Me da igual.

Salió de allí en dirección a la habitación y dio un portazo. Una vez estuvo dentro se dio cuenta de lo que había hecho y casi abrió la puerta para disculparse. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había sentido una furia

igual? Quizá había sido un poco desmedida, pero se sentía frustrada. Había querido besarlo y la había dejado con las ganas.

Se lo merecía. ¡Maldito hombre!

Miró la cama. Estaba hecha, pero era probable que toda la ropa estuviera humedecida y oliera mal. Maldijo, odiaba ser vulnerable, odiaba estar en posición de desventaja por cualquier motivo y, aún así, aquí estaba, en un lugar desconocido, junto a un hombre al que había creído conocer pero guardaba grandes secretos y consigo misma, a pesar de que ya no sabía quién era.

Necesitaba encontrar un lugar idílico al que trasladarse hasta que hubiera recuperado el control sobre sus deseos dormidos.

La emoción podía ser un fiel aliado, pero también el peor de los enemigos.

Gabriel sabía que podría haber perdido a lo grande cuando había apostado solo en su contra, a que Brenda respondería ante una evidente provocación sexual. Había contenido su necesidad de apretarla fuerte y exigirle que lo deseara, que se rindiera a él, que le diera lo que estaba anhelando desde hacía tiempo, pero tenía que admitir que este camino que había elegido había incendiado su sangre.

Y ver su respuesta, su emocional y apasionada respuesta, a este pequeño juego, le hacía felicitar a sí mismo por el estupendo plan.

No se trataba de unas vacaciones, sino de una salida necesaria para protegerla y salvar sus vidas, pero, aún así, nadie decía que no pudiera aprovecharse de la situación.

De hecho, debía hacerlo. Parecía que había conseguido algo positivo,

incluso si eso suponía que su compañera de cama iba a estar muy furiosa con él para cuando llegara la noche y que muy posiblemente tendría que terminar durmiendo en el duro suelo.

Daniel le había advertido que no debía llamarlo por teléfono ni contactar de ninguna manera con cualquiera de ellos, a no ser que hubiera un peligro inminente y necesitara ayuda. Se había esforzado en encontrar algo que no dejara un rastro documental de ningún tipo, para poder protegerlos, al menos en la medida de lo posible.

No era el lugar que él habría elegido, pero en la situación en la que estaban, iba a tener que ceder en algunos términos. Lejos del lujo, iba a tener que improvisar, en todos los sentidos y estaba más que preparado para hacerlo.

También iban a tener que hablar sobre cuestiones de peso, pero por ahora, no quería entrar en nada trascendental. Necesitaba sentir que por esta noche ninguno de los dos batallaba contra ningún trauma.

Solo dos personas que querían compartir un par de divertidos y felices momentos juntos. Como si fueran una pareja de luna de miel.

Observó el fuego y se sintió satisfecho de haberlo logrado. Su primer instinto fue llamar a Rod para contárselo, seguramente, no se lo creería. No era más que un urbanita, de hecho no le gustaba mucho la naturaleza en su estado puro, le iba más el asfalto y la atmósfera controlada de su club.

Pero Daniel era el experto en criminalidad y si él pensaba que en este lugar estarían a salvo, lo aceptaría durante un tiempo. Hasta el miércoles, casi cuatro largos días.

Contempló la puerta cerrada de la habitación, se preguntó qué estaría haciendo y pensando Brenda. ¿Cómo reaccionaría si entrara tras ella y se tumbara en la cama como si fuera el rey del mundo?

Probablemente, se enfurecería tanto que le saldría humo por las orejas.

Necesitaba tiempo para procesar lo que había pasado hacía unos instantes, podía darle espacio, al menos durante diez minutos. Si pasado ese tiempo no salía, se encargaría de tomar el asunto en sus propias manos.

Tomaría la decisión por ella.

No necesitó hacerlo. Brenda regresó al comedor, se había puesto ropa cómoda y llevaba su corta melena completamente alborotada. El blanco no era su color, pero no le sentaba nada mal. Sus ojos rehuían su mirada.

—No me he comido a nadie hasta ahora, Bren. ¿Qué te pasa?

—Nada, no me pasa nada.

—Vamos, estás nerviosa. Te retuerces las manos y parece como si quisieras vomitar —Gabe se preguntó si habría llevado el juego demasiado lejos—. Si ha sido por lo de antes, yo...

—No. No ha sido por lo de antes, estoy bien. Me siento a salvo contigo, puedes decir cosas como follar o besar y no me va a dar un ataque de pánico, te lo aseguro —dijo con tono monocorde, pero sin dejar de removerse con incomodidad—. Lo único que me pone nerviosa es este lugar. Puede que sea un lugar seguro, pero está aislado. Si necesitáramos ayuda, tardaríamos un buen rato en encontrarla.

—Pero me tienes a mí, ya sabes que soy cinturón negro en diferentes disciplinas marciales, no te preocupes. No dejaré que te hagan daño.

Brenda sonrió.

—Me encanta tu alta autoestima.

—Ya me conoces. Soy el tipo despreocupado y generoso que podría darte todo lo que necesitas y con una sonrisa.

Brenda suspiró y se sentó en el sofá a su lado.

—¿Sabes que las sábanas huelen a perro muerto? He deshecho la cama y he dejado la ventana abierta de par en par. Espero que no se cuele ningún

reptil, no soporto las serpientes.

—Aquí no hay serpientes, no te preocupes. Además, traje algo que va a alegrarte mucho y por favor, no me agradezcas que sea un sibarita, ¿vale?

Abrió su maleta en mitad de la sala y estuvo rebuscando hasta que sacó unas sábanas de algodón negras. Se las ofreció, como si le estuviera entregando algo parecido a un tesoro y pronunció:

—Oh, princesa. He aquí sus reales sábanas.

—¿Qué más traes en esa maleta tuya?

Gabe no era un hombre presumido, no en realidad. Solía estar cómodo con cualquier cosa, pero había pequeñas manías que lo obligaban a hacer todo a su manera. No soportaba dormir en las sábanas de otra persona, lo que podría parecer absurdo para un hombre al que no le importaba tener sexo con muchas personas diferentes, sin importar su género. Se dijo que era una rareza, pero era suya y él estaba satisfecho consigo mismo. Esperaba que a Brenda le pareciera bien.

La mujer tomó su ofrenda y se las llevó a la nariz, casi se le saltaron lágrimas de felicidad. Lo abrazó por propia iniciativa, apenas un contacto de tres segundos, pero que consiguió hacerlo reaccionar, otra vez.

Ella sí que olía bien.

—Te amo, Gabe. Siempre estás pensando en todo. Ni se me ocurrió que podríamos necesitar este tipo de cosas.

—Siempre llevo las sábanas en la maleta, cuando salgo de viaje —confesó—. Soy un poco maniático con la limpieza. —Siguió rebuscando y sacó una almohada, que también le lanzó. Brenda la cogió a la primera—. Toma, también puedes quedártela.

—¿En serio? —La incomodidad de hacía unos instantes había quedado desterrada, lo miraba como si fuera algo así como su salvador.

—Claro. Podré sobrevivir durante una noche.

Brenda lo miró, pensativa, dejó sus tesoros a un lado y negó:

—Creo que no es necesario que lo hagas. Gabe, confío en ti. Me ayudas a sentirme segura y sí, habrá momentos en los que me cueste relacionarme con cualquiera. Saltaré, temblaré o gritaré, pero eso es algo con lo que tendré que aprender a vivir —explicó, pasándose las manos por el pelo, nerviosa, y consiguiendo alborotarlo un poco más—. Mira, eres mi mejor amigo, no voy a dejar que duermas en este polvoriento sofá, esa cama es suficientemente grande para los dos.

—Brenda, te lo he dicho antes. No soy de los que tienen sus manos quietas. No podría tenerte en mi cama y no tocarte, así que creo que tengo que rechazar amablemente tu propuesta. No estás preparada para estar con un hombre, ni siquiera si ese hombre soy yo —aseguró—. Y no quiero hacerte retroceder en tu recuperación. Jamás me lo perdonaría.

—Algún día tendrá que ser el primero, Gabe. No quiero vivir con miedo el resto de mi vida. No quiero entrar en pánico cada vez que cualquier persona me roce por accidente. Contigo todo es fácil y, además, la cama es muy apetitosa y en un lugar extraño como este...

—¿Te va a costar conciliar el sueño?

Brenda se encogió de hombros, bajó la mirada y trató de concentrarse en la llama que chisporroteaba en la chimenea. Parecía avergonzada y eso era lo último que él pretendía con esta conversación.

—Bren, mírame. Sigo siendo tu vecino plasta que te tomaba el pelo cada vez que volvías con ese novio tuyo a casa. ¿No te acuerdas?

—Pobre Brandon —respondió ella con una sonrisa nostálgica—. No era un mal tipo, ¿sabes?

—¿Por qué lo dejaste? —Quizá era mejor que cambiaran de tema, ya hablarían sobre el reparto de camas un poco más tarde, después de un poco de charla y llenar la barriga. Habían traído provisiones más que suficientes para

el tiempo que iban a estar allí, pero todavía había que cocinarlas.

—¿Qué te hace creer que fui yo quien terminó con la relación?

—¿Qué hombre sería tan idiota como para renunciar a lo mejor que le ha pasado en la vida? —inquirió con sinceridad.

—No fui lo mejor... Da igual, Gabe. Lo cierto es que fue Brandon el que decidió que lo nuestro no iba a funcionar y puede que tuviera razón. No estábamos hechos el uno para el otro, éramos demasiado diferentes. Le gustaba criticar mi aspecto, mi creatividad, para él tenía que moderar cada aspecto de mi carácter. Nada estaba nunca a su gusto.

—¿Te hizo daño de alguna manera? Lo mataré.

Brenda sonrió, probablemente no creía lo que había dicho, pero lo pensaba en serio. Nadie iba a hacerla llorar y pensar que alguien lo había hecho y él lo había ignorado, le llenaba de una ira indescriptible. Le encantaría darle una paliza.

—Fue de mutuo acuerdo. La verdad es que tampoco estaba satisfecha con él.

—No me digas que era patoso en la cama.

—No voy a hablar de sexo contigo —advirtió mirándolo ceñuda—. ¿Por qué te gusta tanto, de todas maneras? No es para tanto, en serio.

Ahora fue el turno de Gabe de reírse.

—Joder, Bren, ese idiota tenía que ser un puñetero imbécil, si tú puedes decir que el sexo no es para tanto.

—No lo es. Lo que pasa es que tú no puedes dominarte, es como una adicción para ti. O un trabajo. O no lo sé, pero la gente normal no es tan buena haciéndolo, con lo que al final, termina por ser aburrido, monótono...

—¿Aburrido? ¿Monótono? ¿De qué estás hablando? Quizá es que no lo has probado con la persona correcta.

—Pensé que ibas a hablar de maneras, de tipos, de qué se yo qué cosa.

Pero, en serio, a mí no me va todo eso. Brandon y yo nos acostábamos de tarde en tarde y confesaré que creo que me dejó porque no era especialmente buena actriz y me costaba convencerlo de que había disfrutado. Además, lo llamaba Gabe de vez en cuando, un acto reflejo, al principio intentaba disimular y después empecé a disculparme...

—¿Me estás diciendo que mientras follabas con él pronunciabas mi nombre? Joder, nena. ¿Por qué no me lo dijiste? Estaba a distancia de un silbido, podrías haberlo hecho conmigo y ahora estarías hablando de otra manera, te lo aseguro. —Se acercó un poco más a ella y susurró—. Y te aseguro que conmigo no habrías tenido que fingir.

Brenda negó entre risas, Gabe sonrió. Le agradaba poder charlar con ella sin temer que fuera a tener una crisis. Por suerte, parecía relajada. Más perdida en hablar sobre el pasado que en los miedos que ahora la retenían.

—No te creas que no pensé en ello alguna vez, pero nuestra amistad era muy valiosa para mí, no quería perderte si la cosa no iba bien. No creo que yo sea muy buena en la cama. No lo era antes del ataque y ahora... bueno, no creo que pueda ser lo que tú necesitas que sea.

—Te asusta que sea dominante, ¿verdad?

Brenda guardó silencio, como batallando consigo misma la respuesta a esa pregunta, pero al final contestó:

—Tú no me asustas, pero confesaré que sentí curiosidad por saber qué se hacía en una mazmorra y busqué información en internet sobre ello. BDSM, amos, doms, mascotas, sumisas... tengo que decir que eso me queda muy grande. Las imágenes me asustaron, los videos, la información que leí...

—¿Por qué no acudiste a mí, Bren? Podría habértelo explicado, habértelo mostrado. Te aseguro que no es tan malo como puede parecer en un mal video de los que suben a la red.

—Algunos eran trabajos profesionales...

—Una cosa es una mazmorra real y otra un video porno. ¿Acaso las relaciones tradicionales en las películas se parecen mucho a lo que tú haces en la intimidad?

La mujer no respondió, Gabe tomó su mano y la acarició con ternura.

—Un día, cuando estés lista, bajaremos a la mazmorra del Pleasure's y podrás ver con tus propios ojos lo que sucede allí.

—No creo que yo... Gabe... —intentaba decir que no, pero no se lo permitió.

—No tienes que participar ni yo tampoco. Damien es ahora el maestro de ceremonias, bajaremos a ver cómo trabaja. Quiero que desmitifiques el papel que yo he adoptado allí.

—¿Lo echas de menos? —preguntó con preocupación.

Gabe sabía que su respuesta iba a ser importante para ella, así que se obligó a ser completamente sincero.

—La verdad es que no, Bren. Algo ha cambiado para mí después de lo que tú has vivido. Lo he intentado, volver a ocupar ese rol, pero no solo no necesito hacerlo, sino que me enferma. No se trata de que sea algo malo, no me malentiendas, lo que pasa es que estar con todas esas personas, ya no me aporta nada más que incomodidad.

—No puedo creerte, nadie cambia tanto.

—Hay mucho en mi pasado que no conoces, muchas cosas que me han convertido en lo que soy. Creo sinceramente que las personas evolucionan y yo lo he hecho. La mazmorra fue una etapa de mi vida que me ha aportado cosas importantes, pero ya no es mi sitio.

—Has renunciado a ella por mi culpa —se lamentó Brenda.

—No, lo he hecho por mí. Necesitaba un cambio y ahora estoy en proceso de descubrir en qué consiste.

—Y ahora estás atrapado conmigo en este lugar lleno de humedad, polvo y

mal olor. Esperando tener la suerte de que el loco que me ha convertido en su inspiración para justificar sus asesinatos, no nos encuentre y quizá decida cebarse con nosotros.

—Eso no va a pasar. Mi hermano no permitiría que nos hicieran daño. Es muy bueno en su trabajo, te lo aseguro.

Gabe estaba convencido de ello. Daniel no permitiría que ese pirado pudiera ponerle las manos encima a cualquiera de los dos, pero por si acaso, no había dejado cabos de por atar. Los dos sabían que él podía utilizar perfectamente un arma. Se habían encargado de que así fuera, el trabajo de su hermano conllevaba amenazas, sobre todo cuando había estado infiltrado en la mafia, con lo que su familia siempre podía ser amenazada o utilizada en su contra.

Su habilidad deportiva en artes marciales, lo había salvado en una ocasión, por lo que Gabriel estaba tranquilo. Estaba más preparado para defender a Brenda que muchos guardaespaldas profesionales y si se veía en un auténtico aprieto, conocía a gente que no dudaría en echarle una mano. Profesionales, de hecho. Contactos que había hecho gracias a su trabajo.

—¿Por qué no te preparo mi especialidad para comer? —le preguntó a Brenda, dispuesto a cambiar de tema. Llegaría el momento en que confesaría algunos datos importantes, pero por ahora, iba a conformarse con alimentarla.

—¿Y qué especialidad es esa?

—Pasta a la boloñesa, mi plato favorito. ¿Acaso ya lo has olvidado?

—Creo que es mejor que te ayude, si quiero cenar algo que sea comestible.

Solo había quemado la cena una vez y la fama lo precedía. Pero no le importaba, cocinar con ella también era un juego divertido que podía ayudarlos a conectar un poco más.

Sí, estaba claro que esta escapada iba a ser algo positivo para los dos y,

con suerte, podría encontrar mientras tanto el nuevo objetivo de su vida.

CAPÍTULO 14

Damien estaba sentado en su nuevo trono, en la mazmorra que hasta ese momento había pertenecido a Gabriel. No había implementado ningún cambio significativo, al menos por ahora, pero estaba pensando en las posibilidades del lugar y la mejor manera de explicarles a Rod y a los demás que había llegado para quedarse.

No había mentido cuando dijo que tenía ofertas de otros clubs, ofertas muy generosas, pero lo cierto era que a lo largo de todo aquel tiempo, aquellos eternos cinco años que había estado lejos de sus amigos, se había sentido muy solo y, en ocasiones, completamente perdido.

Dirigir las sesiones en la mazmorra del Club Sin no había sido ni de lejos tan estimulante como debió ser. Era bueno, porque la dominación era inherente a él, del mismo modo que Gabriel, habían nacido para esto, pero de forma aislada, a pesar de que había tenido contacto con sus compañeros y que habían disfrutado de una relación más o menos cordial, no había confiado en ellos.

Todo el mundo sabía de dónde venía y qué cosas había hecho, por lo que habitualmente tendían a guardar las distancias. Al principio, había justificado sus actos, con el tiempo, se cansó de hacerlo. No había tenido amistades, pero sí una buena cartera de clientes. Todos en el Sin lo querían por ello, por eso habían rechazado su dimisión, al principio.

Pero nadie podía obligarlo a permanecer donde no quería estar y, un mes antes de que Rod se pusiera en contacto con él, ya había exterminado su relación con el exitoso club. Necesitaba un tiempo sabático, unas vacaciones, así había informado a todos y quizá replantearse su futuro laboral. Tenía obligaciones que exigían su atención, obligaciones que no podía ignorar, por más que, a veces, quisiera hacerlo.

Su teléfono sonó, sacándolo de sus cavilaciones. El club estaba ahora

cerrado, por lo que sabía no tendría espectadores, era seguro responder a la llamada.

—Hola, princesa —pronunció en cuanto descolgó su Smartphone—. ¿Qué tal te ha ido el fin de semana? ¿Lo has pasado bien en el zoo?

—Hola, papá —la voz de su hija siempre tenía la facultad de estrujarle las entrañas. Solo tenía cuatro años, pero se había convertido en el diamante que iluminaba su mundo. Le dolía estar lejos de ella, pero sabía que era lo mejor para todos los implicados—. ¿Cuándo vas a venir a verme? Te echo de menos.

—Sabes que papá está trabajando en un asunto muy importante, ¿verdad? Pero volveré para tu cumpleaños, como te prometí.

—¡Pero falta mucho para mi cumpleaños! Casi nueve días.

—Lo sé, princesa, pero papá tiene que ganar dinero para poder llevarte a Disney, ¿te acuerdas? Hicimos un pacto y me gusta cumplir con mi parte.

La niña soltó un suspiro tan largo que Damien pensó que iba a quedarse sin oxígeno en los pulmones.

—Pero te echo de menos, podríamos no ir a Disney, papá. Podríamos vivir juntos.

—¿No te tratan bien tus tíos? —Sabía que su hermano Cameron era más estricto que él, pero tenía un corazón muy grande. Era militar, por lo que también pasaba largas temporadas lejos de su mujer, pero tanto Martina como él adoraban a Amber y cuidaban muy bien de ella. Ellos no podían tener hijos, su hermano había sufrido un accidente en una de las misiones en la que había quedado estéril, con lo que su mujer y él habían decidido adoptar un niño. Cuando Amber nació y la madre se la dejó en la puerta, como si no sintiera nada por la pequeña, Damien tuvo que tomar una muy dura decisión. Y después de hablar con su hermano, ambos acordaron que la mejor opción era que Amber viviera con ellos. Podrían darle más estabilidad y una mejor

educación, de eso no tenía duda.

—Papá, el tío Cam ha vuelto a casa muy enfadado.

Damien se estremeció. Sabía lo que había pasado que había «enfadado» tanto a Cam, pero no podía hacer nada para arreglarlo.

—¿Cómo se está portando Warren? ¿Hace caso a sus tíos?

—Warren siempre está enfadado con el mundo. Eso dice tía Marti, pero no es por mi culpa.

Warren era su hijo mayor, él había vivido bajo su techo toda su vida, tenía dieciocho años y quería dedicarse a la música. Cuando le había obligado a entrar en la universidad, para estudiar cualquier cosa que pudiera ofrecerle un futuro digno, había hecho las maletas y se había marchado de casa.

Por suerte, había acabado con su hermano, su cuñada y su hija, por lo que estaba a salvo.

—¿Por qué está enfadado contigo?

Warren había descubierto hacía poco a qué se dedicaba su padre para ganarse la vida y no lo había tomado demasiado bien. Al contrario, lo había acusado de vender su cuerpo a cambio de dinero y le había dejado muy claro cuánto lo asqueaba aquello.

No había sido así cuando él era pequeño. En aquella época, Damien solo era un aburrido contable con aspiraciones de dirigir su propia empresa, pero la muerte de la madre de Warren había acabado con su sueño. Piper había sido todo su mundo, la amaba más de lo que sabía podría amar a cualquier otra mujer en la vida, a excepción de su propia hija, por eso cuando murió, intentó poner una barrera entre él y las emociones. Solo Warren lo conectaba con su corazón, era lo único que lo había mantenido firmemente atado a la vida.

A los trece años, cuando Warren empezaba a comportarse como cualquier otro adolescente, había dejado su trabajo y lo había enviado una temporada a un internado musical en Austria, fue donde había desarrollado su amor por la

música y la interpretación. Lo hizo para tener tiempo para recomponerse, curar la pérdida, llorar toda la pena que tenía dentro y tratar de encontrar la mejor manera de cuidar de su hijo. Había sido entonces cuando había tropezado con Gabe, era bastante más joven que él y su fama con las mujeres lo precedía. Lo habían expulsado del campus y estaba buscando un alojamiento barato, coincidiendo con el momento en que él estaba alquilando algunas habitaciones de la casa, para intentar no sentirse tan solo.

Poco después, Rod había regresado a su vida. Ya lo conocía, aunque no habían sido especialmente amigos, conocía su historia. Había sido uno de los médicos que habían tratado de salvar a su mujer.

Ninguno de los dos había reconocido al otro frente a Gabe, pero poco a poco habían ido creando un vínculo inquebrantable, sin importar la diferencia de edad. Los tres habían sido uno solo y habían empezado a frecuentar el Prometheus, impulsados por Gabriel, que empezaba a experimentar con los límites de su sexualidad.

Allí había encontrado un nuevo propósito en la vida y había descubierto una manera de lidiar con sus propios demonios.

No podía explicar nada de esto a su hija, pero podía intentar darle una respuesta que la dejara satisfecha.

—Warren no está muy contento con la universidad y cree que todo es por mi culpa.

—Él quiere ser creativo —tuvo mucho cuidado en pronunciar bien la palabra, que probablemente habría escuchado a su hermano mayor más de una vez— y no lo dejamos. Por eso está tan enfadado, ¿verdad?

—¿Ha sido malvado contigo?

No iba a permitir que Amber pagara el pato de la discusión que habían tenido ellos dos.

—Nunca es malvado conmigo. ¡Si hasta me deja que le haga peinados de

princesa! Ojalá viviera siempre aquí, podríamos vivir todos juntos como una familia.

Quizá debería haberse retirado cuando dejó que su hija viviera con su hermano, sabía que tenía que ser muy duro para la pareja que Amber pidiera constantemente ir a vivir con él.

—Tus tíos se pondrán tristes si te escuchan hablar así, pensarán que no eres feliz con ellos.

—Soy muy feliz. Los quiero mucho, papá. Además, como no tengo una mamá, tengo a la tía Marti y como tengo dos papás, pues soy una niña muy afortunada.

La próxima vez que fuera iba a llevarle un enorme arreglo floral a su cuñada, se lo merecía. Era un ángel en su vida y no sabía qué había hecho para tener la suerte de contar con ella.

Desde luego, no era merecedor de semejante ayuda.

—Entonces tendrás que decírselo muy a menudo, ¿de acuerdo?

—Sí. ¿Pero vas a venir antes de mi cumpleaños, aunque sea una visita rápida?

Damien batallaba consigo mismo, no era un buen momento para marcharse de allí, tenían serios problemas y no solo con la solvencia del club. También había un loco asesinando a algunos habituales del Pleasure's.

—No sé si podré escaparme del trabajo, princesa, pero lo intentaré. ¿Puedes pasarme a tu tío un momento?

—Vale, papá. ¡Tío Cam! —gritó Amber—. Papá quiere hablar contigo.

No debía estar muy lejos de ella, porque respondió casi de inmediato.

—¿Qué pasa?

Siempre tan directo. Nunca se demoraba en decir lo que pensaba, en ir al grano, no le gustaba perder el tiempo.

—No creo que pueda ir hasta el cumpleaños de Amber, quizá ni siquiera

entonces. Hay una situación un poco complicada por aquí...

—No la decepciones, Damien. No pienso volver a cubrirte las espaldas.

Sabía que se merecía aquellas palabras, pero esta vez no dependía de él tomar la decisión de ir a visitarla.

—Escucha, estoy en el Pleasure's. Debe de sonarte, ¿verdad?

Pudo sentir la furia a través del teléfono, a pesar de que tan solo cambió la respiración de su hermano.

—No es un buen sitio —se contentó con decir, sabía que no despotricaba porque no estaba solo—. ¿Cómo has llegado a ese lugar?

—Me llamó Rod. ¿Lo recuerdas? Te he hablado de él.

—No deberías haber respondido a esa llamada, tienes responsabilidades... Warren está aquí y está decidido a romper contigo para siempre.

Le dolía que su hijo lo juzgara, pero no tenía derecho a recriminarle nada. Tenía toda la razón del mundo en despreciar lo que hacía. Podía comprenderlo, pero no significaba que el dolor y la angustia fueran más llevaderos.

—Lo sé y lo siento, pero tenía que responder a esta llamada. Además, cuando Warren se enteró dejé el Sin, ni siquiera lo pensé y lo sabes.

—Lo sé. Mira, a veces no entiendo tus decisiones, pero las respeto. Warren es un adolescente casi adulto, que cree que lo sabe todo, va a cambiar de opinión en cuanto le des un poco de tiempo.

Había pensado en traer a su hijo a una de estas sesiones y lo hablaría con Cam, pero no hoy. La relación entre los dos estaba en este momento un poco tirante.

—Hay un loco matando a hombres relacionados con el club —soltó sin darle más vueltas—. No quiero exponeros a ese peligro. Si no lo han atrapado antes de ese día...

—Maldita sea, Damien. ¿No podrías mantenerte lejos de los problemas durante un tiempo? ¡Tienes dos hijos en los que pensar!

—No creo que yo pueda ser un objetivo, acabo de llegar.

—Con esos locos, cualquiera que entre en su campo de visión es un objetivo. Mantén los ojos abiertos, ¿necesitas refuerzos?

¿Cam estaba dispuesto a ir corriendo a ayudarlo? Sabía que sí, sin importar lo mucho que le disgustara el camino que había elegido.

—¿Te estás ofreciendo?

—Sabes que sigo con la rehabilitación... puedo conseguir a alguien que te cubra las espaldas, sin embargo. Quizá sería buena idea que hablaras otra vez con Connor.

Ya lo había metido en problemas serios una vez, todavía seguía batallando con su conciencia por lo que tuvo que hacer, sabía que vendría en su ayuda con tan solo levantar el teléfono y hacer una llamada, pero no estaba dispuesto a meter a nadie más en toda esta mierda.

—No, es mejor que nadie más intervenga. La policía ya está al tanto y tienen un ojo puesto en nosotros.

—Aún así me quedaría más tranquilo, si Connor estuviera contigo.

Era el mejor amigo de su hermano, durante un tiempo habían servido juntos en el ejército, pero al final Connor lo había dejado, mientras que Cameron había decidido seguir su carrera militar hasta el final.

—Sabes lo mucho que odia este tipo de lugares.

—Compréndelo —lo instó—. Tiene unos cuantos demonios personales con los que luchar.

—¿Cuidarás de Amber por mí? —preguntó, descartando el tema definitivamente.

—¿Acaso no lo hago siempre? Es mi hija también.

—Lo sé. Más tuya que mía, lo único que hice fue engendrarla y

entregártela.

—Eres el mejor padre del mundo, Amber no se cansa de repetirlo.

Damien sabía la verdad, era un padre ausente que se dedicaba a llevarle regalos y dejaba el trabajo duro a su cuñada, que al fin y al cabo, era la que estaba constantemente con ella. De hecho, cuando la niña lloraba no lo llamaba a él, aunque estuviera en la misma casa, acudía siempre a la mujer.

—Tú sí que eres el mejor padre del mundo y jamás te podré pagar todo lo que estás haciendo por ella.

Su hermano no era dado a sentimentalismos, así que hizo como que no lo había escuchado.

—Más te vale que cuides tu propia espalda, me entero de que no lo estás haciendo y me presento yo mismo ahí para darte una paliza —advirtió—. Y ni se te ocurra llegar tarde a la fiesta de cumpleaños, yo me encargo de la seguridad aquí.

—No es una buena idea que...

—No faltes —exigió y colgó el teléfono bruscamente.

Damien guardó el suyo con un pensamiento oscuro. No estaba preparado para aquella vida, no sabía cuándo encontraría las respuestas que a menudo se le escurrían entre los dedos. Su trabajo era la parte fácil, su vida era un maremoto de complicaciones a los que la mayor parte del tiempo no sabía cómo hacer frente.

«Rendirse no es una opción», dijo a la habitación vacía.

Nadie le había pedido que trajera a dos criaturas al mundo, lo había hecho por propia voluntad. Warren había sido muy deseado, Amber un mero accidente, consecuencia de una noche en Prometheus que no fue demasiado bien, pero ambos eran su motivación para seguir luchando por la vida y no rendirse a la muerte.

La salida fácil, algo que había buscado una vez.

Tiró de la banda de cuero de su muñeca, para ver el recordatorio de su debilidad, que llevaba grabado en la piel y se dijo que no podía volver a ser un cobarde.

La cicatriz era profunda y fea, había intentado acabar con su vida poco después de abandonar Prometheus, una vez que Strider estuvo entre rejas y las puertas del club clausuradas. Había tocado fondo, había estado a punto de morir. Cameron lo había encontrado nadando en su propia sangre y como el soldado que era lo había cargado sobre sus hombros hasta que se recompuso.

Amber había sido el otro impulso que lo había sacado de la desesperación, ver a aquel bebé sonriéndole mientras se recuperaba y aferrándose a él como si fuera todo lo que tenía en la vida, había hecho que tuviera un motivo para seguir adelante.

Warren nunca supo lo de su intento de suicidio, pero ahora ya no era ningún niño y, algún día, tendría que confesarle muchos de los errores que había cometido.

Ojalá obtuviera su perdón.

Observó las cámaras de seguridad y se preguntó si alguien estaría mirando desde el otro lado, si habrían presenciado su batalla autocompasiva o su conversación. No le importaba, probablemente no habría nadie, pero si descubrían quién era en realidad, no cambiaría nada.

Rod estaba al tanto y Kat era una mujer muy interesante, con la que no le importaría tener un buen rato de diversión.

No iba a volver a enamorarse, porque su corazón estaba marchito. Se había ido con su amor a la tumba, el único sentimiento que quedaba en su interior era uno oscuro y retorcido que saciaba con el sexo más salvaje y apasionado, pero vacío.

A la larga, traería consecuencias nefastas, pero mientras tanto se aseguraba de estar vivo y eso era lo único que importaba.

Rod estaba en la zona del pub enseñando a Stephen los pormenores de su tarea, después de enviar a Mallory a descansar. La joven no había querido comentar nada, pero el rictus de dolor que a menudo aparecía en su rostro lo tenía muy preocupado. Estaba embarazada de unas veinticinco semanas, aproximadamente, por lo que sería nefasto que el bebé naciera tan pronto.

—¿Mallory y tú habéis acudido a un médico que haga el seguimiento del embarazo?

Aquella vida estaba muy lejos de él, pero valoraba la vida y la salud, había hecho su residencia en ginecología y no le gustaban algunas de las señales que estaba percibiendo en la chica.

—El bebé está sano, Mallory es dura. Sobrevivirá.

Lo que quería decir que no habían acudido a consulta. Rod maldijo entre dientes.

—Mira, muchacho, me da igual lo que pienses. Mallory tiene que ir a un médico. ¿No te has dado cuenta de que no se encuentra bien? Por no hablar de las necesidades del feto.

—Tiene calambres siempre y después descansa y se le pasa. —Se encogió de hombros, como restándole importancia y no dijo nada más mientras se dedicaba a abrir y cerrar las cámaras comprobando que estuvieran llenas.

—No puede trabajar en ese estado. Quiero que me des tu permiso para hacerle un reconocimiento rutinario, quizá pedir una analítica y recetarle algunas vitaminas. Solo por precaución, para asegurarnos de que todo va bien.

—Nadie va a tocarla —expuso el chico irguiéndose y mirándolo de forma amenazadora.

Roderick alzó los brazos a modo de rendición.

—No voy a hacerle daño, mira he traído muchos bebés al mundo. En mi vida pasada era médico, puedes preguntarle a Daniel. No seas tímido y pregúntale por mis antecedentes, si no confías en mí.

Stephen continuaba enfadado, pero pudo percibir la duda en sus ojos.

—Mallory va a estar bien —contestó finalmente volviendo a lo suyo.

Rod pensaba que el chico estaba tratando de convencerse a sí mismo, más que a él.

—¿Y no te importa tu hijo?

El chico se tensó.

—No es mi hijo —explicó con desagrado, sorprendiendo a Rod. La primera impresión que le habían dado era que estaban muy unidos, quizá enamorados. Mallory hablaba por los dos y el grandullón era un férreo protector que no permitía que nadie la tocara.

Le había costado conseguir que ella subiera a descansar, por suerte Kat pasaba por allí y había hecho su magia.

Nadie podía resistirse a ella.

—No importa la biología. Créeme, ella confía en ti, dudo que Mallory piense en otro hombre para formar parte de la vida de su hijo.

—El padre está muerto —informó—. Le pegaron un tiro.

Daniel le había hablado sobre la pareja, al parecer estaban mezclados con bandas peligrosas, huérfanos que se habían criado en la calle o escapando de centros de menores.

Había tenido contacto con este tipo de jóvenes en el pasado y había intentado hacer algo para remediar los problemas en los que se metían. Mallory tenía suerte, si es que el padre del bebé era alguien que mereciera la pena, por supuesto. Y si no la merecía, la muerte le impediría regresar para hacerle más daño.

—¿Qué planeas hacer con ellos, cuando dé a luz?

Stephen se encogió de hombros, como si no hubiera dedicado mucho tiempo a pensar en ello. Era demasiado joven y probablemente, lo suficiente incauto como para pensar que conseguiría sacarlos adelante, de la manera en que él mismo lo había hecho.

—Los bebés necesitan seguro médico y las mujeres que acaban de tener un hijo también.

—Voy a trabajar para poder alquilar un apartamento y llevarla a un hospital.

Rod negó, no había hablado con Gabe y lo cierto era que no tenía ni idea de quiénes eran aquel par de perdidos chavales, pero desde lo de Angie, no podía dar la espalda a dos almas perdidas sin ni siquiera pensar en ello por segunda vez.

—Nada de eso. Esa habitación que estáis ocupando es vuestra de forma indefinida y un trabajo aquí, mientras encuentras algo que te satisfaga más.

—Me gusta servir copas —expuso el chaval, casi con agresión.

Rod entendió que esa era su manera de dar las gracias. Lo cierto era que no se había desempeñado mal, Mallory era otra historia. En su opinión profesional, debería hacer reposo, era posible que estuviera teniendo algunas complicaciones y la salud del bebé era algo que le preocupaba.

Intentó probar de nuevo con Stephen y lanzarle la oferta, pero luego pensó que sería más sencillo tratar con la chica a solas. Con ayuda de Kat, podría tenderle una encerrona. Por su propio bien.

Pensó que hacía demasiado tiempo desde la última vez que se había comportado como un médico de verdad, pero sabía que aquello era como montar en bicicleta, algo que no se olvidaba.

—¿Necesitas ayuda, jefe? —preguntó Damien apareciendo en su campo de visión. Lo había visto dirigiéndose a la mazmorra y sabía que estaba pensando en cómo cambiarla para adecuarla a su forma de trabajo. No le

importaba que lo hiciera, nunca le había gustado tener que sustituir a Gabe, a diferencia de Kat que disfrutaba de su espectáculo. Iba a tener que dialogar con ella cualquier modificación que planeara, puesto que compartían zona de trabajo.

—Te he visto ir a la mazmorra. ¿Hay algo que me quieras decir?

—Me gusta más de lo que esperaba, tengo que admitir que Gabe la ha preparado muy bien. Podría haberla convertido en un lugar un poco más tétrico, más de mi estilo, más oscura, pero es un lugar aceptable. Quizá introduzca algún cambio en la decoración.

—Habla con Kat. Gabe y ella se alternaban en el show.

—También me lo ha comentado Kat. Es una pena, ¿verdad? Si fuera sumisa, sería completamente mi tipo —bromeó, Rod intentó no mostrar emoción alguna mientras respondía.

—Es demasiado buena para ti.

Damien no cambió su expresión, parecía casi aburrido con la conversación, pero era posible que le hubieran dolido sus palabras. Más que nada, porque las había dicho en serio.

Sabía que había sufrido la pérdida de su esposa, que tenía un hijo, probablemente estaría cerca de la mayoría de edad ahora y también sabía que, cuando empezaron a visitar Prometheus, había entrado en una espiral de destrucción.

Con el tiempo, parecía haberse reformado. Rod había decidido darle el beneficio de la duda, siempre había estado atento a sus pasos y cuando descubrió que había dejado el club Sin en el que participaba dos veces por semana, lo había llamado. Era la respuesta a su súplica, ahora que era más que consciente de que Gabriel no sería capaz de afrontar su regreso a la mazmorra.

—Veo que tu nuevo camarero está aprendiendo muy rápido. ¿Dónde está la chica? —inquirió mientras la buscaba por todas partes—. Me parece un

bocado succulento.

—Está embarazada, por Dios. No puedes dejar tus coqueteos a un lado... —se calló antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse más tarde. Estaba cansado, preocupado por su mejor amigo y Brenda y no paraba de darle vueltas a la conversación que había compartido con Kat. Sin olvidar a la jovencita embarazada que podía estar en serio peligro, si no encontraba la manera de ayudarla.

—Que me registren —dijo alzando las manos en señal de rendición—. Ha sido ella quién se ha acercado a mí y me ha dicho que no le importaría que le enseñara mi mazmorra.

—Pues no lo hagas, es solo una cría. Piensa que le doblas la edad, más que eso. ¿Cuántos has cumplido, eh? ¿Cuarenta? ¿Cuarenta y dos?

Ya estaban empezando a hacerse viejos. Gabe era el más joven de los tres, Damien el mayor.

—La edad cronológica no importa. Sigo siendo un hombre joven y si no me crees, puedes preguntarle a cualquiera de mis clientes.

—¿Cómo está Warren? Tiene que ser más o menos de la edad de Mallory, ¿no?

El gesto despreocupado de Damien desapareció a la velocidad de la luz y se convirtió en el hombre serio que había conocido en otro tiempo. Todo el juego terminado de raíz.

—Warren no tiene nada que ver con este club ni con esa chica.

—¿Ha vuelto a vivir contigo? —preguntó, recordando que en su tiempo juntos, el niño había estado estudiando fuera.

—No es asunto tuyo —espetó dándose media vuelta—. Me ocuparé de discutir con Kat los cambios, gracias por darme vía libre, jefe —escupió casi con desgana.

Rod sabía que era posible que se hubiera pasado con su ataque verbal,

pero no estaba de humor para andarse por las ramas. Si Stephen pensaba que alguien del club iba a poner un dedo sobre su amiga, lo más probable era que se largaran de allí y si no sabía dónde encontrarlos, si que no podía encontrar la manera de ayudarlos.

Y solo Dios sabía que necesitaban desesperadamente su ayuda.

CAPÍTULO 15

—Estaba todo muy rico —dijo Brenda mientras se sentaba al lado de Gabriel, después de terminar de lavar los platos—. Reconozco que esperaba que abrasaras la pasta, pero te ha quedado muy bien.

—He tenido tiempo para practicar últimamente. Además, siempre me han dicho que si me quiero ganar a una buena mujer, tendré que seducir su estómago —explicó, provocando que sonriera.

Otra vez. Gabe era un mago que la hacía sentir casi normal, como si todo lo malo que le había sucedido, ante su presencia, retrocediera asustado de su brillante luz y positividad.

—Eso es lo que dicen de los hombres, no de las mujeres.

—Es lo que yo pienso, en realidad —le confió—. Si puedo alimentarte, podré hacer cualquier cosa. ¿No te parece? Has perdido mucho peso últimamente y apenas has probado dos bocados de pasta.

Había preocupación en sus palabras, podía detectarla. No podía evitar su falta de apetito.

—Sabes que nunca he comido tanto como tú.

—¡Bromeas! La última vez que te invité a comer, por poco me arruinas.

Había tenido mucho cuidado de no decir: «la última vez que te invité a comer antes de que te secuestraran, maltrataran y violaran...».

Se le revolvió el estómago, los recuerdos siempre estaban agazapados esperando el mejor momento para resurgir con fuerza.

—¿Estás bien? —preguntó Gabriel, tomándola de la mano.

Se vio tentada a alejarse de él, pero no lo hizo. Tenía que empezar a ser más valiente y si no podía con este hombre en quién confiaba, no sería capaz de hacerlo con nadie más. Entonces, más le valdría morir, porque no quería

una vida vacía. ¿De qué valía el comer, dormir y seguir moviéndote si no tenías esperanza alguna?

—Lo siento, a veces mi cabeza me juega malas pasadas.

—¿Un recuerdo tenebroso?

Brenda se encogió de hombros, pero no pudo disimular el disgusto que sentía en contra de sí misma. Tenía ganas de llorar, como siempre, y probablemente las lágrimas esquivas seguirían sin querer salir.

Si pudiera llorar en serio, sacar todo ese veneno que aún estaba alojado en su interior, quizá podría purgar parte del miedo y la angustia.

—¿Sabes? A veces estoy convencida de que ya ha pasado, que vuelvo a ser yo, que ya estoy bien y, de pronto, ¡zas! Otra vez aparecen en mi mente esas imágenes, siento sus manos, sus palabras soeces...

—No necesitas contármelo, Bren.

Sabía que le habían enviado las imágenes, a pesar de que él no se lo había contado. La habían obligado a mirar mientras lo metían en el sobre que iban a dejar a su puerta para que viera la clase de mujer que era. Y para dejarle muy claro quién era el culpable de lo que estaba soportando.

—¿Cuándo vas a decírmelo, Gabe?

—¿Decirte qué? —preguntó sin comprenderla.

Podría haber seguido fingiendo, pero estaba demasiado cansada y la vida era demasiado corta como para seguir jugando a aquel juego. Ya daba igual, la vergüenza que pudiera sentir había llegado a una cota tan alta que el hecho de que aquel hombre la hubiera visto en semejante situación tan solo la entristecía. Le habría gustado estar en su mente de otra manera y no como una inútil incapaz de defenderse y aceptando hacer todo lo que aquellos monstruos le pedían.

—Cuándo vas a decirme que viste las imágenes de lo que me hicieron —concluyó mirándolo directamente a los ojos—. Querían hacerte daño, así que

me eligieron y me obligaron a ser consciente de todo lo que planeaban hacer no solo conmigo, sino con esos videos que grabaron... La verdad es que no pensé que me dejaran salir viva, supongo que no era suficientemente importante como para matarme. Me asustaron y destruyeron tanto que no tenían nada de mí.

Odiaba la autocompasión, pero las palabras resultaban tan ciertas. Las habían pronunciado tantas veces para romperla que al final las había creído y, ahora, por más que intentaba desterrarlas no podía.

—Brenda, no creo que sea una buena idea que hablemos sobre eso.

—Odio que me hayas visto así. Lo odio.

Gabriel la abrazó con fuerza y se lo permitió. Necesitaba que alguien la hiciera sentir, cualquier cosa, cualquier contacto que pudiera recibir de buen grado.

—Tengo miedo de no volver a ser normal —confesó—. De no poder reírme despreocupadamente, salir a dar una vuelta, sentarme en una cafetería en hora punta, recibiendo empujones por todos lados de adictos al café...

—Volverás a hacerlo, solo necesitas un poco más de tiempo —se apresuró a predecir—. En cuanto a lo que yo haya visto o no, no importa, Bren. Ojalá hubiera estado allí para salvarte. Me odio a mí mismo por el hecho de haberte dejado en manos de esos desalmados y no haber sido capaz de llegar hasta a ti antes de que te hicieran daño.

—Dime la verdad, ¿es por lo que viste en esas grabaciones por lo que has abandonado tu mazmorra?

Gabriel la soltó, se levantó y se dirigió a la chimenea, como si necesitara tiempo para responder a su pregunta. Añadió algunos leños y miró al fuego que crepitaba en el hogar.

—En parte, lo es. Me siento enfermo cada vez que veo a un grupo de hombres sometiendo a una mujer. Sé que es algo aceptado, no permitiríamos

que fuera de otra manera, pero aún así... Mi cerebro reacciona negativamente —la miró con intensidad—. No voy a mentirte, Bren. Yo mismo he participado innumerables veces en ese tipo de encuentros, es más, yo he sido quien dirigía todos y cada uno de los hilos. Qué hacer, cómo hacerlo. Daba las órdenes a ellos, a ella. Era el maestro de ceremonias, el amo y señor de la mazmorra del Pleasure's y lo he sido durante cinco años. Los encuentros que han tenido lugar allí han sido a veces brutales. Nunca hemos cruzado el límite de causar un dolor real a alguien, odio la sangre, pero el sometimiento y la dominación han formado parte de mi vida durante mucho tiempo. Vivía y respiraba el ambiente sexual de ese lugar, hasta que vi la manera en que ellos te sometieron en contra de tu voluntad y te obligaron a rendirte, vi el dolor emocional y la ruptura que supuso para ti. ¡Quebraron tu alma y fue por mi culpa! —expresó lleno de angustia—. Así que sí, me he puesto enfermo cada vez que he intentado regresar a mi puesto. No he podido mantener una puñetera erección desde entonces.

La información sobresaltó a Brenda, también así la crudeza de sus palabras. Había sido sincero, supuso, que era lo que le había pedido.

—Pero no es del todo cierto, ese día en el hospital parecía que tú sí estabas excitado.

Gabe sonrió, no era una sonrisa de condescendencia, sino una casi azorada, algo muy extraño en él.

—Lo sé. Tú eres la única persona que logra que me excite, últimamente. Te deseo. No solo mi cuerpo, mi mente y mi corazón también lo hacen. Y sé que soy un puto egoísta de mierda, porque no tengo nada bueno que ofrecerte y aún así quiero formar parte de tu vida. Ser tu pareja.

—Y yo no estoy preparada, ¿verdad?

—Puede que me ponga enfermo cuando bajo a esa mazmorra, Bren, pero puedo asegurarte que mi necesidad de someter a mis parejas sexuales no se ha

esfumado. Acostarte conmigo no sería bueno para tu salud mental, muy probablemente despertaría toda esa oscuridad que arrastras contigo y nos haría mucho daño a los dos.

Y aún así intentaba tentarla, seducirla. No sabía por qué lo hacía, si estaba tan convencido de que una relación entre ellos no podía tener futuro.

Lo peor de todo era que lo deseaba tanto que no le importaba qué necesitara él para satisfacer su apetito, estaba más que dispuesta a aceptarlo. Si tenía que atarla... ¿no había aguantado a esos cretinos tomando todo de ella? Gabriel jamás le haría daño.

—Dijiste que me llevarías a la mazmorra. ¿Es eso lo que debo esperar de nuestra relación?

—Te dije que te llevaría a ver lo que sucede en la mazmorra, no a participar. No te haría eso. Creo que deberías bajar para terminar con el miedo, incluso si es sola, cuando el club está cerrado. Estar allí te ayudaría a mandar de una patada el miedo al lugar del que ha salido.

No estaba tan convencida. Sería una buena terapia de choque, pero había quedado más que demostrado que ese tipo de cosas podían volver loca a una persona y su mente no es que fuera muy fuerte, después de todo.

—¿Y si te dijera que quiero arriesgarme contigo? ¿Ver si puedo ser lo que necesitas?

Gabriel la miró mudo por la impresión de su oferta. ¿Había sido demasiado directa? No solía guardarse nada para ella, nunca lo había hecho y no iba a empezar ahora.

—Te he deseado desde hace tiempo, desde antes del acontecimiento —dijo para referirse al secuestro—, antes no quería arriesgarme para no perder la amistad, pero ahora estoy segura de que si esto no nos ha separado, no lo hará nada.

—Bren, no sabes lo que me pides.

—¿Crees que no dejarás de pensar en lo que pasó y no podrás excitarte conmigo?

Caminó hacia ella y la estrechó entre sus brazos, la besó casi con violencia y la avasalló con toda su envergadura.

—Soy posesivo, soy salvaje y muy exigente. No habrá juegos ni espacio para cobardes, todo consistirá en dejarse llevar por el placer. Sin límites, sin vetos, tú y yo —informó—. Cuando te toque, te derretirás bajo mis manos. Exigiré y tú me complacerás entregándome todo cuanto te pida, porque entenderás que eres mía, que me perteneces y que nada, ni el pasado ni el futuro valen nada, porque todo lo que importará será el instante en el que yo penetre en tu cuerpo y te reclame como un poseso que no tendrá nunca suficiente de ti.

La respiración se atascó en sus pulmones, pero no a causa del miedo, sino de la expectativa. Por algún motivo, su cuerpo reaccionaba a él, sin importar que los oscuros recuerdos estuvieran muy cerca de ese tono exigente y de poder. Sentía el impulso de dejarse llevar en sus muy expertas manos y, por una vez, aprender de un maestro en el arte de la seducción.

—Sí, Gabe. Por favor.

—Todavía no estás preparada para lo que voy a obtener de tu cuerpo y tu mente, porque quiero que cuando tú y yo estemos juntos, todas esas imágenes de dolor, todos esos sentimientos de vacío o miedo, estén definitivamente desterrados de tu alma. Voy a darle una patada a cada trauma y voy a tomarme mi tiempo para ello —instruyó—, así que ahora sé una buena chica y aprende la primera lección: en este juego yo ordeno y tú obedeces —acarició su rostro con tanta delicadeza que no pudo menos que quejarse, ansiando más—. Y mi primera orden es que te metas en la cama y descanses, porque si sigues en mi presencia no voy a poder contenerme más y entonces vas a tener un verdadero motivo para tener miedo, porque soy el cazador, Brenda, y tú, indudablemente,

te has convertido en mi presa.

No necesitó una segunda advertencia, porque sentía que había hablado completamente en serio y por más valiente que se sintiese, sabía que podría estropearlo todo si se apresuraba a tentarlo.

Iba a tener que ser paciente, que dejarlo llevar a él las riendas, al fin y al cabo, en eso consistía su trabajo, ¿verdad? En saber cómo, cuándo hacerlo y cuál sería el lugar correcto.

¿Qué planearía para ella? ¿Estaría a la altura? ¿Podría darle todo lo que ambos querían y necesitaban?

Esperaba que sí, porque la alternativa ni siquiera iba a tenerla en cuenta. No iba ahora a empezar con un acto de cobardía. Nunca se había echado atrás ante un reto y nunca lo haría.

Gabe esperó paciente a que Brenda cerrara la puerta del dormitorio, después se apoyó en la repisa de la chimenea y expulsó todo el aire que estaba conteniendo. Apretó los puños, ante la insistencia de su cuerpo a seguirla, a saciarse con ella, sin ningún tipo de contención o apuro, pero era demasiado pronto. Lo sabía, Brenda necesitaba tiempo y él también. Tenía que procesar la revelación que había hecho.

¿Cómo era posible que supiera que había visto las imágenes? Pensaba que era un secreto celosamente guardado. Se sentía mal por no haber confesado, pero en su momento pensó que era la mejor manera de trabajar con aquello. Estuvo agradecido por el hecho de que ella no le echara en cara su silencio al respecto, aún así, se arrepentía de no haber confiado lo suficiente en Brenda como para hablar sobre el tema.

En el pasado ni siquiera habría dudado en hacerlo. Por eso, por ese

constante temor a hacerle daño, tenía que darse un tiempo. Dilatar la seducción, darle espacio para que poco a poco fuera confiando más y comprendiendo que, sin importar qué le pidiera, nunca la estaría humillando o causándole cualquier tipo de dolor intencionado.

El intercambio iba a ser un juego, uno muy peligroso, que podría ponerlos rápidamente en jaque a los dos.

Cerró los ojos y la imaginó en la cama, entre sus sábanas favoritas, durmiendo tranquila y quizá marcada por el deseo que sentía por él.

Lo había visto en la manera en que sus pupilas se dilataban o su pecho subía y bajaba con premura. En el modo en que reaccionaba a su contacto, cómo se estremecía su piel.

Era puro deseo y quizá algo más.

Dio un par de vueltas por la sala, más para tratar de recuperar el sentido antes de atravesar la puerta y mandar a la mierda la cautela, que por cualquier otra cosa. No tenía sueño y dudaba mucho que pudiera dormir. Además, el sofá era lo más parecido a una tortura china.

Puede que, después de todo, la chica tuviera razón y fuera un poco sibarita. Pero un hombre con su historial debería poder darse algún que otro capricho, por pequeño que fuera.

Observó ceñudo la puerta cerrada, escuchó pasos al otro lado y se apresuró a tumbarse en el sofá. No se desnudó, se limitó a quitarse los zapatos. No quería arriesgarse a hacer mal las cosas. Meter la pata ahora, acabaría con todo lo que había soñado que haría con ella, desde el mismo instante en que su mente la imaginó bailando solo para él.

Nunca había imaginado que tuviera esa facilidad para mover las caderas...

Jadeó, no quería evocar nuevamente esa imagen, porque sabía muy bien cómo acabaría y con el objeto de su deseo tan cerca, era tentar la suerte.

Dio media vuelta, tratando de encontrar una postura cómoda sobre ese sofá y estuvo a punto de caerse, maldijo y pegó unos cuantos puñetazos a los viejos cojines que le servían de almohada. Los había sacudido bien, pero todavía olían a polvo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y le picaba muchísimo la nariz, a veces, odiaba ser un caballero.

Después, se recordó que era la primera vez que trataba de comportarse honorablemente y que debía ser paciente y generoso, estaba intentando conquistar a Brenda y no solo para un breve escarceo, sino para algo más largo.

La quería, nunca había estado más seguro de nada en su vida y no planeaba echarse atrás en su compromiso. No importaba que ella todavía no fuera consciente de que iban a pasar el resto de sus vidas juntos, porque él iba a luchar contra cualquier dragón o monstruo que se erigiera en su camino, para convertir el sueño en realidad.

Sonrió en la oscuridad, una vez que tomaba una decisión nadie lograba hacerlo cambiar de opinión.

Y estaba decidido, más que decidido, iba a conseguir el premio gordo. Tenía una ardua lucha por delante, pero cuando lograra su objetivo, alcanzaría todo aquello que una vez había deseado y que casi había descartado.

Brenda y el cambio de rumbo que había tomado su vida, lo cambiaba absolutamente todo...

La puerta del dormitorio crujió y se obligó a cerrar los ojos y hacerse el dormido. Escuchó los suaves pasos acercándose a él y también el susurro que pretendía descubrir si estaba o no dormido.

Tuvo que concentrarse en que no notara que estaba despierto, muy despierto.

—¿Gabe, estás dormido? —Se acercó más, hasta que rozó su hombro con

las puntas de los dedos y le pinchó suavemente—. No puedes haberte dormido tan rápido —se quejó.

Intentó permanecer estático, porque sabía lo peligroso que sería mirarla justo ahora, pero no pudo contenerse, la actuación no era para él, de eso no le quedaba duda.

—¿Qué pasa, Bren? —preguntó forzando un tono somnoliento en su voz. Bostezó sonoramente y añadió—: apenas puedo mantener los ojos abiertos.

—Eso es bueno, porque así no hay peligro. Tienes que dormir conmigo —había decisión y cierto titubeo en su voz, pero había hablado completamente convencida, como si el miedo que pudiera sentir no fuera lo suficientemente fuerte como para impedirle dar aquel paso.

—Eso no es posible. Te dije lo que sucedería y ambos sabemos que no quieres que suceda.

—Pero estás dormido, ¿no? ¡Tú mismo lo has dicho! No hay peligro —aseguró ella.

—Bren... juegas con fuego. No puedes invitarme a tu cama y esperar que siga siendo el perfecto y honorable caballero, porque sabes que ese no es mi estilo. Soy más de ver y follar sin pensar en las consecuencias.

La mujer no se apartó, como era su intención, sino que se acercó más. Incluso se sentó en el sofá, forzándolo a encogerse y a contener el aliento para no rozar su suave piel. Llevaba una camiseta de manga corta y lo que parecían unos leggings, pero a su mente calenturienta no le importaba, para él estaba completamente desnuda.

—Podría hacerte feliz antes de dormir y con eso tendrá que bastarte —espetó con valentía, mientras su mano subía por su pierna, tratando de buscar el premio gordo.

—Ni lo sueñes —la agarró sin ningún tipo de cortesía por la muñeca y la apartó de él—. Si me tocas la polla, estás jodidamente perdida. Nunca mejor

dicho.

Brenda se estremeció, lo sintió, pero no se arrepentía de su conducta. No podía permitirse que pensara que iba a jugar con él sin obtener consecuencias no deseadas.

Porque no era una hermanita de la caridad, joder. Hasta hacía poco tiempo era el amo de la mazmorra del *Pleasure's*, el club sexual más exclusivo de la ciudad, y jamás había tenido que pedir algo, simplemente se lo habían servido en bandeja, incluso arrodillándose a sus pies: «Por favor, amo Gabe, fóllame» o también el muy recurrente «He sido una chica mala, castígame con tu dura polla hasta que no pueda cerrar mis piernas». Y él, como el bruto que era, lo había disfrutado desde el primer instante hasta el último.

Sin embargo, con Brenda las cosas eran sutilmente diferentes.

—Por favor, Gabe, no puedo dormir sola. No puedo hacerlo —suplicó.

Y en ella no había nada fingido, ningún juego, era resultado de la cruda realidad.

Estaba al cien por cien seguro de que iba a arrepentirse de tomar esta decisión, pero, en su mente, no había más opciones posibles.

—Ve. Dame un momento y estaré contigo.

—¿En serio? —Pareció aliviada ante su aceptación.

—Supongo que va a costarme muy caro, pero ¿cómo voy a negarme?

Lo agarró de la mano y apretó con fuerza, en señal de agradecimiento. Lo sabía, pero, aún así, pensó que iba a aferrarse a él y a no soltarlo hasta que cumpliera con su palabra.

—Ahora voy —se apresuró a reconfortarla.

Y probablemente no iba a estar emocionada con el progreso de los acontecimientos, porque no había mentido, no era un hombre de manos quietas. No en una cama y no con la mujer que deseaba tan cerca.

—Sé que esto es muy duro para ti, porque sigues creyendo que eres

responsable de lo que me sucedió, pero no es cierto. No eres culpable de nada. Yo elegí estar en tu vida, porque tenerte en ella me ha convertido en una persona mejor y más feliz. No cambiaría ni uno solo de los recuerdos que compartimos —declaró Brenda con emoción—. Dormir contigo es el paso natural, como hacen los amigos —aseguró.

No tenía ni idea de sus planes. Bien, mejor. Así no tendría tiempo para preparar una defensa óptima que pudiera neutralizar su avanzadilla y lo había imaginado de forma minuciosa.

Se levantó, observó el contoneo de su trasero dirigiéndose a la cama y se puso automáticamente duro. Parecía mentira que después de meses de abstinencia, en los que no se había visto especialmente tentado por el sexo, allí estuviera ella y con su mera presencia lo convirtiera, una vez más, en la criatura sexual que era.

Una especie de sátiro interesado en una sola ninfa.

—Espero que estés planeando en dejarme un buen espacio en esa cama, Bren, porque no soy de los que duermen en una esquina —advirtió mucho antes de entrar en el dormitorio. Intentaba retrasar el momento, encontrar la voz de su conciencia que le obligara a dar media vuelta y poner distancia entre ellos. Evitar tomar algo que quería, algo que él deseaba, pero que podía ser un desastre total para ella.

O quizá, un buen primer paso en su proceso de curación.

La habitación estaba en penumbra, solo podía percibir un bulto en el lado derecho de la cama. No se movía, apenas si respiraba mientras lo esperaba.

Le satisfizo, pero también lo puso nervioso. ¿Qué esperaría ella que sucediera? ¿Estaba pensando en que se acurrucaría a su lado sin más?

—Odio dormir en lugares desconocidos. Odio dormir en general, en cualquier sitio. Dormía cuando me secuestraron, así que es muy duro cerrar los ojos y relajarme. Siempre tengo pesadillas —informó haciéndole sentir un

poco culpable por sus verdaderos planes.

Pero no era un hombre virtuoso, estaba desterrado al infierno, como el más vil defensor de los vicios. Y planeaba recrearse en ese aspecto de su propio carácter.

—No dejaré que te hagan daño. Estoy a tu lado y planeo quedarme mientras me quieras —aseguró depositando el arma en la mesilla y despojándose de su ropa, hasta quedarse completamente desnudo. No le gustaba utilizar ropa para dormir y aunque había planeado acostarse vestido esa noche por mero decoro, la situación había cambiado.

—Estoy rota, Gabe.

—Entonces deja que yo te repare —pidió acostándose junto a ella y atrayéndola contra su pecho—. ¡Qué bien hueles!

—¡Eres un mentiroso! Ni siquiera he podido darme una ducha en condiciones, porque el agua sale helada.

Recordaba lo fría que estaba, aunque había sido agradable contra su sobrecalentada piel. Estaba ardiendo por culpa de la mujer que se rozaba contra él haciéndole conocer lo que era el auténtico suplicio.

—Estate quieta, Bren. No te menees.

—Estoy intentando dejarte espacio. —Posó la mano en su pecho y ahogó un gemido—. ¡Te has quitado la ropa!

Gabe sonrió perverso y se acercó a su oído para susurrar:

—Toda la ropa.

Brenda siempre había sido curiosa y no lo decepcionó. Le tocó el trasero y gimió, él también quiso hacerlo, porque estaba tan necesitado que podría estallar en cualquier momento.

—¡Estás en pelotas!

—Me gusta sentir el roce de las sábanas en la piel —bromeó apartándole la mano—. Te dije que no soy de los que dejan las manos quietas, pero

tampoco de los que permiten a su compañera nocturna llevar la iniciativa.
¡Manos quietas!

—¡Pero eso no es justo! —La queja se cortó en el instante en que una de sus manos se coló por debajo de la camiseta, haciendo un recorrido con las puntas de sus dedos por la femenina espalda. No pensaba apresurarse, este juego nocturno iba a ser calmado, bien saboreado y un entrante de lujo, aunque eso lo matara en el intento.

Ya llegaría su momento y sería apoteósico.

—Te pediría que te relajaras, pero ese no es el procedimiento correcto —aseguró, besando su oreja y su cuello, en un camino deliberado, evitando su boca—. Esta noche eres mi campo de juegos, ofrecido voluntariamente, así que no puedes negarte a complacerme.

—¿Quieres que yo...? —intentó girarse hacia él, pero no se lo permitió. En esta ocasión, no iba sobre su placer, sino sobre el de la mujer que había sufrido tanto. Ahora iba a enfurecerse con él, pero al final, se lo agradecería.

No solía ser tan generoso con sus compañeras de cama, la verdad.

—Quiero que solo me sientas, Bren. Siente cómo recorro tu espalda con las puntas de mis dedos. Te diré exactamente qué voy a hacerte, para que no te agobies pensando en lo que va a llegar a continuación. No voy a apresurarme, así que no intentes convencerme o tomaré mi revancha.

—Pero tienes sueño, tú mismo lo dijiste —le recordó entrecortadamente.

Gabriel ignoró su comentario, no era importante. En este preciso momento, no.

—Esto va sobre tu cuerpo, sobre lo que tú sientes. Todo lo que yo te haga, no solo te gustará, sino que ayudará a borrar algunos de tus miedos. Quiero que digas mi nombre cada vez que haga algo que te gusta, ¿comprendes, Bren? Cada vez que tu cuerpo se quiebre por el deseo, gemirás «Gabriel» y me dejarás claro que sabes quién es el dueño de tu placer.

—No sé si puedo sentir placer —confesó con tono de angustia.

—Sé que sí puedes —respondió con confianza—. Con la persona adecuada, lo harás.

Ella no contestó, pero no necesitaba hacerlo. A veces, las palabras sobraban. Solo necesitaba que respondiera a una única pregunta.

—Dime, Brenda, ¿confías en mí?

La mujer asintió, él dejó su caricia, a lo que ella se arqueó buscando su mano. Gabriel sonrió.

—Pronúncialo, quiero escucharlo de tu dulce boca.

—Sabes que confío en ti. Si no lo hiciera, no estaríamos aquí ahora en esta situación —estaba siendo irónica y sonaba un poco como la vieja amiga. No estaba perdida, estaba solo escondida, esperando a que pasara lo malo.

Iba a demostrarle que había muchas cosas buenas por las que lanzar el miedo a un lado y resurgir de las cenizas, cual fénix, para abrazar un nuevo amanecer.

El cambio no siempre era malo, en ocasiones, era muy bueno. Tenía la facultad de obligarnos a mirarnos al espejo, al pasado y al presente, y obligarnos a replantear nuestra siguiente elección para forjar un futuro del que pudiéramos sentirnos orgullosos.

—Voy a subir un poco más, justo aquí. No llevas sujetador, ¿eh? Ya me había dado cuenta. Te hace sentir apresada, ¿verdad? Nunca lo usas para dormir.

Brenda no dijo nada, tan solo se estremeció pegándose más a él, frotando su erección sin querer.

Pasaron dos cosas, la primera fue mala, porque eso lo envió un poco más lejos de su control y tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para contenerse y no mandar todo a la mierda y joderla como necesitaba. La segunda, fue buena, porque su chica no se apartó, no, al contrario, disfrutó del contacto, puede que

incluso la sedujera la idea de frotarse contra él, ya que tuvo que usar ambas manos para sostenerla.

—Quieta, Brenda. Todavía no te he dado permiso para hacer eso.

—A la mierda con el permiso, Gabe —se quejó, provocándole una sonrisa y ganándose un pequeño azote a cambio.

—Obedecerás mis órdenes, Brenda, sin quejas.

—¿O me sacudirás?

No había miedo en su voz, tan solo reto.

—Voy a sacudir todo tu mundo, nena. Y también voy a cobrarme venganza por cada una de tus transgresiones, en el momento más inesperado, y tú harás lo que te diga, porque te conozco y no puedes resistirte jamás a un reto.

—A veces no te obedeceré.

—Me parece bien, entonces tendré la excusa perfecta para imponer un excitante castigo —mordisqueó su oreja—. Voy a jugar con tus tetas —informó mientras la alcanzaba y frotaba cuidadoso un pezón—. Tengo ganas de poner mis ojos sobre ti.

Se puso tensa, supuso que encender la luz era demasiado, podía darle un poco más de tiempo, al fin y al cabo no había rechazado de pleno su exigencia.

—Pero esta noche no.

El aire que había contenido en sus pulmones salió con contundencia. ¿De verdad estaba preocupada por exponerse a él? Le demostraría que no tenía nada que temer.

Se retorció bajo su toque, la tensión iba convirtiéndose en algo diferente, ya no provocada por la incomodidad, sino por la necesidad de obtener más. Gabriel sabía que esto no era más que un sencillo juego, una manera simple de romper el hielo, pero estaba convencido de que iba a ser algo bueno para ambos. Él dejaría claras sus intenciones y ella entendería que sin importar su pasado, estaba empezando a sanar para disfrutar de su sexualidad, otra vez.

Con él, solo con él. No solía ser posesivo, al contrario, siempre disfrutaba compartiendo con sus amigos, pero con Brenda las cosas eran muy diferentes.

Le pertenecía y él a ella, por eso no dejaría que otra mujer le pusiera las manos encima, al menos, mientras estuvieran juntos.

Y estaba preparado para un para siempre.

—Siento cómo empiezas a disfrutar de lo que te hago, ahora voy a meter mi otra mano en tus pantalones. Dime, Bren, ¿llevas bragas?

Brenda gimió.

—No deberías... hablar así.

—¿Por qué? ¿Es acaso algo malo decir «bragas» o quizá «pantalones»?

—Solo... hazlo —exigió mientras se pegaba más a él, forzándole a sostenerla con firmeza y chasquear la lengua.

—Estás rompiendo mis normas y eso significa que vas a tener que pagar una prenda —explicó mientras sin ceremonias tiraba de sus leggins hacia abajo, arrastrando con ellos la ropa interior y tocándola con decisión—. Justo así, no te muevas, Bren. No tienes permiso para hacerlo. Separa las piernas —ordenó mientras la ayudaba a colocarse justo como la quería. Echó hacia atrás la sábana, exponiéndola al aire fresco de la habitación—. ¿Puedes sentirlo?

No mencionó ni una sola palabra, pero su cuerpo habló por ello. Cuando la rozó tentativamente y empezó a acariciarla con suavidad, pudo sentir su deseo. La oposición inicial se derritió entre jadeos, que le indicaban cómo o dónde tocar, cuándo incrementar su toque o cuándo suavizarlo. Sus manos estaban tan llenas de ella que sentía que podía explotar en cualquier momento, pero no lo haría.

Brenda necesitaba esto, incluso si no lo sabía. Iba a ser generoso una vez en su vida, convertirse en un medio para el placer no en un ser exigente que necesitaba tener la última palabra en todo.

Y aún así, la tendría.

—Gabriel —gimió, estaba tan cerca que su propio cuerpo le exigía una resolución, pero su voluntad era más fuerte. Empezó a pensar en todas esas cosas que lo mantenían bajo control, cosas que no resultaban excitantes, como las cuentas del club, las pérdidas, el asesino que había puesto en su punto de mira a Brenda...

—Déjate llevar. Límitate a sentir mis dedos acariciándote, penetrando dentro de ti. Es apenas un aperitivo de lo que va a llegar después, cuando finalmente te llene por completo con mi polla. ¿Sientes lo mucho que te necesito, Bren? Pues no importa, porque esta noche, todo es para ti.

Intentó alcanzarlo, pero la sostuvo con firmeza, impidiéndole llegar a él.

—Sigues rompiendo mis normas y eso no está bien.

Estaba tan cerca que se quejó audiblemente cuando retiró sus dedos y se los llevó a la boca, degustándolos uno a uno.

—Sabía que eras deliciosa, pero no imaginaba cuánto.

—¡No te detengas!

No era la mujer miedosa y traumatizada ahora, sino otra diferente. Una que tenía muy claro qué quería y que no estaba dispuesta a esperar ni un instante para obtener su placer.

Debería llevar hasta las últimas consecuencias su rol, para mantener su propia conciencia tranquila, pero ¿no le daría eso unos cuantos comodines para los próximos días? Tener la excusa perfecta para «castigarla» a placer. Casi se corrió solo por pensar en la satisfacción que eso le reportaría a largo plazo.

—Está bien, te daré lo que quieres justo cuando pronuncies la palabra mágica.

—Joder, Gabe.

—Esa no es la palabra mágica, Brenda. Creo que el juego se acaba aquí...

—¿Qué cojones...?

Vaya, nunca había imaginado que su chica fuera malhablada en los momentos de placer. Eso era algo que iba a anotar en su diario, si es que tuviera uno, quizá debería empezarlo simplemente para llevar un recuento de todo lo que iba a tener que ofrecerle a cambio de todas sus transgresiones.

—Dime, ¿quién es el dueño de tu placer?

—Gabriel —pronunció mientras le agarraba la mano y la ponía justo donde la quería—, por favor.

—Me gusta cómo suena eso —besó su cuello, al tiempo que volvía a acariciarla, llevándola al límite y dejando que esta vez pudiera despedazarlo y a su vez quebrarse en un millar de fragmentos.

No lo decepcionó, se dejó llevar por la pasión de ese momento, alcanzando un fuerte clímax en el que gimió su nombre, una y otra vez.

Gabriel podría haberse avergonzado a sí mismo en ese momento, si no hubiera tenido tanta experiencia como tenía. Estuvo tan cerca de dejarse llevar por el grito de placer de su mujer, y ahora ya no quedaban dudas de que era suya, que tuvo que sacar el material pesado, lo único que lo hacía quedarse completamente ausente del juego amoroso: su maestra de segundo curso de primaria.

Un escalofrío recorrió entonces su cuerpo y le devolvió el control total sobre su ser. Pudo dejar de contener su propia respiración y continuó acariciándola un poco más, mientras los espasmos seguían recorriéndola, los últimos coletazos de su orgasmo que iban desvaneciéndose lentamente.

Gabe se sintió satisfecho por el papel que había tomado en este pequeño momento. Quizá era el primer paso para su recuperación, quizá tardaría en llegar, pero fuera como fuera, iba a concentrarse en estar a su lado, apoyándola y ofreciéndole un apoyo, como había hecho cada vez que había necesitado un hombro sobre el que llorar en los pasados dos años.

Se movió solo lo justo para alcanzar la sábana y cubrirlos a los dos, la atrajo más cerca de él, entrando en contacto con su piel.

—Ha sido la primera vez desde que... —¿Había lágrimas en su voz?

La hizo girarse completamente para mirarla a los ojos, solo la luz de la luna iluminaba su rostro. Sí, estaba llorando. ¿Le había exigido demasiado, demasiado pronto?

—Bren, yo...

Ella negó y puso un dedo sobre sus labios, para acallarlo.

—Ha sido tan dulce... Pensaba que nunca más podría sentir algo parecido. Lo he intentado, pero...

—¿Pero...?

—Ellos siempre estaban en mi mente, hasta esta noche. Hasta ti.

El llanto sonó desgarrado, estaba intentando contenerlo, pero no lo hizo y tampoco iba a permitírselo, tenía que purgar todo ese dolor, toda esa ira por lo que le había sido arrebatado.

La abrazó y ella se lo permitió, es más, se aferró a él.

—Lo siento tanto, Gabe. Lo siento. Siento estar tan destrozada que no sirvo para nada, ni siquiera para acostarme contigo como cualquier otra mujer...

—No tienes que disculparte. He obtenido lo que estaba buscando, más de lo que imaginaba.

—Pero tú no... ya sabes —dijo mirándolo en la penumbra del dormitorio y haciéndolo reír.

—¿Qué te pasa con las palabras? ¿No te da morbo pronunciarlas? ¿O acaso es que tienes vergüenza? —La besó en la nariz y sonrió, después besó sus lágrimas y susurró sobre sus labios—. ¿Acaso te preocupa que no me haya corrido? Porque te aseguro que he tenido que sacar la artillería pesada para no hacerlo.

—¿Por qué? —Parecía completamente incrédula.

—Porque a veces un hombre tiene que ser generoso con su chica —explicó—, porque esta noche tu placer es mi satisfacción. Eso es lo que quería y es lo que he obtenido —La besó, apenas un roce de sus labios—. Ahora duérmete, mañana vamos a ir a navegar por ese lago y te esperan un par de sorpresas. Vas a necesitar descanso.

Brenda bostezó, sorprendiéndolos a los dos. Gabe se rio abiertamente.

—Creo que alguien ha conseguido relajarse lo suficiente como para dormir.

—¿Te quedarás conmigo?

—Has pagado tu prenda. No pienso largarme de esta cama ni aunque trataras de echarme.

Ella sonrió, se encogió para subirse los pantalones, haciéndole fruncir el ceño.

—¿Por qué has hecho eso?

—A ti te gusta dormir desnudo, a mí no.

Gabriel pensó que por hoy le permitiría salirse con la suya, pero que iba a tener que enseñarle a disfrutar del piel contra piel.

Además, esta noche, quizá fuera mejor que pusieran límites entre los dos.

Bostezó sonoramente, actuando, dudaba mucho que pudiera pegar ojo, pero Brenda no tenía por qué saberlo.

CAPÍTULO 16

Rod estaba preocupado por Gabriel. A pesar de que Daniel le había explicado la situación y le había asegurado que el hombre estaba protegido y a salvo, no podía quitarse de encima la sensación de que algo iba mal.

No tenía tiempo para entrar en suposiciones, las cosas iban más que deprisa en el club. Habían llegado más regalos y mensajes para Brenda, en general, con buenos deseos de recuperación, pero también algunas tarjetas potencialmente peligrosas que rayaban en la obsesión.

Intentó concentrarse en el aquí y ahora, porque lo que tenía entre manos era igualmente importante. Mallory lo necesitaba, incluso si no era consciente de ello.

Volvió a removerse incómodo sobre el duro asiento de la sala de espera del hospital. Le había costado trabajo convencerla de que lo acompañara hasta allí, pero tras mucha insistencia, había claudicado y había aceptado su propuesta.

Estaba seguro de que Kat había tenido mucho que ver en el asunto. No sabía qué le había dicho exactamente a la adolescente, pero algo lo suficiente impactante como para que cambiara completamente de opinión.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había pisado aquel lugar, aún así no había olvidado el trajín constante de médicos y enfermeras. El olor, los ruidos. Todo era parte de un viejo conocido que, a menudo, no le traía grandes recuerdos. Aquella no era, después de todo, su planta favorita, pues le recordaba la raíz de su amargura, sus más grandes fracasos e incluso le hacía replantearse viejas cuestiones con las que había tenido que lidiar hacía no tanto tiempo.

Y que, en ocasiones, volvían a resucitar como si estuvieran vivas y a la espera de retorcer el cuchillo candente de la culpa en su corazón una vez más.

—Doctor Hudson —lo llamó la titular de ginecología con la que había hecho su residencia. El antiguo título cayó como una jarra de agua fría sobre su conciencia haciéndole contener el aliento y apretar con fuerza sus puños. No iba a dejarse llevar por sus viejos traumas, si había traído a Mallory aquí, era por una más que buena razón: No había nadie mejor que la doctora Susan Montgomery para tratarla, tenía la facultad de hacer sentir a sus pacientes seguras y a salvo. Susan era una maravillosa mujer, que tenía un millar de éxitos a sus espaldas, que había luchado día a día en un mundo de hombres para hacerse un hueco, de buen corazón y una aguda inteligencia, sin contar el hecho de que la consideraba una especie de madre exigente que no le había permitido distraerse ni un instante mientras fue su supervisora. Le había enseñado bien y, a veces, echaba de menos trabajar codo a codo con ella. Maldita sea, la quería. Era una de esas pocas personas a las que realmente echaba de menos de los viejos tiempos—. Ya puedes pasar. Tengo que hablar contigo sobre un par de asuntos.

No lo admitiría ante nadie, pero estaba nervioso. Traspasar aquella puerta otra vez, en esta ocasión no como médico (sin importar que su antigua colega le hubiera adjudicado el título como si el tiempo no hubiera pasado), sino como acompañante de una paciente, era algo en lo que no le apetecía pensar demasiado.

Quizá si la mujer embarazada fuera Kat y el bebé fuera el fruto de su amor, sería un poco más fácil, menos doloroso y mucho más estimulante. Los recuerdos no habían sido capaces de emerger, porque la intensidad de su felicidad habría sido demasiado grande.

Se adelantó y aceptó el asiento que Susan le ofreció. La ginecóloga se tomó su tiempo para ordenar los papeles antes de dar su opinión sobre la joven. Lo miró, atravesándolo con esos ojos marrones enmarcados por pequeñas arrugas producto de la risa, afín a su carácter, de la que había

disfrutado toda su vida.

—El bebé está bien, puedes respirar tranquilo —aseguró—. Tiene un corazón fuerte, aunque la tensión arterial de la madre está por las nubes y no parece haber recibido atención médica en ningún momento del embarazo. El niño es pequeño para la edad gestacional, por lo que le he prescrito algunas recetas —guardó silencio, mientras rebuscaba en busca de la ecografía—. Voy a hacerle algunas pruebas y me gustaría que se quedara a pasar la noche aquí para poder mantenerla en observación. Solo por cautela —se apresuró a asegurar—. Cuando salga, tendrá que seguir una dieta equilibrada, hacer reposo y evitar las situaciones de estrés. Deberíamos ser capaces, si seguimos estas pautas, de evitar un parto prematuro.

No lo estaba juzgando, sabía que no lo hacía, pero si lo observaba con preocupación. Escrutándolo mientras trataba de comprender qué lo habría llevado a unir su vida a la de una chica tan joven, que apenas si acababa de cumplir la mayoría de edad.

—No soy el padre del bebé —explicó, a pesar de que no le había preguntado—. Conocí a Mallory hace apenas unos días. Parece ser que su pareja falleció recientemente en algún tipo de enfrentamiento entre bandas y le di trabajo en mi club como camarera. Eso es todo.

—¿Vas a hacerte cargo de la chica? No podrá trabajar —su tono era profesional, pero también detectó un filo de preocupación.

—No podría vivir con mi conciencia, si me limitara a darle la espalda —explicó—. Tiene un amigo, Stephen, ha asumido la tarea de protector y se desvive por ella. Entre los dos mantendremos a Mallory tranquila y nos encargaremos de que siga el tratamiento.

Esta situación le traía a la memoria otra no tan lejana. Susan lo había ayudado cinco años atrás, con Angie, y hasta la fecha no había hecho ni una sola pregunta. Nunca podría agradecer lo suficiente, lo mucho que se había

implicado en su causa.

—El mundo necesita más Rodericks Hudson —concluyó cerrando el expediente—. Mallory está con la enfermera, va a darle algunas instrucciones y muestras de vitaminas. La preparará para pasar aquí la noche, pero no necesitas quedarte. Haré que alguna de las auxiliares la vigile por los dos. Estará bien atendida —aseguró—. Esa chica necesita apoyo y guía, habla de ti como si la tuvieras fascinada. Ten cuidado.

Sabía lo que pretendía decir, pero Rod estaba decidido a cuidar de la niña y del bebé sin restricciones, aún así, no iba a ser otra cosa para ella que un amigo. No estaba listo para una relación sentimental y, si lo estuviera, desde luego no con alguien tan joven. Sobre pasaba ligeramente los cuarenta, podría incluso ser su padre.

—Necesita un adulto en su vida que pueda darle buenos consejos. Eso es todo —aportó tratando de tranquilizar a la doctora.

—Ten cuidado —le advirtió una vez más.

Desconocía si Susan sabía cómo se ganaba la vida, nunca habían hablado de ello, no en profundidad. Sin embargo, no tenía importancia. Ser dueño de un club como el Pleasure's descartaba cualquier opción de volver al círculo al que una vez había pertenecido.

—Se va a producir una vacante en el hospital, me gustaría que reconsideraras tu situación laboral y te reunieras con nosotros para valorar la posibilidad de ocuparla. Es una lástima desperdiciar tu talento.

No podía cruzar aquella puerta. Había cosas que no podía arreglar, sin importar si lo echaba o no de menos.

—Tomé una decisión y voy a seguir por el camino que elegí entonces, pero agradezco que hayas pensado en mí para el puesto.

—Puedo aguantar unos siete meses más, si cambias de opinión para entonces...

No sabía que la vacante era la suya, pero aún así no cambiaba nada.

—Fue un placer verte de nuevo.

Estrechó su mano a modo de saludo, mientras le decía.

—No te apresures a tomar una decisión, Roderick. Recuerda, siete meses. En ese tiempo podrías reordenar tus prioridades, podrías ayudar a muchas otras chiquillas como Mallory y ambos lo sabemos. Es una pena que tu talento quede perdido solo por un error del pasado.

Rod tragó saliva con dificultad y forzó una sonrisa de compromiso. No iba a ir por ese camino, ahora no.

—Gracias por todo, de nuevo —repitió despidiéndose amablemente.

—La enfermera te dirá dónde encontrar a la chica. Cuídate, doctor Hudson. Espero que volvamos a vernos pronto.

Asintió fugazmente y abandonó el despacho con un nudo en la garganta. Sabía que este proceso no iba a ser fácil para él, pero no iba a permitir que un bebé y su madre sufrieran por un poco de incomodidad personal. No era un tipo egoísta, nunca lo había sido, aunque eso no implicaba que no tuviera un montón de vicios y malas manías.

Fue hasta el mostrador en el que las enfermeras charlaban amistosamente mientras se tomaban un café y esperó a ser atendido. En su mayor parte, eran caras nuevas, pero había una vieja conocida que lo reconoció de inmediato.

—¡Doctor! ¡Qué alegría verlo de nuevo! ¿Va a volver al equipo?

—Estoy aquí por Mallory Evans. ¿Podría decirme dónde encontrarla, por favor?

—Esa pobre chica está raquítica. Parece que no ha comido una buena merienda en toda su vida —de inmediato se dio cuenta de lo que había dicho y a quién se lo había dicho y su rostro blanco se tornó escarlata—. Lo siento, no pretendía... Esta bocota mía me va a meter en un lío cualquier día.

—Mallory es una buena amiga —informó mientras sonreía tranquilizador

—. Estoy de acuerdo con usted en que necesita alimentarse como es debido. Me ocuparé personalmente de que lo haga. Ahora solo quiero visitarla para informarla de su situación.

—Por supuesto, doctor. Sígame.

Intentó no fijarse en el pasillo que había atravesado tantas veces en el pasado y desvió voluntariamente la mirada, para evitar contactar con las puertas dobles del quirófano en el que había salvado algunas vidas y perdido otras. No, no podía volver allí, hacerlo era sacar su caja de pandora personal y sufrir sin necesidad.

Se cruzó con algunos trabajadores del hospital que lo miraron con curiosidad, podía ser que lo conocieran de los viejos tiempos o que no, pero intentó no reparar en ellos, hacer como que era solo un hombre normal que no tenía ningún tipo de vínculo especial con aquel lugar.

Levantó la vista, Mallory pasaría la noche en el pasillo destinado a las madres recientes. Había llantos de bebé, ramos de flores en los pasillos, risas y alegría por todas partes. La puerta de la habitación asignada a la chica estaba abierta y dentro, Mallory descansaba en la cama con un camisón del hospital y conectada al monitor que vigilaba tanto los latidos del bebé como las contracciones aisladas que seguía teniendo. La medicarían para evitarlas y se corregiría, si el tratamiento se respetaba fielmente.

Algo que estaba más que dispuesto a supervisar.

—Aquí está la paciente —informó innecesariamente la enfermera—. Les daré un poco de privacidad.

Y se marchó con una sonrisa amistosa. Rod soltó el aire que había estado conteniendo y cerró la puerta para quedarse a solas con la chica. La miró, estaba bastante tranquila, acariciaba su vientre y lo miraba con intensidad.

—Susan me ha dicho que el bebé está bien, es un niño. No lo sabía —dijo casi con timidez—. He podido verlo en esa máquina. Sus pies, sus manos...

—su voz se rompió y las lágrimas inundaron sus ojos.

—La primera vez siempre es emocionante —recordó con nostalgia—. Recuerdo la primera vez que hice una ecografía, después de salir de la facultad de medicina. Fue una sorpresa muy grata. Era un embarazo múltiple, dos niñas, y por fortuna todo salió bien.

—Es un poco pequeño para su edad —informó tocándose el vientre de forma protectora—. No puedo comprar las medicinas que me ha mandado, no tengo dinero —confesó, las lágrimas rodaron por sus mejillas y todo su rostro se puso rojo por la congestión. Rod acercó una silla y se sentó junto a su cama. Posó la mano en su vientre y la tranquilizó:

—Voy a ocuparme de eso, así que no te preocupes.

—Puedo trabajar —aseguró.

—Vas a trabajar, pero no sirviendo copas. Tendrás que cuidarte, ahora tienes una responsabilidad, ese chico que está dentro de ti necesita que su madre descanse y se alimente en condiciones.

—No eres responsable de mí. Lo sabes, ¿verdad?

Roderick sonrió abiertamente, sin darle importancia. Permitiendo que ese lado ligero de su carácter, que se había esforzado en desarrollar desde que había cambiado de vida, hiciera acto de presencia.

—Cuando hables con Kat sobre mí, podrá explicártelo.

—Dice que tienes complejo de superman, pero a mí me gustas —confesó la chica, secándose las lágrimas—. Me recuerdas al padre que siempre quise tener y que no conocí. Murió cuando tenía tres años y no puedo recordarlo. Por eso Stephen se ha esforzado tanto para sacarme de allí, no íbamos a tener una esperanza de vida muy alta en nuestro barrio.

Roderick desconocía los orígenes de la pareja más allá de lo que Daniel le había dicho, pero sabía que no provenían de un entorno saludable.

—Kat se equivoca. No tengo complejo de superman, solo me gusta ayudar

si puedo hacerlo.

—¿Crees que todo saldrá bien? Tengo miedo —pronunció con sinceridad—. ¿Y si el bebé nace demasiado pronto? ¿Y si es tan pequeño que no puede sobrevivir? ¿Y si no soy capaz de hacerlo? No soy nada valiente, la sangre me asusta y odio las agujas.

—¿Quién no odia las agujas? —bromeó, tratando de aligerar la tensión del ambiente—. No puedo garantizarte que todo irá bien, a veces, las cosas se tuercen, pero confía en mí cuando te digo que la estadística dice que tanto tu bebé como tú lo haréis perfectamente y en unos tres meses aproximadamente, podrás tenerlo en tus brazos. Vas a tener que pensar en un nombre especial para ese pequeñín.

—Ya lo tengo pensando. Va a llamarse Cole Evans. Suena bien, ¿verdad?

—Suena estupendamente —le aseguró—. ¿Stephen y tú habéis planeado criar al bebé juntos?

—Stephen es como mi hermano mayor, así que va a estar en la vida de mi hijo, pero seré yo quien tome las decisiones.

Roderick se preguntaba si entre la pareja había algún tipo de atracción física, además del nexo emocional que resultaba más que evidente.

—¿Estás enamorada de él?

El ataque de risa que le dio a Mallory dejó claro que le parecía un chiste el mero hecho de considerar al chico un novio.

—Ni de coña —aseguró—. Solo somos amigos y va a seguir siendo así para siempre.

—Nunca digas de esta agua no beberé. Te aseguro que la vida se encarga de patearte el trasero cuando te atreves a asegurar algo de ese calibre, confía en mí, sé de lo que hablo.

—Porque eres muy viejo —decretó ella—. Mi vida sentimental está completa por ahora, realmente quería al padre de Cole. Era bueno conmigo,

mayor que yo, pero no podría dejar que nadie ocupara su lugar. Ahora no, dentro de un tiempo... lo veo difícil. Fue amor de verdad, no algún tipo de juego. Teníamos grandes planes, pero tomó una mala decisión, no quiso escucharme y...

De nuevo las lágrimas acudieron en tropel. Su pecho se estremeció violentamente con las lágrimas, se aferró con firmeza a su vientre, con extremado cuidado pero dejando claro que allí dentro llevaba todo su mundo. Lo último que la unía al hombre que parecía haber amado.

—Eres muy joven, Mallory. El dolor irá desvaneciéndose lentamente, siempre lo recordarás, pero con el tiempo, permanecerá lo bueno y la tristeza se evaporará. Tienes un buen motivo para ser feliz aquí mismo —volvió a acariciar con ternura el abultado vientre, palpando a su vez la mano de la joven y sintió algo dentro de su propio pecho—. No vas a pasar por esto sola, voy a estar a tu lado. Puedes nombrarme mecenas de este pequeño. Me ocuparé personalmente de que sea feliz y no sufra carencias de ningún tipo.

—¿No te importa que piensen que eres el padre del bebé? Parecen conocerte aquí.

—Trabajé aquí hace mucho tiempo, por eso me conocen. Pueden pensar lo que quieran sobre mí, lo único que me importa es que estés bien para cuidar de ese chiquitín. Voy a vigilarte de cerca, para que sigas las instrucciones y tomes las medicinas.

—¿Vas a quedarte conmigo? —preguntó con vulnerabilidad.

No había pensado hacerlo, siendo sincero, incluso Susan habían ofrecido los servicios de una auxiliar. Estar allí significaba algún tipo de tortura personal para él, pero no iba a dejarla en esta situación. No quería que se preocupara innecesariamente, no si él podía hacer algo para evitarlo.

—Voy a hacer unas llamadas, comprar algo para cenar y me quedaré a pasar la noche contigo. ¿Te parece bien?

—No estás obligado —le aseguró, dándole vía libre para escapar.

Pero no era un cobarde, o al menos quería pensar que no lo era.

—No, no lo estoy, pero será un placer hacerlo. Además, esta noche el club no abre, con lo cual tengo libertad para hacer lo que quiera —se levantó y le dio un leve apretón en la rodilla—. No tardaré.

La chica asintió evidentemente aliviada y Rod no pudo evitar preguntarse qué había hecho para ganarse su confianza o qué había dicho Katharina sobre él.

No iba a darle demasiadas vueltas. Kat no lo quería, Mallory no era lo suficientemente mayor como para ser una candidata y no conocía a ninguna otra mujer que lo tentara lo suficiente como para invitarla a salir y probar suerte a la antigua usanza, sin el Pleasure's como intermediario. ¿Qué iba a hacer con su vida? De pronto sentía un enorme vacío en ella.

Suspiró, no era el momento de plantearse semejantes cuestiones, ya llegaría la hora en que tendría que hacer algo para reencontrarse, por hoy daría el informe a Kat, para que estuviera tranquila y tranquilizara a todos los demás y se prepararía para una noche muy larga.

Dedicó un rápido pensamiento a Gabriel y pidió, a algún ser silencioso y todopoderoso, que lo mantuviera a salvo. Había un loco suelto y, una vez más, estaba en medio del problema.

Solo esperaba que todo saliera bien y que Brenda y él encontraran el camino para aceptarse el uno al otro. Eran la pareja perfecta, si tan solo se permitían creer en ello. No había diferencias tan insalvables entre los dos y los miedos y los traumas tenían solución, con el tratamiento adecuado.

Esperaba que pasaran pronto esos días, quería hablar con su viejo amigo y purgar su propia alma del peso que estaba soportando.

Tenía que confesar su pecado: se había enamorado de Kat y la única solución era cortar con ella por lo sano.

Por mucho que eso doliera o lo dejara completamente roto. Iba a tener que tomar decisiones más que importantes y quería contar con Gabe antes de hacerlo.

Estaba seguro de que el rumbo de su vida iba a cambiar, incluso si no estaba preparado para regresar al hospital a desempeñar su trabajo, era más que posible que hubiera llegado el momento de cortar con el Pleasure's. Si Gabe se marchaba, él también lo haría.

El proyecto lo iniciaron juntos y juntos lo clausurarían.

CAPÍTULO 17

Brenda abrió los ojos y bostezó sonoramente. Se sentía extrañamente descansada. Buscó a su alrededor indicios de que la luz del amanecer empezara a colarse por las rendijas de la antigua persiana de madera que cubría la ventana, pero no pudo percibir más que unas finas rayas. ¿Aún era de noche?

Se estiró para alcanzar su móvil que descansaba en la mesilla y consultar así la hora. Cuando la pantalla se iluminó y vio que eran las once y veinte de la mañana, apenas se lo podía creer. ¿Acaso era posible que hubiera dormido una noche completa y sin despertarse ni una sola vez?

Miró a su lado, en la cama, pero Gabriel ya no estaba allí. Estaba segura de que no había soñado lo sucedido, porque su cuerpo estaba relajado y satisfecho, además, tenía ganas de sonreír. Pero, ¿dónde se había metido Gabe?

Se levantó y se apresuró a ponerse las zapatillas, el suelo estaba helado. Tanteó con las manos la ventana, que alcanzaba sin apenas moverse del lateral de la cama, y tiró de la tela que cubría las rendijas que deberían haberla hecho guiñar los ojos hacía horas. Reconoció la estratagema como una de las decisiones que su amigo, o lo que quiera que fuera ahora, había tomado por ella. No supo si sentirse bien o enfadada, porque en realidad no sabía si quería dormir tanto tiempo y saltarse el desayuno.

Frunció el ceño, Gabriel no estaba dispuesto a pedir permiso para nada, sobre todo no para cuidarla y, en realidad, sabía que eso era lo que estaba haciendo.

Suspiró, ojalá las cosas fueran diferentes, podrían estar juntos si así fuera. Ser una pareja real, probando límites de todo tipo, enfadándose, coqueteando y haciendo todo lo que las personas que querían seducir a alguien que les

interesaba, hacían.

Pero Brenda no era una persona normal, ya no, y ambos eran más que conscientes de ese hecho.

Le habría gustado darse un cabezazo contra la pared solo por ese pensamiento, pero había traumas que ni siquiera Gabriel iba a ser capaz de borrar de su psique.

«Anoche disfruté del sexo o de esa copia barata de relación sexual, pero ¿qué pasará cuando Gabe quiera más? ¿Qué haré cuándo lo sienta presionarme contra el colchón o penetrar mi cuerpo?», su mente lanzaba preguntas cuya respuesta se temía conocer y no sería favorable para una posible historia de amor. No para algo a largo plazo con un hombre como el que era objeto de sus más oscuros y secretos deseos.

—¿Ya te has despertado, dormilona? —inquirió Gabe entrando en la habitación con una bandeja. Parecía que se había tomado muchas molestias para prepararle un buen desayuno—. Espero que estés hambrienta.

—No suelo desayunar —le recordó. A menudo sobrevivía con una taza de café bien cargado y un vaso de agua fresca.

—Pues esa costumbre va a tener que cambiar, anoche te hice quemar demasiadas calorías y vas a tener que recuperar tu forma para poder acompañarme a dar una vuelta en bote. Tenemos un lago estupendo que sería un delito desaprovechar.

—¿Bote? ¿Como bote salvavidas hinchable, quieres decir?

—Ya lo verás. Puede que se parezca más a una lancha de último modelo, de esas que usan los narcotraficantes.

Brenda lo miró con sorpresa. ¿En serio esperaba que ella montara en uno de esos peligrosísimos vehículos?

—No va a pasar.

—Oh, sí. Ya lo creo que pasará y no te olvides de lo mejor de todo —

advirtió—: Lo harás en bikini.

—¡De eso nada! —rechazó de pleno. No estaba dispuesta a ir por ahí en paños menores, a toda velocidad y acompañando a un hombre que la noche anterior había cruzado varias barreras infranqueables.

O al menos se suponía que lo eran hasta que llegó él.

—¿Recuerdas nuestra conversación de anoche? —su voz sonó dos tonos más grave de lo habitual, como si tuviera que hacer un esfuerzo para no reaccionar a los dulces recuerdos.

Ella también se removió en el sitio, repentinamente incómoda. No podían hablar de anoche, no estaba lista para ese tipo de charla.

¡Y encima no la había besado! No como quería.

—No sé de qué me estás hablando, Gabe.

—Yo creo que sí. Las mentiras también son transgresiones. Lo entiendes, ¿verdad?

—No estarás hablando en serio, ¿no?

Gabe depositó la bandeja sobre la cama y la observó con intensidad. No dijo nada, pero entendió que pretendía que se acercara a él. ¡Y ni loca iba a hacerlo!

—No. Me niego en rotundo. No voy a hacer lo que tú quieres, es de día, brilla el sol y no soy de ese tipo de mujeres.

—¿De qué tipo de mujeres, Bren?

—No me mires como si quisieras follarme sin más, así solo como aperitivo previo al desayuno —advirtió. ¿No quería honestidad? Pues ahí tenía dos jarras llenas de ella.

Gabriel esbozó una lenta y complacida sonrisa.

—Me satisface que sepas reconocer mis señales, no todo el mundo es capaz de comunicarse exitosamente sin palabras. Ahora, ven aquí y no me hagas esperar.

—¿Por qué no...? —Ante su gesto tozudo, decidió claudicar—. Vale, tú ganas. —Se acercó a él y lo miró con expectación y desafío—. ¿Qué quieres?

No le dio tiempo a pensar, tan rápido como estuvo a su alcance la atrapó y la hizo caer de nuevo sobre la cama, con él encima de ella. El café se derramó y las tortitas bailaron en el plato. El bote de la mermelada saltó y rodó bajo la cama, pero ninguno de los dos prestó atención.

—No tenías permiso para levantarte.

—¡Casi es mediodía! Nunca duermo tanto, deberías haberme despertado.

—Deberías dormir más —aferraba sus muñecas con firmeza sobre el colchón y se había situado entre sus piernas. La observaba como un lobo a su presa, con una mezcla de hambre y diversión.

—No me mires así.

—¿Por qué no?

—Porque parece que yo sea tu desayuno y todavía no he ido al cuarto de baño esta mañana. Así que gracias, pero no. Suéltame, que tengo que ir a ducharme y a lavarme los dientes. —Y a vaciar su vejiga, antes de tener un accidente. Pero una dama era discreta con sus necesidades.

—Podrías serlo, de hecho, vas a serlo algún día, pero hoy me conformo con alimentarte —cedió con el ceño ligeramente fruncido. Parecía que no estaba de acuerdo con la decisión que había tomado, pero aún así, la respetaría.

—¿Puedes ahora dejarme espacio para ir al cuarto de baño, por favor?

—Si me lo pides así... Pero antes quiero mi beso de buenos días.

No se movió ni un milímetro, tampoco intentó besarla, tan solo estaba allí mirándola con tanta intensidad que parecía a punto de abrasarla y dejando que fuera ella quien tomara la iniciativa.

En el pasado, no habría sido capaz de negarse al reto, pero ahora... ¿acaso tenía miedo a su reacción? No podía ser cierto, porque sabía que

Gabriel respetaría cualquier decisión que ella tomara al respecto.

Y a pesar del miedo que vivía arraigado en su interior, una vena traviesa, que alguna vez pensó había quedado sepultada por el horror, renació con solidez en su interior.

—Buenos días, Gabe —expresó y se incorporó lo suficiente entre sus brazos para besarle la punta de la nariz—. Ahora, voy al aseo de señoras —informó.

Y Gabriel no se impuso a ella, con una graciosa reverencia se apartó y le dio paso, pero antes de que pudiera encerrarse en su fortaleza segura con llave, el hombre susurró:

—No creas que te has salido con la tuya.

Y supo que más pronto que tarde haría algo que la pondría en nuevo aprieto y lo peor de todo era que no podía esperar para averiguar en qué consistiría dicha prueba.

No estaba preparada para admitir la verdad, pero era cierto que estaba empezando a tener una esperanza, algo positivo que tiraba de ella de vuelta a la vida.

Y una vida que merecía la pena ser vivida. Llena de sorpresas, risas, amor, sexo y diversión.

Gabriel observó cómo se cerraba tras ella la puerta del cuarto de baño y se recordó lo difíciles que habían sido la pasada noche y esa mañana. Había estado tan excitado que llegó a pensar que explotaría o tendría un dolor permanente en las pelotas. Quizá tendrían que terminar amputándose las. ¿Y no sería eso una auténtica pena? Aún tenía mucha diversión por delante con Brenda.

Si se atrevía a contradecirlo y luchar en su contra, aunque las batallas fueran pequeñas, estaba más que preparada para afrontar cualquier reto que pudiera ponerle y estaba, sin duda, completamente lista para decir «hola» a la vida.

No podía estar más contento con la manera en que iban desarrollándose los hechos.

Mientras se daba una ducha rápida, pensó en masturbarse y acabar con la incomodidad, no le llevaría mucho rato conseguir liberarse de ese peso, sobre todo con la sesión nocturna que se había dado. Un atracón de la mujer que deseaba. No había podido dormir nada, pero merecía la pena el sacrificio. La había acariciado, abrazado, olido, probado y también había escuchado cómo dormía. Su respiración pausada y regular, los leves ronquidos que abandonaban su garganta haciéndole sonreír... Le había sorprendido que pudiera dormir tan profundamente cuando él no era capaz ni de caer en algún tipo de sueño ligero, estaba demasiado despierto como para eso.

No había sido capaz de rendirse al deseo, se había deleitado en su dulce compañía y, al final, se había dado por vencido. Al amanecer, se había levantado, dejándola bien abrigada, y había tapado bien la ventana para que la luz no la molestara. Se encargó de que no pudiera escuchar ningún ruido que perturbara su sueño y tras asegurarse de que no habían sido descubiertos y no había amenazas a la vista, se había ocupado de sus necesidades matutinas, entre ellas, su ansiada ducha para quitarse el sudor que la contención le había producido.

Sonrió para sí, por Brenda pasaría mil y una noches esperando, imaginando, soñando cómo sería por fin tenerla.

«Es la adecuada», le dijo su cabeza y su corazón estaba más que de acuerdo. Sabía que no iba a ser fácil convencerla de ello, pero estaba más que dispuesto a intentarlo.

También era consciente de que no era digno de una mujer tan fantástica, no con el pasado que cargaba, con los errores que había cometido, pero como le había dicho a ella, no era ningún héroe, era más bien el villano de la historia que quería pasárselo bien y mandar a todo el mundo a la mierda.

No a todos, por supuesto, solo a los que se pasaran de la raya.

Observó su móvil y se preguntó si pasaría algo por hablar con Rod, realmente necesitaba contarle algunas cosas, no había podido explicarle la decisión tomada, no como le habría gustado, y estaba intranquilo al respecto.

Dudó un momento, al final lo dejó a un lado, siguiendo el consejo de su hermano. Había desactivado el GPS, tanto en su teléfono como en el de Brenda, así que estaban, literalmente, aislados del mundo. Nadie podría localizarlos, ni siquiera si necesitaban ayuda. Estaban solos hasta el miércoles.

¿Y si aprovechaba este pequeño intervalo de dos días para acelerar el proceso de curación de su futura esposa?

Sonrió ante el apelativo, qué extraño que le gustara cómo sonaba, ¿verdad? Tenía tantos planes para ella. No le iba a resultar sencillo conseguir que se rindiera a él, pero poco a poco iba a ir saliendo de su cascarón hasta que conseguirían, juntos, que se viera por fin libre de él.

Recogió el bote de mermelada y limpió lo mejor que pudo las manchas de la bandeja, la dejó sobre el lado de la cama de Brenda, junto al bikini que le había prometido y un bañador, también garabateó una nota rápida en la que puso:

«No me decepciones, Bren. Confío en ti para hacer la elección correcta. Desayuna. Te esperaré fuera. Gabriel».

Esperaba que todo fuera sobre ruedas y saliera tal y como lo había planeado. No tenía margen para el fracaso. Los dos tenían que evolucionar y enfrentar a sus demonios personales, no había más opción que liberarse de

toda la carga que llevaban meses arrastrando.

El pasado era solo eso, hechos caducados que no iban a llevarlos a ninguna parte. Miedo y desolación quedaban atrás, pero hoy nada importaba, solo este momento, la buena compañía el sol brillando alto en el cielo y el deseo de dejarse llevar por la esperanza y ser libres de nuevo.

En aquel pequeño rincón del mundo, solo tenían que gustarse a sí mismos y reconocer a la persona en la que se habían convertido.

Y no solo Brenda había mutado en algo distinto, mejorado, más maduro, él también lo había hecho y solo unidos encontrarían la manera de resolver las incógnitas de su nueva piel y encontrar el camino correcto para seguir viviendo.

CAPÍTULO 18

Damien miró con curiosidad el sobre que le acababa de entregar Stephen. Había recibido algunas notas con sugerencias muy explícitas sobre lo que esperaban de él, en privado, fuera de la mazmorra. No había sido la primera vez y sabía que no iba a ser la última. Sin embargo, algo en este sobre en particular le retorció las entrañas. Había algo perverso en el tacto y el color del papel, incluso en la tipografía empleada para escribir su nombre.

Esperaba estar equivocado con su primera impresión, porque si estaba en lo cierto quizá hubiera arrastrado viejos conflictos hasta el *Pleasure's* y eso era algo que no iba a poder perdonarse jamás.

Sonrió al chaval, que parecía haber fijado en él un modelo a seguir, sorprendiéndolo con su admiración y devoción. Si hubiera sido en otro tiempo, quizá lo hubiera acogido bajo su ala, pero ahora era consciente de que para seguir su camino había que tener unas características muy singulares y Stephen no tenía gran parte de ellas. No era dominante, sino más bien solícito. Se apresuraba a comportarse como el perfecto caballero con Mallory y con las mujeres que visitaban el club. Incluso con los hombres. Además, algunas de sus clientas más antiguas lo habían bautizado con ese tenebroso adjetivo que le quitaba toda credibilidad a un hombre. Las había escuchado literalmente decir: «qué chico más mono, ¿verdad?», sonreír con ternura y después encerrarse en su mazmorra a recibir el placer de manos del auténtico chico malo.

No, estaba seguro de que Stephen no tenía futuro como amo en una mazmorra, lo que no quería decir que no pudiera llegar a convertirse en un activo del club, si es que alguna vez estaba interesado en ello.

—¿Te estás adaptando bien al trabajo, chaval? —preguntó en un intento de

tranquilizarlo y demostrarle que era un tipo aburrido y normal.

—Es un buen lugar —aseguró casi con timidez. Con su enorme envergadura y las cicatrices que llevaba en el rostro y las manos, lo único que estaba a su vista, le sorprendía esta actitud. Quizá se viera influenciado por su presencia, que a menudo cohibía a algunas personas, pero podía ser que fuera algo más.

—¿Te gusta servir copas o te gustaría ver qué se esconde tras esa puerta?
—Hizo un gesto señalando el acceso al sótano, donde estaban ubicados sus dominios. No muchos tenían el valor de bajar a aquel rincón del club. La mayor parte de los empleados tenían el acceso vetado y solo una lista muy selecta de clientes habían recibido su invitación para ir allí abajo. Era consciente de que este chico no estaba en la lista de invitados y no estaría en mucho tiempo.

—Ya sé qué se esconde tras esa puerta —se jactó con satisfacción, para mostrarse inquieto en el instante en que se dio cuenta de lo que había admitido.

Damien arqueó una ceja en modo inquisitivo.

—¿En serio?

—Fue un accidente, no pretendía espiar —aseguró repentinamente nervioso—. Se había terminado la cerveza y me equivoqué de camino al almacén, llegué a un cuarto lleno de televisiones y cables. Entré por error. No había nadie y la puerta estaba abierta —se apresuró a defenderse. De pronto parecía muy hablador, como si el espíritu de Mallory se hubiera apoderado de él. La ausencia de la muchacha lo obligaba a tomar parte activa y enfrentar al mundo por sus propios medios. Con ella presente, no era más que una sombra en segundo plano. Le gustaba más este Stephen.

—Fuiste a la sala de vigilancia del club. ¿No había nadie allí? —Supuso que Rod habría salido a hacer algo, porque le había asegurado que iba a ocuparse personalmente de la seguridad, junto a Miles. Los mensajes que

llevaban enviando durante algún tiempo a Brenda, desde que había empezado a bailar, estaban cambiando el tono, con lo que antes de informar a Gabe o a cualquier otra persona, iban a valorar la posibilidad de que hubiera algún criminal entre los clientes del club. Estaban revisando todos los expedientes, con ayuda de Daniel, un policía al que no le había caído nada bien.

Podía entenderlo, supuso que estaba al tanto de que había formado parte del pasado oscuro de su hermano y aunque no supiera cómo, era consciente de que algo malo había sucedido entre ellos.

—No pretendía espiar.

—Pero viste parte de la sesión de la mazmorra y no pudiste apartar los ojos, ¿verdad?

—Lo siento. No me despida, por favor. Necesito este trabajo.

Damien no tenía autoridad para despedir a nadie y tampoco pensaba que un error hubiera que pagarlo tan caro, más bien al contrario, quizá el chico pudiera convertirse en algo más que un simple camarero. Hablaría con Rod al respecto, lo que le recordaba...

—¿Qué tal le ha ido a Mallory con la visita al médico?

El gesto de Stephen pasó de preocupado a frenético, pensar en Mallory incrementaba tu estrés, al parecer.

—Van a dejarla toda la noche en observación, para vigilar que el bebé esté bien y controlar las contracciones. Eso me ha dicho Kat, el señor Roderick avisó de que no nos preocupemos, que iba a quedarse toda la noche con ella, pero que era algo rutinario.

—¿Te gustaría ir a verla? ¿Quedarte con ella?

El muchacho se encogió de hombros, había resignación en su pose.

—No puedo, tengo que trabajar.

No le mantenía la mirada y estaba ligeramente sonrojado, si es que eso era posible con su tono oscuro de piel.

—No te preocupes, chaval. Esta noche no abre el club, incluso si lo hiciera, podríamos cubrir tu baja. El lunes nunca es un día movido en este negocio —aseguró con intención de tranquilizarlo—. ¿Tienes carnet de conducir?

Stephen bajó avergonzado la cabeza. No necesitaba una respuesta, su lenguaje no verbal era más que evidente.

Rebuscó las llaves en su bolsillo y le hizo un gesto con la cabeza.

—Vamos, te llevo. Hagamos algo por ese duendecillo, que tiene que estar asustado sin ti.

El rostro del chico se iluminó y se apresuró a seguir su estela. Se dio cuenta de que todavía llevaba el sobre en la mano, pero no tenía tiempo para abrirlo, quizá no era más que una excusa para dejar los problemas para otro momento. Y aquel mensaje auguraba grandes dolores de cabeza para él, estaba completamente seguro.

—Tu vida está cambiando —pronunció mientras atravesaban la puerta del club en dirección a su Mercedes—; deberías pensar en conseguir el carnet. Cuando nazca el bebé, vas a tener que moverte constantemente para conseguir cantidades industriales de pañales, toallitas y leche. Confía en mí, sé de lo que hablo.

El chico se encogió de hombros, como si no fuera importante y se limitó a decir:

—No puedo pagarlo. Cuando lleve un tiempo trabajando aquí, sacaré un bono de autobús y compraré un carrito para poder trasladar la compra. Hay mucha gente que se las apaña sin necesidad de un vehículo.

—No lo hagas por eso, si dinero es lo único que se interpone, puedo hacerte un préstamo.

En realidad, ni siquiera necesitaba devolverle el dinero. Tenía más que suficiente para hacerle un favor a alguien que estaba pasando una mala racha.

—Prefiero esperar a estar más acomodado, si no le importa. Se lo agradezco de todas maneras.

—Serías un buen activo para el club, más allá de esa barra. Si alguna vez estás interesado en cruzar la línea al lado oscuro, avísame y te instruiré —aseguró.

Que no tuviera madera de amo, no significaba que no pudiera ocupar otro puesto en su mazmorra. O en una de las habitaciones temáticas o como guía del club.

—Me gustaría más formar parte de la seguridad, no se ofenda. He visto lo que hace en ese lugar y es... excitante, pero yo no lo soy —pronunció con humildad—. Y Mallory no lo entendería —aseguró, cerrando con ello el tema.

En cuanto montó en el coche, guardó el sobre en la guantera y esperó a que su acompañante dejara de babear sobre la puerta del copiloto. Observaba el asiento de piel como si fuera intocable, provocándole una sonrisa.

—Te llevarías tan bien con Warren...

A su hijo le encantaba aquel coche. La primera vez que le había dejado conducirlo, casi había estallado en éxtasis. Lo echaba de menos, ojalá lo perdonara pronto, porque mantenerlo a distancia lo estaba destrozando por dentro.

Era todo lo que le quedaba de su mujer, el último vínculo con su humanidad.

—Entra, no tenemos todo el día —instruyó con un tono que nadie se atrevería a desobedecer.

—¿Quién es Warren? —preguntó en cambio, sentándose a su lado y poniéndose el cinturón de seguridad.

—Mi hijo —confesó—. Es de tu edad, más o menos. Le encantan los coches y la música, está enfadado conmigo porque lo he obligado a matricularse en la universidad en algo que no le gusta.

—Warren tiene suerte —respondió Stephen, sorprendiéndole. Estaba seguro de que iba a decirle que se había vuelto completamente loco, obligándolo a hacer algo que el chico no quería. Pensó que diría que los padres no tenían derecho a exigir nada de los hijos, que los jóvenes tenían que elegir su propio camino.

—Me temo que él no opina lo mismo.

—Porque es un estúpido —respondió y pareció arrepentido casi de inmediato—. No quería insultar a su hijo, señor, es solo que... ojalá mi padre me obligara a ir a la universidad, pero ni siquiera me obligó a terminar el instituto —se encogió de hombros—. No estaba vivo para hacerlo.

Un nudo se apoderó de la garganta de Damien, no era un hombre sentimental, pero ver la necesidad que tenían algunos jóvenes de una figura responsable, la incapacidad de algunas familias de proteger a sus niños, la dificultad de costear estudios y fomentar el aprendizaje en algunos círculos sociales... todo eso le hería, porque no era justo y, por extraño que pareciera, la justicia significaba algo para él.

—Pretendía que Warren tuviera opciones, pero empiezo a pensar que me he equivocado.

—Todos cometemos errores, querer que las personas que amamos tengan un buen futuro no lo es —aseguró, como si poseyera una sabiduría de siglos de edad y no fuera un chaval ingenuo y sin experiencia en la mayor parte de facetas de la vida—. Si quieres, puedo hablar con él y explicarle un par de cosas.

Damien sonrió, parecía hablar muy en serio. Se imaginó a su hijo, con su duro carácter y su afán perfeccionista y la escena junto al chico que había vivido un infierno en la calle, le hizo preguntarse si, en el fondo, no sería una gran idea. Llevaba un tiempo dándole vueltas a la idea de sumergir a Warren en este mundo, no para que siguiera sus pasos, sino para que fuera capaz de

comprender los engranajes de un club. Y, de todos los que conocía, este era el ideal para desmontar todos los esquemas que su avisado cachorro se había formado en la cabeza tras identificar la auténtica profesión de su padre.

Llamaría a su hermano más tarde para comentar con él la posibilidad de hacerlo.

—Puede que te tome la palabra —aseguró.

Llegaron al aparcamiento del hospital mucho antes de lo que había esperado, quizá porque la conversación con su acompañante había sido más interesante de lo esperado. Envío un mensaje a Rod solicitando la información sobre la habitación y no tardó ni dos minutos en recibir la respuesta.

Entraron por el acceso de Urgencias y subieron en el ascensor hasta la segunda planta, una vez allí, un Roderick ceñudo se acercó a recogerlos.

—¿Qué haces aquí? —estaba enfadado, sabía por qué. No era por el hecho de que se hubiera presentado con Stephen, sino por su propia reacción a aquel lugar. Había conocido a Rod en esa misma planta, la única diferencia era que entonces llevaba un traje verde, iba quitándose la mascarilla y salía de quirófano con malas noticias.

Apretó los puños ante el doloroso recuerdo, no iba a regodearse en la pena, ya había pasado suficiente tiempo como para tenerlo más que superado. El médico que estaba frente a él no había sido culpable de que su mujer no lo hubiese conseguido, al contrario, los dos habían recibido un duro palo. Ni siquiera era quién llevaba el caso de su mujer, ella había muerto por culpa de una neumonía que había ido muy mal, él había intentado salvar al bebé que esperaban mientras todavía tenían tiempo, había sido una cesárea a la desesperada, en el instante en que ella dejó de respirar. Ninguno lo había conseguido y se habían quebrado un poco ambos. Sabía que Roderick no lo había olvidado, porque su duro gesto se tornó en uno preocupado cuando posó la vista en él y se percató de su reacción.

Tenía ganas de vomitar, pero no planeaba dar un espectáculo.

—Tercera habitación de la derecha —informó Rod a Stephen, mientras lo agarraba a él sin ceremonia alguna y lo sacaba de allí. Llegaron a la calle en tiempo record y recibió una brusca orden—. Respira profundo, Damien, vas a desmayarte si no lo haces y quedaría muy mal en un tipo duro.

—Estoy bien —no había terminado de decirlo cuando se apoyó contra un árbol cercano y vació todo el contenido de su estómago.

Roderick ahogó una maldición, mientras él trataba de quitarle importancia.

—La comida me ha sentado mal y eso es todo.

—Eso es pura mierda, Damien. No deberías haber entrado ahí.

—No es la primera vez que lo hago desde que...

—Ni siquiera puedes decirlo.

—Mi mujer y mi hijo no consiguieron sobrevivir, Roderick. Intentaste salvar al niño, pero seamos sinceros, con veinticinco semanas de embarazo no tenía ninguna posibilidad de conseguirlo.

Drew había sobrevivido tres días a su madre, después se había reunido con ella y estaba en paz con ese hecho.

—Al menos tengo a Warren —terminó— y a Amber.

—¿Amber?

No era ningún secreto y no planeaba ocultarle el hecho de que había sido padre. No había salido el tema, además como la niña vivía con su hermano y su cuñada la mayor parte de la gente daba por hecho que era su sobrina en lugar de su hija. Era lo que él quería, en realidad, Amber estaba mejor con ellos.

—Tiene cuatro años y es una niña muy inteligente. Es mía, vive con mi hermano y su mujer.

—¿Cuatro años?

—No necesitas preguntarlo. Sí, fue concebida en Prometheus y no en buenos términos. No puedo hablar en mi favor. La madre la abandonó en mi puerta y se largó, no he vuelto a saber nada sobre ella, ni se ha interesado por su hija.

Lo entendía, aquella experiencia había sido traumática para todos los implicados, él incluido, había ido demasiado lejos, había sacrificado a un pequeño grupo de elegidas para salvar a la mayor parte de la ciudad, de un villano de verdad que no estaba dispuesto a parar de otra manera. Lo mejor que había salido de aquel club del infierno era Amber y solo por ella no podía arrepentirse de nada.

—Nunca pude entender tus motivos para participar en aquello, pero respeto tu decisión. Hiciste una buena labor sacando a Strider del negocio.

—Está en la cárcel y ojalá se pudra en ella —escupió, apoyado aún contra el tronco del árbol. Estaba un poco débil por la impresión, pero se recuperaría, al fin y al cabo era un superviviente.

—No eres como él —dijo Rod muy en serio—. Ni Gabe ni yo hemos pensado nunca que lo seas.

Se rio irónicamente, porque eso no era completamente cierto. Rod había dado un paso atrás la primera vez que había visto algo que no le cuadraba. No se había limitado a torcer el gesto y después rechazar su instinto como si no fuera nada.

Habían estado un mes en Prometheus cuando les plantearon la primera prueba. Gabe y él la habían pasado sin problema, pero cuando Roderick encontró los ojos de Angie aseguró que algo no iba bien y se retiró y la sacó de allí, antes de que la chica pudiera pronunciar su palabra de seguridad.

Al parecer estaba tan drogada que si Rod no se hubiera percatado de la situación, nunca habría llegado a salvarse y habrían hecho con ella cosas que se habrían grabado en la mente de la joven para siempre. O quizá no lo habría

recordado, pero ellos sí lo habrían hecho.

Y conociendo a Rod, no habría sido capaz de vivir con su conciencia.

Angie ni siquiera había firmado su acuerdo previamente y ellos, como novatos que eran en ese mundo, no habían solicitado ver tal cosa.

Habían confiado en su tutor, que les estaba sumergiendo en la red de placer del club y estaban tan obnubilados por las hormonas y, en su caso, el dolor por la pérdida, que no les había importado nada. Margaret también había tenido un gran peso en sus decisiones, en la confianza que habían depositado ciegamente en el lugar y ese nuevo estilo de vida.

—Tú no eres como Strider —respondió con certeza—. Gabe y yo tenemos muchas más similitudes con él de las que me gustaría reconocer. La diferencia es que Gabriel tenía ideas propias que no casaban con Prometheus y se cansó de las dudas que surgían en torno a algunas participantes de la mazmorra.

—Strider se ensañó con él.

—Lo sé, recuerda que yo tomé parte en su tortura —expuso mirándolo a los ojos. No iba a ocultarse, siempre le pesaría en la conciencia lo que le habían hecho aquella noche y Gabe siempre lo odiaría un poco, con razón. Entendía que no lo quisiera en el Pleasure's, tenía motivos de sobra para rechazarlo.

—Estabas colaborando con la policía, Gabe lo entenderá con el tiempo.

—Pero no me ha perdonado y dudo que sea capaz de hacerlo.

—Prometheus nos cambió a todos, pero tú te transformaste por completo y decidiste guardar gran parte de la información para ti, no confiaste en nosotros, eso dolió mucho. Gabe te veía como a un padre, recuerda que no hacía mucho que había perdido al suyo y Daniel estaba demasiado ocupado ganando dinero para sacarlos adelante a los dos.

—Me resultó más fácil solo porque mis demonios eran mucho más oscuros que los vuestros, me aferraba a cualquier chispa de satisfacción que

podiera arañar de la vida —la pérdida se había apoderado de él y había descubierto que entre aquellas cuatro paredes era un dios en la tierra, que tenía la última palabra y decidía el rumbo de los hechos. Nadie se atrevía a contrariarlo y podía encontrar y repartir placer, algo que había quedado relegado a un lugar oscuro de su alma—. Sabía que Gabriel me odiaría después de aquella noche y no me importó. Seguí adelante. No merecía ser el modelo de nadie, ni siquiera de mi propio hijo. Lo mantuve lejos de mí durante dos años, antes de ser capaz de volver a mirarlo a la cara.

Rod se quedó en silencio, ni siquiera lo estaba mirando ahora, miraba una ambulancia que acababa de llegar. No había parado del todo cuando abrieron las puertas traseras y sacaron a una mujer que se retorció de dolor, tenía muy mal aspecto y parecía estar a punto de tener un bebé. El padre, o el que debía ser el padre, estaba frenético a su lado y no paraba de decir cosas incoherentes que no podía entender.

Se irguió, preparado para ayudar a Rod a pasar por aquel trago, conocía su pasado. No mucho después de su propia pérdida, su amigo había pasado por un trauma muy duro, la mejor amiga de su hermana había muerto en el quirófano por un error fatal. No suyo, pero que había asumido como fracaso personal.

—Rod, ¿estás bien?

—Susan se encargará, no me necesitan.

Pero no podía moverse ni apartar la mirada. Los enfermeros se movieron rápido, empujando la camilla mientras el hombre iba tras ellos, sin querer apartarse de su mujer. Damien tuvo dificultades para captar la atención de Roderick.

—Deja que lo haga, no puedes entrar ahí.

—¿Y por qué siento la necesidad de hacerlo? —Había hablado más para

sí mismo que para él, pero contestó de todos modos.

—Porque siempre has sido un blando y no puedes ver a una mujer sufrir.

—Nunca quise ser ginecólogo, me aterraba —aseguró—. Cuando me recomendaron esa especialidad les dije a todos que se habían vuelto locos. Quería ser neurocirujano, pero me atraparon con un nacimiento improvisado en el aparcamiento de un supermercado. Vi a esa criatura en mis manos y no pude resistirme a ella. En ese momento tomé la decisión que ha marcado mi vida y que lo sigue haciendo.

—Por eso eres tan bueno con las manos —bromeó él, tratando de aportar un poco de ligereza a aquella tensa conversación—. Las mujeres te adoran.

—Es extraño ver cómo cambia la vida, cómo nos transforma en algo diferente —filosofó, dejando de lado su intento por restar importancia a los hechos.

—No debemos volver atrás.

—No, pero quizá miramos hacia delante de la manera equivocada.

Damien no estaba seguro de qué estaba pasando en el cerebro de Rod, pero sin duda, había algo importante echando sus raíces allí.

—¡Doctor Hudson! —Una enfermera atravesó corriendo las puertas de cristal, en dirección a ellos dos, no estaba en forma, porque llegó resollando, arañando un poco de aire y habló entre jadeos—. Lo he buscado por todas partes. La doctora Montgomery está practicando una cesárea programada y acaba de llegar una urgencia, estamos cortos de personal, hemos llamado al doctor Cortés pero no podrá incorporarse hasta dentro de media hora. Las matronas están...

Siguió hablando, Damien no prestó atención a sus palabras, se estaba concentrando en el gesto de Roderick que iba librándose de la emoción lentamente, como si se estuviera preparando para hacer algo que hacía años que había abandonado.

—No lo hagas, Rod —interrumpió el discurso de la mujer—. No estás preparado.

—A veces, Damien, no tenemos opción —respondió dándole la espalda y saliendo a toda prisa en dirección al hospital. Lo observó hasta que desapareció de su vista y rezó, por primera vez en años, a ese Dios desagradecido que le había arrebatado tanto, para que lo escuchara y a cambio de los favores que le debía, guiara a Rod con sabiduría. No podía dejarle sufrir otra vez. No podía permitirle hacerlo—. Que la madre y el bebé sobrevivan —exigió mirando el cielo—. De lo contrario, te encontraré y te lo haré pasar muy mal.

¿De verdad estaba hablando con un ente invisible? Se había vuelto completamente loco y no le importaba. Puede que no fuera nadie para el mundo, una mera mota de polvo en una inmensidad, pero Rod era un buen tipo, alguien que hacía cosas buenas por los demás, y por una vez merecía una recompensa.

Quizá este era el último empujón para que se reencontrara consigo mismo y el perdón trajera finalmente la liberación. Había sido un médico excepcional y el mundo se había perdido durante años un profesional de élite.

Si decidía volver, el *Pleasure's* empezaría a vaciarse de aquellos que le habían dado forma. Gabe ya tenía un pie fuera, Rod podía decidir no volver a aquel lugar, pero iba a encargarse de que supieran que si ellos estaban dispuestos a aceptarlo, estaba listo para hacer una oferta y continuar su sueño.

Damien no tenía nada que perder, no tenía un futuro junto a una mujer ni necesitaba una familia, porque ya tenía una.

El *Pleasure's* podía ser lo que había estado buscando durante tanto tiempo, pero para obtenerlo iba a tener que hacer una fabulosa oferta.

Y no estaba pensando en dinero, precisamente. Iba a tener que elaborar muy bien su plan.

CAPÍTULO 19

La mañana en el lago no había estado mal, aunque tenía que admitir que había esperado algo más. Brenda había elegido a propósito ponerse el santurrón bañador que Gabe le había dejado y supuso que por eso él no se había aventurado a exigir nada ni había propasado sus barreras. Lo habría tomado como una muda declaración de intenciones y él había respetado sus deseos.

Lo más que había arriesgado era el hecho de ponerle crema solar, pero tampoco se había tomado grandes libertades mientras tanto. Eso sí, no había dejado de hablar con ella, como en los viejos tiempos, sacándole alguna que otra carcajada. La primera de todas había estado mezclada con excitación y placer. En cuanto había puesto los ojos en él supo que estaba exhibiéndose, no se había molestado en colocarse una camiseta y el bañador que llevaba puesto era irrisorio. En otro hombre habría quedado fatal, pero en él, los estúpidos flamencos le daban un aire juguetón y perverso.

Se había reído al verlo, no había podido resistirse, y eso lo había complacido.

—Quita esa cara de satisfacción, todavía no ha terminado el día y me debes más de una —le recordó.

—No sabes lo que dices —contraatacó ella—, por lo que a mí respecta estamos en paz.

—Ni de lejos, monada —espetó atrayéndola a su pecho y besándola en la punta de la nariz, exactamente como había hecho esa mañana cuando él le había pedido su beso de buenos días—. Te has quemado.

—No me he quemado, llevo protector solar.

—Aún así, te has quemado. Mírate a un espejo, si no me crees —le dio un ligero azote en el trasero y la soltó, entrando en la cabaña—. No sé tú —dijo a

distancia—, pero yo me muero de hambre.

Sabía que se había asegurado varias veces de que no hubiera gente en los alrededores, pero al verlo caminar y dejarla allí sola, sintió repentinamente pánico y se apresuró a correr en su dirección.

—No me vuelvas a dejar sola —exigió encontrándose con él en medio de la cocina.

—No estás sola, estoy contigo. No voy a dejar que te pase nada —aseguró tomando su cara entre sus grandes manos. Sabía que ahora la besaría y estaba dispuesta, incluso cerró los ojos esperando, pero algo sucedió, porque se apartó y la dejó con cara de tonta, lo que consiguió irritarla un poco más.

—Juegas conmigo.

—No me atrevería, Bren —aseguró él—. Venga, mueve el culo y vamos a hacer algo por la vida.

—No soy buena cocinera y me pica la piel por culpa de la crema.

—Es porque te has quemado.

—¡No me he quemado!

Gabe sonrió, como si le divirtiera aquel intercambio.

—Te vas a dar cuenta muy pronto. Nunca miento, renacuaja, y deberías saberlo.

—No soy ninguna renacuaja —se defendió—, soy casi tan alta como tú.

Gabriel sí se rio con ganas entonces.

—Si te subes a una mesa, quizá —abrió la puerta de la nevera y sacó un par de refrescos, una bandeja de carne para asar y algunas verduras—. Date una ducha mientras enciendo la barbacoa y me ocupo de alimentarte, ya que tú no pareces por la labor. Así dejará de picarte la piel.

—Te gusta mucho darme órdenes y no pienso ser ningún tipo de perrita fiel para ti.

—Me gusta la comparación —contestó con diversión, en lugar de sentirse

ofendido—. He jugado antes al amo y la mascota, si es que estás interesada en ese rol.

—¡No, gracias! —enfadada a causa del deseo contra el que se esforzaba en batallar, se metió en el baño dando un sonoro portazo. ¿Por qué tenía que pasearse tan sexy y guapo frente a ella y tan inalcanzable? Pensó que después de la noche anterior estaría planeando llegar a la segunda base, eso que tanto le había preocupado tan solo esa mañana y que ahora estaba más que nerviosa por superar de una vez. Si tan solo diera el paso ya y no la hiciera esperar, podría darse cuenta de que era una inútil incapaz de darle lo que quería y la dejaría marchar. Entonces podría lamerse las heridas en soledad y no tendría que replantearse todo lo que había imaginado que jamás tendría.

Abrió el grifo y le frunció el ceño al agua templada. No estaba completamente fría, pero tampoco resultaba apetitosa. Hizo de tripas corazón y se quitó el bañador, dio un paso dentro de la bañera y ahogó un gritito sofocado cuando la sintió directamente sobre la espalda.

Si se encontraba otra vez frente a frente a ese asesino que la había mandado a esconderse, iba a dejarle muy claro lo que pensaba de las duchas frías. Se le iban a quitar las ganas de matar, porque lo iba a dejar desprovisto de todo su mundo.

Gabriel suspiró, ¿qué otra cosa podía hacer? Estaba esforzándose mucho para respetar los tiempos con Brenda, porque sabía que era necesario y presionarla obtendría una respuesta oscura por su parte. Probablemente gritos, lágrimas, confusión y dolor. Esperar y torturarla un poquito, dejándola quemarse con la llama de la excitación, era una manera de asegurarse de que cuando diera el siguiente paso, sería el momento correcto.

Contempló la puerta cerrada del cuarto de baño y se dijo que no estaría bien si tratara de colarse para ducharse con ella, nada de sexo, solo un poco de voyeurismo sin tocar. Quizá alguna pequeña caricia, sin mala intención. Aunque había pocas probabilidades de que no hubiera cerrado la puerta; seguramente no solo habría echado el pestillo, sino que habría colocado algún tipo de objeto contundente para asegurarse de que no la cruzara.

No iba a ofenderse por ello, porque sabía lo que había pasado, así que ni siquiera iba a pensarlo.

Pero ¿y si no lo había hecho? Podría asegurarse de que empezaba a confiar realmente en él y que había dado un paso lejos del miedo, aunque solo fuera el primero y estuviera empezando a aceptar que se curaría por fin. Porque todo en la vida tenía solución excepto la muerte y sabía que sus emociones no se habían desvanecido estaban dentro de ella, habían estado muy oprimidas sin poder respirar, pero en tan solo día y medio había visto cómo la caja que las encerraba se iba resquebrajando lentamente y eso no solo lo alegraba sino que daba alas a su propia esperanza.

Caminó sin darse cuenta hasta el cuarto de baño y estuvo a punto de llamar, pero no lo hizo, aferró el pomo de la puerta y lo giró, sin esperar que se abriera.

Contra todo pronóstico, estaba libre de trabas y Brenda maldecía completamente desnuda bajo el chorro de la ducha.

Sonrió, parecía molesta, quizá hasta enfadada. Se vio tentado de dar los tres pasos que la separaban de ella y entrar bajo el agua para frotarle la espalda con suavidad. Se había quemado, por más que se negara a aceptarlo. Se apoyó en el marco de la puerta y la observó. Su cuerpo no tenía marcas externas de la tortura que había soportado. Habían quedado todas por dentro, acechando en su cerebro y en su corazón en el peor de los momentos posibles, pero ahora podía ver la luz y sabía que en sus manos estaba la habilidad de

rellenar esas grietas y hacer que no doliera tanto. Nunca iba a desvanecerse por completo, pero cuando lo hiciera, sería una Brenda nueva y más fuerte.

No perdía ojo de ninguno de sus movimientos. Estaba en buena forma, no solo por el baile, era una mujer a la que le gustaba cuidarse. Hacía ejercicio habitualmente, últimamente siempre dentro del club, excepto cortos paseos con Kat y Duncan por el parque. Era difícil participar en algún juego en equipo en el que se arriesgara a tener contacto con alguien, así que se contentaba con correr en una cinta y hacer bicicleta estática.

—Te dije que te habías quemado —pronunció en voz alta desenmascarando su presencia.

Un grito de indignación abandonó su garganta, algo que lo satisfizo, porque no fue miedo.

—Lárgate y cierra los ojos.

—¿Y perderme el espectáculo? Nah, imposible.

—¡Gabe!

Lo miraba por encima del hombro, dándole la espalda, pero no se molestaba en cubrirse, como si en el fondo no le importara que la viera. Había tocado toda aquella piel en la oscuridad la noche anterior y se moría por un poco más de ella.

—¡Brenda! —respondió en el mismo tono.

—Vete, no hay nada nuevo que no hayas visto un millón de veces antes.

—Anoche no me dejaste mirar, estaba muy oscuro —le recordó—. Me gusta mirar.

—Pensaba que a ti te iba más la acción. Además, soy una mujer normal y corriente y has visto a cientos de ellas, quizá miles, todas las noches en tu club.

Gabe se rio abiertamente.

—¿Miles? ¿Tú crees? Podría ser, nunca se me ha ocurrido contarlas —

confesó—. De todos modos, aunque hubiera visto millones, ninguna se te compara.

—Cierra la maldita puerta —ordenó con exasperación, como si no quisiera pensar en todas sus amantes. Le gustó esa pequeña pizca de celos, porque le decía que había algún sentimiento allí, quizá tan profundo como el suyo, aunque no se atreviera a aceptarlo.

—Está bien, tus órdenes son mis deseos —respondió dando un paso en el interior del baño y cerrando tras él. Se apoyó en la puerta y no perdió su sonrisa ni un momento. No lo estaba mirando, así que quizá pensaba que realmente había seguido su petición, parecía incluso decepcionada. Se quitó el bañador de una patada y entró con ella en la ducha, la atrajo contra su pecho obteniendo la respuesta que esperaba y susurró en su oído—. No has aprendido todavía tu lección, aquí el único que da órdenes soy yo —mordisqueó su cuello mientras sus manos se aferraban a sus caderas. Tenía que procurar no dejarse llevar, porque llevaba tan excitado desde la noche anterior, con breves periodos de relajación, que iba a terminar muy malparado después de todo.

—Gabe, se suponía que tenías que irte.

—Sé sincera, Brenda, no querías que me fuera.

La mujer gimió, lo hizo y toda la sangre se fue directa a cierta parte de su anatomía.

—Eres como una droga —expuso la mujer apoyándose en él—. Me das solo una pizca y me dejas con ganas de más, para que desarrolle mono por ti y ya no pueda liberarme jamás de mi adicción.

—¿Estás admitiendo que me deseas?

—Tienes experiencia suficiente como para saber la verdad: no consigo resistirme a ti, a pesar de todo.

—¿Me tienes miedo? —preguntó mientras acariciaba el lateral de su

pecho derecho con el dorso de su mano, provocando piel de gallina allí donde entraban sus cuerpos en contacto.

—Sería más fácil resistirme, si lo tuviera.

—No necesitas resistirte, puedes tener todo lo que quieras de mí.

—Eso no es cierto, estás decidido a no darme lo que quiero —le reprochó mientras su delicada mano iba a su espalda para tocar su miembro. Estaba tan duro y preparado para darle lo que estaba buscando que temía caer en la tentación, cuando sus dedos lo rodearon y apretaron ligeramente estuvo a punto de correrse.

—Cuidado, tienes un arma cargada en tus manos —advirtió.

—Podrías dejarme que, por una vez, sea yo quien cuide de ti.

—No necesito que nadie me proteja, Bren.

—No lo creo. Deja que lo haga. Por favor, Gabe. Me rompieron de todas las maneras posibles, permíteme que por una vez lo intente por mi propia voluntad, sin que un hombre empuje su polla brutalmente en mi garganta.

No sería la primera vez que permitiera que una mujer le hiciera una felación, habían sido muchas antes. No podía negar que le gustaría ver a Brenda a sus pies, pero no le parecía la manera correcta de hacerlo, todavía no.

—No es el momento de follar tu boca—aseguró, pero sin apartarse de su toque. Podría dejar que lo tocara un poco más—, pero llegará. Antes quiero desayunarte yo a ti y es demasiado tarde para un desayuno —le recordó mirándola a los ojos. Había apoyado la cabeza sobre su hombro exponiendo su cuello a él, si fuera un vampiro ya habría mordido allí, en aquella vena que latía con intensidad, reflejo de los apresurados latidos de su corazón.

—Nunca me das lo que te pido.

—Pero te complace lo que te hago, ¿vas a decirme que no?

—En tus términos, quizá también necesite que sean mis términos alguna

vez.

Gabe se preguntó si estaría preparado para ceder el control a la mujer algún día, tenía sus propios demonios con los que luchar y quizá podría hacerlo, solo con ella, pero todavía no.

—Llegará el momento en que tú y yo aclaremos algunas cosas, pero hasta entonces, vamos a cuidar de tu piel dañada por los rayos del sol —escapó de su agarre, poniendo la distancia suficiente para que no pudiera alcanzar su erección y negó—. No seas mala, Brenda, o tendré que imponerte un cruel castigo.

—Me da igual, castígame después, ahora dame lo que quiero.

Chasqueó la lengua, dejando salir a ese diablillo que siempre susurraba en su conciencia. Quizá podría obtener su liberación esa mañana, después de todo, salirse con la suya y darle un poco de su medicina a Brenda.

—¿Estás segura de que aceptarás el castigo que te imponga, sea cual sea?

—Menos sexo grupal, cualquier cosa —aceptó.

Gabe se tensó un instante, intentó no hacerlo, pero no pudo conseguirlo. Las imágenes que había visto volvieron a su mente con tal rapidez que su excitación bajó casi tan rápido como había llegado. Quizá debería dejarlo aquí, no empujarla tan pronto ni tan rápido, acababa de admitir hacía unos momentos que necesitaba tiempo y ahora estaba pensando solo en lo que él mismo quería.

—Si crees que no puedes prometerlo... —empezó Brenda.

Y entonces hizo algo que se había propuesto no volver a hacer hasta el momento correcto. Puede que fuera apresurado, a destiempo, pero no pudo contener su necesidad y la besó en la boca con toda la pasión y todos los sentimientos que lo unían a ella. Con el amor sincero que ya se había apoderado de su corazón y con todas las promesas que estaba dispuesto a hacerle.

—Te amo, Bren. Te he amado desde el día en que nuestros caminos se cruzaron, incluso si fui demasiado estúpido para verlo. Me arrepiento de no haber roto aquellas normas y los límites que impusimos a nuestra relación, porque podríamos llevar dos años juntos y quizá podría haber evitado lo que sucedió aquella noche. —Tomó aire porque necesitaba hacerlo y porque los ojos de la mujer que quería se habían llenado de lágrimas, no sabía si de felicidad o de algo más, pero estaban allí brillantes haciéndole pensar en todo lo que los había retrasado para llegar a este momento—. He sido un hombre sexual durante muchos años, he vivido por y para el placer, sin ningún tipo de problema de conciencia por compartir mi cuerpo con hombres y mujeres, de más maneras de las que probablemente puedas imaginar. He fundado un club que se basa solo en mi necesidad de tener sexo sin control, como si se tratara de una jodida adicción, he participado en orgías, en tríos y todo tipo de escenas sexuales que puedan cruzar por tu mente y jamás me he visto tentado a conservar a alguna de mis amantes a mi lado o a reservarla en exclusiva para mí, excepto ahora. Jamás te compartiré con nadie, no por mi propia voluntad, no quiero ver a ningún otro hombre rozando tu piel, besándote o penetrando en cualquier parte de tu cuerpo. No comparto lo que es mío y desde el primer instante en que he tenido la oportunidad de reclamarte, te he declarado mía. La única manera en la que yo toleraría la posibilidad de tener sexo grupal en el que estuvieras implicada, es si tú me lo pidieras para librarte del miedo del pasado.

—Eso jamás va a pasar —aseguró—. No podría soportarlo.

Había lágrimas cayendo por sus mejillas, que le partieron el corazón.

—He estropeado esto, ¿verdad? —preguntó entre hipidos—. Ya no estás excitado.

—Excitarme contigo a mi lado no supone ningún problema.

Y era cierto, pero en contra de todo pronóstico, iba a tener que

concentrarse en algo más ahora mismo. Purgar su propio corazón exponiendo a su vista todo lo que sentía lo había dejado vulnerable, como nunca creyó que podía estar.

—Pero ha pasado el momento, puedo sentirlo.

Las manos de Gabe acariciaron sus hombros con suavidad, haciendo que se concentrara en el masaje.

—Deja que sanemos tu piel primero, llenaremos el estómago, dormiremos una siesta... siempre hay tiempo para el sexo.

—Creo que cuando quieres a alguien de verdad se llama hacer el amor —expuso Brenda con timidez, algo que no era habitual en su carácter—. Si alguna vez pudiera sentir de nuevo, podría confesar que tuve un flechazo contigo nada más posar la vista en ti y que, a día de hoy, todavía no me he recuperado.

—El amor no es algo sencillo —ofreció él—. Soy un novato total en ese campo, vas a tener que enseñarme cómo hacerlo de la manera correcta.

—Soy nueva en esto también. Mis novios no fueron memorables en ese aspecto.

Gabriel iba a demostrarle que podía convertirse en una buena pareja, no solo en un excelente *proporcionador* de orgasmos, sino en algo más íntimo y necesario. Un compañero en quién poder confiar fielmente.

—Deja que frote tu espalda y después frotarás la mía. Te pondré un poco de loción *aftersun* y te alimentaré, eso es lo que hacen los buenos novios.

—Los buenos novios no dejan a su chica llena de frustración sexual.

—Sí cuando están dispuestos a compensarla a lo grande por la espera.

No dejó que las cosas fueran más lejos, era mejor que ambos se lo tomaran con un poco más de calma. Podían sacar algo mucho más provechoso si seguían este camino.

Además, no quería que ninguno tuviera presente el dolor mientras

compartían el placer. No se trataba de conquistar su corazón, sino su mente.
Y eso, definitivamente, era mucho más complicado que el amor.

CAPÍTULO 20

Roderick estaba sentado en la terraza de la zona de personal. No se había cambiado de ropa, por lo que estaba manchado de sangre y sus manos aún enguantadas colgaban delante de su cara. No podía dejar de mirarlas. Incluso había empezado a temblar.

Volver a aquel lugar le había pasado una gran factura, pero no se arrepentía de haber intervenido, porque logró demostrarse a sí mismo que pudo mantener la calma hasta que el bebé y la madre estuvieron a salvo y, maldita sea, lo había hecho condenadamente bien. Llegó en el momento preciso y supo lo que tenía que hacer sin escharbar profundo en su cerebro. El conocimiento estaba allí a su alcance, listo para ser utilizado en cualquier momento.

¿Por qué lo había dejado? Ver la vida entre sus manos había borrado parte de su propio miedo al lugar, no tenía por qué asociar el hospital con la muerte, había recibido muchas nuevas vidas. Un montón de esperanza.

—Sabía que te encontraría aquí —la voz de Susan Montgomery estaba llena de satisfacción, estaba seguro de que pensaba que se había salido con la suya—. Les has salvado la vida a dos personas hoy, deberías estar muy orgulloso de tu trabajo.

—Este ya no es mi trabajo —respondió quitándose los guantes y dejándolos a un lado—. Pudo ser un desastre, no sé cómo me dejé convencer.

—Había una necesidad y actuaste. Tu instinto te llevó a hacer lo que debía ser hecho. O puede que me equivoque y lo hicieras solo por compromiso...

—No fue... —negó y se rio, aunque no había ni una pizca de humor en su voz—. No vas a salirte con la tuya, aún no estoy listo para volver.

—Tu actuación de hoy desmiente tus palabras.

—¿Sabes por qué lo dejé?

—A veces perdemos pacientes, todos lo hacemos. Tenemos que aprender a distanciarnos, para no permitir que nos arrastre —lo miró y se sentó a su lado. La mujer estaba lista para irse a casa, se había duchado y olía a perfume caro, pero su gesto era cercano y amable. Siempre le había gustado hablar con ella—. ¿Recuerdas lo que hablamos cuando aceptaste el caso?

—No te involucres en los asuntos de tus seres queridos, nunca sale bien.

—Sí, esas debieron ser mis palabras de sabihondilla, ¿verdad? —sonrió, aligerando el tono de la conversación y negó—. Lo que no te conté nunca es por qué te había dado ese consejo, ¿verdad?

Rod negó, sin dejar de mirarla. Pensó que lo había hecho por algún tipo de norma no escrita que hubiera en el hospital o por tradición o qué sabía él. Había sido demasiado engreído como para escuchar sus consejos. Era joven y bueno en su trabajo, podía con todo, ningún caso se le resistía. Incluso había aparecido en algunas revistas médicas por algunas intervenciones exitosas categorizadas como «milagrosas».

—Cuando empecé a trabajar, me contrataron en un hospital pequeño. Ni siquiera era un hospital al uso, más bien un consultorio. Llegaban todo tipo de casos complicados, no solo partos, sino dolencias femeninas de mayor o menor gravedad. Era presumida y bastante egocéntrica, pensaba que era la única que podía dar respuesta a todos los problemas del mundo, pero me equivoqué —confesó—. Un día, mi mejor amiga vino a mí con un montón de pruebas y un diagnóstico terrible: cáncer. Tenía que operarse y no confiaba en ningún médico, no creía que pudieran salvar su vida, así que intervine. Saqué mi capa de todopoderosa sanadora y me puse manos a la obra. Nunca había perdido a un paciente, así que no había manera de que dejara que Emma muriera. Jamás. ¡Era mi mejor amiga!

—¿Salió mal la cirugía?

—No había posibilidad de error. Era una operación de libro, lo malo iba

a llegar después con los tratamientos duros, la cirugía era un mal trago, pero nada más.

Rod se temía qué iba a confesar Susan y por un momento estuvo a punto de interrumpirla, no quería que la mujer a la que admiraba se derrumbara frente a él.

—Algo fue mal. Sigo sin saber exactamente qué. Quizá fue la falta de recursos, puede que tuviéramos que haber esperado un poco más y cerciorarnos de que se completaban todas las pruebas del protocolo, pero pensé «¿qué puede ir mal?», has hecho esto antes. Has visto cómo lo hacía un experto. Has estudiado el caso hasta la saciedad. Todo saldrá bien.

—Y no lo hizo, ¿verdad?

—No. En un segundo todo se fue al garete. Entró en parada cardiorrespiratoria y por más que traté de traerla de vuelta, no pude hacerlo. Siempre es duro enfrentarse a la familia, pero cuando me reuní con su marido y sus hijos me derrumbé, completamente. Fui incapaz de mantener el tipo, de dar la noticia. No me culparon, no lo hicieron, aún así me faltó valor para continuar allí. Hice mis maletas y me largué a toda velocidad —explicó—. Trabajé dos años como camarera, costurera, cocinera y cualquier tipo de trabajo que no implicara tomar decisiones difíciles sobre la vida o la muerte de una persona. Al final, Jimmy, el marido de Emma me encontró y me dijo que espabilara y que saliera de mi caparazón, que tenía que seguir haciendo algo por el mundo, no esconderme como una vil cobarde. No me culpaban por la muerte de mi amiga, al contrario, estaban agradecidos por lo mucho que batallé por ayudarlos, a pesar del resultado. ¿Cómo era eso posible? Juré que nunca volvería a intervenir en un caso como ese y que no permitiría que ninguno de mis colegas lo hiciera, teníamos que aprender de mi error, pero entonces llegó la chica y te negaste a escucharme. Entraste en el quirófano y yo sabía que no iba a conseguirlo. No necesitaba estar allí, hice el

prediagnóstico, sin importar quién la hubiera atendido, no habría sobrevivido.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó sin querer creer en sus palabras. No era la primera vez que se lo decía, pero era probable que fuera la primera vez que realmente la escuchaba.

—Para llevar a cabo un parto en casa hay que saber cómo hacerlo y hay que descartar cualquier posible complicación antes de seguir adelante. Los dos sabemos el desastre que puede significar esperar un segundo más de la cuenta, cuando ya no queda tiempo. ¿Cuántos minutos tardaste en sacar al bebé?

—No lo recuerdo —contestó vagamente.

—Yo sí. Dos minutos y medio, pero ya era tarde.

—Se desangró entre mis manos, debería haber...

—Todos los «debería» y tiempos condicionales que quieras utilizar solo van a hacerte daño. A veces, no depende de nosotros salvar a una persona. Hiciste todo lo que tenías que hacer y lo hiciste bien. El niño sobrevivió, conseguiste salvarlo, ¿por qué eso no es suficiente para ti?

—Porque traje a un niño a este mundo y lo privé de su madre.

—No, tú no le arrebataste a su madre, Roderick. La chica tomó una mala decisión que le costó la vida y hasta que no te reconcilies con el hecho de que no eres superpoderoso y que tu intervención es humana, que no divina, no serás capaz de seguir adelante.

—Odio perder a un paciente, pero cuando consigues salvarle la vida a alguien es...

—Una inyección de adrenalina —terminó por él.

—¿Tu parturienta lo hizo bien? —preguntó en un esfuerzo por desalojar el nudo que tenía en la garganta.

—Muy bien. Tuvo gemelos y ni siquiera hemos tenido que meterlos en la incubadora. —Sonrió, siempre era gratificante ver cómo los niños venían al

mundo, sobre todo cuando estaban fuertes y todo salía bien. Esa era la norma, afortunadamente. No solían torcerse las cosas, estaban preparados para afrontar casi cualquier eventualidad—. Y tú también lo has hecho muy bien, el doctor Cortés está fascinado. Me ha dicho que quiere reunirse contigo para hablar sobre la intervención. El padre también quería contactar contigo, lleva buscándote un buen rato.

—¿No tendrás problemas con el seguro? Ahora mismo no estoy en activo y odiaría que te vieras perjudicada por uno de mis impulsos —comentó en cambio, no queriendo aceptar esos encuentros.

—No te preocupes por eso, lo tengo todo cubierto. Llevo esperando tu regreso un tiempo. Te necesitamos en el equipo, sé que ser un magnate de los negocios es mucho más lucrativo económicamente, pero podrías conseguir una recompensa más abstracta aquí, una que perdurará para siempre.

—No estoy listo para volver —respondió, aunque su convicción empezaba a tambalearse. Le había gustado volver a su mundo, ayudar a alguien. Entró en el hospital odiando cada segundo que tendría que pasar en él y ahora se preguntaba en qué momento había vuelto a sentirse como si hubiera llegado a casa.

—Siete meses, doctor Hudson, después la oferta desaparecerá de la mesa. Se levantó y se dirigía hacia la puerta, cuando se detuvo de nuevo.

—Por cierto, gracias por salvarle la vida a mi nuera —sonrió, sin dar más detalles y abandonó el lugar dejándolo completamente mudo.

¿Su nuera? Entonces el padre frenético que lo estaba buscando era el hijo de Susan, lo había visto una vez antes pero no lo había reconocido.

Apenas si podía creer lo caprichoso que era el destino que lo había puesto en el lugar correcto en el momento preciso. Supuso que las cosas pasaban por un motivo y que si estaba hoy aquí y había conseguido un éxito, era algún tipo de señal para que siguiera la senda correcta.

Y ni siquiera había vuelto a pensar en la pobre Mallory, por suerte a Damien se le ocurrió traer a Stephen, se sentiría segura con él.

Se acercó a la habitación para comprobar que todo estaba bien y la encontró dormida y a Stephen observándola fijamente con un gesto de preocupación y una mirada de amor. No sabía qué le depararía el futuro a aquellos dos, pero esperaba que pudieran encontrar la respuesta juntos, porque sería una auténtica pena que tomaran caminos separados.

Llamó suavemente para no molestar a la chica y susurró a Stephen.

—¿Quieres que me quede a pasar la noche?

El chico negó.

—Si te parece bien, me quedaré. No me gusta estar lejos de Mallory cuando me necesita.

Rod lo comprendió y asintió. Le vendría bien poder darse una ducha, cambiarse de ropa y dormir toda la noche.

—Me acercaré mañana a recogeros, me ocuparé de recolectar todas las medicinas que va a necesitar y acomodaremos el dormitorio para que pueda hacer reposo sin aburrirse o exponerse a ningún peligro.

—¿Por qué nos ayudas? —preguntó el muchacho incrédulo.

—¿Y por qué no habría de hacerlo?

Con esa pregunta retórica se retiró, volvió al pasillo y se escabulló de todos aquellos que parecían tener algo que decir, consiguió llegar a la entrada sin novedad, se cambiaría en casa, no tenía ganas de dialogar con otros médicos en la sala de descanso. Subió en su coche se apoyó en el volante antes de arrancar y soltó un suspiro. Todas las emociones batallaban en su interior y estaba completamente agotado.

Sacó su móvil y estuvo tentado de llamar a Gabriel para hablar con él sobre lo que había sucedido ese día, el dragón al que se estaba enfrentando, pero no podía hacerlo, porque quizá conseguiría ponerlos a ambos en peligro.

Arrancó y salió del aparcamiento, tratando de dejar atrás la confusión y concentrándose en todos los problemas con los que estaba lidiando el club últimamente. Iban a tener que tomar una decisión, para bien o para mal, tendrían que sentarse y valorar si no habrían cometido un error al invertir tanto capital en la remodelación. No solo no había resultado efectivo, sino que ambos habían cambiado.

El secuestro de Brenda y Katharina los había obligado a replantearse sus prioridades y lo cierto era que aunque Gabe parecía listo para sentar cabeza, él estaba más lejos que nunca de poder hacerlo.

Damien estaba en su mazmorra, una vez más. Se sentía allí mejor que en el dormitorio asignado y, a pesar de las cámaras, tenía la sensación de mayor intimidad que ningún otro lugar del club.

Observó el sobre que había dejado relegado al olvido durante todo el día y finalmente lo abrió, en cuanto lo hizo supo por qué había estado retrasando tanto la lectura de aquel mensaje.

El papel en que estaba escrito llevaba el logo del Prometheus y las palabras, escritas con la tipografía del club, dejaban muy claro que era objetivo de alguna mente perversa.

«Eres el siguiente, Damien MacPherson».

Entre sus manos cayeron las imágenes del cadáver de Strider, al que alguien había asesinado brutalmente dentro de la cárcel.

El aire se heló en sus pulmones, no porque le tuviera miedo a la muerte, sino por lo que podría perder si el loco que había hecho aquello pretendía hacerle daño real. Sus hijos, su hermano, sus amigos, el Pleasure's, su lista de clientes...

Quizá no era más que una broma, quizá las imágenes eran un montaje y no había sucedido en realidad. Por lo último que sabía, Strider estaba aislado en un módulo de una cárcel de alta seguridad, sería muy difícil que alguien pudiera llegar a él, cuanto más, asesinarlo.

No pensó demasiado en ello, sacó su teléfono y llamó a Daniel, el hermano de Gabriel, quizá no tendría que involucrarlo en aquello, pero la alternativa era mucho peor.

—¿Qué quieres, MacPherson? ¿Ha sucedido algo en el club?

—Ni tu hermano ni Brenda han vuelto todavía, como supongo que sabes. Roderick está ocupándose de Mallory y Kat está con su hijo, así que puedes estar tranquilo. Sin embargo, creo que acabo de encontrar un cadáver...

—¿Que has encontrado qué? —Daniel no daba crédito a sus palabras.

Damien estaba más tranquilo de lo que cabría esperar.

—He recibido una amenaza y las imágenes de un cadáver. ¿Podrías pasarte por aquí? Al parecer ahora mi pellejo está en juego, ¿sabes si los otros hombres recibieron mensajes antes de sus muertes? ¿Alguno de ellos estaba vinculado a algún club sexual que no fuera el Pleasure's? Podría haber encontrado el nexo entre las muertes por puro azar.

—Creo que es mejor que nos encontremos y hablemos de esto en persona. Ni se te ocurra jugar a los detectives, ¿entiendes? No entra en tu campo de experiencia.

—No se me ocurriría meterme en tu terreno —aseguró decidido—. Y, desde luego, no quiero ser el siguiente.

—Diez minutos, MacPherson, estoy en el barrio.

—¿Malas noticias?

—Solo un caso de vandalismo, que podría o no podría estar relacionado con el caso, solo el tiempo lo dirá. No te muevas de donde estás, voy para allá.

—Estaré en el bar tomándome una copa, necesito algo fuerte.

Y colgó sin esperar respuesta. Pasó los teléfonos que tenía guardados en su agenda y se concentró en el nombre de su hijo. Descolgó antes de pensar demasiado en ello, mientras se dirigía hacia el bar.

Tenía que disculparse con Warren, por si acaso lo mataban.

—¿Qué quieres?

—Supongo que el hecho de que respondas a mis llamadas es un avance.

—¿Llamas para echarme la bronca? —inquirió furioso.

—No, llamo para decirte que te quiero y te echo de menos. Odio estar enfadado contigo —reconoció—. Warren, probablemente no sea el mejor padre del mundo, pero si alguna vez sucediera algo quiero que sepas que solo deseo lo mejor para ti.

—¿Por qué parece como si te estuvieras despidiendo? ¿Acaso te has metido en un lío?

—No estoy metido en un lío, pero he pensado en lo frágil que es la vida y... —sabía que estaba haciéndolo fatal. Si lo mataban, no quería que Warren tuviera que vivir con la culpa por haber discutido con su padre—. Warren, cometí un error al forzarte a estudiar algo que no querías. He pensado mucho en ello y sé que eres un virtuoso de la música, sé que harás una buena carrera de tu pasión.

—¿Lo dices en serio? —Había alegría, pero también cierta cautela en el tono de voz de su hijo.

—Completamente. Todavía estás a tiempo de hacer un cambio de matrícula, escoge lo que quieres hacer. Te lo has ganado. —Y si su elección salía mal, era lo suficientemente joven como para tener una segunda oportunidad—. Recuerda que la mente de tu padre es bastante cuadrículada, al fin y al cabo soy un simple contable.

—Los dos sabemos que no eres contable.

Damien se rio, realmente le hacía gracia que su hijo se atreviera a afirmar aquello.

—Sabes que soy contable, de hecho. Solo porque complementé mi carrera con un segundo empleo, no significa nada. —Abandonó la estancia y subió las escaleras a toda prisa, necesitaba servirse algo fuerte.

Por suerte, el bar estaba vacío, así que pasó tras la barra, buscó en la estantería la botella de whiskey y se sirvió un buen vaso, necesitaba entrar en calor, repentinamente se había quedado muy frío.

—¿Un segundo empleo, papá? ¿En serio?

—¿Vamos a discutir por eso otra vez? —preguntó con voz cansada—. No es para tanto, Warren.

—Te acuestas con otras personas por dinero, papá. En mi opinión, sí es para tanto —aportó—. Y no te estoy juzgando, porque eres mi puto ídolo. Yo ni siquiera consigo una cita, las mujeres se tiran a tus pies para que te las folles.

—Warren, por favor —sin embargo sonrió ante su apreciación, en realidad, tenía razón—. ¿Sabes lo que siempre dice todo el mundo? Te pareces mucho a tu padre.

—¿Estás haciéndome alguna proposición, papá?

Damien se rio.

—Todavía no estás listo para lo que tengo en mente para ti.

—Papá...

—No, antes tengo que hablarlo con tu tío. Puede que sea algún tipo de mal padre, si hablo contigo antes de consultarlo con un hombre normal y cuerdo.

—No algún tipo de... ¿qué es lo que eras? ¿Un macho dominante?

—¿Macho dominante? ¿De dónde has sacado eso? —preguntó ante el término empleado—. Voy a tener que darte un par de lecciones.

—¿En el Sin's club? He recibido una invitación personalizada —informó

—. Pretenden celebrar mi fiesta de cumpleaños y darme la bienvenida a la mayoría de edad.

Un músculo palpitó en su mandíbula. No tenían ningún derecho a hacer eso, sabía lo que estaban buscando, atraerlo de vuelta y ya había tomado una decisión al respecto.

—No. Trabajo en el Pleasure's y si algún club va a darte la bienvenida a la edad adulta, será este. En el que por cierto, no necesitas una invitación para venir, porque dispones de un pase VIP a tu nombre en la puerta. Lou te dejará pasar, si tan solo le enseñas tu carnet de identidad.

—¿Porque soy tu hijo?

—No, porque tienes madera de amo y serías un efectivo más que lucrativo para este negocio —maldijo para sí por lo que había dicho. Warren solo tenía dieciocho años, era demasiado pronto—. Olvida lo que te he dicho, todavía no es el momento.

—¿En serio piensas eso, papá? —Warren estaba anonadado—. ¿Sabes que no he tenido novia, verdad?

Damien lo sospechaba, pero no tenía importancia, conocía una mujer que estaría más que dispuesta a introducirlo en el mundo adulto. Entonces recordó el fracaso que había sido su primera vez y se dio cuenta de que no sería tan malo que preparara algo perfecto para él.

¿En qué nivel del infierno entraría por eso?

—No tienes prisa en buscar novia o en venir al club. Lo que tienes que hacer de momento es concentrarte en lo que de verdad te apetece. Cambia tu matrícula y sigue con tu música. Me gustaría ir a tu próximo concierto, si no te parece mal.

No se había perdido ni uno solo en todo aquel tiempo, desde que había vuelto del internado. Era muy bueno, ¿en qué había estado pensando para obligarle a redirigir su camino por un lugar mucho más aburrido? Warren tenía

el alma creativa de su madre y su pasión.

—Nunca te impediría venir, papá. —¿Empezaba a ablandarse con él? Eso esperaba—. Tienes que visitar a Amber —dijo entonces cambiando de tema—. No está bien que viva con mis tíos y no con nosotros.

—Ya no vives conmigo y el Pleasure's no es lugar para niños —ni siquiera aunque Duncan viviera en la zona privada del club.

—¿Acaso has vendido la casa?

—Sabes que no.

—Entonces no tienes excusa. ¿Por qué no lo intentamos?

Damien sabía que Warren no lo entendería, pero la decisión estaba más que tomada. No podía llevarse a Amber por muchos motivos, pero sobre todo porque le rompería el corazón a su cuñada.

—Sabes que no puedo privarla de la estabilidad que ellos pueden proporcionarle. Amber es muy pequeña y tu tía es su madre. ¿Sabes lo que sucedería la primera noche que se despertara asustada? No encontraría consuelo. Cree que quiere venir conmigo, pero en cuanto pasaran unas horas, se aburriría y querría volver a casa. En cuanto pueda iré y podremos pasar un día los tres solos.

—Va a ser su cumpleaños. ¿Le has comprado un regalo normal?

—¿Quieres decir que el poni que me hizo devolver tu tío no era algo normal?

—Ni los mariachis... —se burló él.

—Este viejo padre tuyo no entiende de regalos, pediré asesoramiento.

—Quizá podría pasar por el club y así podrías enseñarme donde trabajas... —empezó Warren—. Podríamos hablar en persona y podría darte un par de ideas sobre regalos más normales para una niña de cuatro años.

No era una buena idea, no con la amenaza de muerte pendiendo sobre su cabeza.

—Si vienes, no puedes hacerlo solo. Pídele a tu tío que te acompañe.

—Papá, ¿estás seguro?

Más que seguro. Puede que su hermano estuviera de baja, pero tenía un sexto sentido para detectar problemas. Con él estaría a salvo.

—Por favor —pidió. No quería arriesgar la vida de Warren, bajo ninguna circunstancia.

Y no había muchas cosas que pidiera por favor.

—Vale, eres un pesado.

—Es mi tarea como padre —vio a Daniel atravesar la puerta y dirigirse en su dirección, parecía bastante cansado—. Tengo que dejarte, Warren, llega trabajo.

—Ten cuidado papá, toma precauciones y eso. —Su hijo parecía azorado, pero más tolerante con su profesión actual, al parecer. Quizá solo estaba buscando ser más adulto.

—No te preocupes, chaval. Soy un auténtico experto.

Y colgó después de recordar que Warren tan solo tenía dieciocho años, no podía pedir que se comportara como un auténtico adulto. Era un hombre afortunado de poder contar con él.

—¿Y bien? ¿Dónde está la carta? —preguntó Daniel sin ningún tipo de saludo o cortesía.

Le pasó el sobre por encima de la barra y dio un sorbo a su bebida.

—Es todo lo que tengo, echa un vistazo.

No dijo nada hasta que terminó de observar las pruebas y suspiró.

—Otra pieza más del puzle. Parece que estás en peligro, supongo que tendré que ponerte vigilancia... estamos saturados con este caso.

—No te preocupes por mí, puedo cuidar de mi propio pellejo.

Daniel guardó silencio mientras observaba las fotos y se dejó caer en un taburete con evidentes signos de agotamiento.

—No has dormido mucho últimamente, ¿verdad?

—Está siendo una semana difícil —reconoció el policía—. Me pregunto por qué quise volver, con lo bien que estaba dándome la buena vida aquí mismo.

—Porque la gente como tú necesita sentir que hace algo por el mundo.

—¿La gente como yo?

Damien tomó otro sorbo de su Whiskey y sonrió.

—Sí, la gente como tú. Con gran altura moral —bromeó.

—No te creas que soy tan bueno, la mitad de las veces mandarí­a el mundo a la mierda. Por más que intento arreglarlo, termina peor después de cada intervención nuestra. Siempre hay un nuevo loco esperando, como si la detención de un asesino fuera el pistoletazo de salida para el siguiente.

—¿Ha habido más muertes? —inquirió intentando restarle importancia.

—Todavía no, pero no va a parar.

—Y yo podría ser el siguiente.

—Tendrí­amos que suponer que se tratara del mismo tipo y quizá no sea así. No hemos encontrado ningún mensaje de advertencia en ninguna de las víctimas. El último cadáver apareció con una nota improvisada, pero no estaba tan cuidada como esta. Puede que la tipografía fuera la misma, tendré que enviar esta nueva información al laboratorio y comprobar que esta foto no sea un montaje. Podría tratarse de una broma pesada —aportó tratando de tranquilizarlo.

—Prometheus está vinculado a mi pasado. Ayudé a meter a ese hombre en la cárcel, te daré el contacto del agente que llevó el caso. Seguramente, podréis compartir detalles.

—¿Por qué no lo has llamado?

—Porque este es tu terreno, Daniel. Es el club de tu hermano y una amenaza de este calibre podría afectar al Pleasure's.

—Te mantendré informado con lo que descubra. Quizá deberías pensar en posponer el espectáculo hasta que cojamos al responsable.

Damien se negó, no iba a permitir que nada relacionado con Prometheus volviera a condicionar su vida.

—No es necesario. Como dije, puedo cuidarme y el club es el lugar más seguro que conozco.

—Vigila tu espalda, esta gente se las ingenia para burlar cualquier tipo de seguridad y salirse con la suya. Empiezas a gustarme, sería una pena que te mataran.

Supuso que aquel era algún tipo de cumplido. Brindó en su dirección y sonrió, no tenía planeado dejarse matar, siempre había sido un luchador y saldría adelante. Además, tenía sus propios medios para protegerse. Había aprendido mucho en el pasado sobre seguridad y cuidar su propio pellejo, no tenía miedo, solo le preocupaba su familia.

Daniel no tardó en marcharse una vez que todo quedó aclarado y él decidió que tenía que poner al tanto a su hermano de la situación, para que doblara la vigilancia sobre su familia. No quería que alguno acabara herido por desconocimiento. No podría soportar perder a alguno de ellos.

Al final todo lo que a uno le quedaba era su familia.

CAPÍTULO 21

Brenda estaba sentada en el sofá mirando las hipnotizantes llamas de la chimenea, mientras pensaba en su vida en este preciso momento. ¿Cómo podía estar cambiando todo tan deprisa? En la última semana había empezado a sentirlo todo, como si pronto la presa que había contenido sus emociones durante los últimos meses se hubiera quebrado y hubiera dado vía libre al miedo, en primer lugar, para ir dejando paso al resto de forma progresiva.

Estar con Gabriel en este lugar aislado, incluso desearlo, era algo que ni en sus más remotos sueños podría haber imaginado solo un mes atrás. Siempre había estado medio enamorada de él, no podía negarlo. Habían compartido todo menos la cama y el conocimiento acerca del Pleasure's, pero lo cierto era que conocía la misma esencia del hombre, como no había conocido a nadie antes.

Y estaba enamorada de él, si es que era capaz de sentir amor, lo que hacía las cosas mucho más difíciles, porque también estaba convencida de no ser la persona correcta para complementar su vida.

Por muchas razones, la primera de todas era su incapacidad para darle todo lo que él necesitaba en el sexo. Quizá podría llegar a lidiar con la sumisión, pero ¿el resto de sus intereses? ¿Y cómo iba a soportar que su novio se acostara con otras personas en nombre del trabajo? ¿Cómo iba a seguir adelante sabiendo que tendría que prohibirle aquello en lo que consistía toda su vida? El club era su misma esencia y privarlo de él era como torturarlo o arrebatarse un sueño. No quería eso para él. Necesitaba a alguien que pudiera aceptarlo de forma plena.

¿Y hacer de tripas corazón y permitir que siguiera dirigiendo su mazmorra y acostándose con cualquiera? Podría hacerlo durante un tiempo, pero la destruiría a la larga y, probablemente, se arrepentiría poco después de haber

tomado la decisión de seguir a su corazón.

Ojalá fuera un alma libre como su madre, que no le había dado ningún tipo de importancia ni a la estabilidad laboral, familiar, residencial o emocional. Se había limitado a disfrutar de lo que llegaba cuando llegaba. Lo mismo con los hombres. Sus padres habían compartido una relación abierta de la que ella había renegado por principios y ahora... ¿ahora estaba dispuesta a aceptarlo solo porque estaba enamorada de Gabriel? No podía hacer eso.

Su cerebro no paraba de dar vueltas. Había sentido más en apenas veinticuatro horas que en los últimos meses, podría incluso asegurar que en los últimos años. Él hacía que todo fuera diferente. De cada pequeña tarea, creaba un juego perverso y la miraba como si quisiera devorarla, para dejarla con las ganas después y completamente frustrada.

Tenía ganas de zarandearlo y exigirle que acabara con aquello de una vez, pero sabía que había un propósito detrás de su actitud y no podía negar que podía ser bueno para los dos a largo plazo.

Pero hoy no era nada bueno, al contrario, estaba a punto de volverse loca.

—Puedo escucharte pensar —advirtió Gabriel entrando en la sala. Parecía como si acabara de levantarse de la cama y tenía un aspecto que decía «cómeme».

—Es de noche ahí fuera, ¿sabes?

—He dormido como un lirón, deberías haberme despertado.

—Necesitabas descansar —aseguró y se había mantenido con los ojos abiertos y alerta por si tuviera que correr a despertarlo para escapar. Además, se había hecho con el arma. Estaba más que preparada para pegarle un tiro a cualquier intruso.

—Ya veo. ¿Qué haces con eso, Bren? —preguntó observando la pistola que reposaba a su lado en el sofá.

—Sé utilizarla. La cogí por si surgía una emergencia, alguien tiene que

cuidarte las espaldas, ¿no?

—¿Desde cuándo eres experta en armas? —inquirió sentándose a su lado, justo después de depositar la pistola sobre la mesa de centro.

—Desde que tenía ocho años. Mi padre me llevó a un campo de tiro y me enseñó a utilizar diez variedades diferentes de armamento. Desde una ballesta de mano hasta un fusil de asalto.

—¿Qué coño...? —parecía sorprendido, su gesto era tan salvaje que le provocó una sonrisa.

—Recuerda que mis padres viven en su propio mundo de locuras. No quería que nadie pudiera hacerme daño. Mi madre era pacifista, por lo que ocasionó una enorme discusión entre ellos, pero siguió con su propio objetivo y no se detuvo hasta que fui capaz de montar y desmontar varios tipos de armas con los ojos cerrados.

—¿A qué se dedicaba realmente tu padre?

—No lo sé, la verdad. Ya te he hablado de ellos alguna vez, solíamos vagar sin rumbo fijo y nunca nos quedábamos demasiado tiempo en el mismo sitio. Mi padre desaparecía en ocasiones durante varias semanas, pero siempre volvía. Mamá solía divertirse con sus amantes ocasionales mientras tanto, pero cuando él volvía, su vida se centraba en él. Normalmente discutían a gritos el noventa por ciento de las ocasiones, pero también se querían, a su manera.

—Al final se divorciaron, ¿verdad?

Brenda suspiró, nunca entendería el tipo de relación que habían tenido sus progenitores.

—Sí y aún así han seguido viéndose de vez en cuando y, a veces, incluso se dejan caer para hacerme una visita rápida. ¡Al mismo tiempo!

—¿Saben lo que te pasó?

Brenda suspiró.

—Lo saben. No planeaba decírselo, pero con todo el revuelo mediático que supuso el caso, no me parecía bien que un montón de extraños estuvieran al tanto de la triste y melancólica historia de la bailarina del Pleasure's y mis padres no, así que los llamé y les conté lo que había sucedido. No en detalle, pero sí lo suficiente como para que se hicieran una idea.

—¿Y dónde están?

Sabía a qué se refería Gabe. Otros padres habrían acudido corriendo a proteger a su niñita, tratando de evitarle cualquier nuevo peligro del mundo, pero los suyos no eran de esa manera.

—Mi padre dijo que me había enseñado a defenderme y literalmente expresó: «¿Dónde estaba tu jodida cabeza para no mover ni un dedo y arrancarles las pelotas a esos malnacidos? Esa no es la niña que yo eduqué».

—Voy a matarlo —escupió Gabe con ira—. ¿Acaso se ha vuelto loco? ¿Cómo ibas a enfrentar tú sola...? —La miró, su rostro era una máscara de oscuridad, sabía que estaba tratando de contener su reacción violenta por deferencia a sus demonios, pero no necesitaba hacerlo. Ver cómo alguien se enfurecía por ella en vez de esperar que todo lo arreglara por sí misma, la hacía sentir extrañamente bien. Dejar, por una vez, que otro luchara en su lugar y la arrojara, la convertía en una pequeña mujer femenina y débil y no le importaba. Quería que Gabe fuera su hombre grande y fuerte y que la atrapara en sus maravillosos y fuertes brazos.

Se estaban friendo completamente sus neuronas.

—Solo intentaba hacer frente a su ira y culpabilidad. Algunas personas no reaccionan de la manera correcta.

—¿Qué hizo tu madre? —preguntó, aunque probablemente tampoco le gustaría su respuesta.

—Me preguntó que si estaba malherida físicamente. Si me habían golpeado hasta dejarme inconsciente y ese tipo de cosas. Cuando dije que no

tenía ni una marca en la piel, me dijo que dejara de dramatizar y que siguiera adelante —se encogió de hombros—. Nunca ha sido muy empática. Me quiere a su manera, pero es un espíritu libre. No la culpo, de verdad. El día que cumplí la mayoría de edad y escogí mi propio camino, su mundo se liberó de pronto y pudo ser otra vez feliz.

—Tus padres tienen algún tipo de desorden mental, Brenda. No es normal.

—No te preocupes, lo tengo asumido desde que tenía seis años y se olvidaron del día de reyes. Fue una manera bastante cruel de descubrir que ya era mayor y que... en fin, ya sabes.

—Tiene que ser algún tipo de maltrato —arguyó furioso en su nombre.

Brenda no respondió con palabras, se limitó a acurrucarse por propia voluntad contra él, sentándose en su regazo y rodeándole el cuello con sus brazos.

—¿Y esto? —preguntó con sorpresa pero más que complacido—. Hacía tiempo que no me tocabas voluntariamente.

—Eso no es verdad.

—Lo es, siempre hay algún motivo oculto, pero ahora no veo ninguno.

—Me haces sentir a salvo. No puedo explicarlo, pero cuando me abrazas es como si todo el dolor se desvaneciera. A diferencia que con el resto, que cuando me rozan es como si todo volviera de forma repentina y reviviera cada instante una y otra vez.

—Anoche en la cama, ¿reviviste algún mal momento?

—No. Te lo he dicho, tu contacto me calma. No entiendo por qué, pero es así.

—Ojalá pudiera borrar todos tus malos recuerdos para siempre. No solo los recientes, sino tu pasado. Querría viajar al momento en el que tenías seis años para abrazarte y conseguir que mantuvieras la ilusión un poco más —su

voz estaba llena de emoción mientras le acariciaba el pelo.

—Eres un hombre muy sensible.

Gabriel se rio.

—Creo que eres la única que piensa eso.

—He desconocido tu faceta oscura durante toda nuestra relación de amistad, pero te he conocido a ti, en esencia, durante estos dos largos años. No hay un hombre más divertido, más puñetero con las bromas y más generoso. Me exasperabas y me hacías sentir como parte de una familia, intenté mantener las distancias pero no lo logré y entonces me dije que no debía enrollarme contigo porque eras el típico hombre que se llevaba a todas las mujeres de calle. Y, aún así, nunca vi a una chica en tu piso o escuché gritos de placer procedentes del otro lado del pasillo.

—Mi casa era mi santuario —explicó—. No me gusta mezclar el sexo con el resto de mi vida.

—¿Y esto que hay entre nosotros qué es?

—Tú lo dijiste muy bien hace un rato. Lo que tú y yo hacemos no es sexo, es algo más profundo, una conexión de almas, verdadero amor.

—Pero no deberías amarme ni yo a ti, es un error.

—¿Por qué lo piensas? —preguntó aturdido, como si no diera crédito a lo que estaba escuchando.

—Porque nunca voy a estar a la altura de tus necesidades. Con cualquier otra mujer ya habrías profanado cada rincón de esta casa, pero conmigo te conformas con pequeñas migajas y ni siquiera has conseguido tu momento feliz aún.

Gabriel rio abiertamente ante sus palabras, no le molestó porque sabía que no lo hacía con el objetivo de molestarla, sino porque se lo tomaba todo como una broma.

—Brenda, tú vales más que todas mis amantes pasadas juntas. No porque

fueran malas personas, sino porque no sentía nada más que atracción física por ellas. Ni siquiera eso, eran solo hembras disponibles dispuestas a darme lo que quería —aseguró—. Y sí, reconozco que estamos llevando las cosas con calma, pero ¿por qué apresurarse? A veces la espera es dulce, porque el premio es increíble. No son pequeñas migajas, son grandes promesas y mi momento feliz, como tú lo llamas, se produce cada vez que te veo sonreír y segura entre mis brazos.

Brenda lo miró con exasperación, no era eso a lo que se refería y los dos lo sabían.

—Vale, ya que te preocupa tanto ese asunto, podríamos resolverlo justo ahora —propuso él acomodándola mejor sobre su regazo—. Rodéame con tus piernas, vamos, yo te sostengo. No voy a dejar que te caigas de culo. Mira hacia a mí —ordenó, ayudándola a colocarse en la posición que él quería—. Así es, perfecto.

—¿Qué planeas hacer? —preguntó sin saber muy bien de qué manera planeaba hacerlo. Ese era uno de los motivos por los que no hacían buena pareja, no tenía ocurrencias sexuales a menudo.

—Dime, ¿acaso tus novios no te enseñaron nada?

—He tenido dos novios, Gabe, y nos limitábamos a hacerlo en una cama un par de veces al mes. Tampoco es para tanto y Brandon siempre estaba cansado y a mí no solía apetecerme mucho tampoco.

—Dime, ¿Brandon te engañaba con otras mujeres?

Brenda se encogió de hombros.

—Puede que sí, no lo sé y tampoco me importa. Creo que estaba con él por el hecho de estar con alguien, no porque estuviera enamorada. Me gustaban algunas partes de nuestra relación, como tener a alguien con quien salir a cenar o al cine, pero...

—Tú y yo hacíamos eso.

Brenda asintió.

—Sí, por eso no era tan especial con él, supongo. Y no había química entre los dos, además pretendía que fuera independiente, no pegajosa. Y no creo que sea una mujer dependiente ni nada de eso, pero a veces me hubiera gustado que fuera más...

—¿Dominante? —preguntó arqueando una ceja.

—No creo que... —lo miró y se quedó en silencio. ¿Podría haber sido ese el problema con Brandon o solo era una excusa para justificar su atracción por Gabe?

—Bren —la llamó buscando sus ojos—, no es malo ceder el control a otro. No por norma general, solo en algunas ocasiones. Permitir que otros tomen ciertas decisiones sencillas por nosotros.

—Eso suena fatal.

—Pero no lo es. A mí me encanta que tú tomes decisiones por mí. Por ejemplo: esos abrazos de oso que me dabas cuando estaba de mal humor. Aquella vez en la que te presentaste en mi casa a las siete de la mañana y me obligaste a salir de la cama para empezar el día con buen pie...

—Aquello no te gustó nada —se burló ella.

—En aquel instante no lo valoré adecuadamente —reconoció. Recordaba lo mucho que se había enfadado, incluso le había gritado que se largara, pero se había negado, porque se la debía y porque tenía que hacer algo diferente que dedicarse a estar toda la noche de fiesta.

Ahora sabía por qué trasnochaba tanto, pero entonces puede que estuviera un poco celosa, pensando que se había ido a casa de alguna novia secreta cuya identidad no había querido compartir con ella.

—No es lo mismo que lo de ser dominante —contraatacó ella—. A ti te gusta dar órdenes y que otros las sigan.

—Solo en el sexo, Bren.

—Aún así, no sé si eso era lo que faltaba en mi relación con Brandon. Puede que sí o puede que no y han pasado tantas cosas desde entonces que estoy confusa. Lo único que sé con seguridad es que estoy en el lugar correcto.

—Y a punto de darme algo que insistes en que necesito y que, la verdad, no pienso discutirte.

—¿Vas a cederme el poder esta vez? —preguntó con sospecha.

—Más o menos —aceptó—. Pondré una norma que no podrás romper —advirtió— y luego el placer estará en tus manos a no ser que me pidas que sea yo el que lo dirija.

—¿Qué norma? —la desconfianza hizo acto de presencia en su tono.

—No te quites la ropa.

—¿Y qué gracia tiene? —preguntó ella—. Si no puedo desnudarte, cómo podría...

—No he dicho que no me quites la ropa, solo que no te la quites tú. No puedo concentrarme cuando te veo desnuda.

Brenda sospechaba que podía haber alguna otra motivación tras aquellas palabras, pero decidió que ahora eso no importaba.

—Vale.

—Te ayudaré —propuso él.

—Ibas a darme libertad —empezó a ella.

—Por supuesto, pero cómo vas a saber la mejor manera de hacerlo. Sabes que hay ciertas partes de la anatomía de un hombre que son muy vulnerables, ¿verdad? —inquirió mientras se desabrochaba los pantalones— y que responden muy rápido cuando tienen una mujer preciosa en el regazo.

Brenda sonrió con satisfacción, le gustaba verlo excitado. No había mucha luz en el cuarto, tan solo el reflejo de las llamas de la chimenea, pero eso le daba a la atmósfera un punto de misterio que la hacía sentir excitada y tranquila. Quizá porque sus asaltantes la habían sometido bajo una luz brillante

y en un lugar con cero calidez.

—Me gusta tocarte —pronunció tomando su erección entre los dedos—. Tan duro y a la vez tan suave, eres una contradicción andante.

La risa que abandonó el pecho de Gabe fue tirante, apretaba los dientes y trataba de contenerse. Era un experto en las artes amatorias, pero quizá estuviera mucho más necesitado de lo que había previsto en un principio. Empezó a acariciarlo observando su rostro, deseando ver la respuesta de su placer en los rasgos de su cara.

—Sé que te gusta lo que te hago.

—Me vuelves loco solo con tu olor. No necesito mucha estimulación, Bren.

—Me gusta que uses mi nombre —pronunció sin saber por qué. Tenía la sensación de que no era algo que soliera hacer con sus otras amantes.

—Quiero que seas consciente de que conozco la identidad de la persona que tiene sus manos sobre mí y que ese simple hecho favorece mi placer tanto como el acto en sí —su voz sonaba jadeante, se preguntaba cómo era posible para él mantener un pensamiento coherente, cuando toda la sangre de su cerebro debía estar reuniéndose a toda prisa en su entrepierna, pero Gabe siempre la sorprendía o quizá no estuviera haciéndolo bien.

Las dudas la asaltaron y su mano se detuvo. Gabriel abrió los ojos y la miró, entonces, sin necesidad de palabras, los papeles cambiaron. Las enormes manos bajaron sobre las suyas y la guió con decisión en su ensalada de caricias. Sabía lo que estaba haciendo y le complació descubrir que estaba realmente allí, con ella, no esperando que hiciera por sí misma todo el trabajo como si solo le importara correrse.

Ese había sido el problema con Brandon.

—Quiero todo, Gabe. Solo contigo.

La miró, pero no dijo nada, aún así le dio la libertad suficiente como para

tomar su siguiente decisión algo que la sorprendió y maravilló, haciéndole entender que Gabriel estaba concediéndole algo muy importante. Solo a ella y a nadie más.

—Pequeñas decisiones, Bren —le recordó. Estaba entregándole el poder por un instante, una pequeña decisión que planeaba aprovechar al máximo. Tenía que demostrarse a sí misma que era capaz de hacer aquello.

—Nadie puede asemejarse a ti —le confió y sin dejar de mirarlo bajó de su regazo y se colocó entre sus piernas—. Por favor —pidió mirándolo, no iba a seguir por aquel camino si él le decía que no estaba preparado, pero en contra de todo pronóstico, Gabriel tomó su dura polla entre sus dedos y se la ofreció.

Había un poco de todo allí, la decisión era de Brenda, pero aún así, era él quién estaba al mando. Lo sentía y eso la hizo sentir bien. Mejor que bien.

Gabriel sabía exactamente qué hacer, lo que le dio la confianza que necesitaba. Aún así no empujó en ella, no exigió nada, se plantó muy quieto expuesto y esperando. Estaba más que listo para llegar hasta el final y no pensaba parar hasta que pudiera alcanzarlo.

Este momento era para los dos y estaba dispuesta a llevarlo a cabo.

Gabe estaba seguro de que se había vuelto completamente loco y no porque hubiera algún demonio susurrando en su oreja, en el momento en que había cometido la locura de permitir que Brenda asumiera el control suficiente como para tomar la decisión que, de alguna manera, sabía que terminaría tomando, sino porque estaba más que dispuesto a ir tan lejos, sabiendo lo que eso podía desatar en ella.

Debería haber pensado primero en su bienestar, pero ya estaba demasiado

perdido en su propio placer como para volver atrás.

Había impuesto una sola norma, porque no quería que hubiera ningún punto de comparación entre este momento y aquel en el que la habían obligado a someterse en contra de su voluntad para poder sobrevivir.

Sabía que Brenda se estaba probando a sí misma y mentiría si dijera que no lo estaba disfrutando. Permitiría que experimentara con él todo lo que quisiera. Hacía demasiado tiempo desde que otra persona le había puesto las manos encima y, si era sincero consigo mismo, lo había echado mucho de menos.

—Despacio, Brenda. No necesitas apresurarte —instruyó mientras la mujer lo acariciaba y frotaba su erección contra sus labios entreabiertos. Tuvo que concentrarse en cualquier cosa menos en su rostro tomándolo, porque estaba más que al borde de la locura.

La única respuesta por su parte fue el instante en que sacó su lengua y lo lamió haciéndole mascullar una maldición. Debió sentirse bastante poderosa, porque su reacción la animó a rodearlo por completo y tomarlo en su boca. Apenas la punta al principio, para continuar tomándolo más profundamente.

—Dios, Brenda. No te detengas.

Hizo un esfuerzo por no empujar contra su boca, no quería hacerlo a la fuerza, ni siquiera aunque ella estuviera haciendo esto por voluntad. Necesitaba controlar muy bien este momento, para no desatar algo que ninguno de los dos deseaba. Así que apretó más fuerte su propia erección y permitió que ella siguiera chupándolo, obligándose a permanecer estático.

—Me gusta tu sabor —jadeó la mujer, obviamente seducida por el momento. Su cuerpo reaccionaba, podía imaginar de qué manera y eso lo empujó un poco más lejos.

Se alegró y también se enfadó consigo mismo, por haber exigido que se dejara la ropa puesta. No solo quería verla, quería tocarla. Colocarla contra el

suelo de madera frente a la chimenea y follarla como llevaba todo el día soñando con hacer. No iba a resultarle sencillo aguantar su impulso, pero lo haría porque había demasiadas cosas en juego.

—No te detengas, Bren. No lo hagas.

Perdió el hilo de sus pensamientos, el control de sus caricias. Por primera vez en mucho tiempo, perdió hasta la noción de dónde se encontraba lo único que importaba era el tremendo placer que ella le estaba regalando, ella, Brenda, la única mujer a la que deseaba. No necesitaba más, solo compartir con ella su cuerpo, permitirle entrar muy profundo en su alma, en cada rincón de su misma esencia, para que se empapara de él y pudiera reconocer cada uno de sus gestos, de sus silencios, de sus momentos.

El mar de excitación iba empujándolo en una dirección, la única posible. No supo cómo había llegado hasta ese momento, pero ahora sus manos la guiaban con mucha suavidad y no era él quién empujaba en su boca, sino la mujer quién subía y bajaba sobre él con la seguridad de que estaba haciendo algo bien.

Intentó apartarla, no quería empujarla tan lejos, pero no se lo permitió. No lo hizo y no pudo contenerse más y fue en ese momento, cuando todo su cuerpo explotó junto con la única auténtica compañera con la que había compartido este momento como algo más allá de un mero revolcón placentero, cuando se dio cuenta de que había encontrado lo que siempre había estado buscando.

Cayó derrotado sobre el sofá mientras ella apoyaba su cabeza sobre su muslo. Podía sentir su aliento contra su sexo, en retroceso, y se sintió bien, no hubo vacío ni necesidad de bromear para aligerar ese instante y desterrar la posibilidad de recordar algún otro más oscuro que empujara contra su propia mente.

Esto era similar a perfección y no quería ni imaginar lo que sentiría cuando, finalmente, pudiera terminar dentro de ella.

—Gracias, Gabe —susurró Brenda y parecía realmente relajada.

—Esto no ha terminado —aseguró y la atrajo contra su pecho, la acomodó entre sus brazos y la besó—. Ahora es mi turno.

CAPÍTULO 22

Su dulce dama había desaparecido del mapa, por más que intentaba encontrarla no lograba dar con ella y eso lo estaba volviendo frenético. Tanto que había tenido que abandonar su refugio en las inmediaciones del club, cuando perdió el control y destruyó el lugar por completo.

El maldito vecino de arriba se había quejado de los ruidos de destrucción y antes de que se diera cuenta, la policía estaba llamando a su puerta. Por suerte, había sido lo suficientemente listo como para abandonar el lugar mucho antes de que llegaran. Había borrado sus huellas y se había llevado lo único que podría identificarlo: su ordenador portátil.

Ahora tendría que regresar al refugio que no pensaba volver a pisar, pero era el único lugar verdaderamente seguro.

Maldijo, estaba tan furioso que no podía contentarse con una jugada vencedora, tenía que castigar a aquel que se había interpuesto en su camino obligándolo a cambiar sus planes.

Si no hubiera intervenido, todavía podría seguir cerca de ella, ahora no podría mantener su estrecha vigilancia, iba a estar demasiado lejos de Brenda. La necesitaba, tenía que encontrarla.

Bajó al sótano en el que guardaba su colección de reliquias y escogió su favorita: el martillo de Thor. Lo había conseguido en una subasta por internet, con un nombre falso y lo había recogido en un punto de recogida de correos. Nadie se había ocupado en comprobar si los datos eran verídicos, solo les importaba el dinero y a él le sobraba, con lo cual podía dedicarse a su afición sin temor a ser atrapado.

Podría seguir repartiendo su justicia por el mundo, estaban demasiado necesitados de mano dura y estaba más que dispuesto a dársela.

La réplica del martillo era exacta a la que había aparecido en Los

Vengadores y sabía que, al igual que en la película, el material era casi irrompible. No podría volar con él, pero cada superhéroe tenía que concentrarse en sus fortalezas y no en sus debilidades. Lo sopesó en su mano izquierda y se dijo que era una buena manera de darle una lección a aquel viejo ruin que le había arrebatado todo.

Se puso su traje de la suerte, sus guantes de cuero y se dirigió a su Chevrolet, era un modelo tan común que nadie recordaría haberlo visto. Por eso lo tenía para este tipo de emergencias.

No sobrepasó ningún límite de velocidad, respetó todos y cada uno de los semáforos y pasos de peatones, utilizó los indicadores, incluso cedió el paso al autobús escolar, amablemente. Se comportó como un ciudadano modelo hasta llegar al edificio en el que había vivido durante un tiempo. No era una zona muy respetable, por lo que nadie se fijaba en quién entraba o salía y su cara era demasiado común como para que alguien pudiera recordarla. Incluso si lo hacían, había alterado lo suficiente su aspecto como para que no lo identificaran con su verdadero nombre. Era muy inteligente, un caballero de brillante armadura cuya intención era liberar al mundo de las malas personas, tenía que serlo.

Llevaba su martillo en una bolsa de comida y una sonrisa pegada a su rostro. No lo vería venir, así sería más fácil.

Iba a encargarse de que no volviera a molestar a nadie más, esa ruin sabandija con síndrome de Diógenes que se dedicaba a joderles la vida a los demás. No se había quejado de su tendencia a recoger basura, ¿por qué tenía que meterse donde nadie lo llamaba? Lo había hecho por última vez.

Presionó el timbre con determinación: uno, dos, tres timbrazos... y esperó. Cuando el hombre abrió, sin molestarse en mirar quién era, entró y lo empujó al interior. Con una sonrisa macabra se apresuró a cerrar tras él, nadie tenía por qué ver lo que iba a suceder a continuación.

Era el momento de hacer justicia y como buen héroe, se encargaría de sacar la basura y ni siquiera pediría una recompensa a cambio.

Y por supuesto, dejaría una ofrenda a su Brenda, porque por ella tenía que hacer de este mundo un lugar seguro en el que pudiera sentirse a salvo.

CAPÍTULO 23

El martes había sido un día normal, habían disfrutado de la compañía mutua, del entorno natural y habían bromeado. Estaban bastante más relajados los dos, pensó Gabe, después del juego nocturno que les había dado más que buena satisfacción y también le había dejado un par de cosas claras.

La primera, Brenda no estaba perdida tal y como ella pensaba, llevaría un tiempo que se librara completamente del dolor, jamás lo olvidaría, pero conseguiría recomponerse y la segunda, la más sorprendente de ambas, no era tan ajena a su necesidad de mantener el control, es más, casi sin darse cuenta se lo pedía de forma constante. Le cedía el control sobre su placer, que era el mayor acto de confianza que podía entregarle. Sin ningún tipo de acuerdo previo, tan solo sus acciones le dejaban claro que lo necesitaba. Que lo quería tal cual era y ese nivel instintivo de aceptación le había alcanzado en un lugar muy profundo. Nadie nunca, ni en las fantasías más salvajes que había hecho reales en su mazmorra, había sentido ese nivel de conexión tan grande.

Había tanto que explotar entre los dos... tanto en lo que pensar que no quería permitir que aquellos días de libertad terminasen, pero estaban cercanos a hacerlo. Ya era miércoles y estaban preparando su vuelta.

Esa noche Brenda tenía que acudir a una reunión para mujeres maltratadas y desde que se había despertado se mostraba inquieta, los nervios se habían apoderado de su estómago. Apenas había dado dos bocados a su desayuno.

—¿Qué te preocupa tanto? —le preguntó directamente. A veces era mejor sacar los temores a la realidad y dejarles mostrar su fea cara.

—Es por la reunión, ¿y si ese loco nos sigue hasta allí? Esas mujeres no necesitan más preocupaciones o problemas. Ya están lidiando con sus propios monstruos.

Gabriel no quería pronunciar en voz alta lo que estaba pensando, porque

le resultaba bastante inquietante, pero lo cierto era que estaba seguro de que si el tipo sabía dónde encontrar a Brenda los lunes por la mañana, sabría en qué lugar se producían las reuniones y qué día. Puede que incluso estuviera dentro del hotel que organizaba el evento. O hasta en la propia seguridad. ¿Quién sabía? Podría tratarse de cualquiera.

—No creo que debas preocuparte por eso. Sí, es un riesgo, pero hasta ahora sus objetivos han sido hombres, por lo que todas esas mujeres deberían estar a salvo de su locura.

—No lo sé, Gabe. Tengo un mal presentimiento con esto.

Puede que tuviera razón y aquello fuera una mala idea o, quizá, tan solo estaba nerviosa por presentarse allí con él.

—Si quieres, puedo esperar fuera. No tengo por qué entrar contigo, Bren. No necesitas hablar delante de mí.

—¿De verdad crees que es por eso? —Negó—. No me preocupa que escuches lo que tengo que decir, tampoco que las otras mujeres se sientan violentas contigo. Te conozco, sé que sin importar a qué te dediques o qué necesidades propias tengas, puedes integrarte sin problema. No vas a ser el único hombre allí, algunas de las actuales parejas de mis compañeras las acompañan, incluso les agarran la mano mientras comparten sus terribles experiencias.

—¿Quieres que sostenga tu mano mientras abres tu corazón? —se lo estaba preguntando completamente en serio.

—No me importaría —admitió—. ¿Sabes que esas reuniones hasta ahora no me han ayudado demasiado? No dejaba de mirar a cada rincón, no importaba quién se sentara a mi lado, no conseguía estar tranquila. Tengo miedo de dejar este lugar y volver a estar asustada todo el tiempo.

—Pero no tenías miedo, Bren, no sentías nada.

—Me estaba engañando a mí misma —reconoció—. La oscuridad y el

dolor estaban distorsionando mi propia capacidad para reconocer lo que me pasa. Y es sucio y asqueroso miedo. No va a desvanecerse por arte de magia, cuando volvamos allí, resurgirá de sus cenizas y volverá a herirme y ahora ya no podré protegerme con ese escudo de indiferencia.

—¿Y aquí no?

—Solo estamos los dos y este lugar es tan diferente a todo lo que he tenido en los últimos años que no hay manera de que pueda asociarlo a algo negativo.

—Entonces compraré la cabaña y nos vendremos a vivir aquí.

—Te has vuelto completamente loco —bromeó ella, pensando que no hablaba en serio. Sin embargo, estaba empezando a valorar esa posibilidad. Si el lugar le proporcionaba tranquilidad, siempre podía pensar en serio en convertir aquel lugar en una residencia permanente para los dos.

Con un poco de obra y una pequeña ampliación, el lugar sería idílico.

—No es una idea tan descabellada —sugirió.

—¿Tengo que recordarte que estás al borde de la pobreza con las pérdidas del club? Y por mi culpa, ampliaste tu negocio y ahora no vas a poder cubrir los gastos —se lamentó.

—Eso no es cierto, Bren. No estoy en la pobreza, tengo algunos ahorros y siempre hay opciones.

—¿Como cuáles? ¿Vender el Pleasure's? ¡Es tu vida!

—No necesito venderlo. Hay gente interesada en invertir en nosotros, podríamos pensar en aceptar un par de socios.

—Perderías el control sobre las decisiones respecto al rumbo...

—No te preocupes por eso, lo pensaremos más adelante.

—No quiero que tengas que cambiar toda tu vida por mí —dijo con preocupación.

Lo que no sabía era que ya le había cambiado la vida y estaba seguro de

que este cambio iba a ser a mejor. De momento se sentía mucho más feliz que en mucho tiempo y teniendo en cuenta que podía haber alguien ahí fuera que quisiera acabar con él solo por el hecho de estar cerca de Brenda, debería tenerlo un poquito nervioso, cuando menos, pero carecía de importancia.

Su mayor objetivo ahora mismo era verla feliz y tranquila. Sin la angustia de tener que estar mirando a su alrededor buscando la amenaza cada dos segundos.

—Lo que nos lleva de vuelta a esta noche —comentó, trayéndola de nuevo al asunto que les importaba a ambos—. Daniel ha reservado una habitación para nosotros en el mismo hotel para que no tengamos que salir en plena noche y arriesgarnos. Va a tener agentes de paisano vigilando por si acaso, pero tenemos que hacer como si no supiéramos nada del asunto. Como si fuéramos una pareja asistiendo a terapia juntos, ni más ni menos.

—Si me ha vigilado, sabrá que somos amigos.

—Si piensa que somos algo más, se verá tentado a romper sus planes. Le sacaré de quicio, atacará y podremos pillarlo de una vez por todas.

—Podrías acabar herido —le recordó con tono preocupado.

—Puedo vivir con eso, Bren. No quiero que ningún otro idiota vuelva a amargarnos la vida. Nos merecemos un poco de tranquilidad y ya va siendo hora. —Estaba harto de que lo que pensara el resto del mundo tuviera peso en sus decisiones sobre cómo vivir su vida—. Estoy más que feliz de poder estar contigo y poder acompañarte a esta sesión. Así podré ver otra faceta de tu carácter y haremos algo para apresurar las cosas con ese malnacido que esta asesinando a personas inocentes.

—Inocentes... —titubeó Brenda. Entonces recordó lo que su jefe había tratado de hacerle.

—Puede que sean criminales, abusadores, maltratadores... y lo reconozco, yo mismo habría tratado de matarlo, pero me habría detenido.

Porque no podemos tomarnos la justicia por nuestra mano, tenemos que confiar en el sistema judicial y en las leyes.

Eso era algo que le había inculcado su hermano y sabía que tenía razón. Tenía su propio equipo de seguridad en el club, pero cuando algo cruzaba las líneas entre el mal gusto y la ilegalidad, siempre contactaban con la autoridad competente para que llevara a cabo las acciones necesarias. Colaboraban con la policía si era preciso y no se interponían en ningún tipo de investigación oficial. Quizá por eso, a pesar de la mala fama que habían desarrollado en los últimos tiempos, nadie había corrido a su puerta con acusaciones de actividades irregulares o amenazas que si habían recibido otros clubs similares en la ciudad.

Y no tenía nada que ver con Daniel ni con que parte de la mafia les hubiera ofrecido su protección.

—Lo sé, pero a veces no puedo evitar querer tomarme la justicia por mi mano.

—¿Crees que es mejor asesinar al que asesina que juzgarlo y encerrarlo para que se pudra en la cárcel durante el resto de su vida?

Brenda negó.

—No, Gabe, pero pienso, aunque no sea lo políticamente correcto, que el que está muerto ya no viola ni mata ni hace daño a nadie, porque simplemente no existe. ¿Asesinaría a alguien con mis propias manos? Jamás. ¿Me da más tranquilidad que la mayor parte de mis violadores estén criando malvas? Sí. Y si eso me convierte en una mala persona, pues que así sea.

—No eres una mala persona, Bren. Jamás pensaría eso sobre ti. Pero, dime, ¿el hecho de que esos hombres estén muertos ha eliminado todos tus miedos?

—No.

Gabe no quería seguir por ese camino, porque su chica tenía todo el

derecho del mundo a sentir lo que sentía y concordaba con ella.

—Me siento más tranquilo sabiendo que recibieron su merecido, hay personas que no merecen vivir. Me habría gustado más, sin embargo, que hubiera sido en un enfrentamiento con la policía y no en algún tipo de ajuste de cuentas —confesó.

—Tienes razón en eso, pero también me alegro de que tu hermano no estuviera implicado en un tiroteo. He aprendido a apreciarlo.

Daniel se había convertido en una especie de padre protector de Brenda en el corto período de tiempo que había accedido a trabajar para él. La chica no le había permitido acercarse, pero lo miraba como si supiera que nunca tendría nada que temer de él y para alguien que mantenía las distancias con todo el mundo, era un gran avance.

—Me alegro mucho de que vaya a tener un bebé con Abbie.

—¿Te lo ha contado? —se sorprendió él.

Brenda se rio.

—¿Daniel? No, me lo ha contado Abbie. ¿No te has dado cuenta de que viene a verme de vez en cuando? Me dijo que no se lo dijera a nadie, porque tenían miedo de que algo fuera mal. De todos modos, tu hermano lo comentó la última vez que nos reunimos con él, ¿no lo recuerdas?

—¿Es que ha tenido algún problema? —inquirió Gabe, obviando la última parte de su comentario.

—Nada serio, pero ya sabes, es algún tipo de superstición eso de hablar un embarazo antes de que termine el primer trimestre —comentó—. Tu hermano va a estar completamente estresado cuando nazca, se preocupa demasiado.

—Daniel vive estresado desde que nació —bromeó, a pesar de la parte de realidad que había en sus palabras—. Se toma la vida muy en serio. Por suerte, Abbie lo incita a cometer alguna que otra locura. ¿Te ha contado cómo

concibió a los gemelos?

—¿Gemelos? Pensaba que era un solo niño.

—Son gemelos y hay una grabación de una cámara de seguridad del momento de su concepción. No vayas a decirle a Daniel que te lo he contado... pero pienso tomarle el pelo por eso durante el resto de su vida — dijo consiguiendo que Brenda sonriera.

—Eres muy malo...

—¿Malo? No ¿Travieso? No sabes cuánto —respondió moviendo sus cejas arriba y abajo con gesto bastante absurdo, pero de nuevo los ojos de su chica brillaron y la oscuridad pareció retroceder un poco más.

—Me gusta tu hermano —confesó Brenda mirándolo con algo parecido a la ternura.

—Espero gustarte más yo.

Se atrevió a darle un pequeño golpe en el brazo con el puño cerrado, como en los viejos tiempos, y lo hizo sonriendo. No podía alcanzar a describir lo mucho que significaba aquello para él.

—No seas tonto.

—Malo, tonto... mmmmmm estás pidiendo que te dé una buena lección. No puedes revolverte en contra del maestro, nena.

Brenda se rio, lo empujó y montó a horcajadas sobre él.

—Quizá te la dé yo a ti, después de todo —lo besó en la barbilla y lo miró a los ojos fijamente—. Gracias por lo que haces, Gabe. No hay terapia ni mejor medicina para mi cabeza y mi corazón que tú.

Rodó con ella por la alfombra frente a la chimenea y sonrió cual lobo a punto de dar un bocado a su presa.

—Eso que me has dicho es muy bonito —aferró sus muñecas con contundencia, pero sin hacerle daño, lo justo para restringir sus movimientos y tenerla a su merced—, pero no hará que te libres del justo pago por tus

palabras previas. Me lo debes.

—¿Y qué será esta vez, gran amo y señor? —dijo tratando de aportar un tono de diversión al momento, pero tenía que admitir que había percibido más allí entre los dos, porque de pronto tragó saliva y lo miró expectante, es más, su cuerpo empezó a reaccionar, su pecho subía y bajaba casi erráticamente y estaba jadeando.

—Te gusta estar debajo de mí, ¿verdad, Bren? Lo que te hago —le rozó la mejilla con los labios, un casto y sencillo beso que la hizo contener el aliento, bajó a su cuello y lo mordisqueó; Brenda se arqueó hacia él, buscándolo. Gabe sintió la fuerza de su propio placer emerger y esa voz que siempre le gritaba: «ya sabes qué hacer. Tómala. Es tuya» y sabía que esta vez era «solo suya», lo que satisfacía a la bestia que se retorció en sus entrañas.

—Me gusta todo contigo —exhaló—. Si es rápido, mejor.

—No hablas en serio, te gusta lento. Cuando me tomo todo el tiempo del mundo, reaccionas de forma exquisita. Fíjate, no puedes evitarlo, te derrites para mí y eso me vuelve completamente loco.

—¿Lo echas de menos? —preguntó Brenda, buscando algún tipo de respuesta no verbal en su rostro. Tratando de asegurarse que aquello era bueno para él y no mera actuación.

—¿Qué piensas que echo de menos? ¿Esto? —preguntó liberando una de sus manos para desabrocharle la blusa y acariciarle el pecho por encima del sujetador—. Te he observado todas esas noches en el escenario deseando pasar mis manos por tu cuerpo. Atravesar la sala y reclamar mi premio, dejar claro que el resto solo puede ver, pero que lo mío solo lo toco yo.

—No soy tuya —dijo ella, pero no lo decía en serio. Los dos sabían que se pertenecían, sin importar con qué trabas tuvieran que luchar de camino.

—Del mismo modo en que te pertenezco, Bren. Ni siquiera tú puedes negarlo —añadió besando el montículo de su pecho izquierdo y lamiendo el

límite entre la piel y la delicada prenda—. Soy adicto a ti, no importa qué pedazo de cuerpo, alma, mente o corazón. Me vuelves loco de una manera en que nada ni nadie puede hacerlo.

—Gabe... —suplicó, no estaba seguro de que ella supiera lo que le estaba pidiendo, pero decidió dárselo igualmente.

Bajó la prenda lo justo para poder exponerla a su vista y se dio un agradable banquete visual con sus pechos. Puede que no fueran enormes, pero tenían el tamaño perfecto para él, solo por el hecho de que eran los de Brenda y esa mujer lo tenía completamente atrapado.

—Por favor —se retorció solo por el hecho de que estuviera mirándola. Con su mano libre tiraba de él para exigirle lo que quería, pero se apresuró a sostenerla con firmeza nuevamente y dejarle claro lo que planeaba hacer.

—Este es tu castigo, Bren, así que voy a disfrutar de las vistas un rato, no hay nada que puedas hacer para evitarlo. Y cuando considere que te has retorcido lo suficiente, seguiré jugando un poco más, porque planeo degustar minuciosamente y en detalle cada una de estas maravillas, antes de llegar a mi verdadero objetivo. ¿Recuerdas la manera en que te penetré con mi lengua anoche y cómo te corriste en mi boca? Vamos a repetir la jugada.

No necesitó hacer mucho más, porque sus palabras, su mirada, incluso su pose de dominación, casi involuntaria, habían hecho el efecto mágico. Decían que una mujer no necesitaba tocar a un hombre para levantar cosas, pero desde luego un hombre tan solo necesitaba hechizar el cerebro de una mujer para lograr que se deshiciera en un orgasmo encantador.

El rostro de éxtasis de Brenda lo satisfizo y lo excitó hasta el punto de que se dio cuenta de que el supuesto castigo lo estaba sufriendo más que ella y no pensaba dejarla a medias.

Al fin y al cabo le había dicho una gran verdad: nunca mentía y le había hecho una promesa. Su lengua se la había hecho y estaba más que ansioso por

complacerla.

CAPÍTULO 24

Brenda sentía sus piernas temblar, tenía la sensación de que en cualquier momento iban a fallar y caería redonda en medio del hall de aquel modesto hotel de tres estrellas. Habitualmente, se encontraban en una sala del ayuntamiento destinada para este tipo de reuniones, pero en esta ocasión la organización, seguramente escuchando la sugerencia de cierto agente de policía muy tozudo, había decidido aceptar la oferta del Hyperion. La dueña del lugar había sido en su momento una participante activa del encuentro, debido a que su primer marido había estado a punto de matarla delante de su único hijo, una de esas veces en las que se le fue un poco de más la mano.

Odiaba ese tipo de comportamientos absolutistas por parte de los hombres. Como si fueran las únicas personas capacitadas para decidir qué era lo mejor para ellas, como si no tuvieran cerebro para pensar.

Lo que se contradecía con lo que sentía por Gabriel, un hombre dominante que tenía muy claro lo que quería, cómo y cuándo. Y por algún motivo que no alcanzaba a entender, esa actitud que debería repudiar por principios la llevaba hasta un punto en el que no podía contenerse y explotaba de forma salvaje.

Gabe lo llamaba «pequeñas decisiones» y puede que tuviera razón, que no se tratara de algo más importante que un momento de juego y placer, porque cuando lo miraba, veía a un hombre encantador y amable dispuesto a hacer feliz a cualquier persona. No se comportaba como un bruto neandertal que no tuviera en cuenta sus opiniones, al contrario, la escuchaba de verdad; no había nada fingido en él. Era tan auténtico que no entendía cómo sus amantes del pasado no habían hecho todo lo posible por atraparlo.

Lo deseaba, simple y llanamente, un deseo que la abrasaba sin importar el

dolor que llevaba encerrado dentro de sí. Lo amaba, porque era imposible no hacerlo. La forma en que la miraba, cómo se preocupaba por ella, lo mucho que se esmeraba para dejarle claro que estaba loco por todo lo que era. Aseguraba que estaba enamorado, pero no lo tenía tan claro, porque un hombre tan increíble simplemente no podía querer quedarse solo con la simple, fea y aburrida Brenda. Frígida, Brenda, como había dicho Brandon. ¿Por qué lo haría? Gabriel era mucho mejor que ella. Más guapo, más emprendedor, más salvaje, más determinado. Lo tenía todo, a diferencia de ella que no tenía absolutamente nada. Ni siquiera una familia que se preocupara realmente por cómo le iba la vida. Pero lo peor de todo no era el amor o el deseo, con eso podría sobrevivir, lo peor era lo mucho que confiaba en él. Una confianza ciega que le había entregado desde el principio y que no había podido compartir con nadie más.

¿Podía ser el destino tan ruin de obligarla a enamorarse de la persona equivocada y dejarla inutilizada para el resto? ¿Y qué pasaría cuando Gabe se aburriera de la novedad de sanarla y quisiera regresar a sus orgías y dominaciones en el club? ¿Cómo sobreviviría a ese palo?

Tenía que encontrar la manera de mantener la distancia, al menos emocional, entre los dos. De lo contrario, estaría completamente perdida una vez que esta pequeña fantasía terminara.

—Esperaba que estuvieras más relajada después de nuestro juego en la cabaña. ¿Qué pasa, Bren? ¿Quieres marcharte? No tienes por qué entrar ahí.

Hablaba en serio. Estaba, genuinamente, preocupado por su bienestar y no podía empezar a describir lo que eso significaba. No podía escuchar a su corazón, ese loco que palpitaba ansioso de un poco de esa droga llamada Gabe.

—Estoy bien, tengo que hacer esto. Mi psicóloga piensa que es bueno para mí y creo que tiene razón.

—¿Lo crees o lo sabes? —preguntó Gabe—. No voy a protegerte de todo, porque te estaría perjudicando si lo hiciera. Tienes que tomar tus propias decisiones y las respetaré, tienes mi palabra, pero quiero que hagas lo que hagas sea por tu propia iniciativa y deseo. Nadie puede obligarte a ir en contra de tu voluntad. Ni siquiera yo, ¿entiendes eso?

—Tú no me has obligado a nada, Gabe. Tranquilo —quizá pensaba que no había querido lo que había pasado entre ellos y se equivocaba de pleno. Porque no solo lo había querido, sino que lo había necesitado.

—No me refiero al sexo, Bren —la pinchó, sabía que se estaba burlando de ella, desde el cariño, pero burla al fin y al cabo.

Le dio un codazo en el estómago sacándole todo el aire, a lo que el hombre se quejó sonoramente.

—Joder. Ya veo que estás mejor.

—Vamos y deja de ponerme de mal humor, anda. Cuanto antes lo hagamos, antes terminará.

Eso no era cierto, porque todo tenía sus tiempos y no le quedaba más remedio que esperar a que llegara su turno, como el de todas las demás. Observó el entorno hasta que encontró el cartel que indicaba la dirección de la sala de reuniones en la que tendría lugar el encuentro. La puerta ya estaba abierta y había varios asientos ocupados. Algunas mujeres estaban acompañadas por una nueva pareja, otras por alguien de confianza que les ofrecía su apoyo incondicional para pasar por este amargo trago y otras estaban completamente solas.

Una chica al fondo de la habitación llamó su atención. Se sentía identificada con ella, porque así había estado la última vez que había acudido a una cita de este tipo. Sola y rezando para que nadie se le acercara, para evitar el contacto con cualquiera que pudiera acercarse mínimamente a ella. Tanto física como emocionalmente. Le dolía la cercanía, le dolía tanto que

había tenido miedo de comportarse como una histérica. Gritar y llorar sin motivo aparente.

—¿Todo bien? —susurró Gabe a su oído.

Y el miedo se esfumó tan pronto como había llegado. No estaba sola y ya no tenía que regresar a ese punto en el que había quedado atrapada tras la agresión. Podía salir adelante sin problemas, podía sanar e incluso enamorarse de verdad del hombre correcto.

Lo miró y una extraña paz la recorrió. Todavía tenía un largo camino por delante, pero con esfuerzo y el apoyo adecuado cualquiera podía superarse.

—Perfectamente. Vamos a sentarnos allí —añadió señalando el lugar junto a la chica, que ni siquiera se había percatado de su presencia.

Gabe no respondió, pero su ceño se frunció y todo su rostro se oscureció producto de la preocupación. Sabía por qué. La mujer se afanaba en ocultarse, estaba tan encogida que podría fácilmente intentar volverse invisible, aún así, seguirían viendo su terrible tristeza, el miedo y la desesperación. Parecía bastante joven. Puede que rozara los veinticinco años y a pesar de su juventud estaba completamente derrotada.

Cuando levantó una mano para apartarse un mechón de pelo de la cara, pudieron ver que tenía la mano amoratada y algunos dedos extrañamente hinchados. Si le hubieran preguntado a Brenda, habría asegurado que se le había roto alguna falange. Tenía que dolerle, porque contuvo el aliento con el movimiento y las lágrimas llenaron sus ojos, a pesar de que se obligó a contenerlas.

Se le rompió el corazón. Nunca, desde que había empezado a ir a estas sesiones, se había fijado en el resto de participantes. Había estado demasiado encerrada en sí misma, ocupada con sus propios demonios, pero estaba harta de obsesionarse con su propio ombligo. Nunca había sido así, nunca había querido ser objeto de compasión. Esa no era su identidad y ya era hora de que

empezara a dejar de lamerse las heridas y se concentrara en sanar. Tenía que dar las gracias a tantas personas por haber tenido la paciencia de permanecer a su lado y ofrecerle su ayuda desinteresada...

—¿La conoces? —le preguntó Gabe. No la miraba, estaba concentrado en la chica. Sabía que no soportaba que alguien se aprovechara de los más débiles y las marcas en su rostro podían enviar a cualquiera bastante cerca de la violencia.

Incluso a un idealista como el hombre que estaba a su lado. Creía en la justicia y en que el bien terminaba ganando, pero a veces el enemigo estaba en tu propia casa. La persona que más te conocía, en la que más confiabas, era la que se encargaba de torturarte día tras día.

Brenda había pasado por un auténtico infierno. Había sido secuestrada y violada, la habían utilizado de moneda de cambio para castigar a Gabriel y aún así podía estar agradecida de no haber sido agredida por alguien que realmente le importara.

Esta chica no solo había perdido la sensación de seguridad que le producía el hogar, sino que también habría empezado a dudar de sí misma y de su capacidad para elegir a las personas correctas que podían aportarte algo positivo en la vida.

Si algo tenía ella, era a Gabriel y a todos sus amigos. Y, a pesar de que el contacto resultara doloroso en la mayor parte de los casos, también era reconfortante en otros. Estar con Gabe curaba su alma y empezaba a sanar su corazón. La confianza era la medicina más poderosa de todas.

—¿Está libre este asiento? —preguntó acercándose a la mujer—. Odio tener gente detrás a la que no puedo controlar —reconoció—. Me gusta poder ver a todo el mundo, sin que me vean a mí.

A veces decir la verdad la había ayudado a estar en el lugar correcto, cuando necesitaba hacerlo.

No hubo más respuesta que un encogimiento de hombros que debió de causarle un terrible dolor. Sintió a Gabe tensarse a su lado y le acarició la mano pretendiendo tranquilizarlo, antes de que dijera algo que la pobre mujer no estaba lista para escuchar.

Se sentaron y esperó pacientemente en silencio a que les dijera algo, pero no lo hizo. Gabriel la miró y no pudo evitar preguntar:

—¿Estás bien?

La chica asintió, pero parecía a punto de echarse a llorar y no parar en un largo tiempo.

—Si hay algo que yo pueda hacer para ayudarte...

No respondió, Brenda intentó sonreírle con comprensión, pero no obtuvo ningún efecto. Entendió que debían dejarla tranquila. Había estado en ese punto la última vez que estuvo en un lugar muy parecido a este.

—El mes pasado fue un auténtico suplicio venir aquí —confesó Brenda mirando a Gabe—. Estaba tan asustada, me senté al fondo y cada vez que alguien intentaba acercarse a mí, tenía que hacer un gran esfuerzo para que me dejaran tranquila, que era todo lo que necesitaba en aquel momento. A veces, lo único que la gente debería hacer es pasar de largo —reconoció en voz alta. Nunca lo había mencionado porque había tenido miedo de hacerlo, ahora había recuperado parte de su valentía y nunca había tenido pelos en la lengua. Miró entonces a la chica—. Haz como si no estuviésemos aquí. Vamos a ser tu escudo para que te dejen tranquila. Solo sienten la necesidad de ayudar cuando se encuentran con lo que llaman «islas».

Y se concentró en Gabriel de nuevo, entrelazó sus dedos con los de él y recibió un apretón de ánimo. La dirección del evento apareció en la parte frontal de la sala y las puertas se cerraron con un suave golpe. Suficiente para hacer saltar a su compañera de asiento, pero ninguno de los dos reaccionó ante ello.

—Esta noche nos reunimos en este maravilloso entorno para garantizar vuestra seguridad. Hay agentes de paisano rodeando el hotel para asegurarnos de que nadie con intenciones deshonestas pueda llegar hasta cualquiera de vosotras —informó la directora—, sois libres de compartir con el grupo cualquier cosa que queráis contarnos o simplemente de quedaros sentadas y escuchar. Como siempre, no hay ningún tipo de publicación sobre el lugar, la hora o la fecha de este encuentro en ningún tipo de red social. Habéis recibido la información de forma directa y personalizada —recordó—, por lo que no temáis represalias. Nadie sabrá dónde habéis estado. Aquellas que lo deseen, podrán pasar la noche en el Hotel. La dirección ha cedido amablemente la segunda planta para nuestras participantes y sus acompañantes.

Hubo un murmullo en la sala, todo el mundo parecía conforme con la información que habían recibido. La oradora esperó con paciencia hasta que de nuevo se hizo el silencio y añadió:

—Una vez que terminen vuestros testimonios, tomaremos un refrigerio como siempre. Si alguien necesita ayuda, tenemos algunas personas que podrán aconsejaros y haceros recomendaciones personalizadas para cada una de vuestras situaciones. Contamos también con la compañía de nuestra psicóloga Halley Santana —La mujer se levantó y saludó a todo el mundo, para dejar clara su identidad y que pudieran acercarse en cualquier momento que consideraran necesario. Era una mujer mayor, probablemente cerca de la edad de jubilación, o jubilada. Ya la había visto en otras ocasiones, se había acercado para charlar en el pasado, pero mantuvo las distancias, porque, simplemente, no tenía nada que decir. Ahora se preguntó si había tomado una buena decisión.

—Si nadie tiene ninguna pregunta, podemos empezar cuando queráis —terminó la mujer, dejando el micrófono en el pie y se retiró dando vía libre a quien quisiera abrir el acto.

No hubo que esperar mucho, Sabrina, una chica que siempre participaba para contar sus avances, rompió el hielo y recordó brevemente su experiencia. Habló de cómo había salido de su pesadilla personal y cómo había sido capaz de rehacer su vida. Iba a ser madre pronto y su marido, un hombre tímido pero que la miraba con infinito amor, la había ayudado y apoyado a lo largo de todo el proceso.

Explicó gran parte de su lucha y dio algunos consejos a las que todavía no se habían atrevido a presentar una denuncia o abandonar a los hombres que las habían convertido en prisioneras en sus propios hogares.

No fue la única que intervino, lo hicieron varias. Como siempre, la mayor parte de las que hablaban habían seguido adelante, se habían liberado. Las que seguían luchando con sus demonios acudían, escuchaban y se marchaban en silencio.

Brenda había sido una de esas expertas en esquivar a todo el mundo y escapar antes de que nadie pudiera notarlo. No había formado parte del grupo, no hasta este momento, porque ni siquiera había entendido qué estaba haciendo allí.

El escenario quedó libre, todo el mundo parecía muy quieto, como si nadie más fuera a dar el paso y entonces lo supo, este era su momento. Miró a Gabe y el hombre, sin necesidad de pronunciar una palabra, entendió lo que le estaba diciendo. Le dio un apretón de ánimo en la mano unida y la dejó libre.

Se levantó y, probablemente, estaba a punto de sufrir una crisis de ansiedad, pero no le permitió ganar esta batalla al miedo. Era su lucha y ya era hora de que alzara las armas y empezara a dejar atrás todo el dolor que había estado arrastrando durante meses. Había pasado por todas las etapas del duelo, había llegado el momento de la aceptación. Tenía que ser consciente de que sí, le había sucedido algo terrible, pero que no podía recrearse en el dolor y la depresión, su vida no había terminado, tenía un brillante futuro al alcance

de su mano si se atrevía a atraparlo.

No supo cómo llegó hasta el escenario ni cómo tuvo el valor para tomar el micrófono y mirar a todo el mundo. No era diferente a bailar en el club para una audiencia que no la perdía de vista y, sin embargo, parecía otro mundo. Un acto mucho más importante y aterrador.

»Buenas noches —dijo con voz entrecortada, de pronto se sentía más nerviosa que nunca antes—. Soy Brenda y hace exactamente ocho meses, tres semanas, dos días, dieciocho horas, veinte minutos y... —miró su reloj— cincuenta y dos segundos, desde que un desconocido entró en mi casa y destruyó todo mi mundo. —Se le secó la boca, sus manos sudaban y sentía cómo le temblaban las piernas. No quería mirar a Gabe, porque hablar sobre esto le haría daño. No era la única que había sufrido con su pesadilla, él también lo había hecho. Profundamente. Cada palabra le haría un corte salvaje y profundo que le heriría tanto como la había herido a ella. Pero no importaba, ya no, porque tenían un futuro y el pasado solo era un mal recuerdo que podían dejar marchar—. Me secuestraron —continuó mirando a algunas mujeres que la escuchaban con atención, no la juzgaban, no mostraban ningún tipo de superioridad solo comprensión, lo que facilitó esta dura tarea— mientras dormía. No lo vi venir, no lo esperaba. Me llevaron a una especie de almacén abandonado, que habían acondicionado perfectamente para sus planes, y... — tuvo que guardar silencio un instante, necesitaba tomar aire, reordenar sus ideas. Gabriel se levantó, listo para ir por ella. Era su apoyo constante, siempre lo sería. Hizo contacto visual con él y negó con la cabeza, pidiéndole que la dejara terminar, no podía echarse para atrás, ahora no. Tenía que ser capaz de decirlo sin sentir esa vergüenza que se había arraigado en ella haciéndola sentir sucia e impura—. Había un grupo de hombres rodeándome. Recuerdo que no podía moverme, no paraban de discutir sobre cómo iban a violarme —intentó sonar desapasionada pero su voz se rompió, algunas

mujeres se indignaron en su nombre, otras la miraron con empatía, lo que logró romperle aún más el corazón, pero tenía que seguir—. Me dijeron que tenía dos opciones: o someterme y hacer lo que me pedían o sufrir hasta la muerte —miró a un punto vacío del fondo de la sala, se odiaba tanto por no haber luchado, por no haberlo intentado—. Fui una cobarde, porque no quería morir. Dejé que... —tenía que decirlo, no podía no reconocerlo, le haría más daño aún—. Dejé que me violaran y obedecí cada una de sus órdenes por humillantes que fueran. Me sentí tan sucia, tan rota, como si ya no tuviera valor alguno. Algún tipo de muñeca rota que todo el mundo tendría que descartar, porque yo ya me había rendido. No tuve el valor de luchar —confesó—. No luché y debí hacerlo, incluso si me hubieran matado. Si lo hubiera hecho, ahora no sentiría que no valgo nada. Que no merezco sentir placer o amor o incluso llorar por este dolor que me quema en el pecho y me destroza desde dentro. —No supo en qué momento pasó, estaba tan centrada en su relato que no lo vio moverse, pero al minuto siguiente Gabriel estaba a su lado, ni siquiera la estaba tocando, pero le dejaba saber con su presencia lo importante que era para él—. Y sin embargo —añadió— no tengo motivos para rendirme. Recientemente me he dado cuenta de que no puedo cambiar el pasado, no puedo vivir pendiente de lo que esos monstruos me hicieron, porque lo único que importa es este momento. Ahora. No estoy sola, puedo salir adelante. Tengo la suerte de contar con personas a las que quiero y que me quieren, que han estado a mi lado desde el minuto uno y en las que he podido confiar en esos duros momentos. Sobre todo un hombre, este hombre —aferró la mano de Gabriel y lo miró a los ojos—. Le amaba mucho antes de que todo esto sucediera. Como vecino, como aspirante a chef y mejor masajista de pies del mundo. Como peluquero y doctor, cada vez que estaba enferma, pero sobre todo lo amé como amigo —declaró—. Y ahora se ha convertido en mi balsa salvavidas, en mi compañero de tropelías y, especialmente, si escucho a mi

corazón, en el único aspirante al puesto de amor de mi vida.

La sala rompió en aplausos, pero no importaba, no estaba buscando la comprensión de nadie, lo que acababa de hacer era una purga profunda de su alma. Había puesto toda la historia a la luz y allí, frente a todas aquellas mujeres que habían sufrido tanto, no la impresionaba. El monstruo no era tan poderoso, al contrario, se había hecho un poco más pequeño y con Gabriel que la miraba como si fuera una auténtica diosa, tenía más de lo que podía esperar. Este era el momento apropiado para empezar a mirar hacia adelante y dejar de mirar hacia atrás.

—Estoy lista para marcharme —le dijo a Gabriel dejando a un lado el micrófono.

—Entonces estoy listo para escoltarte, Bren. —Besó su mano y la guio hasta la salida. Fueron interrumpidos por algunas personas que querían felicitarla por haber sido tan valiente de compartir aquella experiencia con el grupo, pero no se entretuvieron. Necesitaba abandonar el lugar, ya había hecho lo que había ido hacer. Ahora estaba libre para seguir con la noche, en la intimidad con Gabe y dejar que él la consolara, porque estaba haciendo un arduo esfuerzo para no ponerse a llorar.

Después de todo ese tiempo, ahora, en este momento, necesitaba sacarlo todo.

Gabriel estaba en sintonía con ella, porque la dirigió hacia el ascensor, a un lugar más íntimo.

Lo último que vio antes de que las puertas se cerraran, fue a la chica del fondo, la que estaba herida, mirarla con lo que parecía admiración; después se perdió entre la multitud y simplemente desapareció.

CAPÍTULO 25

Gabriel no podía ni siquiera empezar a procesar la fuerza y la entereza que había mostrado aquella mujer para compartir su dolor con todas aquellas amigas. Porque incluso sin conocerse unas a otras, allí había más que circunstancias, había un aprecio mutuo y una seguridad total, que las impulsaba a sincerarse y a sacar todo lo malo a la luz para poder destruirlo juntas con la finalidad de seguir adelante.

Después de esta noche podía decir sin temor a equivocarse que no era tan fuerte como Brenda, ni como ninguna de las otras que habían estado en aquella sala, incluso la chica que se había ocultado al fondo de la habitación. Callada y escondida, no había perdido ni una palabra del relato de Brenda, había llorado en silencio y se había encogido un poco más.

Gabe no había podido soportar tanto sufrimiento, presuponía que se trataba de una mujer maltratada que estaba buscando la mano amiga que la sacara del agujero en el que estaba metida, así que antes de poder contenerse, le había entregado una tarjeta del Pleasure's y le había asegurado que encontraría un amigo allí, si lo necesitaba. Que no importaba a qué hora o en qué momento requiriera ayuda, podían garantizar su seguridad. Tenían los medios para hacerlo.

Después se levantó y se había reunido con su chica, porque era suya, incluso ella lo había admitido frente a la multitud de mujeres reunidas. «El único aspirante a amor de mi vida». Le gustaba mucho cómo sonaba aquello, nunca habría imaginado que llegaría este momento y que se sentiría satisfecho de pertenecer en exclusiva a una sola mujer. Su única aspirante a amor de su vida.

Caminaron a través del largo pasillo, hasta la puerta de la habitación que les habían asignado. La abrió y esperó a que Brenda cruzara el umbral

primero. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no pronunciar las palabras que se moría por decir. Por hacer lo que su corazón le exigía que hiciera. Tenía que darse un poco de espacio y tiempo y también a ella, antes de que se rompiera y empezara a llorar como un bebé, dejándose arrastrar por sus propios demonios. Necesitaba un minuto, así que tras cerrar la puerta y asegurarse de que estaba bloqueada, se dirigió al cuarto de baño. Brenda estaba observando el entorno en silencio, quizá tratando de valorar si era un lugar seguro o si, por el contrario, no lo era.

—Voy al baño, Bren. Necesito...

Lo entendió, no necesitó terminar su excusa. No iba a mentir, podría perfectamente haber concluido su aserción con un «recomponerme para no ponerme a gritar como un loco por todo lo que esos cabrones de mierda te hicieron».

No esperó a escuchar su respuesta, apenas tenía tiempo. Cerró tras él, no puso el cerrojo porque tampoco pretendía ocultarse de la mujer. Abrió el grifo del lavabo y dejó que corriera el agua, se lavó la cara y una vez más, como muchas otras antes, se preguntó cómo era posible que existieran seres tan ruines y despreciables como los que la habían atacado. Sin hablar sobre el tipo de enfermedad mental que se apoderaba de un hombre adulto en el instante en que escogía como objetivo a una mujer para castigar a un hombre. Especialmente, a un hombre como él.

Unos tímidos golpes sonaron en la puerta y se apresuró a abrir. Brenda estaba allí, parecía tan pequeña, joven y vulnerable que se le encogió el corazón. ¡Y la había dejado sola! Era un completo idiota.

—¡Hey! ¿Estás bien?

—Mejor que bien —le aseguró—. Hoy me he quitado un peso muy grande de encima. —Señaló el teléfono que estaba descolgado sobre la mesilla y añadió—: Te llaman del club.

—¿Rod? ¿Ha sucedido algo?

El gesto en el rostro de la mujer le resultó sospechoso, pero no preguntó qué pasaba. Supuso que se trataría de alguien en quien Brenda no confiaba.

—Es el nuevo. —En su tono había cierto sonsonete de desprecio que le molestó. Iba a tener que hablar con ella sobre el hombre. Damien a veces podía ser de trato difícil, pero si se había propasado de nuevo en su interacción con ella, lo invitaría a marcharse por donde había venido. No tenía ninguna intención de permitirle a nadie hacerle daño a su chica.

Tomó a Brenda de la mano para llevarla con él, no planeaba volver a perderla de vista, y cogió el auricular.

—¿Qué quieres, MacPherson? —Directamente al grano. Había cosas más importantes en este momento que perder el tiempo con falsas cortesías.

—Yo también me alegro de hablar contigo, Grier.

—Habla y deja de joderme —espetó, su paciencia pendiendo de un fino hilo.

—Más quisieras... pero no pienso hacerlo. No me pones nada —declaró con tono burlón, haciéndole hervir la sangre.

En algún momento del pasado, lo había respetado; ahora ya no. Había perdido el privilegio de su admiración en el momento en que lo había traicionado de la forma más dolorosa posible.

—Repito. ¿Por qué llamas?

—Estoy seguro de que tu hermano te llamará para hablarte sobre el nuevo cadáver y sobre la amenaza de muerte que pende sobre mi pellejo, así que voy a limitarme a decirte que cuando acabes de jugar al escondite con tu novia, muevas tu culo a la velocidad de la luz y vuelvas aquí, porque Roderick te necesita y no quiere hablar del tema conmigo.

Le había dado tanta información de forma repentina que tuvo que dedicar un momento a organizar sus pensamientos. ¿Otro cadáver? ¿Habían amenazado

a Damien? ¿Rod lo necesitaba? ¿Qué mierda estaba pasando en el Pleasure's? No, mejor dicho: ¿Qué mierda estaba sucediendo con la maldita ciudad? ¿Acaso se trataba de las fases de la luna? ¿El agua? El mundo se estaba catapultando directamente al Apocalipsis tan rápido que terminaría por extinguirse en el eterno fuego del Averno.

—Vamos a ver, detente ahí un momento. ¿De qué estás hablando?

—Rod. Te. Necesita —repitió marcando las pausas con intensidad.

—¿Qué le sucede?

—No lo quiere compartir conmigo, pero desde que llegó del hospital y se encerró en su apartamento, no ha dejado entrar a nadie, excepto a Mallory, que ha acampado con él —explicó—. Si me preguntas, creo que están jugando a los médicos, literalmente. Aunque Kat está que se sube por las paredes. Diría que tiene celos, después de todo. Y eso que lo ha rechazado abiertamente después de que le declarara su amor.

¿Cómo sabía Damien...? No importaba, no iba a preocuparse ahora por eso.

—Si Rod cuida de Mallory, todo irá bien. No me preocupa.

—Lo hará cuando Stephen pretenda vengar el honor de la chica o cuando Kat le arranque los pelos por arrebatarse a su amante. Confía en mí, llega otro desastre.

Podría haber sido un desgraciado gran parte de su vida, pero había un sentimiento subyacente de preocupación en esta llamada y solo por eso se molestó en tranquilizarlo.

—Rod estará bien. Nunca tocaría a una niña de dieciocho años, como muy bien sabemos, así que ni Stephen ni Kat tienen nada que temer —aportó. Después guardó silencio, miró a Brenda y lo cortó antes de que dijera nada más—. Ahora, haz gala de esa sinceridad de la que solías presumir y dime exactamente por qué me has llamado. Los dos sabemos que Rod no es el

auténtico motivo.

—¿Por qué te llamaría si no? Tienes visiones.

—Creo que quieres decirme algo importante, porque tienes miedo de que te maten. Algo que ni mi hermano, Lou o Miles van a permitir. Puede que el asesino consiguiera entrar en el club, pero no llegaría hasta a ti. Te recuerdo que el Pleasure's es lo más parecido a una fortaleza —especialmente desde lo que les había sucedido hacía unos meses.

—¿Lo dices por la mazmorra?

—Ya basta de bromas —lo cortó sin contemplaciones. Había un tono de autoridad en su voz que no admitía réplica. Nadie se atrevería a desobedecerlo cuando estaba de este humor.

—Lo siento, ¿vale? Eso es todo lo que tengo que decir. No quería participar en lo que te hicieron, pero no tuve elección. Cada vez que lo recuerdo me doy asco a mí mismo y aunque sé que es muy difícil que me perdones, jamás olvidaré lo que sufriste. No quiero marcharme de tu vida sin que entiendas que te quise como a un hermano y que me duele haberte hecho daño. Te he echado de menos todos estos años y si he venido al Pleasure's es porque, aunque ahora no lo veas, ha llegado la hora de que alguien te libere de la carga que tú mismo aceptaste y eso es todo lo que tengo que decir —finalizó añadiendo antes de colgar—: Que tengas una buena vida, Gabriel. No te rindas con la mujer que amas, porque una vez que la pierdes jamás vuelve.

La comunicación se rompió entonces y se quedó quieto durante un momento aferrado a Brenda y al teléfono, sin saber muy bien cómo procesar aquello.

—¿Estás bien, Gabe?

—No lo sé —respondió con sinceridad.

—Creo que ambos necesitamos un descanso. —Brenda recogió el auricular del teléfono y lo devolvió a su lugar.

Después, le dejó que lo guiara hasta la cama y lo hizo sentar para poder quitarle los zapatos.

—Vamos a dormir —le dijo, aunque sonó casi como si le estuviera dando una orden que logró hacerle desconectar por un instante de la importancia de este momento—. El sueño, el buen sueño, tiene la capacidad para arreglarlo todo.

—Pero necesitamos hablar, Bren. Tengo que decirte que... Posó un dedo índice sobre sus labios, acallándolo.

—He hablado suficiente por hoy, lo que quiero es que me abracés. Eso es todo. ¿Podrás hacerlo? —preguntó esperanzada.

—Lo haré, mi brillante arco iris.

—Eso me recuerda que mañana quiero que nos pasemos por una peluquería. Quiero cambiarme el pelo.

Y con ese asunto banal comprendió que a veces la circunstancia más pequeña tenía la facultad de cambiarlo todo.

Iba a tener que confesar tantas cosas...

Sin embargo, Brenda tenía razón, pero podía esperar, por hoy bastaría con unas horas de buen sueño y un largo y sincero abrazo entre los dos.

Damien colgó el teléfono, ¿acaso se había vuelto loco? Nunca debería haberlo llamado ni haber soltado toda aquella sarta de sensiblerías. No iba a conseguir su perdón y si lo mataban... la verdad era que dudaba que le importara algo al hombre que lo había abandonado sin mirar atrás. El amigo que lo había ayudado a salir del profundo pozo en el que se había sumido tras fracasar salvando las vidas de su mujer e hijo. ¿Y cómo se lo había pagado? Permitiendo que lo torturaran de una manera que lo había marcado para

siempre. Gabe nunca lo olvidaría y él tampoco. A menudo, sus palabras se colaban en sus pesadillas y se despertaba con un sudor frío, necesitando buscarlo y decirle lo mucho que sentía haber participado en aquello.

Estaba un poco ebrio, había bebido más de la cuenta y era consciente de ello. No debería jugar con los sentimientos de nadie, mucho menos con los de uno de los pocos hombres a los que admiraba y respetaba.

Pero tenía que ser sincero, estaba casi tan preocupado por Roderick como por su propio pellejo y eso era mucho decir.

Puede que sí, que hubiera tenido una intención oculta desde el principio. Puede que hubiera deseado despedirse, solo por si acaso, del mismo modo en que había hecho con Warren.

—Deberías dejar de beber antes de que te ahogues en ese vaso de Whiskey —dijo una voz femenina a su espalda. No tardó en ocupar el asiento a su lado y servirse un vaso de la misma botella—. ¿De verdad me he estado comportando como una sucia rata de cloaca?

Damien sonrió y levantó su propio vaso en un brindis.

—Mucho peor que una rata de cloaca, querida.

—Supongo que soy mucho más egoísta de lo que pensaba. Está claro que la mente nos juega malas pasadas, ¿verdad?

—Sabes que Rod no se está acostando con esa chiquilla.

—Que lo sepa y que lo asimile son cosas diferentes. La verdad es que me he sentido un poco desplazada. Cuando ese hombre tiene una crisis, sea del tipo que sea, siempre acude a mí. Excepto en esta ocasión, ha preferido ocultarse con una niña a confiar en su amiga de toda la vida. Escuece — confesó Katharina dándole vueltas a la ambarina bebida sin tomar ni un sorbo.

—Lo rechazaste, ¿por qué lo hiciste? —No podía explicárselo, porque había algo entre ellos. Podía notarlo en el modo en que Katharina hablaba, en el sentimiento que había tras sus palabras, en su tono de voz.

—Porque me gusta mi vida tal cuál es. ¿Tan difícil es de entender? —inquirió—. Y no quiero atarme a Roderick, él nunca me ha comprendido y nunca lo hará. No entiende que necesito ser libre, tener amantes, vivir a mi manera sin tener que dar explicaciones a nadie.

—Prefieres a tu mafioso.

—He amado a Tony desde hace años. Sé que es difícil de entender y que, en ocasiones, he podido tener miedo, lo que convierte la relación en algo ligeramente complicado. Lo conozco tan bien que sé exactamente hasta dónde es capaz de llegar y créeme, eso es muy lejos, pero estar con él me hace sentir bien y a salvo, eso es todo lo que necesito.

—¿Te preocupa que quiera asesinar a Rod?

Katharina se rio, como si acabara de contar un chiste.

—Lo más que puede hacerle a Rod es intentar seducirlo. Lo desea desde la primera vez que traspasó las puertas del Pleasure's. A veces me pregunto por qué sigue viniendo. Si porque me quiere, como asegura, o para intentar conseguir un pedazo de ese hombre.

—¿Suele acostarse con Roderick? —preguntó con sorpresa Damien. No recordaba que su amigo tuviera ese tipo de inclinaciones.

—La verdad es que no. Puede que a nuestro médico favorito no le importe un poco de magreo con algún que otro tipo, pero es completamente heterosexual y adora a las mujeres. —Kat suspiró y negó, se tomó un tiempo para organizar sus pensamientos y terminó diciendo—: parece que para él no es suficiente tener un escarceo amoroso de vez en cuando, Rod quiere establecerse, tener hijos y exclusividad. —Su tono estaba cargado de ironía y molestia cuando añadió—: No sé si lo ha pensado, pero lo cierto es que esta vida y una familia no pueden encajar, de ninguna manera. No cuando piensas en papá, mamá, un par de niños, un perro y una valla blanca.

—Y sin embargo, eres madre, tu hijo parece feliz viviendo aquí.

—Mi hijo ha vivido al margen del Pleasure's durante toda su vida, hasta que me secuestraron y terminaron arrojándome a la puerta del club como si fuera un saco de basura, con todo tipo de comentarios soeces grabados en mi piel —informó—. Por primera vez, tuve auténtico miedo y acudí a Tony y por primera vez en mi vida agradecí por tener a un asesino sin escrúpulos a mi lado. Sé que fue él, con sus propias manos, quien se ocupó del asunto. Me da igual si la satisfacción que me produjo la venganza me convierte en una mala persona, pero volvería a pedírselo y volvería a disfrutar del resultado. No soy como Rod, nunca lo he sido, mi alma es mucho más oscura. Por eso mi mafioso y yo hacemos tan buena pareja.

—¿Y no has pensado en intentar establecerte con Rod y mantener a Tony como un amante ocasional? Puede que no le importe un trío de vez en cuando.

No mencionó, sin embargo, que por más que confiara en el tipo mafioso, el lugar en el que se protegía era el Pleasure's, cerca de Rod, no cerca del tal Tony.

—Puede que tú no lo conozcas tanto como crees —decretó ella, tomando su bebida de un solo trago y limpiándose la boca con el dorso de la mano un instante después—. Te equivocas en algo: si conozco a Gabriel y créeme que hemos pasado por un par de momentos difíciles, ya te ha perdonado. —Comentó, cambiando de tema—. Sea lo que sea que le hicieras. Ese tío no tiene ni un solo hueso rencoroso en todo su apetitoso cuerpo. Confía en mí, no he visto ni conocido a nadie más íntegro que él. No puede estar enfadado ni dos minutos, vive para el amor y el placer, no para el odio y el dolor.

Sí, eso era cierto, pero había cosas que nadie podía perdonar. Dudaba que el mismísimo Dios, si estaba allí arriba, pudiera otorgárselo a pesar de lo mucho que se arrepentía y sabiendo que no había tenido otra opción.

—No somos como ellos, ¿verdad? —contestó en cambio—. Ni tú ni yo.

—Supongo que no —concordó encogiéndose de hombros—. No es fácil

seguir viendo el lado bueno de las personas después de sobrevivir a según qué experiencias. Mi vida no ha sido sencilla, he perdido a mucha gente que me importaba. He sufrido abusos de todo tipo, burlas, he estado en la calle sin tener nada que comer. Incluso he vendido mi cuerpo por dinero —confesó—. Tony me sacó de toda esa mierda y ¿sabes qué hizo? Me dejó embarazada, era su forma de demostrarme que siempre iba a estar a mi lado. «Porque un hombre de verdad jamás da la espalda a su vástago». —Su mirada perdida estaba evocando algún recuerdo que navegaba por su memoria a la deriva y estaba a punto de ser rescatado. Damien nunca había sido un buen confidente, no se le daba bien escuchar, siempre lo habían acusado de ser narcisista, sobre todo tras perder a su mujer, pero ahora tenía un interés real en escuchar esa parte de la historia de Kat y tampoco era que tuviera nada mejor que hacer. Para retozar en su propia miseria, bien podía concentrarse un poco en la de los demás—. Me asusté tanto cuando sucedió... pero cumplió su palabra. Fue el perfecto novio y padre durante el embarazo, cuidó de mí con mimo, incluso se retiró de la actividad delictiva durante cuatro largos años. Entonces, me trajo al club y me presentó a Rod. Me dijo: «Este ángel de la guarda va a ser tu protector, belleza. No dejará que nadie te haga daño. Va a cederte el control de la mazmorra durante una noche a la semana y podrás dar rienda suelta a tu necesidad de demostrar que eres capaz de dirigir a hombres y mujeres por igual. Nadie te pisoteará, sino que serás venerada como la diosa que eres. Todos te amarán y yo disfrutaré personalmente de lo que esta libertad va a obsequiarte. Quiero que vivas con plenitud, Katharina. Sin miedos. Quiero que sepas que sin importar qué es lo que desees, hagas o necesites, puedes tenerlo. Debes tenerlo. Y que siempre me tendrás a tu lado, al alcance de tu mano o de una simple llamada. Eres mi prioridad, no importa dónde esté o qué esté haciendo, lo dejaré todo atrás y estaré aquí, justo delante de ti, para ayudarte y cumplir cualquier deseo que tengas, sin importar qué sea». —Lo miró—. No

he podido olvidar aquel día. Me temí que me iba a abandonar, que ya se había cansado de nosotros, pero me equivoqué. Me hizo el mayor regalo de todos, me permitió volar por mí misma. Me dio una libertad que nunca antes había tenido. Me entregó el poder sobre mi propia vida junto al conocimiento de que jamás estaría sola, porque él nos amaba. A nuestro hijo y a mí. Me lo dio todo y yo, a cambio, le entregué mi corazón. Va a ser así durante toda mi vida, no se trata de agradecimiento, se trata de lo mucho que me gusta mi vida desde que estoy con él —aclaró—. Rod es mi mejor amigo y lo quiero tanto como a un hermano con derechos carnales, ya me entiendes. Es muy bueno con las manos, con la boca, con...

Damien la cortó.

—Lo he pillado, ¿vale? No necesito que entres en detalles —respondió ligeramente asqueado. No tenía ninguna intención de fantasear con las habilidades sexuales del otro tipo. Por lo menos, hoy no—. Entonces, no va a haber boda con Roderick, ¿eh?

—No podría aunque quisiera, porque ya estoy casada —explicó—. Te lo acabo de explicar, Tony y yo formamos una familia. Un poco peculiar, sí, pero familia al fin y al cabo.

Y estaba satisfecha con aquella decisión, podía verlo.

Le dolió el alma por el viejo amigo, que parecía haber caído rendido a los encantos de la dama. No le extrañaba, incluso él se sentía atraído por ella y, por más que disfrutaba del sexo, era un hombre al fin y al cabo, sentir una afinidad tan intensa con alguien, era algo raro en estos días. Kat le caía bien y podía decirlo en voz muy alta.

—Voy a hacerles una oferta por el club y quizá te gustaría ser mi socia.

—¿Quieres comprar el Pleasure's? —preguntó completamente anonadada. Ahora sí que había conseguido dar un golpe de efecto.

—He querido abrir mi propio establecimiento desde hace un tiempo. Sé

que podría hacerlo funcionar y, en mi caso, no hay riesgos de que quiera formar una familia que me impida seguir siendo el amo y señor de mi mazmorra —Se encogió de hombros—. El Pleasure's es un buen lugar, me gusta lo que habéis conseguido con él. Me gusta que ofrezca variedad, que no esté limitado. Es como un pequeño cosmos reunido en un solo edificio y me siento en paz aquí. Mucho mejor de lo que he estado en los últimos años. Esto es lo que he estado buscando toda mi vida y al fin lo he encontrado.

No toda su vida, solo desde que esta nueva vida comenzó marcada por la pérdida, pero no quería pensar en el pasado. No tenía por qué hacerlo.

—Dudo que consigas que te lo vendan.

—Sé que han estado teniendo problemas para mantener el margen de beneficios, puedo darle una vuelta y recuperar las pérdidas. Quizá no quieran vendérmelo, pero podrían permitirme participar como socio capitalista y llevar la dirección, in situ, de este lugar. Podría gestionarlo día a día mientras regresan a sus vidas —comentó, estaba más hablando para sí mismo que para su interlocutora. Lo había pensado, pero no lo había puesto en palabras. Ahora, estaba empezando a forjar un plan concreto y firme que pudiera presentarles a sus antiguos amigos—. Después de todo, Rod está ahí arriba tomando la decisión trascendental que va a cambiar su vida. ¿Volver a ejercer su medicina o darle definitivamente la espalda? Creo que ya se ha decidido, lo único que necesita hacer es aceptar que este ya no es su sitio. No veinticuatro horas, siete días a la semana, trescientos sesenta y cinco días al año.

—¿Tú crees que está preparado para eso? He hablado con él sobre lo que vivió, lo mucho que le afectó lo que sucedió entonces, lo que le hacían las pérdidas. Sigue batallando con ese dolor.

—Es cierto, pero algo ha cambiado en él. ¿No te has dado cuenta? Han pasado años desde que había estado tan cerca y he podido ver que esa vieja herida ya ha sanado. Solo es cuestión de tiempo que se atreva a arrancar la

tirita y seguir adelante por el camino que escogió hace años, su camino.

—¿Y por qué piensas que para ti será diferente? ¿De verdad crees que no vas a dejar el club en la estacada cuando te enamores de alguna chica de las muchas que se arrojan a tus pies? —Odiaba el sarcasmo, pero se recordó que Kat no lo conocía. Ni siquiera habían hablado más de tres o cuatro veces y, a pesar de que lo excitaba más de lo que le gustaría admitir, ni siquiera habían tenido sexo. Barrera que iba a saltar alguna vez, cuando ya no fuera un dardo arrojado que pudiera destruir la emergente amistad con Rod.

No quería joderlo otra vez. Los añoraba, los necesitaba y los quería en su vida. Habían sido un trío salvaje una vez, era hora de recuperar los pocos jirones de unión a la vida que lo mantenían a flote. No quería volverse a dejar arrastrar por la pena, tenía la posibilidad de hacer algo bueno, de conseguir que la mujer a la que había amado más que a nada, se sintiera orgullosa de él, desde dondequiera que estuviese.

—Amé una vez, tengo dos hijos maravillosos, perdí otro bebé y a mi esposa. Créeme, no hay redención para mí. No voy a negarme el sexo, reconozco que necesito el contacto humano y es mi manera de lidiar con la vida, pero no puedo querer a nadie como la quise a ella y, desde luego, no necesito más hijos. Tampoco podría aunque quisiera —confesó. Nadie lo sabía, pero no le importaba hablar de ello con Kat—. Me hice una vasectomía hace cuatro años, aproximadamente, por lo que esa carta de la baraja está completamente descartada para mí.

—¿En serio? ¿Y por qué lo hiciste?

—Porque estoy satisfecho con mi vida tal cual es —respondió, devolviéndole el argumento que la mujer había esbozado para defender su posición respecto a Rod.

—Touchè!

—¿Por qué todo el mundo piensa que no se puede ser feliz simplemente

viviendo el día a día, disfrutando de un par de orgasmos, comiendo lo que te apetece, escuchando tu música favorita y deleitándote en los logros de tus hijos, sin necesidad de establecerte como la gente corriente? No estoy en contra de la familia tradicional y admiro y envidio a aquellos que logran sacarlo adelante durante todos los años de su existencia. Para mí funcionó durante una década y no lo cambiaría por nada, pero ahora he evolucionado en otra cosa, ni mejor ni peor, solo diferente y estoy conforme. No quiero cambiar nada. Las circunstancias me han traído a este lugar y aquí quiero quedarme.

—Auguro que tú y yo vamos a llevarnos muy bien.

—¿Va a ser el inicio de una gran amistad? —inquirió, simulando el diálogo de aquella vieja película que todo el mundo citaba.

—Tal cual. —Le dio la mano y tiró de él—. Levántate de ese asiento, ve a tomar una ducha y métete en la cama. Esta noche yo soy la ama y señora y no creo que estés en condiciones para rendir tu voluntad a la mía —comentó burlona—. Tenemos gente suficiente cubriendo los flancos y creo que necesitas descansar y salir del ojo del huracán durante unas horas. No vamos a dejar que nadie te mate, pero necesitas dormir y estar en forma, por si las moscas.

—¿Me estás echando?

—Solo por hoy. Puedo hacerlo, tengo más antigüedad que tú, lo que me convierte en tu jefa —aseguró Kat con un tono que no admitía réplica—. Descansa, te lo has ganado. Y hazme un favor, la próxima vez que vayas a escupir tus sentimientos por teléfono, asegúrate de dos cosas: la primera, que no has bebido demasiado, alguien podía pensar que no hablas en serio si se dan cuenta. Y la segunda, que estás completamente solo. La información es poder, es algo que me enseñó Tony. Si das datos importantes sobre ti y tu vida a la persona equivocada estás muerto. Si no controlas quién está en tu entorno

escuchando algo que no debe, estás muerto. Si tus enemigos conocen tus puntos débiles...

Damien la cortó.

—No me digas, ¿estás muerto?

—Veo que empiezas a pillarlo, novato.

Se levantó y le dedicó una sonrisa de superioridad y un guiño que desmentía su déspota pose. Por un momento, se vio tentado a seguirla. Durante una milésima de segundo, pensó que quizá de haberla conocido en otro momento, su irrevocable decisión pasada de no volver a enamorarse, podría pender de un hilo, pero lo cierto era que, aunque entendía el enamoramiento de Rod, aquella preciosa mujer, aquella fuerte belleza, era un alma libre, como un pajarillo que surca los cielos sin rumbo fijo.

Y precisamente, lo que esa libertad provocaba, era lo que conseguía hechizar a todos a su paso.

Una mujer decidida y fuerte, que sabía lo que quería. ¿Quién podía evitar rendirse a eso?

Damien lo haría, porque por más atracción que destellara Katharina, ya estaba pillada, y eso en su idioma era algo muy serio. Un veto que nunca, sin importar qué circunstancias se dieran, traspasaría.

Además, tenía otras prioridades de las que preocuparse, la primera de todas ellas: proteger su propio cuello.

CAPÍTULO 26

Cuando los rayos del sol habían entrado por la ventana, se habían despertado casi al unísono. No habían hablado mucho, habían empezado el día de forma rutinaria. Habían salido de la cama, se habían aseado, vestido, intercambiado alguna palabra y algún casto beso y no habían entrado en conversaciones más transcendentales.

Después, habían bajado a desayunar y se habían sentado en una mesa que les diera una buena panorámica del lugar, por si tenían que salir corriendo. Aunque Gabe dudaba que el tipo en cuestión intentara asaltarlos en un lugar público a plena luz del día.

Desayunaron en buena armonía, hasta que una vieja canción, un clásico instrumental, sonó en los altavoces. No era un estruendo sonoro, sino más bien algo sutil y dulce y accionó algo, algún recuerdo del pasado, que les hizo mirarse a los ojos. Entonces, sucedió algo que habría imaginado que no pasaba en la vida real, sino en los mundos ficticios del cine o la literatura. Se miraron y todo pareció paralizarse. El mundo dejó de girar, el sonido de la suave música clásica que sonaba en la cafetería del hotel quedó colgando en algún vacío temporal y la gente se esfumó, dejándolos completamente solos. No importaba todo el dolor que habían tenido que soportar hasta este preciso momento. Hoy, en este lugar, lejos del bullicioso ruido de las opiniones de aquellos que los querían, se encontraron en ese punto en el que habían jurado que nunca se aventurarían.

La conexión era tan fuerte que aunque no lo habían dicho en voz alta, tras la intervención de Brenda la noche anterior en el grupo y la noche que habían compartido tan solo abrazados, durmiendo como si no tuvieran ni una sola preocupación en la vida, habían roto la última barrera invisible que los separaba. No necesitaban estar en el *Pleasure's*, ni en el pasillo que conectaba

sus viejos apartamentos para tener esta conversación que llevaba gestándose durante un tiempo. Ni siquiera necesitaban una silla cómoda en la que sentar sus traseros, tan solo eran imprescindibles ellos dos. Los dos, sin importar nada más que su mutua compañía.

—Nunca volveré a ser la chica que crees amar, Gabe. —Sabía que había estado pensando en algo, desconocía de qué se trataba, pero se equivocaba si pensaba que no se había dado cuenta de que había cambiado, que la vieja Brenda se había ido y que esta mujer sentada frente a él era una nueva versión. Iban a tener que aprender a conocerse, sin secretos ni verdades a medias.

—¿Creo amar? Bren... no sabes de lo que hablas. Sé perfectamente quién eres y cuánto te quiero.

—Sé que no he conocido a ninguna de tus novias, que no te tomas el sexo o a las mujeres en serio y, para mí, las relaciones son... no sé cómo explicarlo, pero ya me entiendes. Me he acostado solo con dos hombres en mi vida y no fue realmente espectacular... —su gesto cambió, se oscureció, las lágrimas acudieron a sus ojos y bajó la vista—. Supongo que, en realidad, me he acostado con unos cuantos más, ¿verdad?

El dolor entró certero y profundo en el corazón de Gabriel, que la atrajo hacia su regazo y la miró a los ojos.

—Ni si quiera pienses en eso, ¿me oyes? Esos mierdas no significan nada en tu vida. Eres un rayo de luz y no importa cuánto dolor albergues, siempre lo serás para mí.

Podía entender que tuviera miedo de su nivel de compromiso, pero no tenían ninguna prisa por dar el último paso. No necesitaba follar con Brenda, porque cuando lo hiciera sería más importante que el simple y llano sexo. Quería que cuando penetrara en su cuerpo, ambos pudieran sentir la conexión profunda, el auténtico amor que estaba allí, entre ellos, incluso si todavía no se habían percatado de su existencia.

—Tú eres tan fuerte y yo tan débil, que me avergüenzo de mí misma.

Gabriel resopló.

—¿Fuerte yo? Me confundes con otro. Tú eres fuerte, anoche lo demostraste de una manera en que yo jamás podría. —Acarició su espalda, con un movimiento constante, perdido en el ritmo del contacto, recordando—. Hay tantas cosas que ignoras sobre mi pasado... Antes de pedirte que pienses en mí, debería abrirte mi corazón, ¿no te parece? —Le daba miedo hablar sobre ello, pero tenía que hacerlo y lo haría, muy pronto.

—No necesitas contarme todos tus secretos, ¿sabes? Confío en ti, lo he hecho casi desde el mismo momento en que nos conocimos. Bueno... cuando dejamos de pelear por mis normas, ¿te acuerdas? —el indicio de una sonrisa nostálgica se dibujó en su rostro llenándolo de satisfacción por formar parte de ello—. Y creo que es algo inherente a nuestra relación. Mírame, no tolero el roce de nadie, pero cuando tú me tocas... todo es diferente. Te deseo y una parte de mí se odia por hacerlo, porque estoy tan destruida por dentro. Después de lo que me hicieron... A veces te miro y me pregunto cómo puedes disfrutar con ese tipo de relaciones multitudinarias. No puedo comprenderlo, pero no quiero que pienses que tienes que justificar tus actos frente a mí.

—Lo único que me resulta ofensivo es que pienses que lo que ellos te hicieron y lo que yo hacía en el club es lo mismo, porque no lo es —aseguró. No iba a enfadarse por el comentario de Brenda, porque nunca había sido iniciada en su mundo, no en realidad. Los bailes que hacía, a pesar de darse en el mismo entorno que otras acciones más sexuales, no era otra cosa que una burbuja de protección en la que batallaba solo con los límites de la sensualidad.

—No creo que seas igual que ellos —se apresuró a asegurar.

—Menos mal —bromeó apartándole un mechón de pelo de la cara—. Aún tengo posibilidades de que puedas verme como a un hombre normal.

—Te veo como... —se rio—. Te burlas de mí.

—Había olvidado lo bonito que es el sonido de tu risa. Ríes muy poco últimamente —se quejó sin dejar de acariciarla. Quería verla tranquila y risueña a diario, sin ese peso que la acompañaba a todas partes ahora. Tan solo en su tiempo en la cabaña había vislumbrado a la vieja amiga, que tenía las ideas muy claras y disfrutaba de cada pequeño detalle de la vida.

—No tengo tantos motivos para sonreír. ¿Recuerdas que algún tipo con aires de superhéroe está asesinando a todo tipo de hombres en mi nombre? Tu amigo Damien ha empezado a llamarme «viuda negra».

Así que eso era lo que la había molestado la noche anterior, cuando respondió al teléfono de la habitación. Iba a ajustar cuentas con MacPherson cuando volvieran a casa.

—Ignóralo, es lo que yo hago la mayor parte del tiempo.

—¿Por qué lo aceptas en tu club, entonces? Si ni siquiera te cae bien... Y anoche te hizo daño, no sé de qué manera, pero... Me gustaría pegarle por herirte.

Y eso era muy propio de la chica que conocía desde hacía dos años.

—No soy el dueño exclusivo del Pleasure's, Rod también tiene voz y voto en las decisiones burocráticas y lo cierto es que con el bajón que ha dado últimamente, no nos queda más remedio que contratar a personal bueno y barato. Damien nos debía una de hacía tiempo, ahora solo está devolviendo el favor.

—A veces no entiendo vuestra manera de hacer las cosas, pero lo respeto.

Gabe quería besarla, se preguntó cómo reaccionaría si lo intentaba ahora que tenían público. No la había besado tanto como le habría gustado, se estaba esforzando por permitirle su espacio y su tiempo, pero lo cierto era que con cada minuto que pasaba le resultaba más complicado encontrar razones para contenerse.

—La única manera de que puedas comprendernos un poco mejor es que me dejes enseñarte mi mundo desde dentro. Si te sientes con fuerzas para enfrentarlo. No hay nada que temer, pregúntale a Abbie. Estuvo en la mazmorra y sobrevivió. También Daniel, ¿conoces a alguien más estirado y de mente cerrada que mi hermano? —Le acarició la punta de la nariz—. Lo que necesitas es visitar el club con un guía experto como yo, después de la ruta turística, te aseguro que todo irá mejor. Quizá pueda romper ese lazo que tu mente parece haber creado entre tus agresores y nuestro medio de vida.

—No creo que pueda verte allí, Gabe. No te ofendas, pero...

—Ya no soy el maestro de ceremonias, tú y yo iríamos solo a ver, nada más. Ya hemos hablado de ello. Tú eres lo único que importa.

—Todo eso de la humillación y el dolor... no van conmigo. Lo siento.

—Es eso en lo que te equivocas. No se trata de humillar y, desde luego, nada de dolor en mi mazmorra. Todo lo que se hace bajo mis órdenes es para el placer, sin excepciones. —No sabía de qué manera explicárselo para que pudiera entenderlo sin asustarse. Lo había intentado ya, cuando hablaron de las «pequeñas decisiones», pero al parecer, no había terminado de calar en ella o tan solo estaba poniendo en voz alta sus inseguridades, sus preocupaciones o miedos. Sin advertencia, la visión de la escena podía ser un poco salvaje para un ingenuo espectador que no conocía ese mundo, pero lo cierto era que el Pleasure's no era de ese tipo de clubs. No se derramaba ni una gota de sangre, tampoco lágrimas, solo había buen rollo entre dominantes y sumisos, por eso habían tenido tanto éxito en el pasado y una clientela selecta y fija. Además de muchas otras opciones sexuales que nada tenían que ver con el BDSM—. No busco dominar a mis sumisos para herirlos ni física ni psicológicamente, se trata solo del control. Es un juego y todos los participantes están de acuerdo con los términos. Incluso firmamos un contrato que puede romperse en cualquier momento pronunciando una palabra concreta, que acordamos

previamente. —Explicó con sencillez—. Reconozco que necesito ocuparme de que todo se desarrolle a mi manera. Me encargo de que todos hagan lo que digo, y así me da control sobre el resultado deseado; todo el mundo termina satisfecho en nuestras sesiones.

—Eres un estupendo cartel publicitario —bromeó Brenda sorprendiéndolo—. Y sé de lo que hablo.

—No voy a mentirte, Bren. Durante una temporada, hace años, me porté como un puto irresponsable. Hice cosas de las que me avergüenzo y que aún me pesan en la conciencia, quizá en parte por eso monté el Pleasure's con Rod, para hacer un poco de penitencia y devolver algo bueno que equilibrara todo lo malo que he hecho.

Y de eso había hablado Damien anoche, de su penitencia. No necesitaba pagar eternamente, quizá ya había cumplido la condena que se había autoimpuesto y era hora de estar con Brenda, solo con ella y con nadie más. Escuchar a su corazón por fin y dejar a un lado la culpabilidad.

—¿Qué cosas malas?

Gabriel la miró con intensidad y suspiró.

—Necesitamos un poco de intimidad para esto. Ven conmigo —la tomó de la mano y la guio hacia el ascensor del hotel. Iba a llevarla de vuelta a la habitación, no con intenciones deshonestas, sino porque cuando hablara de aquella experiencia de su pasado, podía llegar a perder el control de sus propias emociones.

No le importaba que Brenda lo viera en su peor momento, pero no quería convertirse en objetivo indiscreto de algún paparazzi que aún quería ganar dinero a su costa.

—¿Dónde me llevas?

—Volvemos a nuestra habitación. Mañana volvemos a cambiar de alojamiento, pero mientras tanto voy a desvelarte unas cuantas confidencias.

No sabía si estaba preparado para sacar a la luz todo aquello, pero cuanto antes lo pusiera sobre la mesa, antes dejaría de colgar entre los dos.

Una vez entraron en el dormitorio doble, revisó todos los rincones, armario incluido. Cuando se percató de que no había nadie escondido esperando, sacó el arma que llevaba oculta por debajo de la chaqueta y la depositó sobre la mesilla, junto a las llaves y el móvil. Se quitó el cinturón de los vaqueros y la chaqueta de cuero y se sentó con tranquilidad sobre la cama para deshacerse de los zapatos. Después golpeó el colchón a su lado, para que Brenda le hiciera compañía.

No hubo dudas ni negación ante su petición, sino que ocupó el lugar que le había indicado y esperó en silencio. Gabe tardó un par de minutos en armarse de valor, pero finalmente, lo hizo.

—Hace unos cinco años, Rod, Damien y yo solíamos frecuentar Prometheus, un club sexual muy selecto al que solo se podía acceder con invitación.

—Como el Pleasure's.

—No, créeme. Ese lugar no se parecía nada al Pleasure's. La gente que podía acceder a él lo hacía por posición económica, nada más. Nadie investigaba sus antecedentes o la intensidad de sus necesidades —aclaró—. Había accidentes, no diariamente, pero sí más de lo que podría considerarse saludable para un establecimiento de estas características.

—¿Qué tipo de accidentes?

—Algunas veces, se perdía el control y lo que debería ser mera diversión sexual se convertía en algo más macabro —dijo con gesto oscuro. Había cosas en las que era mejor no ahondar, mejor pasar sobre puntillas por las conductas deshonestas de algunos amos que no habían merecido aquel nombre. Que no habían sido capaces de respetar la norma fundamental que pactaba todo dominante que aceptaba a un sumiso para procurarle placer y no le cabía duda

de que era el Dom quién debía mantener el control en todo momento, quién debía parar cuando había que hacerlo, quién debía respetar los términos del acuerdo—. Éramos bastante más jóvenes entonces y, a pesar de que habíamos escuchado rumores, no les prestamos demasiada atención. Damien no les dio crédito alguno, decía que eran detractores, porque se estaba preparando la inauguración de otra sala en la ciudad. De un rival en los negocios, así que pasamos de las advertencias y nos metimos de lleno en ese mundo contaminado.

Brenda esperó con paciencia a que continuara su relato. Necesitó un par de momentos para ordenar sus recuerdos y encontrar las palabras correctas para revelar su participación en aquella farsa.

—Tienes que comprender que entonces estaba pasando por un mal momento. Muchas pérdidas, muchos errores... Me daba igual todo, solo quería pasármelo bien con mis amigos, explorar todos mis límites. Ver hasta dónde era capaz de llegar. —Se rio aunque su risa carecía de humor—. Creo que nunca hice daño a nadie voluntariamente, además de a mí mismo, pero sí tengo que admitir que acallé la voz de mi conciencia más de una vez, con algunas amantes que parecían demasiado relajadas.

—¿De qué manera? ¿Cómo puede estar alguien demasiado relajado?

—Como cuando bebes más de la cuenta. Lo asocié a eso, alguna gente quiere aventurarse un poco más allá de sus límites y para ello firma el contrato antes de tomarse un par de copas. No es la manera de hacerlo, pero es perfectamente legal —comentó, no le gustaba tratar con borrachos, desde entonces, era norma exclusiva del Pleasure's. Se permitían un par de copas, no más, no era que hicieran un control de alcoholemia, pero si el encargado de sala detectaba algo que se escapaba a la norma, se ocupaba de sacar a esa persona y servirle una buena taza de café. Nadie se iba borracho a casa sin supervisión, no sería la primera vez que alojaban a uno de sus clientes a los

que se le había ido la mano con el alcohol o le pagaban un taxi. Por eso su lista era cerrada y solo podías entrar con invitación. Un descuido reciente que iban a tener que repasar, para eliminar a aquellos que no habían sido suficientemente investigados.

—Si una persona bebe para animarse a tener sexo, solo es culpa suya y de nadie más.

—Estoy de acuerdo contigo, pero tiene que haberlo hecho voluntariamente —explicó—. Me temo que algunas de aquellas chicas no solo no acordaron por escrito participar en aquellas sesiones, sino que estaban drogadas o borrachas. Alguien las obligó a hacerlo y aunque nunca he tenido constancia de ello, con nombres y apellidos, podría haber sido un poco más cauto y no lo fui. Tenía veinte y pocos años cuando empecé en ese mundo y solo pensaba en mí y lo que me apetecía. Desconocía todo ese mundo de los clubs, las relaciones liberales que se practicaban allí... No era virgen, creo que perdí mi virginidad a los doce años. He sido muy activo sexualmente desde antes de lo que puedo recordar. Era un chaval grande y con una conciencia erótica muy arraigada y mis padres no me impidieron en ningún momento experimentar, no me mintieron cuando hice preguntas y siempre me apoyaron. Era un niño bueno, obediente y respetuoso con todo el mundo, nada tozudo como Daniel, siempre alegre y juguetón. Nadie habría esperado que terminara convirtiéndome en un Dom y practicando bondage y dominación. Si hubieran tenido que apostar por alguno de los hermanos metido en ese mundo, te aseguro que nadie habría pensado en mí.

—¿Cómo empezaste...?

No necesitó terminar, sabía exactamente qué le estaba preguntando y la respuesta era tan sencilla y tan dolorosa al mismo tiempo que prefirió no postergarla ni un minuto más.

—Mis padres acababan de morir hacía poco tiempo. Mi hermano no

paraba de trabajar y yo estaba en la universidad. Me dedicaba sobre todo a ir a fiestas y acostarme con todas las chicas que me lo pedían. Nunca seguí a ninguna de forma intencional, porque no me apetecía comprometerme. El dolor por la pérdida y la soledad que sentía que me llevaron a desahogarme con ellas. No me aprovechaba, les decía de antemano lo que había y podían aceptarlo o no. No insistí con las que se negaron a un rato de placer sin más, seguimos caminos diferentes y listo. Incluso llegué a tener buenas amigas con las que nunca me acosté —reconoció—. Amigas que después se han casado y que, alguna que otra vez, han visitado con sus maridos el Pleasure's y se han resarcido por el rechazo de aquellos años —intentó bromear, dar un poco de ligereza a este discurso doloroso y lo consiguió. Le permitió recomponerse lo suficiente como para hablar del primer evento que había cambiado su vida—. Una de las chicas con las que me acosté se quedó embarazada —confesó, Brenda lo miró con sorpresa, juraría que estaba conteniendo el aliento—. Me asusté tanto que no sabía qué hacer, así que la esperé a la salida de clase y la llevé directamente al hospital. Allí conocí a Rod, era residente en ginecología y nos atendió. Nos tranquilizó y se ocupó de que tanto la chica como yo nos sintiéramos cómodos, nada violento. Lo conoces, nunca lo has visto como médico —recordó—, pero era muy bueno en su trabajo. Como si hubiera nacido solo para hacer aquello.

Lo había admirado desde el principio. Nada más verlo supo intrínsecamente que podía confiar en él y lo había hecho. Le había contado todo lo que había pasado y mientras la enfermera se ocupaba de ayudar a la chica y tranquilizarla mientras se hacía la prueba de embarazo, Roderick se había sentado a hablar con él como si fuesen viejos amigos. Le había recordado la importancia de los métodos anticonceptivos y del sexo responsable, cosas que ya sabía. Ni siquiera podía imaginarse cómo había sucedido aquello, pero no importaba, porque estaba más que dispuesto a

hacerse responsable de su hijo. No importó las opciones que el, en aquella época, doctor Hudson expuso para él, tenía muy claro qué iba a hacer. Lo hablaría con Annia, pero al final, tendrían al bebé. Podía trabajar, podía sacarlo adelante, no iba a casarse con ella, porque no era su estilo, pero no dejaría que les faltara nada a ninguno de los dos.

—¿Por qué lo dejó? —inquirió Brenda con curiosidad.

—Te contaré toda mi historia, Bren, pero si quieres saber los motivos de Rod para cambiar de vida, tendrás que preguntárselo. No es mi historia para divulgarla, ni siquiera a ti.

Sabía que aceptaría esta negativa, porque la conocía y porque era una mujer buena y también muy inteligente. Sabría respetar su lealtad a su amigo.

—Lo comprendo, Gabe. ¿Qué pasó después de visitar a Rod? ¿Tuviste el bebé?

—Pasaron muchas cosas y lo que te voy a contar está muy resumido, porque tampoco es necesario revolver en la mierda —soltó con un suspiro de resignación—. Annia mintió. Sí, estaba embarazada, pero el bebé no era mío. Los tiempos no cuadraban, su novio y ella habían discutido cuando descubrieron el embarazo y se acostó conmigo para vengarse y para intentar aprovecharse de mí.

—¿De verdad hay gente que hace eso? —Un escalofrío recorrió a su mujer, ella era tan honesta que jamás pensaría en hacer algo parecido, pero no todo el mundo se comportaba de esa manera. Había gente que solo pensaba en sus propios intereses.

—Hay gente mala ahí afuera, Bren —susurró. No quería recordarle el dolor que había soportado, así que continuó rápidamente con su relato—. A pesar de saber que me había mentado, le ofrecí ayudarla con el bebé. Incluso reconocerlo como mío. Rod intentó detenerme, pero estaba decidido. Había una criatura en camino y ningún niño merecía el desprecio de un padre.

—¿Qué hizo ella?

—Abortó dos días después de la visita sin decirme nada —terminó, todavía le dolía aquella decisión. No estaba en contra del aborto, pero sí de la maldad intrínseca de las personas. Annia habría llegado hasta el final si hubiera conseguido engañarlo para que se casara con ella, estaba seguro. Había utilizado a otra persona, un bebé inocente que no había podido vivir, solo para tener la vida que se había imaginado que se merecía tener con el tipo más popular del campus. Y ese era él, por méritos inmerecidos, pero lo había sido.

—¡Qué zorra! —Maldijo haciéndolo sonreír. Había tanto sentimiento detrás de aquellas dos palabras que le agradó poder seguir extrayendo esas emociones que había encerrado profundamente en su alma, una a una. Se estaba convirtiendo en un experto en Brenda y no podía sentirse más satisfecho.

—Sí, estoy de acuerdo. Fue un golpe para mí, ni siquiera tuvo el valor de confesármelo, fue Rod quién me buscó, me encontró y me contó lo sucedido — Negó, recordó el modo en que se había acercado a él, cómo le había explicado que no tenía ningún derecho a hablar sobre asuntos médicos, que era un tema confidencial y que podría perder la posibilidad de un puesto en el hospital por esto, pero que no podía ver cómo herían a un buen tipo. Aseguraba que no quedaba honestidad en el mundo y que los tipos como ellos tenían que ayudarse de vez en cuando.

Rod no era mucho mayor que él, solo unos años, suficientes para haber vivido su buena dosis de desengaños. En ese momento, se habían convertido en amigos.

—¿Así fue como vosotros dos os hicisteis amigos?

—Sí, ese fue el principio de nuestra amistad. Pasaron muchas cosas a lo largo de los años. Fiestas, confidencias, límites rotos... Algún día hablaremos

sobre Rod y la relación que hemos tenido estos años, pero esa historia es muy larga y aunque tiene algún punto común con esta otra, no es el centro de lo que necesito contarte hoy.

No hubo más respuesta que un gesto de asentimiento.

—Tras ese varapalo, dejé la residencia universitaria en la que me alojaba y busqué alojamiento externo. Así conocí a Damien. Estaba alquilando algunas habitaciones de su piso. Era enorme y vivía solo, así que no necesitaba tanto espacio. Fue cuando me mudé y llevaba como un mes compartiendo vivienda con él, cuando me invitó a Prometheus. Había aprendido a conocerme lo suficiente como para pensar que me gustaría el ambiente de aquel club. Estaba pasando por un bache emocional, por el tema con el embarazo de Annia, sumado a todo lo que yo arrastraba, y fue una salida más que perfecta para toda mi frustración. Allí descubrí lo que era el mundo BDSM y cómo penetrar en él.

—Y te gustó tanto que acabaste abriendo tu propio club —concluyó Brenda.

—Algo así —aceptó. Las manos le sudaban, no quería seguir hablando, sería tan fácil dejarlo aquí y ya está. Ya había confesado dos grandes pecados: durante su estancia en Prometheus se había acostado con mujeres que probablemente ni siquiera querían estar con él, sin haber indagado con profundidad en su conformidad previa, algo que seguía picándole en la conciencia hoy. Podía que hubiera sido el tipo tenebroso de las pesadillas de alguna chica sin saberlo y eso lo enfermaba hasta un punto que ni siquiera podía explicar. No quería ni debía pensar en ello, ahora no. Y también había hablado sobre Annia, otro gran peso en su conciencia. Otro gran error, producto de una vida de libertinaje. Y entonces había sido eso, un libertino, ahora era mucho más responsable y en parte se lo debía a Rod. Ya no tenía sexo de manera indiscriminada y sin pensar en ello, todo lo que hacía tenía un

propósito firme y todo estaba más que premeditado. Si ahora cometía un error, lo haría siendo consciente de ese hecho y sería culpable de todos los cargos en su propia conciencia. Nunca sobrepasaba los límites de la legalidad o sus principios, había líneas que jamás se debían cruzar.

—¿Por qué estás tan nervioso? No creo que sea tan malo, es una putada que alguna petarda te engañe y más aún que ni siquiera piense en su propio hijo, que tan solo lo use como moneda de cambio, pero no eres culpable de los actos de los demás.

—Fui culpable, si no me hubiera acostado con todas aquellas chicas, ninguna podría haber utilizado ese argumento en mi contra. Ninguna podría haber planeado de forma premeditada hacerlo, porque habría sido selectivo y probablemente no habría tocado a Annia ni con un palo. Era una auténtica bruja, que se dedicaba a torturar a algunas de sus compañeras —Nunca había odiado a otra persona, no era capaz de hacerlo, pero esa mujer había logrado desagradarlo tan profundamente que había hecho todo lo posible por no volver a cruzarse con ella. No porque fuera a golpearla, jamás lo haría, simplemente le revolvió el estómago el conocimiento de que se la había tirado y encima lo había disfrutado.

—Tú lo has dicho, solo era una más. Una de muchas. No tiene importancia.

—¿Te da asco que haya sido así? —le preguntó, le preocupaba un poco que lo imaginara como algún tipo de prostituto que se vendía sin más a cambio de unos cuantos orgasmos. Brenda no lo juzgaría, estaba convencido, pero él se juzgaba a sí mismo cada mañana. Se preguntaba si no lo habría sido, aunque no hubiera cobrado por el servicio.

—¿Cómo puedes pensar eso, Gabe? Te conozco donde de verdad importa —le posó su mano derecha en el corazón y le acarició el pecho. Llevó su propia mano a la de ella y la sostuvo para besar sus dedos. Dios, quería tanto

a esta mujer que no podía ni pensar en perderla. No sabía cómo iba a reconfigurar su vida para poder tenerla como necesitaba y quería, pero iba a hacerlo. Iba a buscar el mejor camino y andar todo el trayecto hasta el final.

—Recuerda que en Prometheus...

—Dudas sobre la posibilidad, no tienes la certeza.

—Detuvieron a Strider por trata de blancas, asesinato y prostitución. Hallaron pruebas de sus delitos. Estuve allí, en ese club, y no hice nada para evitarlo.

—No eres superman. No puedes salvar a todo el mundo, Gabe —aseguró—. Eras joven, te viste seducido por la sensualidad de ese ambiente, lo entiendo. No tienes que justificar tus actos ante nadie, tomaste una decisión y ahora vives con ella. Te convirtió en lo que eres y eres la mejor persona que conozco, así que Prometheus no fue tan malo como quieres recordar. Te dio algo maravilloso, te enseñó una parte de ti mismo que desconocías.

—Me dio muchas cosas y sí, reconozco que ahí aprendí a conocerme más profundamente, a ver hasta dónde podía llegar... —Pero había estado ciego a la realidad, era eso lo que no podía perdonarse, lo que quizá nunca superaría. Por lo que había abierto el Pleasure's, para ofrecer una salida a la gente que necesitaba explorar ese lado salvaje, en un entorno hipercontrolado. Donde no hubiera ningún tipo de problema o llanto después, por el hecho de que alguien hubiera tomado una decisión por otra persona, algo inconcebible en su club, algo inconcebible para su forma de ver la vida—. Rod lo visitó un par de veces conmigo, pero lo dejó a la primera señal de que algo iba mal. Sacó a la chica sin escuchar mis consejos y tomó una buena decisión. Le vetaron la entrada, pero no le importó. Por mi culpa, tuvo una pena más que incorporar a su ya pesada carga y eso es otra cosa más que jamás podré perdonarme.

—Cargas con demasiada culpa, deja algo para los demás.

—Mira quién habla —respondió atrayéndola a sus brazos. Necesitaba

tenerla cerca, sentir que algo tan bueno y puro como su brillante arco iris podía atraparlo en este mundo.

—¿Sabes, Gabe? Todo esto me hace pensar en lo mucho que nos exigimos a nosotros mismos. No tenemos que ser perfectos, no podemos serlo. Solo tenemos que encontrar la manera de seguir adelante sin ahogarnos con nuestra propia miseria.

Brenda había pasado por mucho y le había demostrado una fortaleza digna de envidiar. Ahora podía devolverle toda la confianza que ella había depositado no solo en él, sino en aquella audiencia de mujeres heridas a las que, indudablemente, había alcanzado con su discurso.

No podía compartir su pasado con todo el mundo, no quería ni era capaz de hacerlo, pero sí podía desnudar su alma por completo ante ella, para que pudiera comprender el complejo mundo de Gabriel Grier de una vez por todas.

—Intenté abandonar el club, cuando ni mi propio placer era capaz de acallar las voces de mi conciencia, pero nadie deja Prometheus de forma impune. No cuando te has adentrado tanto en las entrañas de su misma esencia —pronunció sin mirarla directamente.

—¿A qué te refieres, Gabe? —De forma innata buscó el contacto visual, su voz estaba llena de angustia y preocupación. ¿Puede que averiguara que le habían hecho daño sin tener que pasar por este momento?

—Ojalá fuera tan valiente como tú, Bren. No he enfrentado mis propios demonios, tan solo los he acallado durante cinco largos años y sacarlos a la luz me destroza, pero quiero hacerlo. Quiero que conozcas el lado oscuro de mi alma, antes de que decidas si merezco la pena.

—No tienes por qué contar nada más. Te conozco perfectamente.

Ignoró la licencia que le entregaba, porque sería capaz de aferrarse a ella y no quería sentar los pilares de su relación en una mentira por omisión.

Necesitaba saber lo más importante sobre él, incluso si otros detalles tardaban un poco más en llegar. Esto se había mezclado con su ADN y siempre lo acompañaría, del modo en que la violación y el secuestro jamás se borrarían de la mente de su chica.

—La noche que intenté abandonar Prometheus, Margaret, la esposa de Strider, el líder del club, me engañó. Me hizo creer que estaba aterrada de su marido, que necesitaba encontrar una salida de ese mundo, que ya no podía más. Me dijo que había detectado que empezaba a sentirme incómodo con alguna de las decisiones de mi mentor y que me había visto dudar. Aseguró que yo era su última esperanza para escapar de la vida de esclavitud a la que el hombre la había sometido en contra de su voluntad. —Se le escapó una risa sin humor, una burla contra el inocente chaval que había sido, incluso después de meses entre los muros de aquel pernicioso club, que no había sido más que una fantasía que había inventado. Como si hubiera llevado durante todo aquel tiempo una venda en los ojos que le impidió ver la realidad—. Y como siempre he sido un ingenuo idealista, la creí. Una vez más traicionado por una mujer a la que, de alguna manera, quería y admiraba. Fue la primera sumisa con la contacté, la primera que me permitió dar rienda suelta a mi necesidad, desconocida hasta que se cruzó en mi camino. Confiaba en ella y la respetaba, pero tan solo me tendió una trampa. Me estaba poniendo a prueba, Strider había dejado de confiar en mí y tenía que demostrar que no iba a traicionarlo.

Se levantó y se acercó a la ventana, dándole la espalda a Brenda. Necesitaba organizar sus pensamientos y recuperar el control de sus emociones antes de que se pusiera a llorar como un crío.

—Fallé la prueba —dijo en voz alta, por primera vez desde que había hablado sobre ello con Rod, aquella noche en la que corrió hasta él en busca de socorro. Herido por dentro y por fuera, completamente roto—. Los hechos de aquella noche están borrosos en mi memoria, Margaret me drogó y lo

siguiente que recuerdo es estar atado en la mazmorra del Prometheus, completamente inmovilizado y desnudo. Me dolía la cabeza y estaba muy aturdido. En la estancia estaban Margaret, Strider, Damien, otro par de tipos cuyos nombres no recuerdo, pero habituales del club, y las tres ingenuas chicas que habían seleccionado para aquella noche.

La mano de Brenda apareció en la suya y se apoyó en él. No dijo nada, tan solo permaneció allí a su lado, esperando. No estaba seguro de si esperaba escuchar la historia porque realmente quería conocer el desenlace o solo para ayudarle a liberarse de esa carga. Quizá un poco por los dos motivos.

—Me obligaron a observar toda la escena. Según pasaba el tiempo mi mente iba despertando y empecé a percibir detalles en las supuestas sumisas voluntarias. No solo estaban tan drogadas como lo había estado yo al principio, sino que también empezaban a despertar y a darse cuenta de lo que les estaba pasando. Entonces hubo lágrimas y súplicas, lucharon, pero ninguno de ellos las escuchó, ni siquiera Damien —añadió con rabia. Lo había odiado tanto por lo que les había hecho a ellas, como si no le importara nada, como si no hubiera entendido la esencia de lo que ser Dominante significaba. A sus ojos se convirtió en un criminal y luchó contra sus ataduras con tanta fuerza que se había herido la piel. La sangre había empezado a resbalar desde sus muñecas y tobillos. Había intentado liberarse con tanta fuerza que aún tenía marcas en la piel que había disimulado con algunos originales tatuajes. Sin pensar en ello, alzó la mano que sostenía la de Brenda y le mostró el bonito diseño que ocultaba tanta fealdad. Todo su brazo estaba marcado por cicatrices que había que mirar muy de cerca para percibir—. Intenté soltarme, pero no lo conseguí. Me habían amarrado bien fuerte, tanto que me hice profundas marcas en la piel, incluso dañé algunos músculos en mi lucha por huir, tenía que ayudar a aquellas chicas, que no tendrían más de dieciocho años, si los tenían. —Lo que más le dolía, al fin y al cabo, no era lo que le

habían hecho a él, sino el dolor irreparable que les habían provocado a ellas —. Margaret se burlaba de mí, el amo convertido en esclavo, decía. Atado como un cerdo listo para el matadero. Me advirtió que iba a llegar mi San Martín muy pronto, antes de lo que esperaba. Pensé que Strider iba a matarme, pero su mente tenía algo más perverso para mí —confió. Brenda lo miró, estaba conteniendo las lágrimas, pero Gabe negó—. No llores, Bren, es una vieja historia.

—Una vieja historia que te ha dejado marcas —acarició la muñeca que le acababa de mostrar y negó—. No, no me refiero a las visibles, las invisibles son mucho peores.

—Debería haberlas salvado y no pude hacerlo. Cuando terminaron con ellas, se ensañaron conmigo, pero no me importó. Yo me lo merecía, los insulté, los llamé cobardes, Margaret fue la encargada de empezar con mi tortura —la miró avergonzado—. Me excité, ¿cómo podía hacerlo? Cuando aquella zorra me tocó y a pesar de todo... —Negó—. Rod dijo que habían aparecido restos de una droga específica para hacer que reaccionara sin importar qué pasara en mis análisis de sangre. El cabrón de Damien la inyectó directamente en mi ingle, ¿sabes?

Puede que aquel hecho fuera uno de los que más le había dolido. No solo había participado en el asalto, porque no había sido otra cosa, a las tres jóvenes, sino que había tomado parte activa en su tortura y cuando había buscado sus ojos, cuando había intentado preguntarle por qué... le había mantenido la mirada y no había encontrado nada más que un vacío total, negro y frío, en el que no quedaba ningún tipo de pena o empatía por él.

Lo había querido y admirado como a un padre o un hermano mayor y había cometido el mayor acto de traición en su contra.

—Ya sabía que tenía que odiar a ese tío. Voy a matarlo por ti, solo después de hacérselo pasar muy mal. —El tono vengativo de su voz le hizo

sonreír y fue cuando se dio cuenta de que las lágrimas rodaban por sus propias mejillas como un eco de las que Brenda había dejado caer, incapaz de aguantarlas durante un minuto más.

—No tienes por qué, Bren. Estoy bien, lo he superado.

—Todavía te duele.

—Hay muchas cosas que nos dolerán siempre, es inevitable, pero soy un hombre feliz ahora.

—No tienes que hablar más sobre ello. Sé lo que es que te hieran de esa manera y desearía que nunca hubieras tenido que verlo, sé lo que es sentir vergüenza, Gabe. No necesitas pasar por eso, porque nada de lo que sucedió fue culpa tuya y no voy a juzgarte y tampoco soy tan morbosa como para querer conocer los detalles. Si necesitas hablar de ello, me tienes aquí —reconoció y había sinceridad en su tono—, pero si no quieres, no tienes por qué hacerlo. Voy a estar a tu lado tomes la decisión que tomes.

—Me ataron, me drogaron, me golpearon, me sometieron de todas las maneras posibles y también me violaron. Uno tras otro, Margaret incluida. No voy a entrar en detalles, no es necesario, pero aquella experiencia me marcó muy profundamente. No soporto la sangre, estaba envuelto en ella, no creo que hubiera perdido tanta como parecía, por cómo se rebozó la mujer de Strider... Una norma esencial en mi club es ni una gota de sangre, el que se propasa se larga y no vuelve a poner un pie en él. Ni en la mazmorra ni en el bar ni en quinientos metros a la redonda. No puedo soportarlo. —Era su mayor debilidad y algunos de los clientes más extremistas de sus inicios, no lo entendieron. ¿Qué problema había en alguna que otra gota? Era solo resultado de algunas de las técnicas que empleaban para obtener placer. Muy amablemente les había enseñado la puerta y los había enviado al Sin, el lugar en el que había trabajado Damien sabiendo que allí obtendrían lo que necesitaban. No era un club ilegal, pero sí jugaba con límites a los que el

Pleasure's había puesto un veto firme. Se había quedado con la clientela más moderada y estaba satisfecho de haber tomado esa decisión.

—Eres un buen hombre, Gabriel Grier, y no merecías lo que te hicieron.

—Soy un idiota, Bren, y tengo algún tipo de desorden mental. Sigo disfrutando con la dominación a pesar de lo que me hicieron. Necesito tener el control cada instante, apenas puedo imaginar en perderlo sin perderme yo mismo.

—Eso no es malo. No haces daño a nadie, no hay una mejor persona que tú. Después de lo que sufriste, de una pérdida absoluta de decisión, es normal que no quieras volver a vivir algo así.

—Entonces tú y yo estamos avocados al fracaso, Bren. Porque a ti también te hirieron, de esa manera o peor, y ¿cómo podríamos tener una vida sexual sana si yo necesito someterte y tú necesitas ser libre?

Quizá estaba engañándose a sí mismo, quizá el amor no era suficiente para sustentar una relación.

—Hay una diferencia entre tú y yo, Gabe. Una muy grande. Tú luchaste, yo me rendí.

—Bren, no...

—No disfruté de lo que me hicieron, me produce pesadillas, apenas duermo, pero cuando me tocas... Cuando eres capaz de hacerme disfrutar a pesar de todo lo que sufrí, de todo el dolor, mi primera reacción es la de dejarte llevar el control de mi placer, porque confío tanto en ti que sé que tú tomarás mejores decisiones de las que tomaría yo misma —dijo con convicción—. No te hagas ilusiones, porque nunca me he dejado ordenar. Tengo mucho carácter, he sido jefa de grupo durante muchos años y no me gusta que me digan qué hacer, pero eso es mi vida diaria, en la cama las cosas son diferentes. Mi vida sexual daba pena hasta que tú empezaste a empujarme un poco más lejos y a demostrarme que no estaba muerta, que podía sentir

pasión y deseo. Ahora, no quiero que esto termine. —No esperaba que Brenda aceptara tan abiertamente lo que estaba sucediendo entre ellos, de hecho había esperado que le dijera que como no iban a llegar a ninguna parte, era mejor que siguieran como amigos. Afortunadamente se había equivocado. Necesitaba abrazarla y besarla, pero cuando hizo un amago ella levantó la mano deteniéndolo. Al parecer, aún no había terminado de hablar, así que iba a escucharla—: Si nuestra relación termina, no será por el sexo, porque aunque todavía estemos apenas descubriéndolo, es sublime. Si nuestra relación fracasa, será porque no puedas soportar la exclusividad, porque no sería capaz de compartirme y sé que el club es tu vida. Tampoco quiero privarte de él. Propongo que disfrutemos de este momento, sin preocuparnos por el futuro, porque ahora estamos demasiado cansados emocionalmente por nuestros respectivos pasados, por el hijo de puta que va asesinando sin control y por el cabrón de Damien tocándonos la moral, que nos merecemos simplemente disfrutar el uno del otro, sin grandes reflexiones sobre temas que ahora no nos interesan.

Gabe asintió la atrajo a sus brazos y la apretó con fuerza contra su pecho, quería sentirla.

—¿Sin temas trascendentales hasta después de pillar al asesino?

Brenda asintió.

—Sí, por favor. Solo placer, compañía y mimos.

Una sonrisa lenta apareció en su rostro, podía complacerla. Incluso podía demostrarle un par de cosas que la ayudaría a purgar todo el dolor y el miedo que aún sentía. Tenía planes excelentes para los dos, pero como ella había dicho, iban a tener que darle un poco de espacio a Daniel para atrapar a ese tipo.

Porque a pesar de todo lo que Damien le había hecho, no quería que nadie lo matara. Y, sí, indudablemente, seguía siendo el mismo idealista ingenuo de

hacía cinco años, que creía en la parte buena de las personas y la justicia.
Un puto superman de mierda sin superpoderes.

CAPÍTULO 27

Rod estaba sentado en el suelo de la sala de estar de su propio apartamento mientras observaba con incredulidad la carta que había recibido. Había estado dando vueltas a un montón de papeles, como evidenciaba la alfombra llena de documentos con números, contratos y todo tipo de burocracia, en su búsqueda de una decisión aceptable para todos los implicados. Todavía no tenía ni idea de cómo iba a compaginar su vida con la medicina, si finalmente aceptaba aquel puesto en el hospital. La tentación estaba ahí, pensaba que había roto completamente con aquella vieja necesidad, pero salvar dos vidas le había recordado el lado bueno de su profesión.

Puede que la carta que tenía entre los dedos, en la que le dejaban muy claro que si no cerraba la mazmorra y despedía a Damien, gente inocente tendría que morir por no tomar las decisiones adecuadas, fuera la señal que había estado esperando o puede que tan solo estuviera cansado de follar sin más y esa necesidad de encontrar algo más trascendente, le estuviera obligando a dejar esta vida atrás.

Se había subido al carro en un momento de debilidad y por ser Gabe quién hizo la propuesta, después de haberlo encontrado aquella aciaga noche, tirado a su puerta como un fardo malherido, destruido por dentro y por fuera, decepcionado profundamente con la vida y consigo mismo, había sabido que algo tenía que hacer. Algo que lo ayudara a emerger y que de paso lo rescatara a él mismo del ostracismo.

Y esa necesidad había dado forma al *Pleasure's*. Un lugar que le había traído muy buenos momentos, que lo había convertido en un hombre más fuerte, que le había mostrado que había más de una manera de ver la vida. Se había enamorado y había indagado en las profundidades de su propio ser, algo

de lo que jamás podría arrepentirse. Incluso si el objeto de su amor lo había despreciado.

Cogió su teléfono y llamó a Daniel para informarle sobre su reciente correspondencia, como no respondió se limitó a enviarle un mensaje alertándolo sobre la necesidad que tenía de hablar con él para informarlo sobre las últimas novedades.

Estaba hasta arriba con este caso, lo sabía, y también con Abbie que estaba embarazada y, al parecer, estaba teniendo un primer trimestre e inicio del segundo un poco accidentado. Había visto muchos embarazos en su vida y no era una mala señal, no necesariamente. Las cosas mejorarían y tanto los niños como la madre estarían perfectamente.

—Rod —lo llamó Mallory con esa eterna sonrisa que iluminaba su rostro. Estaba sonrojada y descansada, estar con él la hacía sentir segura, por alguna extraña razón. No había pedido permiso, había entrado con su vieja mochila y sus escasas pertenencias y le había informado que se trasladaba más cerca de él, por el bebé, pero estaba convencido de que también estaba buscando seguridad, incluso una figura paternal, ahora que Stephen parecía absorbido por su nuevo trabajo.

Estaba acercándose demasiado a Damien y aunque no era algo necesariamente malo, sí debían andar con cierta cautela. No se podía confiar plenamente en él. A los hechos del pasado se remitía. Haría lo que considerara correcto según su manera de ver la vida y nadie podía hacerlo cambiar de opinión. Había puesto el ojo en el chaval, por algún motivo, y se temía que no auguraba nada bueno.

—¿Te encuentras mal? —preguntó alzando la vista de los aburridos documentos y dejando todo su dilema a un lado.

Se levantó con agilidad y se acercó a ella para observarla de cerca.

Mallory se rio.

—Estoy genial, el bebé está bien. Estaba haciendo algo para ti, ven conmigo, tienes que probarlo —pidió con tono misterioso, mientras lo arrastraba hacia la escueta cocina.

Para ser una chica no muy grande, tenía bastante fuerza. Sonrió.

—Tranquilízate, ya voy. No te esfuerces.

—Ven y deja de sermonearme. Estoy cuidando de Cole, está muy bien. Si mamá está feliz, el bebé también lo está. ¿No me has dicho eso? Cocinar me hace muy feliz —reconoció mientras tomaba un plato lleno de rosquillas que, tenía que admitir, olía estupendamente.

—¿Has hecho todo esto tú?

—Sé que no hay suficientes para todos, pero puedo hacer más. He estado experimentando un poco con la receta. La encontré en internet. ¿Puedes darle un bocadito? ¿Por favor?

Roderick no era especialmente goloso, pero tenía que reconocer que le apetecía probarlas, así que tomó una y la observó. Estaban perfectamente doradas y olían a limón y quizá a algo dulce como el anís. Le dio un buen bocado, todavía estaban calientes, aunque podía soportarlo. La masa se deshizo en su boca provocándole un agradable y simple placer que, por un momento, opacó todas las preocupaciones que lo rodeaban.

—Son deliciosas.

—¿De verdad? ¿No lo dices solo para hacerme sentir bien? —Había expectativa y nervios en la voz de la chiquilla, como si su respuesta fuera lo más importante del mundo.

—Te lo aseguro, no tengo por qué mentir. Son deliciosas.

—Me encanta cocinar —confesó— y experimentar. No solo dulces, todo tipo de comidas. He decidido que ya que soy un estorbo aquí, porque no puedo hacer nada especial para ganarme mi sustento, podría alimentarte. Así por lo menos puedes librarte de la tarea, he visto que te desagrada hacerlo.

—¿En qué lo has notado? —No era un excelente cocinero, pero se defendía bastante bien. Incluso había cuidado de otras personas durante algún tiempo, alimentándolos y recibiendo algún que otro elogio por su desempeño.

—No estás mal, pero gruñes todo el tiempo mientras lo haces. Y, además, he visto cómo coges la espumadera, parece que estás haciendo esgrima en vez de remover los huevos —soltó sin contención alguna.

—¿Acaso no están buenos?

—No tanto como los míos. ¿Quieres que te lo demuestre?

¿De verdad una chiquilla embarazada iba a discutir con él? ¿Desde cuándo una mujercita se atrevía a plantarle cara? A excepción de Kat, pocas lo hacían. Era un hombre grande que tendía a imponer respeto, pero desde que Mallory y él se vieron, supo que era juego perdido. No iba a imponerle nada, porque se había convertido en algún tipo de debilidad. Un pajarillo con un ala rota que necesitaba cuidados hasta que pudiera volar por sus propios medios.

Frunció el ceño, provocando su risa.

—No parezcas tan enfadado, en serio, nadie puede estar a mi altura. Si hubiera nacido en otro lugar y en otro momento, había sido una estupenda chef. Habría ido a París a una super-escuela de cocina y habría causado furor entre los más importantes restaurantes del mundo. Quizá habría ganado premios y abierto mi propia cocina o creado una línea de productos deliciosos para bebé y no esa mierda artificial que las madres se ven obligadas a comprar en el supermercado cuando no tienen tiempo o medios para hacer una buena comida casera. —Su discurso debería haber caído en saco roto, no debería haberla escuchado, pero tenía que admitir que había a cosas que no se podía resistir. Una joven con un sueño era una de ellas.

—¿Y qué te detiene? —preguntó como si tuviera todas las respuestas del mundo.

—Veamos... —empezó, la ironía palpable en su voz—. No tengo dinero

suficiente para pagarme los estudios, no puedo trabajar porque mi médico me ha decretado reposo absoluto, voy a tener un bebé dentro de poco, con lo que tampoco voy a tener tiempo para asistir a clase y no te olvides de lo más importante, ni siquiera terminé la educación secundaria. No tengo un título, tengo problemas con la lectura y los números. ¿De verdad crees que esta Mallory podría lograrlo? —Se encogió de hombros—. No seré una gran chef en esta vida, pero sí puedo hacer una golosina rica para mis chicos favoritos.

Parecía decidida y también muy segura de las palabras que había pronunciado.

—¿No me acabas de decir que encontraste la receta en internet? Sabes leer, si fuiste capaz de seguir algo que estaba escrito.

—¿Y quién te dice que la leí? —inquirió encogiéndose de hombros. Se dio media vuelta, parecía algo avergonzada, nada que pudiera asociar con la brillante Mallory—. Sigo un canal de youtube de una mujer mayor, suelo imaginar que es mi abuela y que me enseña solo a mí. ¡Qué tontería! ¿Verdad? —inquirió como si aquello no fuera importante para ella—. Solo veo los pasos, no leo, mi abu me enseña y yo imito. A veces, innovo con tonterías que se me ocurren, unas veces acierto y otras veces no.

Podría haberle restado importancia a sus palabras, pero no era capaz de hacerlo. Aquella chica tenía un gran vacío en su vida, necesitaba una familia y él podía dársela. Por supuesto no iba a emparejarse con ella, porque no podría verla como a una potencial pareja, pero sí podía convertirse en algún tipo de tío o padre adoptivo. Si no fuera mayor de edad, incluso haría los papeles para poder llamarla hija.

¿Cuán absurdo era aquello? Se estaba volviendo majara. Supuso que Mallory no era la única que necesitaba llenar vacíos en su vida y estabilidad familiar.

—Podría ayudarte con la lectura y los números si quieres. Hay muchas

opciones para que puedas sacar tu título.

—Hay gente incapaz, supongo que lo soy. No me interesaba antes, ni siquiera iba al colegio la mayor parte de los días, no sé cómo pude llegar al instituto; bueno sí, lo sé, era tan conflictiva que todo el mundo quería deshacerse de mí —se encogió de hombros, como si fuera algo normal—. Todos pensaban que acabaría convirtiéndome en una puta o una drogata, ¿sabes?

Qué horrible era pensar así de una criatura, se dijo Roderick frunciendo el ceño. Aún así, Mallory estaba llena de vida y su bondad se reflejaba en su cara. No era una mujer fácil, en ningún aspecto, pero ¿qué interés tenía el convivir solo con personas perfectas y que seguían las normas? Si el *Pleasure's* existía era precisamente por esa necesidad de atacar la normalidad y permitir que las rarezas del mundo encontraran un lugar en el que tener voz y voto. Puede que él mismo fuera un tipo raro que no encajaba en ninguna parte.

—Aprenderás lo que tengas que aprender, no te quepa duda. No voy a dejar que te rindas, encontraré información sobre las pruebas para conseguir el título de secundaria para adultos y después veremos qué pasos dar —informó. No estaba pidiendo permiso, no necesitaba hacerlo.

—Frena, solo quería tu opinión con mis rosquillas.

—Son estupendas y es una pena que tanto talento quede desperdiciado. Dime cómo hacerlas, vamos a cocinar para nuestros amigos. Van a tener que hacer diez minutos más de ejercicio para quemar la grasa extra —añadió guiñándole el ojo.

Mallory lo abrazó por la cintura, que era el lugar al que alcanzaba y lo miró con agradecimiento:

—No importa nada más que las personas que te quieren y tú haces que piense que le importo a alguien además de a Stephen. Gracias.

—No es una pose, chiquilla —decretó dándole un golpecito en la punta de

la nariz.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas mientras asentía.

—Lo sé.

Y no pudo hacer otra cosa que abrazarla, porque sin importar que no hiciera más que días que la conocía, su tonto y sensible corazón ya la quería, como a una hija.

Y tenía que hacer algo para verla feliz, establecida y a salvo. Entendía por qué Stephen la había protegido todo aquel tiempo, tenía algo especial. Algo que te llenaba por dentro, una calidez que tocaba tu corazón y te atrapaba incluso contra tu propia voluntad.

No iba a ser tarea sencilla sacar adelante su idea, pero sabía que podía contar con toda su experiencia pasada para hacerla caer en la red de la cordura y la reflexión.

La iba a ayudar a cumplir su sueño, sin importar hasta dónde tuviera que llegar para garantizarlo.

Cuando la representación terminó, pudo volver a sentir su intensa mirada. Esa que lo había acompañado a lo largo de todo el encuentro y que casi lo había obligado a contener, más bien suavizar, algunas de sus acciones, hasta que se recordó que tanto su audiencia habitual como su invitado especial, estaban aquí esta noche para ver su misma esencia y disfrutar del papel que voluntariamente había elegido representar.

No era tarea sencilla actuar como si Warren no estuviera allí, pero había salido con éxito del encuentro.

Cuando sus clientes empezaron a abandonar la sala, dio la espalda a la

audiencia y se despojó de los guantes de cuero que había elegido esa noche como muestra de deferencia hacia el antiguo señor de la mazmorra, que seguía trasladándose de alojamiento en alojamiento, tratando de mantener a salvo a su mujer, la que había elegido para convertir en suya, sin importar si ellos eran conscientes o no de ese hecho. Se miró fijamente las temblorosas manos, un reflejo de su estado actual. Los nervios estaban presentes, tenía mucho que perder si Warren no era capaz de entender lo que había sucedido aquí esta noche, pero se recordó que no tenía nada de lo que avergonzarse. Mientras Warren no saliera corriendo asustado o asqueado, todo estaría bien.

—Hola, papá —dijo su hijo con decisión tras él—. Desde luego, hice bien en no permitir que mi tío bajara conmigo hasta aquí, se habría escandalizado. —Había cierto tono bromista en su voz, algo que le permitió respirar con mayor tranquilidad. No podía estar defraudado si podía reírse después de esto, ¿verdad?

Se obligó a girarse, en vez de limitarse a mirarlo por encima del hombro, como habría hecho con cualquier otro.

—Warren —una tirante sonrisa que intentó ser tranquilizadora, manifestaba la tensión que su propio cuerpo sentía, aún expectante, buscando en el juvenil rostro el desagrado o la decepción.

—Espero que no te moleste que esté aquí —comentó, también inseguro y se dijo que no tenían por qué hacer esto de la manera difícil. Seguían siendo padre e hijo, se conocían tan bien que ni siquiera dejar al descubierto su abierta sexualidad, debía incomodarlos.

—Por supuesto que no me molesta, hijo. Me alegra que estés aquí, la pregunta es muy diferente, sin embargo. ¿Te ha molestado a ti algo de lo que has visto?

—¿Cómo sabes que lo he visto y que no acabo de llegar?

—Te sentí en el instante en que atravesaste la puerta.

—Estabas demasiado ocupado para darte cuenta de nada, papá —lo contradijo.

Lo que Warren no entendía era que tenía constancia de todo lo que sucedía entre aquellas cuatro paredes, en eso consistía su tarea allí abajo. Era el líder del placer de toda la gente que participara activa o pasivamente, no podía permitir que alguien quedara desatendido o herido de cualquier manera. No era el único responsable de sala, pues siempre había un ojo puesto en ellos, por si se le escapaba algo, pero sí que la mayor parte del peso de la responsabilidad recaía sobre él.

Aún así, la presencia de su hijo jamás le habría pasado desapercibida, eso era imposible.

—Algún día te enseñaré cómo se hacen las cosas aquí y te darás cuenta de que un hombre como yo no puede dejar nada al azar.

—¿Un hombre como tú? —preguntó con lo que parecía cierta fascinación—. ¿Se supone que esta habilidad viene en los genes? Porque nunca me he imaginado en semejante tesitura y no creo que pueda hacerlo. Mi tío cree que me he vuelto loco por venir. Se ha quedado en el bar tomando una cerveza con cara de malas pulgas. Puede que trate de dispararle a alguien. Ha salido armado de casa. ¿Qué le dijiste el sábado en el cumpleaños de Amber? No ha parado de vigilarnos como si estuviéramos en prisión.

Damien cogió una toalla y se secó parte del sudor que caía por su pecho, todavía necesitaba darse una ducha, pero ahora tenía algo más importante entre manos.

—No quiero que os pierda de vista, hay un loco asesinando a gente vinculada a este club y a los que trabajamos aquí, es solo por precaución.

El rostro de su hijo mostró su preocupación. Las dos últimas semanas habían sucedido tantas cosas en su vida que no sabía cómo iba a poder lidiar con lo que se le venía encima. ¿Qué decirle para tranquilizarlo? No podía

suavizar la verdad.

—¿Estás bien, papá?

—¿Estás bien tú, hijo? ¿No quieres salir corriendo de aquí avergonzado por lo que le has visto hacer a tu padre?

—Mira papá, sé que no reaccioné muy bien cuando me enteré, pero tienes que entender lo que algo así significa para un hijo que piensa que su padre no es otra cosa que un contable. De números a... esto —añadió señalando el lugar que había estado lleno hasta hacía un momento—. Hay un mundo entero.

Podía entenderlo, si su propio padre hubiera actuado como él lo había hecho hoy delante de su hijo, probablemente habría salido corriendo y habría reaccionado de muy mala manera.

—Supongo que hay un mundo, visto desde tu lado.

—Papá, no es lo más normal que la gente se dedique a tener sexo en grupo como medio para ganarse la vida, por norma habitual. No conozco a nadie que lo haga, a excepción de ti.

En eso tenía más razón que un santo, no podía negarlo.

—¿Y bien? ¿Qué piensas ahora de tu viejo? —preguntó intentando quitarle peso al asunto.

—Es una pasada. Si no fuera porque la chica que me gusta es bastante tradicional, me la traería aquí para una vuelta. Eso sí, no comparto lo que es mío, así que puedes olvidarte de la posibilidad de darle una probadita.

—Si no estás dispuesto a compartir, este no es tu sitio. —Aseguró con convicción. Podría algún día convertirse en un experto en estas artes, si es que le apetecía, pero mantener una relación estable tradicional y convertirse en objeto de deseo de hombres y mujeres por igual, follando indiscriminadamente, no era algo con lo que una esposa al uso fuera a lidiar. Nadie podía vivir así, quizá sí aquellos que poseían una relación abierta, pero en su experiencia ese tipo de amor solía acabar hiriendo a alguno de los

implicados.

—Eres mi ídolo, papá. Yo ni siquiera consigo un trabajo como camarero y tú...

—Creo que estás confundiendo las cosas, Warren. No cobro por el sexo, eso me convertiría en algo que no soy, gano dinero por actuar y dirigir este evento.

Warren lo miró con escepticismo, para él ambas cosas eran lo mismo.

—Papá...

—No siempre me acuesto con mis clientes y siempre cobro, eso te lo garantizo. —Aseguró mirándolo con intensidad. Había hablado de una chica, era la primera vez que le confiaba algo de ese calibre y teniendo en cuenta dónde estaban, quizá no era el mejor momento para tener una charla trascendental, pero era posible que no volviera a surgir el momento, así que decidió aprovecharse de la aparente fascinación que este oscuro mundo había provocado en su progenie—. ¿Quién es esa chica de la que hablas? Nunca te había escuchado que estuvieras emparejado.

—Ojalá estuviera emparejado, pero sigue resistiéndose. Julie solo tiene diecisiete años y quiere sacar buenas notas en el instituto y todo eso, para estudiar la carrera que le apetece. Sus padres están intentado convencerla para que haga otra cosa, pero está decidida. Cree que si obtiene la mejor nota de su promoción, la dejarán tranquila y le darán libertad para elegir. —Se encogió de hombros, como si dijera que no creía que eso fuera a pasar alguna vez—. Lo importante es que estoy intentando ayudarla a conseguir lo que quiere. Me gusta mucho, pero está empeñada en no tener pareja hasta que llegue el momento adecuado y el chico perfecto, para ella soy solo su mejor amigo. ¡Odio esa etiqueta!

A veces se olvidaba de que su hijo era poco más que un niño. Quizá en sus tiempos con dieciocho años, casi diecinueve, fueran más adultos, pero ahora

mirándolo se preguntaba cómo podría haber sugerido que fuera al Pleasure's y cómo había permitido que presenciara lo que había sucedido allí.

Afortunadamente, no estaba ocupándose de la educación de Amber, porque lo cierto es que era un absoluto fracaso como padre.

¿Y todos sus pensamientos de dejar en herencia a Warren su legado? Se había vuelto loco, era un imposible. No podía hacerle algo así.

—¿Vosotros no tenéis una relación?

—Somos amigos, soy su mejor amigo. Me lo cuenta todo y estoy loco por ella, pero no me hace ni caso. ¡Si hasta se pasea en braguitas meneando ese trasero delante de mí como si yo fuera algún tipo de ser asexual que no suponga ningún tipo de peligro! Creo que piensa que soy gay.

—¿Eres gay?

La mirada oscura que le lanzó Warren dejó claro que no lo era.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

—Cada palabra —aseguró—. ¿Por qué piensa que es posible que lo seas?

—Porque tengo un alma sensible. Pero... soy músico. ¿Qué esperaba? No voy a comportarme como un macarra. Eso no va conmigo.

Lo miró y pareció avergonzado por lo que había dicho. Podía entender por qué, esta noche tenía bastante aspecto de macarra, medio desnudo, con el cuero por diversas zonas de su cuerpo y la mirada salvaje que quedaba clavada en su rostro cada vez que se deleitaba en la oscuridad del placer de su mazmorra. Dominar y atar a su clientela le provocaba una satisfacción peligrosa, que lo convertía en alguien que alguna gente podría querer evitar.

Lamentablemente, en contra de su predicción, Warren parecía pertenecer a ese grupo.

—¿Por qué no vienes conmigo? Salgamos de aquí, tengo un espacio libre de todo esto que parece que te está poniendo un poco nervioso.

No dejaba de mirar todos los elementos que daban ambiente al lugar,

muebles, al fin y al cabo, que se utilizaban para llevar adelante este rol que todos estaban de acuerdo en desempeñar.

Si bien el Pleasure's era un lugar bastante especial, que evitaba el lado más salvaje del BDSM, aún tenía algunos aparatos bastante originales, como la cama de inmovilización, el banco spank, el cepo, la jaula o la cruz con correas, entre otros, que podían fácilmente amedrentar a un novato.

—Deberíamos ir a buscar a mi tío, antes de que le dispare a alguien.

—Estará bien, no te preocupes. Necesito cambiarme antes de mostrarme en público y también darme una ducha.

—La verdad es que apestas, papá. No quería decírtelo, pero...

—Gracias por tu honestidad, supongo —puso los ojos en blanco y lo guio hasta el dormitorio que estaba utilizando provisionalmente. Se quitó la ropa sin preocuparse por su desnudez, Warren lo había visto en esta tesitura muchas veces, y después de la sesión de esta noche ya estaba más que curado de espanto. Dudaba que pudiera traumatizarlo más.

Entró en el baño y se metió en la ducha, alzó la voz, para continuar con su conversación.

—¿Y qué vas a hacer con esa chica?

—Todavía no estoy muy seguro, la verdad —confesó—. No quería hablar de esto con mi tío y como tú y yo hemos estado enfadados...

—¿Ya no estamos enfadados?

Warren lo siguió hasta el cuarto de baño y se apoyó sobre el marco de la puerta, observando todo a su alrededor excepto a él.

—No quiero estar enfadado contigo, eres todo lo que tengo. Al final, Amber tiene a los tíos y puede que conmigo se porten genial, pero a veces... a veces te echo de menos y también a mamá. Aunque ya apenas puedo recordar su olor o el sonido de su voz y eso es duro. ¿Sabes?

No quería pensar en lo que ambos habían perdido. De nuevo, estaba allí a

sus ojos claro que no era un buen padre. Su hijo se sentía solo y no era capaz de ofrecerle palabras de consuelo.

Abrió el grifo, no necesitaba que percibiera el temblor en su voz mientras hablaba. Dejó que el agua cayera sobre sus tensos músculos y sacudió la cabeza, tratando de empapar todas sus ideas.

—Nunca la olvidarás, del mismo modo en que no soy capaz de hacerlo tampoco —dijo finalmente. No iba a andarse con mentiras ni a endulzar la verdad—. Si no fuera por ti, por tu hermana y por la facultad de este trabajo para ahogar todo el dolor y el vacío que me dejó la pérdida de la única mujer que he amado y que jamás amaré, hace tiempo que me habría rendido. Pero tú tienes la posibilidad de enamorarte y también puedes contar conmigo. Nunca vas a estar solo, no mientras yo viva.

—Me gustaría ser como tú, papá. Tan fuerte.

Warren estaba completamente confundido, no era fuerte y nunca lo había sido. Tan solo un cobarde que trataba de afrontar la vida lo mejor que podía, sin entrometerse demasiado en ella.

Se enjabonó casi con violencia. Ojalá fuera más valiente, entonces habría continuado con su vida, su casa, su familia, habría criado a Amber en vez de regalarla como algún tipo de premio de consolación. Se habría comportado como un hombre, habría recordado con cariño a su esposa y habría vuelto a enamorarse, como cualquier ser humano normal.

Pero no lo era, era un tipo extraño, plagado de rarezas, quizá hasta peculiar y le gustaba serlo, porque lo definía, dejaba claro quién era en realidad, no tenía que simular estar bien o feliz o ser amable. Nadie esperaba de él otra cosa que lo que ofrecía libremente y, por ahora, le iba bien.

Cerró el grifo y cogió una toalla para secarse. Warren lo dejó pasar, así que entró en la habitación en silencio, meditando exactamente qué decir para dejar claro lo que pensaba y lo que realmente podían conseguir juntos.

Sacó unos pantalones de chándal y ropa interior de la cómoda y se los puso. No se molestó con una camiseta, porque tenía calor y tampoco recordaba si le quedaba alguna limpia.

—Te pareces más a tu madre que a mí, lo que te convierte en alguien afortunado.

—Físicamente, podrían confundirnos.

Damien se rio, no podía negarlo. Su hijo era un poco más alto que él, solía entrenar diariamente, por lo que sus músculos se marcaban bajo su ropa y tenían un rostro muy similar. La misma frente, los mismos pómulos, la misma mirada, pero su boca y barbilla eran diferentes, más parecidas a las de su madre y su pelo rizado no tenía nada que ver con el suyo. Se lo había dejado largo, lo que le daba un extraño aspecto entre guerrero medieval y angelote. Tenía tendencia a la risa y un corazón enorme, también herencia materna, sin olvidar su alma creativa.

Damien no tenía ni un solo hueso creativo en todo su cuerpo. No sabía tocar ningún instrumento, no tenía oído para la música, no era un buen bailarín y, desde luego, no tenía esa mirada de artista que su mujer había tenido. Había ido a clases de cerámica y pintura y el resultado de su obra había sido tan irrisorio que había sido objeto de burlas de su esposa e hijo, cuando Warren solo tenía cinco años.

Había aceptado que era un hombre de mente cuadrículada. Bueno con los números y nada más. Aunque también era un crack en el sexo, eso nadie podía arrebatárselo.

Y si no que preguntaran a su lista de clientes.

—No creo que esta vida pudiera saciarte —reconoció hablando en voz alta, aunque quizá más para sí mismo que para Warren—. Pensé que quizá podría introducirte en el club, pero es demasiado pronto y aún te queda demasiado idealismo dentro.

—No soy del tipo de ata y domina, papá. Supongo que todavía me falta mucho rodaje. —Admitió—. Además, no te ofendas, pero eso de estar con otros tíos...

Damien sonrió.

—Supongo que todavía eres demasiado joven para entenderlo. No se trata de nada más que placer. Cuando acaba, no queda un sentimiento romántico, solo satisfacción y, a veces, un vacío muy profundo también.

No era fácil admitirlo, pero no quería crear grandes muros entre los dos. Necesitaban confiar el uno en el otro para que su relación se basara en pilares sanos que no se erosionaran con el paso del tiempo.

—¿Un vacío? ¿Por qué lo haces, entonces?

—Porque me hace sentir vivo —le confío con sinceridad—. Me gusta lo que hago, lo necesito, incluso si a veces lo odio.

—¿Y te gustaría esta vida para mí?

—No. Quiero mucho más para ti, pero creo que a nadie le viene mal probarse. Tentar sus límites. Entender el placer. Adquirir experiencia. Todo eso podría venirte muy bien para el futuro.

Puede que no se convirtiera en su medio de vida, pero tampoco podían descartar que el Pleasure's y su atmósfera consiguiera despertar una parte en el interior de su hijo que rellenara algo que ignoraba necesitar. Al fin y al cabo, llevaban la misma sangre corriendo por sus venas, puede que Warren fuera un poco como él. La oscuridad tenía que estar retorciéndose en su interior.

Habían plantado la primera semilla esta noche, ahora era cuestión de esperar.

—Voy a intentarlo primero de la forma habitual.

—¿Con esa chiquilla?

Warren se encogió de hombros.

—No lo sé, papá. Quizá sea posible o quizá esté condenado a ser su mejor amigo para siempre. Me gustaría y ojalá fuera la primera, pero si no lo es, aparecerá otra.

De eso no le cabía duda. Warren era un chaval muy atractivo, las chicas iban a rifárselo. Si se le ocurría quedarse mucho por allí, muchas de las mujeres intentarían arrastrarlo a alguna de las habitaciones para una vuelta.

—Me gustaría que pasáramos juntos algunos días, durante las próximas vacaciones. Lejos de aquí —añadió, no supo si con la intención de tranquilizarlo a él o para calmar su propia necesidad de ser un padre normal y corriente—. Quizá podríamos llevar a Amber y a tus tíos.

—¿Vacaciones familiares? —inquirió pensativo—. No sé si a mi tío le va a gustar verte cerca de su mujer.

—A tu tío no le preocupa que tu padre pueda provocar a su esposa, porque eso es imposible —dijo el hombre entrando en la habitación con cara de malas pulgas—. Me he cansado de esperar y he venido a por el chaval. Es hora de marcharnos —advirtió mirando al chico, después concentró una intensa mirada en Damien—. ¿Todo bien?

Su hermano podía ser un tipo parco en palabras y gestos, pero sabía que podía contar con él sin importar qué sucediera.

—Charlando sobre las vacaciones invernales. Me gustaría que nos tomáramos todos unos días para pasar en familia.

—¿Y por eso mi sobrino piensa que mi dulce esposa va a caer rendida a tus pies? —Había un tono bromista en su voz, que no le pegaba nada.

—No te conoce tan bien como yo, ni a Marti. La fascinaste, además, eres mi hermano. No creo que tenga ningún tipo de necesidad carnal que no sea saciada —Miró a su hijo—. ¿Quién crees que me dio mis primeros consejos sexuales?

El cuello de Cam se puso rojo, lo que le pareció muy divertido. ¿Cómo

podía sonrojarse un hombre de su tamaño?

—Deja de hablar de intimidades. En contra de lo que parece pensar, Warren sigue siendo un crío.

—Lo sé. También soy consciente de que soy el peor padre que le ha podido caer en suerte, pero es lo que le ha tocado —dijo sinceramente.

—No eres el peor padre —lo contradijo Warren—. Al final me has dejado matricularme en la carrera que yo he querido, me has invitado a ver un día en tu trabajo, como cualquier otro progenitor normal, y me has enviado a vivir con mis tíos que son una familia decente.

—El chico tiene razón. No eres un mal padre, solo eres idiota —espetó su hermano con seriedad.

—Gracias por el halago.

—De nada. Ahora ponte en marcha, soldado, hay que levantar el campamento. Nos queda un largo camino a casa y es muy tarde. No me gusta dejar solas a Marti y Amber más tiempo del estrictamente necesario.

Damien sabía que tenía gente vigilándolas, así que, en realidad no estaban solas. Había sido muy claro cuando había hablado del peligro. Y si algo no era Cam era un estúpido. Se había convertido en alguien especialmente preparado para proteger a cualquiera en cualquier lugar.

No importaba nada que estuviera de baja, porque sus reflejos estaban siempre al máximo.

—Conduce con cuidado de vuelta a casa —pidió y se preguntó si sería extraño abrazar a su hijo, si se alejaría de él, así que mantuvo las distancias. No le apetecía un rechazo o fracasar frente a Cam, otra vez.

—Siempre lo hago.

Los vio salir y se quedó quieto en su sitio. Warren se giró una última vez y sonrió, al menos habían eliminado la barrera que se había erigido entre los dos cuando había descubierto su extraña ocupación. No estaba seguro de que

cuando lo pensara un poco más a fondo, no terminara con una tremenda decepción y quizá un mayor distanciamiento, pero fuera como fuera, no podía cambiar las cosas.

No podía transmutar en algo diferente o modificar su pasado, lo único que podía hacer era concentrarse en arreglar su presente para poder disfrutar de un largo futuro.

Tenía un mal presentimiento, como si estuviera a punto de suceder algo muy gordo, algo que iba a cambiar las cosas.

Fuera como fuera, no había mucho que hacer. Tan solo seguir avanzando, hacer lo que mejor hacía y no echar la vista atrás, hacia el dolor que ya había quedado desterrado de su mente y su corazón.

Tenía un par de buenos motivos para luchar, dos hijos que merecían toda su atención y esfuerzo por hacer las cosas de la manera más correcta. Además, aunque no pudiera resucitar a la mujer que amaba, aún conseguía sentir placer y aún tenía esperanzas de que el futuro le aguardara algo grande.

No otro amor, pero puede que la aparente sensación de plenitud que una vez había sentido. Lo único que tendría que hacer era encontrar otro modo de llegar hasta ese punto.

Y algo le decía que el secreto estaba en la relación con sus hijos. En la familia. Así que no planeaba volver a descuidarla jamás.

CAPÍTULO 28

Llevaban semanas cambiando de hotel, yendo de un lugar a otro, a pesar de que no había recibido un ataque directo. Habían seguido apareciendo cadáveres, todos de hombres y habían llegado amenazas abiertas al club. Estaba cansada de esconderse, cansada de correr como una conejita asustada, tratando de escapar del fiero cazador. ¿Acaso debía permitir que un loco le dijera cómo tenía que vivir su vida?

No planeaba permitirlo.

Su relación con Gabe no hacía más que avanzar hacia un punto tirante e inestable. No quería permitirse amarlo, si se entregaba plenamente, sufriría mucho cuando la dejara o cuando descubriera que no podía seguir adelante con una relación solo con ella. ¿Y qué haría si le pedía que compartiera su cama con alguien más? ¿O que le permitiera volver a participar en la mazmorra del club? ¿Y quién era ella, después de todo, para permitirle o prohibirle algo? No importaba qué pasara entre los dos, aunque lo amara, aunque rompiera esa última barrera, no podía permitir terceras personas entre ellos. No si pretendían algo que de verdad funcionara.

Negó para sí mientras observaba el nocturno cielo desde la ventana del dormitorio en el que les tocaba dormir esa noche. No era más que un hostel barato y, sin embargo, le parecía más hogareño que el resto de lugares que habían pisado en las últimas semanas, sin contar la cabaña. Añoraba aquella casa polvorienta y con corrientes, no se había sentido tan segura desde entonces.

—Estás pensando otra vez, pareces angustiada —comentó él empezando a masajear sus hombros. Lo hacía de vez en cuando y ni siquiera le importaba que la tocara sin avisar, sus manos eran calmantes, casi una droga—. ¿Hay algo nuevo que te preocupe?

Habían hablado mucho sobre lo que ella había vivido, lo que le habían hecho a él. Contaron algunos dolorosos detalles, compartieron caricias y lágrimas, se habían abrazado sin aspirar a nada más que consolarse mutuamente y también habían explorado los límites de su relación.

Se habían besado mucho, se habían tocado de mil y una maneras, aunque nunca habían llegado a follar de verdad, sabía que Gabriel estaba esperando a algo, pero no sabía qué. Quizá tan solo una señal por su parte. Había intentado emitir esa señal de mil y una maneras, hasta se lo había pedido en voz alta, pero nunca la había complacido.

—Solo pensando en que estoy harta de esto. No quiero seguir escondiéndome.

—Ha habido otros tres asesinatos, Bren. No podemos arriesgarnos a que te hiera —dijo con preocupación.

—No quiero que siga dictando mi vida un loco. No puedo permitirme darle tanto poder, eso está empezando a destruirme y puedo ver lo cansado que estás tú también. Estás nervioso, los dos lo estamos, quizá va siendo hora de volver a casa.

—Tanto como odio decir esto, el Pleasure's es el lugar menos seguro para nosotros ahora mismo.

—No es cierto, el club es una fortaleza. Se lo has dicho a Daniel y a Damien, todos lo sabemos. No va a pasar nada, todo está controlado.

Sus manos se detuvieron, se sentó frente a ella y la miró con intensidad.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Lo estoy y no es de lo único de lo que estoy segura —dijo mirándolo con intensidad—. He estado pensando en algo y creo que la mejor manera de asegurarme que obtengo la respuesta que estoy buscando es decirlo en voz alta. Hablarlo contigo.

Gabe volvió a levantarse y se pasó una mano por el pelo, dejándolo

completamente alborotado. Parecía un tigre enjaulado, moviéndose un lado a otro, como si estuviera tratando de digerir lo que había dicho.

—Brenda, no creo que debamos volver.

—¿Por qué no? —Se levantó también y lo siguió—. Si realmente quiere matarme, encontrará la manera de hacerlo. Y no ha hecho nada para herirme, no realmente. Al contrario, me protegió cuando mi jefe me puso una mano encima. No corro peligro, quizá quien corre peligro eres tú.

—Bren...

—No, no quiero pensar más en eso esta noche. No creo que debamos debatir sobre volver o no, es algo que ambos necesitamos hacer. Podemos cuidar de nosotros mismos. Allí tenemos a Lou, a Miles, el equipo, Rod, Damien y tu hermano. No sucederá nada.

—No lo sabes.

—Tú tampoco. ¿Y si se cae el techo sobre nuestras cabezas y nos aplasta? ¿Y si el calentador de gas tiene algún tipo de mala combustión y termina explotando y morimos abrasados? No podemos cambiar el destino, Gabe. Lo que tenga que pasar, pasará, pero podemos vivir como queremos mientras tanto. ¿No es eso lo más valioso de la vida? ¿Ser libres para hacer lo que nos apetece realmente?

No quería seguir esperando al momento adecuado, en ningún tema de los que la ocupaba.

—Eso es llegar a extremos casi imposibles.

—No son imposibles. Podríamos estrellarnos con el coche o resbalarnos en la ducha y se acabó —añadió—. Desde que me secuestraron, siempre pienso lo peor. Salgo a la calle y esa voz grita en mi cabeza sin que pueda hacer nada para evitarlo: «alguien va a acercarse a mí y va a agarrarme, no voy a poder liberarme, así que harán conmigo cualquier cosa que quieran. Quizá me violen o me roben, puede que solo me maten y sea rápido. O puede

que decidan torturarme. Puede que me peguen un tiro o que explote una bomba». Estoy cansada de ver el lado malo de la vida y esperar a que llegue el bueno. No quiero seguir esperando para vivir a mi manera.

Gabriel la miró con intensidad:

—¿Estás segura, Bren?

Sabía que él había entendido más de lo que había dicho y que le estaba preguntando mucho más de lo que había pronunciado.

—Muy segura.

Avanzó hacia él y tomó su mano para instarle a colocarla sobre su cadera, mientras se pegaba más a él.

—Esta tiene que ser la última noche que huimos del miedo. De todos nuestros miedos —añadió, pegándose a él lo suficiente como para que su pecho rozara el torso de él—. Te necesito, Gabe. Lo que hemos tenido, lo que hemos compartido ha sido tan maravilloso que solo quiero que no acabe nunca, pero necesito más. Te necesito a ti plenamente, completamente libre.

—¿Esta noche, Bren? —inquirió acariciando su frente, apartándole un mechón de pelo que cubría parte de su cara—. ¿Estás preparada para hacer el amor?

Lo miró. ¿Estaba preparada para admitirlo? El problema no era decírselo a él, sino convencerse a sí misma de que era seguro hablar sobre ello sin quebrarse.

—Te he querido desde el primer día y llevo un tiempo preparada para dar este paso —dijo con convicción, lo miró a los ojos—. No sé cómo reaccionaré cuando...

Gabe esperó, quería que lo dijera en voz alta, lo sabía, pero ¿cómo hacerlo?

—Si no eres ni siquiera capaz de pronunciarlo, ¿cómo vas a ser capaz de soportarlo?

—No tiene nada que ver con la capacidad de hacerlo, tú no tienes ningún pudor, pero yo me siento un poco cohibida con el sexo. No por la violación, sino por todo. No se me da bien —confesó.

Gabe sonrió y negó besando su nariz.

—¿No se te da bien? No estoy tan seguro de eso como tú, me has vuelto completamente loco con tus caricias, con tu respuesta. Cada vez que te corres y gritas mi nombre es como rozar el Paraíso con las puntas de los dedos.

—¿Ves? Te gusta la conversación picante.

—¿Conversación picante? —sonrió divertido.

—Sí. Exactamente eso.

—A ti te excita y me gusta excitarte. Admito —añadió tras una breve pausa—, que a mí me vuelve loco ver cómo te sonrojas. Mi cuerpo reacciona a ti.

Brenda sonrió también y le rodeó el cuello con los brazos, pegándose más a él.

—Tienes ese superpoder de hacer que me olvide de todo, excepto de lo bien que me lo paso contigo. Me haces reír, me haces sentir segura, haces que cualquier lugar sea el adecuado, solo con estar a mi lado. ¿Qué significa eso, Gabe? ¿Por qué siento que cuando estás a mi lado no necesito nada más?

—Porque eso es lo que nos hace el amor —dijo abrazándola—. Y ahora vas a decirme lo que estabas tratando de decir antes. Lo harás y no tendrás ni miedo ni vergüenza, porque tú y yo somos uno solo. Dos partes de un todo.

—No sé cómo reaccionaré cuando me penetres —dijo intentando mantenerle la mirada—. No lo hemos hecho hasta ahora y te deseo tanto... pero tengo miedo de no estar a la altura, de no poder comportarme como quiero y necesito hacerlo. Tengo miedo a defraudarte.

—¿Sabes lo que va a pasar cuando esté dentro de ti, arco iris? —preguntó con una sonrisa cariñosa y comprensiva—. Va a ser el mejor momento de mi

vida, porque voy a sentir cómo te aferras a mí y cómo finalmente he llegado a casa. Eres mi hogar, Bren. Lo supe hace tiempo, aunque no quise aceptarlo, solo tenemos que coger lo que está ahí al alcance de nuestras manos, pero solo en el momento adecuado, cuando sientas que puedes aceptar todo lo que tengo para ofrecerte. No tiene por qué ser hoy.

—Quiero que sea hoy —pidió. Estaba convencida, no quería esperar más. No tenían por qué hacerlo.

—Pues si mi señora me pide, no puedo negarme, ¿verdad? —La besó en los labios, primero de forma juguetona y después profundizando un poco más, exigiendo de ella todo lo que poseía. No estaba comportándose como alguien complaciente, sino como el tipo salvaje que era. La besaba y conseguía que le temblaran las piernas.

Podía perderse en él, en un simple beso, durante días y no cansarse de ese contacto. Cuando sus manos pasaron por debajo de la blusa rozando directamente su piel contuvo el aliento. ¿Qué habilidad especial tenía que solo con ese minúsculo toque conseguía que quisiera tenerlo todo ya? Odiaba esperar, a pesar de que era consciente de que la recompensa era sensacional.

Gabe besó un recorrido desde su boca hasta su cuello, mordisqueando su barbilla de camino, sus manos no estaban quietas sino recorriendo su vientre, subiendo hasta sus pechos. Los liberó del sujetador y los amasó en sus palmas con un gruñido de satisfacción.

Le gustaba mucho tocarla, algo que le sorprendía siempre, porque había estado con tantas otras mujeres que pensaba que para estas alturas ya estaría aburrido de algo tan normal como el busto femenino, exhibido hasta la saciedad en cualquier rincón de la sociedad.

Pero cada vez que ponía sus manos sobre ella, era como si fuera la primera vez que conseguía tocar a una mujer, más que eso, como si estuviera seguro de que ella era la única, la que de verdad le importaba, como si

realmente tuviera suerte de tenerla, sin importar que estuviera rota.

—Estás pensando otra vez, Bren —le advirtió buscando su mirada—. Hay algo que no estoy haciendo bien, si puedes mantener tu atención en otra parte.

Tenía razón, pero no era él quien estaba equivocándose, era ella, que no era capaz de entender por qué la había elegido. No tenía por qué limitarse a estar a su lado, ni siquiera estaba obligado a ocultarse, podría habérsela encargado a un policía o haberla enviado con su madre. Probablemente no habría lugar más seguro que con la mujer mayor que viajaba en su antigua caravana de un lado a otro.

—¿Por qué yo? No sé qué tengo de especial para ti. Me tocas como si te hubiera tocado la lotería.

—¿De verdad quieres que tengamos ahora esta conversación?

Podía apreciar el generoso bulto en sus pantalones, la tensión de todo su cuerpo, él estaba listo para este momento y ella también. ¿Entonces qué la retenía?

—Quítate la ropa —le pidió—. Déjame verte.

—Bren, si me quito la ropa antes de que tú estés lista, mi desempeño va a ser una auténtica mierda. Y no me gustaría ser un fracaso más de tu lista. Vamos a hacerlo de otra manera —instruyó mientras sus manos empezaron a deshacerse de la ropa de ella—. Voy a desnudarte y esta vez, vas a dejarme mirar mientras te acaricias. Voy a estar aquí, sufriendo mucho, porque te deseo, pero quiero que estés preparada y con tu mente donde tiene que estar para hacer esto.

Gabriel se despojó de su camisa, de los zapatos y los calcetines, pero mantuvo sus vaqueros, como una barrera evidente entre los dos. Sacó un par de preservativos del bolsillo trasero y los puso sobre la cama. Brenda los miró como si fueran un arma de destrucción masiva y se replegó sobre sí misma. No importaba que estuviera desnuda y con el hombre adecuado,

aquello trajo un mal momento a su memoria.

—Bren, ¿qué pasa?

—No puedo... —su vista seguía fija en los envoltorios plateados—. No puedes usar eso, Gabe. Por favor.

—Bren... ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? Tengo que protegerte.

—¿Tienes alguna enfermedad de transmisión sexual? —preguntó sin mirarlo.

—Por supuesto que no, me hago análisis regulares y siempre uso protección. Siempre. Lo hemos hablado, nunca he tenido sexo sin preservativo. Ni siquiera cuando era un adolescente. Mi madre se encargó de que entendiera la importancia de utilizarlo para cuidar de mi chica. Nadie quiere un bebé con trece o catorce años, confía en mí.

—Ellos los usaron, tiraban los envoltorios encima de mí y se reían. Uno tras otro. Recuerdo el desagradable sonido al rasgar el envase, era la señal de que iban a violarme otra vez y yo... —se alejó de él. No importaba que no tuviera ni una sola prenda de ropa encima. No importaba nada. Gabe la había visto desnuda muchas veces, además la única luz que iluminaba la habitación era la de una lamparita en la mesilla y el escueto rayo de luz luna que atravesaba la ventana y dejaba un tímido haz reflejado en el suelo de la habitación—. No había pensado en los anticonceptivos, cuando empezamos con este juego. No los habías expuesto hasta ahora, así que no se me ocurrió hablar de ello.

Gabriel se acercó a ella y dejó caer un albornoz sobre sus hombros, la ayudó a colocárselo y le ató el cinturón, después la abrazó. Podía sentirlo excitado, a pesar de todo, pero su toque ya no era sexual, su postura ya no era la del hombre alfa que iba a reclamar a su pareja. Era el amigo que prestaba su apoyo en un momento de bajón emocional.

—Como te dije, Bren. No tenemos por qué hacer esto esta noche. Te

quiero, te deseo y voy a esperar todo el tiempo que sea necesario para tenerte. Y, créeme, esto va a pasar, pero quizá no tenga que ser hoy.

La llevó hasta el sillón y la sentó en su regazo. Pudo ver la mueca de incomodidad, tenía que dolerle.

—Podría ayudarte con eso, lo siento tanto.

—No te preocupes, no será la primera vez. Además, ahora me interesa más hablar sobre lo que ha sucedido.

—Te lo he explicado.

—Pero no podemos llegar hasta el final sin protección. No voy a contagiarte nada, pero podría dejarte embarazada. ¿Querrías un bebé ahora?

—Nunca he pensado en tener hijos, no me veía como madre porque si te fijas en los padres que he tenido, probablemente yo sea una catástrofe. — Aquel no era el tema en ese momento—. He estado tomando la píldora desde que estaba con Brandon y quitando un par de meses que me olvidé por todo el asunto de la recuperación, no he vuelto a dejarla ni un solo día.

Gabriel la miraba con intensidad, no supo qué estaba pasando por su mente, porque lo vio retorcerse solo un poco y a pesar de sus intentos por disimularlo, estaba aún más excitado que antes.

—¿Qué pasa, Gabe?

—Olvida esto —dijo señalando su erección—. Mi polla tiene ideas propias.

—¿Que...? —entonces se rio, no pudo evitarlo.

—No es gracioso.

—¿Cómo puedes ser tan increíble, Gabe? Cualquiera se habría enfriado a la velocidad de la luz en cuanto me puse en plan traumatizada y tú...

—Tengo algún tipo de desorden mental —le aseguró—. Dame un segundo y conseguiré que esto se relaje un poco.

Intentó levantarla, pero se lo impidió. No se iba a ninguna parte. Se acabó el escapar.

—Esta noche vamos a decirle adiós al miedo. ¿Estás preparado para acompañarme en este viaje?

—¿Estás segura?

—Al cien por cien.

Gabriel estaba tan excitado que estaba teniendo problemas para concentrarse en la conversación. Debería estar consolándola por lo que le había explicado y, sin embargo, ahí estaba, completamente empalmado y ansioso por penetrarla casi salvajemente.

Sabía que debía tomárselo con calma, que hacía meses que Brenda no follaba con nadie y la última experiencia había sido tan traumática que no era momento para prisas.

Pero que se lo dijeran a su segundo cerebro, que estaba más que reclamando atenciones. Especialmente, desde que se había percatado de que iba a poder estar piel con piel contra la mujer que amaba, la que deseaba más que a ninguna otra.

Necesitaba pensar en ovejas o en cualquier otra cosa, pero mirarla, ver cómo se quitaba el albornoz que se había obligado a ponerle para concentrarse en otra cosa y observar sus erguidos pechos con los rosados pezones apuntando hacia él suplicándole que los probara, era algo que le impedía coordinar cualquier otro tipo de pensamiento.

Se suponía que tenía que ser dos hombres en uno: el amigo sensible y el salvaje macho semental, exigente y dominante, que iba a hacerse con su libra

de carne.

Al amigo sensible acababa de darle una patada en el trasero y se había largado hacia algún lugar muy lejano en ese momento, quedaba ese otro incapaz de pensar, tan solo de sentir.

No pronunció ni una palabra. Su boca se apoderó de su pecho, mientras la otra mano tiraba de la prenda y la lanzaba hacia el otro lado de la habitación. Una vez liberada, sus dedos fueron a su entrepierna y empezó a acariciarla. La tocó de la manera en que a Brenda le gustaba ser tocada y aunque su plan inicial había sido observarla mientras se masturbaba, antes de reclamarla como todo buen alfa haría, había cambiado en un instante su modus operandi.

Era la hora de darse un banquete con su plato favorito.

Se levantó con ella en brazos sin ningún tipo de problema para llevarla hasta la cama y la miró con intensidad. Tenía que tener mucho cuidado en la manera de hacer esto, porque esta noche iba a ser la primera vez, la primera realmente, hasta el momento se había limitado a los juegos previos.

La depositó en medio del colchón, sin molestarse en apartar el edredón y descendió sobre ella a la velocidad de la luz. Su boca se concentró ahora en su ombligo, jugó allí un momento antes de llegar a su premio gordo. Cuando se expuso a él, dedicó apenas un instante a observar la octava maravilla del mundo y después la abrió con sus pulgares y procedió a degustar su sabor, su aroma.

Brenda gimió y se estremeció. Su coño disfrutaba de cada una de las atenciones que le prodigaba, toda ella se retorció en la cama, pidiendo más. Sus manos aferraban el edredón, clavando las uñas en él, pidiendo más.

Podría haberla dejado a medias, pero quería que se corriera al menos tres veces antes de entrar en ella.

—Gabe —pidió—. No puedo aguantar más.

—No te contengas, córrete para mí. Vamos, Bren —su voz sonó tan ronca

que apenas si se reconoció, esta noche era un inciso en su vida, un momento para la mujer que había elegido hacer suya, no solo hoy, sino por el resto del tiempo que le quedara en este mundo.

Iba a tener mucho tiempo para dar rienda suelta a su oscuridad, hoy planeaba mantenerla a raya.

Además, ella le estaba haciendo un regalo, sin importar los motivos por los que lo hiciera, le entregaba la confianza plena de permitir que pudiera estar con ella como hizo la primera pareja de la historia. Brenda era su Eva y él esperaba estar a la altura de Adán que sentó las bases para que los hombres pudieran tener sus momentos felices, como este, cuando se llevaban a la chica adecuada.

Nunca tocaría a otra como la tocaba a ella, nunca más habría otra pareja para él que Brenda.

—Gabe, tú tienes que...

—Sin órdenes, ¿recuerdas?

Volvió a lamer, la punta de su lengua jugó entre sus labios vaginales y se deleitó en su clítoris, mientras sus dedos aferraban su trasero para impedirle que se alejara de su boca.

No tardó en llegar contra lo que ambos luchaban. Ella, para contenerse, él para deleitarse en su placer. El orgasmo la atravesó violentamente, se arqueó más contra su boca y él no dejó de lamer. No planeaba hacerlo, había descubierto que Brenda tenía una habilidad que no muchas otras tenían. Si esperaba el tiempo suficiente, un nuevo orgasmo se encadenaría con el primero y habría cumplido dos tercios de su propia autoexigencia.

—Gabriel —gritó de nuevo, pronunciando su nombre completo y provocando que estuviera muy cerca del límite.

—Déjate ir, Bren. Lo estás haciendo muy bien, me estás volviendo loco. Vamos, cariño.

Su mujer jadeaba, todo su cuerpo reaccionaba él de una manera tan atractiva que no podía negar que esto era lo mejor que le había pasado en la vida. No perdió de vista ni un momento cada una de sus expresiones. No importaba el lugar en el que estaba ubicado, con sus piernas sobre los hombros y su boca en su sexo, podía ver con detalle cada mínima turbación y sentir aún más la necesidad de tenerla por fin como quería.

—Ya vale, no me hagas esperar más, Gabe.

Gabriel sonrió y la dejó sobre la cama, apartándose de ella. Dejando que el aire corriera entre los dos. Se estiró y notó la presión de sus vaqueros sobre su polla, aquello era como si estuvieran estrangulándolo, así que se los desabrochó y los dejó caer, después se deshizo de sus calzoncillos y miró solo por un instante los envases plateados que destellaban desde el suelo. Los condones seguían allí, después de todo, brillantes y desterrados, como resultado de la acción que había tenido lugar sobre aquella cama, pero por primera vez no iban a tener cabida en este juego.

Se sintió bien, había pensado muchas veces en cómo sería hacerlo a pelo, pero no había querido arriesgarse. Ahora tenía la oportunidad, con la mujer adecuada, y planeaba disfrutarlo.

Volvió sobre ella y la hizo ponerse a cuatro patas, dándole la espalda. Mordió su glúteo y sonrió, cuando ella se quejó. Le gustaba que lo mirara como si quisiera fulminarlo solo por el hecho de ponerse juguetón justo en este momento.

—Dos de tres, Bren. Todavía no estás lista para mí. Empiezas a estar un poquito resbaladiza, pero aún queda trabajo.

Se colocó tras ella y la instó a separar un poco más las piernas.

—Gabe esto es...

—Algo que puedes hacer y algo que me muero por hacer. Compláceme por esta vez.

Brenda estaba sonrojada. Habían jugado mucho en las semanas pasadas, pero siempre se habían mantenido dentro de unos límites muy normales. Para nada vinculados a los que él rompía una y otra vez cada noche en su mazmorra. No habían hablado sobre el sexo anal, probablemente, nunca lo hubiera probado por iniciativa propia. ¿Y por qué no demostrarle que podría correrse si alguien sabía jugar de la manera adecuada con su culo? Planeaba romper mitos en lo que a Brenda se refería. Iba a enseñarle mil y una maneras de sentir placer.

Amasó sus nalgas con ambas manos. Brenda lo miraba, o intentaba mirarlo. Podía verla deseando quejarse, decirle que aquello no formaba parte del juego, pero iba a demostrarle que estaba confundida. Y quería hacerlo aquí, de esta manera, sin ningún tipo de restricción. Si la ataba, podría considerar que esta acción era casi violenta y no le interesaba.

—Voy a ser muy suave contigo, solo vamos a probar, a ver si te gusta. ¿Confías en mí, Bren? —preguntó. Iba a tener que ser muy rápido para obtener lo que estaba buscando, porque empezaba a tener prisa.

—Sabes que sí, pero...

—Entonces no hay peros que valgan.

Su boca descendió sobre su ano y la lamió tentativamente, Brenda trató de escapar, pero la sostuvo con firmeza por las caderas, después lamió su vagina de nuevo y volvió a su culo, disfrutando de los estremecimientos que empezaban a recorrerla.

—Brenda, quiero que te acaricies, ¿podrás hacerlo? Va a ser mejor para ti si trabajamos en equipo. Aférrate al cabecero con una mano para ayudarte a guardar el equilibrio, verás que es más fácil.

—Gabe...

Volvió a concentrar sus atenciones en ella, ignorando su advertencia y comprobó, con placer, que estaba siguiendo sus indicaciones. Al principio

parecía un poco rígida, pero en cuanto pasó la sorpresa inicial, fue suavizándose poco a poco y él empezó a tantear un poco más, empujando con la punta de su lengua mientras acariciaba la suave piel de su cadera. Con una de sus manos cubrió su vientre, para acercarla un poco más y con la otra guio sus dedos, sin dejar de lamerla.

—Lo haces muy bien—la animó, tomándose un momento para observar su cara. Tenía los ojos cerrados y se mordía los labios, como si estuviera en algún otro lugar y a la vez allí. La besó, sorprendiéndola, apartando toda su atención de su cuerpo solo para asegurarse de que estaba bien—. Haces que te ame un poco más con cada concesión que haces—confesó besándola una vez más. Entonces, en el momento exacto, su dedo índice penetró en su trasero y le sonrió, sin palabras, tan solo animándola.

Brenda se detuvo un instante, pero entonces empezaron a mover sus dedos al unísono y pudo ver cómo iba quedando atrapada en la magia del momento. La doble penetración, por lo que decían algunas de sus sumisas, era un placer inexplicable y al que con el tiempo podías acabar haciéndote adicta.

Esperaba que su chica pensara exactamente lo mismo. No para estar con otros, porque la quería solo para él, sino para permitirle romper con todo tipo de miedos, tabúes o limitaciones. La quería libre y creativa, como la Brenda original era.

Modificada y moldeada para seguir adelante con su vida, dejando atrás el dolor, y la mejor manera de hacerlo era demostrándole que un recuerdo bueno siempre opacaba a uno malvado.

Continuó con su caricia. Tocó, cuidó, lamió, besó y no cesó en su empeño ni la permitió evadir la realidad que ya la atenazaba. Todo su cuerpo se estremeció violentamente. Gimió y gritó su nombre, probablemente alertando al resto del hotel de lo que estaba pasando en la habitación, pero no le importó.

Esta era su noche, para los dos y quería que estuviera feliz y a salvo.

Antes de que tuviera tiempo de reponerse, antes de que el orgasmo hubiera terminado del todo, se apartó apenas, lo justo para rodar con ella sobre la cama y colocarla debajo de él. Se situó entre sus piernas y penetró en su cuerpo, llenándola por completo. Se resbaló en su interior con facilidad y, cuando lo engulló entero, se aferró a ella susurrando en su oído casi en agonía:

—Al fin somos uno, Brenda.

—Gabriel. —Había lágrimas pero no de dolor, sino de emoción. Apoyó su cabeza en su hombro y lo besó en la mejilla, él se movió lo justo para buscar su boca y demostrarle lo mucho que la quería. Brenda le dio la señal para empezar a moverse.

Y juntos empezaron la antigua marcha, sin cesar, sin limitarse a follar, había tanto sentimiento encerrado entre los dos...

Enlazó sus manos con las de Brenda, y no dejó de susurrarle lo mucho que la amaba. Ella no cesó de repetir su nombre, dejándole saber que era consciente de quién estaba dentro de ella.

No sabía qué les depararía el futuro, no estaba seguro de cómo terminarían sus vidas, ni cómo o cuándo, pero de lo que sí era consciente era de que esta noche permanecería para siempre en su memoria.

Y cuando juntos alcanzaron el culmen del placer y se deshicieron en un orgasmo simultáneo, supo que era el camino correcto. Sin importar que hubieran superado unos cuantos baches, al fin habían descubierto qué era lo que tenían que hacer para seguir adelante.

Y la respuesta era muy sencilla: solo estar juntos y confiar plenamente el uno en el otro.

No había una fórmula mágica para vivir, pero sí la composición perfecta para tener la oportunidad de alcanzar su felicidad. Y esa era ella: su Brenda. Su Arco Iris. La luz al final del túnel que, por fin, le había devuelto la

esperanza.

CAPÍTULO 29

Rod estaba reunido con Daniel, que lo estaba poniendo al día sobre los avances en el caso, cuando Brenda y Gabriel hicieron acto de presencia, dejándolos a los dos completamente fuera de lugar.

Se levantó antes de poder evitarlo y corrió hasta su amigo, lo abrazó con tanta fuerza que podría haberle roto un hueso, de hecho, se quejó, pero le devolvió el abrazo.

Puede que no parecieran amigos y sí algo más a ojos del resto de espectadores, pero no le importó, estaba convencido de que Gabe, si no lo había hecho, más pronto que tarde le explicaría a Brenda la naturaleza de la relación que habían compartido desde el mismo instante en que se conocieron.

Y no, no eran pareja, no se trataba de algo tan simple como eso.

—Joder. ¿Qué hacéis aquí? ¿Os habéis vuelto locos? —La siguiente en recibir su abrazo de oso fue Brenda. Puede que hiciera menos tiempo que la conocía, pero los últimos meses la habían convertido en una gran amiga. Alguien a quien había echado muchísimo de menos y a quién necesitaba abrazar—. ¿Estás bien?

Ni siquiera se estremeció cuando la rozó. Lo cierto era que había confiado en él y le había permitido tocarla en el pasado, no había tenido una crisis de ansiedad a su lado desde hacía tiempo, pero su forma de comportarse hoy le dejó claro que esos dos habían roto unas cuantas barreras.

Sonrió. Si Gabe había logrado acostarse con Brenda y todas las señales apuntaban en esa dirección, pronto la mujer sería capaz de afrontar la vida como antes del desagradable suceso. No había mejor medicina que el amor, en todas y cada una de sus facetas.

—Estamos bien —aseguró Gabe mirándolo, después se adelantó y abrazó

a su hermano. Daniel había tendido su mano, pero no estaba en su naturaleza ser educado, correcto o contenido—. ¿Cómo está Abbie?

—Preciosa y agotada. El embarazo le está pasando factura y el trabajar hasta tarde. No para, está obsesionada con descubrir la conexión entre el club y el asesino y tiene una buena idea, algo que sugirió Damien, está a punto de dar con la identidad del tipo, pero aún no lo ha hecho por lo que es muy peligroso que vosotros dos estéis aquí.

—Me empeñé en volver —dijo Brenda mirando al policía—. No importa cuánto nos escondamos, si quiere hacerme algún daño, encontrará la forma de hacerlo. Y estoy cansada de tener miedo.

Rod la entendía, había pasado por mucho. Había visto cómo evolucionaba. Al principio muy lentamente, había erigido una fortaleza que muy pocas personas lograban atravesar. La única vez que realmente parecía sentirse libre era la noche en que bailaba y sabía que más que nada era una pose.

Ahora que vio el bonito tono castaño de su pelo, quizá aburrido pero que le quedaba estupendamente y lo que parecía ser el tono natural de sus ojos, entendió que el proceso de curación había empezado.

No estaba tratando de ser alguien más, sino de ser ella misma. Una mujer normal, capaz de salir a la calle sin tener miedo. O más miedo del que solía tener una mujer cuando salía sola, sabiendo todos los peligros que había ahí fuera.

—Los dos hemos decidido hacerlo —aseguró Gabriel, desviando cualquier tipo de reproche que Daniel quisiera hacer hacia él. Estaba claro que no iba a permitir que la chica se llevara la bronca.

—Puede que tengáis razón, al fin y al cabo —aceptó—. ¿Por qué no te llevas a Brenda arriba, deshacéis las maletas y mientras me ocupo de ordenar todos estos papeles? Voy a tomarme una cerveza con Rod y hablar de un par de

asuntos y después podéis reuniros con nosotros para cenar.

—Sí, jefe. A sus órdenes —espetó Gabriel con cierto tono de molestia.

Rod sonrió. Daniel siempre actuaba así con su hermano pequeño. Estaba claro que iba a ser un buen padre, tenía ese tono paternalista que parecía saber qué era lo mejor para todos los implicados.

—No te pases, hermano, porque todavía tengo licencia para pegarte un tiro.

—¿Todavía? —inquirió, como si se hubiera perdido algo.

Y sí, lo había hecho, le habían obligado a tomarse unas vacaciones, después de un traspie que había dado asaltando en la oficina de un tipo adinerado, acusándolo de asesinato y de acechar a Brenda. Puede que se hubiera adelantado, después de todo, pero Abbie lo había tenido claro y él confiaba en su mujer.

—Te lo contaré más tarde. No voy a dejar el caso, así que no te preocupes. Aprovecharé las vacaciones, ahora que no tengo que preocuparme por nada más.

—¿Y Abbie?

—La han forzado a pedir la baja por riesgo de embarazo. Probablemente, uno de los dos sea trasladado a otra comisaria.

Vio cómo Gabriel cambiaba el gesto, preocupándose por su hermano. Se olvidó de las maletas y se acercó a él.

—Tú y yo vamos a hablar de esto. No voy a irme a ninguna parte. Rod, ¿te importa...? —Miró a Brenda—. ¿Te parece bien, arco iris?

—Habla con tu hermano, conozco el camino y puedo llevar perfectamente nuestras maletas —aseguró ella, Rod le impidió cargar con el peso.

Mientras él estuviera allí, ninguna mujer iba a quedar descuidada. Era mera cortesía y si lo acusaban de machista, pues que así fuera.

—Vamos, así podré ponerte al día sobre lo que ha estado pasando por

aquí.

Brenda le sonrió y asintió.

—Quizá yo pueda ponerte al día de lo que ha pasado por allí.

Salieron sonriendo del bar, mientras Daniel y Gabriel ya estaban perdidos en su propia conversación.

Rod la observó, parecía más relajada que en los meses que había vivido allí. No miraba a cada rincón en busca de amenazas y en su rostro, además del cambio de look, había una bonita sonrisa.

—Estás cambiada.

—Me siento diferente —admitió—. Más tranquila. No significa que me haya recuperado plenamente, pero creo que empiezo a hacerlo.

—¿Gabe y tú estáis juntos por fin?

—¿Por fin? —inquirió con sorpresa.

—Bueno, se nota a leguas que lleváis mucho tiempo jugando al gato y el ratón. No me negarás que estás enamorada de él.

—No podría hacerlo —aceptó—. Hace que todo tenga sentido, que me olvide del dolor y me concentre en las cosas buenas. Me enseña a mirar el mundo de otra manera.

—Y el sexo es bueno, ¿eh? —preguntó provocándola.

—No te voy a dar detalles.

—¿Qué ha pasado con la tímida y asustadiza Brenda?

—Fácil, ha *digievolucionado* en mega-sexy-Brenda.

Los dos rieron tan libremente que no podía evitar preguntarse qué mágica manera había elegido Gabriel para provocar este cambio en alguien que había sufrido semejante ataque, en apenas poco más de un mes.

—Me alegra ver que estás mejor. —Abrió la puerta de su apartamento y depositó las maletas en el suelo, después la abrazó otra vez—. Perdóname, pero es que me alegro tanto de verte que no puedo evitarlo.

—Nadie me hace sentir tan... en casa, como vosotros.

—¡Brenda! —Duncan, el hijo de Kat, llegó corriendo a toda prisa, en cuanto vio la puerta abierta. Se lanzó en picado hacia la mujer y la abrazó con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerla caer—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti, cielo —lo besó en la mejilla—. ¿Qué tal está tu madre?

—Furiosa, porque la han llamado del colegio.

—¿Qué ha pasado? —La preocupación fue genuina en su tono y Rod también se preocupó. ¿Qué habría sucedido? Kat no le había dicho nada, pero lo cierto era que últimamente, ya apenas hablaban. Confesarle sus sentimientos había abierto una brecha entre los dos. Si tan solo hubiera mantenido la boca cerrada, aún podría tenerla como antes.

Supuso que cuanto antes pasara por este trance, mejor, así no estaría esperando algo que no pasaría jamás.

—Me he peleado con un niño, porque dijo que yo vivía en un puticlub y que mi madre es una puta. ¡Eso es mentira! Mamá se ha enfadado muchísimo, incluso ha llamado a Tony y van a ir juntos al colegio a exigir una explicación —añadió el niño—, pero la verdad es que me han castigado igualmente, porque se supone que no puedo pegarle a nadie.

Roderick sabía que el Pleasure's había estado teniendo muy mala crítica, no por parte de los clientes, sino por parte de los medios y aquellos que desconocían lo que se hacía allí. Llevaba un tiempo pensando en una estrategia y quizá lo único necesario era planear algún tipo de jornada de puertas abiertas para la prensa y para algún grupo de personas reacio a su actividad, que comprendieran lo que realmente se hacía allí y que no tenía absolutamente nada de malo o ilegal. El hecho de que tuvieran todos los permisos en regla y siguieran abiertos después de todo aquel tiempo, tendría que ser suficiente para callar todas aquellas bocas, pero al parecer, no lo era.

—No te preocupes, porque todo va a salir bien —aseguró Brenda al

chiquillo.

—Hay un hombre malvado que ha matado a personas —parecía un poco asustado, no era lo suficientemente mayor como para entender el alcance de lo que acababa de decir, pero sí lo bastante inteligente como para darse cuenta de que ese hecho no solo era ruin, sino que era peligroso para todos ellos. Tenían que cuidarse y evitar ponerse en el camino del «malo», para continuar con vida.

—No voy a dejar que te alcance —le aseguró Brenda, como si tuviera una manera de evitarlo.

El niño la miró ceñudo, en su rostro infantil un gesto de preocupación. Había algo más allí, algo que se estaba guardando. Podría haber presionado para descubrirlo, pero si tenía que ver con Kat, lo sabrían en cuanto se sintiera lo suficientemente segura como para compartirlo con todos ellos.

Se temía que pronto fuera a marcharse y, lo peor de todo, que él fuera el culpable.

—¿Ya habéis vuelto de vuestras vacaciones? Rod me dijo que habéis ido a dar la vuelta al mundo.

—No tanto como la vuelta al mundo —comentó Brenda—, pero sí hemos estado haciendo un poco de turismo regional.

Más bien como un estudio de calidad de los diversos hoteles de la ciudad, imaginó Rod, y puede que de alguna otra población cercana.

—¿Vas a volver a marcharte? —le preguntó Duncan.

—No. He venido para quedarme, ya no me queda nada por investigar por ahí, todo lo que necesito está justo aquí, al alcance de mi mano —aseguró atrayéndolo a un estrecho abrazo y atacándolo con las peores cosquillas del universo.

Sí, no tenía dudas al respecto. Brenda era una mujer nueva y, por extraño que pareciera, eso le hacía respirar un poco más tranquilo. Se merecía esta

paz, entender que no había sido culpable de lo que había sucedido y que todo podía superarse con la ayuda necesaria.

Quizá tan solo deberían haberlos dejado juntos un tiempo, en vez de trabajar con los psicólogos y la terapia. Gabe le había hecho más bien en apenas unas semanas, que la doctora en casi un año.

—¿Sabes que Rod estuvo en un hospital teniendo un bebé? —preguntó Duncan captando toda la atención de Brenda, que miró su barriga como si hubiera estado embarazado.

Casi se rio, pero no lo hizo. La cara de estupefacción de la mujer valía millones.

—Ayudé a un bebé a nacer, que no es lo mismo —aclaró con una sonrisa.

—¿En serio? —inquirió su amiga con sorpresa—. ¿Y por qué?

—Es una historia muy larga. Sabes que soy, que fui médico en otra vida, ¿verdad? —Espero a que la mujer asintiera y añadió—: mi especialidad, la ginecología.

—No me extraña que ayudaras a Gabe a abrir este club. Sabes más de mujeres que nadie.

No estaba tan seguro sobre esa apreciación, tampoco iba a entrar a debatir eso. Le preocupaba más la situación actual en la que todos se encontraban. El evidente peligro en el que se encontraban todos sus amigos.

—A veces tengo la sensación de que no sé absolutamente nada —confesó.

—¿Quién sabe algo? —respondió con una pregunta retórica—. A veces yo misma no entiendo a las mujeres, ni siquiera entiendo mi propio cerebro —añadió tocándose la frente—. Es lo habitual. El ser humano es un ser muy complejo y precisamente ese hecho es el que nos convierte en únicos e irrepetibles y hace que merezca la pena compartir la vida con el resto de la sociedad.

—Parece que te hubieran hecho una lobotomía.

—Lo único que ha pasado es que tú no conocías a la auténtica yo, solo a esa sombra espectral que ha vagado por este club durante el último año —expresó sin ambages—. He estado tan perdida en el pasado, el dolor y el miedo, que he sido incapaz de ser normal.

—¡Nadie es normal! Ser normal es ser aburrido —interrumpió Duncan muy serio. Esas palabras pertenecían a Kat, se las había escuchado más de una vez.

—A veces, ser normal puede ser muy bueno —le explicó Brenda—. Créeme, renacuajo. No se aprecian las cosas pequeñas del día a día, las rutinas aburridas, hasta que se pierden.

—¿Y vas a dejar de vivir en esta casa? ¡Así no seremos vecinos!

—No pienso irme a ninguna parte, voy a quedarme justo en el lugar en el que estoy. Al menos, por ahora. Tengo una misión —le confió, como si estuviera contándole un secreto— y no podría conseguirlo, si se me ocurriera marcharme. ¿No te parece?

—¡Duncan! —la voz de Miles, el jefe de seguridad llegó alta y clara a través del pasillo—. Espero que estés haciendo los deberes, tu madre dejó muy claro que estás castigado hasta que las ranas críen pelo.

El niño puso cara de resignación, Brenda tuvo que contener una sonrisa y Rod se limitó a arquear una ceja.

—Es mejor que me vaya, antes de que me atrape. Tiene ojos en todas partes.

Roderick estaba seguro de que lo había visto corretear por los pasillos, a través de las cámaras, pero no dijo nada. Tan solo se llevó el dedo índice a los labios, como señal de que le guardarían el secreto y el pequeño desapareció antes de que pudiera volver a mencionar su nombre.

—¿Cómo te va con Kat? —le preguntó Brenda, como si hubiera escuchado sus pensamientos.

—Bien, ¿por qué?

—Me sorprende que no esté aquí contigo o tú con ella, en el colegio.

Solían estar juntos a todas horas, eso era cierto. Al menos lo había sido desde que la habían atacado, al igual que a Brenda. No había sido capaz de mantener la distancia con ella. Necesitaba asegurarse de que estaba a salvo.

Hasta que vetó su compañía y le dejó claro que por más que la quisiera cerca, ella lo quería muy lejos.

—Estamos dándole un poco de espacio a nuestra amistad.

—Eso es una chorrada. ¿Por qué no me dices la verdad? Pensaba que éramos amigos.

Y lo eran, pero ni siquiera se creía capaz de contárselo a Gabe, que era más que un amigo. ¿Cómo podía hablarlo con ella, con quien no tenía suficiente confianza como para abrirle su corazón y llorar su pena? Debía mantenerse fuerte, no podía romperse como un chiquillo desesperado porque la chica que le gustaba había decidido pasar de él, para largarse con otro. Un hombre que no se la merecía y que ni siquiera le convenía.

—Somos amigos y no es una chorrada. Kat cree que necesitamos espacio, ha mantenido las distancias desde que le dije que me gustaría dar un paso más en nuestra relación.

Brenda lo miró, no lo juzgaba, pero sí comprendió lo que estaba diciendo.

—Me preguntaba si te habías dado cuenta de que querías más con ella. Se veía a la legua que la amas, Rod. Intenté advertírtelo, pero siempre se me escapaban las palabras.

—¿Y qué pasa con Kat? ¿Acaso ella me ama?

—Te ama, pero no de la manera en que tú lo haces. Te mira como un amigo, un folla-amigo, si lo quieres decir así y perdona por la expresión, porque realmente no es mi estilo, pero... no está enamorada de ti. También es evidente.

—Y el único pardillo que no lo había notado era yo, ¿verdad?

—No eres un pardillo —rechazó ella y lo abrazó por propia iniciativa—. Ojalá las cosas fueran siempre como deseamos, pero raras veces sucede —se apartó apenas unos centímetros para mirarlo—. Eres un hombre increíble, Roderick y si Kat no estuviera enamorada del padre de su hijo, sin duda habría caído rendida a tus pies. No me cabe duda.

—Sé de uno que va a cortarte las manos como no las apartes. —La voz de Damien interrumpió el momento, consiguiendo que Brenda se pusiera tensa y marcara las distancias con ambos. De pronto, se había cerrado en sí misma y lo observaba con cautela y desconfianza.

—Eso es asunto nuestro, no tuyo. ¿Qué haces por aquí a estas horas?

—Escuché que había llegado el hijo pródigo y decidí dejarme caer por aquí, para saludar a la dama. ¿Todo bien, belleza? —inquirió. Podía haber utilizado un tono casual, pero lo conocía bastante bien. Había preocupación e interés en él, de no ser así, habría pasado de largo.

—Bien, pero estoy cansada. Si no os importa, me gustaría darme una ducha y cambiarme de ropa...

—O lo que es lo mismo, nos estás despidiendo —aceptó Damien—. No tienes por qué echar a Rod, ya me voy.

—No —negó—. No se trata de eso, necesito poner en orden mis pensamientos y vosotros tenéis cosas que hacer. Rod tiene que reunirse abajo con Daniel y Gabriel. Puede que también quieran hablar contigo, así que deberíais ir.

—¿Vas a estar bien? —le preguntó sin saber muy bien cómo comportarse en este momento. ¿Tocarla o no tocarla? ¿Quedarse o salir corriendo de allí? Ni idea, era una de esas veces en las que no sabía lo que pasaba por el cerebro de una mujer.

—Perfectamente —aseguró y se metió en el interior de su apartamento,

Rod cerró la puerta asegurándose de que quedara en su lugar y que nadie pudiera entrar sin el beneplácito de su inquilina y miró a Damien.

—Vamos, Gabriel va a querer hablar con los dos.

—No pretendía incomodarla, solo bromeaba.

—Lo sé y ella aprenderá a conocerte, con el tiempo. Dale un poco de espacio hasta que ese futuro llegue y todo irá bien.

—Primero tengo que ganarme el perdón de Gabriel, un imposible. Esa mujer va a odiarme toda su vida.

Puede que así fuera o podía ser que no. ¿Quién lo sabía? Se reiteraba en lo que le había dicho a Brenda, sin importar cuán bien dominara la anatomía femenina, no tenía ni idea de ese cerebro lleno de ideas, peligros, miedos y quién sabía qué más.

—Vamos, acabemos con esto. Necesito un descanso.

—Pues no te queda nada para las vacaciones de Navidad...

Gabriel había escuchado todo lo que le había contado su hermano y apenas podía creer que hubieran rechazado sin más, no solo su experiencia y la de su mujer, sino las evidencias.

—Recapitulemos —empezó—. Descubriste que el nexo entre el Pleasure's, las amenazas, los obsequios a Brenda, las advertencias a Rod y los asesinatos señalaban en dirección de un tipo rico y tu jefe lo descartó sin más, solo porque el tío puede rebozarse en millones por la mañana y cambiar los billetes por la noche para retozar entre otros tantos millones al día siguiente. ¿Es eso?

—No estoy diciendo que mi jefe esté comprado o que sea corrupto, porque dudo que ese sea el caso. Solo digo que la buena posición de ese tipo

ha conseguido que me den vacaciones y que a mi mujer le den una baja que, por ahora, no necesita. Estoy seguro de que estamos muy cerca, puede que estemos confusos, por eso Abbie sigue dándole vueltas a las evidencias, intenta buscar otro objetivo, ver algo que haya errado, pero ese tipo, de alguna manera, está vinculado a todo esto.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque fue rival de negocios de Strider. Durante años tuvo un club que cerraron por mala praxis. Vender alcohol a menores, descontrol en la mazmorra, accidentes desagradables, pornografía...

—Vamos que el tipo en cuestión es una hermanita de la caridad.

—Tiene un historial que podría empapelar todo tu club, palillos incluidos.

—¿Y cómo es posible que semejante criminal siga en la calle? —inquirió molesto.

—Era el socio capitalista, se libró porque no había pruebas documentales que lo vincularan con el negocio, más allá de que puso el dinero y se lucraba con los evidentes beneficios del club.

—¿Por qué creéis Abbie y tú que él es el objetivo? —inquirió Gabe, muy concentrado, quería entender la postura de su hermano y su cuñada, intentar verlo desde su punto de vista.

—Cumple con todos los requisitos. Es un tipo acaudalado, reciente visitante del Pleasure's, solo se le ha visto un viernes por la noche y solo en la sala de baile que ameniza Brenda. Está vinculado a Strider, es más, muchos aseguran que se la tenía jurada desde hacía tiempo —advirtió—. Como sabes, fue encontrado muerto. Intentaron hacerlo pasar por un suicidio, pero lo cierto es que tenía tantos golpes y tantas marcas del asalto que es más que evidente que lo ejecutaron por orden de alguien con el poder de conseguir que se carguen a un tipo dentro de una cárcel de alta seguridad. De hecho, visitó a uno de los internos pocos días antes. Se ha aclarado que el convicto fue el

cabecilla del asalto que resultó con la muerte de ese malnacido.

—Eso son muchas evidencias juntas.

—Lo único que no termina de cuadrar es el porqué amenazó a Damien. No tiene sentido, no parece que hayan tenido trato en algún momento de su pasado, tu nuevo fichaje asegura que no lo conocía en persona y que es imposible que tenga algo personal en su contra, a no ser que sea hermano, padre, primo o amigo de alguna de las mujeres que tomaron parte de la noche de Prometheus.

—Podría ser, aunque lo dudo. Por lo que hablas sobre él, no parece ser del tipo que se preocupa por las mujeres —aseguró. ¿No había dicho que se había librado de ser encerrado por todos esos delitos en contra del sexo opuesto? Imposible que se jugara el cuello por una chica. Esos tipos no se preocupaban ni de sus madres.

—Ahí es donde todo se complica, por lo que mi jefe puede estar en lo cierto cuando me dice que nos estamos equivocando. Puede que sea verdad que estoy muy implicado y que debo dejar a Wagner y Richardson el caso, no interponerme en su investigación —negó—. Quería protegerte, hermano, pero la he cagado y lo siento.

—No, no lo sientas. No es tu deber cuidar para siempre de mí, ahora tienes una mujer embarazada de la que preocuparte. Deja que el Pleasure's salga adelante por sí mismo, nosotros vamos a encontrar la manera de arreglar esto. —Aseguró. Lo miró, parecía agotado, tenía ojeras y suponía que no había dormido mucho últimamente—. Tenemos toda la información, mi equipo va a recibir toda esta documentación, son muy buenos en su trabajo. Vamos a conseguir progresos, quiero que vayas a casa con tu mujer y aproveches para dormir y preparar la habitación de los bebés.

—¿Acaso es una orden?

—Estás en mi club y aquí mando yo —advirtió con tono autoritario—. Vamos, no vas a servir de nada en estas condiciones. Ni tu cuerpo ni tu

cerebro están al cien por cien. Hoy no va a pasar nada, solo cuida de Abbie y relájate, cuando menos lo esperes la conexión llegará y descubriremos el nombre de nuestro asesino.

—Es peligroso y violento. Cada asesinato ha sido más sangriento que el anterior. ¿Has visto las imágenes del pobre hombre al que mató a martillazos? Por favor, ten mucho cuidado.

—Y tú. Ten mucho cuidado tú también, protege a Abbie.

—No va a ir detrás de mí, recibí una nota también —reconoció enseñándosela—. Nadie lo sabe, además de mí. Ahora tú también estás al tanto, me da pistas para que lo persiga, quiere que lo encuentre. Está convencido de que jugamos en el mismo equipo, quiere que sea algún tipo de escudero de su causa.

—Ese tipo está rematadamente loco. Cuida tus espaldas, trasladaos con la familia de Abbie un tiempo si es preciso. Si te sucediera algo... —No podría soportarlo. No lo dijo, era un cliché, pero completamente cierto.

—Está bien, puedo cuidar de mí mismo.

—¿Llegamos tarde para la reunión? —preguntó Damien tomando asiento.

—Mi hermano se marcha —aseguró y después miró a Rod, necesitaba asegurarse de que Brenda estaba cómoda y a salvo.

—Está bien, instalándose. Va a darse un baño y cambiarse de ropa. No te preocupes por ella.

Rod se despidió de Daniel, Damien también lo hizo y finalmente, se quedaron los tres solos, como en los viejos tiempos, aunque hubo un denso silencio que ninguno se atrevió a romper durante sus buenos diez minutos. Tan solo se miraron, como si estuvieran intentando reconocerse.

—La agonía que me produce la espera me está matando —soltó Damien en tensión—. ¿Por qué no me golpeas ya y acabamos con esto de una vez?

—No tengo ninguna intención de pegarte.

—Deberías hacerlo, otra vez, como cuando me viste a mi llegada al club.

—Las cosas son diferentes ahora —le aseguró.

—¿Son diferentes porque te la has follado?

Gabriel apretó los puños y se obligó a contener la ira que Damien lograba provocarle.

—Lo que yo haga o deje de hacer con mi mujer es solo asunto mío.

—Ya basta —cortó Rod—. No estamos aquí para pelear, hay una situación muy complicada en el club y necesitamos soluciones, no más mierda de la que ya tenemos.

—¿Has venido para quedarte? —preguntó Damien.

—No voy a marcharme a ninguna parte. No sé cuánto tiempo va a pasar hasta que pillen a ese malnacido, pero ni Brenda ni yo estamos dispuestos a que siga gobernando nuestra vida. Es hora de hacer borrón y cuenta nueva y dejar a un lado el miedo.

—No se puede vivir sin miedo —aseguró Damien, que sabía del asunto tanto como el que más.

—No, es cierto. El miedo es parte intrínseca de nuestra existencia, pero no podemos permitir que nos gobierne —aportó Gabriel. Brenda se lo había enseñado y Rod también. Los dos lo estaban convirtiendo en un hombre casi decente, capacitado para afrontar no solo el pasado, sino el presente y el futuro.

—¿Qué vamos a hacer con todo esto? —preguntó Rod señalando el sobre que Gabriel tenía en las manos.

—Pasárselo a los expertos y rezar para que sean capaces de encontrar al tipo en cuestión, antes de que haga daño a alguien más.

Ninguno mencionó los nombres de los que querían, porque sin importar cuál fuera la identidad de la persona, la pérdida de una vida por la locura de un hombre sin escrúpulos, era una terrible maldad.

—Se lo llevaré a Miles —aceptó Rod, mirándolos a los dos—. ¿Puedo dejaros un rato sin que os matéis o necesito ejercer de árbitro?

—No solo puedes hacerlo, sino que debes —le dijo Gabriel. Tenía que hablar con Damien de varias cosas y cuanto antes lo hiciera, mucho mejor. No podían seguir en esta situación de tensión completa, había que tomar una decisión cuanto antes y si no eran capaces de soportarse, uno de los dos tendría que dar un paso a un lado y abandonar el Pleasure's.

Antes de salir del club, habría pensado que Damien tenía que irse, volver a su rincón de mierda y dejarlo en paz, ahora ya no estaba tan seguro. Puede que su club lo que necesitase era que él diera un paso a un lado y permitiera al resto dirigirlo y reorientarlo. Llevarlo por un camino diferente para obtener un resultado diferente.

Lo miró, se miraron, y los dos asintieron casi al mismo tiempo. Se dirigieron hacia el pasillo por el que se descendía a la mazmorra, ambos dispuestos a enfrentarse en una batalla verbal necesaria en el lugar al que pertenecían los dos y sin nadie que pudiera interrumpir este momento.

CAPÍTULO 30

Damien se preguntó cuánto tiempo iba a durar aquella tortura. Mientras bajaban las escaleras hasta el lugar que había hecho suyo, supo que en este momento iban a decidirse muchos puntos sobre su futuro próximo. Juntos iban a tener que llegar a acuerdos, si estaban dispuestos a convivir en un lugar tan pequeño.

Abrió la puerta y le cedió el paso. Por una vez, Gabe lo sorprendió y entró dándole la espalda. Algo que no había hecho en mucho tiempo. No miró a su alrededor, no se fijó en los cambios, se concentró tan solo en él. No había mucha luz allí abajo.

—Pues aquí estamos —empezó Damien tratando de comportarse como el déspota que lo acusaban de ser, pero fracasando estrepitosamente.

—¿Estás cómodo aquí?

—Esto es lo mío, como bien sabes —comentó—. Siento lo que pasó en Prometheus. No quise formar parte de aquello, pero no tuve opción. Mi contacto en la policía me dejó claro que no podía destapar mi tapadera y Strider quería jugar con los dos. No solo te estaba poniendo a prueba a ti, también a mí. Si me hubiera negado, no habría podido ayudar a la policía a sacarlo del mapa y encerrarlo de por vida.

—Ahora está muerto. ¿Cómo te sientes? —preguntó.

No sabía si realmente tenía interés en escuchar la respuesta o tan solo estaba examinándolo. No tenía nada que ocultar, así que habló con sinceridad.

—Mejor que en mucho tiempo. Siempre te queda la duda de qué pasará cuando salga, cuando cumpla su pena, por suerte no tenemos que preocuparnos por eso nunca más —aseguró—. No voy a darte una charla sobre lo mucho que lo siento y todo lo que vi en aquella época o por qué te traicioné, pero créeme

no lo hice por propia voluntad. No tuve más remedio.

—Podrías haber...

Lo cortó. Las suposiciones y las condicionales no los iban a llevar a ninguna parte, tan solo a sentir más dolor.

—Vas a tener que aprender a perdonarme por el pasado, sin pensar en lo que pudo o no pudo ser. Si no eres capaz, haré las maletas y me largaré de aquí.

—Todavía no estoy convencido de que debas quedarte —admitió Gabriel con sinceridad.

Y a pesar de lo que le dolieron sus palabras, lo entendió. Sabía por qué lo decía, era difícil volver a creer en alguien cuando te había hecho tanto daño. Y por Rod sabía que la recuperación para Gabe fue un jodido infierno. Sin detalles, sin datos, pero infierno al fin y al cabo.

No le extrañaba, porque lo había conocido casi tan bien como se conocía a sí mismo y podía imaginar lo que aquella noche habría provocado en él.

—Cuando quieras que me vaya, solo tienes que decírmelo.

—Lo haré, no te quepa duda —aseguró con convicción.

—Hay algo más que quieres decirme, ¿no es cierto? —inquirió Damien.

—Muchas cosas, pero la principal es esta: no tocarás, mirarás o tratarás de seducir a Brenda. No me gusta que estés cerca de ella, pero si te limitas a respirar en su dirección, te mataré. Es mía y no comparto lo que me pertenece.

Lo sorprendió con su aseveración. Gabriel había sido famoso por compartir a sus amantes, no le había interesado ninguna lo suficiente como para conservarla en exclusiva. Era más que evidente que ahora esta relación iba muy en serio.

—Me alegra escuchar eso. Una vez me sentí así, aférrate y no la dejes escapar, porque no vuelve.

Era la segunda vez que le daba esa advertencia y lo hacía porque estaba

seguro de que él no había valorado lo suficiente a Piper en vida, tal cual debería haber hecho. No le había dicho todos los días que la amaba, por ejemplo, a menudo se había quejado y gruñido cuando algo no salía como le gustaba. No había sido un mal marido, pero podría haber sido uno mucho mejor, en vez de limitarse a ser un hombre egocéntrico y más concentrado en su trabajo y sus objetivos que en su mujer.

—¿Qué tal está Warren?

Lo sorprendió, no esperaba que le preguntara por su hijo.

—Está bien. Vino al club, aquí mismo, a esta mazmorra y vio toda la representación —se encogió de hombros, tratando de quitar hierro al asunto—. Supongo que se ha hecho mayor.

—¿Vas a instruirlo? —inquirió, no había rechazo o juicio en su voz, lo que lo ayudó a relajarse y hablar con sinceridad.

—No está listo. Es muy joven y no entiende nada de esto. Quizá con el tiempo, pero por ahora sigue atrapado en el idealismo.

Gabriel sonrió, esta vez sí que logró incomodarlo. Sabía precisamente en lo que estaba pensando y no le apetecía hablar sobre ello.

—Tu lado de contable al acecho, ¿no? Ganó el espermatozoide inteligente, en vez del perverso.

—Cállate, ese chiste ya está pasado de moda.

—Tenías una doble vida entonces, ahora has dejado caer la máscara. ¿Qué pasa con tu hijo? ¿Has conseguido que te entienda o ahora te odia?

No pretendía herirlo, estaba seguro de eso, pero un poco sí lo hizo.

—No tiene un hueso malvado en su cuerpo, así que no me odia. Ahora me considera algo así como un modelo difícil de seguir —suspiró—. No es precisamente lo que esperaba, pero por ahora tendré que tirar con eso. ¿Qué hay de Brenda?

—Es la mujer de mi vida y no me ve como un modelo difícil de seguir —

bromeó.

—¿Sabes? A veces echo de menos los viejos tiempos. Con Rod siempre se puede contar, pero contigo siempre se podía reír. Hacías que el peso de la vida resultara más liviano y añoro eso.

—¿Por eso has venido a echarnos una mano?

—Por eso, entre otras cosas —admitió—. También tenéis problemas económicos y de publicidad, vamos a tener que trabajar en eso.

—Tengo tantos frentes abiertos que no sé dónde estoy trabajando en este momento. Desde luego en esta mazmorra no.

—¿Te has fijado en los cambios?

—Intento no hacerlo —confesó, y sabía que ni siquiera había dedicado un vistazo al lugar, se concentraba solo en él.

—¿Lo echas de menos?

—No.

No podía decidir si le estaba diciendo la verdad o se mentía a sí mismo, pero fuera como fuese no era asunto suyo.

—Creo que si yo tuviera de vuelta a Piper y lo dejara, tampoco lo echaría de menos. Este mundo llena un vacío en mi pecho durante el rato que dura la fantasía y después...

Gabe esperó a que hablara, pero no pudo decir las palabras. Cuando todo terminaba seguía estando vacío y solo. Un intenso dolor le recordaba que no volvería a tener todo lo que había disfrutado en el pasado. No volvería a ser feliz con una mujer a su lado, no volvería a ver a sus hijos crecer día a día y no discutiría por el hecho de a quién le tocara sacar la basura.

Estaba solo, había hecho elecciones que lo habían llevado a este punto y se iba a quedar tal cual estaba para siempre.

No podía ser de otra manera.

—Tengo que pedirte un favor —lo sorprendió entonces Gabriel—. ¿Qué

favor?

—Quiero que Brenda vea cómo funciona una mazmorra en un entorno seguro, no para participar en ella, ninguno de los dos lo haremos, solo quiero que sea capaz de apreciar la diferencia entre una violación y lo que pasa entre estos muros.

—¿Quieres que yo sea el amo a cargo de esa escena? ¿Confías de esa manera en mí?

No lo dijo en voz alta, pero podría haber concluido preguntando: ¿después de todo lo que te hice? ¿De la manera en que te traicioné?

—Rod no lo hará y no tenemos a ningún otro tipo tan capacitado como tú para llevar adelante la escena que tengo en mente.

—¿Vas a escribirme un guion? —preguntó escéptico.

—Sabes que no haría eso, solo unas pequeñas indicaciones, sobre el tipo de personas y ambiente que necesito. ¿Podrás admitir eso?

Podría no hacerlo, marcharse de allí y se acabó, pero lo cierto era que quería ayudarlos y si Gabriel pensaba que esa era la manera, tomaría parte del trabajo que estaba planeando encomendarle.

—Cuenta conmigo para lo que quieras.

Su dama estaba de vuelta en la fortaleza, esperando los regalos que había estado reuniendo para ella. Después de todo ese tiempo, su paciencia se vería recompensada. Había hecho una colección de tesoros, no partes de sus víctimas como había leído en alguna obra sobre el asesinato perfecto, sino trofeos simbólicos.

Había acabado con la avaricia, había asesinado al tipo que la encarnaba justo frente a ella y después había ido limpiando la ciudad de

cada pecado capital. Antes de ese, había eliminado a gula, en cuanto había visto cómo se comía a su mujer con los ojos y Brenda era suya y de nadie más. El mundo muy pronto lo sabría.

Había acabado con la pereza, hecha persona en aquel viejo desagradable por cuya causa había perdido su refugio favorito. Pero no importaba, porque se había asegurado de que su nuevo castillo, uno bastante real, estuviera acorde con su posición social e intelectual. A la vista de todo el mundo, nadie se atrevería a señalar en su contra. Había tenido que invertir gran parte de su capital en la compra de aquel edificio y también había tenido que arruinar a un pequeño grupo de personas por el camino, pero las grandes causas necesitaban grandes sacrificios, a veces tenía que ayudarse de sus conocimientos, aunque supusiera no jugar del todo limpio.

Brenda lo comprendería.

Soberbia había muerto donde se merecía, entre los muros de cemento de una asquerosa cárcel. No le había costado demasiado trabajo conseguir que alguien quisiera hacer el trabajo sucio por él, pero sí había sentido gran satisfacción cuando le informaron de que, en su nombre, estaba hecho. Había sido un premio más, no necesitaba acabar con el mal con sus propias manos, había aprendido que, en ocasiones, era bueno delegar. Los vengadores lo hicieron cuando permitieron a IronMan colarse en aquel agujero de gusano...

Y hablando de Los vengadores, no había mejor nombre que aquel para él, solo que le sobraba el plural, el Vengador nocturno, podría llamarse, el único problema era que no siempre actuaba de noche. ¿Qué nombre debía utilizar un héroe único, que limpiaba la suciedad del mundo en honor a su dulce dama?

Se recordó que su trabajo aún no había concluido y que hasta que su

prueba de fuego no pasara, no tenía derecho a autoproclamarse héroe y declararle su amor a la dama.

Todavía tenía que acabar con ira, envidia y lujuria. Conocía el nombre del hombre que encarnaba el peor de todos, lujuria, lo había conocido hacía años. Había formado parte de su vida diaria y estaba más que seguro de que todavía no había reparado en él. Probablemente, hasta desconocía su nombre. No como él, que conocía sus rasgos de memoria, su manera de hablar, su manera de moverse, hasta su manera de follar. Lo había observado tantas veces en aquel lugar al que le habían prohibido el paso... Nunca había sido digno de posar los pies en aquel sagrado lugar en el que se dedicaban al placer.

Rechinó los dientes, no era hora de ir por él, todavía no. Antes tenía que encargarse de envidia, otro encuentro que llevaba esperando un tiempo, desde que descubrió su existencia. Apenas podía contener el entusiasmo, no podía dejar de imaginarse la manera en que le provocaría dolor a su némesis, su eterno enemigo, el que pagaría con más que su propia carne y sangre, pagaría con el último retal de su alma.

No podía evitar la excitación y la anticipación que ese hecho le provocaba. Pronto, muy pronto, estaría perdido en ese placer. Necesitaba que llegara ya el día, pero antes tenía que verla una vez más y explicarle por qué hacía esto.

Había escrito mil cartas, mientras esperaba su vuelta. Había regresado a casa porque estaba esperando por él, porque lo echaba de menos.

Sabía que estaba ahí fuera y quería volver a encontrarlo. Lo harían, dejaría la distancia y le explicaría quién era, qué estaba haciendo y cómo podrían escapar juntos de aquella vida en la que la herían a menudo para poder ser felices a su manera, mientras dirigían el mundo hacia un lugar mejor.

Tenía todo pensado, todo organizado, Brenda y él se encargarían de librar al mundo del Apocalipsis al que se dirigía, porque alguien tenía que hacerlo y nadie más parecía interesado en salvarlo.

Tecléo en su ordenador los códigos necesarios para acceder a la cámara nueva. No había resultado fácil de instalar, pero lo había conseguido. Miles confiaba en él, pobre iluso. Lo había hecho durante tanto tiempo que jamás sospecharía quién era en realidad ni lo que estaba haciendo.

Era el perfecto compañero, el perfecto protector, el amigo con el que podía tomarse unas copas y hablarle de lo que le aquejaba. Habían estudiado juntos durante un tiempo y cuando quiso entrar en el Pleasure's, inventó una triste historia que directamente lo llevó hasta el lugar que ansiaba.

¡Hasta les había ayudado a atrapar al infame asesino que había tratado de acabar con las vidas de sus amigos! Sí, había actuado muy bien, seguía haciéndolo y nunca serían capaces de descubrir que llevaba años a su lado, actuando como el perfecto tipo con el que podías contar, alegre, decidido, confiado.

Nadie sabía su verdadero nombre, ignoraban todo sobre su identidad. Ni siquiera eran conscientes de que habían tratado con dos caras de él y ninguno se había dado cuenta.

El elitista cliente de la noche de los viernes, el colega segurata pobretón con un corazón roto a sus espaldas y una extraña habilidad con las nuevas tecnologías.

La idea de pinchar las cámaras de seguridad nunca habría funcionado, la de usar la cámara del portátil, funcionó un tiempo, pero ahora, tenía su propio sistema espía, creado íntegramente por él y nadie sería capaz de detectarlo.

La imagen era mucho más nítida, le agradó el cambio de look de su dama. Su pelo parecía natural y ya no estaba tan cansada. Tenía mejor color y una sonrisa en la cara. Leía un libro, no podía ver el título, pero no importaba, era algo que solía hacer y algo que le agradaba mirar.

Sin embargo, en un determinado momento levantó la mirada y sonrió a alguien más. No pudo ver el rostro del que se dirigía a ella, pero sí que se trataba de un hombre, uno al que recibió en su cama con los brazos abiertos.

Y entonces llegó la ira, la furia que volvió roja su visión.

Así que por eso había vuelto a casa, para comportarse como todas las demás furcias del club. Ya no era su dulce Brenda, no solo su pelo había cambiado, toda ella era diferente y corrupta.

La pureza perdida porque había permitido que otro hombre la tocara. Tenía que limpiar este desastre y lo haría.

No habría regalo para ella, tan solo una advertencia, la última advertencia, aunque probablemente, no tenía salvación.

Y era demasiado tarde, había sido seducida por la oscuridad y la única manera de liberar su alma de todo pecado era acabar con su vida.

Sí, en la otra vida podrían amarse finalmente, pero no iba a apresurarse, antes de dar el último paso, tenía que acabar con su misión.

CAPÍTULO 31

Brenda apretaba tanto su mano que estaba empezando a preocuparse, quizá se habían precipitado al acordar enfrentar este reto precisamente hoy, después de lo que había pasado, pero su chica era valiente y quizá un poquito temeraria, así que se había empujado hasta el límite y había sido ella misma quién le había pedido que le mostrara lo que sucedía en una mazmorra.

Por supuesto, ninguno de los dos iba a participar de forma activa en ella. Estaban allí para observar el ambiente y el desempeño de Damien. Todavía no habían cruzado la puerta, a pesar de que la mayor parte de los participantes de esa noche ya estaban allí. Damien les estaba dando la bienvenida, podían escucharlo desde su posición al principio del pasillo.

—Bren, ¿estás segura? No tenemos por qué hacerlo.

—Quiero entenderlo —aseguró— y enfrentar ese miedo irracional que me provoca tan solo mirar las escaleras que descienden hasta este lugar.

Podía notar que tenía escalofríos. Había elegido un bonito vestido de tirantes que permitía ver literalmente la reacción de su piel.

—Sabes que estás a salvo, ¿verdad? Nadie va a tocarte, aquí se respeta el código por encima de todo lo demás. Ni siquiera mirarán en nuestra dirección, te lo garantizo.

Le preocupaba que alguno de los participantes, viejos clientes, lo reconociera a pesar de la máscara que llevaban esa noche. No era descabellado pensar que lo harían y dependiendo de quién se tratase, intentase acercarse a él para pedirle que participara de forma activa.

Nunca se había ocultado entre el público, pero era posible que imaginaran que era algún tipo de estrategia nueva. Rod había actuado así, en el pasado. Cuando él estaba a cargo y juntos habían terminado dando un buen espectáculo para su audiencia.

Sin embargo, esta noche, todo era diferente. Y no se trataba de Rod y él, sino Damien, con el que no quería más contacto del estrictamente necesario. Era posible que lo hubiera perdonado por el papel que jugó en su pasado, pero no estaba tan loco como para permitirle acercarse a él en el presente. No de la manera en que lo hizo entonces.

Puede que el ser humano fuera el único animal que tropezara dos veces con la misma piedra, pero él estaba evolucionando. No podía permitirse a sí mismo caer de nuevo en ese error.

—Parece que quién duda ahora eres tú, Gabe. ¿Estás bien?

Iba vestido con un traje y corbata, tan lejos de su atuendo habitual que se sentía un poco fuera de lugar. Los sudores que le provocaba su vieja mazmorra tras el ataque a Brenda regresaron, la apatía sexual también. ¿Cómo era posible? ¿Por qué? No podía entender su propia reacción.

No estaban aquí por él, sino por ella. Iba a hacer todo lo que fuera necesario para ayudarla a superar sus traumas y puede que, de paso, luchara contra algún que otro viejo demonio que estaba acechando tras su cuello.

—Confieso que bajar aquí los últimos tiempos también ha sido complicado para mí.

—¿Por lo que me hicieron?

Empezó a asentir.

—Eso pensé al principio, ahora creo que tiene algo que ver con mi pasado también. Había tenido esos recuerdos encerrados en algún lugar muy profundo y de forma repentina emergieron y me arrastraron de nuevo a la oscuridad. — La miró, observó sus ojos tras la máscara, era preciosa y confiaba en él de una manera en que nadie lo había hecho, ni siquiera alguna de las personas que habían puesto su voluntad en sus manos en sus noches pasadas en aquel rincón de su mundo.

Brenda se había entregado a él en cuerpo y alma, le había dado su corazón

para su guarda y custodia y, de ninguna manera, podía decepcionarla.

—Todo va a estar bien. Vamos a pegarle una patada al miedo, otra vez.

Habían avanzado con éxito en la dirección adecuada desde el primer momento en que se habían conocido, incluso si en aquella época desconocían que lo estaban haciendo. Se estaban sanando juntos y creando algo fabuloso, fundamentado en el cariño, la amistad, la confianza, la seguridad... sí, todo lo bueno que tenía en su vida era gracias a Brenda.

Si la perdiera, no podría seguir viviendo.

Observó la puerta, si no se apresuraban quedarían fuera esta noche. Esa era la norma. Nadie entraba una vez comenzada la sesión y solo abandonaba la mazmorra aquel que el encargado de sala o el maestro al frente del show elegía o expulsaba por algún motivo. Podías salir, siempre y cuando utilizaras la fórmula correcta para hacerlo.

Él mismo había informado a Brenda al respecto, a pesar de que le aseguró que iba a permanecer allí hasta el final.

Brenda apretó su mano en un intento por animarlo y animarse, dando el primer paso hacia otro escollo a superar de cara a su futuro juntos.

La siguió y entraron. Se colocaron al fondo, en la zona designada para los que limitaban su participación a estar presentes y eligió el lugar más lejano y oculto que pudo encontrar. Damien sabía que iban a estar allí, así como Rod que también estaba presente esta noche, para doblar la seguridad.

Casi como en los viejos tiempos, los tres mosqueteros se reunían de nuevo, aunque las cosas eran bastante diferentes.

Se fijó en algunos cambios que Damien habían implementado y no le pareció mal. Había añadido un par de muebles que él no utilizaba, pero sabía que su némesis lo hacía con asiduidad. A él nunca le había gustado golpear a sus sumisos, sabía que formaba parte del show y que la mayor parte de las personas que formaban parte de este mundo, disfrutaba de algo contenido y

controlado, pero prefería con mucho atar y amordazar y la tortura sutil, lejos de las fustas y la parafernalia que el nuevo amo disfrutaba.

Podía admitir que este cambio lo tranquilizaba, porque lo alejaba de lo que había sido para él esta sala, de lo que había disfrutado aquí. Ya no se sentía identificado con el lugar, ya no necesitaba hacer lo que esta noche iban a presenciar. Estaba feliz de disfrutar de Brenda y de ver su rendición una y otra vez. Conseguía sorprenderlo en cada encuentro, no porque hiciera algo estrambótico, sino por la manera en que lo miraba y le decía sin palabras. «Haz conmigo lo que quieras, porque sé que todo lo que tú decidas para mí, me gustará. Toma mi cuerpo y mi corazón y cuídalos, por favor, y hazme derretir de placer y dame la vida que me arrebataron».

Quizá se estaba poniendo un poco poético, pero así se sentía cuando estaba con ella y entonces todo el dolor y toda la oscuridad que había soportado, simplemente desaparecía y podía disfrutar de ella.

Y toda su experiencia servía para descubrir nuevas formas de disfrutar el placer, como nunca había conseguido hacer antes.

—¿Estás bien? —susurró con preocupación. La mirada de Brenda no estaba fija en Damien, que se paseaba casi desnudo por la sala. Ni siquiera en la mujer que estaba inmovilizada en la mesa central o el hombre atado a la cruz. Ni siquiera estaba en el sillón que había ocupado una pareja que estaban alcanzando ya las palas y la fusta, evidentemente planeaban azotarse, algo que podía alterar a una persona que había sufrido la agresión de la que había sido objeto Brenda. No, todo eso pasó desapercibido para ella, su mirada estaba fija en una jaula al lado del trono, en la que había un hombre dentro, completamente desnudo, con un collar y muñequeras con argollas y una larga cadena que colgaba del brazo del impresionante asiento, que, por cierto, el nuevo amo había tuneado. Ya nada tenía que ver con lo que había sido.

De nuevo tuvo esa sensación de desconexión. Aquel ya no era su sitio.

—¿Por qué está dentro de una jaula? —preguntó con el ceño fruncido. No lo miró, no podía apartar la mirada del lugar, mientras apretaba las manos, tornándolas en puños. Incluso se estaba clavando las uñas.

Volvió a tomar su mano, esa que le había ofrecido antes y se la llevó a los labios.

—Está ahí dentro voluntariamente, Bren. Es parte del juego, no te preocupes.

—¿Que no me preocupe? Lo tiene enjaulado como si fuese algún tipo de... animal doméstico.

—Una mascota —determinó Gabe. Recordaba lo mucho que le gustaba a su viejo amigo hacer eso. Normalmente elegía a chavales interesados en el juego, sumisos, y los convertía en una especie de gato humanizado, como había hecho con el chico.

Volvió a mirarlo, algo le llamaba la atención de él. Tenía la sensación de que lo conocía, pero ¿de qué? Era demasiado grande para estar allí encerrado, no debía estar muy cómodo, pero no estaba resignado, sino satisfecho, podía notarlo.

—¿Por qué ha encerrado a Stephen allí? Pensaba que era un simple camarero. ¿Tiene que hacer esto para poder ganar más dinero para el bebé? — Gabe se fijó de nuevo en el chaval y se dio cuenta de que Brenda tenía razón. ¡Era su camarero! ¡El crío que Daniel le había confiado!

—¡Qué demonios...! —Buscó a Rod con la mirada, tratando de encontrar una respuesta. No podía interferir porque lo expulsarían, si trataba de sacar a Stephen y este había firmado su acuerdo, estaría rompiendo un montón de sus propias normas. No podía hacer nada más que observar.

Quiso maldecir. Por eso nunca participaba en este tipo de situaciones si no era el líder, el guía, el dom a cargo. No podía estar quieto o pasivo, no pegaba nada con su rol.

Rod se encogió de hombros, como si tampoco tuviera idea de qué iba aquello. Así que Gabe buscó a Damien, lo observó y esperó a que se girara en su dirección, sabía que algún momento iba a hacerlo, porque lo conocía muy bien.

—Esta noche —estaba diciendo en voz alta, casi como si hubiera escuchado su desacuerdo con lo que estaba sucediendo allí—. Tengo que hacer una presentación especial —declaró a su audiencia—. Tengo el grandísimo honor de presentaros a mi nueva mascota. No ha resultado fácil su instrucción, han sido necesarias varias semanas y la ayuda de varias de mis damas favoritas —hizo un gesto hacia un pequeño grupo de mujeres que lo miraron como si estuvieran ansiosas por devorarlo y después se levantaron y rodearon la jaula—. Nadie osará tocar a Stephen, porque es mío y de mis gatitas. Y nadie osará dirigirse a él con desprecio porque recibirá un cruel castigo, la expulsión total de mi mazmorra y de este club.

Fue entonces cuando lo miró y sus miradas conectaron. Damien esperó en silencio a que él hiciera algo, se limitó a mirar en dirección a la jaula y de vuelta a él, sabía que entendía su silenciosa pregunta y respondió a ella con un seco asentimiento, casi molesto.

¿Se enfadaba porque desconfiara de él? Tenía más de un motivo para hacerlo, porque lo conocía.

—Stephen —pronunció en voz alta—. ¿Estás aquí libremente y por tu propia voluntad?

—Sí.

—¿Ya has olvidado tu instrucción? —inquirió con voz autoritaria y cortante.

—Sí, amo Damien.

Damien no rompió el contacto visual con Gabe en ningún momento, casi como si estuvieran desempeñando una lucha silenciosa.

—¿Has firmado libremente el contrato que te une a mí y a esta mazmorra para disfrutar esta noche de mis dominios y mis súbditos?

—Sí, amo Damien.

—¿Alguien en la sala ha sido obligado en contra de su voluntad a estar aquí esta noche?

En ningún momento apartó la mirada de él, sabía lo que estaba haciendo, lo estaba señalando. Todos se giraron en su dirección y con esa pregunta, lo identificó. Se quitó la máscara y los miró. Hubo algunos jadeos por la sorpresa, algunos gemidos de anticipación como si esperaran que tomara parte de esto.

—Deja de jugar, Damien.

—¿No es esto un juego, Gabe? Un mundo de fantasía en el que todo está permitido, en el que solo importa el placer. ¿Por qué no dejas de escudarte en esa pulsera y nos demuestras de lo que eres capaz?

—No voy a entrar en esto.

—¿Cómo puedes pensar que habría obligado a alguien a estar aquí en contra de su voluntad? —inquirió Damien evidentemente molesto—. ¿Acaso crees que soy un criminal? ¿Precisamente tú, que has dirigido esta mazmorra durante cinco años, llegas a acusarme? ¿Precisamente tú, que has impuesto las normas de este club, te atreves a venir aquí, a esta casa, y mirarme con aires de superioridad y pretender que soy un puto loco por meter a un tipo en una jaula? Dile a tu querida mujer cuántas veces antes lo has hecho tú. Dile cuántas veces has estado en ese trono dirigiendo todo esto como si fueras el rey, amo y señor del mundo.

—Suficiente —dijo en voz baja y ronca. La emoción lo embargaba, estaba mirando a Damien, observando cómo perdía los papeles, cómo perdía el control sobre sus propias emociones.

Miró a Brenda, dudando, pero ella lo entendió sin necesidad de nada más,

así que tras asegurarse de que Rod seguía presente y la atendería, se acercó a Damien, lo agarró y lo sacó de la sala.

—No me toques —rechazó el otro hombre en cuanto estuvieron en el pasillo, apartándose violentamente de él y poniendo distancia entre ambos—. ¿Por qué sigo aquí si tienes un concepto tan ruin sobre mí?

—Me ha sorprendido ver al chaval en la jaula. No al principio, no te equivoques, no creo que estés rompiendo ninguna norma del club, solo me ha sorprendido que nuestro nuevo camarero se haya prestado a este juego. No parece cumplir con el perfil, eso es todo. Con un asentimiento era bastante, no necesitaba que montaras el espectáculo —dijo con sinceridad. Dudó un momento, pero finalmente puso una mano en su hombro arriesgándose a recibir un puñetazo que iba a doler mucho y lo hizo mirarlo—. No tengo miedo de que cruces ningún límite que no deba ser cruzado. Me jodiste en el pasado, de todas las formas posibles, y eso duele. Va a doler siempre y sí me va a costar un poco confiar en ti, pero eso no significa que piense que eres un criminal. No lo creí entonces, siempre supe que el culpable de todo lo que pasó fue Strider, solo me dolió que siguieras sus órdenes, eso es todo.

Le había dolido mucho que en vez de ayudarlo, se escudara en el vacío al que huía cada vez que las cosas se complicaban, tan solo había necesitado mirar a su amigo y saber que estaba allí con él.

—Joder, te he pedido perdón por aquello, no sé qué más hacer —confesó, estaba batallando con el dolor y lo sabía—. Quería que esta noche fuera especial, que tú y tu chica tuvierais un espectáculo que no olvidarais jamás y la he jodido.

—Es lo que se suele hacer en una mazmorra, ¿no? —bromeó, tratando de quitar hierro al asunto—. He metido la pata muchísimas veces y Brenda también. Nadie es perfecto, incluso tu público entiende que a veces podemos perder los papeles.

—¿Mi público? —preguntó, esperando una respuesta tajante, algo que estaba más que listo para dar.

—Tu público y tu mazmorra. Me retiro definitivamente de esta zona del club, aunque no vas a librarte de mí, si era eso lo que pretendías con el numerito de esta noche.

—¿Merece tanto la pena? ¿La amas de verdad?

—No solo lo dejo por Brenda, pero puedo asegurarte que la amo más que a nada y aunque me está costando convencerla de que es todo cuanto necesito, en vistas a lo que me he dedicado durante todos estos años, lo cierto es que estoy satisfecho con mi decisión.

No había mentido, no lo hacía para complacer a Brenda lo hacía por sí mismo.

—Has cambiado mucho desde los viejos tiempos.

—Todos crecemos, encontramos nuevos intereses o nuevas formas de trabajar con nuestras necesidades. Brenda no solo me complace sexualmente, toca una parte dentro de mí que nadie más ha alcanzado nunca. Puede que Rod haya estado cerca un par de veces —añadió mirándolo con una pizca de travesura—, pero como con Brenda nunca.

—¿Por qué me hablas como si fuéramos amigos?

¿Por qué lo hacía? Había asegurado hacía pocos minutos que no iba a tropezar con esa piedra particular de nuevo. Pero ¿cómo podía guardarle rencor a una persona para siempre?

—¿La echas de menos? —preguntó sin responder a su cuestión. Tenía que saberlo.

—Cada maldito segundo de cada día —respondió comprendiendo sin necesidad de añadir más—. Piper me destrozó el día que murió, se llevó una parte de mí que no he podido recuperar, que jamás recuperaré, esto es lo más parecido a estar vivo que tengo.

—¿Entonces qué haces aquí fuera perdiendo el tiempo conmigo? Entra y reclama tu mundo.

—¿Soy el nuevo amo y señor de la mazmorra, verdad? ¿Quién toma a partir de ahora las decisiones? —preguntó.

Sospechaba lo que iba a hacer y empezó a negar.

—No te atrevas a...

—Ex-amo Gabriel, te destierro de mi mazmorra. No podrás poner un pie ahí dentro nunca más.

—¿Qué coño...?

—Es mejor para Brenda y para todos los implicados que no estés presente —comentó. No estaba de acuerdo, pero sabía qué era lo que le estaba pidiendo y ¿cómo podía negarlo? Si no lo hacía, probablemente se largaría del club y no volverían a verlo.

—Me pides que te confíe mi propia vida.

—Te pido algo que no merezco, pero también una oportunidad para demostrarte que no soy el mal bicho que todos estos años has pensado que era. Juro por mi vida que nadie va a hacerle daño a tu Brenda. Rod está dentro, tampoco me lo permitiría, ¿no? —le recordó—. Permíteme demostrarte que merezco estar aquí, que no voy a permitir que nadie hiera a tu viuda negra. Por favor.

—Solo si dejas de llamarla viuda negra.

—Le pega y es sexy como el pecado.

—No vas a ponerle ni una mano encima.

—Solo si me lo pide —garantizó—. No podría negarme a semejante bombón, ni siquiera por un amigo. Recuerda, esto solo es un juego, una fantasía.

Gabriel gruñó, casi como si fuera un enorme oso furioso, pero terminó por capitular.

—Si necesita salir, la dejarás salir. Voy a estar aquí mismo, por si acaso.

—Si me lo pide o pienso que quiere hacerlo y no encuentra la manera, la dejaré salir. Voy a cuidar de ella, te lo juro. No dejaré que nada le suceda. Considérame un escudo entre el mal y tu mujer —decretó—. La protegeré hasta de mí mismo.

Gabriel sabía que estaba siendo un loco permitiendo esto, que quizá era un error, pero ¿acaso no le debía esta confianza no a Damien sino a la capacidad de Brenda para recuperar la identidad que se había difuminado por el camino desde que la habían secuestrado? La vieja Bren no habría tenido problema alguno estando allí, incluso habría hecho algún comentario soez o alguna sugerencia. ¿Por qué no darles, a los dos, este voto de confianza?

—Está bien, pero la cagas y estás fuera de este lugar y de mi vida para siempre.

—No te defraudaré.

Brenda estaba empezando a ponerse nerviosa. Damien y Gabe llevaban al menos quince minutos fuera. Rod había retomado el testigo, como si estuviera acostumbrado a hacerlo y la noche había empezado sin esperar por nadie más. Había mirado la puerta como un millón de veces, esperando a que se abriera y así poder escapar. Todos los demás estaban tan concentrados en el espectáculo que nadie le prestaba atención.

La chica que estaba atada a la acolchada mesa la miró en una ocasión y pudo ver el indescriptible placer que sentía. No había terror o dolor en su gesto, no, solo había excitación y deseo. Estaba más que encantada de estar allí, con todas las atenciones que estaba recibiendo.

Roderick no participaba activamente, no en realidad, tan solo iba dando

indicaciones y organizando la noche. Los participantes no reparaban en él o en la ausencia de los otros dos hombres, estaban completamente sumergidos en su mundo.

Incluso Stephen y las gatitas, como las había nombrado Damien, estaban disfrutando de su propia ensalada de caricias, lametones y mordisquitos. Era algo digno de ver, algo extraño y a la vez estimulante.

De todas las escenas que se estaban desarrollando allí al mismo tiempo, los gemidos, los olores, los ruidos que plagaban la atmósfera, fue aquel pequeño grupo el que atraía más su atención.

Quizá porque se trataba de un hombre el que estaba siendo sometido, quizá porque podía ver las risas y el juego constante, los extraños comportamientos, casi felinos y no humanos de los jugadores. Puede que le llamara la atención el hecho de que todos participaban sin cohibirse o dejar paso a las inhibiciones.

No había dolor por ninguna parte, incluso aquellos que estaban dándose azotes y que al principio evitó mirar por razones obvias, tenían un brillo de felicidad que, de alguna manera, la sorprendió y pegó una tirita en alguna invisible herida en su interior.

—Veo que ya estás integrada —dijo la voz de Damien en su oído, sobresaltándola. Por un momento se había quedado perdida en la visión, olvidando su incomodidad y sus ganas de escapar de allí.

Buscó a Gabe, pero no lo vio. Se preguntó si le habría hecho daño.

—¿Dónde está Gabriel?

—Lo he expulsado de mi mazmorra por incumplimiento de normas —dijo con tranquilidad. La furia surgió en ella y habría sido capaz de darle un buen puñetazo, de no ser por lo que le dijo a continuación—. Creo que es mejor para ti que pases sola por este proceso. Nunca lo superarás, si él lo hace por ti. ¿No te parece?

—Le hiciste daño y nunca voy a perdonarte por eso, aunque él sea mejor persona y ya lo haya hecho.

Damien guardó silencio, sorprendido por sus palabras.

—¿Te lo ha contado?

Brenda asintió con lágrimas en los ojos. Le dolía que lo hubiera traicionado.

Damien le quitó el antifaz y la miró, negando.

—No llores. No se me dan bien las lágrimas.

—Pues te jodes —espetó sin ceremonias—. No puedo entender por qué hieres a alguien a quién quieras. Me da igual en qué circunstancias se produzca.

—Algún día puede que te lo explique. No para eximirme de toda culpa, sino para que puedas empatizar con lo que yo pasé para llegar a ese punto, pero no es el momento. No es noche de lágrimas, es noche de placer. Acompáñame.

—No creo que...

—No voy a tocarte a no ser que me lo pidas —expresó mirándola con honestidad—. Permíteme ser tu guía, estás aquí para comprender, si te quedas a esta distancia no entenderás nada. Confía en mí, Gabe lo ha hecho y Rod no quita sus ojos de nosotros, no va a dejar que te pervierta o te haga algún tipo de daño.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres ayudarme? No te caigo bien.

Damien se rio mientras la guiaba hasta el trono, en el que la escena que había llamado su atención estaba teniendo lugar.

—Porque en el fondo me gustas y creo que eres lo mejor que le ha pasado a Gabe en toda su vida.

No pronunció ni una sola palabra más, al contrario, se cerró herméticamente a ella y a cualquiera que pretendiera llegar hasta él. La sentó

en su trono y después ordenó a Stephen y a las chicas que jugaban con él que detuvieran su juego. Hubo quejas, pero todos obedecieron al momento y la miraron. No sabía qué era lo que pretendía Damien con aquello, pero esperó con paciencia. Tenía que tener algún propósito, supuso.

—Brenda es mi invitada especial, no podéis tocarla, pero tiene cierto interés en vosotros como grupo —instruyó, mirando uno a uno—. Ya sabéis qué hacer, gatitas.

¿Qué era lo que iban a hacer? Buscó a Damien, para preguntar, pero ya se estaba alejando, perdido en su propio interés. ¿Acaso no iba a cuidar de ella? ¿No le había dicho que Gabe le había confiado su bienestar? Gabriel no podía haberse desentendido de ella sin más, sabía que no, ¿entonces por qué la dejaba allí?

—Tranquila, todo está bien. Solo disfruta del espectáculo —dijo una de ellas mientras sostenía la cadena que sobresalía de la argolla que colgaba del collar de Stephen—. A nuestra mascota le gusta jugar, es muy travieso, pero no dejaremos que te alcance.

Brenda sintió cómo se sonrojaba. Aquel lugar era extraño y también fascinante. Vale, había algún que otro elemento que le provocaba cierto desasosiego, pero de forma general solo era un grupo de gente pasándose lo bien. Nadie parecía estar sufriendo algún dolor. Nadie hacía nada que no le apeteciera hacer y, aparentemente, nadie sentía vergüenza alguna por sus diversos grados de desnudez y por tener sexo frente a un puñado de desconocidos.

Incluso tenía que admitir que no podía apartar la vista del juego que se estaba desarrollando junto a ella. Su cuerpo respondió, en contra de todo pronóstico, no porque deseara formar parte de aquello, sino porque en contra de lo que podría haber pensado, estaba muy viva y no era inmune a semejante visión.

—¿Todo bien? —preguntó Rod a su lado. Ni siquiera lo había visto acercarse.

Asintió, no pudo pronunciar ni una sola palabra, lo miró y debió ver algo que lo tranquilizó, porque terminó dedicándole una sonrisa.

—Creo que Gabe estaba preocupado por nada.

—¿Cómo puede ser tan diferente? —conocía a Rod y confiaba en él, se habían hechos amigos. Sabía lo que había vivido, habían hablado más de una vez sobre lo que sucedió y sobre lo que necesitaban hacer para liberarse de aquello de una vez por todas. La había apoyado, la había escuchado, nunca la había juzgado o forzado a evolucionar, tan solo había estado a su lado, al igual que Kat y Gabe. Habían sido auténticos amigos.

—El sexo grupal o cualquier variante, no tiene que ver con lo que sufriste, Brenda. No había un acuerdo previo. En tu caso, fue un acto violento, esto es por placer. Mira a Stephen —indicó señalando al chico, que ni siquiera era consciente de estaban allí, disfrutando de las atenciones de las mujeres que lo rodeaban—. ¿Crees que está sufriendo?

—Ni de coña.

—Esto era lo que Gabe quería que vieras.

Nadie estaba prestándoles atención, su conversación pasaba desapercibida entre los participantes de la noche, perdidos cada uno de ellos en su propio placer.

—¿Qué pasa con Damien?

—Todos arrastramos traumas, más o menos importantes, pero ese dolor puede emerger a la superficie en cualquier momento y convertirnos en auténticos idiotas. No se lo tengas en cuenta —pidió y después se disculpó para acercarse a un grupo de espectadores que estaba tratando de propasarse de su rol. Rod fue categórico cuando habló con ellos y no permitió que fueran más lejos. Lo cortó de raíz, ninguno discutió.

Si lo hubieran hecho, habrían sido invitados a salir de allí, estaba completamente segura.

Miró a su alrededor y se sintió a salvo, a pesar de la multitud, a pesar de la excitación que reinaba en el ambiente, a pesar de las tendencias de aquellos hombres y mujeres. Se sintió bien, segura, capaz de controlar su vida y entendió que un «no» era todo lo que necesitaba para salir intacta de aquella sala.

Cuando entendió aquello se sintió libre y también en paz, lo que había sufrido y el Pleasure's eran tan diferentes como el día y la noche. No había conexión posible. Lo suyo fue un acto de violencia criminal, esto era una actuación. Placer para todos los presentes y el que traspasara la línea de lo permitido, se iba tan rápido como había llegado.

Puede que durante un tiempo hubiera temido bajar a la mazmorra, pero ya nunca más tendría miedo, porque no era más que otro modo de alcanzar esos momentos de satisfacción que todos los seres humanos necesitaban. Incluso podía llegar a ser fascinante.

Siempre que lo observaras desde la barrera, aquella no era su historia y estaba feliz de estar aquí por primera y última vez. Podría hablar con Gabe, decirle que entendía lo que había hecho y el porqué de su necesidad pasada y le propondría que mientras estuvieran juntos, fuera capaz de decirle en todo momento qué quería y necesitaba, porque sabía que con él iba a poder enfrentar cualquier circunstancia. Solo lo necesitaba a él y a nadie más, para sentirse plena, segura y a salvo.

Se levantó del trono y miró a Damien, que había percibido su movimiento, a pesar de estar follando con una mujer bastante exuberante, compartiéndola con algún tipo incluso aún más grande, le sonrió con el fin de tranquilizarlo, e hizo un gesto hacia la puerta. No necesitaba estar más tiempo allí, porque había conseguido lo que había ido a buscar. Localizó a Rod que se apresuró a

llegar a su lado y se aseguró de que Gabriel estuviera cerca para escoltarla.

En cuanto estuvo a su lado, se acercó lo besó en los labios y susurró a su oído:

—Más te vale que me lleves a algún sitio más privado, tenemos que hablar muy seriamente de lo que acaba de pasar ahí dentro.

—¿Estás bien? ¿Alguien te ha herido de alguna manera?

Brenda se rio, no pudo evitarlo. Sabía que su preocupación era genuina, pero había estado tan lejos de sufrir dolor, un dolor malo, después de todo, que no pudo evitar sentir diversión.

—Lo que me duele tiene fácil solución y eres el único capacitado para sanarme —expuso mirándolo con intensidad.

Tenía el corazón acelerado y estaba excitada, necesitaba llevárselo a otro lugar para aprovecharse de él, literalmente.

—¿Sabes que los espectadores no tienen permitido tocarse o correrse mientras dura la representación?

—Bien, como he cumplido con tus normas, ahora es tiempo de que me des lo que necesito —aclaró y lo agarró para arrastrarlo escaleras arriba.

—Bren...

Intentó hacer que se tomara esto con más calma pero no le apetecía. Acababa de tener una revelación y se sentía en el punto más alto de su optimismo. Necesitaba aprovechar este momento, antes de que pasara.

—Por favor, Gabe. Por favor.

Sabía que, en el fondo, no podía resistirse a ella. Algo que también la hacía sentirse poderosa. Solo tenía que pedir lo que necesitaba y, a veces, aunque la hacía esperar más de la cuenta, terminaba dándoselo. Podía vivir con un poco de frustración, si al final se quedaba con el premio gordo.

—¿Ya no le tienes miedo a la mazmorra?

—Muévete. Tenemos mucho tiempo para hablar de todo esto. Ahora te

quiero a ti, desnudo, en una cama y solo para mí. ¿Vale?

Gabriel la levantó en brazos como si no pesara más que una pluma y subió corriendo las escaleras.

—Tendrás tu premio, pero a mi manera.

No quiso indagar en qué significaría aquello, pero sospechó de sus intenciones en el mismo momento en que en vez de dirigirse a su apartamento, se desvió hacia las habitaciones temáticas.

Cerró los ojos, confiando en él, si había tomado esta decisión era por algo, así que esperaría para ver el resultado antes de pensar en resistirse o quejarse, porque lo cierto era que solo le apetecía estar con él.

CAPÍTULO 32

Rod sintió cómo vibraba su móvil en el bolsillo de sus vaqueros. La escena de la mazmorra estaba próxima a concluir, con lo que en apenas diez minutos estaría libre para descansar el resto de la noche.

Hoy no había tenido sexo y estaba seguro de que nadie lo había notado. Había buen ambiente entre aquellas cuatro paredes y, a pesar de la escenita que habían montado al principio, Damien había sido capaz de redirigirlo con eficacia. No había vuelto a mirar en su dirección, estaba perdido en sus propios demonios, tratando de acallarlos, supuso.

Stephen pasó a su lado, rodeado de mujeres, con una sonrisilla de perversa satisfacción. Puede que se hubieran aprovechado de él, pero lo había disfrutado, estaba más que claro que le gustaba dejarse mimar por tan exótica audiencia.

Ni siquiera parecía percatarse de la cadena que aún colgaba de su cuello y con la que una de las chicas seguía jugando.

Supuso que iban a continuar con la noche en una de las salas. Parecía mentira la resistencia de la juventud, en otro tiempo, también fue así. No en los mismos términos, pero sí resistente, esencialmente sexual, sin preocuparse por cualquier otra cosa mientras durara su tiempo de relax.

Porque eso habían sido sus escasas visitas a Prometheus, relax, desconexión del mundo, una manera de descansar del impresionante peso que llevaba habitualmente sobre los hombros.

Se retiró a una zona despejada y sacó el aparato, temiendo que hubiera ocurrido algo más. Una nueva amenaza, un nuevo cadáver, un asalto al club, ahora que Brenda estaba de vuelta, podía suceder cualquier cosa.

Lo que no esperaba era un mensaje de Gabe pidiéndole que se reuniera con él y la chica, en la habitación *bondage*, una de las favoritas de Gabe y la

primera habitación temática que habían abierto al público.

Así que casi de inmediato tecleó:

«¿Estás seguro?». Sabía lo que le estaba pidiendo y también cómo se sentía respecto a Brenda. No sería la primera vez que estuvieran juntos con una sola mujer, cumpliendo una fantasía, solo que en esta ocasión la experiencia no se trataba de algo banal, un sueño absurdo común entre el género femenino, se trataba de ayudar a una persona a lidiar con una herida profunda.

«Ven. Tiene que verlo. Decidiremos juntos».

Probablemente se asustaría en cuanto lo viera entrar en la habitación. Ni siquiera tenía tiempo para ducharse, adecentarse, iba a ir hasta ellos con el aroma de la mazmorra impregnado en la piel. No solía importarle, pero hoy sí. No quería que fuera algo ocasional, sin sentido, esto tenía que ser diferente a todo lo que había hecho hasta ese momento, exceptuando aquella vez... No iba a entrar en ese recuerdo oscuro, no se lo podía permitir. Gabe lo necesitaba y no iba a darle la espalda.

«¿Y si es demasiado pronto?».

Mejor cubrir todos los flancos antes de que fuera demasiado tarde. Todavía podía hacer como que no había visto los mensajes, ellos disfrutarían de su noche y Brenda nunca tendría que afrontar el miedo de quedar a merced de un grupo de hombres.

«Es ahora o nunca. Mueve tu culo hasta aquí ahora mismo».

«¿Solo yo o quieres que lleve a alguien más conmigo?», preguntó antes de pensarlo demasiado. Gabe entendería que hablaba de Damien, no de cualquier otro tipo anónimo.

«Solo tú». No lo sorprendió. Supuso que el hombre solo podía llegar hasta un punto, antes de echarse para atrás. Al fin y al cabo no era una amante habitual, sin importancia, solo una compañera de juegos, se trataba de la mujer

con la que quería compartir el resto de su vida.

Observó cómo todo el mundo iba preparándose para la salida y se encontró con Damien. No necesitaba darle explicaciones, pero sí quería decirle algo antes de dejarlo allí tirado con su soledad y el vacío que sentía una vez que toda la fantasía terminaba.

—Lo has hecho bien con Brenda hoy.

—No he hecho nada —contradijo encogiéndose de hombros, como si no importara nada.

—Yo creo que has hecho mucho más de lo crees y dejar fuera a Gabe fue una buena decisión —aceptó—. Gabe tenía que darle espacio para poder enfrentar esto por sus propios medios.

—Quizá sirva de muestra para que vuelva a confiar en mí.

—No va a resultar tarea fácil, pero vas por el buen camino —le dio una palmada amistosa en la espalda en señal de ánimo y, después, salió de allí.

Nadie lo detuvo, ojalá lo hubieran hecho, porque no sabía si estaba preparado para hacer lo que Gabriel le pedía que hiciera.

Caminó por el largo pasillo, dirigiéndose al lugar en el que habían quedado. Abrió la puerta y entró, a pesar de la luz y del cálido ambiente, pudo sentirse un poco oscuro y frío. Cerró a su espalda y bloqueó el acceso, solo ellos tres tomarían parte esta noche de este encuentro.

Escuchó la voz de Brenda alto y claro, no titubeaba, hablaba con Gabe con confianza. Dio un paso más, dejando a un lado el pequeño recibidor que daba paso a la sala principal, en la que había una enorme cama con cuatro postes y la chica esperaba acostada. Solo había restringido sus manos con unas suaves esposas de cuero y largos pañuelos negros de seda que la aferraban a los dos postes principales de la cama.

Un pañuelo a juego cubría sus ojos, no permitiéndole ver lo que estaba sucediendo a su alrededor. Su mirada encontró la de Gabe y esperó a que le

dijera exactamente qué era lo que esperaba de él.

—Bren —dijo Gabriel entonces—. Ya está lista mi sorpresa.

Rod no debía decir nada, porque no era su decisión, pero se preguntó si algún día, con la mujer que eligiera, podría ser tan generoso. Lo dudaba mucho, sinceramente.

—¿De verdad? ¿Puedes quitarme esto? No veo nada.

—Antes de eso quiero que escuches atentamente lo que voy a decirte —pidió con voz grave. Se estaba tomando esto tan en serio como era y quería dejarle claro a todos los implicados, él incluido, estaba seguro de eso, que esta noche iba mucho sobre curación, sobre borrar un poco más de esa oscuridad que atenazaba la brillante alma de la mujer, no sobre el deseo sin más.

—Estás empezando a ponerme nerviosa —respondió ella.

—No tienes por qué ponerte nerviosa —aseguró Rod hablando en voz alta.

Gabe lo miró con fastidio y le quitó la venda.

—No es lo que piensas, Bren.

Brenda miró de uno a otro y se quedó literalmente sin palabras. No había miedo, tan solo incredulidad.

—¿Qué es lo que estás tratando de decirme?

—No voy a tomar la decisión por ti, tan solo es una oferta, Bren.

Rod se preguntó si a oídos de su amiga aquello sonaba tan mal como a los suyos.

—¿Qué oferta?

—Rod y yo tenemos una historia muy larga. Conoces parte de ella, una parte muy importante, lo que no sabes es lo que pasó después de que me encontrara hecho un guiñapo y me remendara.

Odiaba ese momento del pasado. Lo habían destruido por dentro y por

fuera, pero sobre todo habían dejado tocada su cabeza. Lo había visto vomitar durante meses asqueado de su propio cuerpo, de su excitación, del contacto con otros. No había sido algo bonito. Con el tiempo, con ayuda y juntos, solo los dos, habían sido capaces de devolverle la cordura. Había vuelto a tener sexo por placer, a ser la criatura sexual que había sido siempre. Había regresado a la vida como un buen hombre con una necesidad muy específica. Y entonces habían decidido abrir el club, para ofrecer a aquellos que tenían una necesidad parecida un entorno seguro, lícito y saludable para dar rienda suelta a su pasión.

—Gabe... ¿de verdad vas a darme un sermón? Por qué no simplemente haces tu oferta y ya está. Intentaré responder lo que quieres escuchar.

—Esto no va sobre nosotros, Bren. Rod y yo estamos muy bien, sobre todo yo desde que estás conmigo —sentenció—, pero todavía tienes monstruos que acechan en las sombras. Te he escuchado gemir en sueños y no por placer.

—Lo que Gabriel quiere decir y parece que le cuesta encontrar las palabras para hacerlo, es que nosotros tuvimos una especie de relación en el pasado, por llamarlo de alguna manera, más allá de la amistad. No se trataba solo de atracción sexual, sino de borrar la marca que esos malnacidos habían puesto a fuego en él —explicó, no tenía miedo de aceptar su pasado. No se avergonzaba de él—. Ninguno de nosotros es homosexual o bisexual, no en realidad. Digamos que nuestra relación ha trascendido todo tipo de límites y etiquetas. Tuvimos sexo de todo tipo durante meses. Solos, con terceras personas... hicimos una terapia de choque en el que era yo quién terminaba recogiendo cada uno de los pedazos cuando se desmoronaba. Era mi cama en la que terminaba cuando se odiaba a sí mismo por todo lo que había hecho a otras personas, por lo que dejaba que le hicieran. Al final, juntos lográbamos acallar las voces.

—Rod es el único hombre con el que he tenido sexo, Bren. Quiero que

quede claro, pero nunca se ha tratado de amor, ha sido otra cosa.

—Terapia. Puedes llamarlo así, no me ofendo —expuso Rod, tratando de aclarar lo mejor posible la naturaleza de lo que habían experimentado juntos—. Ni yo mismo lo entendía entonces, creo que Gabe tampoco, ni lo entiendo ahora, pero sea como fuere, funcionó.

—¿Entonces lo que queréis es ayudarme con mi propio trauma? ¿Sexo en grupo? —inquirió mirando de uno a otro—. ¿Los tres?

—Sería cosa de una sola vez, para borrar ese recuerdo que te aterrera por las noches —aseguró Gabe—. Me va a matar compartirte, Bren, pero creo que nos vendrá bien a ambos.

—No soy la única con pesadillas, Gabe —le recordó.

Roderick los miró, los dos habían sido quebrados y se iban recomponiendo lentamente, apoyándose mutuamente. Pronto, ya no lo necesitarían. Al final, terminaría quedándose solo, pero esa era cuestión para otro día. Este momento era para el placer.

—¿Te ha dicho Gabriel que esta es su habitación favorita? Fue la primera, la creamos juntos. Lo único que hemos cambiado con el paso de los años es el colchón, todo lo demás permanece intacto.

No estaba pintada de colores estrambóticos, no había cuadros sugerentes o explícitos, era un dormitorio elegante con suelos de madera oscura, muebles robustos y algunos pequeños detalles como un columpio sexual, una pared acolchada con cadenas, que se mimetizaba con el ambiente, algunos sillones de cuero bastante cómodos, adecuados para un *menàge* y los accesorios más variados, todo para la restricción y el placer.

—No tienes que estar nerviosa y no estás obligada a aceptarlo, Bren —dijo Gabriel con sinceridad—. Quiero ayudarte.

La besó con ternura, Brenda sonrió y se encogió de hombros.

—Te lo he dicho, confío en ti. Haré lo que tú creas que es mejor para mí.

En el sexo tú mandas, Gabe. Ese es el acuerdo.

Sus palabras eran las correctas, pero los nervios estaban presentes en su cuerpo y su voz.

—Todo irá bien. ¿Confías en mí? —preguntó Rod—. Me conoces, solo necesitas decirme que pare si no puedes soportar cualquier cosa que te haga. Si no quieres que te toque, no lo haré. Tú mandas. Estoy aquí por ti.

Había hablado completamente en serio, si Brenda lo quería fuera de allí, saldría a toda prisa, sin importar qué dijera o pensara Gabe. Puede que el control estuviera en manos de su amigo, pero la última palabra la tenía la mujer que los miraba a uno y a otro, como si estuviera decidiendo qué decir exactamente.

—Solo tengo una cosa que preguntarte, Rod —dijo ella mirándolo con sencillez—. ¿Cuándo fue la última vez que te hiciste un análisis de sangre?

No podía negar que lo había descolocado un poco. Gabe también lo miró, como si estuviera esperando su respuesta.

—¿Qué importancia tiene...? —No terminó su pregunta, supuso que su vida alegre podría hacerles desconfiar de su estado de salud, sobre todo a Brenda—. No voy a contagiarte nada. Gabe sabe que nos hacemos análisis una vez al mes, más si hay alguna duda, así que estoy limpio. Además, hace un tiempo desde que no practico sexo y lo cierto es que siempre utilizo preservativo, así que es bastante improbable que alguien pueda contagiarme algo.

Brenda asintió y después suspiró.

—Siento ser tan anti-climática en este momento, pero es importante para mí.

—Lo que Bren quiere decir —aclaró Gabe— es que tiene un problema con el látex, así que no podemos usarlo y necesitamos estar seguros de que estás en plena forma, antes de seguir adelante con todo esto.

Rod lo miró estupefacto, casi como si acabara de golpearlo.

—¿A qué te refieres?

Brenda pareció avergonzada, pero Gabriel se apresuró a aclarar:

—Es alérgica, eso es todo. Nada de lo que preocuparse. Está tomando la píldora, así que no va a quedarse embarazada.

Rod se pasó una mano por el pelo, estaba frustrado y también un poco nervioso. No estaba nada seguro de que fuera una buena idea que estuviera allí. Seguramente, Damien habría sido una apuesta mejor, aunque entendía por qué Gabriel lo quería a él.

Y no se trataba de su pasado en común o de lo que mucho que se conocían en todas las facetas de la palabra, sino en la sencilla premisa de que confiaba completamente en él.

Aunque después de hacer esto, cuando tuviera tiempo de pensarlo, muy probablemente iba a querer matarlo.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —preguntó entonces Rod al otro hombre.

—Desde luego no vamos a utilizar un guion, vamos a dejarnos llevar y ver cómo progresa.

Brenda los miró y tiró de sus ataduras.

—Si vamos a charlar, preferiría estar libre para poder sentirme como una persona normal.

Todavía llevaba la mayor parte de su ropa encima. Solo había perdido los zapatos. El bonito vestido seguía en su posición, quizá un poco más arriba de lo normal, pero estaba medio tumbada en la cama, con lo cual era más que evidente que no iba a mantenerse perfectamente estirado y en orden.

En realidad, la posición y la ropa eran muy sexys. Era mejor que no dijera nada a Gabe, pero también conseguía excitarlo sin necesidad de pensar demasiado en ello. No importaba que fuera la novia de su mejor amigo, le

encantaría tener un bocadillo entero de ella.

Avanzó como un felino hacia la cama y subió para estar más cerca y mirarla. El dorso de su mano acarició su muslo, sin dejar de mirar su cara, para tratar de controlar su reacción. Gabe estuvo tras él en tiempo record, esperaba que le diera un puñetazo por su atrevimiento, pero lo cierto era que pudo sentir sus manos tirando de la escasa ropa que tenía puesta.

—Tienes que estar desnudo. Quiero que Brenda pueda vernos vulnerables, mientras continúa vestida —ordenó solo a sus oídos.

Entendía por qué, quería ofrecerle sin mencionarlo una posición de superioridad respecto a los dos. La ropa podría ser como una barrera que la ayudara a sentirse a salvo, a mantener una pequeña dosis de control, a pesar de estar atada y en inferioridad numérica.

Brenda se estremeció bajo su toque, pero no se apartó. Aún así buscó a Gabe con la mirada, que se apresuró a llegar hasta ella y besarla. Intentó tocarlo, pero las ataduras mantuvieron los brazos estirados y lejos de su premio.

—Todo va a salir bien —le aseguró.

Rod volvió junto a ellos, sin una prenda de ropa encima y sostuvo con delicadeza su barbilla para que se concentrara en él.

Entonces, ante la intensa mirada de Gabe, la besó. Si no eran capaces de soportar esto, iba a ser mejor que lo supieran cuanto antes.

La chica se tensó bajo su toque, pero Gabe estaba allí junto a ambos, susurrando que todo estaba bien, mientras su mano acariciaba el hombro expuesto, destrozando el tirante del vestido al mismo tiempo que le daba un suave mordisco en el hombro.

Brenda gimió en su boca y empezó a devolverle el beso. Rod sabía que tenía que mantener el control, no sería una buena idea que se permitiera llevar por el placer, por el deseo y que ignorara las órdenes de su cerebro. Las

emociones que lo rodeaban no eran para él, solo era un elemento más de la decoración de aquella habitación que iba a acoger esta fantasía durante una noche y nada más, pero, por un instante, podría cerrar los ojos e imaginar que lo quería a él, que esto era perfecto, porque ya no volvería a estar solo, porque, finalmente había encontrado su hogar.

Gabriel y él lo habían sido todo el uno para el otro, compañeros y amigos, aunque no estuvieran enamorados, lo había complementado de una manera en que nadie lo había hecho y se había sentido casi sano a su lado, a pesar de los extraños sentimientos que los habían vinculado.

Escuchó el gemido de Brenda y abrió los ojos, encontró los de ella, que se arqueó bajo él ante las caricias de Gabe, que estaba tirando del destrozado vestido hacia abajo, mientras jugaba con su seno. Estaba concentrado en su tarea, parecía casi distraído de lo que estaba sucediendo entre él y la mujer, pero sabía que era pura apariencia, en realidad, estaba al tanto de cada detalle, mucho más de lo que él percibía. Gabe nunca dejaba nada al azar.

Levantó la vista mientras lo miraba y entonces tuvo que hacerlo, no por Brenda ni por Gabe, sino por él mismo. Se acercó y lo besó, hacía mucho que no habían tenido contacto de este tipo, no fuera del show del Pleasure's, pero esa conexión de otro tiempo, este juego que estaban desarrollando aquí esta noche, lo precisaba. Sentía que tenía que hacerlo.

Brenda los estaba mirando sorprendida. Lo sabía, pero no le importó. Tenía que entender que esto iba a ser bueno para los tres, un juego sexual cuyo objetivo final era guiarla en el último trayecto de su recuperación. Así nunca volvería a tener miedo, porque se daría cuenta de que no todos los hombres eran malvados.

Gabe interrumpió el beso solo para ordenar su siguiente movimiento, apenas lo escuchó, pero sabía qué era lo que pretendía de él, así que volvió a Brenda y probó el dulce manjar que Gabe acababa de dejar desatendido por su

causa.

No podía negar que había algo diferente en una mujer. Algo que conseguía excitarlo hasta el límite y recordarle que ni siquiera le gustaban los hombres. Algo que le hacía recordar el deseo oculto en su alma que le indicaba que había llegado el momento de conseguir esto solo para él y desechar a cualquier otra persona que quisiera formar parte de sus intercambios sexuales.

Esta era una despedida y, a la vez, un saludo a su viejo y renacido yo.

Sus manos terminaron el trabajo de despojarla de la escueta prenda de ropa. Brenda no llevaba sujetador, pero sí unas bonitas bragas de encaje negro que le hicieron quedarse allí, durante algunos segundos, tan solo contemplándola.

Era una criatura preciosa y erótica, una ninfa del sexo y se moría de ganas por tener un pedazo de ella.

Sabía que Gabriel quería seguir al mando y no le importaba nada hacerlo. Podía formar parte del juego, del modo en que él lo necesitaba, porque esta noche no iba sobre sus necesidades o deseos, sino sobre los de ellos.

Entre los dos se deshicieron de la escueta prenda y juntos devoraron su cuerpo. Rod se demoró en su vientre y su cadera; Gabe se concentró en separar sus piernas y mordisquear la cara interna del muslo, mientras subía hacia su premio.

Brenda se retorció bajo el toque de sus lenguas y dientes, bajo las caricias que prodigaban sus intrusos dedos. Podía sentir cómo se iba deshaciendo bajo ellos dos. Siguió explorándola, cada centímetro que podía alcanzar, no quería dejar ni un pedazo de piel por conquistar. Volvió a subir hasta sus pechos, jugó con ellos y alcanzó su barbilla para mordisquearla.

Gabriel se ubicó entre sus piernas y hundió su boca en su coño haciéndola gemir. Sabía que estaba muy concentrado en su tarea, pero sus ojos no estaban cerrados, perdido en el placer de su contacto, sino alerta, clavados en él.

Asegurándose de que todo esto tenía sentido para los dos, pero sobre todo para ella.

—Por favor —gimió Brenda, mirándolo con esa angustia previa al momento más alto que iba presentando lentamente el placer. Ese preciso punto en el que serías capaz de casi cualquier cosa con el único fin de que te dieran lo que más necesitabas en el mundo.

Rod acarició sus pechos y los lamió, incluso succionó seductora y gentilmente un pezón, catapultándola un poco más lejos, mientras Gabriel continuaba concentrado en su sensual banquete.

—No puedo aguantar más, Gabe...

El aludido levantó la cara y sonrió, en sus ojos un brillo perverso, mientras le daba a Rod una sola orden:

—Ya sabes lo que te ha pedido —se apartó dejándola libre para él. Lo miró, inseguro al respecto. No tenía del todo claro que estuviera dispuesto a compartir esto con él.

Brenda lo miró, estaba convencido de que cerraría las piernas y lo alejaría de ella.

Lo sorprendió, porque lo miró con un gesto de súplica:

—Por favor...

Gabriel asintió, reforzando la orden que había dado y no necesitó que se lo dijeran una vez más, al contrario. Se acercó como un león hambriento y retomó lo que su mejor amigo, su hermano del alma, había estado haciendo.

No tardó demasiado en obtener su premio y no consiguió apartarse de ella cuando sintió el momento en que alcanzaba su liberación.

Aunque lo hubiera hecho, Gabe no le habría permitido cumplirlo, pues exigió:

—No te detengas aún, Rod.

Ni siquiera la estaba tocando en este momento, tan solo los miraba,

dirigiendo, como le había gustado hacer toda su vida. Esta noche no debería ser diferente a tantas otras y sin embargo tenía un tinte eminentemente opuesto.

Porque ella de verdad le importaba y le estaba haciendo un regalo de incalculable valor, algo que atesoraría por siempre en su memoria.

Brenda no tardó en tener un segundo orgasmo, en ese momento, Gabe le hizo un gesto para que se apartara y la penetró sin ningún tipo de aviso previo. Cuando la llenó con su polla, ante su intensa mirada, empezó a moverse casi de forma salvaje. Llenándola una y otra vez, jadeando su placer. Rod estaba tan excitado que podría haberse corrido en ese momento y haber acabado con la noche de una vez por todas, sin embargo, no lo hizo. Se apartó de ellos lo suficiente como para poder retomar el control. Dio un par de paseos, tomando profundas bocanadas de aire y solo regresó cuando Gabriel lo llamó.

—Brenda está hambrienta por ti, Rod. Deberías darle lo que necesita.

La mujer tiraba de sus ataduras, sabía que quería liberarse, buscó a Gabe antes de tomar la decisión por los dos y el hombre asintió. En cuanto tuvo una de sus manos libres, atrapó su erección en su puño y empezó a acariciarlo, después lo acercó a su boca y lo lamió con suavidad, haciéndolo gruñir de deseo, sabiendo que iba a ser bastante rápido, después de todo.

Dudaba que pudiera llegar a quedar en muy buena posición frente a la chica, si ella era tan buena haciendo una mamada como parecía ser.

—Despacio, nena. No quieres que la noche acabe tan pronto, confía en mí. No tenemos prisa.

Brenda se detuvo apenas, lo miró y le dedicó una sonrisa pícaro, nublada por el deseo, pero no le dio demasiado tiempo para recuperar su fortaleza y dominarse como debería hacer.

Lo atacó con todo lo que tenía, toda la artillería pesada al aire libre para volverlo loco. Gabe gruñó mientras se dejaba llevar por el placer y culminaba en un clímax potente y satisfactorio, al tiempo que él podía sentir cómo la

boca de Brenda lo llevaba muy cerca del borde, tanto que estaba a punto de caer al abismo y ni siquiera le importaba.

—Vamos, Bren. Lo estás haciendo muy bien.

Gabriel seguía dentro de ella. Sus miradas se encontraron. Estaba perdido por el deseo, hambriento. Entonces Gabe hizo algo que estaba seguro los sorprendió a los tres, se apartó de Brenda y se la entregó, como si fuera una ofrenda en sacrificio. Uno muy satisfactorio y decididamente consensuado.

Si hubiera sido mejor hombre, se habría negado, pero lo cierto era que solo era humano y uno muy excitado al que le gustaba, como al que más, estar dentro de una hermosa mujer.

No tardó demasiado en incursionar en su cuerpo, en ubicarse entre sus piernas y reclamarla como un hombre de las cavernas habría hecho, como un hombre instintivo y sexual necesitaba hacer, porque quería perderse en este placer y mandar a la mierda los remordimientos.

Brenda lo miró, lo hizo y no hubo miedo o tristeza, no hubo arrepentimiento, solo necesidad de más, de sentirlo a él. Solo a él y entonces no pudo hacer otra cosa que darle lo que necesitaba.

Entregar esa parte de su ser que ya había entregado una sola vez antes, solo a Gabriel. Una parte misma de su esencia.

Gabe lo animó y exigió que complaciera a su mujer, mientras la abrazaba y la besaba. La mano libre de Brenda entrelazada con la de Gabe, mientras él la follaba como si no hubiera un mañana.

Y cuando estaba a punto de culminar, Gabriel lo miró y fue como si el tiempo no hubiera pasado, como si necesitara librarse del viejo dolor que lo había destruido, como si todo lo que había entre ellos, todo a lo que habían sobrevivido, se convirtiera en algún tipo de fuerza sobrenatural y los uniera en el placer y la curación.

Se corrió con un grito de satisfacción, poco después de que Brenda

alcanzara su propio clímax y gimiera su nombre y el de Gabe en una espiral de deseo y libertad.

Libres, eso era lo que habían conseguido ser con este intercambio esta noche, completamente libres de pena, de dolor y de pecado.

Juntos y libres, al fin.

Gabriel no estaba seguro de cómo sentirse respecto a lo que acababan de hacer, lo que sí que tenía claro era que una vez terminara la noche, no volvería a repetirse, con lo que era necesario que cubriera todos los flancos con Brenda, para que no necesitaran volver a hacer algo parecido alguna vez en la vida.

No podría sobrevivir a una noche más como esta, estaba completamente seguro.

—Jamás podré hacer algo así por ti —pronunció Gabe con voz ronca, dirigiéndose a Rod. Sabiendo que el hombre había estado dispuesto a hacer lo que le había pedido solo por el cariño, el respeto y la confianza que los unía. Cualquiera otro, lo habría mandado a la mierda, especialmente con lo que tenía en mente justo en este momento. Porque iba a pedir y, probablemente, no podría ofrecer nada parecido a cambio—. Me gustaría hacer algo más por Brenda —comentó, aprovechando que su novia estaba en el cuarto de baño, tratando de recuperarse después del intenso asalto—. No voy a volver a hacer esto, porque es realmente muy duro para mí, pero no quiero que nada quede colgando entre nosotros. Si crees que no puedes, lo entenderé.

Roderick lo miró con intensidad. Seguía desnudo, ya no estaba excitado, y tenía un gesto de concentración que le preocupaba un poco. ¿Se estaría arrepintiendo de lo que habían hecho?

—Solo dilo, no recuerdo que nunca me hayas pedido nada, siempre lo

exiges. ¿Tan malo es?

—Las cosas son diferentes ahora, Rod, los dos lo sabemos, pero después de ver cómo ha reaccionado Brenda ante la visión de Stephen con las chicas, he pensado que...

¿Por qué le costaba tanto pedirlo? Rod tenía razón, él exigía, pero tampoco quería aprovecharse completamente de su amigo.

Roderick lo miró lleno de ironía.

—No me digas que quieres follarme, Gabe.

Gabriel se rio con exasperación.

—No exactamente. Quizá no necesite llegar tan lejos —comentó.

—Pero podría ser que quisieras cruzar ese límite.

—A pesar de lo que le dijiste a Brenda. Solo hemos tenido sexo, en toda la definición de la palabra, dos veces en toda nuestra vida y dudo que alguna de ellas cuente. Ni a ti ni a mí nos interesa ese aspecto, pero si llega el momento... ¿te importaría?

—Lo haría por Brenda, no porque tú me pongas nada.

—Sería un intercambio justo.

—¿En qué piensas exactamente, Gabe?

El ruido de la cisterna les indicó que iban a tener que apresurarse a terminar su conversación, antes de que la mujer se reuniera con ellos.

—Quiero atarte y poner una venda en tus ojos, para que Brenda se sienta libre de tocarte y nada cohibida. Voy a ir diciéndole cómo hacerlo, voy a susurrar las órdenes, no vas a saber qué está pasando hasta que no suceda, si es que crees que puedes soportarlo.

—No soy yo quien tiene un trauma con eso. Me gusta jugar, sabes que no voy a negarme a cualquier tipo de perversión que tengas en mente.

—A veces seré yo quién te toque.

—¿Quieres que vuelva a tirarme a tu chica? —preguntó con intensidad.

Había sido burdo a propósito, lo sabía, porque quería que desistiera y que se diera cuenta de lo duro que iba a ser para él seguir adelante después de esto. Pero no era verdad, Rod pensaba que lo sería, porque amaba a Brenda, pero su interés hoy era completamente desinteresado. Si podía ayudarla a acabar con todas sus pesadillas y ofrecerle nuevas fantasías, ¿qué más importaba que no fuera el único que habitara en sus sueños? ¿Quién mejor que Rod para ocupar junto a él ese lugar?

—Quiero que lo hagas, mientras yo hago lo que sea necesario para demostrarle que el sexo en grupo consentido, puede ser muy entretenido para todos los participantes.

—Quieres ser el pan de mi sándwich, lo comprendo.

—Tienes que ser tan...

—¿Gracioso?

—¿Tan buen amigo? —terminó, porque cualquier otro hombre lo habría mandado a la mierda. Cualquier otro no habría sido capaz de tener una segunda relación en la misma noche, tampoco.

—No es la primera vez que hacemos esto y puedo soportarlo. No creas que no recuerdo todo lo que tú te has visto obligado a hacer por mí.

Descartó todas esas viejas historias como si no existieran. Lo único importante era el aquí y ahora.

—¿Estás dispuesto?

—Lo estoy, amo y señor Gabriel —respondió mirándolo con intensidad.

Y solo por eso lo habría besado ¡y con lengua! ¿Se podía ser mejor hombre? Sabía que no.

—¿Sabes una cosa, viejo granuja? —inquirió, en el momento en que escuchó los pasos de Brenda acercándose a ellos—. No soy bisexual, soy *BrendaRodericksexual*.

Y Rod se rio, una carcajada profunda llena de diversión y placer rebotó

en las paredes de aquella vieja habitación que había visto tantas escenas y que los había acompañado a lo largo de los años.

Y Gabriel supo, en ese preciso instante, con su mujer y su mejor amigo rodeándolo, que nunca podría ser más feliz.

Y que nunca iba a arrepentirse de este momento.

CAPÍTULO 33

Rod supo que algo no iba bien en cuanto escuchó los certeros golpes en su puerta. Nadie llamaba antes de entrar, solían pasar y acomodarse, porque todos eran conscientes de que eran bien recibidos en sus dominios. Al menos, los que podían llegar hasta allí.

Y nunca cerraba con llave.

Se levantó de la cama. La noche anterior había sido muy intensa, sobre todo emocionalmente, nunca iba a poder borrarla de su intelecto. No se arrepentía de haber participado en la proposición de su amigo, aunque sí había sabido a despedida y le había dejado un sabor amargo.

Durante un momento, mientras estuvo bajo la ducha cuando llegó a su apartamento, se dijo que podrían encontrar un lugar para él en su relación, pero no solo se estaba mintiendo a sí mismo, sino que les estaría haciendo un flaco favor; si se le ocurriera sugerirles tal cosa.

Los dos lo querían, a su manera, y les dolería rechazarle, del mismo modo en que Kat lo había rechazado antes.

Por algún motivo esta idea la conjuró y la vio al otro lado de la puerta. Estaba preparada para salir a la calle y un pequeño neceser de viaje rojo descansaba a sus pies. Se concentró en el objeto, evitando mirarla, sospechaba lo que estaba haciendo allí y quería aferrarse a ella e impedirle abandonarlo.

—Rod...

—No lo digas. No te atrevas a marcharte. Me iré yo, pero no tienes que irte, no por mí. No volveré a molestarte jamás. —Estaba arrastrándose antes de dejar que se explicara, pero sabía que iban a doler tanto sus palabras, que prefería portarse como un estúpido crío abandonado, con miedo de perder el último nexo con la felicidad que podía encontrar. Necesitaba a Katharina, su

luz, su risa, la familia que podrían llegar a crear juntos algún día.

—No hagas esto más difícil de lo que es —le pidió, intentaba sonreír, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas—. Te quiero.

—Si realmente me quisieras, no estarías huyendo de mí y de lo que siento por ti.

—Amo a Tony, es mi marido, Rod. No importa si nuestra relación es atípica, eso nunca va a cambiar. No puedo darte lo que parece necesitar de mí.

—¿Y por eso huyes y dejas tu vida atrás? ¿Qué va a pasar con el club?

—El Pleasure's no me necesita y lo cierto es que tú tampoco, muy pronto vas a darte cuenta.

—¿Te vas con él? —inquirió mirándola, ahora sí, directamente a los ojos—. ¿Confías en que cuidará de vosotros?

—Sé que lo hará. Lleva un par de semanas en la ciudad y hemos hablado mucho sobre esto. Queremos llevarnos a Duncan a un lugar en el que no nos conozcan, donde no sepan quiénes somos. Quiero ser capaz de ofrecerle una vida normal.

Eso era imposible, Kat no era una madre al uso y qué decir del padre... era un asesino, con todas las letras, traficante y pecador al máximo. Sin contar que lo había visto follando con hombres a menudo, con placer, con mucho más placer del que parecía sentir cuando estaba con Kat.

No eran una pareja afín y no deberían estar juntos.

—No voy a olvidarte jamás, tampoco a este club. Volveré, probablemente no pronto, pero lo haré.

—¿Me estás pidiendo que te espere, Kat?

—No. Te estoy pidiendo que seas feliz y que me recuerdes con cariño. Encuentra una buena mujer, enamórate de ella, cástate, ten media docena de niños y hazle el amor todos los días. No dejes que tu vida se vea condicionada

por algo de lo que no eres culpable. Vuelve a tu medicina, escucha a tu corazón —le acarició el pecho, se apoyó en él y lo besó en los labios— y no olvides jamás que eres querido y un hombre íntegro que merece mucho la pena. No quiero que te quedes solo e insatisfecho, quiero que vivas. A mi lado no tendrías la vida que mereces y necesitas, aunque fuera lo suficiente egoísta como para quedarme y permitirte conformarte con un amor a medias.

—Me conformo contigo.

—No tienes que hacerlo, no debes hacerlo, Roderick —decretó, le dejó claro con su tono que no iba a cambiar de opinión—. Tony quiere sacarnos de aquí antes de que explote toda la mierda. Ten cuidado y cúbrete las espaldas, ese loco podría tener como objetivo a cualquiera dentro de este club, incluso a la propia Brenda.

—Incluso tú.

—Tony no dejará que me pase nada.

—Confías demasiado en él, para ser un mafioso —espetó sin contención alguna.

—Confío en él porque lo amo y sin confianza no habría amor.

Roderick quería golpear algo, una pared o a sí mismo, le daba igual, necesitaba sacar toda la furia que guardaba dentro. Todo el dolor que lo estaba quebrando, haciendo una muesca profunda en su corazón.

—Te deseo felicidad, Katharina. Deseo que tengas exactamente lo que deseas y que cuando mires al pasado, hacia el Pleasure's, me recuerdes como el amigo que soy y que siempre seré para ti. Jamás debí decirte que te amaba.

—Quizá deberías haberlo hecho antes —susurró ella y cogió su pequeño maletín—. Que tengas una buena vida, Rod. He dejado una carta de despedida para los demás, estas cosas no se me dan bien.

No le dijo que era una forma cobarde de escapar, porque ya lo sabía.

—No es un adiós para siempre —añadió Kat, sin girarse, a punto de

abandonar el pasillo.

Rod solo respondió.

—Dejémoslo en un hasta pronto.

Lo miró por encima del hombro y asintió, estaba llorando, veía sus lágrimas rodar por sus mejillas, pero no le dio tiempo a alcanzarla, porque se marchó antes de que sus piernas pudieran ponerse en marcha.

Así, tan fácil, tan rápido como había llegado, lo había dejado atrás, con un vacío en el corazón y la sensación de que nunca más volvería a verla.

Ese dolor no sería capaz de sobrellevarlo, así que hizo lo que todo hombre cuerdo haría, entró en su casa y empapó el dolor con alcohol.

Mañana sería otro día.

Damien la vio abandonar el pasillo y supo que acababa de destruir el corazón de un buen hombre, la siguió hasta la entrada del club y la agarró por el brazo antes de que se marchara.

—¿A dónde vas tan rápido y sin despedirte?

—Damien —jadeó, desde luego la había pillado in fraganti. Había conseguido asustarla, aunque no pretendiera hacerlo—. No esperaba verte.

—Eso está claro. Al menos, te has despedido de Roderick.

—No necesito tu permiso para marcharme —espetó alzando la barbilla con gesto altivo—. Tú no tienes nada que decir.

—Lo que hagas o dejes de hacer es asunto tuyo. El hecho de que le hagas daño a uno de los mejores hombres que conozco, sí es asunto mío. ¿Por qué le haces esto?

Sus ojos estaban rojos y brillantes. Intentaba no llorar frente a él, a pesar de que lo había estado haciendo hasta hacía un minuto.

—Porque es lo mejor que puedo hacer por él. Necesita avanzar, aferrarse a mí solo lo deja en un limbo que terminará por destruirlo. Si me voy, podrá empezar a vivir. Conocerá a alguien que merezca su amor, es lo mejor que puedo hacer —decidió, parecía estar convenciéndose a sí misma.

—¿Y qué pasa contigo? ¿No mereces su amor?

—Ya tengo amor, tengo una familia atípica, pero familia. No voy a darles la espalda. —Se acercó más a él, tanto que pudo percibir el aroma de su perfume y ver las motitas de color ámbar de sus ojos—. Voy a echaros de menos, a todos, incluso a ti.

—No he tenido tiempo para probarte —comentó acariciando su rostro con el dorso de sus dedos—. Rod tiene buen gusto, eres preciosa.

—Nunca es tarde para una primera vez —lo besó en la boca y se alejó con una sonrisa—. Volveremos a vernos, sospecho.

—Cuando vuelvas, vamos a estar aquí esperándote.

Podría haber dicho que él estaría allí esperándola, porque lo haría. Su vida no podía cambiar mucho más, no iba a casarse o enamorarse o cualquier variante de esa misma.

Quizá si ella decidía volver, él estuviera allí para finalmente divertirse juntos. ¿Quién sabía? El futuro era algo que nadie conocía, no podían descubrir el rumbo que tomaría hasta que lo vivieran.

—Cuida tu espalda y cuida de Rod por mí. ¿Lo harás?

—No voy a dejar que le hagan daño, puedes estar segura.

Katharina asintió y se despidió con la mano; después cruzó la calle y subió al coche que la esperaba. Un hombre desconocido para él la estaba esperando, se besaron y Duncan, el hijo de ambos, se asomó por la ventanilla para decirle adiós. Parecía emocionado, nada enfadado por cambiar de casa y ciudad.

Quizá fuera algo bueno para todos los implicados. El único que no iba a

verlo de esa manera era el hombre grandote que estaba, seguramente, espiando por la ventana viendo cómo se alejaba de su lado el que, por ahora consideraba, amor de su vida.

Sin embargo, Damien estaba bastante seguro de que se equivocaba. Su compañera de vida estaba ahí fuera, en alguna parte, y todavía no se habían encontrado.

Una mujer que pasaba por el otro lado de la calle se quedó mirándolo, no era despampanante, para nada su estilo, pero algo le llamó la atención. Se preguntó si no la habría visto antes en algún lugar. Levantó la mano para dedicarle un saludo, pero apartó la vista y salió casi corriendo de allí.

Suspiró y volvió al interior del club. Algo tenía que hacer para ayudar a sus amigos, incluso si todavía no lo habían aceptado como uno más y tenía la mejor de todas las ideas, ¿quién podía resistirse a la cara angelical de su hija? ¿Al talento evidente de su hijo? ¿Al gruñido especial de su hermano Cam y la excelente cocina de Marti? Todos necesitaban un respiro y podía ser él quién les diera el empujón hacia el lado bueno del paisaje.

Todos iban a necesitar reconfortarse mutuamente, una vez supieran de la marcha de Kat.

CAPÍTULO 34

Hacía un día precioso, a pesar de que estaban en pleno otoño. El sol brillaba en lo alto del cielo y las voces de los niños junto a los ladridos de los perros retumbaban por todo el parque, otorgándole al paseo una extraña normalidad.

A pesar de todo eso, Brenda no estaba muy segura de qué estaba haciendo allí. Habían pasado muchas cosas a lo largo del último año, sucesos que habían cambiado su vida de una manera que nunca había previsto.

Y no solo hablaba del secuestro y la violación, que era algo que la iba a acompañar hasta que expirara su último aliento, hablaba de su estancia en el *Pleasure's*, sus bailes nocturnos, la visita a la mazmorra, la pistola que llevaba pegada al costado bajo la chaqueta y que Daniel se había empeñado en que portara, en contra de la voluntad de Gabe, pero que había aceptado porque tenía que admitir que sí, la hacía sentir segura, o el encuentro con Rod de hacía un par de noches. Quizá debería sentirse avergonzada por lo que habían hecho los tres, pero lo cierto era que estaba extrañamente tranquila al respecto. No era su línea de actuación y probablemente nunca lo habría hecho sin Gabe a su lado y si la tercera persona hubiera sido otro hombre diferente, pero comprendía el motivo por el que Gabriel había acudido a Roderick cuando todo su mundo se deshizo. Era de ese tipo de personas que vivían para proteger a las almas buenas, casi un ángel guardián.

Sentía un afecto especial por él, no era amistad y no era amor, era algo entremedias. Algo más que fraternal, sin llegar a ser evidentemente sexual.

—Si no dejas de mirar a Rod de esa manera, voy a tener que matarlo — advirtió Gabe ceñudo.

Rod no estaba feliz, se había sentado junto al tronco de un árbol, sin molestarse en extender una manta en el suelo y tenía los ojos cerrados. Parecía

devastado, la marcha de Kat los había herido a todos; su huida, porque no había sido otra cosa, también le había dejado un hueco en el corazón que iba a costarle rellenar. ¿Por qué no se despidió? Le habría deseado buena suerte.

Sin embargo, Rod y ella habían tenido un último encuentro. Damien lo había explicado al grupo y les había pedido que lo ayudaran a sacar al tipo y a devolverlo a la vida.

Había estado borracho y llorando la mayor parte de aquellos dos días, por lo que ahora tenía esta terrible fachada.

—¿Cómo podemos ayudarlo, Gabe? Ahora es nuestro turno de hacerlo. Míralo, verlo así duele. No es justo.

—No mandamos en el corazón, Bren —dijo sentándose a su lado. La hija de Damien había estado persiguiéndolo todo el día, la había dejado encandilada, a lo que el hombre había hecho una mueca que dejaba claro que no le agradaba semejante fascinación. Probablemente, se sentía un poco celoso. Cameron, su hermano mayor, un hombre muy atractivo e imponente, evidentemente enamorado de su esposa, se había burlado cruelmente de él.

La pareja no tenía hijos propios, pero la niña parecía más de ellos que de Damien, pues era Marti, su tía, a quién acudía cada vez que necesitaba algo o no le salían las cosas como quería.

—Es injusto que Kat se haya marchado de esa manera.

—Es libre para vivir su vida como mejor le parezca.

—Pero no está bien lo que ha hecho con Rod.

Gabriel no respondió de inmediato, observó a su amigo y pareció meditar bien lo que iba a decir antes de abrir la boca.

—Puede que sea la mejor decisión que ha tomado en su vida. Roderick lleva un tiempo enamorado de ella y esa no relación estaba empezando a herirle.

—¿Estás seguro?

Gabe asintió.

—Sí, arco iris. Kat y Rod nunca podrán estar juntos, podrían intentarlo pero a la larga no funcionaría. A pesar de todo lo que Roderick ha hecho en su vida y las decisiones que ha tomado, además de todo ese sexo aparentemente sin importancia y todas las sonrisas de apoyo, hay un enorme saco lleno de responsabilidad y esperanzas de limpiar todos sus pecados y conseguir finalmente lo que siempre ha deseado: fundar una familia propia y cuidar de ellos. Rod arrastra mucho dolor, su pasado tampoco ha sido un camino de rosas y siempre da, sin pedir nada a cambio. Nadie puede sobrevivir entregando siempre todo, su misma esencia, sin conseguir lo que más anhela —explicó—. Kat es un alma libre, lo ha sido desde la primera vez que la vi. Tony le da ese espacio que necesita, la protege siempre y a veces toma decisiones sin contar con ella, pero al final la última palabra la deja en sus manos. Rod no podría permitir que Kat se acostara con otros como hace ahora. No podría soportarlo. ¿Acaso no viste lo violento que se puso con Damien cuando hizo la sugerencia de que cuando volviera podrían tener un poco de fiesta los tres?

Brenda lo había visto y se había preguntado si aquello tenía algo que ver con lo que Gabe, Rod y ella habían compartido.

—Pero...

—No te atrevas a compararlo con lo que nosotros hicimos, Bren. Eso es diferente y no va a volver a pasar —declaró tajante.

Sabía que había sido difícil para Gabe, pero lo había hecho por ella.

—No me arrepiento, si es lo que me preguntas. Confié en ti y en Rod y me alegro de haberlo hecho, ahora solo necesito que me abracés. No quiero pensar en todo el dolor que parece sobrevolar nuestras cabezas.

No tuvo que pedírselo dos veces, la colocó en su regazo y la hizo apoyar la espalda contra su pecho mientras la abrazaba con firmeza. Esperaba que no

notara la pistola, porque le desagradaría que la hubiera traído a un día de campo.

—Tampoco me arrepiento de esa noche, Bren. Fue una despedida — añadió mirando a Rod, que los observaba ahora con cierto anhelo.

Amber llamó su atención en ese momento, le tocó el hombro y exigió que dejara de mirar en su dirección para complacerla, como todos los hombres presentes llevaban haciendo desde que habían llegado.

Y por arte de magia consiguió hacerle esbozar su primera sonrisa, la sentó en su regazo de la misma manera en que Gabe había hecho con ella y después miró en su dirección y le guiñó un ojo.

La pequeña empezó a darle trocitos de su sándwich, que él aceptó como la ofrenda que era y fue en ese preciso momento cuando entendió parte de lo que Gabe decía. Rod algún día sería un padre magnífico, algún día encontraría a una mujer muy afortunada que convertir en su esposa y amarla y cuidarla hasta el fin de sus días y Katharina, la brillante y exótica Kat, nunca encajaría en ese molde.

—Vosotros dos os empeñáis en robarme a mi hija. Primero tú y ahora Rod, no voy a volver a invitaros.

—Vamos, Damien, relájate. Así podrás sentirte por una vez como me siento yo cada vez que nos visitas. —Cam no hablaba en broma, sino completamente en serio y su gesto ceñudo así lo señalaba.

—¿En serio? Pues es una jodida mierda.

—Papá, te encanta ser el centro de atención y hoy ellos son mucho más emocionantes que tú —aseguró Warren, el maravillosamente atractivo hijo de Damien. La había sorprendido mucho cuando lo conoció, porque no esperaba que tuviera un hijo adulto y uno tan guapo. No recordaba haber visto nunca un hombre como él, parecía una especie de angelote sexy y perfecto para darle un bocado.

Dios, tenía que dejar de mirarlo, porque iba a ponerse a babear y eso cabrearía a Gabe, que era el único hombre que le interesaba.

Pero... ¡tenía ojos en la cara, joder! Y ese chaval iba a romper muchos corazones cuando creciera un poco, quizá antes de que creciera mucho más.

—Me estás excitando, arco iris —susurró Gabe—. Si sigues mirando así al chaval voy a tener que castigarte, por transgresora de todas mis normas.

—No es el lugar adecuado...

—Puedo esperar para castigarte más tarde, pero tomo nota.

Podía notar que sí estaba excitado, algo que la sorprendió y la gratificó a partes iguales. Lo miró y dijo muy seria:

—Solo te amo a ti, Gabe. Solo quiero estar contigo.

—Lo sé —la tranquilizó y la besó en los labios—, pero planeo castigarte igual. Aunque te diré que me alegra ver cómo eres capaz de sentir interés por otro hombre en vez de miedo, por más que me repatee reconocerlo. Odio a Damien, ¿por qué ha hecho un hijo tan perfecto?

Parecía fastidiado, su tono así lo decía. Brenda se rio.

—Vas a tener que hacer un hijo mucho más perfecto tú para compensarlo, ¿no crees?

Y entonces se miraron y en ese momento algo quedó latente entre los dos. Brenda tragó saliva, repentinamente nerviosa y Gabe la miró con una intensidad desconocida. No por el deseo, sino por algo más profundo.

—Solo si tú eres su madre.

—Yo...

—No tenemos que hablar sobre eso ahora, pero recuerda que tengo que vencer a Damien, para eso soy el amo más sagaz y atractivo del Pleasure's.

—Y del mundo entero, no hay otro como tú.

—Vosotros dos, dejad de magrearos, ¿no veis que hay niños delante? —espetó Damien, parecía molesto casi como un chiquillo al que le habían

quitado su juguete favorito.

Marti le entregó un pastel de manzana lleno de nata montada y sonrió:

—Come, aliviará tu disgusto.

Y cuando le dio un bocado, todos rieron a carcajadas, porque realmente fue capaz de comportarse como nadie esperaba, con despreocupación y siguiendo el juego.

Warren miraba a su padre con una mezcla de orgullo y admiración, además del evidente amor filial que sentía por él. Su hermano lo miraba con satisfacción y Marti parecía una madre gallina cuidando de su polluelo descarriado con paciencia y dedicación. En cuanto a Amber y Rod seguían en su mundo, casi como si fueran grandes amigos y Gabe... Gabe parecía haber empezado a confiar otra vez en el hombre y a permitirle formar parte de su vida, a pesar del peligro.

No sabía cuánto duraría esta escena, este perfecto momento, pero sí era consciente de que sin importar el tiempo que pasaran juntos, se estaban convirtiendo lentamente en una familia. Y en la familia podías confiar, ¿verdad? Lo que quería decir que nunca más volvería a estar sola.

Otra pieza encajó en su puzle interior y agradeció en silencio a Damien, a pesar del antagonismo que al principio del día había fomentado entre los dos, por permitirles formar parte de este momento.

Gabe parecía más feliz, Rod prometía sin palabras que sanaría por la pérdida y el resto estaban en su salsa.

Pronto todo terminaría, cuando descubrieran la identidad del loco y lo encarcelaran, llegaría el momento de tomar una importante decisión. Y tenía miedo de hacerlo mal, no iba a dejar a Gabe, ni siquiera por su propio bien.

A partir de ahora planeaba ser la mujer más egoísta del mundo, cuidarlo, hacerle el amor cada noche, amarlo y rezar para que con ella fuera suficiente y no necesitara encontrar placer fuera de sus brazos.

Ojalá tardara en llegar ese momento clave al menos un tiempo, porque ahora no podía ni imaginarse una vida sin él, sin ellos. No podía irse del Pleasure's, no quería hacerlo. Tenía que redirigir su camino, pero allí, exactamente en el lugar en que estaba, porque sentía que era el principio de la senda correcta que la llevaría a conseguir, finalmente, el éxito.

Y la mayor libertad de todas: el verdadero amor.

Llegar a casa siempre era algo bueno, se dijo Gabe mientras entraba en el club con Brenda, Rod y Damien. Stephen estaba tras la barra, preparando las existencias para la noche y Mallory estaba sentada en uno de los sillones con el ceño fruncido y la nariz metida en un enorme libro de recetas de cocina.

—Hogar, dulce hogar —dijo en voz alta consiguiendo llamar la atención de sus acompañantes y también la de los dos jóvenes—. ¿Qué pasa? ¿No puede un hombre alegrarse de volver a casa?

—Puedes y debes hacerlo —aseguró Brenda. Lo abrazaba por la cintura y había metido su mano en el bolso trasero de sus vaqueros. No podía decir que no disfrutaba del contacto, le hacía sentir normal y enamorado, como si fuera un adolescente normal esta vez.

—Tu optimismo me da ganas de vomitar —aportó Damien haciendo un gesto bastante grosero—. Creo que voy a subir a darme una ducha y prepararme para el número de esta noche. Ahora que no está Kat deberías ir pensando en buscar a alguien que la sustituya.

Rod gruñó y pasó por el lado de Damien, en su paso hacia la zona de viviendas dándole un pequeño y certero golpe en el hombro.

—No necesitamos a nadie más, no podemos permitirnoslo. —Su mal humor había vuelto y también el dolor que trataba de enmascarar en su voz.

Brenda hizo el amago de acercarse, pero se lo impidió. No era una buena idea, no en este momento.

Roderick necesitaba espacio y tiempo, así que iba a encargarse personalmente de que los tenía. Esta vez era él quien necesitaba ayuda.

—El club está remontando —lo contradijo Damien.

—No vamos a sustituir a Kat —cerró el tema con contundencia. No estaban preparados para hacerlo.

—No creo que pueda asumir su trabajo, además del mío —les advirtió Damien—. Estoy muy bueno y soy muy resistente, pero sigo siendo humano, al fin y al cabo.

—Y también tienes mucho ego —respondió Brenda con lo que parecía tono de pullita sin ningún tipo de miedo.

—¿Alguna sugerencia, Bren? —inquirió Gabe. No paraba de mirar a de uno a otro como si estuvieran jugando un partido de tenis a tres.

—Creo que tenéis un par de activos con los que podéis contar hasta que os reorganicéis. Activos que pueden proporcionar mucho éxito a este lugar.

Roderick la miró con intensidad, negó y salió de allí, por si acaso tenía que ver con él, supuso Gabe. No estaba listo para resurgir de las cenizas que el huracán Kat había dejado tras su paso.

—Ilústranos, oh gran Viuda Negra —dijo Damien.

Brenda sonrió, como si supiera algo que ellos no sabían.

—¿Sabes, Narcisito? Creo que voy a adoptar tu nombre, va a quedar de miedo cuando haga los carteles para mi nuevo show.

—¿De qué estás...? —empezó Gabe.

—¿Narcisito? ¿En serio? Podrías ser más original, ¿no te parece?

—Te amas tanto a ti mismo que es el nombre que mejor te queda.

—Suficiente, vosotros dos. —Brenda lo estaba sorprendiendo, no porque estuviera actuando de forma extraña, sino por todo lo contrario, estaba siendo

la mujer que conocía, saliendo de ese caparazón en el que había estado oculta. Por fin estaba curándose, lo que lo llenó de alegría y esperanza. No le molestaba que antagonizara con Damien, de hecho, le agradaba. No quería a otra mujer pendiente del nuevo amo de la mazmorra y menos a su mujer. Lo que más le preocupaba, en cambio, era eso de nuevo show—. Brenda, arco iris mío, ¿de qué cojones estás hablando?

—De que tienes algo muy valioso aquí —se señaló a sí misma—. Me has visto y has visto esa sala los viernes por la noche. Volveré a bailar, atraeré público y seguiremos remontando el club, pero con una variante muy especial.

—¿Qué variante? —preguntaron los dos hombres casi simultáneamente.

—Tú —añadió tocándole el pecho con una mano—. Tú y yo, la Viuda Negra y su nuevo amante, juntos en un espectáculo sin precedentes.

Podía decir que sí se había quedado completamente sin palabras. ¿De qué estaba hablando? No tenían tiempo para eso y no planeaba permitir que volviera a convertirse en objetivo del loco, que podría ser cualquiera y podría acudir sin que se dieran cuenta.

Damien estalló en carcajadas y lo fulminó con la mirada. ¿De qué coño se reía?

—Oh, tío. La dama quiere convertirte en un pretendiente baboso y sumiso. ¿No es divertido eso?

—Yo no he dicho... —Brenda negó—. Tienes una mente muy retorcida. Nada de sumiso ni de pretendiente baboso, idiota —parecía a punto de acercarse a Damien para pegarle un puñetazo—. Sino el héroe que llega a salvar a su chica, el auténtico héroe salvaje y sexy, que la protege de todos los males del mundo. Algo que va a joderle mucho a ese matón de mierda, que se cree algún tipo de superhéroe, juez, jurado y verdugo.

—Eso solo conseguirá que te maten más rápido —espetó Damien con el ceño fruncido, pero lo conocía lo suficiente como para notar el interés tras sus

palabras, algo que no estaba dispuesto a permitir.

—Eso no va a pasar —acotó.

—Te quiero, Gabriel. Lo sabes y me encanta cuando tomas el mando, literalmente. Eres el jefe en lo que al sexo se refiere, pero esto no forma parte de tu área de dominación, se trata de mi vida y estás muy equivocado si piensas que voy a permitir que alguien me diga cómo tengo que vivirla.

Sabía que su intención era la de reafirmarse en este nuevo punto en el que se estaba asentado y no podía estar más feliz por el hecho de que estuviera recuperando su fortaleza, pero ¿acaso no podría esperar a que el peligro pasara?

—No voy a decirte cómo vivir, Bren, pero sigo al mando de este club y no voy a arriesgar la integridad de ninguno de mis empleados solo para ganar un poco de dinero extra. Me niego en rotundo.

Brenda lo miró y esos ojos le suplicaban en silencio que aceptara su oferta, pero ¿cómo podría seguir adelante si le daba vía libre y eso acababa malhiriéndola? Si sufría, sería solo culpa suya por haber permitido que participara en algo tan evidentemente peligroso, en la situación actual.

—¿Puedes confiar en mí? Saldremos armados, no nos quitaremos demasiada ropa, será un poco de «vamos a poner cachondo al personal y a deleitarlos con nuestra magnífica química». Vamos, Gabe, al menos escucha mi idea completa antes de descartarla.

Ahora estaba utilizando su tono, ese que reservaba para sus negocios. Brenda era un alma creativa y era muy buena en ese trabajo, además de un hueso duro de roer, no iba a echarse atrás sin luchar.

—Nos reuniremos con Rod y escucharemos tu propuesta, detalle a detalle, pero tienes que aceptar la decisión que tomemos, aunque no te guste el resultado.

—Te propongo algo, Gabe. De empleada a jefe, dame una oportunidad de

demostrarte lo que tú y yo podemos hacer juntos, en el ámbito laboral, y después decide. ¿Por qué no? No tienes nada que perder. Lo probaremos sin público primero.

—¿Y cuál es la segunda propuesta? —inquirió Damien, interrumpiéndolos. Los dos lo miraron como si estuvieran a punto de ladrarle, algo que le resultó muy divertido, al muy cabrón.

—¿De qué coño hablas? —inquirió Gabe ceñudo.

—De lo que tu chica dijo antes. Tenemos varios activos que traerán pasta extra al club. Se considera el primero, ¿cuál es el segundo?

Brenda sonrió con satisfacción, al tiempo que asentía, provocándole casi un ataque cardíaco. Las ideas de Bren solían ser espectaculares, pero se preguntaba si no iba a ocasionarle más de un dolor de cabeza.

—Tengo una idea magnífica —espetó señalando a Stephen—. Si la Viuda Negra tendría éxito, ¿qué me decís de *Le Chat Noir*? Eso sería espectacular y así, en francés, para darle el morbillo típico del *Moulin Rouge* y toda esa historia. —Miró a Gabe—. No me va el sexo en grupo, como sabes. No soy una aficionada a los espectáculos del club y aún así no podía apartar los ojos de ese chaval y sus amigas. Fue increíble, Gabe, increíble. Podrías darle su propio show, sustituirlo por el de Kat. Te harás de oro. Y si me preguntas, lo restringiría: solo público femenino. Sería tu gallina de los huevos de oro, garantizado.

Gabe no podía cerrar la boca, probablemente tendría aspecto de idiota, pero mirar a Stephen, a su chica y de vuelta a Stephen y valorar la aportación de Brenda como algo real, lo ponía de un humor extraño.

No sabía si aplaudir porque, joder, en el fondo era una idea cojonuda. O, si por el contrario, liarse a hostias con el chico, porque ¿cómo mierda se atrevía a resultarle tan motivador y excitante a su mujer? ¡Eso era un pecado! No en su club. No iba a permitir que la mujer con la que quería pasar el resto

de su vida fantaseara con un chaval que apenas acababa de empezar a afeitarse.

Frunció el ceño a Brenda, algo que no había hecho en meses y resopló.

—A mí no me parece que pueda gustar tanto a las mujeres.

—Estás celoso —canturreó Damien divertido, pasando un brazo por encima de los hombros de Brenda y besándola en la boca antes de que pudiera apartarse—. Te amo, deberías casarte conmigo, adoro cómo funciona tu cerebro, Viuda Negra.

Gabe empezó a ver todo negro, iba a matar a ese tío.

—Apártate de ella, antes de que te arranque la cabeza.

Brenda se quedó muy quieta, pero no tuvo un ataque de pánico, quizá sí algún que otro temblor y se pegó más aún a él, aferrándose con tanta fuerza a su cadera, que pudo ver cómo se le ponían los nudillos blancos y presentir las marcas que le iba a dejar en la piel.

—Joder, lo siento. No pretendía... Perdona, Viuda. No pretendía.

—Y deja de llamarla Viuda, no es su nombre. Se llama Brenda. B-R-E-N-D-A. ¿Lo entiendes o vuelvo a deletreártelo?

—No pasa nada, estoy bien —dijo con apenas un hilo de voz, después observó a Damien—. No voy a casarme contigo, amo a Gabe —explicó— y no es un amor intercambiable.

Una sonrisa se dibujó en su propio rostro y estaba llena de satisfacción y relax. Le gustaba escuchárselo decir, aunque todavía no le hubiera abierto su corazón en la intimidad, aunque no hubiera dicho un montón de palabras cursis prometiéndole su amor eterno.

La manera en que actuaba y cómo iba abriéndose al mundo y a él, le bastaban para saber que estaban siguiendo la senda correcta.

—Me alegra escucharlo y estoy seguro de que Gabriel también se alegra.

—Miró entonces a Stephen y lo llamó para que se acercara. El chaval no tardó

en hacerlo, Gabe no estaba muy seguro de que fuera una buena opción, pero si de sustituir a Kat se trataba, podría ser una buena opción. Un poco diferente... pero una opción al fin y al cabo.

—¿Qué pasa, Amo Damien?

—Fuera de la mazmorra puedes llamarme Damien, si quieres —explicó el otro hombre con una sonrisa de satisfacción—. Brenda nos ha hecho darnos cuenta de que eres un activo magnífico para este club. No sé qué pensarán los dueños del Pleasure's, pero antes de que te lo pregunten oficialmente: ¿estarías dispuesto a tener tu propio show, haciendo lo que tan bien has aprendido hacer y disfrutaste en la mazmorra hace un par de noches?

Si hubiese sido capaz de notar algún otro color en el tono oscuro de su piel, probablemente habría detectado un furioso sonrojo. Las señales estaban allí, listas para que un observador avanzado fuera capaz de localizarlas. Mirada baja, dilatación de los agujeros de la nariz, dientes apresando el labio inferior...

—¿En serio?

Gabe finalmente claudicó. Era una buena opción, después de todo. ¿Por qué no hacer una prueba única y si salía bien mantenerlo? No perdían nada por intentarlo.

—Mejoraría tu sueldo, por supuesto, pero no estás obligado a aceptarlo. Tenemos una vacante en el club y aunque obviamente no podrás ocupar el puesto que Kat ha dejado, podrías encontrar tu propio lugar y público, si crees que estás listo para llevarlo a cabo —advirtió, después miró a Damien—. ¿Tus chicas querrán participar en la noche inaugural o no?

—Mis tres gatas harán exactamente lo que yo les pida, para eso obtienen un buen descuento en sus membresías del Pleasure's y el acceso a las habitaciones temáticas —explicó—. Además, me deben una. Van a entrar en esto.

—Sin olvidar que están locas por Stephen —aportó Brenda—. Solo había que verlas.

—Entonces, ¿qué dices, chaval? ¿Estás dentro? —preguntó Damien.

Aceptó tan deprisa que estuvo a punto de desencajarse el cuello, eso pensó Gabe, en cuanto vio su más que evidente entusiasmo. Sin embargo, también echó un vistazo a Mallory que seguía a lo suyo, estaba más que claro que se preocupaba por su amiga. Quizá estaba pensando en lo que pensaría de él, si se daba cuenta de que se estaba convirtiendo en una especie de gato sumiso. Solo era actuación, pero había gente que no podría entenderlo.

—Si te preocupa la reacción de Mallory, quizá podrías hablarlo con ella antes de aceptar.

—No me preocupa su reacción. Sabe lo que he estado haciendo, sabe lo que me apetece seguir haciendo y no me juzga, es mi mejor amiga, más que eso, es todo lo que tengo en la vida. Jamás haré nada que la hiera —había pronunciado más palabras en un momento que en todo el tiempo que habían coincidido en el pasado. Que no era mucho.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Su seguridad —aclaró—. Me preocupa que alguien pueda hacerle daño mientras estoy ocupado. No podría llevarla conmigo, como ahora.

—No te preocupes por su seguridad —lo tranquilizó—. Rod y ella han hecho buenas migas y no le importará cuidarla. Va a tomarse un tiempo de descanso de sus números. Mallory va a estar a salvo con él.

Stephen asintió.

—Entonces, podéis contar conmigo.

Brenda lo soltó para abrazarlo, consiguiendo que le picaran los celos, algo inaudito en él. ¿Por qué no gritaba con este contacto? ¿Qué tenía el chico que la tranquilizaba? ¿Por qué el interés en que le diera este puesto? No es que tuviera miedo de que fuera a engañarlo con él, pero ¿realmente le gustaba

tanto?

—Vas a hacerlo muy bien —lo animó.

El chaval pareció tímido ante sus ánimos, pero asintió. Damien parecía bastante satisfecho consigo mismo.

—Parece que estoy remontando tu club sin despeinarme, Gabe. Eso para que veas que soy un buen extra para tu negocio y para tu futuro. Va a llegar el momento en que me ames, solo por haber venido hasta aquí.

Gabe refunfuñó y recuperó a Brenda. La abrazó con delicadeza, pero firme, no la quería lejos de él.

—Voy a tener que pensar muy detenidamente en todo esto.

—¿No te parecen excelentes mis ideas?

—Vamos a dar un pequeño paso cada vez, ¿vale? Todavía queda mucho trabajo que hacer para poder hacer efectiva tu oferta, Bren. ¿Dónde va a actuar Stephen?

—¿Acaso alguien tiene alguna duda? —inquirió Damien mirándolo con diversión—. Su lugar está en la mazmorra.

—¿Sin ti? ¿Vas a permitir a otra persona pisar y dirigir allí sin ti?

Su viejo amigo se rio y negó.

—¿Y quién te dice que yo no vaya a estar allí? No van a coincidir nuestros números, por lo que yo puedo pasar mi tiempo libre cómo y dónde quiera. No voy a dejar a mi pobre mascota libre para que yerre el rumbo después de lo mucho que me está costando adiestrarlo, ¿no crees?

Gabe suspiró, sabía que esto iba a traerles más dolores de cabeza, pero todo fuera por el negocio y por Brenda.

Quería demostrarle que la escuchaba, que su voz era importante para él y que siempre tendría en cuenta sus propuestas.

Aún así siempre iba a jorobarle que hubiera sido Damien quien hubiese descubierto el potencial en el chico y Brenda quien hubiera tenido que

señalárselo.

Estaba muy distraído últimamente y eso iba a tener que cambiar. Había muchas decisiones que tomar, muchas cosas que valorar antes de hacer la siguiente importante elección.

Y sobre todo tenía que llamar a Daniel para pedirle ayuda. Había algo ajeno al club que necesitaba su atención, algo en lo que no podía confiar en nadie más, quería sorprender a Brenda y darle algo bueno en lo que concentrarse.

Quizá así conseguiría sacar esa idea de la Viuda Negra y el Héroe salvador de su cabeza.

Al menos, eso esperaba; porque no podía imaginarse cómo seguiría adelante sin ella, si algo le pasaba.

CAPÍTULO 35

La llamada llegó en medio de la noche, eran las cinco de la mañana y apenas había cerrado los ojos hacía media hora. Había estado retozando en la cama con un par de mujeres que estaban celebrando una despedida de soltera. A una de ellas la conocía muy bien, porque era clienta habitual; la otra había probado por primera vez sus activos y estaba más que seguro de que volvería a pecar. Era completamente adictivo.

Descolgó su *Smartphone* y esperó, en silencio, a que quienquiera que llamara dijera algo, no supo qué decir. Tenía ese mal presentimiento que le advertía que cerrara los ojos y se alejara de esta realidad, para volver a ese momento de perfección absoluta en el que se había estado refugiando hacía apenas una hora.

—Damien —pronunció la oscura voz de su hermano al otro lado de la línea—. ¿Estás despierto?

—No lo suficiente como para recibir malas noticias —advirtió.

—Es mejor que hablemos en persona. ¿Puedes bajar? Estoy aparcado delante del *Pleasure's*.

Quería gritarle de malas maneras que dijera lo que tuviera que decir y lo dejara dormir, pero era consciente de que su hermano no habría ido hasta allí, si no se tratara de un asunto muy serio.

—Dame cinco minutos, Cam —pidió al instante en que cortaba la llamada.

Quería hablar con Gabe y avisarlo de que iba a salir, pero probablemente estaría bastante ocupado y lo que menos le apetecía era pasar el rato con él a esta tempestiva hora.

Se vistió tan rápido como pudo. Se enfundó unos vaqueros y las botas sin atar. Una camiseta arrugada cubrió su torso, al tiempo que cogía un abrigo, sus

llaves, la cartera y el móvil.

Bajó sin mirar o encender la luz, conocía aquel tramo muy bien, después del tiempo que llevaba allí y esperaba seguir conociéndolo durante mucho más tiempo.

En cuanto abrió el acceso al exterior empezó a parpadear la alarma, maldijo, tecleó el código y esperó no haber despertado a nadie. Vio a su hermano a apenas media docena de pasos y en poco más de un par de minutos estuvo sentado junto a él, en el asiento del copiloto.

Esperó a que rompiera el silencio, tan paciente como podía mostrarse, sabiendo que había malas noticias.

Cam nunca se andaba por las ramas y no perdía el tiempo preparando el terreno, así que se limitó a decir:

—No consigo encontrar a Warren.

—¿Cómo es posible que...? —Cortó su pregunta, pues más parecía una recriminación. Como si lo culpaba por no estar lo suficientemente pendiente, cuando no era su responsabilidad hacerlo. Esa tarea correspondía a un padre, de hecho, no a un tío—. Perdona —se disculpó, intentando serenarse. No podía haberle sucedido nada malo, quizá había asistido con sus amigos a alguna fiesta—. ¿Podría ser que estuviera por ahí dando una vuelta con sus colegas o con su novia y se le haya echado el tiempo encima?

Cam no lo acusó por su irresponsabilidad o mencionó su intención de reproche, tampoco le dio un sermón o esgrimió en su contra un puñado de advertencias, se limitó a pronunciar sobriamente, clavando un afilado puñal profundo en su corazón, sin intención de herirlo:

—Siempre nos llama cuando va a retrasarse, incluso cuando está con Julie. Sabe que Marti se preocupa.

—¿La conoces? ¿A Julie? —Eso le dolía. Acababa de enterarse de su existencia y Cameron parecía estar al tanto de todo.

—Ahora no necesitas preocuparte por eso —le recordó, volviendo al tema importante—. A medianoche dejé a un amigo vigilando a Marti y Amber y empecé a buscarlo. He llamado a su móvil y a sus amigos —explicó—. No he obtenido respuesta de ninguno de ellos, hasta hace unos quince minutos, cuando la policía me ha llamado desde el número de tu hijo. No me han dado explicaciones, solo me han pedido que me acerque a la comisaría, así que he venido a buscarte. Tenemos que hacer esto juntos.

—¿La policía? ¿De qué cojones hablas, Cam? ¿Han arrestado a mi hijo?

—No lo sé, no he hablado con él —le recordó— y tampoco me han dado detalle alguno. Solo me han pedido que vaya y me han dicho que habrá alguien esperándonos.

Todo el aire escapó de sus pulmones. Su corazón se aceleró como nunca antes, todo su mundo estaba patas arriba. Si le había sucedido algo a Warren... no estaba seguro de que fuera capaz de seguir viviendo.

Era todo lo que tenía, todo lo que le quedaba de Piper, la última luz a la que se aferraba para tener esperanza.

—¿Crees que...? —empezó, pero fue incapaz de concluir la pregunta. Sus cuerdas vocales se anudaron impidiéndole producir algún sonido.

—No saques conclusiones precipitadas, aún no sabemos qué ha pasado.

—Hay un loco ahí fuera haciendo daño a personas inocentes...

Cameron rio, aunque no había en su voz humor alguno.

—¿Personas inocentes? ¿En serio alguien se traga eso?

Su tono lo sorprendió, ese hombre creía en la justicia y en la disciplina que imponía la norma. ¡Era un jodido militar!

—Ahora no te sigo.

—He estado investigando un poco por mi cuenta, eso es todo.

—¿Has descubierto algo?

Cameron no hizo amago alguno de continuar con la conversación o

responder a su pregunta, al menos durante un tiempo que le pareció eterno, finalmente explotó con mal humor:

—Ese malnacido se cree algún tipo de héroe. Está completamente trastornado —decretó—. Conozco un caso muy parecido. Uno de mis hombres después de algunas experiencias difíciles, volvió a casa con lo que los médicos denominan «estrés postraumático» y degeneró en algo muy perjudicial para él. Empezó a creer que era algún tipo de superman. No lo asustaba nada sino todo lo contrario, ausencia total del miedo. Se creía invencible, capaz de cambiar las cosas, de repartir justicia...

—¿Qué le pasó?

—Acabó muerto en un trágico accidente, cuando trató de frenar un tren descarrilado de mercancías. —Intentaba imponer frialdad en su voz, pero Damien lo conocía lo suficientemente bien como para identificar el dolor y la culpabilidad.

—No fue tu culpa.

—Debería haber hecho algo más para ayudarlo —concluyó, después sacudió la cabeza—. Con esto no pretendo decir que este hombre en particular sea un soldado, solo que sus acciones me recuerdan mucho a mi chaval.

—¿Entonces quién crees que es?

—Me gustaría poder darte un nombre, barajo unos cuantos, pero la lista sigue siendo demasiado extensa como para asegurar con certeza que tengo al tipo. No obstante, si tuviera que apostar, te diría que es alguien bien acomodado, que ha sufrido mucho, quizá alguna injusticia y que está tratando de resarcirse «ayudando» a otros, según su retorcida manera de ver el mundo.

—¿Qué pasa con las víctimas? ¿No merecen ser salvados?

—No eran buenas personas. Asesinos, estafadores, violadores... Tienen un historial delictivo que hace que se me encoja el estómago.

—¿Y qué pasa conmigo? No he matado, estafado o violado a nadie. ¿Por

qué sigo recibiendo amenazas?

Cameron no dijo nada, pero un músculo palpitaba en su mandíbula. No sabía si por la furia o porque trataba de ocultar algo.

—¿Cam?

—Puede que sufriera algún tipo de abuso sexual y te identifique con su agresor, no lo sé, Damien. Hace mucho tiempo que dejé de utilizar mi título en psiquiatría.

—¿Crees que Warren...?

—No creo que Warren sea un objetivo, Damien. Si lo fuera, ya lo sabríamos. Tu asesino te lo habría contado, se habría regodeado haciéndote daño a través de él, pero sospecho que no le va eso de castigar al hijo por los pecados del padre. Llámalo corazonada, si quieres.

—¿Por qué crees eso?

—No sé quién es, pero empiezo a conocer cómo funciona su mente.

Aparcó frente a la comisaría, apagó el motor y lo sostuvo con firmeza por la muñeca, impidiéndole salir del coche por el momento.

—Necesito que te lo tomes con calma. No sé qué nos espera ahí dentro, pero sea lo que sea no puedes perder los nervios. Si el chico ha hecho algo... —empezó—. Seguro que tenía un buen motivo para hacerlo. Recuerda que has sido tú quien lo ha educado.

No era cierto, no del todo. Lo había enviado lejos durante una temporada hasta que fue capaz de volver a mirarlo a la cara y cuando regresó, apenas conocía al adolescente que había estado más que furioso con él.

—¿Acaso crees que le voy a gritar? Joder, Cam. Solo quiero asegurarme de que está bien, abrazarlo. Estoy acojonado. No tengo tan claro como tú que no tengamos que temer lo peor, ese malnacido...

—El chico vive, confía en mí. Lo sabría si estuviera muerto.

Ese super-ego logró tranquilizarlo en contra de su voluntad. Tan firme y

duro como una roca, siempre podía acudir a él, apoyarse en su hermano cuando todo lo demás fallaba. Entraron en el feo edificio. Él, con temor; Cameron, con decisión. Se dirigieron hacia el mostrador en el que una policía con uniforme que parecía acabar de salir de la academia, hacía las veces de recepcionista. Tenía la nariz y los ojos muy rojos, como si hubiera estado llorando.

Damien sintió la necesidad de apartar la mirada. No le apetecía lidiar con emociones ajenas.

—¿Vienen para la identificación del cadáver, verdad?

El alma abandonó su cuerpo en ese momento, buscó a Cam, pero no lo estaba mirando. Hablaba con ella, como si él no estuviera allí y lo agradeció, porque era incapaz de entender ni una sola palabra de la conversación que estaban teniendo.

—Lo haré yo —le dijo Cam entonces, sacándolo de su pesadilla incoherente.

—¿Qué harás? —inquirió aturdido.

—Asegurarme de que están equivocados. El chico no está muerto y puedo garantizártelo, me lo dicen las entrañas.

Quería llorar, quería tirarse al suelo y dejarse llevar por la desesperación. Si Warren estaba muerto, esperaba que el asesino llegara hasta él porque lo mataría y después acabaría con su miserable vida. Sin su hijo, no tenía nada por lo que luchar.

—Quiero entrar.

Cameron lo miró, puede que fuera «esa mirada» que no admitía réplica entre sus subordinados, pero no planeaba recular. Iba a entrar en esa sala e iba a asegurarse por sí mismo de que la habían pifiado con la identificación preliminar.

—Voy a ir, te pongas como te pongas —aseguró dando un paso al frente y

tomando la iniciativa.

Su hermano no dijo nada, asintió secamente y se puso a la par. No era un tipo que pudiera ser dejado atrás.

El pasillo por el que los llevaron desembocaba en una escalera, el ascensor tenía un cartel «fuera de servicio», con lo que no le quedaba más remedio que bajar los escalones y concentrarse en poner un pie detrás del otro, para evitar rodar como una pelota sin voluntad.

Así se sentía, como si hubiera perdido repentinamente todas las ganas de vivir.

Sus pies parecían pesar una tonelada cada uno, mientras seguía la comitiva hasta la esterilizada puerta metálica que daba paso al depósito.

Se sintió flaquear, pero se recordó que era el amo Damien, líder indiscutible, salvaje amante y experto maestro aleccionador y sacó fuerzas de algún lugar indescriptible, que no sabía dónde se ocultaba.

Cameron intentó bloquearle la vista cuando expusieron el cuerpo, pero dio un paso a un lado para mirarlo.

Y por un par de minutos vio a Warren allí. Su cazadora, su pelo, la marca favorita de botas que solía llevar. Lo vio todo, a pesar de que lo único que cubría el cuerpo del chico era una tosca sábana blanca.

Un gemido desgarrador abandonó su pecho y consiguió que todos los miraran.

—Gracias a Dios —murmuró con alivio cuando pudo enfocar su vista y descubrió que el chaval que miraban podía tener una edad parecida a su hijo e incluso un corte de pelo similar, pero sin duda no era Warren.

Fue entonces cuando se percató de lo que había dicho y lo insensible que había sonado. Aquel chico era hijo de alguien y él acababa de alegrarse por su muerte.

—Yo...

—No se preocupe, señor MacPherson, lo entendemos perfectamente —aseguró el forense—. No es Warren MacPherson, a pesar de que llevaba su cartera, su móvil y su violín.

—¿Qué? —inquirió perdido. ¿Cómo era eso posible?

—Todavía no le hemos practicado la autopsia, estamos colapsados últimamente, pero es evidente que la muerte ha sido violenta...

No escuchó nada más. Si el desconocido tenía el móvil y las pertenencias de su hijo, ¿dónde estaba Warren?

—¿Dónde está mi hijo? —le preguntó al hombre que lo miró con confusión.

—¿Puede decirme dónde encontraron el cadáver? —inquirió Cameron con inusitada calma.

—Aproximadamente a unos ochocientos metros del conservatorio —explicó consultando el informe—. Llevaba las pertenencias de Warren MacPherson encima, incluida su identificación.

—Este no es Warren MacPherson —señaló obviamente molesto Cameron—. ¿Alguien sabe por qué llevaba encima sus objetos personales?

—Como le he dicho, estamos saturados y no...

No necesitó ninguna de sus medallas duramente ganadas, ni tampoco su uniforme para infundir respeto en el hombre que se erguía frente a él. De pronto, el tipo parecía haberse hecho más pequeño y rebuscaba una y otra vez en el escueto informe.

—No lo sé, no puedo darles más datos. Tendrán que preguntarle al jefe cuando se incorpore por la mañana.

Damien tuvo que agarrar con firmeza a su hermano y contenerlo, porque parecía más que dispuesto a golpear al pobre hombre, que no tenía la culpa de que le hubieran perdido la pista a Warren.

—Volveremos a buscar, no te preocupes. Llamaremos a Daniel, el

hermano de Gabriel, trabaja aquí, va a echarnos una mano.

Cameron lo miró.

—¿Por qué no hablas con tu contacto de Prometheus, de una vez por todas?

—Porque no está destinado aquí, se largó hace tiempo y porque no le interesa nada que tenga que ver conmigo. ¿Suficiente motivo para ti?

—Si solo llamaras...

Negó, no iba a volver a caminar por esa senda. No podía ni deseaba hacerlo.

—¿Por dónde empezarías a buscar? —Un padre teniendo que hacer esa pregunta al tío, otra señal de su incompetencia para desempeñar semejante papel. Había hecho bien cuando decidió que había llegado el momento de hacerse la vasectomía, una de las mejores decisiones de su vida.

—Llamaría a Julie —confesó Cam—. Otra vez.

—¿La chica que le gusta?

—Es más que eso. Warren hará cualquier cosa por ella, incluso abandonar su preciado violín y ese móvil de última generación que le regalaste por Navidad. Es lo único que se me ocurre, además de todos los lugares que suele frecuentar y que ya he revisado esta noche.

—Julie. No contesta el teléfono, ¿sabes dónde vive?

—Puedo averiguarlo, llamaré a Marti —dijo, pero no lo dejó atrás. Lo llevó hasta la máquina de café, le sacó uno bien cargado y le indicó con un escueto gesto que se sentara y se enchufara aquello en vena, mientras se ocupaba de encontrar el camino para seguir con su búsqueda.

De nuevo pensó en la suerte que había tenido de tener un hermano como él.

—¿Papá? —Escuchó entonces Damien y se levantó en ese instante—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—No, ¿qué estás haciendo tú aquí? —Abrazó a Warren con tanta fuerza que tiró el café al suelo, no le importó que le quemara parte de la mano y salpicara por todas partes—. Tu tío lleva buscándote toda la noche, nos tenías angustiadísimos.

Cam colgó después de tranquilizar a Marti, pudo escuchar cómo le explicaba rápidamente que había aparecido y que le contaría los detalles cuando él mismo los descubriera.

Probablemente, tendría ganas de darle una buena tunda por el susto que les había dado, pero él no lograba evitar desear achucharlo y no volver a soltarlo nunca más.

Quería una explicación, pero necesitaba más aferrarse a él con fuerza.

—¿Dónde te habías metido, chico? —espetó Cam directamente, estaba enfadado y los dos se percataron de ello.

Warren abandonó su fiero abrazo un poco azorado y bajó la mirada al suelo.

—Debería haber llamado, lo sé. Lo que pasa es que salí tan rápido cuando me llamó Julie que dejé todo atrás, hasta mi cartera. Ha sido una noche muy larga.

—¿Por qué te llamó? —le preguntó Damien, sin entender cómo una persona podía olvidar todo lo que se suponía que debía llevar encima, tan solo por una llamada de teléfono.

—Es una larga historia.

Cameron lo agarró por los hombros y lo sentó bruscamente en una silla; Damien se encogió, su hermano no era precisamente sutil.

—Tenemos tiempo, esta noche ya no vamos a dormir, así que desembucha.

—Fácil. Julie quedó para estudiar con una amiga, Kiara, que está un poco perdida en la vida, la verdad. Le advertí que no se mezclara con ella, pero tiene ese corazón enorme y como acaba de llegar a su instituto y no tiene

amigos, le ofreció su ayuda para ponerse al día con las distintas materias — explicó.

—Al grano, muchacho —exigió Cameron.

—Al grano, sí. Cuando Julie llegó, había más gente en casa de Kiara, mucha más gente. Sus padres no están, así que preparó una fiesta —se encogió de hombros—. Hasta ahí puede considerarse normal, entonces Julie empezó a sentirse mal, mareada y me pidió por favor que fuera a buscarla, porque quería salir de allí.

Damien miró a su hijo y trató de mantener el tipo, no le gustaba el ritmo que estaba tomando su historia.

—¿Una fiesta de adolescentes y mareo? —preguntó mirando a Cam. Su hermano asintió, su gesto oscuro, ambos estaban pensando exactamente lo mismo.

—Podéis decirlo en voz alta, pensé igual. Sabía que la habían drogado y que planeaban hacerle algo. Violarla, probablemente. Cogí mi coche y salí a toda velocidad, pensaba que había llegado en tiempo record, puede que me llegue alguna multa por saltarme semáforos y exceso de velocidad, pero en ese momento, no me importó —se encogió de hombros—. Julie era más importante.

—¿Cuánto tardaste exactamente en atravesar la ciudad? —preguntó Cam ceñudo.

—Eso no importa.

—¿Cuánto?

—Unos veinte minutos. —Sí había tenido que correr para hacer semejante tiempo.

—¡Pero no atropellé a nadie! Lo juro.

—¿Qué pasó cuando llegaste? —preguntó Damien entonces.

—No encontraba a Julie por ninguna parte. Había un montón de gente,

chicas medio desnudas y tipos borrachos, hasta que Kiara llegó llorando, parecía haber bebido también, pero mantenía bastante control —Warren se tomó un momento para continuar, parecía enfadado—. Confesó que había querido gastarle una pequeña broma, para que no fuera tan estirada, así que invitó a unos amigos y le echó la droga en el vaso. Pretendía hacerle unas fotos y repartirlas por ahí. Diría que no era la santa que todos pensaban, que era tan salvaje como ella y que juntas formaban un equipo especial.

—Algo salió mal, ¿verdad?

Warren los miró con angustia.

—Varias cosas salieron mal, la verdad. No estaba allí —advirtió—, lo que cuento es lo que vi cuando llegué y lo que me han contado.

—¿Has hablado con la policía?

Warren asintió compungido.

—Lo he hecho.

—¿Dónde están las chicas? —demandó Cameron.

—Kiara se quedó en su casa, después de que la policía me ayudara a echar a la gente, esperando la vuelta de sus padres con un agente. Julie está en el hospital, la dosis fue más fuerte de lo previsto y no reaccionaba cuando la encontré —apretó los dientes—. Los amigos de Kiara se pasaron de la raya, estaba prácticamente desnuda cuando yo llegué.

Damien escuchaba a su hijo, la furia, la impotencia se mezclaban en su voz. Observó sus manos magulladas y después prestó más atención a su rostro. Se había metido en una pelea, era más que evidente.

—¿La violaron?

Warren negó.

—No. No llegaron tan lejos, pero esas fotos van a avergonzarla si se publican. He intentado conseguirlas, pero esos cabrones me denunciaron por agresión y la policía nos detuvo a todos.

—¿Y ahora?

—Me han soltado hace tres minutos, al parecer han encontrado mi documentación y han visto que soy un ciudadano ejemplar. Les dije que dejé todas mis cosas en la biblioteca del conservatorio y que salí pitando. —Se encogió de hombros—. Daniel Grier está arreglándolo todo, no quería despertaros, así que lo llamé en cuanto me dejaron hacerlo.

—¿Llamaste a Daniel? —Cam parecía ofendido. Damien quiso sonreír, pero no lo hizo.

Aquello era algún tipo de traición.

—Claro, trabaja aquí. No quería quedarme atrapado hasta que alguien pagara una fianza y ha conseguido que me dejen libre sin cargos. ¡Hasta me han devuelto la cartera! Esa chica tan guapa de la recepción, que no para de llorar.

—Warren —Daniel apareció entonces y miró con sorpresa a los hermanos—. ¿Cómo habéis llegado tan rápido?

—Ya estábamos aquí —explicó Damien.

—Llevo toda la noche buscando al mocos, muerto de preocupación —espetó Cam—. ¿No se te ocurrió llamar?

Daniel se frotó la cara con cansancio.

—¿Crees que un hombre con los problemas que tengo yo tiene tiempo para ponerse a pensar en cotilleos? Vine a toda prisa para sacarlo de este lío y encima me llevo una bronca —se quejó, era más que evidente que estaba agotado y quizá hacía un par de días que no se afeitaba. Tenía los ojos muy rojos y estaba completamente despeinado—. Se supone que estoy de vacaciones.

—Estás de vacaciones.

—Debería haberme largado a Hawai, a vivir la vida con mi mujer y, en cambio, estoy aquí sacándole a vuestro cachorro las castañas del fuego. ¿Qué

tipo de justicia divina hay en eso?

—Y yo te lo agradezco —aportó Damien con sinceridad—. Hemos pasado un mal rato pensando que el chico de la morgue era Warren —reconoció—. Ha sido el peor trago de mi vida.

—¿Qué chico de la morgue, papá? —preguntó con curiosidad.

—Uno que sospechosamente llevaba encima todas tus cosas —acotó Cameron escrutando el juvenil rostro, como si esperara algún tipo de reacción especial.

—¿Quién? ¿Cómo es posible?

—Tendrás que decírnoslo tú —explicó Daniel entonces—. Quieren que le echés un vistazo, a ver si tú lo identificas, llevaba tu cartera y tu carnet, pero nada más.

—No es necesario que haga eso —empezó Damien. Verlo lo había impresionado a él, su hijo era poco más que un niño.

Cameron lo miró y negó, diciéndole que no podía interferir en esto. Pero, ¿acaso los padres no querían proteger a los hijos de todo este tipo de momentos?

—Sí, tiene que hacerlo —contradijo Daniel—. Acompáñame, cuanto antes lo hagas, antes terminaremos y podrás ir a casa, darte una ducha y pasar por el hospital a ver a tu amiga.

Damien observó cómo los dos se perdían por el lugar que acababan de llegar, su hermano lo llevó hasta una silla, lo obligó a sentarse y sacó un par de cafés más.

—Esta vez no ensucies el suelo —advirtió.

Lo tomó odiando la manera en que le temblaban las manos.

—Soy un mal padre, estaba follando mientras mi hijo estaba pasando por este bache, ¿en qué me convierte eso?

Cameron no dijo nada, tan solo se apoyó en el respaldo y tomó un sorbo

de su café.

—A veces pienso que la vida es muy injusta. Me dio dos hijos y a ti ninguno y tú te los mereces mucho más que yo.

—Te equivocas —rechazó su aseveración—. Lo cierto es que te los mereces, porque eres una buena persona y has pasado lo tuyo también. Cada uno tiene que aceptar lo que le ofrece la vida. Además, yo también tengo dos hijos, lo bueno de que no seas un padre modelo es que yo puedo jugar a serlo —bromeó, pero sabía que le dolía no haber conseguido darle a su mujer aquello que más deseaba.

—¿Qué piensa Marti de la adopción? —inquirió sabiendo que eso era algo que tendría que haber hecho hacía mucho tiempo.

—¿A qué te refieres?

—Va siendo hora de que Amber sea vuestra ante la ley, aunque siempre lo ha sido.

Cameron lo miró, mudo por la impresión, algo que no pegaba con su carácter, al parecer había logrado sorprenderlo.

—¿Acaso pensabas que te la entregaría para cuidarla durante sus años difíciles y después te la arrebataría? ¿Qué tipo de monstruo sin sentimientos crees que soy?

—Pero es tu hija, Damien, yo pensaba que...

Damien lo miró con una sonrisa decidida.

—Nunca ha sido mía, hermano, fui un donante de esperma y nada más. Amber es tuya y de Marti y siempre lo será.

—Yo siempre me he asegurado de que ella sea consciente de que tú eres su padre.

—Lo sé, Cam, y eso te honra y habla de lo buen hombre que eres. Mucho mejor que yo.

Cameron sonrió, como si estuviera haciéndose a la idea de que,

finalmente, la pequeña era suya, que le pertenecía. Debería haber dejado claro ese punto mucho antes.

—¿Estás seguro de esto, Damien? —inquirió—. No es algo que se pueda cambiar de un momento para otro. No sería bueno confundir a Amber.

—Amber puede llamarte tío, pero a todos los efectos eres su padre.

—¿Te importaría si le pidiera que...? —La emoción tiñó su voz un instante y no pudo terminar su pregunta.

—No me importa que te llame papá, Cam. Te lo has ganado.

—Voy a llamar a Marti —se apresuró a decir, ya tenía el teléfono pegado a la oreja, ni siquiera pensó en que era de madrugada y podría haberse dormido.

Eran buenas personas, muy buenas personas, y Dios era un loco por no haberle permitido tener hijos biológicos.

Lo observó, le pareció ver lágrimas haciendo brillar sus ojos, luego se dijo que tenía que ser un reflejo de la luz, Cameron era el hombre más duro y recto que había conocido y, a pesar de eso, allí estaba tan contento como si acabara de darle algo, cuando el único que no dejaba de entregarle cosas era él.

Su apoyo incondicional, su tiempo, su cariño... Era su roca, su suelo firme, quien lo ayudaba a mantener los pies pegados al suelo y evitaba que tuviera tentaciones de acabar con su miseria de una vez por todas.

Acarició las cicatrices que conservaba allí a la vista, pero ocultas por las gruesas tiras de cuero.

Gabe había quedado marcado por la traición y había tatuado aquellas horribles líneas con preciosas obras de arte; él, por el contrario, no merecía aquello. Merecía ver la fealdad de su pasado, de su debilidad. Había intentado acabar con su vida. Una vez cerrado Prometheus, había tocado fondo y Cameron lo había encontrado cuando apenas le quedaba una brizna de vida.

Su hermano no era de los que se rendían y no lo había hecho con él. Lo había rescatado y se había empeñado en mantener su vida intacta para él, aunque no lo merecía.

Odiaba su debilidad, odiaba el miedo que a veces lo asaltaba y se daba cuenta de que era un completo idiota, incapaz de disfrutar de aquello que tenía.

Cuando Cam volvió, se percató de cómo tocaba las cicatrices y frunció el ceño.

—Voy a pedirle a Warren que venga a vivir conmigo al club, después de que pillemos al asesino, si te parece bien.

—Deberías haberlo hecho hace tiempo.

—No puedo explicar... —negó—. Amber puede sentirse traicionada y mereceré su odio, pero Warren...

—No es lo mismo. Lo entiendo y Amber tiene un corazón enorme, te quiere tanto que no va a odiarte. Además, seamos sinceros, jamás dejaría atrás a Marti. ¿Quién sería capaz de hacerlo?

Eso se dijo Damien, ¿quién sería capaz de dejar a una mujer que sacrificaba toda su vida para cuidar de las personas que amaba?

CAPÍTULO 36

Había hecho exactamente lo que tenía que hacer. Una vez más, la justicia estaba servida. Tenía que reconocer que se había sentido tentado de matar a Warren MacPherson, pero entonces descubrió que sería tan malo como aquellos que pecaban si lo hacía. La envidia lo asaltaría y no podía convertirse jamás en aquello que pretendía erradicar.

Dylan Carter era perfecto para cumplir con su quinto pecado, antes de la traca final. Podía ver cómo el aire le susurraba que estaba muy cerca de completar su misión.

Cuando lujuria hubiera pagado con su sangre y dolor lo que le debía, podría tomar la decisión final.

Había estado observando el comportamiento de Dylan durante un par de semanas, la manera en que adulaba a Warren, cómo lo imitaba, parecían dos gotas de agua, tan similares y tan diferentes.

Dylan se dedicaba a alabar al otro chico, no porque fuera su amigo, sino porque le tenía envidia y quería ser como él, estaba obsesionado. Había tenido otras obsesiones antes y, por lo que su pequeña investigación demostró, había habido alguna que otra víctima producto de semejante cariño.

Era un criminal y merecía pagar, tal y como lo había hecho.

Volvió a observar las imágenes de las cámaras de seguridad que había robado antes de destruirlas definitivamente. Iba a ser muy difícil que lo identificaran, se estaba encargando de filtrar todo aquello que realmente pudiera implicarlo.

Tan solo quedaría su palabra y un héroe era todo lo que necesitaba.

Se recostó en la silla y volvió a conectarse con la cámara del dormitorio de Brenda. La noche anterior la había visto follando con aquel tipo, aquel

amo de la mazmorra que desataba su más profunda ira.

Quería convertir a Gabriel Grier en su objetivo, asesinarlo, que pagara por lo que había hecho, pero no tenía una excusa para hacerlo, lo que lo fastidió.

Sí, había sido otro de los amos del Prometheus, pero había luchado con tanto ahínco por defender a los débiles...

Cerró los ojos, recordando de primera mano lo que había sucedido allí. Los gritos, los gemidos, las súplicas, la muerte, los abusos...

Volvió a abrirlos y apretó los puños, deseando destrozarse las imágenes y los recuerdos, sobre todos los recuerdos, y ese olor a sexo que se había grabado a fuego en sus fosas nasales y que lo ponía enfermo.

Gabriel Grier era un hombre honesto, después de todo, y merecía vivir.

Pero había otros candidatos ahí fuera, otros que no tendrían tanta suerte y que pagarían su dolor y su sangre con su propia vida.

CAPÍTULO 37

Brenda no podía negar que estaba nerviosa. Después del susto que Damien relató como si se le estuviera partiendo el alma, de cómo pensó que habían asesinado a su hijo y del chico que había muerto, se dijo que no podían permitir que siguieran muriendo personas.

No importaba que fueran criminales, Gabe tenía razón, nadie debía estar fuera de la justicia. Ni siquiera si sus objetivos eran lo más bajo y cruel de la sociedad. Para eso había policías, abogados y jueces. Lo único que podían hacer era mantener protegidos a los suyos, tener un ojo abierto y no dejar nunca solo al vulnerable. No permitir los abusos, ofrecer un entorno seguro a aquellos con los que se relacionaran.

Y eso había descubierto del club, que era un lugar seguro para muchas personas. Un lugar al que acudir para saciar sus deseos, que de otra forma se verían insatisfechos y podrían terminar llevándolos a un lugar en el que les hicieran mucho daño.

No había nadie mejor que Gabe y Rod para mantener el mundo a salvo, eran como ángeles guardianes y así se lo haría saber. Por eso quería seguir adelante con su propuesta, por eso estaba tan nerviosa esperando a que se reunieran con ella para exponer todas sus ideas. Había preparado mucho más que una presentación, llevaba puesto el traje que había ideado y planeaba dejarle muy claro a Gabe que lo necesitaba para seguir adelante y que solo él podía ayudarla en esta transición.

Cuando entraron en la sala de baile y lo miró, supo que era absurdo estar nerviosa. Rod no parecía estar feliz de estar allí, pero los dos tomaron asiento y esperaron a que hablara. Lo primero que hizo fue mostrar su atuendo y dejar claro que esto iba en serio.

Fue entonces cuando la música empezó a sonar y ella empezó a bailar la

coreografía que había preparado para este número en particular, sin dejar de mirar a Gabriel.

—Esta es una nueva yo y esta es mi idea para el nuevo espectáculo.

Sus caderas se movieron al ritmo de la música, la melancolía llenó la sala, todo su cuerpo detallando el dolor y la angustia que sentía por el miedo, la pérdida, la soledad, la intensidad de las emociones encerradas que vivían tan profundamente dentro de ella.

Se giró, bailando con Gabe, sin rozarlo, tan solo permanecían enlazadas sus miradas. Sus caderas se movían sinuosamente, había adaptado una danza árabe, sus pañuelos de seda rozando sus muslos y empezó a quitar uno a uno. Parecía que había sorprendido a su audiencia. Rod estaba presente y la observaba con curiosidad, pero el que realmente estaba cautivado era Gabe. Parecía que estuviera cumpliendo algún tipo de fantasía, sonrió. Se lo iba a meter fácilmente en el bote si seguía por este camino.

—Tú y yo juntos, Gabe. —Hizo un gesto con los dedos, llamándolo y se levantó, como si estuviera completamente fascinado por ella, hipnotizado, caminó hasta su lado y entonces ella amagó un beso que nunca le dio, sonrió, la música fue modificándose, tornándose en algo más esperanzador, más lleno de vida, de promesas de amor—. Un gran número que llame la atención de nuestro... público —casi había dicho asesino, puede que su principal intención fuera la de tenderle una trampa al tipo que estaba interesado en ella, pero no le parecía una mala idea mantener este show, mientras su pareja ideal estuviera a su lado, podrían llevar todo a buen puerto e incluso lograr un éxito—. Una danza, primero una solitaria, triste y melancólica, hasta que llega mi héroe —tiró de Gabe, indicándole cómo moverse, llevándole las manos a sus caderas y continuando su movimiento sensual, pegándose a él. Sus manos empezaron a explorar su piel— y me salva de la tristeza con una terrible e intensa atracción sexual. Entonces el baile es conjunto y el modelito se

modifica —retiró algunos de los velos que cubrían parte de su cuerpo, dejando un traje lleno de pedrería negra que brillaba cuando la luz destellaba sobre ellas, con gran parte de su piel a su alcance. Su propia voz sonaba jadeante, su contacto la volvía loca, todo su cuerpo reclamando un poco más, pero esto era solo un show, solo un intento de poner un punto y final a una situación prácticamente insostenible.

Gabe besó su cuello, sin poder contenerse, algo que la reconfortó. Sus manos subieron por su vientre y acarició sus pechos, consiguiendo que contuviera un jadeo.

—Te deseo, Bren —gruñó y la hizo girar para mirarla cara a cara, la pegó a la barra de baile y la devoró, literalmente, hasta que perdió el hilo de lo que estaban haciendo, hasta que olvidó que Roderick estaba presente, mirándolos.

—No se supone que el número incluya sexo con público, Gabe. ¿Verdad, Brenda? —Los interrumpió Rod con un sonoro carraspeo—. Será mejor que salga de aquí antes de que decida unirme a la fiesta y alguien quiera arrancarme la cabeza.

Gabe lo ignoró, Brenda no podía concentrarse lo suficiente como para responder a su intervención, solo podía besar al hombre que amaba. Perderse en él.

—No deberíamos estar haciendo esto.

—He soñado con este momento desde hace meses, compláceme —sus labios volvieron a descender sobre su cuello, mordisqueando y lamiendo un camino hasta su hombro, al mismo tiempo que sus manos se colaban dentro del traje que había cosido con tanto esmero.

Sintió la manera en que aferró su culo pegándola contra su dura erección que ya pujaba ansiosa por liberarse para penetrar profundamente en ella. Y todo su ser se llenó de anticipación, preparándose para el momento que se avecinaba.

Gabriel no dejó de bailar con ella, una danza tan antigua como el tiempo, mientras tiraba de su propia ropa, evidentemente ardiendo.

No podía negar que la excitaba la manera en que su hombre reaccionaba a su toque.

—Gabe, por favor. Tenemos que hacer esto —suplicó sin saber si se refería a su plan de convencerlo para sacar adelante este número conjunto o a este preciso momento, en el que necesitaba sentirlo muy profundo e intenso dentro de ella—. Por favor.

—Te deseo, Brenda. Te amo —confesó sin titubeo, la certeza evidente en su voz. Sus manos le sostuvieron el rostro para poder mirarla a los ojos, los suyos estaban llenos de emoción—. Te amo y si algo te sucediera, no podría seguir adelante.

—Tú yo juntos, Gabe. Esa es la única fórmula correcta, la receta vencedora.

Ambos sabían que ahí estaba la clave, no solo para salvar el club o vencer al asesino, sino para ser capaces de prosperar en su propio futuro.

—Te amo, Gabriel, ya soy tuya. Lo he sido desde la primera vez en que nuestros caminos se cruzaron, pero tienes que confiar en mí.

—No puedes llevar un arma con este atuendo, no hay muchos lugares que puedas ocultar a la vista.

—No tiene por qué estar escondida —la miró un poco aturdido, no le extrañaba, tampoco era muy consciente de lo que estaba diciendo—. A veces el mejor escondite es dejarlo a simple a vista.

Volvió a besarla, poseyó su boca con dedicación, exprimiendo el deseo que palpitaba entre los dos. Era consciente de que casi estaba convencido, pero también se daba cuenta de que su presentación ya no tenía sentido, porque este momento era mucho más importante para ellos, que para el club. Era para disfrutar de la pasión que los unía, no para ganar o perder una discusión.

—Bésame. Eso es lo único que importa ahora —exigió Brenda.

—Aquí las órdenes las doy yo —espetó Gabriel, sus ojos despedían fuego y todo su cuerpo estaba más que preparado para esta sesión.

Le dejó saber lo mucho que confiaba en él sacando un par de esposas de cuero que estaba segura no había notado y ofreciéndoselas.

—Entonces, amo Gabe, deberías castigar todas mis transgresiones pasadas. He sido un poquito traviesa, ya sabes, mirando lo que no debo —le acarició el pecho con su dedo índice y una sonrisa perversa, al tiempo que Gabriel atrapaba el objeto restrictivo que le entregaba.

—¿Estás segura?

Brenda no dijo nada tan solo juntó sus manos y se las ofreció, el rostro de Gabriel cambió, parecía casi una persona diferente. Se había estado conteniendo con ella todo ese tiempo, lo sabía, quería que entendiera que podía jugar a su juego sin romperse, estaba más que lista para dar un paso más.

No necesitó una palabra por su parte, la colocó como realmente la quería y sus manos quedaron atrapadas con la barra en medio, Gabriel se acercó desde su espalda y gruñó en su oído.

—Eres perversa, Bren. Tentarme justo aquí, donde cualquiera podría llegar y verte. ¿Tanto me deseas como para exponerte a la posibilidad de tener público? Podrían estar observándonos en este momento.

Sabía que había cámaras y que era posible que Rod o cualquier otro estuviera al otro lado, pero lo cierto era que no le importaba. No tenía nada que un montón de gente no hubiera visto ya, seguía siendo la misma mujer, un poco menos destruida que hacía meses, de hecho ahora era mucho mejor cual fénix resurgido de sus cenizas, lista para dejarse llevar por el placer.

Y por Gabriel, solo por él.

—Te deseo —pronunció con confianza y lo miró. No necesitaba ocultarle

nada, ni a él ni a nadie. Quería estar con él, quería demostrarse a sí misma que era capaz de todo—. Y esto no tiene nada que ver con mi propuesta, esto solo es entre tú y yo.

Creó necesario aclararlo. No iba a jugar de esa manera con el hombre que quería, si él decidía no seguir adelante con su plan, encontraría otro modo de llamar la atención del loco para tenderle una trampa, pero no deseaba que nada oscuro o perverso colgara entre Gabe y ella.

—Lo sé —gruñó Gabe desabrochándose los pantalones y liberando su erección con un gemido de alivio. Pudo sentir cómo rozaba su muslo, haciéndola dar un bote.

Gabriel se rio.

—No te rías —se quejó ella.

—Creo que alguien está un poquito nerviosa. —Acotó tirando de su traje hacia abajo lo suficiente como para liberar sus pechos—. He soñado con esto desde hace meses, cada vez que te veía bailando aquí, para todos esos tipos desagradables y los odiaba, a cada uno de ellos, por mirar lo que es mío y de nadie más.

—Para mí, solo existías tú —confesó, se había aferrado a él de todas las maneras posibles y cada uno de sus bailes, en su cabeza, habían sido llevados a cabo para seducirlo.

Incluso si no era consciente de ello cuando los estaba llevando a cabo.

—Entonces has sido una chica mucho más traviesa de lo que yo pensaba. Llevas meses jugando conmigo —la acusó pellizcando ligeramente sus pezones, un instante antes de amasarlos entre sus manos—. He imaginado tantas noches cómo te follaría justo aquí, en este escenario, que me cuesta decidirme sobre el mejor procedimiento para llevarlo a cabo.

—Cállate y hazlo ya —exigió, todavía no la había tocado, no de verdad y aún así parecía imposible aguantar ni un momento más. La tensión en su sexo

era demasiado intensa, no podía evitarlo, si él no hacía algo lo haría ella.

Entonces recordó que sus manos estaban esposadas a la barra y que por más que luchara, no podría jamás llegar a su objetivo. Miró a Gabe por encima de su hombro, con cierto fastidio.

El hombre se atrevió a sonreír, consciente de lo que había provocado y haciéndolo completamente con intención.

—Gabriel Grier.

—¿Sí, pastelito? —dijo burlón.

—No te atrevas a dejarme así, no puedes hacerme esperar, los dos lo necesitamos.

Gabe tiró más de su traje hasta que consiguió bajarlo hasta sus tobillos y la ayudó a despojarse de él.

Completamente desnuda, en aquel escenario, atada a la barra, sabiendo que cualquiera podría ver lo que estaban haciendo o entrar por sorpresa, sintió el placer más intenso que podría haber imaginado y aumentó la necesidad de tenerlo dentro de ella.

Gabriel la ayudó a colocarse, le indicó cómo sostenerse de la barra y la hizo separar bien las piernas e inclinarse ligeramente. Una de sus manos estaba en su trasero y la otra indagando entre sus piernas.

—Creo que te empieza a gustar esto, Bren. Lo cierto es que estás hecha a mi medida —comentó con voz ronca y llena de satisfacción—. Sin duda, esto es mejor que mi fantasía.

—Deja de hablar —se quejó.

No era que le disgustara mantener una conversación con Gabriel, pero ¿en este momento? ¿Era eso necesario? Si era sincera, lo único que quería era follar, por burdo y básico que sonara.

Era puro instinto y él era todo lo que ansiaba. Lo quería por entero, en aquel lugar y lo quería ya.

—Gabe, por favor.

El hombre chasqueó la lengua y negó.

—Todavía tenemos que jugar un poco más —le aseguró arrodillándose entre sus piernas y probando el sabor de su placer.

Su lengua la rozó y sintió cómo la tensión aumentaba y toda ella se rebelaba queriendo más, mucho más. Casi sollozó, los gemidos abandonaban su boca mientras el corazón parecía estar atascándole la garganta. Estaba tan cerca del éxtasis que cuando su lengua penetró en ella, no pudo contenerse más, un orgasmo la golpeó con tanta fuerza que tuvo que morderse los labios para no gritar.

—¿Acaso pretendes engañarme, Arco Iris? —inquirió Gabe moviéndose para quedar frente a ella—. Crees que puedes ocultarme cuando tu cuerpo siente placer. —Negó con la cabeza, simulando un gesto de decepción, como si fuera a obligarlo a hacer algo que, en realidad, no pretendía hacer—. Te has adelantado a mi orden, por lo que ahora serás cruelmente castigada —avisó ofreciéndole su dura polla para un banquete.

No era la primera vez que iba a probarlo, pero repentinamente le pareció algo que realmente quería, no algo que hiciera para congratularse con su compañero o para probarse a sí misma. En este juego, hoy era una participante completamente activa y quería más. Lo quería todo.

Lo tomó entre sus labios y lo probó, entonces empezó a lamerlo casi como si se tratara de una gata en celo, ansiosa por captar su golosina favorita. Gabriel se entregó a su caricia y pronto empezó una marcha sutil y rítmica que mantenía el ritmo de la música, que había empezado a sonar otra vez.

Su número iba a ser excitante, sobre todo cada vez que recordara este momento, juntos, en la pista de baile, en el momento en que habían decidido mandar toda precaución a volar y disfrutar, simplemente, el uno del otro.

—Así, Brenda, no te detengas, cariño. Lo haces muy bien.

Gemía y el aliento se le atascaba en la garganta. Su corazón debía palpar muy fuerte, pues parecía retumbar en sus propios oídos, o quizá era el suyo que estaba emocionado y excitado por poder estar haciendo esto como una mujer normal, sin miedo.

—Vamos, cariño —apeló, tratando de apartarse, unos minutos después—. Esto todavía no ha terminado.

Intento evitar que se escapara, pero logró hacerlo; la miró con una sonrisa, pero podía ver las venas en su cuello; la tensión de su cuerpo, el inmenso esfuerzo que hacía para contenerse y no permitirse llevar por el momento. Se dio una vuelta, observándola. Como si estuviera valorando por dónde empezar de nuevo, pero sabía lo que hacía, se estaba dando tiempo para recuperar el control que había estado a punto de perder.

Brenda se quejó, porque no quería que aquello se detuviera, todavía no. Y también se quejó cuando notó que no se había quitado la ropa. Estaba completamente vestido a excepción de la apertura de sus pantalones que permitían a su polla vagar libre y señalándola, advirtiéndole que iba a ser objeto de sus caricias, su deseo. Su única víctima.

Un escalofrío de placer la recorrió por entero y se lamió los labios, como saboreando lo que había tenido y le habían arrebatado.

—Haces que mi control se desvanezca —la acusó Gabe—. Y eso no es serio para un amo de mi categoría, Bren.

Brenda sonrió, le gustaba alterarlo. Que no fuera capaz de controlarlo. Era importante para los dos que fueran capaces de ser diferentes con el otro, libres de todo miedo o actuación pasada. Solo juntos para disfrutar del placer y del amor que, cada vez tenía más claro, los unía.

—Aún llevas toda tu ropa puesta.

—Y así va a seguir siendo. Tú eres la transgresora, no yo —le recordó acercándose de nuevo a ella. Esta vez rozó su coño con su duro miembro,

haciendo que de nuevo se sobresaltara y provocando una ligera carcajada en el hombre. No fue un sobresalto de miedo, sino de anhelo y los dos eran conscientes de ello—. Sé cuánto la quieres, pero quiero que lo digas. Dímelo.

Brenda se sonrojó hasta las raíces del pelo, estaba segura. No le gustaba la charla dulce, como a él, le costaba pronunciar las palabras y lo sabía.

—Por favor.

—Esa no es la fórmula correcta —advirtió alejándose de nuevo, dejando un frío intenso allí donde más lo necesitaba.

—Por favor, Gabriel, por favor. Quiero que me folles de verdad, sin control, quiero saber lo que se siente cuando no tienes miedo o inhibiciones, quiero que no me quede ni una sola duda de que te pertenezco.

No lo estaba mirando, así que no pudo ver su reacción. De hecho, mantenía sus ojos cerrados, pero sintió sus manos sosteniéndola con firmeza y un instante después, la llenaba plenamente, estirándola, haciéndola sentir femenina y suave y a la vez capaz de luchar contra cualquiera que pudiera querer entrometerse en su manera de vivir la vida.

Había tomado una decisión y estaba dispuesta a llevarla hasta las últimas consecuencias.

Cuando Gabriel se dejó ir en aquella danza sin control tan antigua como el tiempo, cuando ella se permitió sentir, sin pensar en nada más que en este momento y lo que sentía por este hombre, alcanzó la libertad más absoluta de todas y el clímax que la golpeó, no solo atravesó su cuerpo, sino que también topó con su mente y, sobre todo, noqueó su corazón.

Lo amaba hoy, lo había amado en el momento en que lo vio por primera vez y lo amaría para siempre.

Le pertenecía, incluso si eso sonaba machista y anticuado, podía que no fuera diferente a una mujer de las cavernas, puede que tan solo quisiera un hombre fuerte a su lado que la protegiera y le dijera qué hacer en la cama,

mientras le daba la libertad que necesitaba para controlar su propia vida.

Lo amaba tanto que sin importar qué les deparase el futuro, este momento, todos los momentos compartidos iban a merecer la pena.

Cuando Gabe salió de Brenda, satisfecho y listo para volver a la normalidad, se dio cuenta de lo que habían hecho, de cómo se había dejado llevar y de cuántos límites había transgredido sin pensar en nada más que en lo que él quería, en lo que él necesitaba.

Este encuentro había sido como hacer realidad una fantasía y había sido totalmente egoísta.

Cuando liberó sus manos y la atrajo a su pecho para protegerla hasta de sí mismo, estaba temblando y, sin embargo, Brenda parecía entera, decidida y sí, ¿por qué no admitirlo?, satisfecha. Lo que lo hizo sentir mucho mejor. Al menos había sido lo suficientemente inteligente como para darle todo el placer que ella merecía.

—¿Estás bien? —preguntó recuperando la bata que había llevado Brenda al inicio, para cubrirla. No quería exponerse a que alguien entrara, aunque si conocía a Rod como lo hacía, nadie podría entrar por accidente. Habría clausurado la sala y dejado unas cuantas advertencias, además de apagar la cámara. Algo que planeaba agradecerle un poco más tarde, había sido un loco que ni siquiera había pensado en el pudor de su chica, que ya había sufrido suficiente.

—¿Bromeas? Me preguntas que si estoy bien, la respuesta es muy sencilla: mucho mejor que bien —expresó con una sonrisa—. Me siento más libre que en mucho tiempo, lo que es raro porque al fin y al cabo apenas podía moverme con esas esposas.

—¿Dónde las conseguiste?

—Las compré hace... años por internet —confesó sonrojándose.

—¿Años?

Brenda apartó la mirada como si estuviera avergonzada.

—Antes de conocerte, ¿vale? Esto no tiene nada que ver contigo.

—Pero tú nunca...

—No, claro que no. Nunca —respondió sin permitirle pronunciar una palabra más, pero entendiendo perfectamente lo que pretendía preguntar.

—¿Por qué? —estaba completamente aturdido, no entendía nada.

—Tú pensabas, y yo también, que no seríamos capaces de tener una relación normal, porque hablemos claro, me secuestraron y me violaron y los traumas me han acompañado todo este tiempo, pero antes de eso... mi vida sexual era muy triste, sinceramente.

—Brandon era un idiota y el otro tipo, cuyo nombre no recuerdo, era idiota y medio —aclaró.

Brenda se rio, negó y lo señaló con un dedo:

—En realidad todo esto es culpa tuya. Yo tenía mis fantasías, ¿vale? Pero nunca pensé que las haría realidad.

—¿Qué fantasías?

—Algún día te mostraré mi caja del pecado, Gabe, pero todavía no.

—¿De qué...? ¿Brenda?

La mujer se reía.

—Si vieras tu cara ahora mismo. No he sido muy sexual, no he tenido muchas parejas, no he atinado demasiado a la hora de elegirlas, pero eso no quiere decir que no tuviera mis propias fantasías... antes.

—¿Y ahora? —inquirió él más serio y centrado en la conversación, tratando de obviar todo lo que había descubierto en un instante.

—No como antes, supongo. Ahora todas mis fantasías te tienen como

protagonista y sabía que de mi colección, este sería uno de tus objetos favoritos.

—¿Colección? En serio, Bren, tengo que ver esa caja.

¿Qué más secretos ocultaría? Necesitaba descubrirlo. Los misterios y él no se llevaban bien.

—Lo verás cuando te lo ganes —aseguró ella—, o cuando yo considere que es el mejor momento para hacerte un nuevo obsequio.

—No dejas de sorprenderme.

—Ojalá nunca deje de hacerlo.

Los dos se miraron, se querían, se deseaban y juntos formaban el equipo perfecto y, sin embargo, todavía había cosas que resolver antes de poder tomar una decisión en serio.

Estaba el club, el asesino, el trabajo de Brenda y todo lo demás. Rod y la ausencia de Kat, Stephen, Damien... ¿Cómo iba a encontrar el momento para hacer las cosas que necesitaba hacer? ¿Cómo iba a ser capaz de demostrarle a Brenda que ella era todo lo que necesitaba para ser realmente feliz? ¿De qué manera podía plantear eso que llevaba pensando durante tanto tiempo sobre los dos?

Necesitaba a Daniel, quería hablar con él. Hacerle un par de consultas de hermano a hermano y quizá, sí, puede que también con Damien. Había estado casado y sabría más del compromiso que cualquier otro hombre al que pudiera acudir.

Al fin y al cabo su hermano no llevaba tanto tiempo casado.

Miró hacia la puerta y Brenda se sonrojó.

—Espero que no haya entrado nadie mientras tú y yo...

—No lo han hecho. Rod daría la voz de alarma, así que no tienes nada de lo que preocuparte.

El rostro de Brenda pareció desencajado y entonces comprendió lo que

había dicho, ya no podría arreglarlo.

—¿Crees que todos saben que tú y yo...? Oh, Dios mío. No voy a poder volver a mirarlos a la cara.

—Bren, todos ellos follan. Muchos lo hacen a diario, así que no les resulta extraño que tú y yo tengamos nuestras necesidades. No tienes que sentir vergüenza.

Le molestaba que se avergonzara, cualquier cosa que hicieran juntos era algo bueno, no algo que mantener oculto.

—No me avergüenzo de lo nuestro, solo de que sepan que estamos... ya sabes, mientras lo estamos haciendo. Es un poco raro.

—Todos se imaginan que lo hacemos, Bren. No te preocupes, tú incluso has visto a Damien en plena faena y no veo que a él le importe.

—Ni siquiera me fijé en él, Gabe —reconoció—. Si soy sincera —empezó tomando asiento en la plataforma—, no termino de comprender a ese hombre. No es que le tenga miedo, no me malinterpretas, es simplemente que no veo ni cómo ni dónde encaja.

—¿No crees que sea una buena apuesta para el club? —preguntó sentándose a su lado.

—Creo que es la mejor apuesta para el Pleasure's porque está claro que mueve masas y que su manera de hacer las cosas es buena. Descubrió a Stephen y ese chico es una mina de oro —le aseguró.

—No sé cómo sentirme al respecto, después de que hayas admitido eso.

—Stephen es como una fantasía, pero no de mi estilo. Me parece atractivo ver el placer en la gente, no sé cómo explicarme. Su cara era de felicidad pura y eso es muy raro para mí.

—¿Por qué?

Brenda se encogió de hombros.

—Nunca he sido así de feliz hasta que te conocí. Después, pasó lo que

pasó y volví al miedo y la angustia y ahora... —sonrió y agarró su mano, entrelazando sus dedos con los de él—. Ahora siento que soy libre por fin, que no tengo que cumplir con las expectativas de nadie, que soy querida por mí misma y que puedo ser feliz. Por una vez, puedo asegurar que he elegido a la persona correcta y que me complementa como necesito. Lo único que me asusta es no ser lo suficientemente buena para ti, no desde un punto de vista intelectual, porque puedo asegurarte que soy genial —bromeó—, sino pensando en lo que has vivido, lo que necesitas... Me gusta que tú estés al mando en la cama, pero no quiero ni pensar en invitar a nadie a esa cama y ¿qué pasará cuando todo esto se convierta en rutina y te aburra la monotonía? Quizá entonces me odies y yo vuelva a quedarme sola.

—Eso no va a pasar, Bren —le aseguró con más seriedad de la que se creía capaz de portar—. Nunca podré aburrirme de ti, porque tienes la capacidad de sorprenderme y porque nunca antes de ti quise conservar a nadie a mi lado. La mazmorra consigue enfermarme de nuevo, no creo que pueda volver a dirigir una en mi vida, sin embargo cuando estoy contigo solo puedo pensar en lo que quiero hacerte.

—No sé si eso es bueno o malo, ¿quieres decir que he desatado tus viejos traumas? No habla muy bien de mí, ¿no crees?

—Lo que quiero decir es que me has ayudado a darme cuenta de que lo que yo pensaba que era la única manera de salir adelante de toda la mierda que me ha salpicado durante todos estos años, no era más que una excusa barata para lo que de verdad me hacía falta.

—¿Y eso sería?

—La persona correcta, la que sacara esa daga que continuaba hiriéndome y me diera un nuevo propósito y un nuevo objetivo en la vida.

—El Pleasure's es tu hogar, tú lo has dicho —le recordó Brenda.

—Sí y eso no ha cambiado, sin embargo, ahora no es solo mi hogar, ahora

también es el tuyo —aseguró—. Y esta sala desde este momento es nuestra y ese número, puliéndolo un poco más, es nuestro futuro, si estás dispuesta, de verdad, a llevarlo hasta las últimas consecuencias. Como dijiste, juntos tú y yo, seremos capaces de cualquier cosa. Hasta de refloatar el club, de mantener una vida familiar saludable y de no dejar a un lado ninguna de nuestras necesidades por oscuras o extrañas que sean.

—¿Y el sexo grupal?

—No necesito sexo grupal para sentir satisfacción, Bren. Te lo aseguro. Todo lo que necesito para ser feliz eres tú y lo digo de verdad, con la mano en el corazón.

Brenda aún parecía dudar y estaba en su derecho. Es más, estaba convencido de que las palabras no bastaban para demostrar nada, por eso iba a demostrárselo con hechos, día a día, recordándole con cada pequeño gesto no solo lo importante que era para él y lo mucho que la amaba, sino lo mucho que su contacto lo sanaba y lo hacía sentir único y especial.

No un maestro más, sino solo el adecuado.

—Debería subir a darme una ducha.

—Sueñas si crees que lo harás sola —amenazó.

Brenda se rio y lo tentó saliendo a toda prisa, corriendo en dirección a la puerta y, como no podía ser de otra manera, la persiguió.

Y cuando la pillara... estaba más que dispuesto para darle su segunda lección del día.

CAPÍTULO 38

Cuando Rod vio la carta dirigida a Brenda supo que era mejor que nunca llegara a sus manos. La cogió, la dobló y la guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Subió a la sala de máquinas y se encerró allí. No había pretendido mirar aquella cámara, de hecho, había ido con toda la intención de apagarla el tiempo suficiente para que su amigo y su chica disfrutaran de intimidad, pero no fue capaz de hacerlo. Había algo atractivo en ver a otros disfrutar del sexo, obtener placer y tenía que admitir que solía hacerlo, en ocasiones, para desterrar de su mente viejos demonios.

En esta ocasión, no se concentró en la pareja que se entregaba al placer en lo que debería haber sido una sesión orientada a los negocios, sino que recuperó el dichoso documento que iba a poner todo su mundo patas arriba, de nuevo, y rompió el sello.

En cuanto sacó el papel, algunas fotografías de un nuevo cadáver cayeron sobre la mesa captando su atención. Conocía a aquel tipo, había tomado parte en la violación de Brenda. Por puro azar había visto alguno de los videos, Gabe no los había compartido con él, pero por error había saltado en su portátil mientras lo tomaba prestado para revisar algunas cifras del negocio y no había podido apartar la mirada, asqueado, de la escena.

Había odiado un poco lo que él mismo había hecho, pero había tenido claro que nunca había sido tan ruin o malvado como aquellos. Lo que había hecho lo hizo movido por la desesperación, no para sentirse poderoso hiriendo a otro ser humano.

Y casi siempre había sido él quien salió malparado de cada encuentro.

La identidad del muerto no le era ajena, no porque en las imágenes hubiera prestado atención al tipo, sino por los informes que había leído una vez todo terminó. Si mal no recordaba era el único que había terminado entre

rejas, los demás estaban muertos. Tony se había ocupado de ello, satisfaciendo así a Kat.

Apretó los dientes al pensar en la pareja, se sentía traicionado y dolido con ambos, por haberle ocultado la seriedad de su asociación y por haberlo tratado como un tonto.

Se preguntaba si no se habrían estado burlando de él juntos en secreto y le dolía tanto que parecía sentir cómo su corazón se quebraba en dos.

Era mejor que no volviera a verlos, porque no quería odiarlos, no estaba en su naturaleza, pero la herida jamás cerraría. Era imposible.

Había estado enamorado de Kat. Maldito fuera, estaba enamorado de Kat, y eso no iba a pasársele tan fácilmente por mucha tierra que pusiera de por medio.

Iba a hacerle daño durante un tiempo, después intentaría librarse de ese peso extra, porque merecía ser libre. Se concentraría en el Pleasure's, en su vuelta al hospital, si es que decidía volver, y en compartir su cuerpo con alguna que otra amante ocasional.

De nuevo las imágenes llamaron su atención, no era un espectáculo digno de ver, se alegraba de haberla requisado antes de que llegara a las manos de su destinataria.

No le tembló el pulso cuando desdobló el papel y empezó a leer:

Mi querida dama,

No es la primera vez que te escribo y te envío un pequeño obsequio, pero esta vez el regalo es mucho mayor, junto con mi esperanza de poder estar finalmente a tu lado.

Es posible que no comprendas muchas de las acciones que he llevado a cabo en nombre del amor, la fe y la justicia, pero todas mis ofrendas han tenido un único propósito: la de salvarte de la oscuridad que te estaba

engullendo del mismo modo en que esos sucios demonios se ensañaron conmigo antes.

No es fácil abandonar el pozo profundo de la desolación, no es fácil alcanzar la pureza y rozarla con los dedos. No podemos fiarnos de que todos los que están a nuestro alrededor proveerán para que nuestros días estén llenos de dicha, en lugar de tinieblas. Tenemos, nosotros que somos seres diferentes y especiales, que unirnos y cuidarnos. Vigilar nuestras espaldas.

Te preguntarás cuál es mi regalo hoy y la respuesta es muy sencilla: la libertad total y suprema. El último de tus asaltantes ha pagado con su vida la ofensa que cometió, adjunto imágenes que ilustran el alcance de mi ira.

El final ya está muy cerca, dulce Brenda, muy pronto nos reuniremos y daremos juntos el último paso para ser libres del peso extra que portamos.

Disfruta de tu amante estos últimos días, porque muy pronto todo cambiará. No es una amenaza, es una promesa y él no tiene cabida en nuestro mundo.

Con amor,

Tu amante vengador.

En cuanto terminó de leer sacó su teléfono y llamó a Daniel, tenía que ponerlo al tanto de lo que estaba sucediendo, a pesar de que su jefe lo hubiera apartado del caso. No tardó demasiado en darle los detalles y enviarle una copia; después avisó a los policías que se encargaban del asunto ahora y también adjuntó una copia para Damien y Cameron. A Gabe se lo contaría en persona, no quería que lo pillara desprevenido o que Brenda pudiera verlo antes de tiempo. Necesitaban reunirse y decidir una estrategia y sabía cuál era el punto de vista de la mujer, quería ser el cebo, algo más que peligroso.

Negó, sacudiendo la cabeza, no podían ponerla en peligro y no importaba que sus ideas para reflotar el club pudieran tener cierto punto de interés, no

era el momento de permitirle arriesgar su pellejo solo para mejorar su situación económica.

Damien y él habían hablado brevemente de las posibilidades y los dos sabían que era el amo de la mazmorra la mejor baza para atraerlo. Por algún motivo tenía fijación con él. No había asesinado a Warren, pero había querido que Damien lo creyera, así lo demostraba la carta que el hombre había recibido, junto a la advertencia de que él era el último, el que completaría su gran obra maestra y que, en deferencia a su pasado compartido, le concedía algo que ninguna de sus otras víctimas había tenido: una última cena, un último deseo, la posibilidad de arreglar sus asuntos antes de que hiciera justicia.

Al principio, Rod pensó que eso volvería a su viejo amigo más cauto, sin embargo se equivocó, Damien se estaba volviendo casi temerario y había hecho una propia contraoferta, que ni Gabe ni Brenda conocían.

Una que seguramente tendría éxito, si es que estaba tan loco como para permitirle llevarla a cabo.

Se recostó en el cómodo sillón giratorio y observó cómo la pareja abandonaba la sala de baile, en dirección, probablemente, a alguno de los apartamentos para asearse y quizá ir a por una segunda ronda.

No sabía si era el mejor momento para tratar con ellos, pero estaba más que claro que no podían esperar mucho más. Había que tomar una decisión y tomarla muy pronto, antes de que pasara demasiado tiempo y las posibilidades se les pusieran en contra.

—¿Rod? —inquirió la voz de Miles, su jefe de seguridad llamando a la puerta.

Había olvidado que había cerrado con llave tras él. Se apresuró a abrir y saludó a otro de sus mejores amigos.

—¿Todo bien?

—No del todo, he encontrado algo perturbador y quiero que le echés un

vistazo. Gabriel no contesta al teléfono, así que supongo que está ocupado.

Y Damien realmente no formaba parte del equipo directivo, al menos por ahora, aunque estaba pensando en que podrían ofrecerle una participación. De hecho llevaba días dándole vueltas e ideando la mejor manera de proponerle su idea a su socio. Había empezado a cambiar su actitud respecto a Damien, pero todavía quedaba un largo camino por delante.

—¿Y de qué se trata?

Miles le hizo un gesto para que lo acompañara.

—Está fuera, en el callejón de atrás —indicó, su gesto estaba tenso, como si pretendiera decir algo más, pero sin decirlo realmente.

Rod no podía leer su mente como, sin duda, a veces le acusaban de hacer con Gabe, pero fuera como fuera, había algo que no estaba bien.

—No me digas que has encontrado una caja de gatos abandonados —empezó con tono bromista, dándole un golpecito amistoso en la espalda y saliendo con él.

—Algo parecido —aseguró, iniciando la marcha. Caminaba más rápido de lo habitual y en cuanto salieron, indicó que lo acompañara hasta el parque cercano, con una sonrisa.

Rod empezaba a pensar que había gato encerrado allí, algo peligroso.

—¿Qué está pasando, Miles?

—No lo que tú crees, no estoy tratando de sacarte para matarte. No soy el asesino, por si ha pasado por tu mente en algún momento.

—¿Y por qué pensaría yo...?

Miles pasó la mano por su cabeza alborotándose el pelo.

—Porque también estuve en Prometheus, aunque en una época diferente y en un puesto diferente —explicó mientras llegaban al límite de la calle—. No era guardia de seguridad entonces, era uno de los efectivos que trabajaron en el operativo encubierto que consiguió cerrar el club definitivamente.

No podía decir que no lo había sorprendido con esta revelación, pero no entendía por qué se lo contaba justo en este momento y no habían hablado de ello antes, en cuanto llegó Damien. Era más que evidente que lo conocía.

—¿Qué relación tuviste con Damien? —inquirió Rod con curiosidad.

—¿Directamente? Ninguna. Nunca pisé realmente el club hasta el día de la redada. Entramos y detuvimos a un montón de gente, la dirección del operativo quería esperar un poco más, pero sabía que no era necesario, así que simplemente di la orden. Mi compañera estaba allí dentro pasándolo muy mal.

—¿Tu compañera? —preguntó completamente aturdido. ¿Qué diablos había pasado allí? Su viejo amigo nunca había dado detalles, a pesar de que hubiera hablado con él después de la clausura de Prometheus.

—Eso es lo menos importante, lo que me preocupa es lo que he encontrado en mi última revisión de los equipos de vigilancia, Rod.

—¿Los han vuelto a pinchar? —Ya estaba maldiciéndose por no estar más pendiente de ese aspecto del negocio, pero no era su terreno y se sentía como un crío de párvulos el primer día de colegio. Asustado y sin saber muy bien hacia dónde ir.

—No, algo peor. Hay cámaras y micrófonos encubiertos por todo el club y me temo que también en la zona privada de viviendas.

—¿Qué? ¿Cómo es eso posible?

Miles lo miró azorado, parecía realmente apesadumbrado por lo que iba a decir y algo avergonzado.

—Creo que soy el culpable, porque yo contraté al nuevo técnico. Es un colega, nos conocimos gracias a Prometheus. Estaba pasando por una mala racha porque su novia había sido utilizada y maltratada por Strider y su gente. La habían convertido en algún tipo de conejillo de indias que recibía todos los golpes físicos y psicológicos. Estaba en un momento muy bajo entonces, nos hicimos amigos por azar, yo también estaba pasándolo mal por mi compañera,

ya sabes y encontramos un punto en común. Nos tomamos un par de cervezas y cuando pasó hace un año lo de tu hermano y Abbie...

—Es el amigo del que nos hablaste. ¿Cuál es su nombre? No consigo recordarlo.

Lo que debería hacerle sentir mal, porque era uno de sus empleados, no importaba que fuera Miles quien dirigiera esa parte del negocio. Un buen jefe tenía que estar al tanto de todo lo que sucedía en su club, no tenía perdón.

—Sebastian Quinn —le recordó—. Creo que ha instalado cámaras espía por alguna razón que no alcanzo a descubrir, quizá para asegurarse de que no sucede aquí lo mismo que sucedió allí. No lo sé, pero últimamente ha empezado a tener comportamientos extraños. Ataques de ira con nuestro equipo, hemos tenido que reemplazar un par de ordenadores y algunas cámaras después de que se ensañara con ellas.

—¿Crees que puede ser el tipo detrás de las amenazas?

Miles resopló y miró al parque. El día era frío, aún así había gente paseando; algunas chicas en bici, niños jugando al balón...

—No lo sé. Ojalá pudiera decirte un no rotundo, pero empiezo a tener mis dudas.

—¿Lo has investigado?

Todo el mundo que entraba en el *Pleasure's* tenía un historial limpio o no podría pisar allí. Al menos tan limpio como podía ser, teniendo en cuenta los traumas por los que muchos de ellos habían pasado. Miles incluido, cuando uno de los tipos a los que buscaba, un traficante, la había tomado con su familia. Lo había asediado y había acabado disparando a su mujer. Por suerte, Arabella había sobrevivido, aunque le había costado ser capaz de volver a caminar, lo había conseguido y ahora estaban esperando su primer hijo.

—Como a todos, pero no he encontrado nada reprobable en su pasado. Está limpio.

Ninguno de los dos dijo lo evidente, que era un experto informático y que podía haber jugado un poco con sus antecedentes. Lo habían visto en acción, había pocas barreras que ese tipo no pudiera cruzar para salirse con la suya, si es que sus intenciones eran deshonestas.

—Avisaré a los demás, Daniel incluido, y vamos a tenerlo vigilado. No podemos permitir que acabe hiriendo a alguien más.

—Gracias, Rod. Me disteis esta oportunidad para salir de mi mierda y os he fallado.

Roderick negó rotundamente.

—No podrías defraudarnos. No hay mejor guardián de la fortaleza que tú. Además, junto a Lou, sois el mejor equipo para cubrir nuestras espaldas y eso no va a cambiar porque un hijo de puta trastornado haya decidido jugar a hacer pinchos morunos con nuestros clientes.

—Ojalá me equivoque con Sebastian...

—Sea como sea, no eres culpable de nada. Sigues creyendo en la bondad innata de las personas y en la justicia y por eso llevas todo este tiempo aquí. No podríamos confiar en nadie más para que sea nuestro jefe de seguridad y amo a tiempo parcial.

Miles hizo una mueca que casi lo hizo sonreír. Se le daba fatal intentar sustituirlos en la mazmorra, aún así a veces no había tenido más remedio que estar allí durante no más de quince o veinte minutos; vigilando, no tomando partido. Nunca lo haría porque amaba a su mujer y era un hombre satisfecho, pero sabía cuánto le desagradaba tener que hacerlo.

—Espero que Damien no se vaya. Puede que el tipo no tenga muchos escrúpulos, pero es muy bueno en ese trono. He tenido ocasión de verlo y, ahora que no nos escucha Gabe, genera incluso más expectación que el jefe. En serio, el tipo fue hecho para eso y sabes que ese ambiente no es para nada lo mío.

—¿Te gustó verlo en acción? —lo pinchó, tratando de sacarle una confesión.

El otro hombre puso los ojos en blanco y sonrió.

—No llegaría tan lejos, solo admito que puede que sea el futuro del Pleasure's, ahora que Gabriel tiene otros objetivos y Kat se ha marchado. No creo que sigas mucho tiempo ahí tampoco, he visto cómo estás cambiando, Rod, y no es solo por la chica huida, es algo más. Nos conocemos lo suficiente como para ser sinceros y, si me haces caso, yo seguiría tu instinto. Esa necesidad visceral que sentimos dentro es lo que al final dictamina nuestros pasos y nos indica el mejor camino.

—¿Eso es lo que hiciste tú cuando cambiaste de vida?

—Eso es lo que me dice qué, cómo y cuándo hacer cada cosa que llevo a cabo cada día, sobre todo si hay una investigación de por medio. A veces nuestra cabeza no tiene las respuestas, Rod, están en algún lugar más instintivo y visceral y, a veces, la mejor manera de seguir adelante es dejarse llevar por ellas.

Puede que tuviera razón, no iba a negárselo, pero no estaba preparado para tomar ningún tipo de decisión, antes necesitaba recomponer su corazón y su orgullo heridos y, por supuesto, cazar al sinvergüenza que le había mandado aquella carta a Brenda y que parecía estar jugando con todos ellos a un juego macabro y peligroso.

—Brenda ha recibido otra carta —dijo mostrándole la imagen que había capturado en su móvil. Cuando Miles la leyó, lo observó y negó incrédulo.

—Ese tipo está chiflado, sea quien sea. Por algún extraño motivo se ha obsesionado con ella y la convierte en musa de su obra. A menudo las musas se caen de su pedestal y terminan convirtiéndose en el objetivo de estas perturbadas mentes. Lo he visto antes, tenemos que tenerla muy vigilada a partir de ahora.

—Y a Damien —le recordó.

Miles hizo un seco asentimiento, parecía que tenía algún tipo de resentimiento contra el hombre, pero ignoraba cuál era. Le gustaría indagar un poco más en eso, pero tenía la sensación de que este no era el momento adecuado.

—Tengo que volver, lo he enviado a hacer un recado con Lou, no quería que nos viera salir juntos bajo ningún concepto. No podemos dejar que sospeche que pensamos que está implicado, porque si lo está, podría apresurar sus planes o herir a más personas inocentes.

—Estoy de acuerdo. Me llevaré a Damien y Gabe a casa de Daniel para tener esta misma conversación sin tener que preocuparnos por oídos indiscretos, pero voy a necesitar que vigiles a Brenda mientras tanto.

Miles asintió.

—Haré algo mejor que eso, me la llevaré a visitar a Arabella, creo que puede venirles bien a ambas.

—¿Estás seguro? Brenda es un objetivo... —le recordó con preocupación, pero su jefe de seguridad era un buen hombre, mejor que bueno y asintió.

—No permitiré que les suceda nada. Además, en mi casa no hay aparatos tan modernos como estos, ni siquiera un ordenador —le recordó—. Ya conoces a mi esposa. Desde lo del atentado, se ha esmerado en vivir de la forma más simple posible, en comunión con la naturaleza. Nadie podrá tenernos vigilados, tendrían que entrar allí mismo para hacerlo y poca gente conoce la ubicación de mi hogar, con lo que realmente no me preocupa que Sebastian o cualquier otro pueda alcanzarlas.

Le preocupaba que Brenda pudiera sentirse violenta con Miles, no había soportado a otras personas cerca en todo el tiempo que estuvo allí, pero sabía que podría soportarlo si se llevaba a Mallory con ellos. Le daría tranquilidad

y a la niña también le sentaría bien el paseo.

—Llévate a Mallory también y tenemos un trato. Voy a avisar a Gabe y Damien. Dentro de hora y media, aproximadamente, espéranos en el bar. Podemos dejar a Stephen para mantener el fuerte, por suerte es nuestra noche de descanso, con lo que no tenemos clientes de los que preocuparnos.

Estaba cansado, si era sincero, empezaba a sentirse un poco mayor para todo esto.

—Rod, todo va a salir bien. Confía en mí.

—Si no confiara en ti, no estaríamos teniendo esta conversación —le aseguró.

Y juntos se dieron media vuelta y regresaron a casa. Una casa que quizá, poco a poco, se había ido convirtiendo en algo más lejano. Ya no tan hogareño, ahora que las personas que habían convivido allí en paz y armonía durante aquellos años, estaban empezando a replantearse sus vidas.

Puede que pronto llegara el momento de echarle el cierre definitivo o cambiar la trayectoria del lugar.

O entregarle las riendas a un hombre que sí estuviera dispuesto a llevar esto hasta el final, un hombre que no tuviera nada que perder y que ya careciera de esperanza de conseguir una nueva vida.

Y quizá ese hombre no era Damien, quizá ese amargado no era otro que él. Roderick, el solitario, con su corazón roto y sus sueños perdidos.

Alguien que ya no tenía redención.

CAPÍTULO 39

Cuando Daniel abrió la puerta de su casa no podía creerse lo que estaba viendo, aquel trío que en algún tiempo fue casi uña y carne, reunido de nuevo. Los había visto interactuar en el *Pleasure's*, pero no así. Parecían tres partes de un todo.

Por un lado, el siempre risueño Gabe dispuesto a hacer sentir bien a cualquier persona que estuviera pasando por un mal momento. Su sencillez y su facilidad para conseguir que todo el mundo se sintiera cómodo en su presencia lo convertían en un elemento esencial en cualquier fiesta.

Por otro lado, Roderick, la roca firme que siempre estaba allí, preparado para cuidar de cualquiera que estuviera sufriendo algún daño. Fuerte y protector, siempre con ese punto de preocupación en la mirada, que escaneaba a las personas detectando sus dolencias para ofrecer un remedio, a veces un fuerte abrazo de oso y otras una enorme variedad de propuestas eróticas, que parecían descubrirse en su pose y en todo su ser. Era un hombre sexual y, supuso, muchas mujeres lo considerarían atractivo. Esperaba que Abbie no lo hiciera, porque entonces tendría que hacerle daño, mucho daño.

Y, finalmente, Damien. Era un pasota, la burla parecía ser su segunda naturaleza, siempre despreocupado, como si nada le importara, tan solo pasar un buen rato. Prometía sexo sin complicaciones a hombres y mujeres por igual, era libre y esa libertad resultaba atractiva para aquellos que tenían esas inclinaciones, desde luego a él no le decía nada. Estaba bien servido con su mujer, gracias a Dios.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? No os esperaba. —No obstante los dejó pasar, echándose a un lado y haciéndoles una indicación con la cabeza para que entraran hasta el salón, donde Abbie estaba revisando una pizarra

con un montón de imágenes, líneas y anotaciones. Tenía el ceño fruncido y se acariciaba casi de forma distraída la barriga que no paraba de crecer a toda velocidad.

Sintió un pellizco en el corazón, como cada vez que la miraba, no importaba que lo hiciera casi todo el tiempo. Que llevaran un montón de horas encerrados allí, solo bastaba para que se sintiera afortunado por tenerla y deseara dejar a un lado el trabajo para concentrarse exclusivamente en ella.

—Es una historia muy larga —explicó Rod siguiendo a su hermano. Damien cerraba la comitiva y parecía estar juzgando su casa, con ojo conocedor. No le importaba especialmente lo que él pensara sobre su gusto decorativo, pero le llamó la atención que se fijara tanto en los detalles.

—Una historia que nosotros desconocemos. Se ha empeñado en que vengamos los tres a hacerlos una visita —dijo Gabe acercándose a Abbie y dándole un abrazo cariñoso, después bajó hasta su tripa y la besó saludando a sus sobrinos. Daniel puso los ojos en blanco y le lanzó una advertencia.

—Cuidado con mi chica, hermano.

—Lleva dentro a mis sobrinos y con todo lo que ha estado pasando últimamente, no he tenido tiempo de venir a darle la enhorabuena —miró a Abbie con cariño, besó castamente la prominente barriga y sonrió tomando asiento en el sofá como si fuera el amo del lugar—. Me gusta lo que habéis hecho con este lugar.

Abbie se rio, sin poder evitarlo.

—Será por el desorden que tenemos, inspira a cualquiera. Voy a preparar café para todos.

—Ni hablar —dijo Damien atrapando sus manos, esquivando sutilmente su tripa—. En mi turno, las mujeres embarazadas descansan. Especialmente, cuando esperan gemelos —le apartó un mechón del pelo de la cara, colocándoselo tras la oreja y se presentó—: Soy Damien MacPherson, no sé

cómo no hemos coincidido hasta este momento.

—Soy...

—Abbie, la preciosa esposa de Daniel —terminó por ella—. Dime dónde puedo encontrar la cocina y yo mismo prepararé el café, dulzura.

—No creo que debas hacerlo. Esta es mi casa y es mi obligación cuidar de mis invitados, además, queréis hablar con mi esposo y yo puedo poner la cafetera, solo tengo que llenarla de agua y darle a un botón, en serio, estaré bien —prometió, Daniel los miró con el ceño fruncido, no pudo evitarlo. No quería a ningún hombre cerca de Abbie, ni siquiera a Gabe.

—Yo haré el maldito café —gruñó cortando la discusión—. Siéntate, Abbie y Damien, deja de tocarme los cojones. Puedes sentarte allí —señaló un sillón al lado opuesto de la sala.

Gabe sonrió y Rod puso los ojos en blanco.

—Alguien tiene miedo de un poquito de competencia, ¿verdad?

—No me obligues a darte un tiro y acabar con tu miseria —advirtió—. No tardaré.

Abbie sonrió, sentándose junto a su cuñado, pero sin dejar de mirar en su dirección. Sabía lo que estaba pensando, porque la conocía muy bien. Le encantaba que se pusiera celoso, la hacía sentir especial, aunque jamás lo reconocería.

Si sus feministas amigas fueran conscientes de eso, la acusarían de ser machista y, probablemente, de estar a punto de ser maltratada por el sentimiento de posesividad que lo embargaba cada vez que la miraba. Pensarían que era un neandertal y un inminente peligro y no se equivocarían. Sería un peligro para cualquiera que amenazara su vida y su vida era Abbie y los dos niños que llevaba dentro.

Nadie estaba autorizado para acercarse a ellos con intenciones deshonestas, porque era capaz de dar su misma vida para asegurarse de que

estuvieran a salvo.

—Las tazas están en el armario de la pared, recuerda que la balda del otro se rompió y tenemos que reemplazarla —recordó su mujer consiguiendo que se sonrojara. Odiaba hacer eso, pero delante de su hermano, algo tan íntimo como aquello se le antojó casi exhibicionismo conyugal.

Asintió y se movió con rapidez, porque no quería dejarlos solos demasiado tiempo. Aún así, podía escuchar el murmullo de sus voces mientras se afanaba en su tarea. Esta máquina de café era nueva para él, la suya había reventado la última vez, así que Abbie había sacado la que se trajo de su apartamento, una vez que cancelaron el contrato de alquiler. Sabía que este arreglo temporal, en el que los dos vivían en su piso, pronto iba a tener que cambiarse. No tenía espacio suficiente para los niños, sin contar que las cajas con las pertenencias de la mujer habían acaparado todo el dormitorio de invitados, pero con tanto trabajo y tanta precipitación en el arranque de su familia, no había tenido tiempo para buscar una casa en condiciones u otro piso más espacioso.

Estaba en su lista de tareas, justo después de atrapar a ese malnacido que se había atrevido a poner en jaque, una vez más, la vida de su hermano.

—¿Necesitas ayuda? —inquirió Gabe a su espalda, entrando en la cocina. Cuando lo miró, toda la preocupación surgió con fuerza a la superficie.

—Sí, está bien. Esta es la cafetera de Abbie y todavía no sé muy bien cómo funciona.

—Pareces todo un hombre de familia, papá —bromeó su hermano.

—Ni se te ocurra hacer eso, estoy lo suficientemente acojonado como para que te recrees en mi situación actual.

—¿Qué pasa? —la voz de Gabriel sonó teñida de preocupación ahora.

—El embarazo de Abbie me está pasando factura, no puedo dormir ni concentrarme en el trabajo. No paro de tener pesadillas sobre todo lo que va a

salir mal. Estoy tan...

—¿Asustado?

—Aterrado, completamente fuera de mí, ¿y si la cosa se complica y los bebés no sobreviven? ¿Y si Abbie no lo consigue? Dos bebés es mucho y está perdiendo peso, tiene anemia, está tan flaca... no sé cómo vamos a poder salir adelante y todo fue por mi culpa y por ese estúpido ascensor —maldijo para sí.

—Relájate, Daniel. No puedes controlarlo todo, ¿entiendes? Es imposible.

—Mira quién fue a hablar.

—No soy tan intenso como tú —el aseguró—. Tienes una mujer maravillosa que te ama y a la que amas, dos hijos en camino fuertes y en perfecto estado, Abbie va a hacerlo estupendamente, no vas a perder a ninguno de los tres, porque esto es algo normal. El embarazo no es una enfermedad, sino una bendición y no estás solo. ¿Habéis hablado sobre tus miedos?

—Lo hemos hecho, me ha obligado a hacerlo.

Gabe sonrió con satisfacción, Daniel frunció un poco más el ceño.

—No es gracioso, esa mujer cree que puede poner todo mi mundo patas arriba y sabe que voy a permitirselo porque la amo más que a mi propia vida —confirmó—, pero si la pierdo, no me quedará vida y en ese caso... ¿qué haré, Gabe? ¿Cómo seguiré adelante?

—No puedes vivir con ese estrés encima, porque va a acabar dándote un infarto y así no vas a servir de ayuda para nadie. Habla con ella, conmigo, con quien necesites, pero no te lo guardes y ten confianza. Rod podrá calmarte al respecto, ha ayudado a nacer a muchos gemelos, así que no te preocupes. Todo va a salir bien.

—No estoy tan seguro como tú. Hay complicaciones en el embarazo y puede que el parto sea peor. ¿Qué digo? ¡Sé que va a ser peor!

Gabriel suspiró, como si estuviera pensando y tratando de encontrar una manera mejor de explicarle que no podía seguir así. Como si no lo supiera.

Finalmente, lo sorprendió cuando cambió de tema.

—¿Recuerdas la cabaña en la que estuvimos Brenda y yo al principio de estas vacaciones forzosas? La de tu amigo.

—Claro que la recuerdo —respondió llenando la jarra de la cafetera de agua y echando el café—. ¿Por qué?

—¿Crees que podría querer vendérmela?

—¿Estás buscando casa? —No se había planteado que su hermano quisiera salir del club. Era cierto que nunca había vivido allí hasta que sucedió lo de Brenda e invirtió un montón de dinero en ampliar tanto las dependencias del club como la creación de su propio espacio personal, pero supuso que estar todos los días en el lugar de trabajo podía llegar a resultar agobiante.

—No exactamente. Estoy buscando esa casa, si es que está en venta. A Brenda le encantó el lugar y aunque la vivienda necesita algunas reformas, lo cierto es que podría ser un buen lugar para empezar una nueva vida.

—¿Juntos o Brenda por su parte? —preguntó, no era asunto suyo, pero ¿qué diablos? ¡Era su hermano!

—Espero que juntos —aclaró escarbando en su bolsillo hasta dar con una cajita de joyería—. Verás, sé que es tradicional y que no soy el mejor de los candidatos para esto, pero pasé por una joyería, mucho antes de que este tipo diera la cara y empezara a amenazarnos, y lo supe. Quiero intentarlo con ella, pero de verdad. Quiero pedirle que se case conmigo —reconoció abriendo el estuche para enseñarle el sencillo anillo que había elegido para ella. Una alianza llena de simbología celta con algunos pequeños brillantes que destellaban a lo largo de la parte superior de la pieza en un tono verde brillante.

—Nunca pensé que tendríamos esta conversación —reconoció observando la joya—. Es perfecto y le va a encantar.

—Espero que también le encante mi proposición —comentó encogiéndose de hombros y devolviendo su pequeño tesoro al bolsillo de sus vaqueros—. Hace dos meses que la llevo encima, estoy esperando el momento adecuado para declararme.

—No te precipites, Gabe. Eres un tipo impulsivo, tus intenciones son buenas, pero a veces las personas necesitan tiempo para hacerse a la idea —le recordó.

Los dos eran conscientes de la situación especial de Brenda y de lo complicado que iba a ser para ella confiar en cualquier proposición, sin importar la dirección de la que viniera.

—¿Crees que me dirá que no?

Parecía inquieto e inseguro y era posible que tuviera razones para ello.

—Creo que dirá que sí, Gabe, y será una nueva alegría.

—¿Qué hay de la cabaña? ¿Hablarás con tu amigo?

—Lo haré. Espera a hacer tu propuesta. Consigue primero la casa y los planos, ofrécele una apuesta segura y no podrá rechazarte. Confía en mí, sé de estas cosas.

—No será la primera vez que me arriesgue, pero sí es la primera vez que tengo miedo del resultado. Cuando aposté por el *Pleasure's*, lo hice a tiro seguro. Sabía que iba a funcionar, porque tenía la habilidad para construir un lugar seguro y atractivo. No costó mucho hacerlo arrancar, fue sencillo y bastante rápido —recordó—. Ahora es diferente, porque no se trata solo de mi vida o del tamaño de la cartera, se trata de los dos y de lo que podemos construir juntos. A veces me pregunto si yo estoy hecho para esa vida, si seré capaz de hacer a Brenda feliz o si, por el contrario, fracasaré estrepitosamente. No soy como tú y, en este momento, me encantaría

parecerme más a ti.

—¿Te refieres a parecerte al loco hermano mayor que apenas duerme asustado por el parto de su mujer que se avecina? No creo que sea un modelo de virtud y entereza para nadie. Soy un cobarde, ni siquiera tengo que pasar por eso, va a ser Abbie y solo sirvo para ponerla nerviosa.

Gabe negó y lo ayudó a terminar de preparar la bandeja, el café estaba listo, solo había que llevarlo a la mesa.

—Los bebés y Abbie van a estar bien. Pronto vas a reírte de todo esto. ¿Por qué no le pides a Rod que te asesore? En serio, te ayudará a tranquilizarte.

—Abbie ya tiene una ginecóloga.

—Lo sé, no digo que Abbie cambie de médico, digo que tú, señor asustado, hables con Rod. Créeme, no hay nadie mejor que él para ayudarte a librarte de todo esto y, además, estará dispuesto para resolver cualquier duda en cualquier momento sin burlarse de ti.

Lo que no dijo era que él sí se burlaría, si llegaba a enterarse de algunas cosas que le preocupaban, como por ejemplo el sexo.

No, desde luego no podía tener esa conversación con su hermano.

—Quizá lo intente con Rod.

—Hazlo, confía en mí, es tu mejor opción.

Brenda no entendía muy bien por qué tenía que ir con Miles al campo. Mallory parecía emocionada, sentada en el asiento del copiloto y mirando a todas partes con asombro y regocijo, pero Brenda se sentía bastante violenta allí, con un hombre al que no conocía muy bien y que por más amable que fuera con ella, sin Gabe a su lado, no conseguía impedir que siguiera

haciéndola sentir vulnerable.

Asustada como la cobardica que era y tremendamente inquieta, como si algo no fuera bien.

—Ya estamos llegando. Arabella va a estar encantada con vuestra visita —les aseguró—. Odia estar sola, está en el último mes de embarazo y no puede moverse de la cama, a causa de una vieja lesión. —Aclaró—. Habíamos planeado que yo dejara mi trabajo durante un tiempo para acompañarla, pero con todo lo que está sucediendo, no es posible, así que mi suegra la acompaña hasta que yo llego. Sin embargo, hoy tenía que acudir al médico con mi suegro, por lo que estamos solos. He pensado que no os importaría pasar el día con ella, haciéndole compañía.

—Nos lo vamos a pasar genial. Además —comentó Mallory—, Rod dice que es una excelente cocinera y que podríamos intercambiar recetas.

—Tiene una caja con recetas antiguas de su bisabuela. Pregúntale, seguro que te deja echar un vistazo.

El gesto de la joven se torció un poco, casi como si estuviera avergonzada, pero al final se irguió con decisión y confesó:

—No sé leer muy bien, así que no serviría de mucho, pero quizá pueda contarme cómo hacerlo. Darne órdenes que yo pueda seguir. No se me da mal seguir los pasos, si me los van indicando —explicó.

Brenda continuó en silencio observando la interacción entre los otros dos. Iba en el asiento trasero y trataba de controlar su tensión. Sabía que estaba segura con Miles y también sabía que, si era necesario, conseguiría defenderse. Llevaba su arma y un par de cargadores extra, por si acaso. Además, Gabe sabía exactamente dónde estaba, por lo que no había nada que temer. Si lo necesitaba iría por ella tan rápido como pudiera, de eso estaba segura.

—No te preocupes por eso, Arabella te ayudará.

—¿Vuestro bebé qué es? ¿Niño o niña? —inquirió la joven con curiosidad.

Miles sonrió. Nunca se había fijado en este hombre, a pesar de que siempre estaba cerca en el club, siempre atento a todo lo que sucedía. El líder guardián que se encargaba de toda la protección del club y de la seguridad de sus moradores.

—No lo sabemos. Queríamos que nos sorprendiera —explicó—, aunque empiezo a arrepentirme. Me muero de ganas de poder escoger un nombre.

—El mío es un niño y va a llamarse Cole.

—Un nombre bonito —concordó Miles.

—Gracias. ¿Te das cuenta de que van a tener la misma edad? ¡Seguro que van a ir al mismo colegio y se van a hacer amigos!

Brenda se preguntaba cómo era posible que alguien con la vida que había llevado Mallory pudiera poseer semejante entusiasmo por todo. Alguien que había perdido al padre de su hijo, pudiera pensar en un futuro lleno de risas, de colegio, de amigos de su hijo y mil cosas más, cuando ella no podía más que mirar el reloj deseando que llegara el momento de regresar a Gabe y al club.

No era tan valiente como le gustaría decir.

—¿Te encuentras bien, Brenda? —inquirió el jefe de seguridad mirándola por el espejo.

—Perfectamente —respondió casi cortante—. ¿Falta mucho para llegar?

—No, casi estamos. Nada de lo que tengas que preocuparte.

—Menos mal —dijo Mallory—. Me duele terriblemente la espalda.

—¿Necesitas que pare para estirar las piernas? —preguntó el hombre preocupado.

—No, no. Me pasa mucho. Es normal, porque el embarazo tiene ese tipo de cosas, mi médico dice que solo necesito comer bien y descansar. Ahora ya

no tengo contracciones, así que seguramente el bebé no nacerá antes de tiempo.

Brenda se preguntó qué pasaría si la chica se pusiera de parto en medio del campo. ¿Dos mujeres embarazadas y Miles y ella como única opción para atender sendos partos? ¡Una absoluta barbaridad!

—¿Por qué vivís tan lejos de la ciudad? —preguntó metiéndose donde nadie la llamaba.

—No está tan lejos, son solo tres cuartos de hora desde el Pleasure's —le recordó.

A ella le estaban pareciendo tres días, pero ese era problema suyo, no del conductor.

—Bueno, sigue siendo lejos.

—Antes de trabajar en el club era policía —explicó—. Tuve un caso complicado, un traficante que estaba utilizando a personas como transporte para su droga. Estaba reuniendo pruebas sobre él y su organización. Lo conocía, sabía dónde encontrarlo y sabía exactamente cómo iba a atraparlo, pero fui demasiado lento —reconoció sin dejar de mirar la carretera—. Se dio cuenta de que su caída estaba cerca y decidió vengarse antes de que no tuviera la oportunidad de hacerlo. Un día cuando Arabella salió de trabajar, la estaba esperando, le disparó cuatro veces, dos balas impactaron en ella. Una en la pierna derecha, tan solo la rozó, pero la segunda se encajó en su espalda y dañó su columna. Estuvo dos largos años sin poder caminar, sometiéndose a operaciones y rehabilitación —explicó—. Dejó su trabajo, perdió la alegría de vivir durante un tiempo, pero no nos rendimos. Luchamos juntos hasta que se recuperó lo suficiente y decidimos cambiar de vida. Me contrataron en el Pleasure's y vendimos nuestro apartamento, compramos una vieja granja y ahora vivimos en armonía con la naturaleza. No tenemos televisión, ordenadores o internet. El único aparato es un teléfono antiguo que tiene línea

casi de milagro. Hasta desconecto mi móvil y lo dejo en el coche cuando termino mi jornada laboral. Eso nos evita sobresaltos.

—¿Y no echáis en falta las nuevas tecnologías?

—No tenemos tiempo para hacerlo. Tenemos algunos animales, gallinas, cerdos, algunas cabras, conejos, dos perros y un par de gatos. Siempre hay algo que hacer. También tenemos árboles frutales y un pequeño huerto. Cuando termina el día lo único que queremos es darnos un largo baño y disfrutar el uno del otro. Como yo salgo a diario, estoy al tanto de las noticias, además, no vivimos aislados, un par de veces al mes vamos a la ciudad de compras y la llevo al salón de belleza para que la mimen. Traigo revistas y periódicos y las últimas novelas de sus escritoras favoritas: Jude Deveraux, Julie Garwood o Gena Showalter entre otras. Adora leer romance y a mí me complace ayudarla a satisfacer su curiosidad cada vez que lee alguna escena erótica de difícil desempeño —bromeó, evidentemente tratando de entretener a su audiencia.

—Suenan bien —reconoció Brenda.

Mallory aplaudió entusiasmada.

—Me encantan los animales, aunque solo los he visto en la tele. Tiene que ser genial tener una mascota.

—Lo que es realmente genial es comer una tortilla de patatas con huevos caseros y patatas ecológicas, confía en mí. No hay mayor placer sobre la tierra.

Brenda pensó que era curioso que aquel hombre fuera tan sencillo y que estuviera tan enamorado de su mujer. Nunca lo hubiera imaginado, ni siquiera sabía que estuviera casado.

—¿A ella no le importa que trabajes en el club?

Miles se encogió de hombros.

—Sabe lo que hago y lo que veo a diario, pero hacía y veía cosas peores antes, con lo cual los dos estamos agradecidos por poder estar tranquilos.

—¿Sabe lo del asesino de las cartas o es un secreto?

Miles apretó el volante con fuerza hasta que sus nudillos se pusieron blancos. Parecía repentinamente nervioso.

—Lo sabe, pero te agradecería que no hablaras del tema con ella. Es su último mes de embarazo y me preocupa que cualquier sobresalto pueda adelantar el parto. Tenemos una cesárea programada para dentro de diez días, si se adelanta, todo será más complicado.

—No pronunciaré ni una palabra al respecto —prometió.

—Yo tampoco lo haré, hablaremos de recetas de cocina —propuso Mallory.

—Gracias —respondió Miles relajándose un grado—. También quiero agradeceros que os hayáis ofrecido para quedaros con ella esta noche.

Brenda no lo había hecho, en realidad, había sido Rod quién le había pedido por favor que lo hiciera y no había sido capaz de negarse, porque le debía mucho a ese hombre que había cuidado a Gabriel cuando lo había necesitado y que había sido mucho más que un amigo para ella.

—Va a gustarme poder ver las estrellas aquí —dijo Brenda—. En la ciudad con las luces es casi un imposible.

—Entonces te encantará mi hogar.

Brenda supuso que sí lo haría, aunque seguiría echando de menos a Gabe. ¿Cuándo se había convertido en alguien tan importante para ella? No quería alejarse de su lado más del tiempo necesario y estaba segura de que esa noche iba a ser especialmente larga sin su cuerpo recostado a su lado y sus manos acariciándola.

Miró por la ventana, la naturaleza parecía tranquila, el tiempo no se detenía sin importar qué sucediera, lo único que podían hacer los seres humanos era vivir de la mejor manera posible el tiempo que estuvieran en este mundo, porque lo cierto era que las pequeñas cosas al final eran las que

merecían la pena.

Lo único que Brenda cambiaría de este momento, era que Gabe estuviera aquí. Entonces su día estaría completo y el mundo podía girar tan rápido como quisiera, porque se sentiría completamente a salvo.

CAPÍTULO 40

—La mejor manera de resolver esto de una vez por todas —intervino Damien mirando a los otros hombres. Estaba más que decidido a hacer valer por encima de sus consejos su opinión, no solía conformarse con evasivas y estaba seguro de que no escucharía ninguna de sus quejas ni de los consejos de Daniel. Su hermano era el experto en este campo y debería escucharlo, pero siguió relatando su plan como si fuera algo ya cerrado y casi hecho—. Es convertirme en una diana a todo color y completamente vulnerable. Ese tipo me quiere a mí, en el fondo se muere por matarme, me lo ha venido advirtiendo desde hace tiempo. Me llama «lujuria» y creo que tiene algún tipo de obsesión con los famosos pecados capitales. Los ha ido mencionando uno tras otro en sus cartas, junto a las víctimas, es posible que quiera poner la guinda a su pastel con mi pellejo y creo que deberíamos dejarle hacerlo. No tenemos nada que perder.

—Y un cuerno que no tenemos nada que perder —explotó antes de poder contenerse Gabe—. Puedes perder la vida.

—Ese es mi problema, no tuyo —le recordó. Lo miraba con intensidad, con decisión, iba a ser muy difícil hacerlo cambiar de idea, pero no estaba dispuesto a perder un amigo, incluso si se suponía que ya no eran amigos.

Le encantaría ser un tipo rencoroso e insensible y que la vida o muerte de Damien no significara nada él, pero era un estúpido *sensiblón* con un corazón muy pesado que siempre estaba pendiente de ellos. De todos los que le importaban y, le gustara o no, el otro amo, ahora el único del *Pleasure's*, le importaba más de lo que debía.

—No voy a dejar que te suicides, Damien —le advirtió.

Su amigo reaccionó casi violentamente a sus palabras, como si lo hubiera

golpeado. Rod pareció listo para intervenir, por si necesitaba ayuda, Daniel continuaba silencioso y pensativo, observando la pizarra con las evidencias y anotando la nueva información sobre el técnico informático del club que se había desvelado como un posible infiltrado. No tenía por qué ser el asesino, quizá tan solo era un espía de otro de los clubes de la ciudad o quizá tan solo se esmeraba en confirmar que el Pleasure's no tenía nada que ver con Prometheus, fuera como fuese era otro eslabón de la cadena.

Afortunadamente, su cuñada se había ido a acostar. No quería que presenciara la tensión de la sala, podría no ser buena para ella, teniendo en cuenta que el embarazo estaba siendo un poquito complicado.

Estaba preocupado por ella, pero no iba a dejar que su hermano se percatara de ello. Su misión era la de hacer como que nada estaba mal, tenía que esforzarse en que Daniel se recuperara de ese estado nervioso en el que parecía encontrarse y que superara el miedo.

—Creo que la solución está justo frente a nosotros, pero no soy capaz de verla —intervino Daniel con gesto oscuro—. Tengo tantas preocupaciones en este momento que no consigo ver el nexo entre todo esto.

—No eres el único —acotó Rod con malhumor—. Llevo horas observando vuestra pizarra y cuanto más la miro menos la entiendo.

—No vamos a resolverlo esta noche —aseguró Damien—. La mejor manera es ir directo al grano. Poner una trampa con cebo, eso funciona siempre.

—No es una buena idea. Además, está obsesionado con Brenda —les recordó señalando la carta que Rod había dejado sobre la mesa—. Sin ella no se mostrará, querrá matar dos pájaros de un tiro.

—No creo que quiera matar a tu chica —dijo Daniel—. Está encargándose de criminales, ni uno solo está libre de culpa —observó a Damien—, excepto tú.

—A ojos de ese tipo, soy uno más y puede que tenga razón. No he sido un santo y tuve que hacer muchas cosas para sacar a Strider de circulación —reconoció.

Ninguno de los tres estaba al corriente de la historia y aunque tenía curiosidad por conocer los detalles, no estaba seguro de que fuera el momento para indagar en ello.

—¿Como qué? —inquirió Gabe. No para que contara todo lo que había hecho, sino para que ejemplificara por qué el tipo podría considerarlo tan malo como a los demás—. Pon un ejemplo de tus crímenes.

—Drogué a mi mejor amigo y no hice nada para impedir...

Gabriel lo acalló con una mirada, no quería que Daniel indagara en su pasado, era mejor que no supiera nada sobre aquella escena. Tampoco él quería recordar, no podía hacerlo. Ahora estaba concentrado en otro asunto más importante.

—Además de eso —interrumpió cortante.

—Drogué, sometí y maltraté de muchas maneras a mujeres y hombres, solo para ganarme la confianza de Strider —dijo con una templanza que lo dejó helado—. Incluso tomé parte en la muerte de Elizabeth —reconoció.

Daniel se irguió y lo miró incapaz de creer en lo que estaba diciendo.

—¿De qué coño estás hablando?

—Elizabeth murió estrangulada —dijo Rod—, pero no fue él quien lo hizo.

—Yo permití que sucediera, que es peor. Sabía que Strider estaba de muy mal humor, solía pagarlo con su mujer y su hija. Nunca salieron bien paradas de aquellos cambios bruscos del líder de Prometheus, al contrario. Encerraba a la chica en una jaula durante días, apenas le daba de comer a no ser que consintiera ser utilizada de las peores maneras posibles, era su manera de castigar a Elizabeth, hasta que se hartó y le plantó cara —recordó—. Nadie

que se enfrentara a Strider salía bien parado, no me permitió tomar partido aquella noche, porque sabía lo que yo sentía por su mujer. Un respeto absoluto, fue la que me introdujo en el mundo de la dominación y la que me enseñó todo lo que sé —explicó para todos ellos—. Por ella y por el regalo que me dio, fue por lo que decidí seguir adelante con la propuesta que me hizo la policía. Debería haberla salvado, pero Strider se encargó de dejarme fuera de combate y dijo que lo hacía por mi propio bien. No lo vi matarla, pero sé que fue él. Una de las mujeres lo acusó y mantuvo su versión, así que consiguió que también lo encerraran por asesinato, además de todos los otros sacrilegios que cometió.

—Entonces tú no la mataste —sentenció Daniel—. No creo que ese loco tenga un motivo que justifique que tú estés en su lista.

—Me merezco estar en esa lista y si muero condenado por lujurioso, no caerá la manzana lejos del árbol. Lo único que he sido desde años es sexo, carezco de alma o cualquier otra parte que pueda identificar a un ser humano frente a un simple animal.

Gabe sentía furia por la aceptación con la que su amigo hablaba y era su amigo, no habría confiado en él de no serlo.

—No voy a dejar que mueras.

—¿Y cómo planeas impedirlo? No puedes hacer nada para evitarlo, quizá es ese mi destino.

—Tu destino es ver crecer a tus hijos —espetó Gabe duramente—. No debes rendirte y no voy a dejar que lo hagas.

Damien sonrió lleno de ironía.

—¿No eras tú quien juraba y perjuraba que jamás volveríamos a ser amigos? ¿Qué ha cambiado?

Todo. Nada. No lo sabía, pero no quería verlo muerto. No quería perder a nadie más, estaba harto del mal que inundaba a algunas personas que no eran

capaces de perdonar y se regodeaban en su mierda.

Había sufrido, tenía su buena cuota de tragedias a sus espaldas y no planeaba permitir que todo ese dolor lo absorbiera y lo convirtiera en un ser ruin, rencoroso y despreciable.

—No voy a dejar que te expongas como una vaca en el matadero, me niego.

—No sé si sentirme halagado por lo de la vaca u ofendido.

Rod cortó la discusión y los miró a ambos.

—Quizá Brenda y tú podríais hacer ese número —añadió mirando a Gabe—, mientras Damien se deja caer por la sala, como si estuviera planeando seduciros a ambos. Eso podría ser suficiente para hacerlo saltar, si es que la lujuria es lo que puede presionar su interruptor.

—¿Estás diciendo que mi hermano y su novia hagan un trío público con Damien? —preguntó Daniel completamente escandalizado.

Gabe tuvo que reírse, no pudo evitarlo. La cara de su hermano era un poema y si pensaba que él se prestaría a semejante juego, era que todavía no lo conocía del todo.

—No vamos a hacer un trío con Damien. No es lo que Rod pretendía decir.

—Lo que Rod dice es que haga como que quiero follármelos, para que nos tenga a los tres a tiro y en vez de matarme solo a mí, pueda acabar con todos de golpe. Pam. Pam. Pam. Si es buen tirador, estaremos muertos en menos de un minuto. Ni siquiera sabremos de dónde llegó el disparo.

—¿Qué propones? —preguntó Gabe, sabiendo que el otro hombre tenía una idea clara dando vueltas por su cabeza.

—Más fácil que todo eso. Brenda y yo, juntos, sin Gabe.

—No voy a permitir que Brenda se exponga... —le advirtió, pero no pudo terminar su advertencia, porque Daniel asintió.

—Puede que sea una buena opción. Siempre y cuando no sea Brenda quién se juegue el pellejo, sino una mujer entrenada para hacerlo, mientras tu novia se queda oculta en alguna parte en la que no pueda alcanzarla.

—¿Y crees que el tipo no se dará cuenta del cambio? —preguntó Gabe.

—Si lo hacemos bien, no tiene por qué suceder —aclaró—. Y tengo en mente a la persona perfecta. Estoy seguro de que no va a poder resistirse a este reto.

Gabe no estaba convencido del todo. Si lo engañaban y tenía éxito, todo iría sobre ruedas, pero si jugaban con él y fracasaban, el demonio podía volverse más inestable y más inalcanzable. Quizá desapareciera y tuvieran que vivir el resto de sus vidas temiendo que en cualquier momento regresara para obtener venganza.

¿Desde cuándo se dejaba contagiar por el pesimismo de su hermano? Era el que siempre veía el lado bueno de las cosas y necesitaba concentrarse en esa parte de su personalidad en este mismo instante.

—No estoy seguro de que tengamos éxito —respondió Damien, observando a Daniel—, pero supongo que es un buen plan, después de todo.

—Entonces, ¿todo el mundo está de acuerdo? —inquirió Rod.

Gabe no estaba seguro, no podía decir un sí rotundo, pero siempre había pensado que la mayoría ganaba y no pensaba ser la voz de la razón, porque quizá estaba equivocado, así que asintió brevemente.

—Conforme.

—Entonces mañana mismo me pondré en contacto con la chica para poner todo en marcha y advertiré a los agentes que están a cargo del caso, para que reúnan efectivos suficientes y poder pillar a ese cabrón con las manos en la masa.

Damien y Rod secundaron con un brindis de sus tazas casi vacías de café el acuerdo, Gabe continuó mirando la pizarra y pensando en Brenda. Lo único

que quería era que pudiera librarse de todos los miedos con los que convivía, no merecía seguir atrapada en el limbo, tenía que ser feliz. Palpó la cajita en su bolsillo y sabía que en cuanto se hiciera con la última pieza que necesitaba para presentar su propuesta, una vez que el loco estuviera entre rejas, iba a cambiar completamente su vida, por propia voluntad.

Y lo cierto era que estaba deseando hacerlo. Necesitaba un propósito en la vida, que fuera más allá del club y de la satisfacción carnal en la que se escudaba para ignorar el deseo emocional que cada vez gritaba más fuerte con el fin de estar presente en su vida.

Ahora que tenía a Brenda, las dos partes de su alma estaban conformes, en paz y no planeaba dejarla marchar.

Si tenía que seguir adelante con este plan, por muy mal presentimiento que tuviera al respecto, iba a hacerlo, porque quería vivir tranquilo y disfrutar del regalo que el destino le había hecho.

Necesitaba avanzar.

—Conforme —dijo al resto—. Brindemos por la libertad.

Algo no marchaba bien.

Brenda se despertó de forma repentina, mirando a su alrededor. Otro lugar desconocido, la diferencia era que esta noche Gabe no estaba a su lado, sino Mallory, lo que podría equivaler a encontrarse completamente sola.

Se levantó con cuidado de no hacer ruido, cogió su móvil y se encerró en el baño. No tenía mucha cobertura, aún así, en la pantalla parpadeaba el aviso de que había recibido algunos mensajes hacía unas horas.

«Te echo de menos, Bren. Me muero por estar a tu lado y abrazarte toda la noche. Descansa y sueña conmigo, sé todo lo pervertida que puedas».

Sonrió, Gabe siempre la hacía sentir mejor, no importaba qué sucediera o cuál fuera el contexto en el que se encontrara, él le procuraba paz.

Abrió el grifo del lavabo y se lavó la cara. Por la ventana ya se colaban algunos rayos de sol, los pájaros cantaban, lo que parecía ser un gallo entonaba su melodía advirtiendo al mundo que era hora de despertar. El sol ya estaba pujando hasta lo más alto, para hacerse dueño del tiempo y brillar y calentar sus tristes almas.

Durante un tiempo, hacía años, su madre había tenido una aventura con un chico más joven que tenía una extraña afición por los cómics de superhéroes, tenía que admitir que le había caído bien, sobre todo porque la había tratado como a una amiga, algo que no solía pasar. Su madre elegía amantes que no charlaban, se daban un revolcón con ella, quizá repetían durante un par de días y no volvían a aparecer jamás.

Ese chico, en cambio, no se había largado después de su escueta aventura, sino que había seguido visitándola y prestándole alguno de los números que solía leer. Era un idealista y puede que ella también lo fuera en aquel entonces. Estaba convencida de que el hombre era culpable de que hubiera elegido la profesión en la que se había especializado y que formaba parte de la misma esencia de su vida.

Entre sus historias, su favorita, superman, el superhéroe casi invencible, a excepción de sus dos puntos débiles: *criptonita* y Lois Lane. Y, sin embargo, la brillante luz del sol podía contrarrestar casi cualquier ataque con la infame piedra. Sus rayos penetraban en su cuerpo y lo devolvían a la vida, otorgándole de nuevo la fuerza que aquel obsequio, producto de la explosión de su planeta, le arrebatara. No era solo su inmensa capacidad para salvar el mundo, lo que la había encandilado, sino su facultad para hacer justicia. Tenía unos principios grabados a fuego en su alma y nunca los sobrepasaba. No asesinaba a sus enemigos, les ofrecía una segunda oportunidad.

Ojalá pudiera ser ella como Superman, pero era más como Loki. Ni bueno ni malo, pero sí egoísta. Muy egoísta, porque quería quedarse con lo que deseaba, aunque en el fondo, sin hacer daño a nadie.

Se secó el rostro con contundencia y volvió a colocar la toalla en el soporte, después se estiró para abrir la ventana y dejar entrar la brisa matutina. Todavía estaban en otoño, pero hacía frío. El invierno no tardaría en presentarse y reclamar el bonito paisaje, convirtiéndolo en una capa blanca y fría, que podría asemejarse a la mujer que había sido durante los últimos meses.

Pero su alma anhelaba primavera, la misma que Gabe le ofrecía con su presencia. Ese hombre podía hacer sonrojar a Superman con su alto nivel de justicia. Creía en el sistema, en que los criminales tenían un lugar en el que estar: la cárcel. No soportaba a los matones que creían que podían matar a aquel que les había hecho daño. No entendía ojo por ojo, diente por diente, y después de haber escuchado sus razones para defender su posición, debía admitir que tenía parte de razón.

¿Quiénes eran ellos para decir quién era bueno o malo? ¿Para decidir quién debía morir o vivir? No podían hacerlo, no necesitaban hacerlo, porque ya había gente que se dedicaba a ello, gente preparada para aplicar las leyes.

Su móvil sonó una vez más, todavía no le había contestado a Gabe y ya estaba pensando en ella. Lo cogió con anhelo, necesitaba volver con él.

«Buenos días, Arco Iris. ¿Has dormido bien? Te he añorado toda la noche, necesito tenerte cerca. ¿Por qué no vienes fuera y me das mi beso matutino?».

No había terminado de leer cuando corría a toda prisa hacia la parte delantera de la casa. En cuanto lo vio, salió corriendo y se lanzó a sus brazos, besándolo con toda la angustia que había sentido en ese corto espacio de separación.

Miles carraspeó y sonrió con diversión. Supuso que no se había contenido

nada, ni siquiera se había vestido. El pijama no era el mejor atuendo para reunirse con su anfitrión.

—Perdón, es que ni siquiera me he parado a pensar...

Gabe la besó y se negó a soltarla. La tenía entre sus brazos como si no pesara nada y como si el hecho de que estuvieran en esa postura, con ella rodeándole con las piernas las caderas fuera lo más normal del mundo.

Escondió su cara en el hueco de su cuello y se quiso morir por la mortificación.

—A Miles no le importa, puede entender perfectamente todo esto. Siente lo mismo por Arabella. —La mujer era cercana y amable, parecía feliz y estaba evidentemente enamorada del hombre, aunque había descubierto la preocupación con la que Miles la observaba. No había dormido allí, porque había regresado al club, aún así parecía como si hubiese dormido toda la noche. Tenía un aspecto magnífico, aunque no tan bueno como Gabe.

—No es apropiado...

—No te preocupes por lo apropiado. ¿Por qué no entramos y os preparo algo de desayunar? —inquirió el dueño de la casa.

Gabriel negó.

—No quiero que despertemos a tu esposa, necesita descansar. Voy a llevar a Brenda a desayunar a un lugar especial, tenemos que mantener una conversación importante, pero te agradecería que cuidaras de Mallory por mí. Rod me cortará el cuello si le pasa algo a la chica o al bebé, no la dejes propararse cocinando o haciendo cualquier otra cosa.

—Estará bien, me ocuparé personalmente de ese hecho.

—Y Miles, tómate unos días libres. Vamos a estar cubiertos en el club. Daniel ha avisado a algunos amigos para formar una cadena de seguridad y sospecho que Cam, el hermano de Damien, no anda muy lejos de nosotros, aunque no se deje ver. Necesitas estar con Arabella y te mereces poder

cuidarla hasta que nazca tu bebé.

—No me digas que también me vas a dar mi baja por paternidad — bromeó el hombre.

—No te lo digo, te lo aseguro. Ya hablaremos de eso más adelante, ahora concéntrate en tu mujer y en la recta final. No queremos que nada la altere y ponga en peligro a tu bebé.

—¿Por qué no dejas que Mallory se quede con nosotros? El club ahora no es un buen lugar para una chiquilla que necesita estar relajada y a salvo. Puedo hablar con Stephen, si quieres.

—Creo que el chico lo habría propuesto él mismo de haber conocido la posibilidad. Si Mallory quiere quedarse, no hay problema. ¿Estás seguro de que no te importa?

—¿Bromeas? Así tendré una cocinera decente, soy un inútil con la cocina y mi esposa está harta de comer huevos revueltos resacos y macarrones insípidos.

Brenda nunca había pensado en Miles, la verdad, pero si lo hubiera hecho, nunca lo habría considerado un hombre sencillo y de buen corazón. Más bien habría mencionado su dureza, las distancias que marcaba con la mayor parte del mundo y su capacidad para emitir órdenes sin dejarse llevar por la emoción.

Sin embargo, verlo en su hogar, era ver una parte de él que no dejaba que mucha gente notara.

Sentía que se podía confiar en él.

Aún así, el mal presentimiento seguía persistente, como algún tipo de premonición funesta, incidiendo en sus tripas. Recordándole que algo terrible estaba a punto de suceder.

Esperaba que no afectara a esta familia o a Mallory, porque no se lo merecían.

—Voy a vestirme y a recoger mis cosas —le dijo a Gabe, que la soltó y le dio un pequeño azote mientras la animaba a darse prisa.

Podría haberle echado una bronca, pero le gustaba que se comportara tan libremente y con tanta tranquilidad, haciendo que nada más que estar bien, juntos y felices importara.

Lo amaba cada día que pasaba un poco más y esperaba que el destino no fuese tan hijo de puta como para separarlos.

Si Gabe moría, moriría con él, era un hecho. Y no estaba preparada aún para dejar este mundo.

CAPÍTULO 41

Damien estaba más que listo para convertirse en objetivo. Había hablado con Cam y le había informado del plan, había llamado a Amber y a Marti y, sin que se dieran cuenta, se había despedido de ellas. Había arreglado sus asuntos, abierto una cuenta para la universidad de sus hijos, poniendo a Cameron como custodio de las cuantiosas cantidades y había puesto en venta su casa, en realidad, había llamado a Daniel y se la había ofrecido por debajo de su precio de mercado, pero él ya no la necesitaba y dudaba que alguna vez pudiera volver a vivir en ella. Viviera o muriera, no iba a regresar a ese pedazo de pasado que seguía desgarrándolo cada vez que le permitía salir a la luz.

Habían pasado dos largas semanas y media hasta que consiguieron atar todos los cabos, entrenar el número con la agente que Daniel había enviado y convencer a Brenda de que era la mejor manera de proceder.

La chica no había estado de acuerdo al principio, tenía la idea de que debía tomar parte activa en esto, pero Gabriel, Rod y él mismo le habían explicado la situación, le habían mostrado su carta y le habían dejado muy claro que si interviniera tan solo interrumpiría.

Sin embargo, seguía yendo armada por ahí y alerta. No era tonta y su padre la había enseñado bien. Damien la admiraba y se alegraba profundamente de que Gabe la hubiera encontrado.

Cuando la noche anterior Daniel había hecho una oferta por su casa, había aceptado sin necesidad de negociación. Esa misma mañana, su abogado había redactado los documentos y había concretado la venta en su nombre. Había sido una buena decisión, especialmente por el destino que tenía en mente para esos beneficios. Iba a hacer una oferta por el *Pleasure's*, no para quedarse de

forma exclusiva con él, sino para tener una participación real y poder formar parte de la toma de decisiones.

Rod ya estaba el tanto, todavía no había podido concretarlo con Gabriel, pero sucediera lo que sucediera la noche del viernes, quería que parte de su capital fuera a parar al club.

Ahora ya solo le quedaba la parte más difícil, hablar con Warren. Lo había ido dilatando, porque no quería despedirse de él o ponerlo en peligro, y también porque su hijo estaba muy afectado por la muerte de Dylan, que resultó ser casi un amigo. No era que hubieran compartido charlas y risas, pero al parecer, estaba empezando a surgir una amistad entre los dos.

La policía le había mostrado parte del historial delictivo del fallecido, pero su hijo se había negado a dar crédito a aquellas denuncias, diciendo que el chico que conocía jamás podría haber hecho daño a una mosca.

A veces la gente era insensible y malvada y solo buscaban herir a alguien que no merecía semejante dolor. Warren estaba convencido de la inocencia del chaval, que, en realidad, nunca había sido procesado ni estado en la cárcel por los crímenes de los que lo acusaban.

Ya nunca tendría la oportunidad de defenderse o librarse de los cargos y limpiar su nombre.

Odió el dolor de Warren, porque se convertía en su propio dolor. Odiaba decirle que las cosas no iban a resultar sencillas y que quizá no pudiera volver con él para ayudarlo a elegir el rumbo que debía seguir su vida.

Cuando se sentó en el coche, se preguntó qué sucedería con todo cuando él ya no estuviera. No le importaban las cosas materiales, sino las personas. ¿Qué sentiría Warren, si también perdía a su padre?

Cerró los ojos y dedicó un instante a pensar en Piper. No sería tan malo morir, después de todo, podría volver a estar a su lado.

Aunque, con su suerte y su historial, lo más probable era que llegara

directo al infierno y sin esperanzas de poder contactar con ella.

La vida era una perra y la muerte también.

Los golpecitos en el cristal del coche lo sacaron de sus pensamientos y bajó la ventanilla para mirar a su hijo que estaba esperando.

—¿Papá? ¿Estás bien?

—Sube, tengo que hablar contigo.

No tardó en rodear el vehículo y tomar asiento a su lado. Arrancó, quería llevarlo al lago, un lugar especial en el que solían hacer picnic los domingos cuando era pequeño. No era una buena época, pero probablemente no tendrían más oportunidad de hacerlo.

Ninguno de los dos pronunció una palabra durante al menos diez minutos, entonces Warren soltó el aire contenido y resopló:

—No te atrevas a despedirte también de mí, papá.

—¿De qué hablas? —inquirió, haciéndose el loco.

—No soy idiota y mis tíos tampoco. Puede que Amber no se entere de nada, pero ¿sabes qué? Ya no soy un niño, puedes hablar conmigo de hombre a hombre.

No estaba seguro de eso, todavía era muy pronto para considerar a su hijo un hombre, pero tenía razón en algo, necesitaba ser sincero con él.

—Sabes que hay un loco que ha estado asesinando a gente. He estado recibiendo amenazas desde hace un tiempo —admitió—. Hace casi tres semanas me invitó a poner mis asuntos en orden, antes de que decida terminar con mi vida y, de alguna manera, es lo que he estado haciendo. No porque crea que voy a morir, sino porque estoy siguiéndole el juego.

No estaba completamente seguro de eso, porque lo cierto era que había posibilidades de que muriera. Más de una, pero no iba a decírselo a Warren, no lo necesitaba nervioso.

—¿Por qué has tardado tanto tiempo en decírmelo?

—Porque estabas sufriendo tu pérdida. Siento mucho lo de Dylan.

Los ojos de su hijo se llenaron de lágrimas mientras asentía.

—Yo también.

—He querido reunirme contigo hoy para darte algunas instrucciones, por si acaso.

—¿Por si mueres?

No quería decirlo así, pero sí, por ese motivo.

—Quiero dejar todo atado. No tengo un testamento, porque no lo necesito. He abierto cuentas para tu hermana y para ti, para costearos los estudios. También tienes tu coche a tu nombre y siempre puedes recurrir a tus tíos cuando necesites algo. He vendido la casa —informó—, quiero que custodies el dinero y, si yo no puedo, inviertas el cincuenta por ciento en el *Pleasure's*, para hacerte con una participación. Confía en mí, es un buen negocio y puede ser un salvavidas en el futuro. Gabe y Rod son muy buenos en su trabajo y lo dirigirán por ti.

—¿Quieres que ocupe tu lugar allí?

Damien se rio y negó.

—No se trata de eso. Ese es un hogar, un auténtico hogar, y con la otra mitad del dinero que he recibido por la casa, voy a comprarle a Gabe su apartamento, está pegando al club y es magnífico. Me gustaría que vivas allí, tanto si estoy como si no estoy. Si estoy... —carraspeó, casi era más difícil decir esto—. Me encantaría que volvieras a vivir conmigo, hijo. Puedes hacer tu vida, no te pido un informe de todos tus actos, pero quizá podríamos intentar ser una familia.

—¿Entonces es verdad? ¿Has dejado que los tíos se queden con mi hermana?

—Son sus padres y hacerlo legal era el paso siguiente. Amber nunca fue mía y el hecho de que los llame papá y mamá tampoco hace que deje de ser tu

hermana.

Warren asintió, no parecía enfadado, sino comprensivo.

—Deberías haberlo hecho el primer día, mi tía siempre ha tenido miedo de que llegues un día y decidas llevártela.

—He sido un egoísta durante un tiempo, concentrado en mi propio ombligo ignorando a las demás personas que me importaban en la vida.

—Si yo acepto vivir contigo, papá, tú tienes que hacer algo por mí.

Damien se sorprendió, no esperaba que le pidiera algo a cambio. No era muy buena señal, si necesitaba chantajearlo para conseguir su cariño, aún así asintió y respondió.

—Lo que sea.

—Tienes que sobrevivir para quedarte conmigo y ofrecer tú el dinero por el club, porque ese es tu sueño no el mío.

Sonrió y asintió.

—No dejaré que me maten, te lo prometo.

—No me falles, papá, porque jamás te lo perdonaré.

Esperaba no tener que hacerlo, la verdad. Tampoco quería morir, todavía no.

En cuanto llegaron al lugar en el que solían reunirse con Piper, su corazón se quebró un poco más, supuso que había elegido esta ubicación para despedirse también de ella y sincerarse con Warren.

Salió y respiró el aire fresco, miró a su alrededor y se preguntó si había parecido tan desolado en el pasado o tan solo era un reflejo de su propia alma.

—No he sido un buen hombre durante una gran parte de mi vida —confesó en voz alta. No quería confesar todos sus pecados, pero sí uno en particular. Algo que necesitaba que Warren supiera.

—No necesitas contarme nada, papá. Hace tiempo que dejé de juzgarte.

—Lo sé. No te merezco, pero me alegro de tenerte.

—Soy lo mejor que te ha pasado en la vida —bromeó Warren, pero lo cierto era que no iba a discutirse. Era lo mejor que tenía y así lo valoraba.

—De eso no tengas duda jamás. —Se apoyó en la parte frontal del coche y suspiró, necesitaba valor para confesar aquello, sabía que Cam había guardado el secreto durante todos aquellos años, pero era hora de que Warren supiera lo que había hecho su padre.

—Papá, ¿qué haces?

Se estaba quitando el abrigo y remangándose el jersey. Arrancó las pulseras de cuero y tocó las feas cicatrices que habían quedado allí, muestra de su debilidad.

—Intenté suicidarme hace cinco años y habría tenido éxito de no ser por la tozudez de tu tío —confesó a un horrorizado Warren—. Nadie fue culpable, nadie más que yo mismo. No podía vivir con lo que había hecho en Prometheus, así que pensé que la mejor manera de seguir adelante era quitarme del medio, así no tendrías que avergonzarte de ser hijo de tu padre.

Jugó con el cuero que lo ayudaba a enmascarar lo que era y recordó aquel día tan claramente como si hubiera sucedido ayer.

—Cometí un grave error, porque en realidad no estaba listo para morir. Nada bastó para convencerme, hasta que te escuché tocar en aquel concierto. No sé si lo recuerdas, porque estabas muy nervioso y dudo que siquiera me vieras allí. Marti te había hecho un traje a medida, era la primera vez que ibas a tocar para un público tan amplio y habías ensayado hasta la saciedad. Había estado tan sumergido en mis propios demonios que no había podido ayudarte, al contrario, había estado ausente, pero te había prometido que iba a estar allí y estuve.

Recordó aquel día, había pedido el alta voluntaria y se había presentado en el teatro. Blanco como el papel, aún recuperándose por la pérdida de sangre, pero completamente decidido a demostrarse a sí mismo que no era tan

ruin como para herir a la única persona que verdaderamente merecía su cariño. Se había quedado fascinado por la habilidad de su hijo para llevarlo lejos, muy lejos, y sanarlo.

—Fue tu música la que me devolvió a la vida aquel día.

—¿Por qué no hablaste conmigo? Siempre pensé que no fuiste, que no habías tenido tiempo para verme. Me enfadé tanto, había trabajado tan duro para que te sintieras orgulloso de mí y yo... te odié entonces.

—Me merecía tu odio, porque no había sido fuerte. No había sido capaz de enfrentarme al dolor y a mi conciencia. No merecía tu cariño y comprensión. Quería estar solo y ser castigado.

Negó, no había ningún buen sentimiento tras aquel día, a excepción de Warren. Si miraba atrás, era la única luz que lo había acompañado a lo largo de aquellos años.

—¿Por qué me cuentas esto ahora?

—Entonces quise morir, pero ahora no. Si no sobrevivo, pagaré por mis pecados pasados y no quiero que llores mi ausencia, porque ni siquiera lo merezco. Si vivo, quiero tenerte a mi lado, aunque no lo merezca, porque estoy harto de ser un estúpido incapaz de apreciar la vida. Y quiero volver a sentir que los días tienen un propósito. Quiero más en mi vida que el placer instantáneo que me ayuda a tolerar solo pequeños momentos, te quiero a mi lado y sé que eso me convierte en un ser egoísta, pero voy a aferrarme a ti con todas mis fuerzas.

Warren lo abrazó tan fuerte que estuvo a punto de tambalearse.

—Eres el mejor, papá. Te quiero y esto no cambia nada —aclaró señalando las marcas, que terminó recorriendo con sus dedos—. En mi opinión, tan solo hablan de que eres un buen hombre que cree que tiene que ser perfecto y eso es imposible. Ni siquiera yo soy perfecto y mira qué aspecto tengo —bromeó. Le recordó a Piper con el gesto y las palabras, incluso con el

tono de voz que había empleado y se le encogió el corazón.

La echaba tanto de menos.

—Te pareces mucho a tu madre.

—Mamá sigue conmigo, papá, y contigo. Siempre formará parte de nuestra historia, puede que en este momento ya no esté, pero si viajas al pasado, a ese instante en el que celebramos mi cumpleaños justo aquí, cuando tenía seis años y no teníamos demasiada pasta para una fiesta por todo lo alto, sigue ahí, con su sonrisa y sus besos, con su cariño y su corazón generoso. Siempre va a estar allí, siempre, y ni la muerte puede arrebatarlos eso.

¿Por qué había heredado el optimismo de su madre? ¿Por qué él tenía que ser el lado oscuro de la ecuación? Siempre había sido el que planteaba los problemas y Piper quien los resolvía.

Por eso habían hecho tan buena pareja.

—Sin importar qué nos depare el futuro —le dijo entonces—, quiero que sigas tu instinto y que hagas lo que consideres necesario para ser feliz. Lo que te diga tu corazón, hijo, al final es todo lo que importa, porque este mundo es un lugar intermedio y no vamos a estar tiempo suficiente en él como para tener que vivir a medias para contentar a los demás y ser infelices. Prométeme que vas a luchar por tus sueños, siempre.

—Te prometo que voy a ser egoísta en lo que a la felicidad se refiere.

—Promete que vas a cuidar de Amber y tus tíos.

—No me necesitan, pero te lo prometo.

—Te quiero, chaval —confesó con un nudo en la garganta, aferrándose a él con fuerza, las lágrimas picando en sus ojos.

—Te quiero, papá —respondió con sinceridad, permitiéndole que se deleitara en el contacto de tener a su pequeño una vez más entre sus brazos. El niño que había llegado al mundo para hacer de este un lugar mejor.

«Te quiero, Piper, nunca te olvidaré», dijo su corazón al viento y supo

que, sin importar qué sucediera a partir de este instante, esta era su despedida.

Había llegado el momento de seguir adelante y vivir, mientras le durara el aliento en el cuerpo.

Nada iba a hacer que olvidara a su mujer, nadie iba a ocupar su lugar, pero iba a dejar de pagar la vieja deuda de sangre, porque estaba cansado y porque necesitaba que este nuevo propósito y este nuevo objetivo tuvieran éxito.

Junto a Warren, cualquier cosa era posible.

CAPÍTULO 42

Brenda recibió un mensaje de Gabe mientras estaba dándose una ducha. Se asomó en cuanto se encendió la pantalla de su móvil, cerró el grifo y se envolvió en un albornoz. Nada más leer sus palabras, se preocupó, no pudo evitarlo.

«Reúnete conmigo en la sala de baile en cuanto puedas, Mallory no se encuentra bien».

¿Mallory? ¿No estaba la chica con Miles?

«¿Qué hace Mallory en el club?».

«La esposa de Miles está en el hospital», replicó conciso.

Un escalofrío recorrió su espalda, algo iba mal, podía notarlo. ¿Acaso el bebé de Arabella tenía algún problema para nacer? ¿Y Miles? ¿Cómo se estaría sintiendo? Había pasado tiempo suficiente, sabía que había llegado el momento de nacer y que el niño estaba más que listo, pero los médicos después de la última prueba de monitores habían decidido dejar que la naturaleza siguiera su curso e intervenir justo en el momento en que se pudiera de parto. En realidad, fue Rod quien sugirió la idea y había estado visitando a la pareja asiduamente durante las últimas dos semanas, con lo que estaban bien atendidos. Su colega, la doctora Montgomery, había secundado su opinión y habían estado trabajando de forma coordinada para proteger a la familia.

«¿Dónde está Rod?», preguntó mientras empezaba a vestirse a toda prisa.

«Con Miles», respondió de nuevo Gabe.

La tensión en el interior de Brenda volvió a surgir con fuerza, había quedado con Natasha, la agente que iba a intervenir esa noche junto a Damien, para practicar por última vez la danza. No solo lo hacía estupendamente, sino que tenían cierto parecido físico que haría que, con la máscara que habían

planeado, resultara casi imposible diferenciarlas.

Pero si Mallory no se encontraba bien, suspendería la sesión, en realidad no la necesitaban. En cuanto se puso las zapatillas y se aseguró de llevar su arma a buen recaudo, se apresuró hacia el lugar. Sabía que Stephen había salido a ocuparse de unos papeles del seguro médico, Damien estaría cerca para unirse al ensayo y Gabe ya estaba allí. Habían hablado de esto muchas veces, por lo que ya estaba harta de defender su postura. Él quería que abandonara el club antes de que llegara la actuación y ella se negaba hacerlo. Sabía que probablemente esto no era más que una excusa para hacer un nuevo intento. Mallory sería el eslabón débil y no podría negarse a acudir en su ayuda.

Cuando entró en la sala, Gabriel estaba allí y la recibió con una sonrisa.

—¡Qué rápida eres! ¿Por qué no te has tomado tu tiempo? —inquirió.

—Bueno, si Mallory no se encuentra bien, es mejor ayudarla cuanto antes.

—¿Mallory? Bren, Mallory está con Miles. ¿Recuerdas?

Su mal presentimiento emergió con fuerza, el loco estaba allí en alguna parte y la había engañado, pero ¿dónde?

—No estamos solos —susurró llevando una mano a su arma.

La voz sonó alta y clara a su espalda.

—No hagas eso, mi dama, no me gustaría tener que herirte —Lo conocía, se había cruzado con él, el día en que su jefe trató de asaltarla. Se giró para mirarlo y se colocó frente a Gabe, protegiéndolo con su cuerpo. Era más alto que ella, por lo que, aún así, podría ofrecer un blanco fácil.

Gabriel intentó apartarla y convertirse en objetivo, pero luchó para evitarlo. Ganó él.

—Dejad de jugar —exigió el hombre enmascarado. Llevaba un traje hecho a medida, sus manos iban enguantadas en cuero y un arma apuntaba a la sien de la pobre Mallory que sudaba profusamente y parecía encogerse.

Brenda vio la tensión de la chica y maldijo para sí, era muy probable que se pusiera de parto antes de tiempo, podía ver las señales allí. No era experta en alumbramientos, pero una vez con su madre, en uno de sus muchos destinos, habían convivido con algunas parteras y le habían enseñado un par de cosas. Si fuera estrictamente necesario, podría atenderla.

—Suéltala, me quieres a mí —dijo Brenda—. Mallory no tiene la culpa. No le hagas daño, no ha hecho nada malo.

Gabriel estaba justo delante de ella, esperando un momento para actuar.

—No lo hagas —advirtió el otro tipo—. No quiero matarte, eres inocente.

—¿Inocente yo? —inquirió Gabe en tono burlón—. Eso deja claro que no me conoces.

—Entonces, mi error —dijo y le disparó. Tres tiros certeros que se clavaron en su alma.

Brenda gritó y se aferró a él. Mallory lloró. Gabe cayó en el suelo, al principio mudo por la sorpresa, después completamente fuera de combate. Sus ojos se cerraron, perdiendo la consciencia.

Brenda buscó la sangre y tan solo vio tres dardos sobresalir de su pecho. ¿Lo había drogado?

—¿Qué le has hecho?

—No te preocupes, vivirá —le aseguró—. No tengo intención de matarlo, esa no es mi misión. ¿Entiendes? No asesino a inocentes, solo a los culpables. Ellos pagarán con su sangre, los demás no. He venido para salvarte.

—¿De Gabe? ¿De Mallory? —inquirió haciendo que su voz sonara completamente ridícula, quería que se avergonzara de sus hechos.

—Tu hombre se despertará con dolor de cabeza, nada más.

Mallory seguía retorciéndose, lloraba y no paraba de mirar a Gabe con horror. El hombre negó y exigió.

—Cállate ya, vas a dejarme sordo, joder.

Y la empujó sobre el sofá. La apuntó con el arma, pero Brenda se aferró a su brazo y el disparo fue al aire.

—¡No! Está embarazada, maldito loco.

—No soy un loco, soy un héroe y voy a demostrártelo —decretó dejando caer el arma como si fuera inservible, le ofreció su mano—. ¿Confías en mí?

Brenda no lo hacía, pero solo podía ver una de sus manos y sabía que la otra ocultaba algo, probablemente otra pistola y esta contendría fuerza letal. Balas con su nombre, quizá, quién sabía.

Aferró su palma.

—Voy contigo, pero déjala en paz.

Pareció complacido con su decisión y se llevó los dedos a su boca para besarla.

—Me hubiera gustado que hubieras seguido apartada del mundo, pero no podemos cambiar lo que ha pasado. No me importa que te haya follado Gabriel Grier, después de todo. Nos resarciremos de todo eso, lo tengo grabado, podremos verlo juntos y decidir qué castigo mereces por cada uno de tus pecados, pero no te preocupes, no creo que ninguno merezca tu muerte. Todavía me faltan cintas por revisar —en su voz había un filo de locura. No sabía si era mejor hacerlo hablar o ponerse a gritar como una loca llamando por ayuda. ¿Dónde estaba Lou? ¿Dónde estaba la seguridad?

—No voy a acostarme contigo —decretó, no le importaba que se pusiera furioso, no iría voluntariamente a una cama con ese desgraciado.

—No he dicho que vayamos a tener sexo, no has escuchado nada de lo que acabo de explicarte, ¿verdad? Nosotros estamos por encima de esos pecados. Odio el contacto físico, no puedo soportar los sonidos ni el olor, jamás te tocaría.

Brenda lo miró sorprendida, entonces ¿qué esperaba realmente de ella? Su aturdimiento pareció divertirlo y tiró de su brazo con más fuerza de la

necesaria, mientras la llevaba hacia la puerta.

—Vamos, puedo entender que con lo que has vivido puedas creer que todos los hombres son iguales —concordó—. Lo que te hicieron no tiene perdón, pero estoy aquí para compensarte. Para vengar lo que hemos sufrido —dijo el hombre mientras la guiaba hasta la parte de atrás—. Tengo que llevarte a un lugar seguro mientras termino con lujuria. Sé que es amigo tuyo, pero tiene que morir. Lo entiendes, ¿verdad? Esa muerte es mía, la necesito, él jodió mi vida. Me destruyó. Por su culpa, me quedé solo y destrozado, completamente abandonado.

Parecía perdido en sus pensamientos, distraído. Brenda solo tenía un intento y sabía que podía acabar muy mal, pero no planeaba ir con aquel tarado a ninguna parte. Una docena de pasos antes de llegar a la puerta principal, aprovechó su dispersión para soltarse y salir corriendo. Podía exponerse a un tiro por la espalda, pero si tenía que morir, al menos lo haría luchando.

Escuchó el estruendo, pero no sintió dolor. ¿Por qué no sintió...?

—¡No! —gritó cuando vio a Damien luchando con el tipo—. Cuidado, Damien. Tiene una pistola.

Algo absurdo para decirle, porque ambos habían escuchado el tiro.

El hombre le gritó:

—Corre y pide ayuda —exigió.

Sabía que no tenía tiempo para hacerlo, otro tiro al aire.

Empuñó su propia arma y apuntó. Necesitaba un disparo limpio o le daría a Damien y se estaban moviendo demasiado. Tenía buena puntería, pero no iba a arriesgarse.

Un tercer tiro, pero Damien no se retiró. Empezó a golpearlo, cada vez más fuerte, haciendo contacto entre su puño y su cara. Consiguió que se tambaleara y cayera hacia atrás, pero no estuvo demasiado tiempo en el suelo,

poseía agilidad, iba a ser muy difícil para Damien vencerlo, era de su tamaño y al menos tan fuerte como él.

—¡Quítate! Necesito libre la trayectoria de tiro.

Damien ni siquiera la miraba, estaba concentrado en la pelea. Brenda seguía tratando de hacer blanco, en el instante en que sonó una nueva detonación y su amigo se apartó lo suficiente para disparar, apretó el gatillo y atravesó limpiamente su pecho.

No fue el único balazo en impactar contra su cuerpo, de forma casi instantánea tres lanzadores dispararon a la vez, pero estaba segura de que la suya fue la primera.

El hombre la miró con incredulidad, como si no pudiera comprender por qué le había disparado.

—Solo quería salvarte —dijo con la sangre empapando el frente de su traje y saliendo también por su boca.

Cameron apareció justo tras él, con su arma aún humeante. Daniel lo hizo desde otro punto y Miles, con lo que parecía una brecha en la frente y la ropa manchada de sangre, desde el otro flanco.

Retiraron el arma que aún estaba entre los dedos inertes de su mano y continuaron apuntándolo.

Brenda se acercó a Damien, que la miró. Jadeaba y sus ojos estaban vidriosos.

—¿Estás bien? —preguntó, con las manos cerradas en puños a sendos lados de su cuerpo. Estaba de rodillas y parecía estar haciendo un esfuerzo para decir aquello.

—Lo estoy. ¿Y tú? —inquirió sus ojos estaban llenándose de lágrimas. No necesitó ver el gesto de su mano derecha llevándolo al costado para saber que le había dado y que se estaba desangrando lentamente.

—He estado mejor.

Su mano presionó por encima de la de él y gritó:

—¡Llamad a una ambulancia!

La garganta se le cerró, su corazón dolía. Gabe estaba herido también, pero Damien parecía a las puertas de la muerte. Tenía que hacer algo, pero no sabía qué. Ojalá su madre hubiera tenido una aventura con un cirujano, para saber exactamente cuál era el proceso para suturar una herida de bala.

Lo único que hizo fue ejercer presión en la herida, con toda su fuerza y exigirle que no se le ocurriera cerrar los ojos, que no tenía permiso para morir.

Los tres hombres estaban a su alrededor, pero no los notó. Las manos de Cameron la apartaron, mientras Miles ocupaba su lugar y empezaba a ejercer los primeros auxilios, tratando de mantenerlo con vida hasta llegar al hospital.

—No vamos a abandonarte.

El hombre no pudo contestar, no le quedaban fuerzas para hacerlo. A Brenda se le escapó un sollozo y solo pudo observar sus manos empapadas en su sangre y recordar el momento en que le había salvado la vida, porque lo había hecho. Podría haberse ocultado, haber corrido en dirección contraria y, sin embargo, allí estaba, con ella, jugándose la vida.

—¿Por qué lo hiciste? —susurró sin dar crédito a sus acciones. Ni siquiera le caía bien.

Cameron la sacó de allí, obligándola a romper el contacto visual con el cuerpo desmadejado y ensangrentado de su hermano.

—Ha pasado por cosas peores, créeme, sobrevivirá —aseguró.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque iré al mismo infierno si es necesario, para traerlo de vuelta. Y lo sabe.

Y supo que decía la verdad, parecía capaz de hacerlo. Entonces recordó a Gabe y Mallory y trató de ir hacia el lugar.

—Tengo que...

—Roderick está con la chica y Gabe va de camino al hospital, aunque solo por asegurarnos. Lou se lo ha llevado, en cuanto hemos dado la voz de alarma.

No dijo nada más, ¿qué podía hacer ella? ¿Para qué servía, además de para causar problemas a todos aquellos con los que se cruzaba? Lo mejor que podía hacer era largarse de allí, antes de que hiciera más daño.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas y se sentía incapaz de parar. No podía seguir jorobando a todos los demás.

Cameron la abrazó, no pidió permiso, tan solo la estrujó con fuerza como si fuera un padre o un hermano mayor. Nunca había tenido uno real, uno que estuviera a su lado ofreciéndole cariño y seguridad.

—Olvida todo lo que está pasando por tu mente en este momento. Voy a llevarte con Gabriel.

—¿Y tu hermano?

—Estaremos en el hospital, van a tardar un buen rato en dejarnos verlo, una vez lo lleven allí.

Parecía tener respuesta a todas sus preguntas, como si nada pudiera torcerse o cambiar a peor en cuestión de segundos, como había pasado. Lo tenían todo tan bien planeado y habían trabajado tanto para pillarlo en el momento oportuno, que no podía entender cómo algo podía haber salido mal.

—¿Alguien sabe quién era?

Cameron asintió.

—Sí, pero nos dimos cuenta demasiado tarde. Cuando todos estemos bien y estés más relajada, te lo explicaré.

Brenda asintió, lo cierto era que lo único que le importaba ahora era que todos estuvieran bien, sanos y salvos. Damien tenía que sobrevivir, no importaba que no le cayera bien, solo tenía que salir adelante porque Gabe no

podría soportar una muerte en su conciencia y ella tampoco.

Y después estaba Mallory, a punto de tener a su bebé, todo parecía haberse precipitado de pronto y no sabía cómo iba a ser capaz de afrontar todos los cambios, porque en el fondo de su corazón, solo quería esconderse y huir de todas esas emociones que la asaltaban, recordándole ese momento no tan lejano en que había anhelado volver a sentir todas y cada una de ellas.

Cuidado con lo que deseas, se dijo, porque a veces se hacía realidad.

Cuando tuvo el bebé entre sus manos y Mallory rompió en llanto, repentinamente aliviada, sintió que de todo aquello había salido algo muy bueno. Este pequeño niño, perfecto y precioso, que había inaugurado de una forma muy especial el club.

Nunca habían recibido a una criatura en aquel lugar pensado para el placer, pero esta era la mejor acción que había llevado a cabo en años.

Limpió al niño y se aseguró de que respirara con normalidad, antes de entregárselo a su madre. La ambulancia había llegado y se había marchado con Damien, a toda prisa. Miles estaba a su lado, angustiado y anonadado, sin poder apartar la vista de la mujer que acunaba ya a su pequeño entre sus brazos.

Y sin importar su edad, era completamente una mujer, ya nadie podría acusarla de ser una cría.

Se levantó, estaba sucio de pies a cabeza y estaba claro que necesitaba una ducha, pero no hasta que la segunda ambulancia llegara para trasladarla al hospital. El bebé era bastante pequeño y podría necesitar estar algunos días en la incubadora, si así lo decidía el pediatra a cargo, aunque en su opinión era lo suficientemente fuerte como para conseguirlo sin recurrir a métodos

artificiales.

—Acabo de acojonarme —espetó Miles completamente absorto con la imagen.

Rod se rio, no pudo evitarlo.

—Para Arabella será diferente. ¿Cómo está, por cierto? Parece que te hayan asaltado.

—Está bien —le aseguró—. Mis suegros están con ella, la acercarán al hospital si surge algo. —Después suspiró con cansancio y explicó su presencia allí. No había tenido tiempo para explicarlo—. Mallory me pidió que la trajera, porque recibió un mensaje de Stephen que la dejó muy preocupada. El problema era que no era de Stephen, en realidad, sino del sujeto que está muerto ensuciando nuestra tapicería de allá afuera.

Roderick frunció el ceño. No le gustaba nada de lo que había sucedido, pero al fin, había terminado todo. O, al menos, eso esperaba.

—Deja que me ocupe de que Mallory vaya al hospital con el bebé y me dé una ducha y te acompañaré para ver cómo lo lleva tu esposa.

Miles asintió.

—Y quizá alguien debería echar un vistazo a ese corte.

—No es nada —se apresuró a descartar su amigo—. Los he tenido peores, voy a ducharme también, no quiero que Arabella me vea así, se disgustará.

Rod estuvo conforme. Volvió a revisar a la chica. Todo iba estupendamente, dudaba que hubiera alguna complicación. La besó en la frente y la animó, estaba orgulloso de ella.

—Lo has hecho muy bien —la reconfortó.

Los médicos llegaron en ese momento, con Stephen que entró corriendo, sin apenas aliento. Rod sabía que esos dos tenían que compartir este momento, sin su interferencia, así que una vez se aseguró que los dos eran llevados con la doctora Montgomery, se permitió relajarse por un instante.

Evitó a propósito la sala aledaña, Daniel estaba allí con el resto de policías analizando lo que había sucedido, supuso, y tratando de esclarecer los hechos. Dio un rodeo para evitarlos. No le apetecía lidiar con eso ahora, solo necesitaba sentirse limpio para reunirse con Brenda y asegurarse de que Gabe estaba bien y de que Damien salía vivo de esta.

Si no lo lograba, todos perderían a un gran amigo.

—Te espero abajo —lo alertó Miles un instante antes de que entrara en el ascensor.

—Diez minutos.

Necesitaba desviarse durante un par de horas, era importante ver el progreso de Arabella, el parto iba a ser complicado para ella. Si lo hubieran consultado con él, nunca les habría recomendado un embarazo, con su lesión era posible que si algo se desviaba de la ruta trazada, pudiera perder la facultad de caminar.

No le había importado, a pesar de que la doctora Montgomery se lo había explicado, habían estado dispuestos desde el principio. Cuando Susan practicara la cesárea, iba a estar cerca de Miles para ofrecerle todo su apoyo, porque sabía que lo iba a necesitar.

Por un instante imaginó lo que Kat diría en una situación como esta, después se obligó a dejar de pensar en ella. No lo había querido, es más, lo había abandonado y quizá había sido el mejor favor que le habían hecho en la vida, pero estaba dolido. ¿Por qué se había ido justo en este momento, cuando más la necesitaba?

Todo estaba cambiando y no le gustaba alterar su rutina, ahora tenía que irse adaptando, paso a paso, día a día y encontrar la mejor respuesta a todos los interrogantes que se iban abriendo frente a él.

Se miró en el espejo del cuarto de baño, que le devolvía la imagen de un hombre agotado, pero conforme con sus actos. No se arrepentía de los pasos

que había dado últimamente, es más, iba a hablar con Gabe sobre algunos cambios, cuando se recuperara.

Lo había visto tumbado con los ojos cerrados y aquellos dardos sobresaliendo de su pecho y casi se le había parado el corazón. Lo primero que hizo fue intentar reanimarlo, hasta que se dio cuenta de que respiraba con normalidad y sus constantes vitales eran las correctas. Entonces, sintió cómo el alivio lo inundaba y se acercó a Mallory que lo necesitaba mucho más.

La chica había estado muy asustada y preocupada, había roto aguas y estaba empapada, sin saber muy bien cómo proceder. En este caso no le había costado nada mantener la calma, porque era algo que sabía hacer y había estudiando lo bastante el caso como para ser consciente de que el bebé estaba bien colocado y sus órganos bien formados.

No, no había dudado cuando trajo al pequeño Cole al mundo y no dudó cuando admitió que Gabe se repondría, sin embargo, pensar en Damien, a pesar de que no había visto la herida, lo hacía temblar.

No quería perderlo, no podía dejarse llevar por la pena, porque todavía no estaba muerto.

Y si algo había aprendido era que mientras había vida había esperanza y con lo tozudo que era, estaba seguro de que no había pronunciado su última palabra.

CAPÍTULO 43

Cuando Gabriel abrió los ojos, lo primero que vio fue a Brenda y se sintió tranquilo. Estaba a su lado con los ojos rojos y la nariz hinchada de tanto llorar. No paraba de sollozar, parecía completamente destruida.

—Todavía no me he muerto, ¿verdad? —inquirió. Parpadeó, la luz le hacía daño en los ojos. Estaba en una cama de hospital, una vía lo unía a un gotero y sentía todo el cuerpo dolorido, como si le hubieran dado una paliza —. Ese hijo de puta me disparó —se incorporó tan rápido que se mareó. Tenía un terrible dolor de cabeza.

—Tranquilizantes —explicó Brenda—. La dosis era bastante fuerte, por lo que han tenido que ingresarte. Van a observar tu progreso, estaba esperando a que despertaras. Hay algo que tengo que decirte.

La voz de Brenda estaba plagada de angustia y todo su cuerpo dejaba claro que había pasado algo terrible. Lo primero en lo que pensó fue en Mallory y su bebé, pues estaban en la misma habitación con ellos, cuando había sufrido el ataque.

—¿Mallory?

—El pequeño Cole nació en el Pleasure's, pero ya están aquí y están bien. Pesó dos kilos doscientos gramos, así que no han necesitado meterlo en la incubadora. Va a ser un chico fuerte y su madre está muy bien. Stephen está con ellos.

—¿Cómo estás tú, Bren?

Gabe sabía que había pasado algo más, no solo eran las emociones de Brenda descontroladas por todo lo que había pasado, había algo más.

—¿Quién ha muerto? —Estaba seguro de que había muerto alguien.

—El loco que iba detrás de mí está muerto. Le atravesé el corazón con una bala y no me arrepiento. Daniel, Miles y Cameron dispararon poco

después, no tuvo ni una sola oportunidad de sobrevivir —aclaró.

—¿Estás llorando por ese tipo?

Brenda negó.

—Me alegro de que esté muerto. No lloro por él —parecía que le costaba encontrar las palabras para contarle lo que quisiera contarle.

—¿Daniel está bien? ¿Y Rod? Dime, Brenda. Necesito saber qué te pasa, dónde están ellos.

—Todos están bien, excepto Damien —el nombre salió estrangulado de entre sus labios, los sollozos fueron más insistentes y le resultó imposible decir una palabra más.

El corazón de Gabe se saltó un latido. ¿Damien? No podía estar muerto, no de esa manera. Se levantó como pudo para abrazarla con fuerza, lo necesitaba. No le importó llevar un camisón de hospital que dejara su trasero al aire, solo le importaba reconfortarla.

—Háblame, Bren. ¿Qué le ha pasado a Damien? ¿Está muerto?

Brenda negó.

—Me salvó la vida. Se puso en medio y evitó que me disparara por la espalda —aseguró aferrándose más fuerte a él—. Es mi culpa, todo es por mi culpa, solo traigo desgracias a los que amo, debería marcharme lejos y dejar de herir a las personas.

—No. Ni se te ocurra decir eso, porque no es verdad. Eres la luz de mi vida, mi alegría, no quiero dar un paso hacia delante si no es contigo a mi lado —dejó claro, tomando su rostro entre sus manos para mirarla a los ojos y que pudiera ver lo en serio que hablaba.

—Damien está en el quirófano, por segunda vez. Pudieron extraer la bala, pero han surgido complicaciones. No garantizan que sobreviva y voy a arrastrar su muerte en mi conciencia.

—No sabes si va a morir y, desde luego, no eres culpable de lo que él

decidió hacer. Personalmente, le agradezco que te mantuviera a salvo y estoy seguro de que se va a despertar para echármelo en cara el resto de su vida.

Cameron entró en la habitación, acompañado de Warren. Los dos estaban visiblemente afectados, pero especialmente el más joven, que fue hasta Brenda y se la arrebató, para abrazarla con fuerza.

La mujer se lo permitió, incluso se aferró a él. Gabe sintió celos, no podía evitarlo, a pesar de que sabía que era el momento de apoyarse unos a otros.

—Acaba de salir —informó Warren—. Va a estar en la Unidad de Cuidados Intensivos durante un par de días o hasta que mejore. Su corazón se detuvo en el quirófano y tuvieron que reanimarlo —dijo con la voz rota.

Cameron también le dio un apretón en el hombro y miró a Gabe.

—Va a salir de esta —le aseguró.

—Vamos a asegurarnos de que sabe que no está solo —le dijo al otro hombre—. ¿Conocemos la identidad del salvaje que le disparó?

Cameron asintió con vehemencia. Brenda lo miró con interés, el hombre terminó por relatar brevemente quién era y qué parecía pretender el sujeto.

—Ulrik Strider —explicó—. Hijo mayor del líder de Prometheus. También conocido como Sebastian Quinn, experto informático. Lleva un año trabajando en el Pleasure's —aclaró—. Fue maltratado y sufrió abusos durante años a manos de su padre y sus amigos. Creció encerrado en un armario, amarrado y sin apenas permitirle ver la luz del sol, su única ventana al mundo era un ordenador portátil y una conexión a internet. Su padre lo despreciaba, porque era hijo de una mujer que los abandonó a ambos. Nadie lo conocía como tal, era solo uno de los sumisos que a menudo recibía los peores golpes y las atenciones más salvajes. Tuvo que ver cómo herían a las mujeres y a otros hombres, vio cómo trataban y utilizaban a su hermanastra. Creemos que presencié el asesinato de la mujer de su padre. Estaba completamente perturbado —aseguró—. Cuando Strider cayó y se cerró Prometheus, se quedó

completamente solo. Perdido, vagando por un mundo que desconocía. Su única herramienta para comprender la realidad era la experiencia que poseía de haber visto películas y quién sabe qué más en esa pantalla que lo acompañaba a todas partes y su afán de hacer justicia. Daniel os dará más detalles, porque están investigando su perfil psicológico, en mi opinión se sintió identificado con Brenda, por los abusos, y quería salvarla, algo que quiso que hicieran por él, pero nadie hizo. Pretendía protegerla. Damien era un monstruo a sus ojos, el digno sucesor de su padre, le arrebató todo, incluso el rol que había desempeñado, cuando propició la caída de su líder. Quería matarlo para cerrar el círculo, todos los asesinatos están vinculados al club.

Brenda lo miró y preguntó sin contener la duda que la asaltaba.

—¿El hombre que me atacó a mí también estaba relacionado con ese lugar?

—Sí —confirmó, después miró directamente a Gabe—. Al parecer hicisteis muchos enemigos en aquel lugar.

—No era un buen lugar —concordó. Si entonces hubiera sabido todo lo que sabía ahora, nunca había entrado en la red de destrucción de Prometheus, pero no era más que un niño inexperto que creía que lo sabía todo sobre la vida y su caída había sido poderosa, salvaje y violenta.

—Mi padre quería participar en el Pleasure's, hacerse socio —intervino entonces Warren, mirándolo directamente—. No sé si sobrevivirá o no lo hará, pero sea como sea, te pediría por favor que le permitieras formar parte de ese proyecto. Desde que murió mi madre nada lo ha hecho especialmente feliz, pero estar con vosotros lo ha cambiado. Incluso quiere que vaya a vivir con él.

—¿No vivías con Damien? —preguntó Brenda sin comprender.

Cameron intervino.

—Warren ha estudiado fuera durante muchos años, es un músico prodigioso y últimamente ha estado en casa. Necesitábamos su ayuda con su

hermana, Damien no quería que crecieran separados —explicó.

El chico se encogió de hombros, como si le diera igual todo lo que había mencionado su tío.

—Quiero vivir con mi padre, quiero tener la oportunidad de hacerlo y también quiero que sea feliz. ¿Te lo pensarás? —Le preguntó a Gabe, parecía un crío, quizá porque lo era, pero estaba decidido a cumplir con la misión que le había encomendado su padre.

—Creo que deberíamos esperar a que despierte, antes de ponernos a hablar de negocios —explicó—. Además, Roderick también tiene algo que decir, no es decisión mía y no estoy seguro de que sea una buena idea reunirnos a los tres. En el pasado esa asociación no funcionó muy bien.

Sin embargo, si Damien estaba verdaderamente interesado en formar parte en su club, no iba a rechazarlo de antemano, iba a darle una oportunidad. Después de lo que había arriesgado por su mujer, solo un ser ruin y egoísta lo vetaría, por una pequeña ofensa del pasado.

—¿Al menos lo pensarás? —preguntó Warren sin soltar a Brenda, lo que conseguía ponerlo nervioso.

—Lo haré, si me devuelves a mi novia —explicó, arrebatándosela y sentándose en la cama con ella en su regazo—. Tu padre y yo hemos tenido nuestras diferencias, pero nunca le he deseado nada malo, al contrario. En otro tiempo fue como un hermano mayor para mí y lo he echado de menos todos estos años. No podría negarme, aunque quisiera. Mi conciencia y mi honor no me lo permitirían.

Warren sonrió y Brenda también lo hizo. Lo besó con suavidad en la mejilla y suspiró:

—Creo que hasta yo voy a acostumbrarme a sus bromas sobre la Viuda Negra. En el fondo, no es tan malo.

—No te equivoques, Brenda —le dijo el chico—. Mi padre es un cabrón

de cuidado.

Cameron arqueó las cejas en dirección a su sobrino con incredulidad.

—Vamos, tío, los dos lo sabemos. Eso no significa que no lo quiera o lo respete. ¡Si pretendía que fuera al club a follar con todo bicho viviente y seguir sus pasos!

Brenda tosió enmascarando una risa, Gabe lo miró sin poder creer sus palabras y Cameron tan solo puso los ojos en blanco.

—Mi hermano a veces no piensa demasiado en lo que hace. Por eso le he sugerido que hable conmigo antes de hacerte algún tipo de propuesta.

—Me gusta que mi padre hable libremente conmigo, como si fuera un amigo.

—Tu padre es tu padre, no puede ser tu amigo —espetó su tío con determinación—. Si te vas a vivir con él, las cosas cambiarán. Créeme, lo sé.

—No me importa —dijo el chaval—. Lo único que quiero en este momento es poder hacerlo.

Todos compartían ese sentimiento, ninguno estaba preparado para dejarlo marchar y Gabe esperaba que Damien, a pesar de todo lo que había sufrido y todo lo que había hecho, tampoco estuviera listo para largarse.

Le gustara o no lo necesitaban. Como amigo, como compañero, como amo de mazmorra y, según apuntaban todas las señales, como tercer socio en discordia.

El futuro se antojaba complicado, se moría de ganas de salir de allí para empezar a vivir esta nueva vida.

Le dolía cada músculo, incluso cuando respiraba. Su cabeza estaba llena de ruidos y pelotas que rebotaban de un lado a otro, como si de un parque

infantil se tratase. Le pesaban los párpados y por más que quería levantar los brazos, parecía algo casi imposible, como si tuviera un peso extra en ellos.

Abrió los ojos, parpadeó un par de veces para tratar de ajustarse a la brillante luz que lo molestaba y se quejó sonoramente.

—Joder, ¿quién ha encendido la puta luz? ¡Quiero dormir un rato más!

Una mujer con una bata blanca se acercó a toda velocidad y pulsó algún tipo de botón en la parte superior de su cama para dar algún aviso. Se dio cuenta de que estaba en una cama de hospital y que un montón de cables salían de su pecho y sus brazos conectándolo a algunas máquinas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó malhumorado.

—Recibió usted un disparo, señor MacPherson. Lleva una semana ingresado, su hijo lo ha estado acompañando a diario. Debe haber bajado a desayunar, seguro que ahora mismo sube.

La enfermera le sonrió, pero no tenía ganas de ser amable. Le dolía tanto todo que solo quería levantarse y estirarse, así que hizo un amago de salir de aquella infernal cama.

—No se mueva, todavía no está en condiciones de hacerlo.

La puerta del dormitorio se abrió y un médico que parecía acabar de salir de quirófano, con algún tipo de pijama verde, se acercó a él. Lo saludó, aunque no gastó demasiado tiempo en socializar, fue directo al grano. Le tocó en todos los puntos que le dolían y lo maldijo una y otra vez, a lo que solo recibió sonrisas de satisfacción.

—¿Acaso le pone de buen humor que me duela todo?

—Pues sí, señor MacPherson —respondió el doctor—. Porque eso significa que está usted vivo y que, con el tiempo, se curará.

Warren entró en la habitación corriendo, parecía asustado y preocupado. El cansancio se dejaba ver en las ojeras, haciéndole sentir culpable. En cuanto vio que estaba despierto, toda su cara mutó y una sincera alegría lo llenó. Se

lanzó hacia él, haciéndole daño en el proceso mientras lo abrazaba, pero no se quejó, porque este abrazo valía millones.

—Pensé que no ibas a salir de esta, viejo.

—Soy más duro de lo que parece.

—Eso está claro. Voy a avisar a todo el mundo, están muy preocupados por ti.

Damien no quiso darle importancia a eso. ¿Quién era todo el mundo? No era que tuviera grandes amigos y sus clientes... bueno, podrían conseguir lo que necesitaban con cualquier otro tipo con capacidad de gestionar y dirigir su placer.

No era imprescindible. Nadie lo era.

—No molestes a nadie, no creo que les importe demasiado.

—Gabe y Brenda se fueron de aquí anoche a las tres de la mañana y solo porque la enfermera los echó. Mi tío ha estado viniendo dos o tres veces por día, incluso ha traído a Marti y Amber para ver si así conseguíamos despertarte. Roderick, Miles, Lou, Stephen, Mallory y Cole, han estado visitándote a diario. Créeme, papá, hay mucha gente ahí que te quiere y te considera parte de su familia.

Gabriel entró en ese momento, sorprendiéndolo. Dudaba que hubiera tenido tiempo de enterarse de que estaba despierto.

—¿Qué cojones haces tú aquí?

El médico contuvo una risa, evidentemente divertido ante su malhumor; la enfermera desapareció, tras advertirles que no lo agotaran mucho y Warren le dio un abrazo a su viejo amigo como si fuera alguien importante para él.

—Mi padre se ha despertado con el pie izquierdo — advirtió.

—Lo que importa es que ya está dispuesto a hacernos la vida más difícil —se acercó a la cama y lo miró con el ceño fruncido—. Me has tenido muy preocupado, Damien. No se te ocurra volver a hacerme algo así.

—Y qué más te da lo que haga o deje de hacer, ya no somos amigos.

—Me duele que digas eso —lo acusó directamente—. Si no lo fuéramos, no estaría aquí ahora. Además, tengo algo para ti.

—¿Para mí?

Damien estaba agotado y no sabía cómo actuar. Gabe y él habían sido antagonistas durante un tiempo, incluso tras su vuelta, ¿cómo iban a conseguir hacer como si nada hubiera pasado entre ellos dos, después de lo que le había hecho en el pasado? Y él era el único culpable.

—Warren, Rod y yo hemos estado hablando largo y tendido —añadió, Warren enrojeció dando muestras de su vergüenza. ¿Por qué?

—Papá, sé que habrías querido hacerlo tú...

—¿De qué estamos hablando?

—De tu incorporación indefinida al Pleasure's —aclaró, no había titubeos en su voz, sino decisión. Lo que lo golpeó profundamente—. A partir de ahora serás el tercer socio en discordia, bienvenido al equipo.

—No tienes que hacerlo por el hecho de que me hayan casi matado en tu club. No estás obligado conmigo, solo he pagado una vieja deuda —espetó. No quería que lo aceptaran por caridad o pena, no había sido esa su intención cuando habló con Warren.

—Para empezar, la obligación no tiene nada que ver, sino la necesidad de un cambio. No podemos seguir adelante como hasta ahora, voy a declararme a Brenda y quiero casarme con ella. No vamos a dejar el club, lo hemos hablado y vamos a sacar adelante ese número que ensayaste con Natasha —explicó—, una noche por semana. Brenda va a ocuparse de la publicidad y de limpiar nuestro nombre, pero quiero llevármela a vivir a las afueras de la ciudad. He comprado una casa preciosa junto a un lago. Necesita mucho trabajo para estar presentable, pero es cuestión de tiempo. Cuando esté lista, nos mudaremos de forma definitiva.

—Y así podrás comprarle su apartamento, papá —le recordó Warren.

Damien se sintió mareado, no sabía si por las medicinas, por la debilidad o por tanta información.

—¿Qué pasó con el cabrón que me hizo esto?

—Está muerto, te contaremos los detalles si quieres, pero sugeriría que te concentres en recuperarte y dejes a un lado el pasado. Es posible que revivir la historia, solo te ponga de mal humor.

—¿Solo tenían que pegarme un tiro para ser nombrado socio del club?

Gabe puso los ojos en blanco.

—Solo tenías que demostrar que puedo confiar en ti, lo del tiro fue solo mala suerte.

—¿Cómo está tu Viuda Negra?

—Sexy y lista para un cambio. Y deja de llamarla Viuda Negra, su nombre es Brenda.

Warren sonrió, estaba cansado pero parecía haberse quitado un enorme peso de encima. Quién iba a imaginar que, en el fondo, lo quisiera tanto.

—Supongo que no me queda mucho más por decir, ahora que me doy cuenta de que mi primogénito se ha encargado de todas las misiones que le encomendé.

—Es un crack —decretó Gabe, guiñándole un ojo al chico más joven—. Entonces, dime. ¿Cuándo vas a querer firmar los documentos que te nombran socio de un tercio del Pleasure's?

—En cuanto pueda abandonar esta maldita cama. ¡Quiero salir de aquí!

—Muy pronto lo harás, papá —le aseguró Warren—. Y vas a tener que estar fuerte, porque nos vamos a vivir juntos y te lo advierto, soy un desastre con la cocina. Vas a querer matarme.

—Creo que podremos arreglárnoslas, hijo.

Siempre podían pedir comida para llevar.

Gabriel negó con diversión, como si le costara creer lo que veía.

—Nunca imaginé que disfrutaría tanto de la normalidad. Bienvenido al mundo de los vivos, Damien. No vuelvas a dejarnos, eres muy importante en nuestra familia.

La palabra «familia» había quedado desterrada de su vocabulario hace tiempo, le agradaba poder volver a emplearla de nuevo. Quizá había sido demasiado exigente consigo mismo y con aquellos que lo rodeaban. Debería haber dejado de marcar las distancias hacía años, haber dado el paso correcto para reconciliarse con ellos, porque ahora se daba cuenta de lo duro que había sido el camino hasta llegar aquí.

Y quizá con un poco menos de orgullo y un poco más de diálogo, habría logrado su perdón mucho antes y con él una libertad desconocida hasta el momento y un puesto en el único lugar que de verdad quería estar.

Ahora sí podía asegurar que por fin había encontrado un hogar.

En cuanto abandonara esa habitación de hospital, lo haría para volver a casa. Al único lugar en el que quería estar.

CAPÍTULO 44

Gabriel se había empeñado en vendar sus ojos y no había podido negarse, porque ¿quién iba a decirle que no a aquel hombre, que tenía la facultad de poner todo su mundo patas arriba?

Iban en el coche, la ventanilla un poco abierta dejaba entrar una ligera brisa que le alborotaba el pelo y la hacía sentir viva. Gabe tarareaba una canción feliz, cuyo nombre desconocía y su mente vagó por los grandes hitos que habían plagado este presente.

No solo había superado su dolor, sino que había encontrado el auténtico lugar que deseaba ocupar en la vida. Nunca olvidaría la traumática experiencia que había pasado, pero sabía que la había ayudado a convertirse en alguien diferente, alguien con cicatrices que había aprendido del dolor y miraba al futuro con ilusión y optimismo.

Y Gabriel había sido el medio que la había ayudado a salir de la oscuridad. Alguien a quién amar por el resto de sus días.

—¿Queda mucho?

Su chico se rio burlón.

—No me digas que vas a empezar la cantinela infantil de moda.

—Vamos, ni siquiera puedo ver por dónde vamos, podrías compadecerte de mí.

—Nada de compasión, hoy no.

Le gustaba llevar la voz cantante, al principio pensó que era algo que no podría tolerar, pero lo cierto era que a veces le sentaba bien dejar la toma de decisión en sus manos.

No había sido el único en orquestar sorpresas, Brenda lo había hecho para él cuando le dejó claro que iba a ayudarlo a superar todos sus viejos demonios también, así que habían regresado a la habitación bondage, su favorita, y había

sido él quién había terminado atado mientras ella se concentraba en deleitarse con su cuerpo y llevarlo a la más intensa locura. Por un momento había tenido miedo de que reviviera todo el dolor, pero se sorprendió cuando empezó a sentir placer y hacer exigencias.

No lo había torturado demasiado, había terminado soltándolo y entonces ella había pagado muy caro su descaro. Pero también de una manera muy satisfactoria, tenía que admitir.

—Damien y Rod estaban cuchicheando esta mañana durante el desayuno sobre una gran obra. No me digas que has construido algún tipo de edificio para ampliar el club. Creo que con la reforma que hiciste el año pasado es más que suficiente durante la próxima década.

—Damien y Rod deberían mantener sus lenguas atadas y amordazadas. No se puede contar con los amigos, porque son unos chismosos de cuidado. Podrían guardarme el secreto, ¿verdad?

—¿Es una ampliación del club?

Gabriel suspiró, no estaba muy segura de por qué o cómo, ahora mismo le gustaría poder mirarlo, pero estaba completamente incapacitada para retirar su antifaz, ya que sus manos también estaban inmovilizadas.

—En serio, Gabe, no creo que pueda esperar a llegar al fin del mundo para descubrirlo.

—No está en el fin del mundo —repitió él, estacionando el vehículo.

Brenda se preguntó si habría parado para echarle una bronca o porque finalmente habían llegado a su destino.

—Venga, vamos a salir de aquí. Espera a que te ayude.

Rodeó el coche y abrió la puerta del copiloto, después la ayudó a descender. Retiró las esposas y la tomó por las manos.

—Ya casi estamos, conserva esa venda solo un par de minutos más. Confía en mí —indicó mientras la instaba a caminar—, no voy a dejarte caer.

—Lo sé.

No había ninguna otra persona en quien confiara más, aunque tenía que admitir que Rod y Damien, junto a algún otro miembro del club, se habían convertido en un buen equipo. Gente a la que recurrir. Amigos, incluso familia.

—Ya estamos —dijo Gabe—. Puedes quitarte la venda.

No esperó una segunda oferta, sino que se deshizo de ella y parpadeó para acostumbrarse a la luz repentina. En cuanto vio lo que parecía ser la vieja cabaña, se sorprendió por los cambios. Incluso el porche era diferente, ahora tenía un columpio con algunos cojines, bonitas plantas, en la parte lateral había una pequeña parte techada en la que una mesa, algunas sillas, una barbacoa y algunas figuritas de jardín completaban un paisaje idílico.

Además, había rosas por todas partes y de todos los colores.

—Esto es precioso —dijo sin mirar a Gabe, cuando lo hizo, lo vio arrodillado frente a ella con un gesto travieso y una sonrisa.

—Mi Arco Iris, la luz de mi vida, el único futuro que anhelo está a tu lado. Cásate conmigo y permíteme cuidarte hasta el último día de mi existencia —ofreció un bonito y sencillo anillo que la asombró y la emocionó a partes iguales—. Sabes que soy un bruto que ignora la poesía, mi idioma es el sexo y el placer la única recompensa que tengo para ofrecerte, pero este corazón pervertido es tuyo por entero, de forma exclusiva y por tanto tiempo como quieras mantenerme. Brenda, déjame ser tuyo igual que te pido que seas mía.

—Gabe todo esto es... inesperado.

—Puedes pensar que no soy de los que se casan, porque yo también lo he creído durante mucho tiempo, pero la única verdad es que no había encontrado a la persona correcta, hasta el día en que te conocí. Entonces, todo empezó a cambiar y ahora no puedo imaginar mi mundo sin ti.

—Te amo, Gabe, eso nunca va a cambiar, pero ¿estás seguro de todo esto?

El Pleasure's...

—Estoy seguro de que mi lugar está a tu lado, porque mi hogar es tu corazón. El Pleasure's fue mi pasado y espero que juntos le otorguemos un nuevo lugar en nuestro futuro, pero solos tú y yo, como hasta ahora, con la inauguración de nuestro número y la promesa de que nuestra vida será tal y como la deseamos.

—¿Y los niños...?

—Algún día, cuando estemos preparados, Bren.

—¿Y si yo quisiera tenerlos ya?

No quería, lo cierto era que no se imaginaba como madre, se lo había dicho.

—Lo hablaremos, creo que todavía es pronto, pero podría dejar convencerme para empezar a practicar y hacer el niño perfecto. Mejor que Warren, lo juro —bromeó.

Había desarrollado unos extraños celos cada vez que el casi adulto Warren MacPherson estaba cerca de ella, pero lo cierto era que lo apreciaba mucho y era algo que Gabe iba a tener que aceptar.

—Eres el único hombre que deseo en mi vida, el único que posee mi corazón y el último que va a estar en mi cama. Me casaré contigo, Gabriel Grier, con una condición.

—¿Qué condición? —inquirió frunciendo el ceño.

—Necesites lo que necesites, sea cuando sea, jamás te lo guardes para ti. No quiero mentiras entre nosotros, en ningún aspecto de nuestra vida. No quiero conformismos o ignorar necesidades que tú o yo o ambos tengamos, no quiero miedos ni franjas oscuras en nuestra felicidad. Tenemos que encontrar la manera de hacer que esto funcione entre los dos, basando nuestro matrimonio en la confianza mutua.

—¿Estás ofreciéndote a la posibilidad de practicar sexo grupal una vez

que estemos casados?

—No, lo que te digo es que si tú lo necesitas, en algún momento, me lo digas. Y juntos, no por separado, seremos capaces de encontrar una respuesta.

—Te lo he explicado ya varias veces, Bren, eres tú la única capaz de darme el mayor placer de todos, porque sin ti el sexo no tiene sentido y porque he descubierto que hacer el amor es como llegar al Paraíso para nunca abandonarlo. Eres mi todo, mi placer y mi corazón.

—Soy tu compañera, Amo Gabe. Tu igual.

Y los dos rieron, cuando él colocó el anillo en su dedo anular y la hizo volar entre sus brazos, disfrutando de la oportunidad que les había brindado el destino y poniendo un pie por primera vez en el que iba a convertirse en su hogar.

EPÍLOGO

Algunos meses después

Rod observó a todo el mundo disfrutando a su alrededor. Esa noche el Pleasure's estaba cerrado, habían organizado una fiesta especial en honor a los recién nacidos Brodick y Ryan, los hijos gemelos de Daniel y Abbie. El club se había transformado completamente, había globos blancos y azules, lazos, imágenes de coches de bebé y bebés regordetes en pañales y una torre enorme de regalos para los recién estrenados papás.

Además de los protagonistas, el resto de la artificial familia que habían creado estaba presente, con diferentes grados de alegría e implicación. Gabe y Brenda se habían comprometido, aunque todavía no tenían una fecha exacta de boda. Acababan de trasladarse a la nueva casa y el nuevo show de los viernes había sido inaugurado hacía dos meses con un éxito brutal. El Pleasure's estaba remontando a toda velocidad gracias a ellos, gracias a la mazmorra y gracias al extraño pero intrépido espectáculo de *Le chat Noir*. Stephen estaba en su salsa y disfrutaba de su naturaleza sensual y sumisa, demostrándole al mundo que un tipo de su tamaño podría disfrutar de ser dominado tanto como de tener voz de mando y dirigir a una audiencia completa. Damien se había encargado de instruirle y quizá, en el futuro, fuera él y no Warren quien heredara la mazmorra cuando el amo actual estuviera listo para retirarse.

No le parecía extraño, conocía a otros domms que en sus inicios empezaron como sumisos, había muchos que alternaban roles y disfrutaban de los dos lados del mundo BDSM.

Sin embargo, eso llegaría más adelante, por ahora era un auténtico éxito entre las damas que lo visitaban.

Damien, Warren, Cameron, Marti y Amber también estaban allí. Le sorprendió ver a su amigo con un bebé en cada brazo, pues lo cierto era que no parecía muy interesado en ampliar su propia familia, especialmente si lo que había confesado era cierto. Su vasectomía y su deseo de no emparejarse de nuevo lo llevaban en una dirección completamente opuesta a lo que parecía indicar su extraño entusiasmo actual. Desde que le permitieron tomar parte de la posesión del club, había cambiado para mejor. Parecía más feliz y más centrado, sin contar que la presencia de Warren en su vida diaria lo estaba volviendo un poco más humano. Menos despreocupado, más concentrado en hacer las cosas de la manera políticamente correcta.

Miles y Arabella también se habían unido, junto a su pequeña Chloe, una niña muy risueña y precoz que ya tenía dos dientes y que, si era sincero, le había robado el corazón y sembrado en él un anhelo sin nombre, algo que no estaba seguro de poder permitirse.

No había nadie triste esta noche. Todos celebraban y reían, todos estaban en su salsa, hasta Mallory que era la encargada de la cocina y trasladaba los exquisitos platos llevando a Cole en un portabebés a su espalda, completamente dormido y satisfecho después de haber hecho su toma de pecho hacía poco más de veinte minutos.

—Pareces preocupado —le dijo la chica—. ¿Te encuentras bien?

Podría decir la verdad y quejarse, arruinarle la fiesta a todos, explicar que sin Kat había un vacío tan grande en su pecho que nada parecía tener sentido. No quería seguir sin ella, quería que volviera, quería poder asegurarle al mundo que una parte de ella le pertenecía y que sería suya eternamente.

Pero, lo cierto, era que jamás se habían pertenecido.

—Estoy bien, solo pensaba en la cantidad de bebés que se han unido al Pleasure's el último año. Nunca lo hubiera imaginado.

—Supongo que los siguientes serán Gabe y Brenda —comentó con una sonrisa ilusionada.

Roderick lo dudaba, había hablado con Gabriel y parecían decididos a esperar un tiempo antes de embarcarse en los problemas de la paternidad y maternidad. Todavía quedaban cosas que superar y demostrarse que eran capaces de hacer que su relación funcionara. Un hijo era la responsabilidad más grande que una persona podía tener, algo para lo que aún no estaban listos.

—Puede que sí —contestó en cambio.

Entonces la puerta del club se abrió y Lou entró con un bulto entre sus brazos. Rod no alcanzó a ver lo que era, pero se apresuró a acercarse a él.

—¿Qué ha sucedido?

—Salí un momento a coger mis regalos al coche y la encontré a unos doscientos metros de la puerta, creo que se dirigía hacia aquí, porque tenía una de nuestras tarjetas en la mano, pero ha colapsado justo delante de mí —explicó, pronunciando tantas palabras juntas que por el mero hecho de que un tipo silencioso hablara con tanta contundencia y dando tanta información consiguió despistarle un instante.

Gabriel se aproximó veloz, también Damien y algunos de los invitados.

—Bren, es la chica de la charla —le dijo Gabe a su novia—. ¿Te acuerdas? Le di una de nuestras tarjetas por si alguna vez necesitaba ayuda.

—Es evidente que la necesita —aportó Damien señalando el estado de su rostro. Tenía los ojos tan hinchados que apenas podría abrirllos, si estuviera consciente—. Rod, mueve el culo, tú eres el médico aquí.

—Soy ginecólogo —dijo aturdido sin apartar la vista de la maltratada mujer. La tomó en sus brazos sin saber muy bien qué hacer con ella, sabía todo sobre partos y otras dolencias femeninas, pero a esta desconocida le habían dado una paliza, probablemente un traumatólogo sería una mejor opción, aún

así la llevó al sofá y la acomodó lo mejor que pudo. Retiró la chaqueta en la que iba envuelta y revisó las marcas en su piel. No solo su rostro estaba marcado, también su cuello, sus brazos, sus manos, no parecía haber una zona sana en todo su cuerpo.

—Ya he llamado a una ambulancia —aportó Cameron—. Tiene que ir a un hospital.

—No podemos dejarla sola, si ha venido aquí es porque necesita ayuda. Eso no se lo ha podido hacer por sí misma —señaló Brenda—. Además, la conocimos en una charla de mujeres maltratadas, lo más probable es que su pareja haya intentado matarla.

—Y quizá lo ha conseguido —expresó Rod, abriendo su camisa para buscar alguna herida sangrante. Sus costillas estaban moradas, probablemente tendría alguna rota, algunas marcas de lo que parecían latigazos cortaban su vientre.

—Joder —maldijo Damien—. Quienquiera que ha hecho esto se ensañó con ella.

Su respiración era bastante superficial y cuando acarició su cabeza en busca de alguna marca, rozó lo que debía ser un doloroso chichón. Indudablemente, alguien había intentado matarla.

Rechinó sus dientes, si había algo que odiara era la violencia contra las mujeres. No podía soportarlo.

—Trae mi maletín, Mallory —pidió, no necesitó hacerlo, porque Cameron ya se lo estaba extendiendo—. Gracias. No puedo hacer gran cosa por ella, habría que llevarla a rayos y hacerle algunas pruebas. Limpiaré las heridas para evitar infecciones, pero necesita ir al hospital.

Parecía que tenía algunos dedos rotos y quizá el antebrazo izquierdo. Estaba bastante hinchado y el ángulo no era el correcto. Empezó a aplicar el desinfectante sobre su estómago, mientras maldecía para sí.

—¿Crees que la han violado? —preguntó Brenda, en su rostro una emoción oscura, casi como si se estuviera viendo arrastrada por su pasado. Gabe estuvo a su lado de inmediato, una mano enredada con la de ella, ofreciéndole consuelo y fuerza.

—No lo sé, puede que sí, pero parece algo premeditado —confesó.

No había terminado de ocuparse de su estómago cuando la ambulancia llegó. En cuanto entraron con la camilla, dejó en manos de los paramédicos su bienestar. Le hicieron algunas preguntas y escucharon algunas sugerencias, pero antes de que cualquiera pudiera darse cuenta, ya se habían ido de allí. Lou la acompañó, había tomado en sus manos la responsabilidad de protegerla, algo que le pareció muy bien.

—El mundo está lleno de malnacidos —gruñó completamente furioso con quienquiera que la hubiera herido de semejante manera.

—La suerte es que pudo llegar hasta aquí —aportó Brenda— y ya no está sola. Nosotros la ayudaremos a salir de la situación en la que está. No va a tener que seguir soportando a ese maltratador.

Gabriel asintió, miró a Rod, como pidiéndole permiso para decir lo que estaba a punto de hacer.

—El apartamento de Kat está libre, si crees que puedes soportarlo...

Rod se encogió de hombros, ya no le importaba qué pasara con ese lugar, porque su antigua inquilina no planeaba volver jamás. La chica recién llegada necesitaba un refugio y había quedado más que demostrado que el Pleasure's era el mejor lugar para ocultarse por un tiempo.

—Tienes mi bendición —aceptó y cerrando su maletín de suministros se dio media vuelta, felicitó a los recién estrenados padres y se marchó.

No podía aguantar ni un momento más la noche. Quería a sus amigos, a la familia que estaban creando, pero necesitaba su espacio, replantearse sus decisiones, su vida, incluso las elecciones que iba a hacer para su futuro y

estaba seguro de que iba a tener que hacer un par de cambios.

Por de pronto, iba a renunciar a su papel activo en el club, estaba harto del sexo sin sentido y quizá se apuntaría a una de esas webs de citas, ¿quién sabía? Quizá su media naranja estaba oculta tras el algoritmo de alguna aplicación informática y había estado perdiendo el tiempo con Kat y sus sentimientos.

Fuera como fuera tenía que cambiar algo, porque era más que evidente que el camino actual no era el camino correcto.